Años en claroscuro

Nuevos movimientos sociales
y democratización en Euskadi
(1975-1980)

Años en claroscuro

Nuevos movimientos sociales y democratización en Euskadi (1975-1980)

Raúl López Romo

eman ta zabal zazu

Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitatea

ARGITALPEN ZERBITZUA
SERVICIO EDITORIAL

CIP. Biblioteca Universitaria

Foto de portada/Azalaren argazkia: *Concentración feminista en protesta contra un juicio por aborto,* Bilbao, octubre de 1979, Colección privada de Jonan Zinkunegi Arzelus.

© Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua

ISBN: 978-84-9860-
Depósito legal/Lege gordailua: BI -

Fotocomposición/Fotokonposizioa: Ipar, S. Coop.
Zurbaran, 2-4 - 48007 Bilbao

Impresión/Inprimatzea: Itxaropena, S.A.
Araba Kalea, 45 - 20800 Zarautz (Gipuzkoa)

A José Romo (Pepe)
y Enrique López (Picho),
in memoriam

Tu duro batallar es el más duro:
claro en la noche y por el día oscuro

«Al claroscuro», tomado de *A la pintura,*
Rafael Alberti (1945-1952)

Índice

Prólogo 11

Agradecimientos 17

Introducción 19

Parte I. La gestación de nuevas redes sumergidas: la crisis final de la Dictadura (1975-1976) 37

Capítulo 1. **Sociedad y política en el tardofranquismo** 39

Una nueva sociedad… 39
… en un marco político dictatorial 42
La contienda política en el País Vasco del tardofranquismo 46

Capítulo 2. **Formación de diagnósticos críticos y nuevas vías de agrupación** 57

La ciencia y la literatura política 58
Transferencia de influencias 65
La contienda política en el País Vasco de 1976 72
Contextos de micromovilización 76

La subcultura homosexual urbana 76
La experimentación de la subalternidad femenina 81
Proyectos nucleares y percepción de agravios sobre comunidades locales 84

La formación de las primeras organizaciones 88
La gestación de nuevas redes sumergidas 95

Parte II. Nuevos movimientos sociales incipientes. Del silencio a la calle (1977) 99

Capítulo 3. **La ampliación de la nueva movilización social** 101

La contienda política en el País Vasco de los inicios de la democratización 102

Una «explosión de organizativismo» 108
Un esfuerzo de presentación pública. 115

Capítulo 4. **La potenciación de identidades colectivas**. 125

El desarrollo de la idea de «nosotros». 127
La construcción del «otro»: fronteras de exclusión 140
Los aliados: primeros encuentros y desencuentros 148
Nuevos movimientos sociales incipientes. 153

Parte III. Nuevos movimientos sociales en desarrollo durante la institucionalización democrática (1978-1980) 161

Capítulo 5. **Una movilización de redes sociales** 163

Tensiones internas, escisiones y nuevas organizaciones. 163
La extensión de los nexos entre movimientos y otros actores sociales. 171

Nexos entre los nuevos movimientos sociales 171
Nexos entre nuevos movimientos sociales y partidos 174
Nexos entre nuevos movimientos sociales y sindicatos. 183

La evolución de las campañas más relevantes 188
La diversificación de los repertorios de protesta. 198

Capítulo 6. **Las múltiples facetas de la democratización**. 207

La democratización de las instituciones públicas 207
Las asambleas: (semi)estructuración de los nuevos movimientos sociales . 214
Límites de la Transición «desde arriba» 222
Límites de la Transición «desde abajo» 228

ETA y el feminismo: una instrumentalización coyuntural. 230
ETA y la controversia nuclear: una instrumentalización estratégica . . . 234
Los nuevos movimientos sociales y ETA: entre el silencio y la conformidad 243

Nuevos movimientos sociales en desarrollo 247

Conclusiones 253

Fuentes y bibliografía 261

Fuentes archivísticas 261
Fuentes hemerográficas. 262
Fuentes orales 264
Bibliografía 267

Listado de siglas 297

Índice onomástico y analítico. 299

Prólogo

Raúl López es uno de los más brillantes y cualificados representantes de una espléndida nueva generación de historiadores del País Vasco. Es un colectivo que se ha beneficiado de la carencia de paradigmas historiográficos dominantes, con un gusto por hacer buena historia sin necesidad de etiquetas, así como por un cierto eclecticismo metodológico que le pone a salvo de caer en las tentaciones de la última novedad o de la moda imperante. Esa ausencia de modelos historiográficos «fuertes» bajo los que opera en la actualidad nuestra disciplina, implica que esta generación se está desenvolviendo con menos corsés y ataduras, pero a la vez con un mayor esfuerzo y rigor para encontrar sus propias referencias explicativas. Hay una saludable iconoclastia en este dispar colectivo, un afán de revisión de explicaciones consideradas como canónicas, que entre los historiadores ya asentados suelen promover primero una cierta perplejidad o conmoción, pero después generar un beneficioso debate.

Conviene que los historiadores maduros les prestemos una atención añadida: no han estado marcados ni por el franquismo ni por los años de plomo que se vivieron en el País Vasco durante la Transición, ni por ortodoxias historiográficas rígidas, lo que les permite enfrentarse a los hechos, y a la historia, de otra forma, sin nuestros perjuicios ni nuestro legado, y en cierto sentido, con mayor libertad. Etapas recientes que para nosotros forman parte de nuestras vivencias y analizarlas nos causa un cierto pudor por nuestra directa implicación y posible apasionamiento, para ellos son historia, forman parte de un pasado reciente, sobre el que ejercen una mirada distante, pero también involucrada y comprometida. De este modo, se está produciendo una significativa afloración de publicaciones sobre la historia reciente, y más en concreto sobre ese período que comienza en la Transición y se extiende hasta nuestros días, abordando sin tapujos ni estériles prevenciones aquellos temas que pueden resultar más polémicos. Y lo hacen desde un extraordinario rigor conceptual, a partir de una llamativa fundamentación empírica, pero a la

vez desde una firmeza y contundencia moral encomiables. No en vano, no se les escapa la proyección que tiene la historia en el presente, y más si trata de acontecimientos recientes. Cuestiones que en la sociedad vasca pueden resultar vidriosas como las relacionadas con la violencia y el terrorismo, son abordadas por muchos de estos jóvenes historiadores desde una soltura intelectual y, a la vez, desde un compromiso cívico que no resta un ápice su capacidad analítica, ni ejercer con solvencia su función de investigadores.

Como denunciara hace poco F. Molina[1], una losa cae sobre esta magnífica generación: su futuro como historiadores resulta sombrío, por no decir desolador. Los problemas de paro y futuro laboral incierto que acucian a los jóvenes en general, están acentuados en el caso de estos licenciados en humanidades, a los que el mercado laboral español les cierra las puertas, tratándolos casi como profesionales superfluos. El camino emprendido por la universidad europea de mercantilización y subordinación a una visión economicista, golpea con especial intensidad a los graduados en humanidades, a los historiadores, considerados desde este enfoque como una actividad no productiva y, por lo tanto, carente de sentido o, dicho en román paladino, como un área susceptible de que se produzcan serios recortes presupuestarios[2]. No es extraño, por tanto, que la Universidad española no les cree plazas, en tanto que la carrera de investigador está en sus albores y sin prácticamente dotación, lo que obliga a estos jóvenes de excelente formación, una vez acaba su tesis doctoral, a ir trampeando en labores en las que sus méritos no se ven reconocidos y con unas condiciones laborales en ocasiones draconianas. Lo que quizá resulta más dramático es que no se atisba una salida a esta situación, sino más bien su acentuación, lo que genera frustración y el desperdicio de un capital humano de extraordinario valor.

El que tenga la fortuna de adentrarse en este libro, de disfrutar con su lectura, podrá corroborar lo hasta aquí expuesto en cuanto a la excelencia de esta generación. Raúl López nos propone en su trabajo introducirnos en un momento apasionante, el de la Transición democrática en Euskadi, haciéndolo a través de un período fundamental, el de los años 1975-1980, y por medio de la mirada de los movimientos sociales. Esa etapa de cinco años fue decisiva para el asentamiento de un tipo de democracia en España, pero aún lo fue más en Euskadi, pues en su transcurso se dilucidó de una manera dramática ya no la pulsión reforma/ruptura que afectó al conjunto de la nación, sino la polaridad democracia/violencia que de forma específica se registró en la sociedad vasca. En este sentido fueron cinco años de una especial crudeza en Euskadi, en los que la violencia y la presión terrorista alcanzaron unas cotas desconocidas, poniéndose en su transcurso en juego la viabilidad del sistema democrático.

---

[1] Molina, F., «Presentación. Los nuevos intrusos del pasado español», en *Extranjeros en el pasado. Nuevos historiadores de la España contemporánea*, Universidad del País Vasco/EHU, Bilbao, 2009, pp. 9-29.

[2] Véase, sobre este punto, el n.º 33 de la revista *Pasajes,* otoño de 2010.

El análisis de ese período por parte de Raúl López se produce a través de la observación de tres movimientos sociales, que entonces irrumpieron con una fuerza extraordinaria: el movimiento gay, el feminista y el antinuclear. No es pues un estudio de la Transición en un sentido clásico que tome como referencia a lo político, sino que es un trabajo que ahonda en otro ámbito, más denso y profundo, vinculado con las corrientes de cambio que se estaban dando en el mundo occidental y que suelen englobarse bajo la marca de mayo del 68. Esta fecha se ha convertido en un referente simbólico que admite lecturas diversas pues albergó diferentes narrativas, pero en su núcleo implicaba el rechazo al sistema liberal-capitalista y al tipo de valores dominantes en esa sociedad. Existía, pues, en las aspiraciones y protestas del 68 un componente político fundamental, pero también había otro de carácter cultural, vinculado con el deseo de la libertad en todas sus facetas, con una vertiente antiautoritaria y antijerárquica, y con una voluntad de liberación del deseo y las costumbres. Fue, así, un momento histórico el que se vivió en el mundo occidental con la eclosión de nuevas pautas culturales, y si bien el feminismo, el movimiento gay o el antinuclear, no fueron protagonistas del 68, si fueron sus herederos[3]. España no fue una excepción a esta gran oleada transformadora, aunque fue filtrada por las ataduras políticas y culturales del régimen franquista, caracterizado por su adherencia a formas morales y de comportamiento propias de una sociedad tradicional y subdesarrollada. Circunstancia que contrastaba con una sociedad dinámica, receptiva a los nuevos hábitos y modelos culturales que se daban fuera de nuestras fronteras, y deseosa, en suma, de un cambio profundo. Las bases para que se produjera esa transformación en la sociedad española estaban puestas, hacían falta las personas y los movimientos para que ese hecho se desarrollara.

En este sentido el libro de Raúl López resulta ejemplar ya no sólo porque es un magnífico estudio de los tres movimientos referidos, sino asimismo porque permite apreciar cómo se va produciendo ese cambio cultural en la sociedad vasca, cambio que, sobre todo, en lo que atañe al movimiento gay y al feminismo, debió hacer frente a una sorda y amplia hostilidad. Y para abordarlo realiza una apuesta metodológica arriesgada pero necesaria, que le permite reflejar con sus detalles y matices como se fue dando ese proceso. Tal propuesta consiste en el uso de la microhistoria, en la observación de lo cotidiano, de esa historia desde abajo que nos acerca a los sujetos concretos y nos permite vislumbrar sus vivencias, con lo que logra sacar a flote las vicisitudes internas y las dificultades que tuvo esa transición cultural.

En el libro se realiza un seguimiento de la evolución de estos tres movimientos desde el punto de vista organizativo, así como del amplio repertorio de acciones que acometieron para lograr su exteriorización en el espacio

---

[3] Marti, O., «Los ecos de la revuelta», *El País,* 19-04-2008.

público. Raúl López considera que esa trayectoria puede descomponerse en tres fases: una primera, la lucha por su visibilidad, seguida en segundo lugar por su relativo auge tanto en lo organizativo como en su capacidad movilizadora, para culminar en un tercer momento con su decaimiento como tales movimientos, pero a la vez con el éxito social tras lograr la incorporación de estos temas en la agenda pública. Conforme a la opción metodológica antes referida, en el estudio de estos movimientos López concede a lo cultural, a lo simbólico y a lo privado, un énfasis particular, de forma que en el libro se incide en aspectos relacionados con la gestualidad, el lenguaje, los dispositivos cotidianos…, como instrumentos esenciales y básicos para poder incidir en los hábitos y cambios culturales de las gentes. El estudio pivota así sobre dos grandes pilares, el análisis organizativo de los movimientos por un lado, y las motivaciones individuales de los protagonistas por otro, emergiendo la *human agency* como un factor explicativo esencial. De este modo, las experiencias de las personas, sus vivencias diarias con las vejaciones e imposiciones que debían soportar sobre todo en el caso de los homosexuales y de las mujeres, son referencias sustanciales a la hora de comprender ese paulatino sentimiento de identidad, de grupo, que se fue desarrollando en estos colectivos.

En cualquier caso, no es un estudio hagiográfico en el que con tanta frecuencia se cae por algunos especialistas de los nuevos movimientos sociales. Precisamente, la aplicación de esa visión micro le permite ahondar sobre las características internas de esos movimientos, que son descritos sacando a flote sus contradicciones e insuficiencias. Fueron movimientos que se consideraban de izquierda, y en este sentido no escaparon al sectarismo e intolerancia que le aquejaba en aquellos años. Como muy bien describe López, la identidad feminista, gay o antinuclear se buscó muchas veces a través del discurso de la diferencia, de la alteridad con respecto al «otro», siendo en ocasiones ese «otro» el homosexual o la mujer no «consciente», o el ecologista sin una visión politizada, lo que frecuentemente llevaba a su rechazo y a la aplicación de una política vanguardista y de corte elitista, algo plenamente opuesto a lo que se decía sostener. En este mismo plano, resulta de interés la mirada de López a las motivaciones de los componentes de esos movimientos, a las relaciones de poder internas que se tejieron, al juego de dirigentes-base que se estableció, aplicando con acierto la idea de Foucault de que el poder no es algo que se ejerza en exclusiva desde el Estado, sino que es una estrategia que se practica como una maquinaria en un conjunto de microcosmos o microsociedades. En aquellas organizaciones de oposición que existieron en el tardofranquismo y principios de la Transición, por lo general de carácter jerárquico y de corte leninista, con un escaso número de militantes y con la voluntad de gestar una suerte de pequeña comunidad cohesionada, el estudio de sus dirigentes y de sus comportamientos resulta una tarea imprescindible para adentrarse en factores sustantivos que marcaron su discurrir.

El tono riguroso, alejado de cualquier aliento mitificador del libro de Raúl López, también se pone de manifiesto a la hora de estudiar la escasa recepción inicial que estos movimientos tuvieron en los partidos y sindicatos de izquierda, muy distantes o ajenos al tipo de reclamaciones que presentaban. El mantenimiento, por ejemplo, de las pautas de género en tales formaciones, o la consideración a la altura de 1977 por parte de organizaciones de extrema izquierda de la homosexualidad como una degeneración o una alteración condenable, eran algunas muestras del tradicionalismo cultural de los partidos de izquierda, que también debieron acometer su propio proceso de transición en estos temas. Al fin y al cabo, ello no era sino un reflejo de los distintos ritmos en los que se mueve el cambio político y el cambio cultural, la lentitud con que éste se va introduciendo en la sociedad, lo que en todo caso no hace sino resaltar el papel rompedor que cumplieron aquellos nuevos movimientos sociales, que contribuyeron a ese tránsito desde la marginalidad y ocultamiento de la problemática que representaban (gay, feminista o antinuclear), a su visibilidad primero y a su incorporación e integración pública después.

Pero el libro, con todos sus aciertos, no se detiene en un análisis cerrado de esos movimientos sociales, sino que está recorrido como escenario de fondo por la preocupación por cómo se fue desarrollando la Transición en el País Vasco y el proceso democrático que se vivió. Y aquí era forzoso que irrumpiera ETA en el relato, y no sólo porque sus acciones afectaban a toda la sociedad vasca, sino más directamente por su voluntad de instrumentalizar el movimiento antinuclear y el feminista, para insertarlos como una pieza más de su estrategia política. Al margen de su interés quedaba el movimiento gay, reproduciendo esa mentalidad homófoba que asocia la condición homosexual al estereotipo de la fragilidad y la debilidad, de la feminidad en suma, cliché opuesto a lo que debe ser el héroe guerrero. La intervención del terrorismo en sus distintas acepciones (ETAm, ETApm, Comandos Autónomos) no se limitó al intento de hegemonizar esos movimientos sociales, sino que protagonizó varias acciones terroristas con las que decía defender reivindicaciones feministas o antinucleares. Pues bien, las reacciones ante esos atentados de buena parte de esos nuevos movimientos sociales aquí estudiados fue tibia, elusiva, cuando no consentidora, independientemente de que en su seno hubiera voces discrepantes que les condujeron en ocasiones al abandono de las organizaciones. Este hecho le lleva a Raúl López a cuestionar el papel democratizador de estos nuevos movimientos sociales en Euskadi, que propiciaron, sí, una mayor participación de las gentes, una función más activa de la sociedad civil, pero que sin embargo apoyaron o no se manifestaron contra aquellos que atentaban contra la democracia y contra un derecho sagrado y fundamental, el de la vida.

En resumen, este es un libro de recomendable lectura, con una ágil escritura y una excelente estructura, que posibilita irse adentrando paulatinamente en el objeto de estudio, además de una extraordinaria solidez conceptual ex-

puesta de manera diáfana y sencilla. Es un libro de historia en su pleno sentido, que nos permite apreciar el cambio operado en la sociedad vasca en un espacio corto de tiempo, con unos temas de hondo calado social que pasaron desde la marginalidad y el desprecio todavía durante el tardofranquismo, a su (relativa) aceptación e institucionalización con la democracia.

Luis Castells Arteche
Catedrático de Historia Contemporánea, UPV/EHU

Agradecimientos

Este libro reúne los resultados de una tesis doctoral denominada «Nuevos movimentos sociales en el País Vasco de la Transición, 1975-1980», defendida en la UPV/EHU en marzo de 2010. En el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad pública vasca he encontrado un ambiente propicio para el desarrollo de este trabajo. La disponibilidad de tiempo y financiación ha sido posible merced a una beca predoctoral de la Dirección de Política Científica del Gobierno vasco.

El proceso de elaboración de la tesis duró cuatro intensos años dedicados a tiempo completo. En los archivos me he cruzado con un puñado de buenos profesionales que han facilitado enormemente las tareas de consulta de documentación. No quería dejar pasar la oportunidad de reconocer su labor y mencionar expresamente a Edu de *Bizizaleak*, Marijo del Centro de Documentación de la Mujer, *aita* Agirre del Archivo de los Benedictinos de Lazkao, Igor del Archivo de *Zutik*, Juan Carlos, Yolanda y Txemi, del Centro de Microfilmación y de la secretaría del Departamento de Historia Contemporánea de la UPV y María del Centro de Documentación en Historia Contemporánea de la Sociedad de Estudios Vascos. Asimismo, quiero darles las gracias a todos aquellos que me abrieron las puertas de sus archivos personales, recopilados en muchas ocasiones con mimo, cuyos nombres incluyo en la parte dedicada a fuentes y bibliografía.

Durante este periodo me he alimentado de múltiples diálogos compartidos con colegas (profesores, investigadores…) a los que tengo mucho que agradecer, como Xabier Hualde, Jon Penche, María Losada, Ander Delgado, José Antonio Pérez, Rafa Ruzafa, Javier Ugarte, Manuel González Portilla, Josechu Ortiz de Orruño… Además, Carlos Carnicero, Félix Luengo, Fernando Molina, Juan Gracia y Joseba Louzao tuvieron la gentileza de leer distintos pasajes del original. Al margen de lo que es esta secuencia de nombres sobre el papel, tengo bien presente lo mucho que, en muy diferentes aspectos, me ha ayudado cada uno, así como los miembros del tribunal que evaluó favorablemente la tesis: Antonio Rivera, Jesús Casquete, Manuel Redero, Ángel García-Sanz y

Pere Gabriel. Me gustaría hacer una mención especial al profesor Juan Gracia, a quien no puedo por menos que agradecer la infinidad de consejos que me ha proporcionado, así como reconocer su calidad humana y valía profesional. Es gracias a personas como él que la profesión de historiador merece la pena.

Durante una estancia de investigación bajo la dirección de Donatella della Porta tuve la ocasión de conocer el Instituto Universitario Europeo de Florencia. En la Universidad de Newcastle compartí otra estancia con el joven profesor Alejandro Quiroga, que me acogió con una gran hospitalidad. La experiencia adquirida en estancias y seminarios, además de en archivos, bibliotecas y hemerotecas, me ha ido formando como investigador. A todos los que estuvisteis detrás os quiero agradecer vuestra ayuda y apoyo, así como eximiros de responsabilidades respecto a los posibles errores contenidos en estas páginas.

A pesar de que no se conocieran entre ellos, durante todo este tiempo mis inquietudes intelectuales han descansado sobre cuatro pilares maestros. En primer lugar deseo mencionar a mi director de tesis, Luis Castells, quien me ha animado a proseguir trabajando con constancia, ha estimulado que me planteara nuevas preguntas, ha contribuido decisivamente a delimitar los perfiles de la investigación y me ha hecho ver formas más profundas de comprender la historia. Gracias por todo, Luis.

En segundo lugar quiero expresar mi agradecimiento a mi amigo Gaizka Fernández, también investigador sobre la historia reciente del País Vasco, quien ha estado ligado a esta tesis desde el principio. Juntos hemos revisado textos, intercambiado información, hecho entrevistas y viajado a diferentes archivos. Mil veces hemos discutido dándonos y quitándonos la razón. Todo ello ha contribuido a afilar nuestros argumentos y a descubrir, en último término, que compartimos una visión similar del pasado reciente del País Vasco y una común esperanza depositada en que el firme impulso hacia una convivencia normalizada termine pasando por encima de todas las barreras que impone el fanatismo.

Mis hermanas Alba y Arantza, y mis padres Marisa y Dani, han sido y son todo para mí. Sin vosotros nada sería igual. Saber que estáis ahí, siempre cerca, me ayuda en todo momento. Querida familia, espero que así siga siendo por mucho tiempo. Heleen, Caspar, Eduard y Peggy conforman mi familia amsterdammer. *Bedankt voor alles! Mijn lieve* Barbara, te he dejado para el final. Pero a ti te debo innumerables alegrías y esperanzas. Te doy las gracias por todas las horas que pasamos juntos, por tus desvelos para corregir los originales, por tantos recuerdos compartidos y por muchos más proyectos por realizar. Espero que mano a mano sigamos tecleando nuestra historia. Quiero decirte una vez más, deteniéndome con cuidado en cada palabra: *ik hou heel veel van je voor altijd!*

Este libro está dedicado a la memoria de mis abuelos Pepe y Picho, dos hombres que, como diría Antonio Machado, fueron, en el buen sentido de la palabra, buenos.

Bilbao, marzo de 2011

Introducción

I

La Transición es uno de los hitos clave de la historia contemporánea de España. Varias crisis de tipo social, cultural, económico y ecológico marcaron aquellos años. Todas ellas estuvieron interrelacionadas y, en buena medida, conectaron con el desarrollo de una crisis política que, a su término, condujo a una democracia parlamentaria desde la previa dictadura franquista. No empleo aquí el término crisis como sinónimo de un tiempo de ruina o depresión, sino para referirme a un corto periodo de mutaciones y desequilibrios agudos, durante el cual toda la sociedad vasca estuvo inmersa en una compleja encrucijada.

El Diccionario de la Real Academia (DRAE) recoge tres significados de la palabra encrucijada: el lugar donde se cruzan dos o más calles o caminos; una ocasión que se aprovecha para hacer daño a alguien, una emboscada o asechanza; y una situación difícil en que no se sabe qué conducta seguir. Las tres acepciones pueden retratar diferentes aspectos de la Transición. La primera sirve como alegoría de la mencionada confluencia de varias crisis en el tiempo y en el espacio; la segunda es útil para describir las violencias políticas que aparecieron, que trataron de pescar en río revuelto volcando la tensa situación en beneficio particular; la tercera facilita una vía para entender que la Transición es, por definición, un tiempo durante el cual la hoja de ruta no estuvo preescrita y existieron diferentes itinerarios abiertos[4].

El franquismo había sido un tiempo de silencio y también un tiempo durante el que se produjeron diversas transformaciones estructurales[5]. El éxodo

---

[4] Sobre el tercero de los puntos, *vid.,* entre otros, Fusi, 2001b: 802; y Sabio y Sartorius, 2007: 17.

[5] «Años de silencio, tiempo de cambio», así lo ha caracterizado Ugarte Tellería, 2003: 461-496, quien se centra en el caso de la provincia de Álava. Su afirmación se puede extrapolar a todo el País Vasco.

rural, el desarrollismo industrial, el progreso material, la modernización tecnológica y el acceso masivo a bienes de consumo fueron factores que tuvieron unos decisivos efectos en las relaciones interpersonales, en la morfología urbana y en las rutinas de la vida cotidiana, y acabaron fraguando una sociedad nueva. El análisis de los movimientos sociales que desde ella se generaron y los periodos de transformaciones intensas que la acompañaron ofrece una vía de acceso privilegiado a la época. El libre desenvolvimiento de esa sociedad estuvo coartado por la persistencia de la larga dictadura. El proceso de democratización abrió la espita para que en el transcurso de unos pocos años se concentrase y explotase toda una amalgama de demandas sociales[6]. Ya desde el tardofranquismo, pero particularmente durante la Transición, del silencio en la política se iba dando paso a la barahúnda de una calle ocupada por unas formas de participación y unas consignas hasta entonces vetadas.

La exigencia de amnistía, la promoción del euskera y la reclamación de algún tipo de autogobierno para el País Vasco fueron algunas de las candentes cuestiones presentes en las calles. Fueron momentos en los que en determinados sectores sociales también se produjo un cuestionamiento radical de la familia patriarcal, una exigencia de desaparición del gueto homosexual y una irrupción de la crítica antinuclear y ecologista. Este conjunto de elementos, que iré introduciendo a lo largo de las siguientes páginas, no sólo se canalizó políticamente a través de los partidos de la naciente democracia. La aparición con fuerza inusitada de ciertos nuevos movimientos sociales en la vida pública fue uno de sus principales cauces y fue, al mismo tiempo, uno de los signos más llamativos del corrimiento de tierras que se había ido produciendo en las estructuras de la sociedad. Así pues, este trabajo se sitúa en línea con lo sostenido por autores como Ramón Adell y M.ª Jesús Funes, para quienes «parece ya indiscutible que los llamados movimientos sociales fueron, son o serán una de las fuerzas de cambio (o agentes primarios) más potentes de la propia sociedad (…). Se cuestiona así que el proceso de transformación social esté dirigido cuasi exclusivamente desde arriba por las élites, políticas y económicas (gestores, administraciones)»[7].

Jesús Casquete entiende que la sociedad civil es «el ámbito de la vida social que es voluntario y autónomo del Estado, y que incluye sobre todo los movimientos sociales, otras asociaciones voluntarias y la opinión pública»[8].

---

[6] Con Tilly y Wood, 2009: 13, entiendo democratización como: «development of regimes featuring relatively (…) equal citizenship; binding consultation of citizens with respect to governmental policy, personnel, and resources; and at least some protection of citizens from arbitrary actions by governmental agents». La democratización es un proceso, no un salto. Como indica Manuel Ortiz Heras, 2004, «no podemos seguir confundiendo ambos conceptos. Democracia y transición son correlativos pero no simultáneos y vienen precedidos siempre de una indiscutible crisis de la dictadura franquista». Similares precauciones respecto a la cronología en Sabio y Sartorius, 2007: 18.

[7] La cita en Adell y Funes, 2003: 15; más en esa línea en Tilly y Wood, 2009: XI.

[8] Casquete, 1998: 24, en nota.

La sociedad civil estaría compuesta, entonces, por individuos agrupados en colectivos de diferente tipo, con una voluntad de proyectarse en la esfera pública: académicos, profesionales, no gubernamentales, confesionales, pero no por asociaciones con ánimo de lucro ni de gobierno. Durante la Transición la sociedad civil dio impulso a nuevos movimientos sociales de signo diverso, cuyos efectos fueron notables. Esa sociedad que había estado encapsulada en moldes políticos dictatoriales se expresó en toda su diversidad y se fue deshaciendo de constreñimientos y limitaciones. En la Transición se construyó el escenario propicio para que la modernización social se propulsara, desembarazada ya de las pesadas ataduras dictatoriales[9].

Esta investigación toma como marco geográfico las tres provincias de la Comunidad Autónoma Vasca (CAV): Álava, Bizkaia y Gipuzkoa[10]. Las coordenadas cronológicas abarcan los años comprendidos entre 1975 y 1980, es decir, desde la muerte de Franco (no porque el 20-N comenzara inmediatamente la Transición, sino porque la relevancia de esa fecha fue crucial para abrir otra etapa[11]) hasta la puesta en marcha del autogobierno con la formación de un Parlamento y un Gobierno vasco tras las elecciones de marzo de 1980[12]. «Transición» es la palabra clave que sirve para caracterizar toda esa *época*, de lo que se deriva que hay que estudiarla en sus múltiples facetas (políticas, pero también sociales, culturales, económicas…)[13]. Entiendo «Transición» de forma extensiva, por ello defiendo emplear el término en mayúscula. Así que aquí, cuando hable de «transición política», lo haré en minúsculas y para referirme únicamente a eso, a la política, no para caracterizar todo el periodo[14]. Ahora bien, en la Transición el proceso político, con el paso de una dictadura a una democracia, fue lo esencial[15]. La segunda mitad de la década de los setenta estuvo atravesada por fuertes dinámicas de transformaciones sociales y culturales, pero su desenvolvimiento, en buena

---

[9] Redero, 1999: 265, lo ha señalado para el conjunto de España; Rivera y Ugarte Tellería, 2003: 526, para el caso concreto de la provincia de Álava.

[10] En este trabajo empleo País Vasco, Euskadi y CAV como sinónimos y no incluyo el caso de Navarra porque, por mucho que algunos de los partidos políticos y de las organizaciones de los movimientos sociales aquí a estudio la integraran en un mismo ámbito político-geográfico junto con la CAV, adentrarse en su análisis hubiera supuesto introducir otra trayectoria particular, con ritmos y contenidos no siempre coincidentes.

[11] A partir de Gallego, 2008: 213; Molinero, 2006: 11; y Dorado y Varela, 1989: 253.

[12] Así lo hace también M. Montero, 2006: 181.

[13] Según la definición del DRAE transición sería: «1. Acción y efecto de pasar de un modo de ser o estar a otro distinto; 2. Paso más o menos rápido de una prueba, idea o materia a otra en discursos o escritos; o 3. Cambio repentino de tono o expresión». Lo que puede retenerse es que la Transición democrática no tuvo una esencia estable, sino que se caracteriza precisamente por ser un devenir, un periodo de tránsito hacia una situación sustancialmente diferente de la anterior.

[14] *Vid*. al respecto de esa transición no sólo política, entre otros autores, Tusell, 2002: 48; o Giner, 2002.

[15] Redero, 1994: 12; Álvarez Junco, 1994: 414.

medida, se comprende en relación con las nuevas posibilidades que se presentaban desde un ámbito político progresivamente más abierto, una pieza clave para el avance de «transiciones» en otros terrenos.

El estudio de caso de esta investigación comprende el análisis de tres movimientos sociales: feminista, gay y antinuclear. Aquí no se trata de acumular fuentes sobre estos movimientos para trasladar la imagen de que fueron los que congregaron a más personas en manifestaciones. El objeto de estudio ha sido escogido por su potencialidad como vía de aproximación para entrar a tratar los temas más relevantes de la época en Euskadi, que identifico con el proceso de institucionalización democrática, la conflictividad y el cambio socio-cultural y el ciclo de violencia política.

El surgimiento de esos movimientos no fue una excepción en el contexto de Europa occidental y Norteamérica, sino que estuvo insertado en el desarrollo de un ciclo de protestas generado en las sociedades occidentales desde los años sesenta. Sidney Tarrow define «ciclo de protestas» como una ola «primero creciente y luego decreciente» en la que intervienen varios elementos. Primero, una fase de intensificación o exaltación de las demandas sociales, seguida de otra de difusión geográfica, sectorial y organizativa y de expansión de las formas de contestación, culminada por una última fase en la que puede haber desde una revolución hasta un cierre hermético de las posibilidades de materialización de dichas demandas, pasando por la asunción por parte del Estado de algunas de las reivindicaciones[16]. Dicho ciclo transnacional, abierto en la década de los sesenta en un mundo cada vez más interconectado (lo que explica por qué las oleadas de protesta se han reproducido con mayor rapidez en distintos países[17]), llegó a España con un retraso de varios años. La principal razón para comprender esa demora hay que buscarla en la persistencia de la dictadura franquista, que hasta cierto punto consiguió su objetivo de ralentizar (cuando no abortar) el desarrollo del asociacionismo opositor.

Respecto al enfoque empleado para el tratamiento de la movilización social, lo que planteo es la pertinencia de abastecer a la historia socio-cultural con conceptos procedentes de un enfoque ecléctico dentro de las teorías sobre acción colectiva. La forma como se aborda aquí la cuestión de la conflictividad social suma tres ejes. Primero, el estudio de las características de las organizaciones de los movimientos sociales, así como de las experiencias personales y de las redes y prácticas sociales que están detrás de y en ellas. Segundo, los marcos interpretativos gracias a los cuales los sujetos dan sentido a las circunstancias y se disponen para la acción mediante, entre otras cosas, recursos «ideacionales» tales como la ideología, los hitos fundacionales y los símbolos reconocibles, elaborados por y al alcance de los contesta-

---

[16] Tarrow, 2002: 107.
[17] Tarrow, 1997: 324.

tarios. Y tercero, las características del contexto político, las oportunidades políticas que facilitan o limitan las posibilidades para la exteriorización del descontento y para la propuesta de alternativas. Esta unión triangular queda clara en la siguiente cita:

> *oportunidades políticas* sólo son uno de los requisitos necesarios. No es probable que se aprovechen si no existe una infraestructura organizativa, formal o informal, capaz de canalizar los procesos. Por último, junto a los requerimientos estructurales de oportunidad y organización hay que mencionar la importancia de significados y definiciones —marcos— compartidos por los partidarios del movimiento emergente[18].

II

Una cuestión clave es elegir adecuadamente los elementos de la comparación para que ésta no resulte arbitraria o extraña. ¿Por qué cotejar los tres casos mencionados? Ha sido necesario tener en cuenta algunas similitudes significativas para que los diferentes elementos confrontados no chocaran entre sí y para que el conjunto resultante tuviese sentido. Dichos movimientos sociales, primero, surgieron en el mismo contexto, prácticamente al mismo tiempo: en los inicios de la Transición. Segundo, contribuyeron a abrir el concepto de política al no circunscribirla a la vida institucional y partidista. Tercero, detrás tuvieron unas organizaciones con un sesgo libertario (se definían como asamblearias y anti-autoritarias), interclasista y de izquierdas[19]. Más adelante se entrará en detalles para matizar esta carta de presentación. De momento, baste con recordar que quedan otros movimientos, a los que se hará referencia puntualmente, que podrían haber encajado en este esquema, como el de objeción de conciencia. Razones de tiempo y espacio hacían aconsejable restringir el objeto de estudio específico a tres casos, sin que esto sea inconveniente para hacer referencias a otros agentes contemporáneos.

Como tendrá ocasión de comprobarse, entre los nuevos movimientos sociales de la década de 1970 también existieron diferencias que no conviene minimizar, como su distinta fuerza numérica. Pero una comparación no se establece para buscar únicamente proximidades, sino también para estudiar la naturaleza de las diferencias[20]. Introducir variables algo desemejantes

---

[18] McAdam, McCarthy y Zald, 1999: 30. Subrayado en el original.

[19] Autores como Della Porta y Rucht, 1995: 231, han remarcado ese eje izquierdista y libertario y han agrupado a estos movimientos sociales bajo la etiqueta «left-libertarian», considerando que conformaron una particular «familia de movimientos». Un resumen más detallado de los contenidos de esa inspiración libertaria en Casquete, 1996a: 159-162.

[20] La misma intención en Walton, 2009, quien compara los casos de País Vasco, Gales y la región del Noroeste de Inglaterra, en su caso desde la dimensión de las identidades rurales y urbanas.

puede ayudarnos a formar un cuadro más completo y complejo. Asimismo, la comparación puede ser útil para comprender lo que fueron aquellos años desde el punto de vista de unas acciones colectivas que, frecuentemente, no se desarrollaban de forma ajena al contacto entre movimientos sociales.

Esta investigación está motivada por tres interrogantes principales. En primer lugar: ¿cómo fue el nacimiento y el desarrollo de los nuevos movimientos sociales de los setenta (gay, antinuclear y feminista) en el País Vasco de la Transición? Esta cuestión puede dar pie a una aproximación de tipo principalmente descriptivo. Por ello habrá que compaginarla con una segunda pregunta que propicie una aproximación más analítica y vinculada de pleno con el importante y discutido concepto de «Transición»: ¿en qué medida contribuyeron los movimientos sociales a la superación del franquismo y a la democratización en el País Vasco, particularmente desde el punto de vista de la extensión de valores como la participación en la toma de decisiones públicas y el respeto a las minorías? Relacionado con esta cuestión lo interesante será ver cómo se conjugó y articuló la institucionalización democrática desde arriba con la conflictividad y creatividad social impulsada desde abajo.

Ahora bien, esta última pregunta está, en parte, ligada a los ritmos y la lógica del proceso político. Sin desdeñar la relevancia de tal cuestión, prefiero combinarla con otra pregunta: ¿en qué medida los movimientos sociales generaron discursos y prácticas incluyentes o excluyentes relacionadas con, hacia dentro, procesos de potenciación de formas de identificación colectiva y, hacia fuera, procesos de apertura de nuevas reivindicaciones a la sociedad? La mencionada tercera pregunta principal facilita que nos adentremos en una dinámica de tipo preferentemente cultural, entendiendo cultura no en un sentido restringido como nivel de conocimiento académico (formación, instrucción o erudición), sino en un sentido más amplio, mediante la siguiente definición: «todo aquel bagaje mental, orientado al entendimiento y uso del mundo simbólico y, en función de ello, a la producción y práctica de un conjunto de pautas o patrones de comportamiento, siempre en recomposición, que dan sentido y condicionan la acción social de individuos y colectivos»[21].

En este punto, como señala Marta Latorre, «nos topamos de frente con la ingente discusión teórica acerca de lo que es (y no es) cultura, es decir, qué elementos se abordan cuando nos referimos a aquello de situar de nuevo a la cultura en el punto de mira»[22]. Sin entrar en tamaño debate, que escapa a los objetivos concretos de este trabajo, sí que es pertinente consignar que, a partir de la citada definición, nos acercaremos aquí a los criterios de distinción grupal y categorización social establecidos de forma binaria (nosotros-ellos,

[21] Aróstegui, 2004: 332.
[22] Latorre, 2005: 39.

dentro-fuera), a la riqueza de significados de los conceptos dependiendo del tiempo, del lugar y del sujeto que los emplee (mujer-feminista, homosexual-gay, Lemóniz-antinuclear-ecologista) y a las variadas formas de las personas de concebirse como individuos y como participantes en uno o varios colectivos.

El desarrollo de las mencionadas preguntas nos conducirá a otras cuestiones importantes, entre las que destacan: ¿hasta qué punto fueron nuevos los movimientos sociales a estudio?, ¿en qué medida afectó la naturaleza de un contexto político en transición a la aparición y el desarrollo de los movimientos sociales y al tipo de respuestas que desde el Estado se dio frente a ellos?, ¿puede subdividirse cronológicamente la Transición y, de ser así, dónde se colocan los saltos significativos en relación con la evolución de la conflictividad social?, ¿existe la posibilidad de calibrar la readaptación de las culturas políticas al contexto cambiante y a los efectos que ejercieron las acciones colectivas sobre ellas? y ¿qué alcance tuvieron las especificidades de la Transición en el País Vasco?

Para estudiar las cuestiones planteadas me sitúo preferentemente en las esferas de lo político y lo cultural. En lo cultural para el análisis de las identidades colectivas, las luchas por el control, la producción y la difusión de sentido o de formas de interpretar la realidad. En lo político para el estudio del terreno desde el cual se tenía capacidad para potenciar o proteger unas identidades, reivindicaciones y/o minorías, así como para arrinconar o perseguir a otras que no resultasen apropiadas con las definiciones hegemónicas, si es que las hubiera.

La hipótesis principal que sostengo es que los movimientos sociales no fueron necesariamente la solución democratizadora, sino una de las partes implicadas en una crisis de Transición que en el País Vasco, fundamentalmente por el impacto del terrorismo, adquirió connotaciones de singular crudeza respecto al resto de España[23]. Las organizaciones de los movimientos sociales, dependiendo del caso, pudieron contribuir a fomentar tanto una mayor implicación en la vida pública como la exclusión de la misma, e incluso, yendo más lejos, tanto a traer más igualdad y libertad para individuos y minorías, como a cercenarla mediante la legitimación de la violencia política[24].

Así pues, este libro trata de cómo la movilización social puede constituirse en un elemento de cambio cultural y de participación pública que contribuye a la democratización del sistema político y de cómo, bajo deter-

---

[23] Distintos autores, con diferentes matices personales, han hecho hincapié en las particularidades y las dificultades del proceso político transicional vivido en el País Vasco respecto al resto de España. *Vid.,* entre otros, Rivera, 1998: 79-91; y 2001: 173-184; Tusell, 1996: 137; G. Morán, 2003: IV; de Pablo y Mees, 2005: 364; J.A. Pérez Pérez, 2007a: 391-412; Muro, 2007: 121; Gallego, 2008: 458 y 492.

[24] Entendiendo por violencia política «toda acción no prevista en reglas, realizada por cualquier actor individual o colectivo, dirigida a controlar el funcionamiento del sistema político de una sociedad o a precipitar decisiones dentro de ese sistema», en Aróstegui, 1994: 44.

minadas circunstancias, las acciones colectivas[25] pueden acompañarse de discursos y de prácticas opresivas, transformándose en fuentes de injusticia[26] y, en los casos más extremos, en vehículos de repliegue hacia actitudes contrarias al respeto a la vida. Actitudes que pudieron calar en una parte relevante de la sociedad, precisamente gracias, entre otras cosas, a que alcanzaron una notable presencia (hasta cierto punto, una normalización) en el espacio público.

Durante la Transición el debate en torno a la forma de encaje del País Vasco en o fuera de España se convirtió en un elemento nuclear de los debates políticos y de las inquietudes sociales hasta un punto como no lo había sido en el pasado. Una de las pruebas de esa envergadura es que el nacionalismo vasco moderado se consolidó como una fuerza política preponderante en ayuntamientos, diputaciones y en el Gobierno de la CAV. Otro de los indicios es la capacidad de enganche social del nacionalismo vasco radical, que no sólo quedó patente en sucesivas convocatorias electorales, sino también en constantes movilizaciones callejeras y en el desarrollo de una dura espiral terrorista, principalmente a manos de ETA militar (ETAm)[27].

Si ligamos conceptos como Transición y País Vasco hemos de tener en cuenta que el fenómeno del terrorismo fue un factor clave de des-democratización. Sus efectos se extendieron mucho más allá de los daños personales y materiales producto de los atentados. Esos efectos se extendieron a todo el tejido social. Como indica Eduardo González Calleja: «la manera en que la violencia es percibida cuenta tanto como la violencia efectivamente sufrida, ya que su efecto psicológico puede ser tanto o más devastador que su efecto real. De ahí su estrecha vinculación con lo simbólico y lo imaginario»[28].

El concepto de terrorismo es sujeto de debates académicos y se ha aplicado a realidades muy distintas. Por ello conviene precisar que, pese a no ser de uso comúnmente aceptado, a la hora de hablar del País Vasco de la Transición considero que tiene pleno sentido recurrir al término, y no solamente para referirnos a organizaciones como las dos ramas de ETA (la militar y la

---

[25] Se considera que «acción colectiva» es «toda acción conjunta que persigue unos intereses comunes y que para conseguirlos desarrolla unas prácticas de movilización concretas», en Funes y Monferrer, 2003: 23.

[26] Resulta pertinente traer aquí a colación la siguiente reflexión: «la mejor tradición de la teoría social crítica aspira a transformar tantas fuentes de injusticia como sea posible, así como a ensanchar los umbrales de libertad e igualdad de que goza el ser humano en cualquier contexto histórico específico (…) el respeto a la vida y libertades ajenos constituye el criterio mínimo —y, en todo caso, el más inequívoco— para dilucidar si una práctica es justa o injusta», en Casquete, 2009: 15.

[27] Es el momento de aportar más datos para distinguir esos dos ejes del nacionalismo vasco, el moderado y el radical. En palabras de José Luis de la Granja, 2003: 55, «el *abertzalismo* (patriotismo) radical ha sido siempre sinónimo de independentismo, sin ambigüedades. A diferencia de los moderados, la independencia ha sido tanto la meta última como el objetivo inmediato para los radicales».

[28] González Calleja, 1994: 53.

político-militar) y los Comandos Autónomos Anticapitalistas, sino también incluyendo a grupos de extrema derecha y parapoliciales, como el Batallón Vasco Español (BVE) o los Grupos Armados Españoles[29]. Aquí me guío bajo la siguiente definición de terrorismo: la actividad de aquellas organizaciones subversivas, clandestinas, de dimensiones reducidas y sin dominio territorial que, mediante un uso continuado y casi exclusivo de formas de acción violentas se propone alcanzar objetivos de tipo preferentemente político[30].

III

Las arriba indicadas son las coordenadas cronológicas y geográficas, el objeto de conocimiento, los ejes de interés, las preguntas principales y la hipótesis central. Ahora voy a detallar cuáles son las fuentes empleadas y cómo está estructurado internamente el libro. Además de realizar un vaciado bibliográfico lo más exhaustivo posible he trabajado con diversos tipos de fuentes para sostener los cimientos de la investigación. He manejado tanto documentación interna de las organizaciones de los movimientos sociales como documentación generada por la Administración pública sobre éstas, como por ejemplo las memorias anuales de los gobiernos civiles de las provincias vascas. Dado que éste es un material confidencial no publicado, sino producido con fines de comunicación interna, ayuda a completar el panorama y a incorporar información no sólo procedente de los propios movimientos sociales. Estas memorias pueden trasladar una falsa sensación de fortaleza de la oposición antifranquista. Las autoridades dictatoriales llegaron a sobredimensionaron la conflictividad porque cualquier detalle que escapara a su control resultaba subversivo[31]. Colocar *ikurriñas* en lugares públicos se convertía en una incidencia de orden público, así que a la policía se le multiplicaban a diario las mismas y, en ocasiones, no daba abasto a la hora de resolverlas. Así pues, hay que completar esa imagen con la que se trasluce de las entrevistas realizadas a miembros activos de la oposición antifranquista, buena parte de los cuales, durante la dictadura, tenían la impotente sensación de estar enfrentándose a un adversario mucho más poderoso.

---

[29] Carnicero Herreros y J.A. Pérez Pérez, 2008, han publicado un artículo que trata, entre otras cosas, del terrorismo de extrema derecha y parapolicial, en parte relegado al olvido actualmente, pero activo en las fechas de la Transición. *Vid*., asimismo, Woodworth, 2002: 30-44 especialmente. Fuentes hasta ahora inéditas sobre las quejas de la Administración francesa ante el contra-terrorismo franquista en Francia en Hualde, 2010: 115 y 116.

[30] En Della Porta, 1990: 19. Otra definición en la misma línea en Reinares, 1989: 612. Uno de los objetivos del empleo del terrorismo es eliminar a una parte del enemigo para dominar al resto mediante el miedo, en Reinares, 1990: 353.

[31] A esto hay que sumar las dificultades para conocer las dimensiones reales de las organizaciones clandestinas y el temor que eso puede generar en las autoridades (lo señalan Molinero e Ysàs, 2008a: 200, a cuenta de la Unión Militar Democrática).

Las voces de las diferentes subjetividades, de las diversas formas que tuvieron las personas a la hora de ubicarse, dar significado y actuar ante la realidad, nos llegan a través de numerosos testimonios. Aparte de los libros de memorias, merece una mención especial la serie de entrevistas personales en profundidad, siguiendo un modelo semi-estructurado de final abierto, con protagonistas de la época. Todas ellas fueron grabadas en soporte digital y están archivadas y disponibles en el Fondo de Fuentes Orales y Dispersas del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, en Vitoria. Conforman un conjunto de unas 100 horas de grabación repartidos en 61 entrevistas realizadas entre 2006 y 2009.

El recurso a la encuesta oral es fundamental, entre otras cosas, para acceder a conocer tanto las redes sociales latentes como los primeros pasos de las organizaciones de los movimientos sociales. Hay que tener en cuenta que un diario referencial como *El País*, que recogería muchas de las acciones colectivas organizadas desde los movimientos sociales, no nació hasta mayo de 1976. Otras vías importantes para el estudio de la Transición y de la conflictividad social en el País Vasco, como los diarios *Deia* y *Egin*, no aparecieron hasta junio y septiembre de 1977 respectivamente[32]. Este último periódico es particularmente interesante, ya que por un lado es una buena vía para estudiar el discurso de la autodenominada izquierda *abertzale* y, por otra parte, desde el momento de su fundación publicó multitud de noticias sobre los movimientos sociales[33]. Así pues, el capítulo de la prensa periódica utilizada también ha sido fundamental. En él figuran diarios y revistas, bien obra de iniciativas privadas, bien vinculadas con diferentes partidos, sindicatos u organizaciones de los movimientos sociales. De esa prensa he ido extrayendo tanto abundantes datos concretos como las claves de los discursos y las prácticas sociales de aquellas.

La mayor parte de los archivos en los que he trabajado son de tipo privado. Unos responden al intento de las diferentes organizaciones de los movimientos sociales por custodiar su pasado. Otros son fondos documentales particulares, a los que he podido acceder tras entrar en contacto con distintas personas para realizar entrevistas. La ausencia en el País Vasco de un archivo de referencia donde estuviese centralizada la mayor parte de la documentación generada en los años de la Transición me ha obligado a acudir a diferentes lugares para encajar después las múltiples piezas al modo de un puzzle.

Este libro está dividido en tres partes principales cuya estructuración sigue una línea cronológica. En el bloque denominado «La gestación de nuevas redes sumergidas: la crisis final de la dictadura (1975-1976)» se en-

---

[32] El primero ligado al nacionalismo moderado del PNV (de Pablo y Mees, 2005: 372) y el segundo a los sectores que, particularmente en torno al nacionalismo vasco radical, pero no exclusivamente (ya que también al principio había apoyo y participación de sectores de la extrema izquierda) contestaban la reforma política y seguían reclamando una ruptura.

[33] Más datos sobre estos diarios en Arriaga y Pérez Soengas, 2000: 42.

tra a tratar unas redes sociales de homosexuales, feministas y antinucleares en proceso de formación, muchos de cuyos participantes tuvieron una clara identificación del principal e inmediato adversario común: la dictadura franquista y todo lo que ésta suponía, también en el orden social y cultural. Argumento que esa gestación en España, para los años y los casos que nos ocupan, se produjo más que en condiciones de estricta clandestinidad, en un contexto de represión y autoritarismo institucional durante el tardo y el postfranquismo[34].

La segunda parte, «Nuevos movimientos sociales incipientes. Del silencio a la calle (1977)», se centra en unos agentes volcados en abrirse al conjunto de la ciudadanía y extender sus inicialmente primitivas redes de incidencia. Aquí se encuentra la irrupción de una incipiente sociedad civil que, ya de forma abierta, articuló, expresó y puso en circulación nuevos conceptos y nuevas inquietudes sociales, que paulatinamente se fueron abriendo paso para estar disponibles en el espacio público. Propongo que estamos ante lo que fue un gran esfuerzo de comunicación y presentación de problemáticas hasta entonces prácticamente ausentes del debate público, pero también, hacia adentro, de autodefinición, al hilo de la cual se fueron restringiendo los ámbitos de incidencia, los temas, los enfoques y los aliados de que se dispuso.

La tercera parte se denomina «Nuevos movimientos sociales en desarrollo durante la institucionalización democrática (1978-1980)». En estos años la Transición avanzó tanto en su vertiente institucional como en diversos aspectos sociales y culturales, pero acompañada por unas instituciones democráticas todavía endebles y por una amplia deslegitimación del Estado español en el País Vasco. Como el conjunto de la sociedad, los movimientos sociales, con mayor o menor intensidad, se vieron envueltos en una espiral de violencia política desatada principalmente por organizaciones independentistas, espiral alimentada también por extremistas de derecha e izquierda y a la que contribuyó la actuación represiva, en ocasiones desmedida, de las propias Fuerzas de Orden Público (FOP). Todo ello indica que la Transición fue menos modélica de lo que en ocasiones se ha presentado.

Al final nos adentramos en lo que fue una etapa de declive de la movilización, pero no necesariamente de pérdida de la influencia y de la presencia del feminismo, la sensibilización antinuclear y las reivindicaciones de gays y lesbianas en el espacio público. Aquí argumento que en esa desmovilización influyeron varios factores. Por una parte, la materialización de los cambios políticos más importantes de la Transición y la asunción por parte del Estado de algunas de las cuestiones planteadas durante los años anteriores, que sacó de la protesta en la calle a las personas ya satisfechas con los avances

[34] Entendiendo por «represión» «los intentos de suprimir las actuaciones contenciosas o los grupos y organizaciones responsables de éstas», en McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 75.

experimentados[35]. Por otro lado, se dio un reflujo ante la intervención militar de las organizaciones terroristas en supuesta defensa de algunas de las demandas aireadas por los movimientos sociales, lo que provocó debates internos, tensiones y rupturas en las organizaciones de dichos movimientos.

IV

Se emplea aquí la definición de movimientos sociales propuesta por el sociólogo Sidney Tarrow: «desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las elites, los oponentes y las autoridades»[36]. Esa interacción no forma parte de un estallido episódico, sino que se sostiene con altibajos a lo largo del tiempo, se centra en temas concretos mediante campañas que sirven para movilizar a los participantes y tiene como objetivo incidir sobre el proceso de cambio social, ya sea para promover, detener o deshacer algo.

Cualquier elemento, tanto externo como interno (por ejemplo, un atentado terrorista o una campaña unitaria), puede servir para alterar el impacto mediático, la capacidad movilizadora o la imagen ante la opinión pública de los movimientos sociales. Éstos cuentan con un núcleo de activistas asiduos y un entorno fluctuante de participantes potenciales y simpatizantes puntuales pero, en la práctica, al no existir militantes de carné, las fronteras entre un tipo y otro de participación no están nítidamente delimitadas[37]. Más bien, esas divisorias están abiertas ante las frecuentes entradas y salidas de activistas, la disponibilidad personal, el grado de implicación voluntaria, la sensación de conexión o desconexión con los discursos y las prácticas de las organizaciones de movimientos sociales de turno, etc.

Una de las advertencias que conviene lanzar desde el principio es que hay que evitar confundir a las diferentes personas y organizaciones que integran los movimientos sociales con el movimiento social en sí[38]. Pongamos

---

[35] Definiendo «protesta» como la acción no convencional, caracterizada por la utilización de canales de influencia indirectos, a través de la activación de una serie de actores colectivos (Della Porta y Diani, 2006: 192).

[36] Tarrow, 1997: 21. Son múltiples las definiciones de «movimientos sociales» que se han lanzado. Una propuesta parecida a la de Tarrow para entender el concepto sería la siguiente: «agrupaciones capaces de fundir solidariamente a individuos aislados en un sujeto colectivo a partir de unas reivindicaciones comunes surgidas de una reinterpretación de la realidad que va tomando cuerpo en y para la acción», en Ortiz de Orruño, Rivera y Ugarte Tellería, 2008: 5.

[37] Empleo los términos activista y militante como sinónimos para referirme a aquellas personas que participaron de forma activa y sostenida en una organización de un movimiento social.

[38] La advertencia sobre que «la dimensión organizacional no agota el movimiento» en Aierdi y Fernández Sobrado, 1997: 187, la distinción entre movimiento social y organización de un movimiento social en Casquete, 1998: 22, en nota.

por caso que, con ser una piedra de toque importante, no se puede hablar de movimiento feminista en Bizkaia incluyendo únicamente a las organizaciones que se podían adscribir a él. Las fronteras del movimiento feminista son más difusas que las que comprende una organización[39], por mucho que ésta adquiriera protagonismo y se autoproclamara unitaria. El movimiento feminista lo conformaban también todas las personas que se identificaban como feministas y tomaban parte, siquiera puntualmente, en alguna acción o desafío colectivo. Incluidos algunos hombres. Por poner otro ejemplo, personas heterosexuales participaron activamente en el movimiento gay, aunque permanecieran al margen de la militancia en las organizaciones de gays y lesbianas. No es lo mismo movilizarse en un momento dado que organizarse como activista. Dentro de los movimientos sociales los militantes suelen ser una minoría en comparación con los que participan esporádicamente en acciones colectivas.

Conviene hacer otra puntualización relacionada con la pluralidad de puntos de vista que se deriva, entre otras cosas, de la existencia de variadas organizaciones dentro de cada movimiento social. Existe el peligro de personalizar a nuestros objetos de estudio y convertirlos en sujetos homogéneos mediante frases del tipo: «el movimiento gay opina que…» o «según el movimiento feminista…». Es cierto que en algunos puntos concretos existió consenso. Pero en el seno de los movimientos sociales también hubo fuertes discusiones y posturas abiertamente enfrentadas, de lo que se desprende la necesidad de matizar y no tratarlos como voces unívocas.

Todo movimiento social es una red de dimensiones cambiantes, un conjunto de contornos difusos extremadamente sensible ante las variaciones del contexto. Por eso conviene tener en cuenta las dificultades para determinar quiénes en cada momento formaban parte de los movimientos sociales y quiénes no. Este último apunte está ligado de manera estrecha a dos cuestiones importantes: ¿quién era feminista, gay o antinuclear? y ¿qué organizaciones comprendía cada movimiento social? Respecto a la primera de las preguntas, en esta investigación, como regla general, me guiaré bajo la consideración de que era feminista, gay o antinuclear toda aquella persona y organización que se definiera como tal, sin exclusiones apriorísticas de ningún tipo. Esta es la opción más integradora y respetuosa con las diferentes sensibilidades y con las diferentes formas de participación.

Para contestar a la segunda cuestión arriba expuesta es útil distinguir entre movimientos sociales, partidos políticos y grupos de presión. Los primeros congregan en acciones colectivas a un número variable de personas y organizaciones. Así pues, si aprovechamos los mimbres que han ido apare-

---

[39] Por organización se entiende aquí «el conjunto de interacciones habituales y estructuradas, de una forma más o menos elaborada y formalizada, que se establecen entre un conjunto de actores individuales y/o colectivos. La formalización hay que entenderla, por tanto, como un *continuum*», en Aierdi y Fernández Sobrado, 1997: 187.

ciendo en estos últimos párrafos (cierta perdurabilidad, implicación e interacción entre individuos, grupos y organizaciones, participación en el cambio social), puede apuntarse una definición más concreta de movimiento social, que sería la siguiente: «una red interactiva de individuos, grupos y organizaciones que, dirigiendo sus demandas a la sociedad civil y a las autoridades, interviene con cierta continuidad en el proceso de cambio social mediante el uso prevalente de formas no convencionales de participación»[40].

El objetivo de los segundos, los partidos políticos, es participar en las convocatorias electorales para alcanzar el Gobierno o, al menos, para terciar en sus decisiones. Los terceros (sindicatos, asociaciones profesionales, *lobbies* empresariales) actúan como grupos privados de influencia para incidir, en beneficio de sus miembros, sobre los procesos de determinación política puestos en marcha desde las instancias públicas. Para ilustrar esto con un ejemplo extraído del contexto de la Transición es gráfico el caso de las Comisiones Obreras. Puede fecharse que éstas pasaron de ser un movimiento sociopolítico a constituirse como un sindicato en la asamblea realizada en Barcelona en julio de 1976, en la cual se eligió a Marcelino Camacho como secretario general[41].

Para que una organización sea de un movimiento social debe ser al menos relativamente autónoma y no depender directamente de partidos ni de grupos de presión. Por ejemplo, la Secretaría de la Mujer de CCOO, la Estructura de Mujeres del MCE o *KAS-Emakumeak* (Mujeres-KAS) fueron organizaciones feministas, pero no organizaciones del movimiento feminista, porque estaban encuadradas dentro de un sindicato, un partido político y una coordinadora respectivamente. Estas precisiones están, en parte, relacionadas con la cuestión de qué es y qué no es cada movimiento social. Nos encontraremos formas de protesta, como algunas relacionadas con el movimiento vecinal, en las que el protagonismo principal fue de mujeres, pero sin una aparición de auto-identificación feminista y, en ocasiones, sin conocimiento de tal término. De todas formas, las fronteras entre las citadas protestas y la concienciación feminista no fueron nítidas, de modo que, en el curso de movilizaciones desarrolladas por mujeres, algunas de ellas se hicieron feministas.

Tampoco es siempre exactamente lo mismo el movimiento ecologista y el antinuclear, aunque en ocasiones puedan confluir y mezclarse. El primero es muy diverso, incluye desde grupos conservacionistas, excursionistas y amantes de la naturaleza hasta militantes de partidos verdes, pasando por sectores contraculturales antidesarrollistas y por miembros de comunidades locales opuestos a la contaminación de sus espacios en pro de la calidad de vida y la salud[42]. El segundo se opone al empleo de la energía atómica con

---

[40] Casquete, 2006a: 56.

[41] Redero, 2008b: 133 y 134.

[42] La tipología del movimiento ecologista en la que se basa este resumen en M. Castells, 1998: 137.

cualquier fin, tanto civil como militar. Por regla general, los ecologistas en el País Vasco de la Transición fueron antinucleares. Pero los activistas antinucleares, sobre todo en un inicio, no se identificaron necesariamente con la etiqueta ecologista[43]. A veces, como tendrá ocasión de comprobarse, incluso miraron con desdén, suficiencia o distanciamiento político los intentos pioneros por introducir el ecologismo en Euskadi. Además, las personas que se adscribieron a las movilizaciones contra los planes de Iberduero de construir varias centrales nucleares en Euskadi no estaban necesariamente en contra de la energía nuclear, sino que podían rechazar la ubicación concreta de esas centrales o la forma de imponerlas[44].

Finalmente, cabe advertir que no es lo mismo hablar del colectivo gay que del movimiento gay. El primero es absolutamente plural, ya que incluye a individuos de variada ideología, sexo, formación académica, edad, procedencia geográfica, extracción sociolaboral, religiosidad e incluso actitud personal hacia su sexualidad[45]. El segundo es el minoritario segmento social movilizado bajo el impulso de sacar a la calle la liberación, la dignificación, el orgullo o el reconocimiento de los derechos de los homosexuales. Esa fracción no sólo procede de integrantes del colectivo gay, sino del conjunto de la ciudadanía. Por ello es inexacto hablar de movimiento homosexual. Es más, también hay que precisar que el colectivo gay es una elaboración del movimiento gay. El colectivo no precede a la existencia del movimiento, sino que es consecuencia de una construcción sociocultural fomentada desde este último.

La homosexualidad es una orientación sexual, mientras que reconocerse como gay o como lesbiana es una forma de identidad[46]. Aquí trato del movimiento más que del colectivo gay. Empleo el término movimiento gay por dos razones: por economía en el lenguaje y por ser fiel al léxico que se ma-

---

[43] Rivas Acevedo, 1999: 295, quien señala que hasta principios de los años ochenta los Comités Antinucleares no añadieron a su nombre «y Ecologistas».

[44] En este sentido se pronunciaba, por ejemplo, el miembro de la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear José Allende en la revista *Punto y Hora de Euskal Herria* (en adelante, *Punto y Hora*), 7-07-1977.

[45] Y por ello resulta más adecuado hablar de «colectivo» o de «categoría» que de «comunidad homosexual». Esta especificación en Bourdieu, 2000: 143. En esa misma dirección, *vid*. Boswell, 1986: 41 y 42; y Borrillo, 2001: 127-129. De hecho, cuando se ha tratado de proponer un decálogo de *lo gay* se ha caído en estereotipos simplificadores.

[46] M. Castells, 1998: 232, va más lejos cuando dice que «la homosexualidad y el lesbianismo no pueden definirse como preferencias sexuales. Son, fundamentalmente, identidades», lo que me parece un poco excesivo, porque abre la puerta para dejar todo lo relativo a la sexualidad en manos de la libre determinación. Una expresión radical de esa misma idea es la de Gimeno, 2005: 22, para quien el lesbianismo es una elección política personal deliberada y voluntariamente escogida. Eso sí, Gimeno aclara que habla de su caso personal. El debate sobre si la sexualidad es una opción o una orientación sólo puede superarse reconociendo que puede producirse cualquiera de los dos casos (Cleminson y Vázquez García, 2003: 141 y 142).

nejaba entonces, cuando la palabra gay servía también para referirse a las lesbianas. En la época de la Transición no se utilizaba esa sopa de siglas que se ha puesto de moda en los últimos años: movimiento (y/o colectivo) LGBT. A veces varía el orden, pero el significado viene a ser el mismo: lesbianas, gays, bisexuales y transexuales. En ocasiones se añade una «Q» (de *queer*, marica) y un signo de suma al final (LGBTQ+) para indicar que la combinación de letras está abierta a la incorporación de alguna nueva.

A todo esto, ¿dónde queda el concepto de nuevos movimientos sociales, que he empleado para agrupar a los tres casos que conforman este estudio? Tal término sigue teniendo utilidad explicativa, particularmente si lo vinculamos al estudio de casos concretos. En la Transición surgieron nuevos movimientos sociales, entendiendo que su originalidad no fue radical ni absoluta, sino relativa[47]. Visto así, el feminista, gay y antinuclear serían nuevos movimientos sociales *de la década de 1970*, no los nuevos movimientos por antonomasia frente al supuestamente *viejo* movimiento (de los trabajadores). Y es que también podría hablarse de un nuevo movimiento obrero con formas organizativas asamblearias, públicas y abiertas durante la España del tardofranquismo, desde los años sesenta, sobre el que han hablado tanto protagonistas directos de tal experiencia[48], como sociólogos, politólogos e historiadores[49]. El hecho de que se remarquen muchas veces los elementos novedosos no quiere decir que se deban desdeñar las persistencias del pasado (en forma de viejos relatos, lugares de memoria, experiencias, etc.) en su formación[50].

Por su parte, al compás de la modernización económica y social, desde los sesenta proliferaron grupos que se sustraían con mayor facilidad al dominio franquista de las redes de socialización a través de cuadrillas de amigos, sectores de la Iglesia, la enseñanza, la música, etc. En el País Vasco, en muchos casos, integraron «nuevos movimientos nacionalistas para una nueva sociedad», y cada vez se hicieron más presentes en la vida pública[51]. El historiador Manuel Montero ya se refirió a algunos de estos casos hablando de que en los últimos años del franquismo «nació un nuevo nacionalismo, proclive a la utilización de la violencia política; surgió un nuevo movimiento obrero, que se despegaba de la tradición republicana y de las formas de actuación de la primera postguerra y que asumía las nuevas condiciones crea-

---

[47] Pérez Ledesma, 2006: 120 y 121; Fernández Buey, 2004: 23; Gabriel, 2002: 287.

[48] Caso de Gómez Lavín, [s. f.].

[49] Caso de Iriarte, 1986: 180; Pérez Ledesma, 1990: 235; Ibarra, 1990: 43; Redero y Pérez Delgado, 1994: 194; Juliá, 1989: 95 y 1994: 179; Gabriel, 2002: 287; Rivera y Ugarte Tellería, 2003: 499; Majuelo, 2004, 68 y 69; Ibáñez y J.A. Pérez Pérez, 2005: 311; Mateos y Herrerín, 2006: 8; Domènech, 2003: 93; y 2008: 19; Gallego, 2008: 297 y 504; Molinero e Ysàs, 2008a: 49.

[50] Como han indicado, entre otros, Domènech, 2003: 98 y 2010: 291; y J.A. Pérez Pérez, 2006: 387-405.

[51] La cita es de Balfour y Quiroga, 2007: 240.

das por el *boom* industrializador»[52]. Otros autores también han hecho referencia a «un nuevo activismo religioso, desdeñoso para con el «nacional catolicismo» de la Iglesia» y a «una nueva generación de alumnos» que, desde los centros de enseñanzas medias y las universidades, organizó múltiples actos de protesta colectiva e impulsó organizaciones de izquierda[53]. El asunto remite, en el fondo, a que estamos ante una nueva sociedad, cuya matriz se sitúa en los años sesenta del siglo XX. Los movimientos sociales que aquí nos ocupan fueron una de las expresiones de la misma.

V

Ésta no es una crónica destinada a glorificar ni halagar a un colectivo particular. Como sostiene Tony Judt, «todos conocemos a intelectuales que hablan sólo en nombre de su país, clase, religión, «raza», «género» u «orientación sexual», y que formulan sus opiniones de acuerdo con lo que consideran que favorece los intereses de su afinidad de nacimiento o elección»[54]. Pero es necesario algo más que una narración que sirva para alimentar una identidad determinada. Es conveniente guardar una prudente distancia respecto al objeto de estudio, porque, en palabras de Eric Hobsbawm, «la deconstrucción de mitos políticos o sociales disfrazados de historia forma parte desde hace tiempo de las obligaciones profesionales del historiador, con independencia de sus simpatías» y, por ello, «para los historiadores la universalidad prevalece necesariamente sobre la identidad»[55]. Toda reflexión responde a un desafío académico y debe perseguir un interés general[56]. No se trata de hacer una historia desde y para un movimiento social, sino, en todo caso, sobre un movimiento social para comprender mejor la sociedad en la que éste se enmarca. De modo que, llevándolo a nuestro caso, no se trata de hacer una historia de y para las mujeres o los homosexuales, sino una historia sociocultural de la Transición a partir del análisis de los movimientos feminista, gay y antinuclear, sin idealizaciones ni satanizaciones, con sus grandezas y sus miserias[57].

---

[52] M. Montero, 1998: 98 y 99.

[53] Las citas en McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 197.

[54] Judt, 2008b: 374.

[55] Las citas en Hobsbawm, 1998: 27; y Hobsbawm, 1996: 83 respectivamente.

[56] Es lo que Traverso, 2007: 25, denomina «deber de universalismo». Y Hobsbawm, 1998: 276, en la misma dirección, señaló que «el principal peligro es la tentación de aislar la historia de una parte de la humanidad —la del propio historiador, por haber nacido en ella o haberla elegido— del contexto más amplio».

[57] «Una historia pensada sólo para los judíos (o para los afroamericanos, griegos, mujeres, proletarios u homosexuales) no puede ser una buena historia, aunque pueda resultar reconfortante para los que la practican», en Hobsbawm, 1996: 90.

La perspectiva crítica del historiador debe ir dirigida a una mejor comprensión del pasado (y del presente) a través de la independencia de criterio. Yo la entiendo principalmente ligada a la ausencia de dirigismos políticos que interfieran en el trabajo. No me satisface ni una investigación al servicio del interés del Gobierno de turno ni otra perspectiva que airee orgullosamente el ser crítica, pero que, dejándose llevar por generalizaciones voluntaristas, considere que lo que surge desde abajo es bueno por naturaleza, mientras que lo que procede de arriba es, cuando menos, sospechoso de ser negativo.

La historia no ejerce la función de un espejo que nos devuelve la imagen traslúcida del pasado. Detrás de una obra no hay frases canónicas procedentes de un oráculo infalible, sino una persona con sus preocupaciones y sus centros de interés privilegiados. Ese reconocimiento de la autoría es el que me ha llevado a utilizar la primera persona del singular, a explicitar los propósitos que me guían desde el principio, a no emplear la teoría como una doctrina y a asumir los límites del conocimiento que las ciencias sociales y las humanidades generan, un tipo de conocimiento que, en palabras de Pierre Bourdieu, es incompleto, contingente y revisable[58], aunque no arbitrario[59]. Por trabajoso que sea, al historiador no le es suficiente con hacer una recopilación de datos para tratar de resucitar «las cenizas del pasado»[60]. De lo que se trata es de plantear una tesis, no de hacer un inventario.

---

[58] Bourdieu en Daniel, 2005: 174.

[59] «Conocimientos provisionales y limitados, sí, pero no arbitrarios. Dicho de otra manera, que la historia es una disciplina animada por una intención y un principio de perseguir la verdad, y que aplicando sus métodos el pasado llega a ser aprehendido», L. Castells, 2009b: 214 y 215.

[60] Sirinelli, 1993: 26: «ya no estamos en la época —no muy lejana— en la que el historiador concebía su trabajo únicamente como una especie de recuperación de las cenizas del pasado, cuando éste ya estaba totalmente abolido. En la actualidad está admitido que es igualmente objeto de historia este diálogo, a escala humana entre los fenómenos de contemporaneidad y las reverberaciones de la memoria, entre el pasado abolido y el tiempo inmediato». Como es bien sabido, la erudición es una importante parte de la investigación, pero la recopilación de datos no es un objetivo en sí mismo, sino que debe ir acompañada por la formulación de preguntas principales e hipótesis de trabajo.

Parte I

La gestación de nuevas redes sumergidas: la crisis final de la Dictadura (1975-1976)

En esta parte se estudian los elementos que intervinieron en el proceso de gestación de nuevas redes sociales sumergidas bajo la última fase de la dictadura franquista[61]. Para ello se ha subdividido el contenido en varios apartados que hacen referencia a algunos de los rasgos de la contienda política existente en España entre 1975 y 1976, al proceso de formación, en ciertos sectores sociales, de un diagnóstico crítico mediante la producción, difusión y conocimiento de textos tanto científicos como políticos, la realización de experiencias directas y compartidas o la recepción de transferencias culturales desde el extranjero, y al marco de incipiente agrupación que tomó la forma de reuniones informales y de micro-organizaciones opositoras. Tiene aquí especial importancia profundizar en lo que comenzaron a ser redes embrionarias de amistad y, en algunos casos, de activismo político. Fueron redes alimentadas con primerizos recursos ideológicos, materiales y simbólicos, desde las que se fraguaron y potenciaron distintas formas de identidad colectiva[62]. Todo ello sin perder de vista el contexto general, particularmente en lo que concierne al desarrollo del proceso político.

La dictadura franquista, a lo largo de sus cuarenta años de existencia, se enfrentó a varias crisis de tipo político, pero es conveniente explicitar que sólo una, la que padeció durante el tardofranquismo y el postfranquismo, en especial durante la primera mitad de la década de 1970, fue orgánica y desembocó en su desmantelamiento[63]. Para adentrarnos en la historia de los nuevos movimientos sociales de la Transición lo más pertinente es realizar primero algunas consideraciones generales sobre el contexto de la dictadura franquista, los cambios sociales de los años sesenta y la dinámica política en el País Vasco durante el tardofranquismo, para después, siguiendo una línea cronológica, profundizar en el postfranquismo.

---

[61] El concepto de «redes sumergidas» está desarrollado en Melucci, 1989: 41, quien las comprende como laboratorios invisibles localizados en pequeños grupos intervinientes en procesos de la vida cotidiana, donde toman cuerpo nuevas experiencias y desde los que se puede llegar a proyectar la acción colectiva.

[62] Melucci, 1985: 800.

[63] Gallego, 2008: 15.

Capítulo 1

Sociedad y política en el tardofranquismo

Una nueva sociedad…

En la historia vasca del siglo XX no existió una brecha sin solución de continuidad entre las décadas de 1930 y 1970, sino que hubo ciertas persistencias significativas. Por ejemplo, los vascos siguieron políticamente adscritos a los tres polos del triángulo que, en sus rasgos generales, ya estaban presentes desde antes de la Guerra Civil: las izquierdas no *abertzales*, el nacionalismo vasco (con la novedad del auge de la vertiente radical del mismo) y el conservadurismo españolista[64]. ¿En qué sentido se puede hablar, entonces, de una sociedad nueva y compleja? Hay una década clave, la de los años sesenta, en la que con particular rapidez se fue engendrando una sociedad más urbana, mecanizada, industrializada e interconectada, tanto geográficamente como a nivel comunicativo[65].

Las grandes dimensiones del salto demográfico llevaron a que el País Vasco y Navarra doblaran su población entre los años cincuenta y setenta del siglo XX, gracias al crecimiento vegetativo y, particularmente, al saldo migratorio positivo[66]. Como resultado, el peso numérico de los inmigrantes procedentes del resto de España fue notable. El nuevo balance entre nativos y fo-

---

[64] Fusi, 1984: 249, quien adelanta que con la irrupción del radicalismo *abertzale*, puede hablarse ahora de cuatro subculturas políticas arraigadas en el País Vasco.

[65] Todorov, 2008: 13.

[66] Comparto aquí el análisis de M. Montero, 1998: 97. Para este autor «no resulta exagerado afirmar que nació una nueva sociedad. En 1940 Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y Navarra tenían, juntos, 1.325.000 habitantes. En 1975 las cifras se habían casi duplicado, con una población de 2.554.000». En Montero, 2006: 173, se reafirmó en este diagnóstico: «era, pues, una nueva sociedad, en cierto modo, la de un pequeño pueblo que en poco más de una generación había duplicado sus efectivos». El incremento demográfico sería uno de los indicadores más espectaculares del cambio social producido. «Los inmigrantes, sus hijos y descendientes no sólo construyen la nueva sociedad, sino que también experimentan un rápido proceso de identificación con el nuevo país que van ayudando a crear», en González Portilla, 2009: 34.

ráneos trajo retos en forma de integración y adaptación a las circunstancias. Retos que no eran exactamente desconocidos, ya que a finales del siglo XIX y principios del XX el País Vasco había conocido otra fuerte oleada inmigratoria. Sin embargo, la significación de esos procesos era diferente, ya que en el primer caso se produjeron en el contexto de la irrupción de la sociedad de masas y en el segundo en el de los balbuceos de la sociedad de consumo[67].

Las provincias vascas tuvieron ritmos diferenciados dentro de este cambio estructural. En Álava el efecto de la citada oleada alteraba una sociedad con, hasta entonces, un menor peso del componente inmigrante que el de Gipuzkoa y Bizkaia[68]. Los nacidos en otras provincias representaban el 38% de la población en la Bizkaia de 1975. En la misma fecha los nacidos fuera de la ciudad eran más de la mitad de los habitantes de San Sebastián, una cifra que, según Félix Luengo, aumentaba considerablemente en los municipios de la periferia donostiarra[69].

El crecimiento poblacional no explica por sí sólo la conformación de los nuevos movimientos sociales, pero es uno de los importantes factores estructurales que hay que tener en cuenta para describir y comprender la sociedad que los produjo. Movimientos como el obrero o el vecinal incluyeron tanto a nativos como a inmigrantes y fueron una de las vías útiles para la socialización de estos últimos. Como es sabido, la integración de los inmigrantes, y más aún de aquellos que procedentes del mundo rural recalan en núcleos urbanos e industriales, puede ser fuente de conflictos y tensiones con la población autóctona. En el caso que nos ocupa las relaciones entre nativos e inmigrantes tampoco estuvieron exentas de tiranteces y recelos[70].

A la hora de hablar de una nueva sociedad hay, aparte del potente salto demográfico, más elementos a barajar, particularmente en lo que concierne a las transformaciones de la vida social. Al final nos encontramos también ante una sociedad cada vez más ocupada en el sector industrial y de servicios, mayoritariamente urbana y geográficamente concentrada. Las localidades del Gran Bilbao acogían a la altura de 1975 al 80% de la población vizcaína, un porcentaje similar al que agrupaba Vitoria respecto al conjunto de los alaveses. En Gipuzkoa la concentración en la capital no era tan amplia. Aún así, San Sebastián y su entorno inmediato congregaban a alrededor del 50% de los guipuzcoanos[71].

---

[67] Véase una utilización del término «sociedad de masas» para el País Vasco de finales del siglo XIX en Molina, 2005: 291.

[68] Rivera y Ugarte Tellería, 2003: 509; González de Langarica, 2007: 13; y Carnicero Herreros, 2009: 21-27, quien se refiere a la Vitoria de los años setenta como una «nueva ciudad» habitada por una «nueva sociedad».

[69] Molinero e Ysàs, 2008a: 48; Luengo, 2000: 431.

[70] Sobre la conveniencia de considerar fenómenos migratorios a los movimientos interiores de población para, entre otras cosas, diluir falsas idealizaciones acerca de la convivencia entre connacionales, Marín i Corbera, 2008: 64.

[71] Barbería y Unzueta, 2003: 289-291.

Era ésta, además, una sociedad en la que las mujeres se estaban incorporando a todos los niveles de la enseñanza y al mercado laboral cotizando. Una sociedad abierta a las influencias culturales procedentes del mayor contacto con el extranjero, con una creciente capacidad de consumo[72], necesitada de un abundante suministro eléctrico para cubrir la demanda de energía, formada por personas que disponían de más automóviles, obtenían más títulos universitarios, consumían electrodomésticos que hacían más cómodas y sencillas las tareas del hogar y disfrutaban de vacaciones remuneradas y tiempo libre en mayor proporción que sus padres o incluso que ellos mismos pocos años atrás[73]. El acceso a bienes de consumo y a la vivienda en propiedad[74], la multiplicación del número de estudiantes y la internacionalización de la cultura de masas (músicas pop y rock, etc.), fueron pautas transnacionales de las sociedades occidentales (Alemania, Italia, Países Bajos, Escandinavia, Francia…) que se reprodujeron, con matices dependiendo del país, en un breve lapso de tiempo, fundamentalmente en la citada década de los sesenta[75].

La mayor capacidad adquisitiva, concentración humana y disponibilidad de ocio son factores que hay que considerar para comprender que las demandas sociales que surgieron a partir de esos años se dirigían tanto a mejorar las condiciones laborales (salario, horarios y seguridad en el trabajo) como a exigir superiores equipamientos urbanos, sanitarios y educativos en los barrios donde vivían los trabajadores y también a la autorrealización individual en la vida cotidiana. Los homosexuales disponían de una creciente oferta de locales de ambiente donde socializarse. Las jóvenes podían pensar en costearse los estudios para labrarse una carrera profesional[76]. Los viajes al extranjero y la llegada masiva de turistas eran una

---

[72] Domènech, 2003: 92 y 93.

[73] La mejora general en las condiciones de vida desde los años sesenta ha sido señalada por diversos autores, entre ellos Molinero e Ysàs, 1998: 144. Como indican los mismos en otro trabajo (2008a: 50): «si el cambio estructural era evidente, el cultural se fue abriendo poco a poco como resultado de las nuevas necesidades en una sociedad industrial que se iba convirtiendo en sociedad de consumo». Eso sí, en lo social y económico (incorporación de las mujeres al mercado laboral, carreteras y télex, PIB y salarios, televisiones y radios por habitante…) la España de 1975 todavía no resistía la comparación con la Europa comunitaria (que, todo sea dicho, entonces no incluía a Portugal, Grecia ni Irlanda), Sabio y Sartorius, 2007: 31.

[74] También para Ibáñez y Pérez Pérez, 2005: 311, «el acceso a la vivienda y la ostensible mejora de los niveles de vida eran el reflejo más palpable de una nueva sociedad, con una nueva clase obrera donde las soflamas revolucionarias se quedaban limitadas a un reducido grupo de militantes».

[75] Eley, 2003: 350-354. Judt, 2009: 353, también habla de la «nueva Europa» que estaba naciendo en los sesenta, al compás del *baby boom* y de otras transformaciones paralelas. Sobre la no «excepcionalidad española» del éxodo rural, Marín i Corbera, 2008: 62 y 63.

[76] El acceso masivo de las mujeres a la universidad a partir de los años sesenta es un hecho usualmente reseñado. *Vid*., por ejemplo, el informe sociológico elaborado por la Fundación FOESSA, 1983: 292-296, sobre el cambio social en la España de la Transición; Folguera, 1988: 115 y 116; o Valcárcel, 2008: 133 y 134.

oportunidad para conocer realidades más abiertas que la española de aquella época[77].

Si bien la sociedad española había ido cambiando[78], el régimen franquista permanecía inmutable en su naturaleza dictatorial. Seguía siendo flagrante la ausencia de derechos civiles y libertades fundamentales, la imposición de una moral pacata e intransigente, la censura informativa y cinematográfica, la discriminación legal de las mujeres respecto a los varones y la consagración de viejos roles asociados a cada género. Este era un marco que, sin embargo, no suponía una excepción en mitad del panorama de la Europa occidental de los años setenta[79]. Las dictaduras de Grecia y Portugal, también en la periferia meridional del continente, no finalizaron hasta 1974. Tanto en estos países como en España el desarrollo de la sociedad civil tuvo un retraso de varios años con respecto a lo ocurrido en buena parte del resto del mundo occidental, donde desde finales de los sesenta había nacido una nueva izquierda ligada, al menos en parte y de una forma no carente de conflictos, a una oleada feminista, un movimiento social guiado bajo la proclamación pública del orgullo de ser gay o un ecologismo renovado.

… en un marco político dictatorial

Ahondar en el prolijo, veterano e irresuelto debate historiográfico sobre si el régimen franquista fue fascista, fascistizado, autoritario de pluralismo limitado, autoritario sin más aditivos, despótico reaccionario, etc., nos conduciría aquí demasiado lejos del objetivo principal. Este es mostrar alguno de los rasgos del franquismo para establecer un marco general desde el que comprender mejor ciertas actitudes de descontento y oposición que se fueron generando. El régimen franquista pretendió encarnar la misma esencia nacional y arrogarse la responsabilidad de definir, desde el ejercicio fáctico del poder, cuál era la ortodoxia en muy diferentes terrenos, que incluían tanto el impulso a un partido y sindicato únicos como mínimos detalles que operaban en los intersticios de la vida cotidiana. Es decir, cómo ser un buen español y un buen católico en la familia, el municipio o el sindicato, y qué era lo que se esperaba de la actitud de un buen español (la disciplina, el orden, el trabajo, el patriotismo, la aceptación de los dictados procedentes de la jerarquía) y de una buena española (mantener el honor familiar intacto, la reproducción ideológica y biológica y someterse al cabeza de familia, ya fuera éste el padre o el esposo)[80].

---

[77] Lo han señalado también Ysàs, 2007a: 35; y Molinero e Ysàs, 2008a: 210 y 211.

[78] De tal forma que, con los ingredientes aquí vistos, «nadie discute que la España de mediados de los setenta no era la misma que la de 1940», Sabio y Sartorius, 2007: 29.

[79] Sobre la democracia como un régimen consolidado en toda Europa occidental únicamente a partir de los años setenta del siglo XX, Radcliff, 2009: 110.

[80] Folguera, 1995: 180-182.

Al frente de España, su «Caudillo» lo era «por la gracia de Dios»[81]. Desde un importante sector de la Iglesia católica, alineado con la dictadura desde los tiempos de la Guerra Civil (vista como la Cruzada para salvar a España del peligro rojo[82]), y también desde la Sección Femenina de Falange, se definía tanto dónde estaba el lugar de las mujeres (en el ámbito doméstico y en la complementación a los hombres[83]), como cuál era la función recta del sexo y cuáles las desviaciones[84]. Y se hacía desde una concepción de la religión católica, la única española, que fomentaba el sentimiento de culpa y que aplicaba una moral pública donde el pecado era omnipresente.

Mediante los Códigos Penal y Civil se sancionaba la superioridad del *pater familias*. Estaba amparada la inferioridad civil de las madres solteras. Las leyes castigaban el abandono del hogar, el adulterio, el amancebamiento, la prostitución y el aborto, los llamados «delitos de la mujer»[85]. La de Yeserías se convirtió en una cárcel emblemática para este tipo de encierros. Por allí pasarían militantes antifranquistas como Lidia Falcón (del Partido Comunista de España, PCE), quienes conocieron de primera mano la realidad de las mujeres recluidas por los mencionados delitos[86]. De todas formas, como apunta Manuel Ortiz Heras, hay que tener precaución al hablar, de forma general, de «la situación de la mujer bajo el franquismo», porque las opositoras, al contrario que las partidarias del régimen, hubieron de afrontar los problemas añadidos derivados de su disentimiento político[87].

El desarrollo económico y el productivismo era un elemento más de lo que requería España para su resurgimiento y engrandecimiento. Como señala Ismael Saz, tanto el ultranacionalismo de Falange como el nacionalcatolicismo reaccionario de Acción Católica «eran modernizadores económicos»[88]. En tiempos de ausencia de garantías de control y responsabilidad pública, esto conllevó, desde mediados de los sesenta, el impulso institucional a más

---

[81] Pérez Ledesma, 1994b.

[82] Para salvar «la religión, la patria y la familia» gracias al triunfo del «Movimiento salvador de España». La primera cita es del obispo Pla y Deniel en Fontana, 1986: 14, la segunda del general Mola en Fontana, 1986: 19.

[83] Ramos, 2000: 539; y Nash, 1995: 199, quien indica que el trabajo extradoméstico femenino «se consideraba como una desvirtuación de su sublime "misión" de madre y "Ángel del Hogar"». Un interesante matiz en Ofer, 2006: 240 y 225, quien explica que «el estilo de vida y las prácticas de las miembros de la SF [Sección Femenina] estaban reñidos con el modelo de género que el régimen intentaba imponer a la población femenina española», ya que no cuadraba la pretensión de este último de relegar a la mujer al espacio doméstico con las iniciativas que desde la SF se terminaron desarrollando para «promover el trabajo de las mujeres en la mayoría de los niveles de la economía».

[84] Molinero, 1998: 104, 105 y 108.

[85] Más detalles sobre esto en Larumbe, 2004: 32-39; o Telo, 1986: 84-93.

[86] Lidia Falcón, 1999: 230, escribiría un libro sobre la cuestión aprovechando su experiencia personal: *En el infierno: ser mujer en las cárceles de España* (1977).

[87] Ortiz Heras, 2006.

[88] Saz, 2007: 140-142.

de una veintena de proyectos de grupos nucleares, repartidos por toda la geografía española[89]. De ellos, tres estaban destinados a ubicarse en la costa vasca, concretamente en las localidades de Deba (Gipuzkoa), Ea-Ispaster y Lemóniz (Bizkaia), otro en Santa M.ª de Garoña, en Burgos, cerca del límite con Álava, y uno más próximo a Tudela, en la zona de la Ribera del Ebro en Navarra[90]. De todos estos proyectos se materializó temprano el de Garoña, central puesta en marcha en 1970. Los otros se fueron abandonando en distintos momentos, menos el de Lemóniz, municipio situado en la costa de Bizkaia, entre Górliz y Bakio, cuyas obras comenzaron en 1972[91].

A partir de esta fecha Iberduero, la empresa promotora, contó con una licencia de obras de carácter provisional cuando, sin embargo, las obras eran definitivas[92]. Además, los terrenos en los que se levantaban estaban calificados como rurales y de parque. La recalificación para uso industrial no se produjo hasta 1977[93]. Esto muestra la política de hechos consumados de la empresa, desarrollada al margen de la legalidad franquista, pero, al mismo tiempo, con la connivencia de los responsables del régimen.

Por su parte, los homosexuales pasaron, bajo la dictadura, de estar considerados a efectos legales dentro de la categoría de «vagos y maleantes» (desde 1954) a cargar con el estigma penal de ser «peligrosos sociales» (a partir de 1970)[94]. Tal como se ha reseñado en varias obras que se han centrado en la cuestión de la homosexualidad en el franquismo, el panorama incluía detenciones e identificaciones, terapias aversivas y reclusiones en los llamados centros de «rehabilitación» de Badajoz y Huelva, así como en cualquier cárcel común, en las llamadas «galerías de invertidos»[95]. Con la apelación a la rehabilitación no sólo se trataba de vigilar y castigar al homosexual sino, además, de presentar un pretendido humanismo para educarlo y reconducirlo a la sociedad cuando ya no supusiera un riesgo para la misma.

De todas estas formas se trataba, más que de dar cima a un programa político particular, de diseñar e imponer una labor de «adoctrinamiento de los valores de aceptación y pasividad» dentro de la sociedad[96]. Sin embargo, pese a su(s) utopía(s) monopolizadora(s)[97], el orden franquista no se mantuvo a lo

---

[89] Martínez López, 2004: 83-105; Fernández Sánchez, 1999: 115 y 116.

[90] Esa concentración de cuatro proyectos en un pequeño espacio geográfico sería uno de los primeros argumentos que se esgrimieron para alertar de la multiplicación del peligro de escapes radioactivos, *La Gaceta del Norte*, 30-05-1976.

[91] Olaran, 2010.

[92] *El País*, 24-12-1976; Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear, 1977: 40 y 41.

[93] *El País*, 22-04-1977.

[94] Arnalte, 2003: 68; y *Boletín Oficial del Estado (BOE),* 6-08-1970, pp. 1369-1375.

[95] Arnalte, 2003 y 2004; Olmeda, 2004; Baidez, 2007; y Ugarte Pérez, 2008.

[96] La cita en Sevillano, 2003: 162.

[97] Hablo aquí en plural porque el franquista no era un régimen monolítico, sino que dentro de él convivieron distintas tradiciones políticas con diferentes visiones de la sociedad. Sobre el fracaso y el agotamiento de los proyectos de falangistas y nacionalcatólicos *vid*. Saz, 2007.

largo de cuarenta años gracias a la inercia que le habría facilitado toda la batería de supuestos éxitos que aireaba su propaganda. El fantasma siempre presente del enemigo interior y, al mismo tiempo, el intento de mantener prietas las propias filas, hacían necesaria tanto la autojustificación como la represión. Esta última implicaba dotarse de un pesado engranaje de control social punitivo[98], que se materializó gracias a la labor ejercida desde la judicatura, los cuerpos de policía y la prisión, y gracias también a formas penetrantes de colaboración, coacción y/o paralización social, como la delación y el miedo[99].

El franquismo no se presentaba como un partido (una parte), sino, con pretensiones totalizantes, como un Movimiento Nacional[100], como el único intérprete válido de la voluntad de España. Toda voz y toda experiencia *diferente* era disidente hacia los principios del Movimiento. Las asociaciones que surgieran al amparo de la Ley de Asociaciones promulgada en 1964 debían ajustarse a esos principios y estaban limitadas «por las leyes penales, los que atenten contra la moral, el orden público, y cualesquiera otros que impliquen un peligro para la unidad política y social de España»[101]. Bajo esas circunstancias, la delación debía existir como herramienta útil para la detección tanto del opositor antifranquista como de todo aquel situado más allá de los márgenes de lo moralmente permisible. No sólo los militantes de partidos de izquierda, sino también el «sodomita», la adúltera o la abortista. Quisiéranlo o no, todos ellos introducían turbaciones provocadoras de conflicto en la incuestionable paz franquista.

El franquismo nunca explicitó la pretensión de ser un régimen transitorio, sino que pretendió eternizarse más allá de la muerte del dictador, dejándolo todo bien atado para cuando el «Caudillo» no estuviera[102]. Para ello se institucionalizó y se autodenominó «democracia orgánica». Como es sabido, las vías para legitimarse incluyeron, a lo largo del tiempo, argumentos y efemérides variadas, como la conmemoración de los «XXV años de paz», la presentación de España como reserva moral y faro de Occidente en tiempos de relativismo, de Franco como centinela frente a la amenaza del comunismo soviético y del incremento del poder adquisitivo de los trabajadores, con el acceso masivo a bienes de consumo, como un éxito particular.

---

98 Oliver, 2005: 81.

99 Miedo impulsado hasta el último momento gracias a medidas como el Decreto Ley Antiterrorista de agosto de 1975 y la ejecución de 5 militantes del FRAP y ETApm en septiembre del mismo año, Molinero e Ysàs, 1998: 139; Domènech, 2002b: 134; Casanellas, 2008.

100 Sobre esas pretensiones totalizantes, Gallego, 2008: 314.

101 «La libertad de asociación (…) se ejercerá, de acuerdo con lo establecido en la presente Ley, para fines lícitos y determinados (…). Se entienden determinados los fines de una asociación cuando no exista duda respecto a las actividades que, efectivamente, se propone desarrollar (…). Se entiende por fines ilícitos los contrarios a los Principios Fundamentales del Movimiento y demás Leyes Fundamentales». Publicado en el *BOE*, 28-12-1964, pp. 749-753.

102 Sobre esa falta de voluntad transitoria, Gallego, 2008: 314; Molinero e Ysàs, 2008a: 227.

Para sus apologistas más acérrimos y radicalizados, el franquismo no era un medio, sino un fin dirimido triunfalmente en los campos de batalla de la Guerra Civil. Sin embargo, al margen de la verborrea rimbombante y de los intentos por eliminar las voces críticas, las cosas se desarrollaron de otra forma. Por ejemplo, se produjeron sendos fracasos de las organizaciones franquistas oficiales, el Sindicato Español Universitario (SEU) y la Organización Sindical Española (OSE), en sus respectivos intentos monopolizadores y armonizadores de la universidad y de los centros de trabajo[103]. Esto es una muestra de los golpes y desafíos que encajó ese modelo pretendidamente único, deja patentes los límites del régimen franquista y la existencia de un sector antifranquista activo dentro de la sociedad[104].

La contienda política en el País Vasco del tardofranquismo

¿Cómo se pasó de una legislación represiva al malestar y la protesta en un tiempo de silencio impuesto? Para responder a esta pregunta no sirve con recurrir a un esquema mecánico tipo frustración-respuesta[105]. En los años cuarenta y cincuenta también había frustración, pero escasa respuesta en comparación con la que años después se desplegaría. Por ello, es preferible seguir la pista, brevemente, a la dinámica de la contienda política durante el tardofranquismo y, dentro de ella, no sólo a las negociaciones y reposicionamientos de las elites políticas (tanto las internas como las externas al régimen), sino también a las acciones colectivas que, en diferentes terrenos y bajo diferentes motivos, se producían en las calles.

Como ya ha quedado apuntado, los movimientos que se desplegaron desde la sociedad española no fueron un reflejo automático y necesario de los cambios habidos en los años sesenta, pero estos últimos conforman parte del telón de fondo (que no predeterminó, pero sí sirve para explicar en su contexto) sobre el que se generó la conflictividad[106]. Así pues, sin dar por hecho ningún principio de determinación estructural, una parte de esa socie-

---

[103] *Vid.,* entre otros autores, para el SEU Saz, 2007: 159; y para la OSE Ysàs, 2007b: 22.

[104] Ysàs, 2007a: 57; Pérez Pérez, 2007b: 246 y 247.

[105] Como indica Cruz, 1997: 15: «no existe una correspondencia lineal entre malestar y acción colectiva», sino que ésta se ve favorecida por «la existencia de redes sociales de comunicación, definiciones compartidas de los acontecimientos y de los propios actores, las oportunidades para actuar y la experiencia movilizadora».

[106] Sabio y Sartorius, 2007: 20; Radcliff, 2009: 112. Lo que sería tan teleológico como sostener que el «milagro económico» de los sesenta (el desarrollismo) condujo inexorablemente al «milagro político» de los setenta (la democracia). Han criticado esa visión funcionalista, entre otros, González Madrid y Martín García, 2008: 123; o Álvarez Junco, 1996: 164, quien indica que «no hay automatismo, es decir, de aquellos cambios sociológicos no se derivaba necesariamente la transición política (…). Prueba suficiente de ella es que en una de las zonas más «modernizadas» del país, como Euskadi, fue donde peor funcionó la transición política».

dad estaba quebrando consensos y estabilidades en varios sectores (obreros, estudiantes, sacerdotes) y lugares (barrios, fábricas, universidades o parroquias). Y es que desde finales de los años sesenta y especialmente durante la primera mitad de los setenta el franquismo había ido perdiendo iniciativa política, quedándole su capacidad represiva para poner freno, en la medida de lo posible, a unos movimientos sociales que iban desbordando los estrechos márgenes políticos de que disponía[107].

Durante el siglo XX en el País Vasco han coexistido tres culturas políticas principales: el nacionalismo vasco, las izquierdas y las derechas[108]. Las culturas políticas de la contemporaneidad vasca han sido las diferentes tradiciones políticas que, a lo largo del tiempo, han implicado a multitud de personas en proyectos compartidos, no sólo en torno a la ideología de los partidos, sino también alrededor de unos símbolos, una lectura del pasado y unas aspiraciones de futuro próximas[109]. Ahora bien, las culturas políticas no han sido bloques aislados ni extraños al contacto y las influencias mutuas. Tampoco han sido agentes estáticos ni han permanecido ajenos a la adaptación a los tiempos cambiantes[110].

Durante el tardofranquismo el mapa de la oposición a la dictadura, al que se adscribían principalmente las dos primeras culturas políticas señaladas, se había complicado al compás de su progresiva fragmentación organizativa. Al nacionalismo vasco moderado representado por el PNV y el Sindicato de Trabajadores Vascos (ELA-STV) le había salido un competidor en un *abertzalismo* radical dividido en múltiples organizaciones, como los partidos LAIA (1974) y EHAS (1975)[111], o las dos ramas en las que estaba separada ETA desde 1974: la militar y la político-militar[112]. El nacimiento de ETA respondió tanto a la carencia de libertades fundamentales en la España franquista como a una percepción de peligro de disolución de lo vasco ante la arribada masiva de inmigrantes procedentes de otras provincias españolas[113]. La adopción por parte del nacionalimo vasco radical, en el contexto de la descolonización del Tercer Mundo, de una estrategia retórica de «guerra revolucionaria», había provocado el agarre a la legiti-

---

[107] Ysàs, 2004: 208.

[108] Con de Pablo, 2008; y Rivera, 2008.

[109] Berstein, 1999: 389-405.

[110] Aizpuru, 2006, lo señala para el caso del PNV y sus intentos por conformar una comunidad nacionalista antes de la Guerra Civil, pese a lo cual sus diversas organizaciones mantuvieron contactos con integrantes de muy diversos grupos.

[111] LAIA: *Langile Abertzale Iraultzaileen Alderdia* (Partido de los Trabajadores Patriotas Revolucionarios); EHAS: *Euskal Herriko Alderdi Sozialista* (Partido Socialista de Euskal Herria).

[112] Las investigaciones sobre el nacionalismo vasco radical han avanzado en los últimos años gracias a las aportaciones de, entre otros autores, Sáenz de la Fuente, 2002; Mansvelt, 2005; Muro, 2007; Fernández Soldevilla, 2007, 2009 y 2010; y Casquete, 2009; que han venido a completar trabajos previos como los de Sullivan, 1988; y Mata López, 1993.

[113] Fusi, 2001a: 112; y, sobre las posiciones encontradas en ETA ante la cuestión de la inmigración, datos concretos en Iturrioz, [s. f.]: 5; y Unzueta, 1980: 22 y 50-52.

mación del empleo de formas extremas de confrontación y, entre ellas, el recurso a las armas, con el fin de contribuir al proyecto nacionalista para Euskadi y, de paso, de eliminar lo que se percibía que era la apatía del nacionalismo moderado[114].

La izquierda no nacionalista, con los partidos PSOE y PCE, tenía más a su izquierda todo un archipiélago de siglas de signo trotskista y maoísta. Se trataba, en su mayoría, de escisiones de ETA o del PCE. Entre ellas podemos destacar al Movimiento Comunista de España (MCE), la Liga Comunista Revolucionaria-ETA VI, la Organización Revolucionaria de Trabajadores (ORT) y el Partido del Trabajo de España (PTE)[115]. Más allá de la referencia a la dinámica interna del País Vasco y España (la cual también influyó en su surgimiento, dadas las acusaciones de inacción a PSOE y UGT o de revisionismo al PCE[116]), el nacimiento de estas organizaciones se comprende también en el marco de las transformaciones que se habían producido a nivel internacional en el campo de la izquierda a partir de la crisis de los años sesenta, con sucesos como los de mayo del 68 y el enfrentamiento entre la URSS y China por la primacía del movimiento comunista como hitos relevantes[117].

Además de ese elemento antifranquista compartido, entre el conjunto de las fuerzas que se reconocían como de izquierdas lo principal en común era su defensa de una descentralización en la organización territorial del Estado, su apelación a la clase obrera o, más en general, a los trabajadores como base social y su alusión a una sociedad sin clases como objetivo estratégico, a la que la mayoría de dichos partidos anteponían la consecución de una democracia «burguesa» como primer paso[118]. Les separaba, entre otros

---

[114] *Vid.*, entre otros autores, Rincón, 1985: 23; Sullivan, 1988: 36; y Domínguez, 2000: 327 y 331, sobre la inacción del nacionalismo moderado en la clandestinidad y la ruptura de ETA con el PNV. Unzueta, 1980: 3; o Ibarra, 1989: 64, sobre la influencia del ejemplo de las guerrillas tercermundistas (Vietnam, Argelia) en los primeros pasos de ETA.

[115] La investigación de la historia de la extrema izquierda en el País Vasco es una tarea pendiente. El libro editado por Roca, 1994 (más otros trabajos suyos, como Roca, 1993, 1996 y 1999: 132-141); así como la monografía de Laíz, 1995; que son quienes más han trabajado la cuestión, tienen como marco geográfico el conjunto de España.

[116] Roca, 1994: 75.

[117] Sobre la extrema izquierda (sinónimo, aquí, de «izquierda revolucionaria» y de «nueva izquierda») empleo la definición que aporta Cucó, 2008: 93, «una serie de organizaciones y partidos que se forman a mediados de los años sesenta [del siglo XX] en oposición a la rígida hegemonía que el PCUS [Partido Comunista de la Unión Soviética] ejercía sobre el movimiento comunista internacional. Sin excepción, todas estas formaciones se distinguen por dos rasgos: por fijar en el marxismo-leninismo las fuentes revolucionarias de su ideología y por su beligerancia con la ortodoxia soviética».

[118] Hago mías en este punto las palabras de Juliá, 1994: 186, para quien «la reivindicación de la democracia por los dirigentes de los grupos y partidos de oposición adoptó a menudo un valor instrumental, como ariete de lucha contra la dictadura, en un primer momento; como vía hacia lo que se llamaba otro modelo de sociedad, después. Pocas veces la democracia se reivindicó, por una generación de líderes políticos y sindicales formados en el marxismo, como un valor en sí».

aspectos, los diferentes proyectos políticos que proponían a partir del reconocimiento de la singularidad vasca y un acendrado sectarismo.

Teniendo en cuenta la existencia de esas culturas políticas, cuya expresión durante la dictadura, hasta 1976, no podía ser sino clandestina, es importante reseñar que las asociaciones de vecinos y ciertos curas (al igual que en la católica Polonia y en la protestante Alemania Oriental bajo régimenes comunistas títeres de Moscú[119]) facilitaron cauces y espacios para la exteriorización de las protestas. La naturaleza legal y tolerada de asociaciones y sacerdotes sirvió, muchas veces, para dar cobertura a la contestación generada desde aquellas. Ya se ha reseñado que una parte de la Iglesia se había alejado del apoyo y la justificación al régimen franquista. Para comprender este reposicionamiento hay que hacer referencia al Concilio Vaticano II (1962-1965)[120], que sin duda fue importante de cara a alejar a un sector de la Iglesia del nacionalcatolicismo. Pero también hay que considerar el impacto que ejerció sobre los eclesiásticos la propia expansión de la izquierda, que sedujo a muchos jóvenes seminaristas. Otros factores que influyeron sobre el terreno fueron las experiencias de las parroquias ligadas a los barrios obreros, donde los curas vivían en su cotidianeidad en contacto directo con fenómenos como la inmigración y la creciente conflictividad social[121].

Dentro del éxodo que desde mediados del siglo XX se produjo en toda Europa occidental del campo a las ciudades[122], la mayoría de los inmigrantes recaló en los que han sido llamados «anillos obreros»[123], es decir, en los barrios periféricos de las grandes concentraciones industriales. En los suburbios de Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Rentería, Barakaldo o Eibar, en protesta por las precarias condiciones de vida, fue donde, al albur de la citada Ley de Asociaciones de 1964, comenzó a proliferar uno de los gérmenes del activismo social todavía en tiempos de dictadura: las asociaciones de familias. Éstas presentaron unos estatutos que, de cara a las autoridades, resultaban políticamente inocuos. Pero detrás de ellas había, entre otras personas, militantes de partidos políticos en la clandestinidad, sindicalistas e independientes, de izquierdas y nacionalistas vascos, con una notable presencia de mujeres[124]. La

---

[119] Judt, 2009: 622.

[120] Así lo expresa también Radcliff, 2007: 214.

[121] Para lo relativo al fenómeno de la contestación clerical al régimen franquista en el País Vasco, *vid.,* entre otros autores, Barroso, 1995; y J.M.ª Garmendia, 1996: 399.

[122] Juliá, 1989: 91, «según las estimaciones más solventes, entre 1951 y 1970 el saldo migratorio negativo de activos agrarios fue de tres millones de personas —un millón durante la primera década, y dos en la segunda—».

[123] Urrutia, 1995: 504.

[124] Presencia que no estuvo exenta de problemas de invisibilidad y ridiculización en las relaciones con los varones, dada la persistencia de una cultura de liderazgo masculino, tal como ha destacado Radcliff, 2008: 69, para el caso del movimiento vecinal en Madrid. *Vid.,* asimismo, Sabio y Sartorius, 2007: 204; y Muñoz Fernández y Ramos, 2009: 103, en general; y Nash, 2007: 60-65, para el activismo de mujeres en el movimiento vecinal de la Barcelona del Tardofranquismo.

mencionada ley se interpretó como una fisura en un sistema que, por lo demás, estaba completamente cerrado para las demandas sociales procedentes desde abajo. Se intuyó que ahí se abría una vía aprovechable para organizarse discretamente en la legalidad. Y, al mismo tiempo, se extendió la percepción de que derechos fundamentales como el de reunión eran una herramienta básica a la hora de paliar los problemas de los barrios y de mejorarlos con nuevas escuelas, zonas verdes y centros de salud.

Las mencionadas asociaciones, con el tiempo, fueron agrupándose a nivel municipal para hacer frente, mediante campañas conjuntas, a las problemáticas de urbanismo, sanidad o educación que eran comunes a los barrios que conformaban sus demarcaciones[125]. Además, dichas asociaciones, llegado el momento, facilitaron recursos (tales como locales, efectivos personales y experiencia movilizadora) para la multiplicación de las protestas. Así sucedió en relación con los tres casos de movimientos sociales aquí a estudio en el País Vasco de la Transición, en cuyos inicios entraré más adelante[126]. Mientras tanto, a las autoridades básicamente les preocupó una tríada de problemas formada por la conflictividad de tipo laboral y estudiantil, la actividad de las organizaciones terroristas (especialmente de ETA), y de otros grupos clandestinos (particularmente los partidos y sindicatos a los que más arriba hacía referencia[127]).

Durante el tardofranquismo los conflictos más habituales fueron los relacionados con el mundo del trabajo y los estudiantes[128]. Por lo que respecta al primero, proliferó la conflictividad laboral vinculada a la negociación de los convenios colectivos, las protestas por mejoras salariales y los paros en solidaridad con los despedidos[129]. En cuanto a la universidad, esta era para las autoridades de la dictadura una de las médulas del desarrollo nacional. Pero, al mismo tiempo, aquellas reconocían que había grupos crecientemente organizados que estaban dispuestos a sustraer tal institución y sus órganos de

---

[125] Pérez Ledesma, 2006: 134; Molinero e Ysàs, 1992: 275.

[126] Gurrutxaga, 1984: 45; y Urrutia, 1985, quien se centra en las asociaciones que proliferaron en el Gran Bilbao desde finales de los sesenta y con particular intensidad desde mediados de los setenta (sobre este punto *vid.,* también, el más reciente Agirreazkuenaga, 2008: 451-483). He estudiado el ejemplo concreto del barrio de Uribarri y su Asociación de Familias *Gure-Etxea* (nuestra casa), de Bilbao, en López Romo, 2008b.

[127] La atención prestada por la policía sobre la actividad subversiva ya resulta significativa. Por ejemplo, en Guipúzcoa, en 1974, apareció una creciente actividad opositora que fue vista con preocupación por las autoridades provinciales. En esa provincia se siguieron las actividades del PCE, ETA V, ETA VI-LCR, PNV, MCE, PCE(i), PCE (m-l), OICE, socialismo (epígrafe general bajo el que agrupaban al PSOE y la UGT), tradicionalismo, ORT, anarquismo, CCOO, ELA-STV e Iglesia. Archivo Histórico Provincial de Guipúzcoa (en adelante, AHPG), Caja 1531, Memoria del Gobierno Civil de Guipúzcoa de 1974.

[128] Sobre el papel de los citados movimientos en el arranque del ciclo de protestas de los años sesenta en España, *vid.* Fusi, 1986: 161; Ysàs, 2004: XI; Sabio y Sartorius, 2007: 16 y 310; o Redero, 2008a.

[129] Domènech, 2003: 103-106.

representación del control franquista[130]. Dentro del terreno estudiantil destacaron las protestas por la ampliación del número de convocatorias de exámenes, la anulación de la selectividad y de cualquier prueba de acceso a la universidad, en contra de la realización obligatoria de tesinas y del elevado número de suspensos, a favor de mejores transportes y por la rebaja del precio de las residencias[131].

Unidas a éstas, también aparecieron reivindicaciones por motivos políticos más ligados al contexto del momento, como una enseñanza democrática, bilingüe y gratuita, expulsión de los cargos autoritarios de las universidades (ya fuesen rectores, decanos o directores de departamento), recaudación de fondos para los estudiantes sancionados por su participación en piquetes y protestas ante consejos de guerra en marcha y ante actuaciones represivas de las Fuerzas de Orden Público[132]. Los centros laborales y de enseñanza fueron dos de los principales lugares donde las organizaciones opositoras trataron de incidir depositando su propaganda clandestina[133].

Una interesante fuente para seguir la dinámica de la conflictividad durante la época de la crisis de la dictadura son las ya mencionadas memorias anuales de los gobiernos civiles. A través de su estudio se puede derivar que, en el País Vasco, la movilización laboral, estudiantil y vecinal fue *in crescendo* durante 1975. Las autoridades franquistas percibieron que la situación política y social se iba deteriorando progresivamente y trazaron un cuadro muy diferente según tratasen de lo que ocurría a comienzos de los sesenta o a mediados de los setenta. La situación en el País Vasco era tan delicada que los Gobiernos Civiles no podían dedicarse con total normalidad a realizar las labores ordinarias de gestión, ocupados como estaban en intentar resolver cuestiones que les resultaban extraordinarias, como la conflictividad social. Pero las «anormalidades» se convirtieron en la norma. Proliferaron grupos como comisiones de barrios, comités antirrepresivos, grupos anticapitalistas y estudiantiles, así como las primeras unidades de acción para coordinarlos[134].

---

[130] Una «creciente minoría», según queda recogido en el Archivo del Gobierno Civil de Vizcaya (en adelante AGCV), Memoria de gestión del Gobierno Civil de Vizcaya correspondiente al año 1973 (en adelante, «Memoria de» más el año).

[131] Archivo General de la Administración (en adelante, AGA), Sig. (8)3.1 32/11458. Memoria de Vizcaya de 1976.

[132] Así las cosas, «el régimen hubo de admitir una situación de «virtual hegemonía» en la universidad de sus más odiados enemigos, los comunistas», en Saz, 2007: 159. La oposición de los estudiantes al Franquismo ha generado una abundante bibliografía. Ahora bien, sobre el movimiento estudiantil en el País Vasco existe sólo una obra (Arroyo, Ormazabal y Zabala, 2006) que además adolece de un acusado perfil militante dentro de los cánones del nacionalismo vasco radical. Los sociólogos Elzo y Arrieta, 2005, han tratado parcialmente la cuestión en un artículo centrado más bien en las organizaciones juveniles del entramado del Movimiento de Liberación Nacional Vasco.

[133] Así lo atestiguan diferentes informes de la policía, como por ejemplo, AGCV, 16-04-1975.

[134] Rivera, 2008: 329; documenta en 1975 la primera del tardofranquismo para el caso de Álava.

La intervención policial durante el estado de excepción decretado en Bizkaia y Gipuzkoa en abril de 1975 desarticuló una parte de este tejido. Pero ese año, especialmente con la promulgación del último estado de excepción (que se prolongó durante tres meses) y de una dura nueva Ley Antiterrorista, marcó el último y frustrado intento del régimen de deshacer de forma sistemática tanto las organizaciones opositoras (incluidos sindicatos, partidos y grupos de estudiantes), como sus redes de apoyo en barrios y pueblos (curas «rojos»[135], participantes en asambleas sin necesariamente tener significación ni liderazgo político…). El estado de excepción estuvo presidido por una represión con características indiscriminadas y aleatorias, gracias a una enorme libertad de actuación de la Policía Armada y de la Guardia Civil. La labor represiva de la policía se completó con la intervención de «incontrolados». Bajo este término comenzó a designarse en la época a una serie de individuos y grupos más o menos informales que actuaron, con cierta impunidad, en los márgenes de los aparatos del Estado, atacando y amedrentando a personas, locales y manifestaciones relacionadas con la oposición antifranquista[136].

Sin embargo, pese a la dureza de la represión (en forma de miles de detenidos y malos tratos), en esos momentos las autoridades se mostraron incapaces de eliminar todo signo de auto-organización opositora. Es significativo que el 19 junio de 1975, conmemoración de la «liberación de la villa» de Bilbao (la toma de la capital vizcaína por las tropas franquistas durante la Guerra Civil, en 1937), se pronunciaran discursos pidiendo la colaboración de la población con las autoridades para contribuir a la estabilidad social[137]. La policía temía que el estado de excepción y los futuros juicios contra los miembros de ETA político-militar (ETApm) José Antonio Garmendia y Ángel Otaegui actuasen como acicates para la agitación contra el régimen. La falta de información y el aislamiento social de la policía se agravaba por el hecho de que ETAm comenzó a extender el terror al nivel civil al asesinar a miembros del Movimiento Nacional, cargos de los ayuntamientos franquistas (como al alcalde de Oiartzun, Antonio Echevarría, tiroteado pocos días después de morir Franco, o el de Galdakao, Víctor Legorburu, a principios de 1976[138]) y presuntos «chivatos» acusados de tener relaciones con las «fuerzas de ocupación» de Euskadi, como Carlos Arguimberri, en 1975, el primero de una larga y macabra serie[139].

---

[135] Varios párrocos fueron detenidos (entre ellos el de Iralabarri, en donde se celebraban asambleas de obreros y estudiantes) y algunos fueron apaleados (entre ellos, Tasio Erkizia, futuro rostro visible de la llamada izquierda *abertzale*). El 31 mayo se produjo el incendio de la casa del párroco de Kanala, localidad vizcaína cercana a Gernika, por parte de encapuchados (AGCV, parte policial diario, 31-5-1975).

[136] Casanellas, 2008: 166; Sabio y Sartorius, 2007: 253, 254 y 390; y Etxaniz, 2005: 39, quien realiza un estudio del estado de excepción de 1975 a nivel local, en el municipio vizcaíno de Gernika.

[137] AGCV, parte policial diario, 19-06-1975.

[138] Alonso, Domínguez y García Rey, 2010: 65-67.

[139] Calle y Sánchez-Cuenca, 2004: 66-68; Domínguez, 2000: 348.

Al nivel de la conflictividad social el verano de 1975 estuvo marcado por el estado de excepción y las ya firmes condenas a muerte que recaían sobre Garmendia y Otaegui[140]. La propaganda de las organizaciones antifranquistas se centró en denunciar ambas situaciones. Se lanzaron, por ejemplo, abundantes panfletos, octavillas y hojas volantes llamando a la huelga general. Entre los partidos que aparecieron firmando tales papeles destacan aquellos de izquierda revolucionaria tipo ORT, PTE, MCE, LCR y el Partido Comunista de España Reconstituido (PCE(r), brazo político de la organización terrorista GRAPO, Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre), o movimientos sociopolíticos como las Comisiones Obreras[141]. También se hicieron presentes otras organizaciones como el Partido Obrero Revolucionario de España, el PCE, el PSOE, la UGT, las dos ramas de ETA, así como diversos grupos locales, comités antirrepresivos, comités y/o comisiones de barrios, asambleas de juventud, comités *abertzales*…

Tras la celebración de las primeras elecciones democráticas, en junio de 1977, la práctica totalidad de los partidos políticos de extrema izquierda mencionados desapareció del mapa electoral, pero sus siglas, en este momento, aparecieron profusamente en la calle. Pese a su posterior batacazo ante las urnas su capacidad de incidencia social en ciertos asuntos no era desdeñable. Hay que tener en cuenta que muchos de sus activistas contribuyeron activamente a poner en marcha y a engrosar nuevos movimientos sociales[142].

Tras la finalización del estado de excepción las autoridades franquistas continuaron buscando trasladar una ejemplarizante imagen de firmeza mediante los fusilamientos, en septiembre, de los militantes de ETApm Juan Paredes Manot («Txiki»), y de Otaegui, así como de otros tres militantes (José Humberto Baena, José Luis Sánchez Bravo y Ramón García Sanz) de una organización terrorista de extrema izquierda, el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP, constituido en 1973). Las consecuencias de los fusilamientos se alejaron del efecto que se perseguía desde el régimen franquista, ya que potenciaron multitud de manifestaciones de rechazo que se extendieron incluso a nivel internacional.

---

[140] Más sobre los últimos fusilamientos del Franquismo en Oliver, 2008: 227-242.

[141] «Las características del movimiento de las CCOO, que acabarían convirtiéndose en sus señas de identidad, eran su carácter unitario, la voluntad de actuación abierta y pública, aunque con una mínima organización clandestina; la utilización de recursos legales en la presentación de demandas obreras, pero también ilegales cuando resultaba inevitable; la centralidad otorgada a las asambleas de trabajadores (…) el papel determinante de reducidos grupos de activistas casi nunca elegidos formalmente (…) activistas con militancia política antifranquista, en especial en el PCE (…) el impulso de reivindicaciones de carácter laboral, pero también de naturaleza política, empezando por la libertad sindical y el derecho a la huelga», en Ysàs, 2007b: 13.

[142] Así lo han señalado autores como Heine, 1986: 159; Laíz, 1995: 299; y Cucó, 2008: 77 (centrándose esta última autora en el caso del Movimiento Comunista); y así lo veremos aquí mismo.

Habría que hacer alguna matización respecto a la situación vivida en la provincia de Álava. Allí, según las autoridades, el clima político durante 1975 fue tranquilo. Los trabajadores llegados de otras provincias, sobre todo a Vitoria y a Llodio (los núcleos principales y casi exclusivos de la industrialización alavesa, de lo que ha sido llamado el tercer modelo de industrialización vasca, por contraposición a los casos de Gipuzkoa y Bizkaia, anteriores en el tiempo[143]), en su mayoría eran, siguiendo a las mismas fuentes, políticamente indiferentes[144]. El estado de excepción decretado en abril del 75 no había afectado a Álava, lo que resulta un primer dato significativo. Pero que la atonía fuese dominante no quiere decir que no se estuviera cociendo algo en la sociedad alavesa, especialmente en Vitoria. A ello, como quedó patente en los posteriores sucesos de principios de 1976, en los que más adelante nos detendremos, no eran ajenas esas «masas» de trabajadores inmigrantes supuestamente inmóviles.

Ya en el desglose de la conflictividad social que realizó el Gobierno Civil de Álava éste reconocía que, pese a esa desmovilización dominante en la provincia, se había producido un cierto aumento de la conflictividad laboral, principalmente como consecuencia de la renovación de los convenios colectivos. Las huelgas aumentaron pese a que la economía alavesa conoció durante 1975 una situación desfavorable (ya 1974 había sido un año de contracción en el crecimiento) que debe enmarcarse en la crisis del petróleo abierta a partir de 1973[145].

La situación dominante en el País Vasco del tardofranquismo no era, desde luego, de calma chicha, pero tampoco de continua rebeldía. Coincidieron, al mismo tiempo, tanto una extendida pasividad social como una notable conflictividad en los sectores arriba mencionados. Los movimientos sociales «madrugadores» o «iniciadores» que hemos descrito y analizado hasta el momento (particularmente el obrero, estudiantil y vecinal[146]) habían ido fraguando un caldo de cultivo que se había materializado a la altura de 1975 en múltiples protestas, particularmente a nivel local aunque también a escala más amplia.

Falta ahora por hacer una mención expresa a la inexistencia como tales de los movimientos gay, feminista y antinuclear en el País Vasco a finales de 1975. Hasta 1975, proclamado Año Internacional de la Mujer por las Na-

---

143 González de Langarica, 2009: 77 y 78; y Rivera, 2009: 15 y 16.

144 Archivo Histórico Provincial de Álava (en adelante, AHPA), Caja 704, Memoria de 1975.

145 AHPA, Caja 704, Memoria de 1975.

146 El concepto de movimientos «madrugadores» es de Tarrow, 1997: 28. Una aplicación del mismo al caso de la España del Tardofranquismo y la Transición en Pérez Ledesma, 2006: 127 y 145. La distinción entre movimientos «iniciadores» y «beneficiados» en McAdam, 1998: 98. Este último (2002: 243-269) propone otra especificación entre movimientos «iniciadores» y «derivados», si bien el segundo término sugiere una ecuación causa-efecto, demasiado dependiente respecto a los movimientos «iniciadores».

ciones Unidas, el movimiento feminista (que no el feminismo) era prácticamente inexistente en España. Ahora bien, como describe Mary Nash, «de igual modo que en otros países bajo regímenes dictatoriales, esta conmemoración dio una cobertura legal a las actividades feministas contestatarias al régimen franquista», suponiendo, al mismo tiempo, un impulso organizativo[147]. Al mismo tiempo, en estas fechas no tuvo tanta relevancia la incipiente oposición antinuclear[148] como la existencia de demandas de tipo laboral en las obras de la central nuclear de Lemóniz. Desde 1974 se venían arrastrando importantes conflictos de este tipo, con suspensiones de empleo y sueldo y paros a cargo de varios cientos de trabajadores de las contratas[149]. Fueron conflictos que se enconaron en 1975 y que en momentos concretos adquirieron un perfil más político[150]. Se prolongaron en el tiempo, lo que dio pie a que las autoridades pensaran que podían convertirse en un símbolo para los trabajadores de cara a la próxima negociación de más de un centenar de convenios colectivos, entre ellos los de muchas de las grandes empresas asentadas en Bizkaia, en los primeros meses de 1976[151].

---

[147] La cita en Nash, 2004: 215; más en Alberdi, Escario y López Accoto, 1996: 215.

[148] Que empezaba a manifestarse en forma de pasquines, etc., en AGCV, rollo 28, 1975, recogida por parte de la policía de panfletos del PSOE-UGT en contra de los riesgos de la energía nuclear.

[149] *El Correo Español-El Pueblo Vasco* (en adelante, *El Correo*), 26-03-1974 y 27-03-1974.

[150] AGCV, parte policial diario, 7-02-1975, con resumen de los conflictos laborales entonces abiertos en Bizkaia.

[151] El encierro y la huelga de hambre en las fechas de Navidad de 1975 de varios trabajadores despedidos de Lemóniz fue empleado por las Comisiones Obreras de Vizcaya para tratar de encender la fibra sensible de otros trabajadores y para mostrarles cuál era el camino a seguir ante los cambios políticos, en AGCV, rollo 32 (Central Nuclear de Lemóniz): «incidentes de productores de las empresas Ibemo y Tamoin», partes policiales diarios, 24-12-1975 a 30-12-1975.

Capítulo 2

Formación de diagnósticos críticos y nuevas vías de agrupación

Hasta aquí se han resumido las características estructurales de la sociedad vasca y los rasgos generales de la dinámica de la contienda política que se vivía en el País Vasco bajo el tardofranquismo. Conviene ahora pasar a conocer de qué maneras concretas se fueron fraguando otros nuevos movimientos sociales. En primer lugar será necesario profundizar en factores como ciertos avances que experimentó la ciencia a lo largo del siglo XX, para después pasar a conocer detalles sobre la literatura política que se comenzó a producir y a manejar, y sobre las influencias que se empezaron a recibir desde el extranjero. Todo ello fue creando, siguiendo a David Snow y Robert Benford, un marco de diagnóstico que precedió y acompañó al despliegue de la movilización social en los tres casos a estudio[152]. Esos diagnósticos críticos, en forma de definiciones individuales y colectivas de la situación, se fueron construyendo acerca de cuáles eran los problemas, quiénes sus causantes, cuáles las soluciones y quiénes los sujetos que, en su caso, deberían protagonizar las acciones de protesta. No se trata de ordenar de forma oportunista el pasado (la publicación de ciertos textos teóricos) en función de lo posteriormente sucedido (la irrupción de los movimientos sociales), sino de informar acerca de ciertas continuidades y, especialmente, de la aparición de los primeros en los dicursos y las prácticas de los segundos.

[152] Snow y varios de los colegas con los que ha trabajado, como Benford o Hunt, han publicado, en palabras de McAdam, 1999: 476, algunos de «los trabajos más provocativos y potencialmente útiles sobre las dimensiones culturales de los movimientos sociales (…). La teoría de los marcos interpretativos (…) es un correctivo necesario frente a las teorías estructuralistas más amplias que, a menudo, tienden a describir a los movimientos sociales como subproductos inevitables de la expansión de las oportunidades políticas (proceso político), de contradicciones o dislocaciones emergentes a nivel sistémico (alguna de las versiones de la teoría de los nuevos movimientos sociales) o de, simplemente, un aumento de recursos (movilización de recursos)».

La ciencia y la literatura política

Ciertos avances científicos sustanciales acompañaron el proceso de cambios sociales. Ahí tenemos los progresos en terrenos como la prevención del embarazo, el desarrollo de técnicas abortivas, la des-medicalización de la homosexualidad, la ordenación del territorio, la evolución de la ecología como ciencia o el hallazgo de los riesgos de la energía nuclear. Pero concretamente, ¿cómo se ligaron los avances científicos con los cambios sociales? El descubrimiento y la comercialización de la píldora anticonceptiva a comienzos de los años sesenta supusieron una convulsión social que dividió a la opinión pública de la Europa de postguerra[153], colocándola ante la disyuntiva de tomar partido. Como apunta el sociólogo Manuel Castells, «la transformación tecnológica de la biología, la farmacología y la medicina que ha permitido un control creciente sobre el embarazo y la reproducción de la especie humana»[154] ha favorecido la separación de sexualidad y maternidad defendida desde el feminismo, facilitando a las parejas disfrutar del sexo sin verse atenazadas por el miedo a embarazos no deseados. En España la píldora se empezó a emplear como método anticonceptivo antes de ser legalizada como tal, gracias a la extensión de recetas facilitadas por médicos progresistas con el supuesto fin de controlar los desordenes de la regla.

Por lo que respecta a la homosexualidad, ya desde principios del siglo XX el padre del psicoanálisis, Sigmund Freud (1856-1939), había advertido que ésta no era una enfermedad ni algo de lo que avergonzarse. Con ello se convirtió en un antecedente profusamente citado en estudios de científicos y activistas gays posteriores[155]. Tras el paréntesis que para los estudios sexológicos supuso la Segunda Guerra Mundial el doctor Alfred Kinsey (1894-1956) pasó a ser, gracias a la publicación de una extensa obra, un referente inevitable para todo aquel que pretendiera justificar, con datos en la mano, que la homosexualidad era una realidad presente en nuestras sociedades y ante la que no se podía volver la espalda[156]. El influjo de los libros de Kinsey fue de larga duración y permaneció en los que trabajaron con él en el *Institute for Sex Research*, como el psicoterapetuta Clarence A. Tripp, en los continuadores de su trabajo, como Alan P. Bell, Martin S. Weinberg y Colin J. Williams[157], o en las obras publicadas a posteriori por el Instituto Kinsey[158]. También hubo otros científicos que argumentaron que los homosexuales no

---

153 Haro Tecglen, 1988: 27; Cohn Bendit y Dammann, 2008: 115.

154 M. Castells, 1998: 161.

155 Sobre Freud y la homosexualidad *vid.,* entre otros, Mirabet i Mullol, 1985: 32-38; o Herrero Brasas, 1993: 26.

156 Kinsey *et al.,* 1949. Sobre la venta de miles de ejemplares de este libro y la estimulación de nuevos estudios a partir de él, D'Emilio, 1983: 34.

157 Tripp, 1978; Weinberg y Williams, 1977; Bell y Weinberg, 1979.

158 Resultados en *El País*, 25-08-1981.

se diferenciaban ni física ni biológicamente de los heterosexuales, como la pareja formada por William Masters y Virginia Johnson o la socióloga y militante feminista Shere Hite, quien escribió sobre la sexualidad de las mujeres[159].

La información sobre los arriba citados, de origen principalmente norteamericano, llegaron a la España de la Transición bien a través de recortes de prensa, bien a través de la traducción al castellano y la publicación de sus obras por editoriales españolas, o bien, finalmente, a través de la argumentación de los ponentes en las charlas que, llegado el momento de su primera aparición pública, convocaron las organizaciones de los nuevos movimientos sociales por barrios y pueblos[160]. Asimismo, en el cambio experimentado en la forma a través de la cual desde la psiquiatría española se trataba el tema de la homosexualidad fue importante un documento elaborado por una veintena de psiquiatras de Barcelona en diciembre de 1976[161]. En él los firmantes afirmaban que la homosexualidad no podía corregirse y que a los homosexuales no se los podía privar de libertad por razón de su orientación sexual, como se había hecho durante el franquismo[162].

Al estilo de lo que representó Kinsey para el movimiento de los homosexuales, la estadounidense Rachel Carson fue una pionera del ecologismo antes de la difusión de los movimientos de masas de principios de los setenta. Su obra *Silent spring*, publicada originariamente en 1962, ha conocido desde entonces múltiples ediciones en diferentes idiomas, entre ellos en castellano[163]. En dicho libro Carson alertaba del irreparable daño ecológico que el desarrollo industrial estaba generando sobre el planeta. La autora profundizaba en el caso del empleo de pesticidas en agricultura para remarcar las peligrosas consecuencias sobre la salud de las personas.

Relacionados con el caso concreto del movimiento antinuclear hay varios nombres propios que merecen tenerse en cuenta. Entre ellos están, por ejemplo, los de los doctores John Gofman y Arthur Tamplin, que fueron traducidos al castellano en una obra colectiva editada por Peter Faulkner en 1978 bajo el título *La bomba silenciosa. Guía para la controversia sobre la energía nuclear*[164]. El título resulta significativo de la pretensión de sus autores de resaltar los riesgos del empleo de la energía atómica y por romper el

---

[159] Los primeros aparecen, por ejemplo, en *El País*, 19-04-1979, y en *Egin*, 19-04-1979. La segunda en una entrevista con un grupo de dos activistas de EHGAM-Gipuzkoa en diferentes etapas; San Sebastián, 26-07-2006.

[160] Entrevista con Mikel Martín; San Sebastián, 13-01-2009.

[161] Un extracto del mismo en *El País*, 19-05-1977.

[162] Sobre la actuación de la psiquiatría afecta al régimen franquista en la depuración y aislamiento de «enemigos» de la dictadura (y no sólo de los homosexuales), *vid*. la obra de González Duro, 2008.

[163] Carson, 2001 [1962].

[164] Faulkner, 1978.

silencio en el espacio público acerca de esta fuente de energía mediante profusión de datos[165].

Las obras del economista Barry Commoner y de Fritz Schumacher, publicadas primero en inglés, también aparecieron en castellano a finales de los años setenta[166]. El primero de ellos acudió como invitado a Bilbao a dar una conferencia en la que se explayó sobre la central nuclear de Lemóniz y sobre cómo, a su entender, ninguna compañía la aseguraría en caso de levantarse en los Estados Unidos, dada su cercanía a un núcleo tan densamente poblado como el Gran Bilbao[167]. Además, el juicio que le mereció el paisaje que atisbó en torno a la ría del Nervión no dejaba lugar a dudas. Bilbao era, para él, «un museo de los horrores ecológicos»[168].

Podría mencionarse a otros ecólogos y economistas de peso internacional que pusieron de relieve, con soporte empírico, tanto el deterioro progresivo del medio ambiente como la necesidad de cambiar el modelo de desarrollo. Coincido con Manuel Castells cuando, como reflexión general, defiende que el ecologista es «un movimiento basado en la ciencia»[169]. Es decir, en la constatación, empíricamente informada, de la destrucción de los ecosistemas y en la propuesta de medidas para corregirlo y evitarlo.

Como hemos visto, hubo una serie de científicos que se convirtieron en referentes de las organizaciones de los movimientos sociales a la hora de aportar citas de autoridad. Fueron importantes, por ejemplo, de cara a cimentar la argumentación de las charlas o para lustrar las requisitorias que se dirigían a las autoridades políticas. Los científicos a los que acabo de mencionar fueron en un primer momento, en general, unos completos desconocidos salvo para las personas que se podían mover dentro del mundo académico en sus círculos más próximos. En una segunda fase sus nombres e ideas se fueron popularizando en determinados sectores sociales a raíz de la adopción de sus aportaciones por parte de los partícipes de alguno de los movimientos sociales.

La universidad y la ciencia no tenían por qué necesariamente estar al lado de los movimientos sociales, por mucho que la universidad fuese una parte de la sociedad y que en la primera se viesen reflejadas las inquietudes presentes en la segunda. Pero en muchas ocasiones, el conocimiento y el prestigio

---

[165] Datos que, procedentes de la investigación científica, fueron llegando a la prensa del País Vasco, como en *La Gaceta del Norte*, 22-08-1974. Hay que considerar que, como indica Klandermans, 1994: 198, «la seguridad de las plantas de energía nuclear fue objeto de debate entre los físicos nucleares mucho antes de que se convirtiera en un problema para los políticos».

[166] Commoner, 1978; y Schumacher, 1978.

[167] *Egin*, 29-09-1977.

[168] La cita en Allende, 1982: 58; y Allende, 1990: 14. El área del Gran Bilbao llegó a declararse «zona de atmósfera contaminada» por el Real Decreto 3.322/1977, en AGA, Sig. (8)3.1 32/11484. Memoria de Vizcaya, 1980.

[169] M. Castells, 1998: 148.

que generaba la universidad fueron instrumentalizados en una dirección política. Autores procedentes del mundo académico, como Barry Commoner, se implicaron abiertamente en los movimientos sociales[170]. Ciencia y movimientos mantuvieron una relación ambivalente y no siempre cercana. Ahora bien, los avances científicos y tecnológicos formaron parte de los elementos de fondo que ayudan a comprender el proceso de cambio social.

Aparte de esas interacciones cabe mencionar también la proliferación de una literatura política que acompañó al desarrollo de los nuevos movimientos sociales en la España de los años setenta. Lo que aquí interesa resaltar es la publicación de una serie de obras que, primero en el extranjero y posteriormente también en España, fueron profundizando en la identificación de diferentes problemas sociales, de sus causantes y de sus posibles soluciones. En muchos de estos libros tuvo un gran peso el recurso a la literatura científica que anteriormente veíamos. Los Kinsey, Commoner, Carson, etc., aparecieron profusamente citados en las obras que ahora veremos de Mario Gaviria, Pedro Costa Morata, Jean Nicolas o Mario Mieli. Así se establecían nuevas conexiones entre mundo académico, activismo social y literatura militante.

Hay algunos autores a los que podemos considerar los referentes más destacados de los movimientos sociales a nivel internacional. En el caso del movimiento obrero es meridianamente claro que Karl Marx y Friedrich Engels fueron esas figuras estelares que ejercieron un padrinazgo intelectual acusado y prolongado a través de obras archiconocidas como *El manifiesto comunista* o *El capital*. Pero puede señalarse a otros intelectuales que, en los terrenos de los nuevos movimientos sociales de los años sesenta y setenta, desempeñaron un papel protagonista principal[171]. En el caso de la oleada del movimiento feminista surgida desde la década de 1960 habría que mencionar la influencia ejercida por Simone de Beauvoir. Esta autora francesa sostuvo que los roles asociados a lo femenino son, en realidad, construcciones sociales con un origen determinado y con una carga histórica, y no algo natural o biológico. Aparte, la teórica y activista estadounidense Betty Friedan había puesto sobre el tapete que el movimiento feminista era una necesidad imperativa no sólo para las mujeres, sino para las personas posicionadas en contra de la cosificación y la subordinación de todo ser humano[172]. Otra autora importante para esta segunda oleada del movimiento feminista (tras la protagonizada por las sufragistas de finales del siglo XIX y comienzos del si-

---

[170] Más sobre concomitancias entre científicos y activistas del movimiento ecologista en Revilla, 2002; y Lemkow y Buttel, 1983.

[171] Como asevera Tejerina, 1998: 132, «el papel atribuido a los intelectuales en el proceso de formación de los significados y valores que proponen los movimientos sociales es un lugar común entre los analistas. Sin embargo, Eyerman y Jameson en su enfoque cognitivo sobre los movimientos sociales llaman nuestra atención sobre un aspecto menos señalado: el hecho de que los movimientos sociales proporcionan un espacio en el que tiene lugar la innovación intelectual».

[172] Beauvoir, 1949; y Friedan, 1963.

glo XX[173]) fue la también escritora y activista norteamericana Kate Millett con su elaboración del concepto de patriarcado, que le servía para explicar y desnaturalizar las relaciones de dominación de los varones hacia las mujeres que organizaban la sociedad[174].

Pero, ¿cómo y a partir de cuándo comenzaron a impactar esas ideas en España? En el aniversario de los 30 años de teoría feminista a raíz de la primera publicación de *El segundo sexo* se publicaron artículos conmemorativos en la prensa[175]. Pero, para entonces, las obras de Beauvoir o de Friedan, entre otras, ya había tenido repercusiones sobre los primeros libros de las pioneras del feminismo de la segunda oleada en España, como M.ª Aurelia Capmany o Lidia Falcón. Algunos de sus textos se publicaron todavía en vida del dictador[176]. En ellos latía el ánimo de generar una toma de conciencia feminista. La lectura de dichos libros había sido un temprano acicate para la reflexión de mujeres que, en parte gracias a ello, empezaron a definirse como feministas cuando todavía en España no existía un movimiento feminista organizado. Un ejemplo concreto, aunque podrían darse muchos, es el caso de la que posteriormente sería una de las primeras activistas de la Asamblea de Mujeres de Álava, Begoña Muruaga, para quien *El segundo sexo* se convirtió en uno de los libros más influyentes de su vida[177].

Antes de que la controversia en torno a la central nuclear de Lemóniz estallara en toda su intensidad, y por lo tanto antes también de que Franco muriera, uno de los referentes intelectuales más destacados de la izquierda alemana, Hans Magnus Enzensberger, había sido traducido al castellano. En su obra *Para una crítica de la ecología política* este escritor, uno de los más conocidos en esos años fuera de las fronteras de su país, defendía «el carácter de clase del usual debate ecológico»[178]. Según Enzensberger la clase obrera era la principal víctima del desastre ecológico debido a que sus puestos de trabajo estaban expuestos a la polución. Mientras, los capitalistas podrían escapar a estas consecuencias marchándose a vivir lejos de las zonas

---

[173] Nash, 2004: 163. Claro que también hay quien considera que la de la década de los sesenta y setenta del siglo XX fue la tercera oleada del movimiento feminista, tras las protagonizadas primero por las ilustradas durante la Revolución francesa y segundo por las sufragistas entre los siglos XIX y XX (Valcárcel, 2008: 135).

[174] Millett, 1970. Vale decir también la «deshistorización» o la «eternización» de «las estructuras de la división sexual y de los principios de división correspondientes» (Bourdieu, 2000: 7 y 8).

[175] Como en *Ere*, 18-10-1979; o *Dones en Lluita*, 12 (1979).

[176] Sobre la circulación por cauces informales de las obras citadas, Comabella, 2009: 249. Antes de 1975 se habían traducido al castellano, por ejemplo, las obras de Friedan y Beauvoir (Seminario de Estudios Sobre la Mujer, 1986: 29).

[177] Entrevista con Begoña Muruaga; Vitoria, 8-1-2009. Este ejemplo a nivel «micro» no es una excepción aislada. Como señala Alicia H. Puleo, 1996a: 206, «muchas de las figuras destacadas del neo-feminismo confiesan su deuda con ese libro que, afirman, cambió sus vidas». Más en Amorós, 1986: 42-44.

[178] Enzensberger, 1974: 22.

contaminadas. André Gorz, otro escritor relevante en este terreno, publicó en castellano con *El Viejo Topo* un libro en el que también hacía referencia a la vinculación del ecologismo con el ámbito político. Gorz trataba de aportar argumentos para un debate militante sobre una emancipación social que, según él, no sólo se debía centrar en los aspectos económicos sino también en los culturales. El subtítulo de su obra resulta significativo: *Un texto para subvertir la relación de los individuos con el consumo, con la naturaleza, con la política, con su cuerpo*[179].

Entre los primeros autores españoles que siguieron una línea de ecología política bajo una inspiración de izquierdas (bien fuese ésta libertaria, marxista o genéricamente socialista) hay que mencionar las tempranas obras de Pedro Costa Morata y de Mario Gaviria, ambas de 1976. Esta literatura política y las primeras acciones colectivas explícitamente ecologistas se desarrollaron en paralelo. Costa Morata insistía en las distancias existentes entre unas bucólicas y políticamente inocuas formas de defensa de la fauna y la flora encabezadas por la conservacionista Asociación para la Defensa de la Naturaleza (ADENA, cuya sección española se creó en 1968) y por el naturalista burgalés Félix Rodríguez de la Fuente, frente a otras formas más políticas, a cargo de nuevas organizaciones como la Asociación Española para la Ordenación del Medio Ambiente (AEORMA) o la Asociación de Estudios y Protección de la Naturaleza (AEPDEN)[180]. Mario Gaviria defendía que «una sociedad socialista debe ser concebida y planteada en acuerdo con la naturaleza»[181].

También el activista gay y escritor italiano Mario Mieli se mostraba convencido de que para avanzar hacia el socialismo era una condición *sine qua non* «la total desinhibición de las tendencias homoeróticas»[182]. Las obras de Mieli y de otro referente intelectual de las primeras organizaciones del movimiento gay, el francés Jean Nicolas, fueron traducidas al castellano a finales de los setenta[183]. Conformaron una parte importante del bagaje crítico empleado por aquellas y de la educación sentimental de muchos de sus militantes. Como recuerda el activista Mikel Martín, uno de los principales animadores del movimiento gay en Gipuzkoa, tanto él como varios de sus compañeros se hicieron, a nivel teórico, «amantes de Mario Mieli»[184]. Nicolas y Mieli eran activistas del movimiento gay, en Francia e Italia respectivamente, desde antes de que en el País Vasco existiera algo parecido.

Es un lugar común decir que la generación que protagonizó los sucesos de mayo del 68, o parte de la que en España llevó a cabo la Transición, se ha-

---

179 Gorz, 1980, publicado con el seudónimo de Michel Bosquet.
180 Costa Morata, 1976.
181 Gaviria, 1976: 13.
182 Mieli, 1979: 7-9.
183 Mieli, 1979; y Nicolas, 1979.
184 Entrevista citada con Mikel Martín.

bía visto influida por una relectura de los clásicos del socialismo. Una revisión que habría sido de un tipo no tan «economicista» como «culturalista»[185]. Las citas a los popes del socialismo eran uno de los recursos de autoridad que formaron parte del bagaje teórico y de los referentes de la literatura política que acabo de repasar. Estos libros fueron aportando elementos de debate hacia la confluencia de nuevos terrenos objeto de demandas sociales con la izquierda. El empleo, en muchas ocasiones, de un lenguaje marxista, fue no sólo un vínculo establecido por encima de las fronteras entre movimientos sociales de diferentes países, sino también un intento por sentar los cimientos de la argumentación en enfoques filosóficos y metodológicos considerados científicos, como el materialismo histórico.

En el caso de las obras ligadas al ecologismo (como las del colectivo Altabizkar y también, más adelante, las de Luis Lemkow, Fred Buttel y el filósofo comunista y miembro del Comité Antinuclear de Cataluña Manuel Sacristán) las referencias eran pasajes de Marx y de Engels (a partir, por ejemplo, de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*[186]). Tanto Mieli como Nicolas, en su intento por aunar revolución social y sexual y tender lazos entre movimiento obrero y movimiento gay, citaban profusamente a ambos. Engels, a partir de *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, se convirtió en una referencia para el ala del feminismo más cercana a las ideas comunistas.

Buena parte de ese material bibliográfico podía adquirirse en librerías que, sin estar necesariamente centradas en temática de literatura política, ya resultaban, cuando menos, de carácter políticamente dudoso para la policía. Fueron librerías como *Herriak* o *Jakintza* en Bilbao o *Lagun* en San Sebastián[187]. Allí no sólo es que se vendieran textos prohibidos, sino que los locales sirvieron como espacios libres de socialización opositora, reunión y toma de contactos[188]. Con espacio libre no me refiero aquí a una esquina marginal

---

[185] Elorza, 2008: 38; o Judt, 2009: 587 y 588, quien señala «el desenterramiento de un Marx nuevo y ostensiblemente muy distinto» en los años sesenta, un «joven Marx [al que] le preocupaban problemas sorprendentemente modernos: cómo transformar la conciencia «alienada» y liberar a los seres humanos de su ignorancia acerca de su verdadera condición y capacidades…».

[186] En Altabizkar, 1974, se abre el texto con una cita de Marx. Lemkow y Buttel, 1983, afirmaron que había muchos textos sobre temas ecológicos a lo largo de la historia, pero eligieron citar, precisamente, el arriba mencionado de Engels. *Vid.,* asimismo, Sacristán, 1987 (una recopilación de textos escritos entre 1979 y 1985).

[187] Para el caso de *Herriak*, AGCV, parte policial diario, 15-11-1976.

[188] En palabras de José Ramón Recalde, uno de los impulsores de la librería *Lagun*, aquella «se convirtió en una librería de rebotica, de libros prohibidos y de presencia de nuestros amigos. Eso fue *Lagun* desde 1968 (…). Naturalmente se enfrentó a las autoridades franquistas, también a planteamientos violentos de los Guerrilleros de Cristo Rey, sufrió los primeros ataques en sus escaparates… Después de la muerte de Franco, ETA cogió el relevo en los ataques a los pensamientos que representaba la librería», Recalde en Iglesias, 2009: 308 y 309.

situada aparte de la sociedad, sino, para el caso que nos ocupa, a un espacio físico autónomo de las autoridades políticas y donde las personas fueron copartícipes tanto de la experimentación de la libertad de ideología como de la articulación de canales de comunicación interpersonales para definir alternativas y testar los límites de la acción de las autoridades[189]. Por eso, y por la libertad de expresión que traslucían los libros que vendían, se convirtieron en uno de los objetivos de los de asaltos y las amenazas (rotura de los escaparates, pintadas, destrozo de libros) de grupos de extrema derecha y parapoliciales como los Guerrilleros de Cristo Rey[190].

La literatura política fue uno de los elementos que contribuyó a la percepción de las discriminaciones, del mismo modo que, desde 1976, la multiplicación de dicha literatura fue uno de los efectos de la proliferación de acciones colectivas[191]. Hay ejemplos concretos que ilustran sobre cómo llegaron algunas de las obras mencionadas a diversas personas que posteriormente se convirtieron en activistas de los movimientos sociales. Pero la existencia de discriminaciones y su diagnóstico en la literatura política no condujeron directamente a la movilización. El paso a la protesta colectiva fue un proceso más complejo. En este sentido, como veremos, resulta interesante profundizar tanto en la construcción de redes sociales densas como en la llegada de influencias procedentes del extranjero[192]. De todo ello resultaría la conformación de movimientos sociales y de ciclos de protesta de dimensiones internacionales.

Transferencia de influencias

En la Europa de los años sesenta y setenta, coincidiendo con la nueva oleada movilizadora en la que se enmarcaron los sucesos de París, Berlín, Ámsterdam, Belfast y tantos otros, viajar y obtener información resultaba más cómodo, barato y sencillo que en fechas anteriores. Esas circunstancias generales no están necesariamente en correspondencia directa con el auge de la movilización social en España. Por eso es necesario interpretar las condiciones estructurales volcando los datos sobre casos concretos. ¿De qué manera influyó sobre la España y el País Vasco de la Transición esa mayor cercanía con lo que estaba sucediendo de puertas afuera? ¿Cómo pudo repercutir en las experiencias de las personas?

---

189 Polletta, 1999: 5-7 y 14.

190 Por ejemplo, los cristales de dos librerías de Las Arenas (Getxo) fueron tiroteados por ultraderechistas, en AGCV, parte policial diario, 18-11-1975; y más sobre el tema en *Punto y Hora*, 1-05-1976, donde se da cuenta de decenas de ataques contra librerías y distribuidoras.

191 Como dice Pérez-Agote, 2008: XVIII, «la existencia o no de un agregado social no depende del rasgo objetivo, sino de la percepción de éste como un rasgo diferencial».

192 Tarrow, 1997: 17 y 18.

Puede partirse de la afirmación de Sidney Tarrow, para quien «los ciclos de protesta recientes han sido inherentemente transnacionales, y por tanto se han difundido más rápidamente (…) la Nueva Izquierda europea y estadounidense de los años 60»[193]. Una vía para la difusión internacional de reivindicaciones de signo similar fue la realización de viajes al extranjero. Antes de la irrupción de los movimientos sociales de tipo feminista, gay o antinuclear en España hubo personas que tuvieron la oportunidad de conocer de cerca esas corrientes en países del entorno, como Francia o Inglaterra, y también en los Estados Unidos. En ocasiones la vivencia les llevó a tratar de impulsar iniciativas semejantes a su regreso.

Es el caso de uno de los pioneros de la oposición a la instalación de centrales nucleares en el País Vasco, José Allende. El que en 1976 fue uno de los promotores de la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear estudió en Gran Bretaña y en los Estados Unidos. Allí se abasteció de datos sobre la energía nuclear, que transmitía a sus contactos para que éstos contasen con más argumentos de cara a propagar una sensibilización antinuclear[194]. Otras personas que fueron iniciadoras del ecologismo en el País Vasco y Navarra, como Mario Gaviria y Fernando Fernández («Cibeles»), estuvieron viviendo varios meses en el extranjero antes de la muerte de Franco[195]. Reunieron otros bagajes personales interesantes de cara a fortalecer las referencias del posterior movimiento ecologista, del que fueron animadores en Navarra y Álava respectivamente.

Algo similar sucedió con Antonio López-Quintana, quien sugirió a sus conocidos bilbaínos la posibilidad de trasplantar al País Vasco aquello que había visto durante su estancia de varios meses en la Universidad de Saint Andrews, en Escocia: un movimiento gay organizado, que además se reunía junto con otros grupos, tanto político-reivindicativos como de tipo lúdico, en locales que la misma universidad facilitaba[196]. Para que estas iniciativas personales calaran y tuvieran éxito no bastaba con el voluntarismo de tratar de trasplantar ideas de un país a otro, sino que habían de conectar con inquietudes sociales latentes en el País Vasco. Lo veremos en detalle más adelante, a la hora de profundizar en el paso de lo individual a lo colectivo. En todo caso, estos ejemplos concretos sirven para defender la utilidad del estudio, en la historia socio-cultural, de las experiencias directas que pueden llegar a hacer participar a las personas en acciones colectivas.

La llegada de la crítica feminista al País Vasco desde los Estados Unidos, Gran Bretaña, etc., también se vio favorecida por la implicación de varios nombres propios concretos, gracias a los cuales las transferencias culturales y

---

[193] Tarrow: 1997: 324. Mayúsculas en el original.

[194] *Punto y Hora*, 7-07-1977; entrevistas con José Allende; Bilbao, 1-12-2008 y Carmelo Urdangarin; Deba, 13-01-2009.

[195] Entrevista con Fernando Fernández; Vitoria, 10-02-2009.

[196] Entrevista con Antonio López-Quintana; Bilbao, 12-01-2009.

de influencias se agilizaron. Es el caso de Begoña Mendia, una de las fundadoras de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya, quien estuvo viviendo en París y en Londres, donde entró en contacto con los círculos feministas locales y colaboró desde la capital francesa en las campañas de 1979 a favor de las mujeres acusadas de aborto[197]. La guipuzcoana residente en Vitoria Miren Ormazabal realizó en 1976, poco después de los sucesos del 3 de marzo, un viaje en compañía de su pareja por varias ciudades de Suiza y Alemania. Ambos se dedicaron a dar una serie de charlas explicando su versión de lo que había sucedido en la capital alavesa ante una audiencia formada principalmente por emigrantes españoles cercanos a los partidos de la oposición antifranquista. Durante esa experiencia en el extranjero Miren Ormazabal entró en contacto con mujeres emigrantes que ya conocían el feminismo y que, mediante textos y charlas, la acercaron a una cuestión que le resultó pertinente colaborar para aplicar en el País Vasco. También es interesante la vivencia de la donostiarra Inmaculada Zuzuarregui, quien fuera después presidenta de la Asociación Democrática de la Mujer guipuzcoana y activista de la Asamblea de Mujeres de Donostia, en el terreno de la ginecología y la planificación familiar. Zuzuarregui realizó en Francia un curso de especialización en esos temas. La experiencia adquirida pudo luego volcarla en la práctica al volver a su Gipuzkoa natal, en la puesta en marcha de los primeros centros de planificación familiar de la provincia[198].

Dada la pluralidad de casos que vamos viendo no existe un perfil unívoco del viajero y activista social, que algunas veces formaba parte de un partido y otras no, y que no tenía siempre como destino el mismo país concreto que pudiera servir como referente indiscutible. Ahora bien, el elemento fronterizo con Francia fue importante, y no sólo en estos inicios. Posteriormente, dicha cercanía también facilitó que acudieran grupos de mujeres españolas para abortar en las clínicas del sur del país[199], los viajes de los homosexuales a los bares y zonas de ambiente de Biarritz[200] o la llegada de información sobre el movimiento antinuclear francés[201].

Las estancias en el extranjero se planteaban como oportunidades de enriquecimiento personal o de desarrollo de la carrera académica. Otras veces también eran una ocasión para profundizar en el proceso de aprendizaje para el compromiso sociopolítico en diferentes terrenos. La serie de trayectorias personales concretas que acabamos de repasar son representativas de esa interconexión respecto a lo que estaba sucediendo en el extranjero y dejan cla-

---

197 Entrevista con Begoña Mendia; Bilbao, 14-10-2008.

198 Entrevista con Inmaculada Zuzuarregui; San Sebastián, 1-12-2008, y con Miren Ormazabal; Vitoria, 26-11-2008.

199 Entrevista con Juana Aranguren; San Sebastián, 27-10-2008.

200 Entrevista con Juan Quiroga; San Sebastián, 19-12-2008.

201 Por ejemplo en torno a conflictos como el producido en Peyrehorade, localidad aquitana cercana al País Vasco francés donde se proyectó una central nuclear que nunca llegó a entrar en funcionamiento. Una de las noticias sobre las primeras manifestaciones de rechazo al citado proyecto en *Egin*, 2-05-1979.

ras algunas de las influencias que se recibieron desde el exterior a la hora de poner en marcha nuevos movimientos sociales en el País Vasco. La mayor parte de los nombres y de las experiencias que se han mencionado son de personas con poco protagonismo público. Ese anonimato no está reñido con la relevancia de sus trayectorias de cara a subrayar las transferencias de influencias, que no siempre quedaron de la mano de los líderes políticos.

Los viajes fueron importantes como elemento de aprendizaje y de transmisión de información. Pero su realización no estaba al alcance de todas las personas. Hubo acontecimientos de hondo calado internacional y con un gran potencial de cambio social y cultural (los rescoldos de mayo del 68, con su carga de rebeldía juvenil anti-autoritaria, el descubrimiento y la difusión de la píldora anticonceptiva) que se difundieron a partir de otros canales. La información podía fluir a través de las retransmisiones de la televisión francesa, los textos de revistas como *Triunfo* o *Cuadernos para el Diálogo*, etc.

Las conexiones establecidas con el exterior no sólo fueron importantes desde el extranjero hacia el País Vasco. Por ejemplo, el caso de Cataluña también es relevante, ya que allí se abrieron varios caminos para la nueva movilización social desde el tardofranquismo y los primeros pasos de la Transición. Diversas iniciativas de tipo político-reivindicativo surgidas particularmente en Barcelona se convirtieron en referentes para las organizaciones de los movimientos sociales que fueron apareciendo en esos años en toda España.

El escritor Guy Hocquenghem hablaba por aquel entonces, en las páginas de *El Viejo Topo*, de «Barcelona la loca y sus liberadores homosexuales»[202]. Barcelona había sido durante el franquismo un lugar de exilio por motivo de orientación sexual para homosexuales procedentes del País Vasco y de otras partes de España[203]. A la temprana existencia de locales y zonas de ambiente homosexual (bares, espacios para el cancaneo), vino a añadirse, desde principios de los setenta, la primera organización (el Movimiento Español de Liberación Homosexual, MELH) y, ya durante la Transición, la celebración del primer mitin y la primera manifestación en conmemoración del Día Internacional del Orgullo Gay, así como la primera huelga de bares de ambiente homosexual[204]. La manifestación y el mitin fueron convocados por el *Front d'Alliberament Gai de Catalunya*, FAGC, en junio y diciembre de 1977 respectivamente[205].

El FAGC pronto se convirtió en un referente para otras organizaciones gays por su capacidad de penetración social y de influencia política. Las conexiones entre grupos se agilizaron desde el momento en que se puso en marcha la Coordinadora de Frentes de Liberación Homosexual del Estado Español (COFLHEE), en la que también estaba EHGAM, la primera organi-

---

202 *El Viejo Topo*, mayo de 1977.
203 Entrevista con Jokin Armendariz en Fluvià, 2003: 72.
204 Petit, 2004a: 70 y 71.
205 *El País*, 28-06-1977 y 4-12-1977 respectivamente.

zación creada a favor de la «liberación gay en Euskal Herria»[206]. Algunos de sus militantes iniciales, como Felipe Florio, habían estado presentes en esa primera manifestación por las Ramblas de Barcelona en junio de 1977[207]. El acto había terminado con duras cargas de la policía, pero supuso una pionera e importante salida del armario colectiva.

En 1975 se creó en Barcelona una pionera Asociación de Planificación Familiar, que abrió varias oficinas por barrios de la ciudad[208]. También en fechas tempranas (julio del 77) nació *LaSal*, bar llevado únicamente por mujeres y dirigido a un público mayoritariamente feminista. Poco después aparecería el bar *Lamiak* en Bilbao, guiado bajo unos principios similares por varias mujeres que habían conocido la experiencia de *LaSal* de primera mano[209].

La eclosión del movimiento feminista en Cataluña no se produjo hasta mayo de 1976, cuando varios miles de mujeres pertenecientes a varias decenas de grupos diferentes se reunieron en las primeras *Jornades Catalanes de la Dona*[210]. Allí acudieron activistas feministas procedentes del País Vasco, quienes aprovecharon la experiencia para tomar nota y, meses después, comenzar a organizar las Primeras Jornadas de la Mujer de Euskadi[211]. También en Barcelona surgió la primera librería feminista de España en la primavera del 77, la *Llibreria de les Dones*[212]. En 1976 nació en Barcelona, como una escisión del Colectivo Feminista de dicha ciudad, la organización Lucha Antipatriarcal de Mujeres Autónomas Revolucionarias. Este grupo sirvió de inspiración para la creación de la corriente Lucha Antipatriarcal de Mujeres Bizkaínas Radicales Organizadas Autónomamente, LAMBROA, dentro de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya.

En Cataluña, a mediados de la década de los setenta hubo contestación ante sendos proyectos de centrales nucleares en Ascó y l'Ametlla de Mar, con una manifestación de más de mil vecinos en este último lugar ya en 1974[213].

---

[206] EHGAM: *Euskal Herriko Gay Askapen Mugimendua* (Movimiento de Liberación Gay de Euskal Herria).

[207] Entrevista con Felipe Florio; Bilbao, 12-01-2009.

[208] Augustin, 2003: 86.

[209] Sobre *LaSal*, Nash, 2007: 229-232; sobre la absorción de la experiencia y su mimesis en el País Vasco, entrevista con Lide Zabala; Bilbao, 25-11-2008.

[210] Nash, 2007: 89 y 105-111.

[211] También alguna prensa editada en el País Vasco, como *Punto y Hora*, 16-06-1976, recogió noticias sobre dichas Jornadas.

[212] Nash, 2007: 238-43. Propaganda de la librería en *Dones en Lluita*, 3 (1978); y una noticia sobre la misma en la revista publicada en Euskadi *Ere*, 15-11-1979.

[213] En García, Reixac y Vilanova, 1979: 64. Asimismo, Cataluña fue el primer lugar de toda España donde se auto-organizaron servicios sociales sustitutorios del servicio militar por parte de los objetores de conciencia, en *Diario 16*, 2-04-1977; luego también se organizaron en Bilbao, *Bicicleta*, diciembre de 1977. Como indica Pedro Oliver, 2009: 235 y 236, «de esta manera, además de desafiar al Estado para que procediera legalmente contra ellos (…) los objetores hacían patente su compromiso con la defensa de valores colectivos como la paz y la solidaridad, la democracia y la participación».

Sin embargo, en el caso del movimiento de oposición a las centrales nucleares la transferencia de influencias no fue tan importante como en los otros dos casos aquí a estudio, puesto que en el País Vasco ya surgieron protestas contra la central nuclear proyectada en Deba desde la primera mitad de la década de 1970.

Muchas de las iniciativas arriba citadas llegaron de alguna manera al País Vasco, bien a través del efecto multiplicador de la prensa, que frecuentemente las recogió[214], bien a través de la presencia directa de vascos en Cataluña. Las influencias se acentuaban porque Cataluña estaba próxima. Barcelona era, junto con el País Vasco y Madrid, una de las zonas más industrializadas y combativas desde el tardofranquismo[215]. Eso era palpable en el número de huelgas, pero también en la politización de aspectos de la vida cotidiana como las fiestas de pueblos y barrios, mientras otras regiones permanecían más apáticas[216]. En los casos concretos de Cataluña y País Vasco la existencia de conflictos nacionalistas también sirvió para influir y avivar a diferentes organizaciones de los movimientos gay, feminista y antinuclear, así como para impregnar parte de la teoría de partidos políticos de izquierda[217].

Pos supuesto, las influencias llegadas desde Barcelona o, como hemos visto antes, desde el extranjero, no fueron las únicas de las que se alimentaron las personas que pusieron en marcha los nuevos movimientos sociales en el País Vasco de la Transición. Fue en Madrid, por ejemplo, donde a finales de 1975, apenas una semana después de morir Franco, se celebraron las Primeras Jornadas por la Liberación de la Mujer. Fue un acontecimiento que reunió a varios centenares de mujeres[218], que pasó a la agenda informativa y que contribuyó a ir formando un consenso crítico propiciatorio para la posterior materialización de la acción colectiva en clave feminista en diferentes provincias de España[219]. Asimismo, en Madrid se editaban revistas fundamentales para comprender la oposición intelectual de izquierdas durante el tardofranquismo, como *Triunfo* y *Cuadernos para el Diálogo*. En ellas fueron apareciendo artículos pioneros sobre los nuevos movimientos sociales de los años setenta[220].

---

[214] Con revistas como *Ajoblanco*, publicada desde 1974 en Barcelona, que pronto se hizo eco de asuntos como el ecologismo o el feminismo. Ejemplos tempranos en *Ajoblanco*, 1-5-1975, donde se informaba de que Marta Català, hasta entonces actriz de Els Joglars, había creado el grupo de teatro feminista *Only Women*, y en *Ajoblanco*, 1-2-1976, donde se hacían eco de que el feminismo en ciernes suponía «una amenaza contra la virilidad».

[215] Domènech, 2002b: 129; Pérez Ledesma, 2006: 129.

[216] Molinero e Ysàs, 1998: 153.

[217] Para el caso del PSUC, Solé Tura, 1986: 125 y 137.

[218] Sender, 2006: 78.

[219] Al hilo de dichas Jornadas en *Blanco y Negro*, diciembre de 1975, se titulaba: «La mujer inicia en nuestro país un gran movimiento de liberación».

[220] Por poner un ejemplo relacionado con el movimiento antinuclear, tenemos los artículos de Santiago Vilanova en *Cuadernos para el Diálogo*, 12-6-1975; y de Pedro Costa Morata: «Centrales nucleares, fundamentos jurídicos de la oposición», en *Triunfo*, 12-7-1975. En

El nuevo ciclo de protestas que se inició a partir de los años sesenta del siglo XX estuvo crecientemente interconectado a escala internacional. Así lo atestigua el hecho de que, en el marco de una crisis cultural de amplio calado y repercusiones no sólo para las minorías, sino para el conjunto de la sociedad, proliferasen por toda la geografía occidental movimientos sociales con programas, referentes y formas de acción colectiva próximas[221]. Con todo esto no quiere decirse que la recepción de influencias exógenas fuese tan importante como para llegar a condicionar los repertorios de protesta y los mismos contenidos de los lemas de las manifestaciones o los principios de las organizaciones en el País Vasco. Las influencias procedentes del exterior son uno de los elementos a tener en cuenta, tanto por esa mayor cercanía con lo que sucedía fuera a la que de manera general he hecho mención como por la llegada concreta de ciertas referencias previamente desconocidas en el País Vasco, como podía ser la llamada al orgullo gay.

En conclusión, no basta con sostener de una manera genérica que hubo ciertos elementos estructurales que contribuyeron de una manera determinante a la formación y la difusión de los movimientos sociales. Es preciso, además, seguir la pista a casos concretos que ilustren de qué manera, gracias a quiénes, cuándo y cómo impactaron esos factores globales sobre el terreno. De ahí que no me haya quedado en la descripción de las facilidades para viajar e intercambiar información que podían existir durante los años setenta, sino que haya mostrado algunos viajes y estancias que resultaron significativas dentro del complejo proceso de formación de un diagnóstico crítico para con ciertas demandas. Del mismo modo, no era suficiente con detallar algunos de los avances científicos importantes para el proceso de cambio social, sino que había que exponer ejemplos que dieran fe de la llegada, a España y particularmente al País Vasco en este caso, de dichos avances.

Ni las transferencias de influencias ni la publicación de una literatura militante se acabaron con estas referencias que acabo de dar ni en las fechas de las que estoy hablando (entre 1975 y 1976). Durante los siguientes años se editó un abundante caudal de letra impresa sobre los temas que aquí interesan y se continuaron recibiendo múltiples informaciones útiles para la acción colectiva procedentes de fuera del País Vasco. Pero, dejando a un lado tales cuestiones, que de momento escapan al hilo cronológico, conviene ahora pasar a la descripción y el análisis de los primeros pasos en la agrupación de las personas en redes sociales sumergidas, parte de las cuales pasarían a conformar, posteriormente, esos movimientos sociales y las organizaciones adscritas a ellos. Antes de nada retomemos el hilo del proceso político en la etapa del Gobierno postfranquista de Arias Navarro, tras noviembre de 1975.

---

el mismo número de esta última revista aparecía otro artículo, esta vez sin firma, bajo el título: «España y la energía nuclear. Un pacto con el diablo».

[221] Marwick, 1998; Tilly y Wood, 2009: XI.

La contienda política en el País Vasco de 1976

Entre la muerte de Franco y la dimisión de Arias Navarro como presidente del Gobierno se desarrolló una etapa durante la que no puede hablarse con propiedad de una transición a la democracia. El de Arias ha sido justamente denominado el Gobierno del «franquismo sin Franco»[222]. Movilizarse en estas fechas implicaba un coste excepcional. Era una disensión no exenta de riesgos y sacrificios. En los casos de enfrentamiento directo con el régimen dictatorial las consecuencias podían ir desde multas por participación en manifestaciones hasta sanciones laborales, despidos, exilio, detención, cárcel y torturas, lo que sin embargo se asumía por parte de una minoría política y socialmente comprometida que salía a la calle o comenzaba a agruparse en diversas organizaciones.

Desde el punto de vista de la conflictividad social las perspectivas que se les ofrecían a las autoridades de la dictadura para el año que entraba no eran nada halagüeñas. Franco estaba muerto y había una gran cantidad de convenios colectivos pendientes de negociación, lo que podía desatar la caja de los truenos. Efectivamente, la conflictividad, especialmente la obrera, se multiplicó en los primeros meses de 1976, a pesar de que inmediatamente tras la desaparición de Franco el régimen continuó igual de cerrado que en vida del dictador.

La presión callejera a favor de la democratización fue determinante a la hora de marcar el ritmo del proceso político. Aquella fue tan importante como otros factores que se han aducido, caso de las reuniones de las elites políticas, que no se celebraran de una manera ajena al rumor de las protestas colectivas que se sucedían[223]. Los sucesos del 3 de marzo del 76 en Vitoria contribuyeron a la unión de la oposición antifranquista en Coordinación Democrática (la popularmente conocida como «Platajunta») y fueron uno de los factores que coadyuvaron a la caída del gabinete de Arias Navarro en junio del mismo año[224].

Desde finales de 1975 venía desarrollándose en Vitoria un movimiento asambleario en el que se entremezclaban reclamaciones de tipo laboral y exigencias políticas tales como mejoras salariales, readmisión de los despedidos y libertades fundamentales. Dicho movimiento, protagonizado por una clase

---

[222] Así lo califica, incluso, alguno de los ministros que formaron parte de él, como el de Asuntos Exteriores, José M.ª de Areilza (en Areilza, 1977: 153). Más en Sabio y Sartorius, 2007: 709 y 721.

[223] Sastre, 1997a y 1997b. Sastre defiende concretamente la tesis de que «el proceso de redemocratización español se sustenta en un pacto entre élites que gozaron de un amplio margen para la negociación, gracias a la existencia de una sociedad políticamente desmovilizada» (Sastre, 1997a: 13). Resultan más ponderadas visiones como la de González Madrid y Martín García, 2008: 149, para quienes «la presión en las calles y el acuerdo entre elites no fueron integrantes excluyentes del cambio político sino factores complementarios».

[224] Carnicero Herreros, 2009: 145; Rivera y Ugarte Tellería, 2003: 500.

obrera predominantemente joven, inmigrante y sin experiencia huelguística, fue creciendo de fábrica en fábrica, desligado del control y la coordinación de los sindicatos, saltando de los centros laborales al espacio urbano mediante la convocatoria de varias huelgas generales y manifestaciones en el centro de Vitoria[225].

El día 3 de marzo, durante el transcurso de una multitudinaria asamblea de trabajadores en la iglesia de San Francisco, la policía empleó armas de fuego para disolver la reunión ilegal. Como resultado de las heridas de bala recibidas murieron cinco trabajadores. La violencia policial ejerció un papel disuasorio de primer orden. Pero con el fin de las protestas el régimen no se había apuntado sino una victoria pírrica. En realidad estaba contribuyendo a su propia deslegitimación entre capas sociales cada vez más amplias.

Los sucesos del 3 de marzo de 1976 en Vitoria desenmascararon el perfil represivo de un Gobierno heredero directo del franquismo. A consecuencia de sucesos como los de Vitoria y Montejurra, en mayo del mismo año (monte navarro en el cual los carlistas celebraban una romería anual, y donde militantes de una facción de extrema derecha asesinaron a dos partidarios de un carlismo de tipo socialista autogestionario ante la pasividad de la policía[226]), aumentó su desprestigio y perdió capacidad de iniciativa política. Las circunstancias a las que tuvo que hacer frente demostraron la debilidad de sus posiciones. La conflictividad social del primer semestre de 1976, «la mayor de cuantas tuvieron lugar en España desde la Guerra Civil»[227], marcó un punto de inflexión a partir del cual la democracia estuvo más cerca[228].

---

[225] Para obtener más detalles sobre el proceso la obra más reciente y rigurosa es la de Carnicero Herreros, 2009; sobre el punto concreto del espontaneísmo y la carencia de estructuras organizativas de los huelguistas, Gallego, 2008: 362 y 363; y sobre el asamblearismo y la radicalización del movimiento obrero vitoriano, de Pablo, 2008: 334. Los trabajadores realizaron continuas asambleas ilegales, reuniéndose especialmente en iglesias. Hasta 49 asambleas detectó la policía solamente en el mes de enero. Al mes siguiente las asambleas se multiplicaron y llegaron a 168, pero en marzo, tras los graves sucesos del día 3, la cantidad bajó hasta apenas alcanzar la docena (AHPA, Caja 704, Memoria de 1976).

[226] Más sobre la ultraderecha y la «connivencia policial» en Sabio y Sartorius, 2007: 390.

[227] La cita es de Redero, 2008b: 132; en la misma dirección se manifiesta Ysàs, 2007b: 18, añadiendo que esa «ola conflictiva de 1976 incorporó sectores productivos o de servicios que hasta entonces habían estado al margen de la acción colectiva obrera y alcanzó a zonas en las que la conflictividad había estado ausente desde la Guerra Civil».

[228] «Los sindicatos, en particular CCOO, consiguieron con sus movilizaciones aumentos salariales de importancia desde los últimos años del franquismo hasta 1977, y tuvieron una gran incidencia en el proceso de deterioro de la dictadura y en el bloqueo del proyecto de pseudorreforma política del Gobierno de Arias Navarro», en Redero, 2008b: 153. En la misma línea Pérez Ledesma, 1990: 242, también señala cómo «fue la oleada de huelgas del primer trimestre de 1976 la que impidió que siguiera delante la mini-reforma propiciada por el gobierno Arias Navarro y obligó al nuevo presidente del gobierno, Adolfo Suárez, a acelerar el proceso de cambio político». *Vid.,* asimismo, Sabio y Sartorius, 2007: 24, sobre la «galerna de huelgas» de los primeros meses de 1976; y Gallego, 2008: 295.

Tras la experiencia fallida del continuismo encarnado en Arias Navarro, el primer Gobierno de Adolfo Suárez, el segundo de la Monarquía, no fue tampoco elegido en las urnas, continuando la represión y la prohibición de muchas manifestaciones. Pero durante su ejercicio se abrió la veda de las primeras reformas de cierto calado. En pocos meses se sucedieron reuniones con los dirigentes de la oposición antifranquista, una ley de amnistía (julio del 76), la redacción de la Ley para la Reforma Política (LRP) y la convocatoria de las primeras elecciones generales libres. Ante estas últimas, en el País Vasco se fueron configurando las fuerzas antisistema que decidieron no presentarse y renegar radicalmente del proceso (LAIA y HASI[229], dos de los partidos que en 1978 pasaron a formar parte de la coalición *Herri Batasuna*, HB, Unidad Popular).

El recurso al referéndum se utilizó en diciembre de 1976 con la consulta sobre la LRP. Lo que esto consagró fue el inicio de una reforma política que, aunque la superase ampliamente, estaba apoyada sobre la legalidad anterior y dominada en un principio todavía por la ausencia de libertades. Por ello, desde un sector importante de la oposición antifranquista se vio como otro referéndum más del franquismo, sin las mínimas garantías exigibles de higiene democrática y control. Aunque la final aceptación popular de la Ley para la Reforma Política se utilice como muestra de la debilidad de la oposición y de la moderación de los españoles, decir esto, sin más, no ayuda a trazar un cuadro completo[230]. La oposición antifranquista entonces era todavía clandestina o semiclandestina y, como mucho, en algunos casos estaba tolerada[231]. La policía retiraba la propaganda que se mostraba en sentido contrario a lo que se debía votar. Las detenciones de militantes antifranquistas continuaban. Las manifestaciones y los actos contrarios a la LRP eran prohibidos o reprimidos[232]. Esta ley sancionó el camino emprendido de reforma institucional y fue, finalmente, aceptada por la oposición antifranquista moderada[233], pero el referéndum que sirvió para su aprobación se desarrolló sin libertades (de expresión, reunión, manifestación), por mucho que pudiera votar todo aquel que quisiera. Claro que, situándolo en un término medio, los sectores más reaccionarios del régimen, agrupados en el denominado «Búnker» ultrafranquista,

---

[229] HASI: *Herriko Alderdi Sozialista Iraultzailea* (Partido Socialista Revolucionario del Pueblo), fundado en 1977 a partir, fundamentalmente, de EHAS más independientes.

[230] Cabe matizar que en el País Vasco la aprobación de la Ley para la Reforma Política no alcanzó la media del resto de España. En Bizkaia las abstenciones (preconizadas por toda la oposición) rozaron el 50% del censo, mientras que en Gipuzkoa rebasaron esa cifra. Los resultados en de Pablo y Mees, 2005: 366. Gallego, 2008: 460, añade que ahí perdió el Gobierno la iniciativa política en el País Vasco «para no recuperarla».

[231] Precisamente el primer mitin público del PNV, según señalan de Pablo y Mees, 2005: 367, tuvo lugar en diciembre de 1976 en San Sebastián.

[232] AGCV, partes policiales diarios, 2-12-1976 al 13-12-1976.

[233] Gallego, 2008: 528.

se mostraron contrarios al referéndum por considerar que eliminaba la obra de Franco[234].

Durante ese mes de diciembre de 1976 se celebraron asambleas estudiantiles y de obreros para debatir el tema del referéndum y crear un ambiente abstencionista. Proliferó la propaganda firmada por la sopa de siglas usual: la *Koordinadora Abertzale Sozialista* (KAS, Coordinadora Patriota Socialista), ETAm y ETApm, ORT, PCE(r), LCR-ETA VI, PTE, *Euskal Sozialista Biltzarrea* (ESB, Convergencia Socialista Vasca, un nuevo partido nacionalista vasco radical fundado en junio de ese mismo año), MCE, PCE, Acción Nacionalista Vasca (ANV), CNT, la Organización Comunista de España-Bandera Roja (OCE-BR), etc. Las feministas de la recién formada Asamblea de Mujeres de Vizcaya realizaron uno de sus primeros posicionamientos públicos a favor de la abstención ante dicha consulta[235].

Este listado no pretende ser exhaustivo, sino ilustrar, por un lado, el grado de división existente en el antifranquismo y, por otra parte, ayudar a comprender hasta qué punto las redes sociales densas de la oposición a la dictadura pudieron ser importantes en el País Vasco a la hora de contribuir al éxito de la abstención a la que aquella llamaba, abstención que resultó mayoritaria y porcentualmente superior al resto de España. Esto es revelador de que la vía de la reforma política promovida por Suárez no fue suficientemente aprobada por la población en el País Vasco.

A la mencionada ausencia de libertades se añadió el empleo de una represión selectiva por parte de la policía. Represión que recayó no tanto sobre partidos cada vez más tolerados, como el PSOE, cuyo líder, Felipe González, fue autorizado para hablar en público en Eibar y en Bilbao ya en febrero de 1976, cuanto sobre sectores de ultraizquierda y *abertzales* radicales. En el País Vasco las reclamaciones de amnistía y autogobierno centralizaron, aunque no monopolizaron, las reivindicaciones callejeras en el arranque de la Transición[236]. Los movimientos sociales que conforman el objeto de estudio central de este libro venían gestándose en esas mismas fechas, en este caldo de cultivo de múltiples protestas, aunque todavía no habían realizado sus primeras salidas a la calle.

---

[234] Dorado y Varela, 1989: 259; Sabio y Sartorius, 2007: 384 y 389.

[235] Centro de Documentación y Estudios de la Mujer (en adelante, CDEM), cajas AMV, panfleto: «Frente al referéndum, boicot activo», diciembre de 1976, donde se proclama: «No queremos que a las mujeres se nos vuelva a utilizar. La ABSTENCIÓN, pensamos, es la postura más correcta. No queremos saber nada de una consulta hecha y dirigida por los que hasta ahora nos han tenido relegadas y olvidadas». Mayúsculas en el original.

[236] Aguilar, 1997: 349-351; Chueca, 1999: 42 y 43; Ysàs, 2000: 20 y 27.

Contextos de micromovilización

La principal pregunta a abordar aquí sería: ¿cómo se produce la atribución colectiva de significados que contribuyen a la movilización?[237] Para ayudar a comprender las transacciones de lo individual a lo colectivo Doug McAdam elaboró el concepto de contextos de micromovilización, que hace referencia a «cualquier pequeño grupo en el que los procesos de atribución colectiva son combinados con formas rudimentarias de organización para producir movilización para la acción colectiva»[238]. Dichos contextos comprenderían prácticas sociales ligadas, en ocasiones, al devenir de la vida cotidiana[239]: tanto redes informales de amistad como organizaciones que fueron, frecuentemente, de pequeño tamaño. Estas últimas resultaron pioneras y abrieron nuevas vías de protesta por las cuales transitarían después otras organizaciones mayores. Esas micro-organizaciones se presentaron bien como asociaciones de estudiosos expertos, con lo cual adquirieron cierta tolerancia (caso de AEPDEN), bien como minúsculas células semiclandestinas (como el Comité de Homosexuales Navarros en Pamplona[240]).

Todo ello iba configurando entramados asociativos difíciles de controlar para el Estado franquista, en los que se formaron diagnósticos críticos compartidos. Ello, primero, conllevaba agruparse para compartir y evidenciar el descontento y, en un segundo momento, salir a la calle[241]. Ya durante el franquismo se fue produciendo la formación de dichos consensos críticos a partir, entre otras cosas, de la existencia y detección de discriminaciones legales y/o sociales sobre un colectivo determinado (los gays o las mujeres), o de la percepción de agravios sobre comunidades afectadas por decisiones tomadas como arbitrarias (los contrarios a las centrales nucleares).

La subcultura homosexual urbana

Durante la dictadura, y también durante una parte de la Transición, todo aquello que estuviese relacionado con la homosexualidad no formaba parte

---

[237] La pregunta en Tarrow, 1992b: 175.

[238] McAdam, 1988: 134 y 135.

[239] Esos contextos de micromovilización son los que sirven para agrupar y para dotar de hilo conductor, dentro de una trama conceptualizada, a los materiales que se presentan bajo este epígrafe. En España autores como Monferrer, 2003b (para tratar el caso del movimiento gay); Ortiz Heras, Castellanos López y Martín García, 2007; o Martín García, 2008 (para la protesta antifranquista en Castilla-La Mancha y la provincia de Albacete, respectivamente), han aplicado el concepto en sus trabajos.

[240] Entrevista con Javier Cenoz; Pamplona, 25-10-2006.

[241] «Formación del consenso» se define como la convergencia de significados que se produce en las redes sociales. «Movilización para la protesta» se refiere a «la activación de los participantes en la acción colectiva, y por lo tanto a la legitimación de sus metas y medios de acción», en Klandermans, 1988: 191; y Klandermans, 1994: 188 respectivamente.

de las preocupaciones de orden público de la policía, sino del capítulo de la delincuencia común[242].

El movimiento gay tuvo, en la España del tardofranquismo, una base subcultural. En su trabajo sobre la emergencia de nuevas formas de sociabilidad para las lesbianas en el Londres posterior a la Segunda Guerra Mundial, Rebecca Jennings se vale de una definición que puede ser válida para aplicar a nuestro caso. Las características de una subcultura serían la consolidación de redes de comunicación entre sus integrantes, el empleo de un vocabulario particular, la auto-identificación de sus miembros y el impulso de un reconocimiento mutuo a partir de la percepción del ostracismo social del que serían víctimas por el hecho de ser, en algún punto, diferentes[243].

El racista, el xenófobo o el misógino reconocen a simple vista al objeto de sus menosprecios (los negros, los *moros*, las mujeres). Pero la homosexualidad no es un rasgo visible ni para el conjunto de la sociedad ni para otros homosexuales[244]. Esto implica dos cosas. Una, que dado el ambiente de persecución penal y la homofobia imperante en la sociedad (la sospecha de que una persona tenía tendencias homosexuales podía servir para hundir su reputación), las personas homosexuales, ocultas en prácticamente todos sus ámbitos de sociabilidad, eran voluntaria e involuntariamente constante objeto de desprecio a través de chistes, comentarios o insultos que los humillaban. Dos, que los propios homosexuales, para reconocerse y compartir espacios y experiencias, se fueron dotando de unos códigos compartidos no escritos, desconocidos para los no *entendidos*. La pregunta «¿tú entiendes?» servía para inquirir, en determinadas circunstancias, sobre la orientación sexual del interpelado. Y fueron articulando, mediante el recurso a emplear para sí mismos locales y áreas de las ciudades, unas redes y unas prácticas sociales informales y autónomas, ajenas a los ojos de quienes los ridiculizaban, que tuvieron una expresión principalmente urbana[245].

De ahí la importancia de la gestualidad, en buena medida subterránea en tiempos de persecución, a la hora de compartir unas señas de identidad. Los fulares de colores, la pluma, los anillos y pendientes, las miradas cruzadas… Todo esto integró esas redes que, en el caso del País Vasco, se ubicaron especialmente en Bilbao y San Sebastián, en ciertos bares, cafés, teatros, uri-

---

[242] AGCV, Memoria de 1968: entre las actividades del departamento de orden público hay una noticia con la detención de 6 «invertidos». AGCV, Memoria de 1971 de la Jefatura Superior de Policía: detienen a 2 «invertidos». Tengo algunos datos posteriores, de 1974 y 1975, procedentes del Centro de Documentación «Evelyn Hooker» de Madrid. En la capital de España, en aplicación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, 64 homosexuales fueron detenidos en 1974 y 88 en 1975.

[243] Jennings, 2006: 207, quien toma prestada la mencionada definición de un trabajo previo de Rictor Norton.

[244] Borrillo, 2001; Herrero Brasas, 1993: 22 y 23.

[245] Cardín, 1987: 3; Vázquez García, 2001; y sobre la subcultura homosexual neoyorquina hasta los años cuarenta del siglo XX, Chauncey, 1995.

narios públicos, calles y cines, pero también en localidades de tamaño medio como Irún o Rentería[246]. Como escribe el sociólogo Alfonso Pérez-Agote para retratar en sus rasgos generales este fenómeno: «el homosexual tratará (…) de encontrar un entorno homosexual no solamente para saciar sus apetitos sino para poder construir y vivir en un medio en el que el apetito homosexual tenga sentido y este sentido pueda estar dado por supuesto y, por tanto, cotidianamente verificado»[247].

La localización de estos lugares no era algo fácilmente reconocible ni siquiera para los propios homosexuales, lo que agravaba la situación de aislamiento de muchos de ellos. Aislamiento que era más intenso entre los homosexuales de las zonas rurales[248]. Las lesbianas permanecían ajenas a estos lugares y locales. La fórmula que mejor caracteriza la situación del lesbianismo bajo la dictadura es la de ser algo prácticamente invisible y desconocido[249]. La Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social se aplicaba casi exclusivamente a los homosexuales masculinos[250]. Ahora bien, según Arturo Arnalte, lo que supuso la cárcel para los hombres fue el hospital psiquiátrico para muchas lesbianas[251].

Ya durante la dictadura, con la idea de poner en común experiencias en un ambiente de complicidad interpersonal, grupos de amigos homosexuales se reunieron para hablar sobre lo que entonces consideraban «su problemática»[252]. Con ello se daban pasos para superar la fragmentación inicial, para pasar del aislamiento y de la consideración de los problemas relacionados con la sexualidad como asuntos meramente personales a la articulación de un primario diagnóstico compartido de la situación. Así, los problemas cotidianos que habían de afrontar ya no serían padecidos exclusivamente por una persona sino por el grupo. Pero es preciso recordar que hasta los años de la Transición no se puso en marcha ninguna organización del movimiento gay y ni siquiera tal palabra era conocida. Al igual que la clase obrera no generó al movimiento obrero, sino que «la clase obrera es

---

246 Para más datos concretos, *vid*. López Romo, 2008a: 63-66, 76, 90, 91 y 99-102.

247 Pérez-Agote, 2008: 11.

248 De hecho, uno de los primeros actos convocados por una organización del movimiento gay en el País Vasco (concretamente por la Juventud Gay de Euskadi) fueron unas «Jornadas pro toma de conciencia sobre la situación por la que atraviesa el homófilo en la sociedad». Las jornadas se celebraron en la localidad vizcaína de Markina con asistencia de un público mayoritariamente procedente de zonas rurales, según la noticia publicada en *Egin*, 13-11-1977. Paliar el aislamiento de los homosexuales era uno de los objetivos de las jornadas.

249 El mismo juez que redactó el borrador de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, Antonio Sabater, se quejaba de que no existiera «ningún estudio epidemiológico básico» sobre el lesbianismo, en Sabater, 1972: 135.

250 Únicamente una mujer aparece «encarcelada por su condición de homosexual peligrosa durante los años en que estuvo vigente la Ley de Peligrosidad Social», en Arnalte, 2003: 209.

251 En Arnalte, 2004: 101.

252 *Gay Hotsa*, 11 (1982).

una construcción identitaria del movimiento obrero»[253], estos grupos de amigos no conformaban ningún tipo de comunidad gay ni LGBT *avant la lettre*. Tales términos eran completamente ajenos a la época.

Se mire bajo el prisma que se mire, a la altura de 1975 no existía una comunidad gay porque tal término no estaba en el vocabulario, en las formas de representación social, ni de momento, entre las aspiraciones de aquellos sujetos considerados, a efectos legales, peligrosos sociales. Afirmar lo contrario sería incurrir en un anacronismo. A esas alturas a los homosexuales se les agrupaba bajo una serie de etiquetas denigratorias como sarasas, violetas, maricas, marichicos o maricones. A falta de otro léxico, de tal forma era también como muchas veces los homosexuales se llamaban a sí mismos, mediante una reutilización, ahora en positivo, de términos con una fuerte connotación peyorativa[254]. Así pues, la mirada tendida sobre ellos por el «otro» fue uno de los factores que contribuyó a la auto-identificación de los homosexuales.

El mismo término homosexual es un neologismo creado en el siglo XIX y que fue empleado, en ocasiones, para medicalizar las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo[255]. Muchas veces estas etiquetas estaban ligadas a estereotipos socialmente difundidos: la afectación afeminada (y cuanto más afeminado, más «maricón» sería uno), la genitalidad (la consideración de la penetración anal como una especie de culminación o quintaesencia de los actos homosexuales), y la división tajante entre sujetos activos y pasivos. Los dos centros abiertos durante el franquismo para «recuperar» a los «pacientes» homosexuales para la sociedad se repartían a las personas según se considerara que éstas eran sexualmente activas (destinadas a Huelva) o pasivas (a Badajoz). Uno de los problemas a los que hubieron de enfrentarse los funcionarios que los atendían fue que los internos siguieron teniendo prácticas sexuales entre ellos. Esto demuestra tanto el fracaso estrepitoso de los intentos de «rehabilitación» como la escasa consistencia de la separación establecida entre supuestamente activos y pasivos para prevenir las tentaciones de todos ellos[256].

Lo que existía durante los últimos años de la dictadura era una serie de enclaves de sociabilidad donde interactuaban personas de variada extrac-

---

[253] La cita procede de Míguez, 2009: 76, a partir de las aportaciones de E.P. Thompson, 1989 [1963] en su clásico *La formación de la clase obrera en Inglaterra*.

[254] Sobre esta práctica, en ocasiones provocadora, de reapropiación de ciertos términos (como el citado «maricón», o *nigger* en el caso de los afroamericanos), pero oponiendo reticencias a que otros que no fueran de los suyos los empleasen, *vid*. Eco, 2006: 112.

[255] La homosexualidad es una etiqueta datable, concretamente, en el siglo XIX. *Vid*., entre otros, Steakley, 1975; Lauritsen y Thorstad, 1977; Chauncey, 1995: 13; Lizarraga, 2003: 22. La «medicalización» de la misma se insertaría en una tendencia a «catalogar como patológico todo aquello que se desvía de lo que el prejuicio social considera normal y aceptable» (Herrero Brasas, 1993: 28 y 29).

[256] Arnalte, 2003.

ción sociolaboral, estado civil, procedencia geográfica y actitud hacia su sexualidad, siendo éstas, en su gran mayoría, varones. Uno de los principales objetivos era disfrutar del sexo aunque fuese durante un momento furtivo. Las diferencias entre los que frecuentaban tales lugares no eran baladíes. Estaban desde aquellos para los que tener relaciones sexuales con alguien de su mismo sexo les generaba enormes problemas de culpabilidad y vergüenza (por estar influidos por un tipo de educación católica en la que la sodomía era pecado, por llevar una doble vida mientras estaban casados y tenían hijos…) hasta aquellos que asumían plenamente, sin mayores quebraderos de cabeza, sus apetitos sexuales[257]. Pero de esa interacción también iría surgiendo, por encima de las diferencias, un cierto reconocimiento mutuo. Además, sobre todos ellos pendía la posibilidad de caer en una redada policial y que se les aplicase la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social o se les denunciase por haber cometido el delito de escándalo público[258].

El movimiento gay no surgió como consecuencia necesaria de la toma de conciencia de su opresión de los sectores más a la vanguardia de estos grupos de amigos y conocidos. Hubo una serie de factores inmediatos que ejercieron como precipitantes de la acción colectiva: la promulgación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, una visualización de mayores oportunidades para sacar a la calle las protestas tras la muerte de Franco y, efectivamente, la conexión con las redes sociales informales de homosexuales previamente existentes. Una parte de éstas se activaron para crear el movimiento gay, el cual incorporó a otros sectores sociales fundamentalmente de izquierdas y, entre ellos, también a personas heterosexuales[259]. Cuando el movimiento social se formó, se dirigió a buscar la liberación y/o la dignificación de un colectivo gay que, sin embargo, no le preexistía, sino que estaba siendo construido por dicho movimiento a través de sus discursos y en sus prácticas[260].

Mientras tanto, ¿qué refleja socialmente que los homosexuales, en muchos casos, tuviesen que llevar dobles vidas y se vieran a escondidas? Para responder no se ha hecho hincapié aquí en las causas de la homosexualidad, sino, con Daniel Borrillo, en «las razones que han llevado a considerar aberrante a esta forma de sexualidad»[261]. Ligado a esto último se ha de conside-

---

[257] Entrevista con Antonio González; Bilbao, 20-09-2007.

[258] Más detalles sobre la represión de la homosexualidad en las leyes civiles (y militares) españolas en Domingo Lorén, 1977: 25; y Terradillos, 1981: 61-69.

[259] Como señala Cruz, 1997: 17, para comprender las múltiples claves que intervienen en el inicio de la acción colectiva «no basta sólo con la existencia de redes o de definiciones. También son necesarias las oportunidades políticas».

[260] Viene al caso recordar las palabras de Casquete, 2009: 19, para quien «un grupo social no nace, sino que se construye; (…) dicha construcción es siempre un proceso social». Por ello el historiador puede (debe) datar y contextualizar dicho proceso.

[261] Borrillo, 2001: 14.

rar, especialmente, la existencia de un acendrado y extendido machismo, mediante el que no sólo se discriminaba a los homosexuales, sino que también se rebajaba a las mujeres y se las atribuía una serie de funciones sociales, en torno a la domesticidad y la maternidad, que vendrían determinadas por su sexo.

La experimentación de la subalternidad femenina

Como ya ha quedado dicho, 1975 fue nombrado por la ONU Año Internacional de la Mujer. Al hilo de esa efeméride aparecieron noticias en la prensa que llevaron a algunas personas a interesarse más por cuestiones como la subordinación de las mujeres, estableciéndose así vínculos entre los discursos mediante los que se atribuían significados a los problemas (en este caso, propiciados desde instituciones internacionales) y las experiencias concretas vividas en la España de los inicios de la Transición[262].

Entre las que fueron las primeras activistas feministas de la Transición es prácticamente un común denominador el haber detectado en su infancia y juventud la situación de subalternidad de las mujeres respecto a los hombres. Este patrón, cada vez con mayor nitidez, fue dejando de ser una estructura incorporada al acervo social de una forma inadvertida. Múltiples experiencias concretas en la vida cotidiana dan fe de esa percepción, en principio individual. Autores como Salma Leydesdorff, Luisa Passerini y Paul Thompson han subrayado la importancia del estudio de los vectores género y memoria a la hora de comprender la puesta en común de dichas experiencias y la activación, a partir de ellas, de un sentimiento de afinidad[263].

Lo que para unas pudo ser la detección de diferencias en la educación que los padres impartían a los hermanos (eximidos ellos de realizar las tareas domésticas) o el ser objeto de burlas cuando realizaban actividades presuntamente masculinas (como andar en bicicleta o jugar al fútbol), para otras pudo ser presenciar comportamientos machistas en casa, con el marido recordando a la esposa quién era el que llevaba el dinero a casa, lo que convenció a la hija, frente a la opinión de su madre, de que independencia económica y personal estaban estrechamente unidas. En otros casos esa primera concienciación de la desigualdad se produjo a raíz de la comprobación de la separación entre los sexos en los colegios, por haber recibido una educación bajo la cual se veía mal que una chica jugara con los chicos, por la imposición de hábitos que se consideraban discriminatorios, como la depilación, por haber presenciado abusos hacia las mujeres como tocamientos o miradas lascivas, por la necesidad de pedir permiso al marido para comprar un

[262] Entrevista con Begoña Gorospe; San Sebastián, 4-03-2009 y 16-03-2009. Eiroa, 1996: 538; Alberdi, Escario y López-Accoto, 1996: 215 y 216; Amorós, 1986: 47.

[263] Leydesdorff, Passerini y Thompson, 1996.

coche o por haber recibido una educación destinada a reproducir lo que se esperaba de una señorita de clase media: adquirir buenas formas y casarse, ser buena esposa y buena madre[264]. La casuística sería aquí extensísima.

Esos episodios quedarían grabados en la memoria de aquellas mujeres y, en algunos casos, se convirtieron en resortes que, llegado el momento propicio, sirvieron para dar bazas y animar la salida a la calle en forma de acción colectiva. Hay que unir la existencia de estas vivencias con la proliferación de discursos sobre la desigualdad (a través de la literatura política que se repasaba páginas atrás, de la conmemoración del citado Año Internacional de la Mujer y de las Primeras Jornadas por la Liberación de la Mujer, en Madrid), discursos que también contribuyeron a la desnaturalización de la situación de subordinación de las mujeres y a que las citadas experiencias de menosprecios y subordinaciones no se tomaran como algo normal.

Antes de existir un movimiento feminista en el País Vasco tuvieron lugar reuniones informales de mujeres, fundamentalmente en casas particulares[265]. Lo que hasta entonces habían sido experiencias vividas generalmente de manera individual adquirían ahora una significación colectiva. Por ejemplo, desde finales de 1975 se iniciaron en Bilbao, en el piso de Begoña Mendia, reuniones de mujeres tanto independientes como activistas en partidos. Las primeras charlas podían tratar sobre sexualidad, centrarse en la lectura e intercambio de textos o en la puesta en común de experiencias. Latía en las participantes, entre otras cosas, una inquietud, unas ansias insatisfechas por saber más que lo que decían los libros de texto, la recatada moral pública o los medios de comunicación, en su mayor parte bajo el control directo del régimen franquista[266]. Es un ejemplo concreto, pero hubo tantas vías de concienciación feminista como ámbitos de sociabilidad: barrios, cuadrillas, centros de estudios, etc.

El mundo del trabajo fue uno de los terrenos donde se produjo esa concienciación. Para comprender los inicios del movimiento feminista en Álava es interesante seguir los sucesos que culminaron en el 3 de marzo de 1976. Como ya se ha visto, incluso en ciudades donde tradicionalmente «no pasaba nada»[267], como Vitoria, el gobierno de Arias Navarro debió enfrentarse a situaciones que, para la policía, adquirieron visos de convertirse en insu-

---

[264] Entrevistas con Isabel Otxoa; Bilbao, 22-10-2008; y Marisa Romo; Bilbao, 12-03-2009. Entrevistas con Asun Urbieta; San Sebastián, 21-10-2008; Pilar Pérez-Fuentes; Leioa, 9-12-2008; y entrevista citada con Begoña Mendia.

[265] Nash, 2007: 32-36, también señala un proceso similar para el caso de Barcelona (algo anterior al del País Vasco, desde principios de la década de los setenta), con la creación de grupos de autoconciencia en los cuales se pasó «del despertar individual a la conciencia feminista».

[266] *El Viejo Topo*, 1-07-1977; y entrevista citada con Begoña Mendia.

[267] Tal es la expresión que habría sido empleada por José Antonio Zarzalejos, enviado gubernamental a Vitoria a principios de marzo de 1976, y que da título al libro de Carnicero Herreros, 2009: XV.

rrecciones generalizadas. Los citados sucesos, además de dar fe de la emergencia de una activa y radicalizada oposición antifranquista, fueron una cantera de activismo de la que se abastecieron otros movimientos sociales que, en los terrenos del asociacionismo vecinal (que eclosionaría en protestas contra la contaminación y por ayuntamientos democráticos) o del feminismo, conocieron un impulso desde entonces. Los sucesos en torno al 3 de marzo no fueron el resorte imprescindible para la aparición del movimiento feminista en Álava, pero sí explican mucho acerca del contexto del surgimiento del mismo.

Las propias mujeres de los trabajadores en huelga, sin verse necesariamente como feministas, venían realizando encierros, manifestaciones, piquetes, asambleas, encadenamientos, etc., en apoyo de los puestos de trabajo de sus maridos[268]. En el caso concreto de Álava, apoyaron las huelgas de finales de 1975 y comienzos de 1976 realizando actos con una fuerte carga simbólica, como llevar las bolsas de la compra vacías por el centro de la ciudad[269]. Más allá del suceso puntual, este tipo de acontecimientos significaron un proceso de aprendizaje la capacidad para salir a la calle de forma autónoma. Y si esto lo hacían en apoyo del movimiento obrero, pronto algunas se juntaron para responder a lo que consideraron su «problemática específica», pasando a formar parte de la Asamblea de Mujeres de Álava, la primera organización feminista de la provincia, que juntó tanto a universitarias (la mayoría) como a trabajadoras de fábricas, a mujeres procedentes del antifranquismo más también a independientes sin nexos con partidos ni sindicatos, y que nació en el mismo año de 1976, poco después de los citados sucesos del mes de marzo[270].

En la formación de un consenso crítico previo a la salida a la calle del movimiento feminista en el País Vasco intervinieron factores de diferente tipo, entre los que hay que mencionar la experimentación de agravios en la vida cotidiana respecto a los hombres, la percepción de ciertas leyes franquistas como un menosprecio sobre las mujeres, la absorción de textos y de experiencias movilizadoras producidas tanto en el extranjero como en otras regiones españolas (por lo que se podían identificar y comparar las experiencias, darlas significados y nombres) y la propia dinámica de la contienda política que se vivía en el País Vasco durante la crisis de la dictadura. Por lo tanto, ha habido que tener en cuenta las características de esta última a la hora de explicar los inicios de la Transición, la cual, como vemos, no se comprende sin la aparición de la movilización social en distintos terrenos, entre los que también figura la controversia nuclear.

---

[268] Acompañando sus reivindicaciones con carteles con lemas como «Mamá, ¿por qué no trabaja hoy papá?» y similares. Propaganda firmada por el MCE, recogida en AGCV, parte policial diario, 11-11-1976.

[269] Carnicero Herreros y J.A. Pérez Pérez, 2005: 282.

[270] AHPA, Caja 704, Memoria de 1976.

Aunque la cuestión de la energía nuclear explotó en toda su intensidad durante los años de la Transición, particularmente entre 1976 y 1982, las primeras protestas frente a los proyectos de centrales nucleares ya venían de antes. En el caso de Deba, como en otros episodios bajo el franquismo, un conjunto indiferenciado de individuos se convirtió en agregado social a través de la mediación de algún referente compartido. En este caso, la percepción de que la construcción de una central nuclear podía ser un elemento peligroso para la salud de las personas por el riesgo de fugas radioactivas.

La conexión entre los desencadenadores de las protestas y las audiencias potenciales (principalmente la población cercana a la localidad afectada) tuvo éxito gracias, entre otras cosas, a la familiaridad de las proclamas esgrimidas por los primeros y al prestigio de los opositores. Para éstos fue de gran ayuda que tanto la Sociedad de Ciencias Aranzadi como el informe de la firma especializada *Dames & Moore*, requerido por la Diputación de Guipúzcoa, se mostrasen contrarios a la ubicación de la central en Deba por, entre otras cosas, la alta densidad de población del entorno[271]. El informe de Aranzadi también se centraba en denunciar las consecuencias perniciosas de posibles escapes radioactivos sobre la agricultura y la pesca, lo que supondría una amenaza para la economía de la zona[272]. Buena parte de la población dio verosimilitud y plausibilidad a estas hipótesis y no a las que manejaba Iberduero, en el sentido de afirmar que la central era conveniente porque generaría empleo, produciría riqueza en el entorno y abarataría la factura de la luz[273].

En Gipuzkoa, todavía en vida del dictador, se produjo la creación de varios grupos opositores a la central nuclear. El propio Ayuntamiento de Deba, presionado desde abajo, publicó en 1974 un *Informe sobre la proyectada central nuclear* donde daba cuenta de que se desmarcaba de la empresa[274]. Vecinos de este pueblo, como José M.ª Izaga, Patxi Aldabaldetrecu y Carmelo Urdangarin, se enfrascaron en debates en la prensa con defensores de la energía nuclear[275]. Los dos últimos, junto con el abogado José Ramón Recalde, editaron en 1975 un volumen que recogía el transcurso del conflicto en torno a la central. En él se reseñaban las adhesiones recibidas de institu-

---

[271] De esos argumentos se fue haciendo eco también la prensa, *vid*. *El País*, 29-12-1976; *El País*, 22-04-1977; Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear, 1977: 29.

[272] Argumentos en esa línea en *La Gaceta del Norte*, 1-09-1974; *Cuadernos para el Diálogo*, 12-06-1975. Según recogen Aldabaldetrecu, Recalde y Urdangarin, 1975: 96, Aranzadi publicó una tirada de 5.000 ejemplares de su informe, que se agotaron y circularon mano en mano.

[273] Entrevista citada con Carmelo Urdangarin.

[274] Ayuntamiento de Deva, 1974.

[275] *La Voz de España*, 12-09-1974; 20-09-1974 y 27-09-1974. Una entrevista con los tres citados en *Zeruko Argia*, 4-01-1976.

ciones posicionadas en contra del proyecto: desde la Diputación de Guipúzcoa hasta varios ayuntamientos de la provincia, como los de San Sebastián, Oñati, Arrasate, Mutriku, Eibar o Elgoibar, pasando por Cofradías de Pescadores del norte de España y la Permanente del Consejo Provincial de Trabajadores[276].

Mientras tanto, en la capital de la provincia se juntaba un grupo de personas, no teledirigidos por ningún partido político, entre los que estaba, entre otros, el escultor Eduardo Chillida. Él fue quien, a petición de su amigo José M.ª Izaga, inventó un logotipo que hizo fortuna y que rezaba *Ez Deba nuclear* (Deba no nuclear[277]). Esta oposición incipiente era un foco reducido de pocas personas que se reunían en locales parroquiales, contaban con pocos medios y tenían enfrente los proyectos nucleares de un monolítico régimen dictatorial. Pero precisamente esa rigidez fue, en este caso, un elemento negativo para el propio franquismo, porque la turbación, por reducida que fuera, al golpear sobre una superficie dura produjo una vibración que resonó en toda la provincia.

Esos grupos realizaron charlas a las que asistieron cientos de personas, lanzaron hojas volanderas y repartieron pegatinas con el logotipo de Chillida. Este último tuvo una notable receptividad. Cantidad de personas lo colocaron en su coche o en su ropa, con lo que se fue extendiendo la sensibilización y las simpatías anti-Deba, que entroncaron con la oposición antifranquista, particularmente en el sentido de extender los márgenes de la conciencia democrática y participativa en los asuntos públicos. El logotipo identificativo de estas protestas, con el tiempo, pasó de emplearse para denunciar el caso concreto de Deba, la primera oposición que Iberduero se encontró a sus planes en el País Vasco, a usarse para rechazar la nuclearización de toda la costa vasca[278].

A estas alturas, mientras tanto, la conflictividad social ligada a la central de Lemóniz giraba más en torno a reclamaciones laborales de los trabajadores de las contratas de la misma que a cuestiones antinucleares, las cuales no explotaron públicamente hasta meses después. Alrededor de la central de Ea-Ispaster sí que se produjeron conatos opositores desde mediados de los setenta, que tomaron la forma de recogida de firmas y adhesiones en contra del proyecto. Estas formas de protesta se iniciaron a raíz de los contactos personales entre personas amantes de la naturaleza y preocupadas ante la industrialización de la cala de Oguella[279].

---

[276] Aldabaldetrecu, Recalde y Urdangarin, 1975: 98-99.

[277] Entrevista con José Luis Izaga; Deba, 13-01-2009. Chillida fue también quien creó el símbolo de las primeras Gestoras pro-Amnistía, así como el de la Universidad del País Vasco.

[278] Entrevista con Javier Olaverri; San Sebastián, 28-11-2008; y Aldabaldetrecu, Recalde y Urdangarin, 1975: 95-100. En *La Gaceta del Norte*, 31-08-1976, se afirmaba que la pegatina de Chillida era «todo un símbolo modernista que se ha popularizado hasta límites increíbles».

[279] Entrevista citada con José Allende.

Las protestas contrarias a la instalación de las centrales nucleares en Deba y Ea-Ispaster estuvieron basadas en la defensa del espacio natural agredido y defendiendo que no se querían dotaciones de ese tipo cerca de casa. Alguno de los argumentos que se emplearon, como la protección de los recursos naturales de la comunidad, puede asimilarse con un contenido ecologista. Pero estas acciones no formaron parte de un movimiento ecologista. Sería injusto insertarlas en una etiqueta con la que no se identificaron y que ni siquiera estaba todavía fácilmente disponible en el espacio público como forma de autorreconocerse. Estas protestas estaban basadas en una posición contraria frente proyectos concretos que se percibieron como potencialmente negativos. El nombre mismo de la organización creada al efecto nos da más pistas en esta dirección: Comisión Contra el Riesgo Atómico en Deba.

Al margen de los debates que empezaban a desarrollarse en torno a los proyectos de centrales nucleares, otro de los principales problemas de tipo socio-ambiental que hubieron de afrontar las autoridades públicas desde finales de los años sesenta fue el de la polución atmosférica en las áreas industriales[280]. Una de las primeras noticias que apareció relacionada con esta cuestión hacía mención a la celebración de una manifestación de mujeres y niños en Erandio para protestar contra la contaminación en 1969[281]. Esta protesta, en principio políticamente neutral, despertó simpatías en la prensa generalista, que se hizo eco de la problemática que ponía sobre la mesa. En los siguientes años, sólo en la provincia de Bizkaia, además de la ya reseñada, se produjeron otras protestas en torno a problemas causados por los residuos de fábricas como Sefanitro de Lutxana-Barakaldo, el vertedero de Artigas o la central térmica de Santurtzi[282].

---

[280] AGCV, Memoria de 1969.

[281] *La Gaceta del Norte*, 2-07-1969. Como ejemplo de la introducción por parte de algunas organizaciones, caso de la Unión Popular de Mujeres, de una terminología marxista en este tipo de conflictos socio-ambientales, puede citarse el llamamiento «A todas las mujeres», septiembre de 1969, a unirse a la lucha contra la «irrespirable contaminación del aire». En la octavilla incluían que «nuestra lucha, afirmamos, se forja por la explotación, la miseria, la carencia de un digno futuro para nuestros hijos, los hijos de la clase obrera», en el Centro de Documentación de Historia Contemporánea del País Vasco de la Sociedad de Estudios Vascos (en adelante, CDHC), fondo Aramendi, caja 13 (varios).

[282] *Vid*. J.A. Pérez Pérez, 2001: 332, 333 y 380-382; Tello, 2000: 222; Fernández Sánchez, 1999: 85-87; Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1995: 24 y 25; Allende, 1982: 72; y Elguezábal y Gurrea, 1979: 47. Las protestas de Erandio tuvieron una importante repercusión en la prensa. La policía las desbarató mediante una actuación represiva que derivó en la muerte de dos vecinos de la localidad. Años después (en 1976) la policía también cortaría de raíz el movimiento asambleario de los trabajadores de Vitoria. La violencia, en ambos casos, ejerció un papel disuasorio y desmovilizador de primer orden. Tanto en Vitoria como en Erandio el régimen parecía que se había apuntado una victoria inmediata con el fin de las movilizaciones, pero estaba contribuyendo a su propia deslegitimación entre capas sociales cada vez más amplias.

Gracias a todo ello puede hablarse de la existencia de una serie de conflictos socio-ambientales abiertos, más que ecologistas, ya que, nuevamente, este último es un sello con el que, ni los participantes en dichas manifestaciones se identificaron, ni fueron entonces vistos así desde fuera[283]. El telón de fondo que acompañó a estas protestas, detrás de las cuales, eso sí, latía una crisis ecológica[284], podría concretarse en varios aspectos: las devastadoras consecuencias de la industrialización masiva del suelo, el incremento de la contaminación producida por las empresas, los hogares y el tráfico rodado, los problemas en el tratamiento de residuos, la destrucción generalizada del medio ambiente y los ecosistemas y la configuración de grandes connurbaciones y barrios obreros (Rekaldeberri, Altza, Zaramaga…) en la periferia de las capitales[285]. La morfología del terreno se vio sustancialmente alterada, plagada de bloques desordenados en áreas con evidentes carencias urbanísticas y de habitabilidad. A ese panorama se unieron los proyectos de instalación de tres centrales nucleares en la costa vasca[286].

Episodios como los arriba indicados terminaron politizándose y, en parte, desarrollándose como antifranquistas desde el momento en que las autoridades cerraron la posibilidad de exteriorizar libremente las protestas. La crisis ecológica se superpuso así a la crisis política[287]. Pero la contaminación no ejerció, por sí sola, el papel de factor precipitante de estas protestas, porque aquella ya existía desde años atrás. Lo importante habría sido la confluencia del fenómeno de la contaminación con la percepción de la peligrosidad de la misma y la adopción, por parte de algunos manifestantes, en el contexto del tardofranquismo, de ideologías contrarias al régimen.

Ahora bien, ni todo lo que latía detrás de estas protestas era una politización antifranquista, sino también la reclamación de mayor calidad de vida, ni estos episodios se insertaron en una línea ascendente que al final, de forma necesaria, culminó en Lemóniz, aunque sí existieron ciertas coincidencias. José M.ª Portell fue el periodista que trató una parte de estos asuntos, como los de Erandio, en el diario *La Gaceta del Norte*. Con posterioridad, él mismo se ocupó de las primeras informaciones que se publicaron en di-

---

283 Garaizar, 1987: 30, califica la de Erandio como lucha ecologista, pero teniendo en cuenta que, entre otras cosas, el término era ajeno al vocabulario de los protagonistas, probablemente nos encontramos ante un anacronismo.

284 Crisis ecológica que, dicho sea de paso, es global (Casquete, 1996b: 113), aunque pueda tener picos de mayor influencia negativa a nivel local.

285 Allende, 1990: 12; y Caro Baroja, 2003: 16 y 27, quien se refería a un territorio pequeño al borde del «geocidio».

286 Sirva todo esto para resaltar que algunas de las cuestiones que desde mediados de los setenta airearon los movimientos antinuclear y ecologista no fueron radicalmente nuevas, ya que, como indica Casquete, 1996b: 107, «ésta no era la primera vez que movimientos políticos y sociales denunciaban problemas como la contaminación, los límites naturales al desarrollo o la expoliación de los recursos naturales».

287 Petralanda, 1987: 12.

cho periódico sobre la cuestión de la energía nuclear. Sus artículos llevaron a muchas personas a informarse y cuestionarse sobre un tema desconocido[288]. Eso, antes de que Portell fuera asesinado a manos de ETAm en 1978 tras hacer de mediador entre dicha organización y el Gobierno de Suárez. Entre esas protestas socio-ambientales y las posteriores directamente antinucleares hay otras conexiones. Es el caso del protagonismo adquirido por las asociaciones de vecinos tanto en unas como en otras[289].

Las transiciones desde el papel jugado por los actores individuales a los movimientos sociales son, probablemente, menos bruscas y más dilatadas que la imagen que de ellas se ofrece en muchas investigaciones. Para evitar en la medida de lo posible dicha brusquedad, se ha tratado aquí de matizar que las definiciones de los problemas se producen, con frecuencia, en el curso de procesos de interacción social, y que, al mismo tiempo, son las personas las que toman de forma individual la decisión de participar en las acciones colectivas. Dichas interacciones pueden prolongarse a lo largo de los años y no cristalizar necesariamente en acciones colectivas[290].

La formación de las redes sociales sumergidas que participaron en los contextos de micromovilización aquí tratados es un proceso complejo. Hace falta seguir cada caso particular para determinar a partir de qué leyes se pudieron percibir situaciones de discriminación o agravio, a partir de qué otras leyes se abrieron resquicios por donde colar protestas, en caso de haberlas, qué personas ejercieron protagonismo, qué textos articularon las estrategias movilizadoras, qué símbolos representaron al colectivo y qué locales facilitaron espacios de reunión. Y hay que tener en cuenta que, muchas veces, los activistas y simpatizantes que se terminaron movilizando empezaron formando parte de grupos de reducido tamaño como los que enseguida veremos.

La formación de las primeras organizaciones

Bajo la dictadura franquista mantener prácticas homosexuales era objeto directo de discriminación social y penal. Ser mujer implicaba múltiples agravios comparativos respecto a los varones, entre los que figuraba la existencia de delitos específicos de la condición femenina. Pero aquellas mujeres que concibieron como injusta esa situación no se vieron impelidas a crear un vocabulario, unas prácticas y unas redes furtivas y ocultas. Por decirlo de una

---

[288] Como el vecino de Lemóniz Jesús Cuezva, uno de los fundadores de la Comisión de Defensa, a quien se le despertaron las inquietudes gracias a sus informaciones. Entrevista con Jesús Cuezva; Plentzia, 8-12-2008.

[289] Según M. Castells, 2008: 25, el movimiento vecinal «fue también, desde el principio, un movimiento de conservación del medio ambiente».

[290] Klandermans, 1988: 175 y 178 en especial.

vez: durante el franquismo, ser homosexual llevaba directamente a la cárcel, mientras que el sólo hecho de ser mujer, no. Es por ello que, al contrario de lo ocurrido en el caso de la consolidación de las redes sumergidas de mujeres en los umbrales del movimiento feminista, los primeros pasos en el agrupamiento y el reconocimiento mutuo de los gays se produjeron en clave subcultural. Los homosexuales eran denigrados simplemente por su orientación sexual. De ello se derivaba, en no pocas ocasiones, la necesidad de llevar una doble vida y de articular unos códigos subterráneos y particulares compartidos para poder vivir en sociedad y, al mismo tiempo, cuando era preciso, para desenvolverse al margen (o por debajo) de ella.

El hecho de que en los casos de gays y feministas, entre los motivos para la gestación de las protestas colectivas figurase el impulso por politizar lo cotidiano redundó en que los contextos de micromovilización arriba estudiados fueran procesos prolongados, mientras que la formación del movimiento antinuclear siguió una clave directamente pública. En el proceso de tránsito paulatino y no lineal del orden al desorden, de la estabilidad a la movilización social, entran, como se ha visto, conductas muy variadas. Para la cuestión homosexual, el análisis de una parte del crisol de redes subculturales urbanas existentes en la España del tardofranquismo ha sido un elemento central a considerar a la hora de comprender de dónde bebió la posterior aparición de un movimientos social gay. Una función similar ejercieron, para el caso de las mujeres y el movimiento feminista, las polifacéticas y cotidianas experiencias directas de subordinación, así como la orquestación de reuniones informales en un ambiente de complicidad femenina. Para la emergencia de protestas públicas y colectivas antinucleares la clave fue la aparición de un factor precipitante: varios proyectos de inminente construcción de centrales nucleares. Esto sirvió como palanca para la aparición de una reivindicación de rápido desarrollo, gracias a la inmediata concesión de un significado negativo a los citados proyectos[291].

La relevancia de las redes y prácticas sociales englobadas dentro del concepto de contextos de micromovilización reside antes en su dimensión cualitativa que en la cuantitativa. Las oportunidades culturales necesarias para la germinación de la movilización social en los tres campos aquí tratados estaban ya puestas sobre la mesa. Las oportunidades políticas, tras la desaparición de Franco, también iban estando más abiertas. La decisión de poner en marcha unas organizaciones explícitamente gays, feministas y antinucleares terminó por completar el cuadro necesario para la conversión de dichos agregados sociales en movimientos sociales gracias a la mediación de la acción colectiva.

La misma existencia de varios proyectos de centrales nucleares en un territorio reducido, hasta tres en la costa vasca, fue uno de los factores que

---

[291] McAdam, 1994: 47.

coadyuvó a que el malestar ligado a este tema tomara un cariz menos localista. En mayo de 1976 se fundó una nueva organización, la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear[292]. El nombre de la misma pretendía lanzar un mensaje en positivo (en defensa, no en contra de algo) y, al mismo tiempo, superar el ámbito de actuación de grupos como los formados en torno a Deba y Ea-Ispaster mediante la referencia a toda la costa vasca.

El impulso para poner en marcha la Comisión de Defensa partió de las redes sociales de la oposición a la dictadura y, en concreto, de la incipiente sociedad civil, especialmente de las legales asociaciones de familias. La Comisión de Defensa juntó a representantes de estas últimas organizaciones, procedentes de municipios como Lemóniz, Mungia, Ea, Lekeitio y del área metropolitana de Bilbao. También contó con el apoyo del Colegio de Arquitectos, así como con economistas y abogados a título individual. La Comisión de Defensa no era una organización netamente antinuclear. En su seno había personas que, nuevamente, no tenían por qué estar radicalmente en contra de la energía atómica, sino en contra de que se ubicasen reactores nucleares en el País Vasco[293].

Sus primeras actividades consistieron en dar charlas y promover el envío de escritos y recogidas de firmas (que concitaron numerosas adhesiones, entre ellas las de asociaciones de familias, cofradías de pescadores, colegios profesionales y miles de personas a título individual) a la Diputación de Vizcaya para que ésta se posicionara en contra de la central nuclear de Lemóniz[294]. La Diputación ignoró todos los recursos presentados frente a las obras de Lemóniz. Éstos alertaban acerca de la depreciación de los terrenos anexos a la central nuclear, la pérdida de renta agrícola y ganadera, de recursos piscícolas y de esparcimiento, acerca del coste psíquico en forma de incremento del temor y la inseguridad entre la población del entorno, del riesgo de sabotajes, etc.[295]

Ante el silencio con que se respondió a estas propuestas, la Comisión de Defensa convocó en la localidad vizcaína de Plentzia, cercana a Lemóniz, una primera manifestación en agosto de 1976 en contra de la nuclearización de la costa vasca. Posiblemente el motivo de la convocatoria no resultaba políticamente comprometido y la marcha fue autorizada[296]. Las cifras de asistencia que se aportaron fueron variables. Según el gobernador civil de Bizkaia hubo 15.000 personas, según los convocantes en torno a 50.000 y según

---

[292] La noticia sobre la creación de tal organización (de la que José Allende, junto con otras personas que habían participado en las protestas anti-Deba, como José Ramón Recalde, fue también uno de los dinamizadores) en *La Gaceta del Norte*, 30-05-1976.

[293] Entrevista citada con José Allende.

[294] *El País*, 5-10-1977, Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear, 1977: 52 y 53.

[295] *Punto y Hora*, 1-05-1977.

[296] Como señala Judt, 2009: 713, en nota, «en regímenes restrictivos (…) las protestas de contenido ecologista —dado su carácter supuestamente apolítico— proporcionaban un espacio seguro para la acción política y la expresión del sentimiento nacional».

la policía unas 30.000[297]. En cualquier caso, aprovechando la circunstancia de legalidad de la manifestación, algo todavía inusual, el evento se convirtió en multitudinario. Fue una ocasión propicia para que se desplegara todo un repertorio simbólico proscrito: *ikurriñas*, pancartas firmadas por la coordinadora KAS o por partidos como el PNV[298], etc. Era algo impensable bajo otras circunstancias. Y es que apenas un día antes del transcurso de esta manifestación la policía había detenido a un joven en la misma localidad de Plentzia por llevar propaganda de unas fiestas populares con los colores de la *ikurriña*[299]. En cuanto a los símbolos directamente relacionados con la cuestión de la energía nuclear que se airearon en Plentzia cabe destacar que éstos, en su mayoría, alertaban sobre la potencial peligrosidad de aquella: calaveras, cráneos de animales, peces a los que sólo les quedaban las espinas[300].

El movimiento gay, que entonces todavía era algo inexistente en el País Vasco, distaría de tener la misma capacidad de convocatoria. Hasta junio de 1977 ninguna organización gay impulsó manifestaciones en España. Durante la primera mitad de la década de los setenta los únicos grupos en defensa de los homosexuales en activo en España fueron la Agrupación Homófila por la Igualdad Social y el ya citado MELH, que sucedió a la primera en el nombre y en buena parte de los componentes. Estas organizaciones tuvieron una pequeña incidencia en los círculos de socialización de homosexuales de Barcelona y Madrid. No llegaron a implantarse en otras partes de España, aunque sí contaron con algunos contactos internacionales que facilitaban la publicación de un boletín en el extranjero[301]. Dichos grupos se crearon como respuesta directa ante la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social[302]. En 1975, en un congreso celebrado en Barcelona poco después de la muerte de Franco, el MELH se transformó en el FAGC. Ésta se convirtió pronto en la organización gay más influyente de la Transición. Las fechas clave para la vertebración organizativa del movimiento gay en buena parte de España, incluyendo el País Vasco, fueron posteriores, como veremos en el próximo capítulo, los primeros meses de 1977.

Lo que serían los comienzos de 1977 para el surgimiento del movimiento gay organizado en el País Vasco fueron los primeros meses del año anterior para el caso del feminista. Ya desde los años sesenta venían apareciendo ciertos grupos, bien legales, amparados en su condición de centros de estudio de ámbito universitario y científico como el Seminario de Estudios sobre la

---

297 AGCV, parte policial diario, 30-08-1976; *El Correo*, 31-08-1976; y *La Gaceta del Norte*, 31-08-1976.

298 Acudieron militantes del PNV con pancartas donde aparecía un juego de palabras entre las mencionadas siglas y el siguiente lema: «Paralización de las Nucleares Vascas», en *Garaia*, 9-09-1976.

299 AGCV, parte policial diario, 28-08-1976.

300 *Garaia*, 9-09-1976.

301 Fluvià, 2003.

302 Monferrer, 2003a.

Mujer de Madrid[303], bien clandestinos, como el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), impulsado desde el PCE en 1965. Esta organización se creó, entre otras cosas, para extender el protagonismo del antifranquismo a las mujeres, pero en su seno también se pasó de la oposición al régimen dictatorial a la concienciación feminista. En su seno no faltaron problemas a la hora de definir cuáles eran las ««prioridades militantes» —lucha por la democracia y lucha feminista—»[304].

Desde mediados de los setenta surgieron en España numerosas ramas de mujeres de partidos, como la Asociación Democrática de la Mujer (ADM)[305]. También se creó el Frente de Liberación de la Mujer (plural, pero con dobles militantes de izquierdas), Mujer y Socialismo (ligado al PSOE) y la Unión Libre de Mujeres (sobre todo con activistas de la ORT salidas de la ADM). La ADM nació en marzo del 76, escindiéndose sus militantes de otros grupos como el MDM o las Asambleas, con militantes especialmente del PTE y, en menor medida, de la ORT[306]. En enero de 1977 nació la Federación de Organizaciones Feministas para coordinar a las secciones de la ADM de las diferentes regiones, persiguiendo la profundización en derechos democráticos como una Ley de Divorcio y la participación en el curso político del país[307]. Dicha Federación se disolvió en octubre del 78 como anticipo de la posterior desaparición del PTE[308].

Al margen de las organizaciones de mujeres impulsadas desde los partidos políticos también se crearon por toda España otras autónomas. En el País Vasco, a partir de febrero de 1976 se formaron las primeras organizaciones del movimiento feminista de la segunda oleada. Es el caso de las Asambleas de Mujeres de Vizcaya, San Sebastián y Álava, surgidas por ese orden en la primera mitad del año. En Bilbao las mujeres que venían reuniéndose en casa de Begoña Mendia desde meses antes, junto con otras, acabaron celebrando en los locales de la iglesia del barrio de Iralabarri una asamblea en febrero del 76 que es el origen de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya. La elección de la iglesia de Iralabarri para esa primera asamblea no era casual, sino que venía dada por la facilidad para acceder a los locales. Allí venían celebrándose diferentes asambleas de obreros, estudiantes y asociaciones de familias[309]. También en San Sebastián, de forma similar y

---

303 *El País*, 17-02-1977; Seminario de Estudios Sobre la Mujer, 1986.

304 La cita en Muñoz Fernández y Ramos, 2009: 101; más en Abad, 2005; Arriero, 2005; Cabrero, 2006; Sabio y Sartorius, 2007: 213-216; Comabella, 2009.

305 *Informaciones*, 2-08-1976.

306 Eiroa, 1996: 539; Folguera, 1988: 124. Los estatutos de una ADM todavía en trámite de formación en CDHC, fondo Navarra, caja 45 (grupos feministas).

307 Augustin, 2003: 106; y *Diario 16*, 8-07-1977.

308 *El País*, 10-10-1978.

309 Partes policiales diarios: AGCV, 11-10-1976: encierro de estudiantes en los franciscanos de Iralabarri; AGCV, 11-05-1976: la Asociación de Familias de Irala celebra allí una asamblea; AGCV, 4-03-1977: obreros de la construcción en huelga se reúnen allí.

según relata M.ª Ascensión Martínez Martín, «se creó un grupo de mujeres independientes y vinculadas a partidos de izquierda, liderado por Concha Azcárate. Al no autorizar la autoridad competente su legalización se manifestaron públicamente, siendo disuelta la manifestación por la policía»[310].

A la hora de aportar estos ejemplos a nivel micro no es que se pretenda privilegiar el papel de los actores individuales, cuya aportación es, sin duda, de primera categoría, sino de considerar, con Sidney Tarrow, que «para explicar el surgimiento de nuevos movimientos sociales hay que atender al funcionamiento del sistema socio-económico, a las motivaciones individuales y a las capacidades organizativas de los grupos»[311]. De entre esa tríada de elementos en esta parte de la investigación se ha dado más peso a lo segundo y lo tercero.

Por lo que respecta a la dinámica general de la oposición antifranquista, desde los inicios de la Transición en el País Vasco se produjeron acontecimientos que encerraron una notable carga sectaria. Por ejemplo, fue significativo que en uno de los primeros actos tolerados que celebró el dirigente del PSOE Felipe González en Euskadi, en la facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Bilbao, en febrero de 1976, individuos adscritos al nacionalismo vasco radical lo boicotearan a gritos, de tal manera que él y sus acompañantes tuvieron que salir del salón de actos protegidos entre insultos[312]. El boicot se produjo después de cuarenta años sin libertad de expresión y los responsables de no dejar hablar al político andaluz no fueron las autoridades políticas, todavía franquistas, sino miembros de la oposición[313].

El escritor Jon Juaristi, conocedor en primera persona de algunas de las organizaciones ultranacionalistas y de extrema izquierda de la época que nos interesa, particularmente ETA y ETA-VI, ofrece otro provocador testimonio que puede servir para ilustrar la idea que quiero destacar aquí sobre la radicalización de los extremos. Según este autor: «personalmente, no recuerdo unos años peores en mi vida que los que van de 1968 a 1975. Y no sólo por la represión, que fue brutal, sino por el sectarismo, la cerrilidad dogmática y la estupidez que reinaron en los medios antifranquistas (…). Uno no sabía de quién tenía que guardarse más: de la policía o de los sedicentes revolucionarios»[314].

Dentro de los partidos de extrema izquierda no estuvo ausente la elección de dirigentes mediante cooptación dentro del funcionamiento del llamado

---

[310] Martínez Martín, 2007: 29.

[311] Tarrow, 1999: 98.

[312] Juaristi, 2006: 300, relata el episodio.

[313] Ya entonces desde alguna prensa de partido, como *Euskadi Obrera*, febrero de 1976, se denunció el hecho como un claro ataque frente a la libertad de expresión.

[314] Juaristi, 1999: 134.

centralismo democrático, el culto al líder, la lectura obligatoria de textos tenidos como doctrina infalible (como el *Libro rojo* de Mao), la atomización en grupúsculos que se creían en posesión de la verdad absoluta, las acusaciones de desviacionismo pequeñoburgués sobre militantes sospechosos, los comisarios políticos que imponían la rectitud de los pronunciamientos de los cuadros, los procesos de rehabilitación ideológica para quien se apartaba de la ortodoxia, la exigencia de sacrificios personales como un periodo de premilitancia para demostrar la valía en favor de la causa revolucionaria y del engrandecimiento del partido, las expulsiones de militantes incómodos por ser críticos con la línea oficial, así como la justificación y comprensión de la denominada «violencia revolucionaria», incluso bajo regimenes de democracia «burguesa»[315].

Evidentemente en un estudio más pormenorizado sobre este tema concreto habría que distinguir y matizar dependiendo de partidos y momentos. Baste aquí con señalar que en esto España no era una excepción, ya que, como recuerda Geoff Eley, la formación de «sectas revolucionarias pequeñas e hiperdisciplinadas» fue algo común en países como Francia, la RFA o Gran Bretaña a finales de los sesenta y principios de los setenta[316]. Asimismo, en los países del llamado «socialismo real» la institucionalización de la revolución y la conversión del comunismo en ideología de Estado (con un partido guía, sus dogmas, sus herejes…) también ofrece evidentes ejemplos de desvirtuación de los ideales de igualdad y libertad[317].

En el País Vasco ese dogmatismo que sarcásticamente recuerda Jon Juaristi no era un monopolio de los partidos de extrema izquierda o nacionalistas radicales. Algo parecido sucedía, por ejemplo, entre los anarcosindicalistas de la CNT, entretenidos en múltiples querellas internas[318]. El purismo revolucionario fue lo que generó algunos de los mayores sectarismos dentro de las organizaciones de izquierda radical en las que militaron muchos de los que poco después serían los primeros activistas de los nuevos movimientos sociales de los setenta, en cuyas organizaciones, como veremos, también se volcarían actitudes sectarias de distinto tipo.

---

315 Una autocrítica sobre este último punto en Duplá, 2009: 89. Según el diagnóstico realizado por Roca, 1994: 30, «el revolucionarismo y la utopía quedaban mezclados en la sórdida realidad del día a día con el dogmatismo más estéril, las pugnas internas, las salidas aventureras y las fracciones «auténticas», en una realidad que quedaba oscurecida (y siempre embellecida) por el lenguaje de los símbolos». En una línea similar se pronuncian Laíz, 1995: 23; y Glucksmann, 2008: 35 y 36, cuando este último trae a colación la distancia existente entre la altura de los ideales perseguidos y la bajeza de los medios empleados: «¿Hablamos de «revolución cultural»? Satánicamente, por la «belleza» del concepto, con los ojos cerrados ante la «fealdad» de los hechos».

316 Eley, 2003: 453.

317 Traverso, 2007: 77.

318 Rivera, 1999: 338 y 351; Álvarez Junco, 1994: 423; Pérez Ledesma, 1990: 234 y 244.

La gestación de nuevas redes sumergidas

El régimen franquista no sobrevivió mucho tiempo al hecho biológico: la desaparición de la figura de su líder y guía, el «Caudillo»[319]. A pesar de su fachada granítica y su larga duración, el franquismo era, a la altura de 1975, un pesado y oxidado engranaje. La Transición no se inició la misma noche en la que falleció Franco, pero el 20 de noviembre de 1975 sí es una fecha clave para comprender aquella, particularmente desde el punto de vista de las expectativas de cambio que abrió.

El régimen dictatorial hubo de afrontar desde los años sesenta las consecuencias sociales del desarrollismo económico y una creciente conflictividad[320], de tipo obrero (aunque no simplemente laboral), estudiantil y, en regiones periféricas como el País Vasco y Cataluña, también nacionalista. En los nuevos barrios y en ciertas parroquias, muchas veces ligadas a aquellos[321], también proliferaron nuevos espacios disponibles para la oposición. El panorama que se atisba comprende múltiples acciones colectivas realizadas por diversos actores. Pero, en el fondo, la situación era manejable para las autoridades. Las protestas no llegaron a provocar un estallido revolucionario (por eso hablamos de una transición, no de una revolución) ni desbordaron la capacidad represiva de la policía. Los opositores activos no dejaban de ser una minoría para la que la salida a la calle suponía unos elevados costes. Desde ese régimen dictatorial se respondió con represión, pero se produjo, en cambio, una difusión de las acciones colectivas y una ampliación de los sectores sociales involucrados en ellas[322].

Tras la muerte del dictador se abrió un tiempo de esperanza con cada vez mayores posibilidades para abrir brechas políticas y culturales con el franquismo. Un tiempo en el que se fueron formando, mediante una fase de latencia[323], redes sociales sumergidas en torno a cuestiones como la homosexualidad, las problemáticas de las mujeres y la energía nuclear, que comenzaron a interactuar con los movimientos sociales que ya tenían un cierto rodaje previo. Las primeras personas que participaron en estas redes incipientes fueron, por un lado, independientes especialmente interesados en las cuestiones concretas que se planteaban. También hubo, por otra parte, personas procedentes del antifranquismo, que habían reunido un bagaje más o menos extenso en partidos, sindicatos y diversos grupos de afinidad, generalmente clandestinos, durante los años previos.

---

[319] Molinero e Ysàs, 2008a: 1.

[320] Ysàs, 2004: 121; González Madrid y Martín García, 2008: 124 y 125.

[321] Radcliff, 2007: 217, 226 y 227; J.A. Pérez Pérez, 2000: 145.

[322] J.A. Pérez Pérez, 2001: 386 y 387; Domènech, 2002c: 59.

[323] Melucci, 1994: 146, considera que esa fase de latencia «permite experimentar directamente nuevos modelos culturales, favorece el cambio social mediante la construcción de significados y la producción de códigos diferentes a los que prevalecen en una sociedad (…). La latencia representa una especie de laboratorio clandestino para el antagonismo y de la innovación».

Comenzaban entonces a organizarse los movimientos antinuclear y feminista, a través de grupos como la Comisión de Defensa en el primer caso y las Asambleas de Mujeres en el segundo. Desde estas estructuras organizativas no se habían promovido más acciones colectivas que la manifestación de Plentzia de agosto de 1976 contra la nuclearización de la costa vasca. Es por ello que estamos ante unos grupos todavía centrados fundamentalmente en una tarea de clarificación y de discusión interna. Mientras tanto, el movimiento gay era algo todavía inexistente en el País Vasco. A finales de 1976 se habían producido contactos personales en los que se había propuesto crear una organización gay al estilo de las que ya existían en Cataluña o en Reino Unido. Sin embargo, de momento eso no pasaba de ser una idea en proceso de debate entre algunos de los habituales de las zonas de ambiente homosexual de Bilbao.

Durante 1975 todavía cabe reseñar la ausencia de protestas colectivas en el País Vasco en nombre de alguna de las causas aireadas por los movimientos feminista, gay y antinuclear. Sin embargo, a lo largo de 1976 y 1977 en los tres terrenos mencionados se celebraron las primeras salidas a la calle en forma de manifestaciones. Mientras que 1976 fue en España un año sin libertades democráticas, 1977 sería clave para los inicios de la democratización y, como veremos, para comprender cuál fue el papel que tuvieron los nuevos movimientos sociales en ella.

Ahora bien, la aparición y la expresión pública de los nuevos movimientos sociales de los setenta no sólo tuvieron que ver con la mayor permisividad que las autoridades mostraban a medida que avanzaba el proceso de cambio político. Y es que, como veremos en los siguientes capítulos, las primeras manifestaciones convocadas por feministas, gays y antinucleares fueron o bien retrasadas y prohibidas, o bien disueltas por la policía cuando, pese a los vetos existentes, los organizadores decidieron continuar con las convocatorias.

Para comprender esa posterior aparición pública de los movimientos gay, feminista y antinuclear se ha trazado un cuadro en el que aparecían la legislación represiva, la violencia[324], particularmente la proveniente de las instituciones, y la ausencia de derechos y libertades que caracterizaron al franquismo hasta sus últimos coletazos. Pero también se ha afirmado que las características de la estructura no predetermina la aparición de formas de protesta, sino que, en todo caso, son factores necesariamente a tener en cuenta, que pueden preceder o no a la posterior intervención de elementos

---

[324] Violencia implica «toda resolución, o intento de resolución, por medios *no consensuados* de una situación de conflicto entre partes enfrentadas, lo que comporta esencialmente una acción de *imposición* que puede efectuarse, o no, con presencia manifiesta de fuerza física. De esta forma la violencia es entendida como una *situación social*, que tiene como mínimo un par de actores». «La violencia aparece siempre como «imposición», como «resolución sin reglas» de un conflicto», en Aróstegui, 1994: 30 y 31.

cognitivos que analicen la realidad y dispongan a los sujetos para intervenir colectivamente ante ella.

En este sentido, la experimentación cotidiana de vejaciones e imposiciones, la concepción como algo humillante y/o negativo de dichas experiencias y, a partir de ello, la multiplicación de la indignación compartida, fueron fundamentales en la germinación de unos nuevos movimientos sociales que, sin embargo, todavía estaban ausentes del espacio público en el contexto de la crisis de la dictadura. Aparecieron, asimismo, distintas obras que señalaron los problemas e identificaron a sus posibles causantes. Creció así una nueva literatura política en la que se revisitó a los viejos popes del socialismo. Fruto del diagnóstico elaborado en base a experiencias personales, lecturas y avances científicos, todo ello unido a las características de una dictadura en proceso de descomposición y a la aparición de factores precipitantes directos, se comenzó a contribuir, desde múltiples opciones que operaron en los intersticios del régimen[325], a la articulación en diferentes terrenos de imágenes contrapuestas a los cánones de lo correcto determinados bajo el franquismo. De esta forma, un parte de la sociedad se escapaba de las manos de las autoridades franquistas, yendo más allá de los principios bajo los que se guiaba el denominado Movimiento Nacional.

No sólo es que la carencia de derechos de reunión, asociación, manifestación o expresión afectara a cualquier iniciativa disidente, sino que hablamos de un régimen dictatorial definible, además, como machista, productivista y homófobo. Machista porque sancionaba con la ley en la mano la inferioridad de las mujeres respecto a los hombres[326]. Productivista porque, bajo la égida de engrandecer a la patria a través del desarrollismo industrialista[327], subsumió las cuestiones ecológicas al fin económico, con pésimas consecuencias para el medio ambiente. Homófobo porque, amparándose en consideraciones pseudocientíficas, calificaba como antinatural, aberrante y viciosa toda relación sexual que no tuviera como principio y fin la procreación, imponiéndose la misión de aislar de la sociedad y rehabilitar a quien consideraba que era un enfermo peligroso. Así se pretendió materializar, mediante una operación de limpieza social, el ideal de una España sin violetas, sarasas o mariquitas.

Tal era el objetivo que dejaban traslucir las obras del redactor del borrador de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, el magistrado Antonio Sabater, quien se resistía a que España entrase en la órbita de la «depravación» moral de los países occidentales. Este autor se autoerigía en guardián de la moralidad frente a las amenazas corruptoras de la modernidad. En sus

---

325 Levi, 2003: 135 y 136.

326 «El Estado franquista se configuraría con unos tintes marcadamente nacionalistas, conservadores, confesionales y patriarcales, que propiciarían la existencia de una sociedad jerarquizada tanto en lo social (dominación y tutela de clase) como en términos de género (dominación y tutela masculina)», en Ramos, 2000: 541.

327 Judt, 2009: 427.

obras se mezclan argumentos de raigambre religiosa, penal, médica e historicista. Con ello, más que en jurista se convertía en un supremo gurú cuya misión se centraba en mantener a España libre del contagio de invertidos sexuales, prostitutas, vagos habituales, drogadictos, etc.[328]

El abierto cuestionamiento de esos ingredientes homófobos, productivistas y machistas puede entenderse en términos de provocación ante ciertos límites imperantes en un momento dado y como crisis sociocultural. Evidentemente los valores y costumbres no son coactivos *per se*, pero como bajo el franquismo los considerados perniciosos iban acompañados de toda una parafernalia represiva, una transgresión de todos esos límites, una contravención de lo regulado en cuanto a moral y buenas costumbres, puede entenderse en términos de discusión y erosión de la hegemonía cultural y de sus valores y usos asociados, así como en términos de propuesta (más o menos simbólica, organizada, explícita o consciente) de alternativas políticas y culturales.

De una forma general podemos fijar la matriz histórica de los nuevos movimientos sociales de la Transición española en la crisis política, social y cultural producida en Occidente desde los años sesenta. En este sentido la fecha referencial por antonomasia de esa crisis, mayo del 68, al igual que otras fechas clave como 1789 o 1917, tiene una gran potencialidad evocadora como hito de cambio[329]. Como tendrá ocasión de comprobarse, durante la Transición, con la proliferación de organizaciones feministas, gays y antinucleares, ese choque cultural al que me refería adquirió mayores resonancias y se politizaría. Así pues, el proceso de Transición implicó cambios mucho más allá de la reordenación de las fuentes de legitimidad del poder político. En la próxima parte se profundizará en las diversas y complejas formas de experimentación de los conflictos socioculturales planteados por las personas y organizaciones ligadas a los nuevos movimientos sociales de los setenta. Esto es algo sustancial en lo que conviene detenerse.

---

[328] Sabater, 1962 y 1972.

[329] Así lo han advertido, con diferentes matices y lecturas personales, autores como Braudel, 1991: 132; Eley, 2003: X-XII y 339-362; y 2008: 279; Aróstegui, 2004: 212; Traverso, 2007: 40; o Glucksmann, 2008: 28 y 30. Eso sin ignorar que, como señala Tarrow, 1992a: 342, «en Italia tuvo lugar una nueva generación de movimientos después de las nuevas alineaciones de comienzos y mediados de los años 60, y no a partir de 1968 como a veces se supone».

Parte II

Nuevos movimientos sociales incipientes. Del silencio a la calle (1977)

Durante el tardofranquismo y el postfranquismo, a través, entre otras cosas, de la creación de diferentes organizaciones que protagonizaron múltiples manifestaciones públicas de protesta, se habían ido poniendo a prueba los márgenes de permisividad de los gobiernos de Carlos Arias Navarro. El ministro de Gobernación del primer Ejecutivo de la Monarquía, Manuel Fraga, proclamó entonces una famosa sentencia: «la calle es mía»[330]. Pero, como se ha tenido la ocasión de comprobar, la calle no era propiedad exclusiva de las autoridades políticas, ni lo sería durante 1977.

El año 1977 fue clave tanto para el proceso de Transición como, de forma particular, para la expresión pública de varios nuevos movimientos sociales. El capítulo 3 se ocupa de las prácticas de los mismos. Para ello se seguirá la dinámica de la contienda política, profundizando posteriormente en las primeras acciones colectivas y públicas que dichos movimientos originaron. La segunda mitad, correspondiente al capítulo 4, está centrada en el análisis de distintas formas de identidad colectiva que se generaron y potenciaron. Nos detendremos, por ejemplo, en los mecanismos empleados para la construcción de un «nosotros», así como en los recursos, tanto organizativos como ideacionales, que las diferentes organizaciones fueron teniendo a su disposición. Prácticas e identidades colectivas no son dos elementos que no haya que mirar de forma aislada, sino en estrecha interconexión, ya que se alimentaron mutuamente. Como afirman Donatella Della Porta y Mario Diani, la construcción de la identidad es un ingrediente fundamental de la acción colectiva y, del mismo modo, el curso de las movilizaciones sociales va transformando las identidades[331].

---

[330] Esa frase es la que da pie al título del libro de Domènech, 2002a: *Quan el carrer va deixar de ser seu* (Cuando la calle dejó de ser suya). «La calle no era suya» es un apartado del libro de Sabio y Sartorius, 2007: 104-110; y «La calle ya no era de ellos» tituló también un artículo Vázquez Montalbán, 1996: 142-144.

[331] Della Porta y Diani, 2006: 109.

Capítulo 3

La ampliación de la nueva movilización social

Como indica Alfonso Pérez-Agote, «la importancia de estos movimientos, más allá del relativamente escaso número de individuos movilizados, proviene de su capacidad de transformar significados básicos culturales en la conciencia de los ciudadanos»[332]. Es por ello que, por lo que respecta al movimiento gay y al margen de cuántas personas tengan prácticas homosexuales[333], lo más relevante han sido los cambios generados en torno a los significados asociados a la homosexualidad, los cuales han afectado a toda la sociedad. En los casos de los movimientos feminista y antinuclear la capacidad para concitar una implicación fiel hacia el sostenimiento de las tareas organizativas cotidianas era menor que su capacidad para convocar acciones colectivas que periódicamente congregaran a miles de personas. Además, no hay que perder de vista que, al igual que había muchos trabajadores que no tomaban parte en el movimiento obrero, también había abundantes homosexuales, personas contrarias a Lemóniz y mujeres que no se involucraron en las iniciativas impulsadas desde los respectivos movimientos sociales.

Resultan llamativas, por ejemplo, las distancias existentes entre los núcleos organizados del movimiento feminista y la parte de la sociedad llamada a movilizarse, el conjunto de las mujeres (algo más del 50% de la población española[334]). Pese a la capacidad de influencia que el movimiento feminista fue obteniendo a lo largo de la Transición en las agendas políticas e informativas, la mayoría de las mujeres (y de los hombres) permaneció ajena a

---

[332] Pérez-Agote, 2008: 27.

[333] Es imposible saber cuántos homosexuales hay. Diferentes autores han apuntado cifras que oscilan entre el 1,5 y el 10% de la población. Las personas que sin declararse homosexuales afirman haber tenido algún tipo de relación homosexual es bastante mayor (hasta un 50%), aunque nuevamente, dependiendo del autor, se ofrecen cifras «extraordinariamente diferentes», según un estudio de Herrero Brasas, 1997: 172, sugerentemente titulado «La guerra de los números».

[334] Folguera, 1988: 113.

la participación en las acciones colectivas que desde dicho movimiento se convocaban, lo que no quiere decir que la identificación personal con el feminismo no fuese creciendo. Del mismo modo, las personas encuadradas en los Comités Antinucleares eran una exigua minoría en comparación con las grandes corrientes de simpatía y adhesión que la causa antinuclear despertaba en la sociedad vasca[335].

Así pues, sumando los tres casos aquí a estudio hablamos de unas centenas de activistas organizados (más, sin duda, las feministas y antinucleares que los gays), de miles de participantes en las acciones colectivas y, sobre todo, de toda una sociedad impelida a reflexionar y posicionarse sobre nuevos temas conducidos al espacio público[336]. El núcleo activo de cada organización lo encarnaban grupos más reducidos que los que gravitaban en torno a las organizaciones de los movimientos sociales sin participar asiduamente en ellas. Incluso, como tendremos ocasión de comprobar, personas en principio cercanas a los movimientos sociales se alejaron de los mismos por no compartir alguno de los elementos de las incipientes definiciones y posicionamientos (tácitos o expresos) que las organizaciones de dichos movimientos, en distintas ocasiones, fueron adoptando.

La contienda política en el País Vasco de los inicios de la democratización

Todo movimiento social nace gracias a (y vive para y por) una acción colectiva que se plantea en forma de campañas públicas de protesta[337]. Veamos inmediatamente mediante qué caracteres aparecieron estas últimas a partir de enero de 1977, una vez que la Ley para la Reforma Política estaba aprobada. La dinámica de la contienda política durante 1977 en el País Vasco estuvo caracterizada por incidencias diarias. Éstas tomaron formas tanto violentas (atentados principalmente obra de las dos ramas de ETA) como pacíficas: lanzamiento de octavillas, colocación de carteles o manifes-

---

[335] Desde el mismo movimiento antinuclear un activista reconocía en un informe que «en contraste con la amplitud de esa corriente social [antinuclear y anti-Lemóniz] los sectores organizados de la misma, los C[omités] A[ntinucleares], son débiles y reducidos», en CDHC, Antinucleares: panfletos, folletos y otra documentación, caja 76: «Consideraciones en torno a los CCAA», 20-07-1981. Todo ello, pese a que en las páginas del diario *Egin*, de forma demagógica, se sostenía que era «Euskadi» (asimilado a una especie de cuerpo homogéneo) quien «reivindicará en Tudela la paralización de Lemóniz», en *Egin*, 2-06-1979.

[336] En palabras de Melucci, 1994: 137, «el actor es una entidad específica, pero el ámbito social al que se dirige el movimiento y los problemas que plantea afectan al sistema en su conjunto. Es la paradoja de los movimientos contemporáneos: se dirigen a toda la sociedad en nombre de una categoría o un grupo social, o por el hecho de ocupar un lugar particular en la estructura social».

[337] Cruz, 2008: 21.

taciones de diverso tamaño, que movilizaron a diferentes sectores de la población.

Hubo desde marineros que realizaron pequeños gestos simbólicos, como colocar en sus barcos la *ikurriña* por encima de una bandera española de menor tamaño, hasta estudiantes, obreros y profesores no numerarios que desplegaron un variado repertorio de protestas[338]. El gobernador civil de Álava reconocía en un balance al final del año que la «general obsesión» por el cambio político había tenido en dicha provincia «un especial reflejo por las connotaciones sociopolíticas que enmarcan al País Vasco»[339]. Téngase en cuenta que esta apreciación aludía a un territorio donde el peso político y social de las izquierdas y de la oposición antifranquista había sido históricamente sensiblemente menor al de las provincias vascas cantábricas. En este sentido, es bastante clarificadora la referencia del Gobierno Civil de Álava a una semana pro-amnistía convocada en mayo del 77, la cual se había desarrollado «con menor eco, afortunadamente, que en las provincias hermanas»[340]. Por lo tanto, hay que tener cuidado a la hora de extrapolar las conclusiones que obtengamos a todas las provincias y las dinámicas sociales.

Realizar un rápido repaso para ubicar los hitos más relevantes de la movilización social durante 1977 ayudará a comprender mejor el intenso ritmo al que se sucedían las acciones colectivas. Enero de ese año fue un mes crítico para la transición política. Pocos días después de la disolución del Tribunal de Orden Público, la institución responsable de los juicios a cientos de opositores antifranquistas durante los años del tardofranquismo[341], ultraderechistas asesinaron en Madrid a cinco personas en un despacho de abogados laboralistas vinculados al PCE. Este suceso tuvo también repercusión en el País Vasco en forma de manifestaciones de protesta y funerales de homenaje a los muertos. Ese mismo mes diversas asociaciones llamaron a una manifestación que recorrió las calles de San Sebastián reclamando al Gobierno el reconocimiento oficial del euskera. El día 20 fue legalizada la *ikurriña*, lo que representaba otro signo de los cambios políticos que se iban produciendo[342]. Entre febrero y marzo tuvo lugar una primera semana pro-amnistía en el País Vasco y Navarra. En marzo, manifestaciones y funerales mul-

---

338 AGCV, rollos 33 y 34, partes policiales diarios, enero-junio de 1977.

339 AHPA, Caja 704, Memoria de 1977.

340 *Ibídem*.

341 Una lista de todos ellos en Águila, 2001.

342 Dicha legalización no supuso, sin embargo, el final de las disputas simbólicas en torno a las banderas. Los ayuntamientos seguían sin estar elegidos democráticamente, por lo que sus alcaldes en ocasiones se negaron a que la *ikurriña* ondeara en los balcones de las casas consistoriales. Algunos pueblos como Balmaseda o Plentzia recurrieron a la vía del referendo para preguntar a sus vecinos si se colgaba la *ikurriña* o no en ellas, en *El País*, 23-01-1977. Al menos por lo que respecta a la provincia de Bizkaia la mayor parte de los ayuntamientos aceptó colocar la *ikurriña* en la Casa Consistorial, en AGA, Sig. (8)3.1 32/11463. Memoria de Vizcaya, 1977.

titudinarios recordaron el primer aniversario de los sucesos de Vitoria del año anterior. El recuerdo de lo vivido el 3 de marzo de 1976, grabado en la memoria de muchas personas, sacó en Vitoria a la calle a unos 15.000 manifestantes (según cálculos de la policía[343]) que exigieron la depuración de responsabilidades.

En abril hubo actos en conmemoración de la Segunda República (el día 14) y del *Aberri Eguna* (el Día de la Patria vasca, el 20 de abril, domingo de Resurrección)[344]. En mayo se convocaron marchas por el Día Internacional de los Trabajadores y una nueva semana pro-amnistía que estuvo sembrada de enfrentamientos con la policía y ultraderechistas[345]. La violenta represión causó varios muertos en el País Vasco[346]. En junio, ante la celebración de las elecciones generales, la campaña estuvo presidida por mítines multitudinarios, así como por intentos de boicot y sabotaje por parte del sector del nacionalismo vaco radical vinculado a ETAm, que abogaba por la abstención. En julio tuvo lugar una de las manifestaciones más grandes del año, la celebrada en Bilbao en contra de la central nuclear de Lemóniz, respondiendo a la llamada de la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear[347]. Entre julio y agosto la llamada «marcha de la libertad», convocada por Gestoras pro-Amnistía, recorrió Álava, Gipuzkoa, Bizkaia, Navarra y las provincias del País Vasco francés antes de terminar en Pamplona[348]. En septiembre se produjo una de las manifestaciones más numerosas de todo el año en Álava (asistieron 15.000 personas según la policía y 50.000 según el diario *Egin*[349]). El motivo fue la protesta ante la fuerte contaminación existente en barrios obreros de Vitoria como el de Zaramaga[350]. En octubre el motivo de una manifestación multitudinaria (100.000 personas desfilaron por las calles de Bilbao según la prensa[351]) fue la reclamación de autonomía para Euskadi. El 5 de noviembre aproximadamente 80.000 personas marcharon, también por Bilbao, «por la defensa del puesto de trabajo y contra los expedientes de crisis»[352]. Diciembre fue el mes en que se convocaron las Primeras Jornadas de la Mujer de Euskadi en Leioa, Bizkaia[353]. Además, a lo largo del año se habían ido produciendo recibimientos a los últimos presos de ETA excar-

---

343 AHPA, Caja 704, Memoria de 1977.

344 *El País*, 15-04-1977; y *El País*, 21-04-1977.

345 Juliá, 2008: 102.

346 *El País*, 25-05-1977.

347 *Deia*, 14-07-1977.

348 Esta marcha fue un trasunto de otra que, con motivos similares, se había celebrado en Cataluña (una vez más) el año anterior (Apalategi, 1978: 17).

349 AHPA, Caja 704, Memoria de 1977; y *Egin*, 1-10-1977.

350 El problema de la contaminación no era algo exclusivo de Vitoria. El mismo día de la manifestación en la capital alavesa en el Gran Bilbao se estuvo cerca de alcanzar un estado de emergencia de primer grado por la contaminación, en *Egin*, 1-10-1977.

351 *Egin*, 8-10-1977.

352 *Egin*, 6-11-1977.

353 *Egin*, 13-12-1977.

celados, que eran esperados como héroes por una parte de los vecinos de sus pueblos cuando retornaban de prisión[354].

En definitiva, durante 1977 las acciones colectivas se sucedieron de forma intensa, regular y con una asistencia frecuentemente masiva, estando aquellas, además, convocadas por diferentes sujetos colectivos con objetivos variados. Las primeras salidas a la calle de los nuevos movimientos sociales de los años setenta, en las que más adelante profundizaremos, coincidieron en el tiempo con éstas otras movilizaciones importantes para entender las claves sobre las que giró la actualidad en 1977: crisis económica, amnistía, euskera, reclamación de autogobierno y descentralización.

Pese a la dispersión temática, con frecuencia las organizaciones que convocaban y muchas de las personas que participaban en las manifestaciones se repetían[355]. El conjunto de las fuerzas políticas de la oposición antifranquista, desde el PSE-PSOE hasta la extrema izquierda, apoyaban muchas de las convocatorias sobre aquellos temas que se consideraban clave de cara a la democratización. Sin embargo, las manifestaciones dejaron de ser unitarias desde el mismo momento en que desde el sector del nacionalismo vasco ligado a ETAm (y también desde la extrema izquierda, pero esta era políticamente poco relevante) se decidió mantener la presión callejera para mostrar un rechazo radical al proceso de Transición[356].

En este proceso hay una fecha que marcó una importante cesura y en la que interesa detenerse: las primeras elecciones generales democráticas, el 15 de junio de 1977. Éstas, junto con la culminación de la amnistía, supusieron el acontecimiento político clave del año. A Suárez le interesaba mantener un clima de tranquilidad y normalidad de cara a dichas elecciones. La legalización del PCE fue un gesto que elevó la tensión del Gobierno con el ejército y la extrema derecha. La preocupación de las autoridades políticas hacia la respuesta que la legalización del PCE iba a tener entre las propias filas es patente. Entre otras cosas, se encargaron informes sobre la aceptación de la medida en ejército, policía, sector religioso, judicatura, empresarios, corporaciones locales, etc.[357] Pero, al mismo tiempo, esa legalización era un paso necesario si lo que se debía elegir en junio era un Parlamento democrático. En los meses previos a la cita electoral muchas de las ruedas de prensa, con-

---

[354] AGCV, partes policiales diarios, enero-junio de 1977. Zulaika, 1990: 397, sobre la construcción del militante de ETA como modelo heroico.

[355] Un ejemplo propio de los contactos de EHGAM-Araba con otras organizaciones de la izquierda: «nosotros salíamos a las suyas [a sus manifestaciones] y luego ellos nos apoyaban», en la entrevista con César Cobo; Vitoria, 4-08-2006. Algunas de las mujeres que acudían a manifestarse en el Día Internacional de la Mujer también salían a la calle por la paralización de Lemóniz: «¡¡Queremos vivir!! Como gritábamos en la manifestación contra las centrales nucleares», en CDEM, cajas AMV: «Historia de la Asamblea», octubre de 1977.

[356] Por eso actos como la marcha de la libertad o las semanas pro-amnistía de 1977 no fueron apoyadas por partidos como el PNV, en de Pablo y Mees, 2005: 379.

[357] En AGCV, parte policial diario, 12-04-1977.

gresos y reuniones de los partidos fueron toleradas[358], lo que no quiere decir que la policía no se aplicara a la hora de detener a cientos de personas por motivos políticos[359].

El Gobierno de Suárez puso el límite de la permisividad en todo lo que tuviera que ver con las protestas en la calle y con la sujeción del control de la misma. Esa es la razón por la que entre marzo y mayo del 77, desde una manifestación feminista en Bilbao, hasta el *Aberri Eguna*, pasando por la conmemoración de la Segunda República española y del Día Internacional de los Trabajadores, eventos todavía ilegales, fueron reprimidos por la policía[360].

Desde mediados de 1977 la contienda política ya no sólo incluyó manifestaciones, reuniones y congresos de las diferentes organizaciones, sino que también se desenvolvió en un marco institucional decidido en las urnas por la ciudadanía. A ello contribuyó que las elecciones de junio fueran democráticas, ya que contaron con suficientes garantías de control público y concurrieron pluralidad de opciones. Algunos partidos, particularmente aquellos que se definían como marxistas-leninistas y abiertamente independentistas, seguían siendo ilegales. Eso, sin embargo, no fue un obstáculo para que se presentaran al amparo de candidaturas electorales toleradas y creadas *ad hoc*.

Las fuerzas del entorno de ETAm (principalmente los partidos HASI y LAIA) se decantaron a favor de las tesis abstencionistas. Sin embargo, ETApm y su brazo político, el partido EIA, se mostraron dispuestos a presentarse a las elecciones. El nacionalismo vasco radical quedaba definitivamente desgajado en dos bloques que posteriormente darían lugar por un lado a *Euskadiko Ezkerra* (EE, Izquierda de Euskadi, a partir principalmente de EIA) y por otra parte a HB. Las elecciones generales de 1977 son clave para entender esta separación, la cual puede resumirse en la toma de las dos opciones siguientes: participación crítica en el proceso de transición política (siguiendo la dirección de un partido, EIA) frente a impugnación radical del mismo (siguiendo la dirección de una organización terrorista, ETAm)[361].

---

[358] Un ejemplo: en *La Gaceta del Norte*, 8-03-1977, se daba cuenta de la realización de múltiples mítines y presentaciones de partidos políticos como PNV, PSOE, ESB y EKA en localidades de Álava, Gipuzkoa y Bizkaia (Bilbao, Sestao, Lekeitio, Mutriku, Llodio, Ermua, Vitoria…).

[359] En el AGCV, parte policial diario, 14-04-1977, se documentan detenciones por hacer propaganda a favor de la República. Como vemos, aunque se legalizara al PCE todavía continuaron los arrestos que coartaban la libertad de expresión. El *Aberri Eguna* fue convocado en Vitoria y se saldó con enfrentamientos con la policía, así como la celebración del posterior Primero de Mayo. Las múltiples detenciones por motivos políticos que se sucedieron en los primeros meses de 1977 (más de 2.000) en Sabio y Sartorius, 2007: 330.

[360] Así pues, según Sabio y Sartorius, 2007: 330, «Suárez optó por la coerción calculada mientras impulsaba las reformas». Sobre la gradación de la represión (de la tolerancia con el PSOE a la intolerancia con la extrema izquierda), *vid.,* por ejemplo, Gallego, 2008: 251 y 252; o Bardavío, 2009: 419.

[361] Fernández Soldevilla, 2007: 837-842.

El nivel de penetración social y político de la extrema izquierda (un sector al que algunas organizaciones de los movimientos sociales estaban cercanas por compartir dobles militancias) era difícil de cuantificar. Los resultados de las elecciones fueron un buen indicador de la potencialidad real de una izquierda radical que, aun siendo muy visible por su presencia continua en la política en la calle y por su combatividad, tuvo claros límites en cuanto a su magra representación electoral. En el País Vasco el apoyo a la extrema izquierda era marginal en comparación con el que obtenían fuerzas moderadas y longevas, fundadas a finales del siglo XIX, como el PNV o el PSOE, y no fue suficiente para evitar que se convirtiera en extraparlamentaria[362]. Hay que comprender el fracaso político de la izquierda revolucionaria en un contexto más amplio que el español. Como indica Geoff Eley, en las elecciones habidas en la Europa occidental de los años setenta ni siquiera partidos italianos como *Lotta Continua* o *Democrazia Proletaria*, que estaban entre los que tenían mayor fuerza y resonancia (así como contactos con otros partidos españoles ideológicamente próximos, como el Movimiento Comunista), obtuvieron más del 2% de los votos[363].

Los que finalmente obtuvieron más respaldo en las urnas (la UCD de Suárez en el conjunto de España, el PSE-PSOE y el PNV en el País Vasco) estaban alejados de veleidades revolucionarias. Las esperanzas que albergaban algunos de dar un golpe de timón radical terminaron la misma noche electoral, la cual, en cierto modo, supuso un «baño de realismo» político[364]. Las elecciones reflejaron, a nivel de toda España, la inexistencia de una fuerza política hegemónica capaz de obtener la mayoría absoluta y, a nivel de Euskadi, sancionaron lo que ha sido denominado un modelo de representación caracterizado por el «pluralismo polarizado»[365].

La creación de un Parlamento democrático favoreció que, por vez primera, existiese una vía practicable y regulada de acceso al sistema político para dar eco institucional a las reivindicaciones de los movimientos sociales de los años setenta. Ahora bien, el transcurso de la transición política determinó que las prioridades fuesen abrir un proceso constituyente y enfrentarse al problema del terrorismo. El representante de EE, Francisco Letamendia, inició en el Congreso debates al presentar mociones sobre la central nuclear de Lemóniz o sobre la situación de los entonces denominados «marginados sociales» (término con el que englobaba a prostitutas y homosexuales). Eso sí, dichas mociones salieron derrotadas, no llegaron a materializarse en to-

---

362 Pérez Ares, 2008; y Heine, 1986: 158 y 159.

363 Eley, 2003: 454.

364 Así lo señala M. Montero, 1998: 109. Este historiador dice concretamente que las elecciones fueron «un baño de realismo. Ni el País Vasco era tan nacionalista como se había supuesto, a partir de la proliferación de su simbología, ni tan radical como creyeron las fuerzas de la izquierda. La moderación, los esquemas occidentales se imponían».

365 La aplicación al caso vasco del concepto en Llera, 1994a: 20; y Llera, 1994b: 275.

mas de postura del hemiciclo contra Lemóniz o a favor de la derogación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social[366]. Asimismo, diversas organizaciones feministas se concentraron frente a esas primeras Cortes democráticas para hacer llegar sus propuestas a las pocas diputadas que habían salido elegidas[367].

Las diputaciones y los ayuntamientos seguían sin estar elegidos democráticamente y así seguirían hasta abril de 1979, por lo que a nivel local y provincial las oportunidades políticas disponibles para la canalización institucional de reivindicaciones permanecían todavía limitadas para los movimientos sociales. Ahora bien, ya desde 1977 se pusieron en marcha algunas gestoras municipales provisionales[368]. El motivo del surgimiento de las mismas era la dimisión de distintas corporaciones procedentes del franquismo ante el empuje de la presión vecinal y también, en ocasiones, ante la amenaza terrorista de ETAm[369]. Las gestoras, allí donde existieron, sí que facilitaron a nivel municipal distintas formas de acceso institucional para las demandas de diferentes movimientos sociales.

Una «explosión de organizativismo»[370]

Durante 1976 y 1977 se fueron formando por toda España un buen número de organizaciones de nuevos movimientos sociales. Esto da fe de una cierta vitalidad asociativa y del malestar existente en terrenos como el ecologismo, la homosexualidad o la situación de las mujeres. Se trataba de dar protagonismo a diferentes temas sobre los que se mostraba disentimiento, expresado a partir de entonces con las armas al alcance: profusión de acciones colectivas, autoedición de revistas, redacción de cartas al director, carteles, octavillas, asambleas, etc. Así pues, durante 1977 creció el número de orga-

---

366 Sobre «la problemática de las minorías sexuales», Letamendia, 1978: 95-97; la moción exigiendo la paralización de las obras de la central nuclear de Lemóniz en Letamendia, 1978: 43-53; *Egin*, 9-03-1978; y en el Centro de Documentación Medioambiental *Bizizaleak* (en adelante, *Bizizaleak*), carpeta 60: «Francisco Letamendia: A la mesa del Congreso de los Diputados», 7-09-1978.

367 Archivo Virtual Juan Linz, *Pueblo*, 13-07-1977. Según Eiroa, 1996: 543, entre los diputados de las Cortes elegidas en 1977, únicamente el 6% eran mujeres. Acerca de la escasa presencia de mujeres en instituciones como el Parlamento y el Gobierno vascos, particularmente en las primeras legislaturas, Elizondo y Martínez Hernández, 1995: 348-352.

368 En pueblos como Ermua, en *Egin*, 2-10-1977; o Galdakao, en AGA, Sig. (8)3.1 32/11463. Memoria de Vizcaya, 1977.

369 Como ya hemos visto, ETAm asesinó al alcalde de Oiartzun a finales de 1975. *Vid.* AGA, Sig. (8)3.1 32/11463. Memoria de Vizcaya, 1977 (sobre el ambiente que provocó la creación de tales gestoras municipales); o *La Gaceta del Norte*, 19-09-1976 (intento de asesinato del alcalde de Andoain).

370 La expresión entrecomillada procede de Caciagli, 1986: 47, quien se refiere a la proliferación de partidos desde 1976, al hilo de la evolución del proceso político.

nizaciones, con una distribución más uniforme por la geografía española, una mayor capacidad de incidencia sobre partidos y sindicatos y, en general, mayor proclamación en el espacio público de sus ideas.

Con tanta proliferación de grupos hubo autores que subdividieron el movimiento gay en tres corrientes, a alguna de las cuales, supuestamente, se adscribiría cada organización. Por un lado estarían las organizaciones «reformistas» tipo la catalana *Dignitat*, cuyo objetivo sería la petición de respeto e igualdad para los homosexuales[371]. Por su parte, los grupos de inspiración «revolucionaria», tipo FAGC, realizarían un análisis de la situación de la homosexualidad en clave de lucha de clases y serían partidarios de una transformación social global. En ellos eran habituales los dobles militantes de partidos de izquierda. Finalmente estarían los llamados «radicales», tipo la *Coordinadora de Collectius per l'Alliberament Gai* (CCAG), que, entre otras cosas, emplearían la provocación estética (por ejemplo, hacer gala de la pluma) como arma de auto-afirmación y se caracterizarían por su defensa de los marginados entre los marginados, como travestis y transexuales[372].

Tales categorizaciones impuestas desde arriba no son útiles para encasillar a cada organización. Muchas de ellas no se vieron reflejadas en el esquema triangular citado. Pero esto revela que las disputas nominales se reproducían no sólo al nivel de los partidos políticos, sino también entre las organizaciones de los movimientos sociales. Es interesante comprobar que dentro del propio movimiento gay se iban marcando distancias entre grupos con el fin de distinguirse de los que o bien serían demasiado moderados (caso de *Dignitat*) o bien carecerían de los suficientes cimientos teóricos en clave marxista (caso de CCAG)[373]. Así se entraba en competencia entre las distintas organizaciones por hacerse con las simpatías de los partidos, con mayor número de activistas y, en último término, con la representatividad del colectivo gay.

En el País Vasco sucedió algo similar entre las dos primeras organizaciones gays: EHGAM y la Juventud Gay de Euskadi. En las primeras noticias en prensa en las que hicieron una presentación pública se enfrascaron en acusaciones mutuas sobre inconsistencia teórica, aburguesamiento y carencia de perspectiva nacional, entendiendo por tal la Euskal Herria de los siete territorios: Álava, Gipuzkoa, Bizkaia, Navarra y las tres provincias del País Vasco francés[374]. Estas disputas terminaron pronto, ya que la Juventud Gay de Euskadi desapareció como organización, pasando parte de sus miembros a participar en EHGAM[375].

---

[371] *Dignitat* era, según *El País*, 28-09-1977, «una alternativa para los homosexuales católicos».

[372] Llamas y Vila, 1997.

[373] *Vid*. el prólogo a Nicolas, 1978.

[374] En *Diario 16*, 21-10-1977, se referían de forma un tanto tremendista a una «guerra entre los gays de Euskadi».

[375] *Gay Hotsa*, 11 (1982).

El movimiento feminista, al igual que el gay, también estuvo fragmentado a nivel organizativo desde un comienzo. Desde mediados de los setenta se crearon diversas organizaciones en Asturias, Galicia, Madrid, Barcelona o el País Vasco. De modo que puede hablarse de un nuevo movimiento feminista, pero de diferentes maneras de entender el feminismo. Pronto se popularizó una separación entre feministas «independientes» y «políticas». Detrás de la línea divisoria trazada entre unas y otras latía una concepción enfrentada sobre el tipo de activismo. Las «independientes», adscritas a la corriente del «feminismo radical», abogaban por organizarse de manera completamente autónoma de partidos, sindicatos y otras organizaciones. Pensaban que militar únicamente en el movimiento feminista era la forma más adecuada de mantener al mismo lejos de los intentos de instrumentalización de otros grupos[376]. Algunas de estas activistas consideraban que las pertenecientes a partidos se acercaban al movimiento feminista para aprovecharse de ese cauce en beneficio del partido y no de sus propios intereses como mujeres[377].

El grupo de mujeres de la citada «corriente radical» dentro de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya anunció públicamente su existencia, bajo el nombre de LAMBROA, en junio de 1977, cuando apareció una primera noticia en la prensa[378]. Algunas de las personas que integraban tal grupo fueron iniciadoras de feminismo organizado en Bizkaia, como Begoña Mendia, Begoña Salcedo o Regina San Juan. *Lanbroa*, en euskera, significa neblina o lluvia fina, lo que sugería una metáfora que entroncaba con la pretensión de construir un feminismo entendido como alternativa política, social y sexual, que fuera calando paulatinamente en las mentalidades y en las prácticas sociales, no solamente en las políticas públicas. Se trataba de un tipo de feminismo que, además, defendía el fin de las discriminaciones por razón de género, pero no perseguía la igualación entre los sexos en todos los terrenos. Más bien, entendía que las mujeres, al haberse ocupado históricamente de una serie de tareas (como el cuidado de los más débiles, niños, ancianos o discapacitados) habían desarrollado destrezas y valores propios (pacifismo, ternura), distintos de los masculinos[379].

Las «políticas», también llamadas «doble militantes» (ligadas fundamentalmente a la corriente del «feminismo socialista»), eran partidarias de participar tanto en las organizaciones particulares del movimiento feminista como

---

[376] CDEM, cajas AMV, «LAMBROA: Reflexiones sobre nuestra manera de actuar, de vivir», diciembre de 1977. Aquí se preguntan «¿Cómo actuar para que las mujeres tomen conciencia? (…) Lo primero será favorecer todo tipo de grupos autónomos. Sólo en estos grupos vamos a ser capaces de definir nuestros deseos sin coacciones masculinas y por lo tanto son los únicos donde nos podemos plantear formas de actuación que resuelvan nuestros problemas».

[377] Un ejemplo en la ponencia «Doble militancia» de LAMBROA en la revista «Jornadas de la Mujer en Euskadi», 1977.

[378] *Deia*, 30-06-1977.

[379] *Deia*, 8-07-1977.

en partidos de izquierda. Defendían que emancipación de los trabajadores y liberación de las mujeres estaban entrelazadas, integraban la lucha por la liberación de las mujeres en el marco de la construcción de una nueva sociedad de corte socialista (de la que desaparecería tanto la explotación del hombre por el hombre como de la mujer por el hombre) y creían que identificarse al mismo tiempo como marxistas y como feministas era posible y, a veces, hasta necesario.

La división tajante entre «independientes» y «políticas» fue moneda de uso corriente a nivel internacional ya desde la creación de las primeras organizaciones feministas de la década de 1970 y, como veremos, terminó generando a nivel local múltiples discusiones y escisiones. En el País Vasco tanto «independientes» como «políticas» permanecieron dentro de las Asambleas de Mujeres, los organismos unitarios que canalizaban la mayoría de las actividades del movimiento feminista en cada provincia, lo que no quiere decir que desde 1976 no hubiera distintas corrientes en su seno.

En julio del 77 ya existía, sólo en Gipuzkoa, varias agrupaciones relacionadas con la cuestión de la promoción de las mujeres: la Asociación Democrática de la Mujer, ligada al PTE y con núcleos en varios pueblos como Rentería, Beasain, Irún o Pasaia, *Euskal Emakumeak Borrokan* (Mujeres Vascas en Lucha), un círculo de amigas que se reunía en San Sebastián[380], y otras pequeñas organizaciones, como el Grupo Feminista Autónomo de Guipúzcoa y la Asociación de Guipúzcoa para la Liberación de la Mujer[381]. Si se sigue el listado de las organizaciones que acudieron a las Primeras Jornadas de la Mujer de Euskadi en diciembre del 77 puede comprobarse que a esas alturas se habían creado, aparte de las Asambleas de Mujeres de Vizcaya, San Sebastián y Álava y de los grupos arriba citados, Mujeres Cristianas, *Emazteak Iraultzan* (Mujeres en Revolución, procedentes del País Vasco francés), la corriente de mujeres «independientes» LAMBROA, una Coordinadora de Grupos de Barrios y Pueblos y *Emakumearen Askatasun Mugimendua* (Movimiento de Liberación de la Mujer, de Navarra)[382]. Aparte de las discusiones sobre si lo más pertinente era organizar un movimiento radical y autónomo o recurrir a la doble militancia[383], también había distintas sensibilidades en otros asuntos como el aborto o la prostitución.

Estas organizaciones tenían algún punto en común. Por ejemplo, admitían únicamente la militancia de mujeres. Al principio este hecho no estuvo

---

[380] Entrevista con Miren Garmendia; San Sebastián, 19-12-2008.

[381] *La Voz de España*, 14-07-1977.

[382] Entre las ausencias destacar que la ADM de Euskadi se autoexcluyó. Como puede comprobarse, las Jornadas congregaron a multitud de sectores, pero no concitaron el apoyo de todas las organizaciones ya existentes entonces, en *Egin*, 6-12-1977.

[383] La controversia sobre la doble o la única militancia en *Egin*, 10-12-1977. Esas dos posturas ya habían sido visualizadas tanto en las Jornadas de Madrid de 1975 como en las de Barcelona de 1976. Para un resumen sobre estas últimas, *vid*. la revista *Punto y Hora*, 16-06-1976: «Les Jornades de la Dona. Dos alternativas».

exento de cierta polémica, dado que no fue compartido ni por hombres que quisieron tomar parte ni tampoco por algunas militantes ligadas a partidos, que no siempre veían bien la necesidad de esa separación porque ellas mismas trabajaban en organizaciones mixtas. Pero se tomó esa decisión para recalcar el protagonismo de las propias mujeres[384] y para intentar crear en los grupos feministas una fraternidad y una complicidad entre mujeres[385], no sin que antes se llegara a expulsar a los hombres que quisieron participar en alguna de las primeras acciones colectivas desarrolladas por el movimiento feminista en el País Vasco[386]. Además, existía consenso en cuanto a la detección de un machismo socialmente extendido no solamente entre los afectos a la dictadura franquista.

Las Primeras Jornadas de la Mujer de Euskadi fueron el fruto, en buena medida, de la necesidad de autoconfirmación de las mujeres feministas y de puesta al día de los principales puntos de la agenda reivindicativa de la época. Este pionero encuentro finalizó sin unas conclusiones concretas compartidas por las asistentes[387]. Pero fue útil principalmente en dos sentidos: a nivel personal como inyección de autoestima y a nivel colectivo como hito fundacional[388], como eclosión del movimiento feminista en el País Vasco, lo cual quedaba reflejado ya en los propósitos previos de las organizadoras: «Nuestro deseo es que sea un encuentro donde se hable, se escuche las opiniones y las experiencias de todas las que nos animamos a acudir a ellas; es imprescindible el juntarnos, sentir nuestra fuerza, saber qué nos une, saber cómo tú, ella, yo sentimos, hablamos nuestra inferioridad, explotación, marginación…»[389].

En Leioa se comenzó a vislumbrar un importante movimiento social y, además, dicho congreso fue el germen necesario para la potenciación de las

---

384 Un ejemplo de esto: «La AMV es un organismo unitario compuesto por mujeres de distintas ideologías con la convicción común de que las mujeres durante siglos hemos sido sometidas a una opresión y marginación social que hasta ahora no ha sido analizada ni denunciada por nadie de una manera coherente y eficaz. Pensamos que esta tarea debe ser realizada por las propias mujeres», en CDEM, cajas AMV: «A todas las mujeres», julio de 1977.

385 «¿Por qué unas jornadas para mujeres solamente? (…). Queremos tener la oportunidad de reunirnos todas, solas, para poder comunicarnos libremente, sin sentirnos cohibidas, expresándonos en nuestro propio lenguaje, para comprobar que el problema o la suerte aparentemente individual de cada una es el de todas en general», en la revista «Jornadas de la Mujer en Euskadi», 1977.

386 *Hierro*, 9-03-1977.

387 Así se refleja en *Egin*, 13-12-1977.

388 Así lo ha denominado la antropóloga Teresa del Valle, 1996: 78. Más sobre las citadas Jornadas como uno de los hitos del movimiento feminista en el País Vasco de la transición en Bullen, 2003: 303.

389 La cita en la revista «Jornadas de la Mujer en Euskadi», 1977; *vid.,* también, varias de las entrevistas realizadas, por ejemplo con M.ª Luisa Menéndez; Bilbao, 23-10-2008; así como la prensa. En *Zeruko Argia*, 25-12-1977, se titulaba «Indar berriturik» (fuerzas renovadas). Se ha recurrido a metáforas como hablar de la «efervescencia» del movimiento feminista para explicar cómo se llegó a la organización de dichas Jornadas, en C. Pérez Pérez, 1987: 54.

Asambleas de Mujeres de las tres provincias, que se unieron a la Coordinadora de Organizaciones Feministas del Estado Español[390]. Dentro de las Asambleas de Mujeres se fueron formando también comisiones de trabajo estructuradas en torno a asuntos concretos (aborto, anti-agresiones, educación, etc.) que resultaban de particular relevancia. Asimismo, fueron proliferando Grupos de Mujeres en pueblos y barrios, ligados a las Asambleas. Estos grupos se coordinaban en las asambleas de provincia respectivas y, a su vez, disponían de autonomía de funcionamiento. En dichas asambleas se debatían los objetivos estratégicos comunes y se planteaban campañas conjuntas, pero en cada grupo local se desarrollaba una dinámica de actividades particular.

Esa forma de funcionamiento asambleario tenía bastante en común con la que tuvieron los Comités Antinucleares. Después de la masiva manifestación de Plentzia de agosto de 1976 la sensibilización contraria a la energía nuclear había ido creciendo ligada al rechazo a los proyectos de Iberduero en el País Vasco. Los miembros de la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear siguieron realizando charlas informativas. Asimismo, decidieron convocar otra manifestación en Bilbao en julio de 1977 bajo los lemas «Por una costa vasca no nuclear, por una participación pública en el diseño de nuestro desarrollo y por un control público de nuestro medio ambiente. No a una Euskadi nuclear»[391]. Se trataba de dotar de un cauce de expresión pública a toda la corriente de descontento existente en la sociedad acerca de Lemóniz. Según las estimaciones de la prensa, unas 150.000 personas marcharon por las calles de Bilbao[392], en la que ha sido una de las más concurridas manifestaciones contrarias a las centrales nucleares habida a nivel internacional[393].

Los escasos miembros activos de la Comisión de Defensa (en torno a una docena[394]) habían contribuido decisivamente, sin responder a los intereses ni a la dirección de ningún partido político, a la puesta en marcha de uno de los movimientos sociales de proporciones más significativas de la segunda mitad del siglo XX en el País Vasco. A esa manifestación habían acudido personas de izquierdas e incluso también de derechas, nacionalistas vascos y no nacionalistas, políticamente moderados y radicales. La Comisión de Defensa había echado a rodar una bola de nieve que iba creciendo al margen de su control directo.

---

[390] Ugalde, 2002: 369.

[391] Inicialmente la manifestación fue prohibida por el Gobierno Civil y luego tolerada, pero a condición de alterar el itinerario, en *Deia*, 14-07-1977.

[392] *Deia*, 14-07-1977.

[393] Así lo recoge el estudio comparativo realizado por Rüdig, 1990: 138. La manifestación es comparable por sus cifras con la que se celebró en mayo de 1979 en Washington tras el accidente de la central nuclear de Harrisburg, que reunió a unas 200.000 personas (Walsh y Warland, 1983: 766).

[394] Entrevistas citadas con José Allende y Jesús Cuezva; Rivas Acevedo, 1999: 295.

La extensión del movimiento antinuclear en el País Vasco estuvo ligada a la formación de los Comités Antinucleares. Dicho surgimiento respondió a la percepción de la necesidad (en un inicio particularmente en localidades en torno a Lemóniz y Deba), de descentralizar y ampliar la organización de las protestas contra las centrales nucleares. La masiva manifestación de julio de 1977 supuso un fuerte espaldarazo. Como consecuencia de la detección de la relevancia social de la cuestión, se fue desbordando el marco organizativo de la Comisión de Defensa. Los Comités Antinucleares fueron proliferando a partir de 1977, de tal forma que a la altura de marzo del año siguiente una Coordinadora de Comités Antinucleares de Euskadi aparecía ya como co-organizadora, junto a la Comisión de Defensa, de una concentración antinuclear en las campas de la Troka, cerca de Lemóniz[395]. Esta última organización siguió funcionando durante toda la Transición como un grupo de expertos que enviaban comunicados a la prensa y facilitaban información, asesoramiento técnico y legal sobre la energía nuclear. Mientras tanto, los Comités Antinucleares se centraban en todo lo que tuviera que ver con la movilización social[396].

Como vamos viendo, el afán asociativo se reprodujo en numerosos terrenos y localidades. Son fechas en las que los partidos políticos y las organizaciones de los movimientos sociales o bien se formaron, o bien salieron de la clandestinidad en la que habían permanecido durante los meses y años previos. Los titulares de dos noticias publicadas con poca diferencia de días en la prensa pudieron no sólo dar fe de esto, sino también ayudar a ir construyendo identidades emergentes. En la primera de ellas, de octubre de 1977, leemos que «los movimientos feministas salen de las catacumbas. Se están preparando las Primeras Jornadas de la Mujer en Euskadi». La segunda noticia, publicada en noviembre de 1977, nos informa de que «los homosexuales quieren salir a la calle. EHGAM y la Juventud Gay de Euskadi, dos organizaciones que trabajan en el marco de Euskadi»[397]. Esos movimientos fueron reconocidos y citados en una parte de la prensa, lo que contribuyó tanto a la construcción como a la difusión de los mismos. Todo ello hay que verlo en conexión con el estreno de la libertad de expresión en la España de la Transición. En esas mismas fechas también proliferaron nuevas organizaciones de movimientos como el estudiantil o el de objeción de conciencia (el MOC nació en enero de 1977). De tal manera, hubo feministas, gays y antinucleares que prosiguieron asociándose persuadidos de que de su unión procedería el impulso necesario para plantear en el espacio público, con unas mínimas garantías de éxito, sus reivindicaciones.

---

[395] El primer Comité Antinuclear de Vitoria en 1977, en Gómez, 1990: 81. La creación de otro Comité Antinuclear en Algorta en *Egin*, 20-01-1978. La citada convocatoria conjunta en *Egin*, 12-03-1978.

[396] Rivas Acevedo, 1999; Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1995.

[397] *Egin*, 8-10-1977; y *Egin*, 3-11-1977 respectivamente.

Un esfuerzo de presentación pública

Las manifestaciones son un importante elemento legitimador o deslegitimador. Cuanto más concurrido sea el acto tiende a considerarse que tanto más relevante es el motivo que mueve su convocatoria y que está justificada la materialización de las demandas[398]. Las organizaciones de los nuevos movimientos sociales de los años setenta en el País Vasco pronto pasaron de la convocatoria de las primeras asambleas a la movilización. Si todo movimiento social, como advertía al inicio, «va tomando cuerpo en y para la acción»[399], interesa detenerse ahora en el análisis de lo que rodeó a las que fueron esas primeras salidas a la calle. Las manifestaciones se convirtieron en un marco donde se expresó el poder y la energía (o si se quiere, la debilidad y la atonía, dependiendo del caso y de la etapa a la que nos refiramos) de una sociedad civil emergente.

La Asamblea de Mujeres de Vizcaya ya existía desde febrero del 76, pero se mostró incapaz de organizar una manifestación para el 8 de marzo de ese año. Según relata la activista Begoña Mendia, posiblemente muchas de las primeras participantes incluso todavía desconocían el simbolismo de esa fecha[400]. El 8 de marzo de 1976 tuvo más que ver con el conjunto de la oposición organizada que con el movimiento feminista. Fue una jornada de huelga general en el País Vasco y Navarra convocada en protesta por la brutalidad policial que se había saldado con la muerte cinco trabajadores pocos días antes en Vitoria[401]. La primera salida a la calle del movimiento feminista en el País Vasco tuvo lugar en Bilbao, coincidiendo con el 8 de marzo de 1977, Día Internacional de la Mujer, al hilo de una campaña propulsada a nivel de toda España. En la parroquia de San Francisquito, en el barrio bilbaíno de Santutxu, se celebró una asamblea multitudinaria. Una parte importante del tiempo se invirtió en acoger una sucesión de testimonios personales. Así las experiencias individuales se compartían por el grupo. Cada una podía proyectar sus inquietudes en el espejo del colectivo y canalizarlas hacia la protesta pública. Tras la reunión las mujeres salieron a la calle en manifestación. La policía se refirió a ellas como «un grupo no muy numeroso de chicas» que gritaban a favor de la amnistía para las mujeres y que se disolvieron sin incidentes ante la presencia de las FOP[402]. En realidad las cosas no fueron exactamente así, sino que las manifestantes sufrieron una carga de la policía[403]. Se da la circunstancia de que justo ese año se había proclamado el 8

---

398 El número de asistentes es uno de los elementos que, junto con el valor, la unidad y el compromiso que demuestren aquellos, contribuye, según Tilly y Wood, 2009: 11 y 12, a fortalecer los movimientos sociales.

399 Ortiz de Orruño, Rivera y Ugarte Tellería, 2008: 5.

400 Entrevista citada con Begoña Mendia.

401 Carnicero Herreros y J.A. Pérez Pérez, 2005: 282.

402 AGCV, parte policial diario, 9-03-1977.

403 Entrevistas citadas con Isabel Otxoa y Begoña Mendia.

de marzo como Día de las Naciones Unidas para los Derechos de la Mujer y la Paz Internacional.

Algunas de las reivindicaciones más urgentes de aquel entonces para el movimiento feminista eran la amnistía para los «delitos de la mujer» y la reclamación de una sexualidad libre, al hilo de la prohibición de los anticonceptivos y de la penalización del aborto. Esto último entroncaba con el cambio de rumbo que se quería impulsar en cuanto a las pautas de la vida cotidiana. Uno de los retos para la inclusión política y social en la España de la Transición fue la promulgación de una amnistía que alcanzara a diferentes sectores desde los cuales se hacía hincapié en que los delitos bajo los que se les habían condenado también eran de tipo político. Desde distintos movimientos sociales inmediatamente se denunció que la ley de amnistía nacía lastrada por una serie de insuficiencias, ya que no sirvió para excarcelar a los presos por homosexualidad, objeción de conciencia, aborto o prostitución ni a los militares de la Unión Militar Democrática[404]. En ese contexto la Asamblea de Mujeres de Vizcaya proclamaba que «nos unimos a las luchas que actualmente lleva nuestro pueblo y exigimos una AMNISTÍA TOTAL, para todas las presas y presos políticos que actualmente están en la cárcel por su lucha contra el sistema económico-político y social que padecemos»[405]. Las activistas feministas manejaban un concepto amplio de «delito político» y lo presentaban en los encierros y charlas pro amnistía, reclamando también amnistía para las encarceladas por aborto, las prostitutas, etc.

El lanzamiento de la campaña por la amnistía para los «delitos de la mujer» y por una sexualidad libre[406] coincidió el mismo día con la noticia sobre la primera manifestación convocada en Bilbao por una recién creada Coordinadora de Marginados. En esta coordinadora se agrupaban la Asamblea de Mujeres de Vizcaya, los objetores de conciencia, EHGAM, la Juventud Gay de Euskadi y la Coordinadora de Presos Españoles en Lucha (COPEL)[407]. Esta última era la organización que agrupaba a una parte de los presos comunes. Duró poco tiempo, pero promovió iniciativas impactantes como motines y autolesiones para reivindicar mejoras en las condiciones de vida en

---

[404] Una denuncia de un grupo feminista guipuzcoano (la Asociación para la Libertad de las Mujeres de Guipúzcoa) ante la que denominan «amnistía parlamentaria» en *Egin*, 9-10-1977; Magda Oranich (quien fuera abogada de «Txiki»): «Amnistía, también para la mujer», en *Vindicación Feminista*, 12 (1977). En Bilbao y San Sebastián también hubo movilizaciones (recogida de firmas, manifestaciones) por la «amnistía militar», en *Egin*, 13-10-1977. Los convocantes eran miembros del Movimiento de Objeción de Conciencia y de organizaciones juveniles ligadas a diversos partidos de izquierda.

[405] La cita en CDEM, cajas AMV: «Objetivos y organización del movimiento feminista en Vizcaya», septiembre de 1976. Mayúsculas en el original. Más en la misma línea en CDEM, cajas AMV: «Comunicado de la Asamblea de Mujeres ante la lucha por la amnistía», donde se denuncia «las condiciones especialmente denigrantes y duras que sufren nuestras compañeras».

[406] *El País*, 10-11-1977.

[407] La creación de tal Coordinadora en *Egin*, 26-10-1977.

las cárceles y una «amnistía total», que incluyera también a los presos sociales[408].

La Coordinadora de Marginados no incluía a los grupos antinucleares ni ecologistas. Esto se explica por dos motivos. Por un lado, sobre los antinucleares no pesaba una discriminación personal ni grupal concreta como podía existir en el caso de los gays y las mujeres. Por otra parte, difícilmente podrían haberse considerado como marginales unas reivindicaciones que estaban sacando a la calle a miles de personas, pasando a ocupar titulares de la actualidad informativa y forzando el posicionamiento de multitud de agentes sociales.

Hay que aclarar que el nacionalismo vasco no aparecía formalmente mezclado con las reivindicaciones de la Coordinadora de Marginados de Bilbao. Era la común percepción de discriminaciones, el planteamiento compartido de respuestas y su nacimiento simultáneo como sujetos movilizados lo que estaba llevando a que estos sectores aparentemente heterogéneos se aproximaran. La Coordinadora de Marginados no nació bajo el impulso de la detección de una exclusión de tipo económico, aunque algunos de sus miembros también pudieran estar afectados por ella. El criterio para unir esfuerzos era principalmente de tipo antirrepresivo e identitario, sobre la base de sentirse arrinconados en los márgenes del sistema bajo leyes opresivas, señalados como peligrosos sociales y tratados como menores de edad ante la ley[409].

Aquellos que en ese momento creyeron oportuno definirse como marginados estaban intentando hacer una llamada de atención al conjunto de la sociedad desde las desatendidas cunetas de la Transición. Ante el proceso de cambios puesto en marcha venían a recordar que ellos también existían, que eran otra parte legítimamente constituyente de la sociedad y que si se quería asentar un régimen democrático, éste debía tenerlos en consideración y establecer los cauces adecuados para sacarles de la discriminación. No en vano el desencadenante de la manifestación de Bilbao había sido la muerte en prisión de una prostituta, una joven perteneciente a un colectivo sobre el cual pesaba la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social[410].

El nacimiento de las Coordinadoras de Marginados no respondió a un impulso espontáneo ni localista. Tanto en Madrid como en otras partes de España se crearon en fechas similares Coordinadoras del mismo cariz que la de Bilbao. En Madrid, por ejemplo, aparte de a gays, feministas y objetores de conciencia el colectivo también reunía a pacientes psiquiátricos (Psi-

---

[408] Noticia sobre la hospitalización de cuatro presos autolesionados en *Egin*, 12-11-1977; más sobre la COPEL en Arnalte, 2003: 180.

[409] No considerar elementos históricos como los aquí mencionados puede provocar errores como los cometidos por Apalategi, 1999: 265, quien dentro de su estudio sobre el asociacionismo vasco junta de manera incomprensible en un mismo bloque dedicado a colectivos marginados a EHGAM y a una asociación de gitanos, forzando la comparación hasta llegar a asegurar que «tienen un perfil bastante similar».

[410] *Egin*, 13-11-1977.

quiatrizados en Lucha) y discapacitados (Minusválidos Unidos). La Coordinadora de Marginados de Madrid convocó en noviembre de 1977 una Semana contra la Ley de Peligrosidad Social[411]. Los franceses Félix Guattari y Michel Foucault eran referentes intelectuales para los más leídos de esos grupos[412]. En España el filósofo donostiarra Fernando Savater era uno de los apoyos más conocidos de estas Coordinadoras. También pusieron su grano de arena editoriales libertarias tipo Campo Abierto, empeñadas en difundir estas problemáticas, que afectaban a muchas personas pero que no figuraban como prioritarias en las agendas de los líderes políticos[413]. Dentro de la campaña contra la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social se envió al Gobierno una carta abierta firmada por, entre otros, el cineasta Juan Antonio Bardem, el poeta Rafael Alberti, Fernando Savater, el abogado y fundador de la revista *Cuadernos para el Diálogo* Joaquín Ruiz-Giménez, etc.[414] Las redes sociales de apoyo comenzaban así a extenderse.

Prostitutas, pacientes psiquiátricos, discapacitados, homosexuales y transexuales, objetores de conciencia, feministas… La presencia pública y organizada de todos ellos imposibilitaba que alguien pudiera dudar de su existencia. Ciertamente, para las organizaciones del movimiento gay la visibilidad era un eje prioritario en aquellos comienzos. Se trataba de que se les viera. De que no se pudiera girar la cabeza hacia otro lado para negar su existencia o para decir que en el País Vasco no había homosexuales (una forma de desviar el conflicto cultural *fuera* de la comunidad, ante lo que a veces respondían hablando en euskera en las charlas para tratar así de remarcar que eran *de aquí*[415]). De que no se insultara ni vejara con frases que directa o indirectamente eran ofensivas, como «los maricones, bien, mientras no me den por el culo…»[416].

La primera salida a la calle en la cual una de las convocantes era una organización del movimiento gay fue la citada manifestación de la Coordinadora de Marginados celebrada en noviembre de 1977 en Bilbao. «Cambiar la vida, cambiar la historia. No a la Ley de Peligrosidad Social», rezaba una de las pancartas que aparecieron durante el transcurso de la misma[417]. La policía les dejó desfilar sin mayores problemas por algunos barrios decadentes y marginales de Bilbao (Las Cortes, San Francisco). Sin embargo, cuando

---

411 Noticia sobre la convocatoria en *Egin*, 23-11-1977.

412 De hecho su presencia se esperaba en la Semana contra la Ley de Peligrosidad Social de noviembre de 1977, en *El País*, 10-11-1977.

413 *Vid.,* en este sentido, López Linage *et al.,* 1977.

414 *El País*, 10-11-1977.

415 Entrevista citada con Juan Quiroga.

416 La cita en *Ibídem*. Como afirmó Didier Eribon, 2000: 31, «la gente que viene a esta manifestación [del Día Internacional del Orgullo Gay] ha estado casi toda obligada, durante una buena parte de su vida, a disimular su sexualidad y a vivir en la vergüenza. Hasta que un buen día ha dicho basta. Es un momento de liberación personal. Pero ese gesto es muy difícil de realizar individualmente. Es la visibilidad colectiva la que lo hace posible».

417 En *Egin*, 25-11-1977.

la marcha enfiló hacia el distrito comercial y pujante del centro de la villa, la zona de Abando, la policía respondió con cargas para disolver a los congregados, que sumaban, según la prensa, unas 4.000 personas.

Es interesante constatar tanto el deseo de los manifestantes por localizar y visibilizar su protesta en algunas de las principales vías de Bilbao (Hurtado de Amézaga, plaza España), como el intento de la policía por mantener una jerarquía geográfica de la respetabilidad. La segregación social existente entre los diferentes barrios de la villa tuvo correlación con el tipo de represión selectiva que las FOP ejercieron. La protesta terminó con las mencionadas cargas y lanzamientos de botes de humo por parte de la policía, así como con cruce de contenedores en la vía pública y con quema de banderas españolas y americanas por parte de algunos grupos de manifestantes. Los conflictos planteados por los «marginados» se mezclaban así, también, con la cuestión de las identidades nacionales.

Para el movimiento gay, en esos comienzos, las reivindicaciones urgentes eran las de amnistía para los homosexuales y despenalización de la homosexualidad. Las organizaciones gays exigían una «amnistía total» que, en la línea de lo que pedía la COPEL, también incluyera a los presos sociales. La visibilidad se veía como prioritaria de cara a sacar a la calle la reivindicación de normalización de la cuestión homosexual. Pero ninguna organización del movimiento gay en el País Vasco promovió el *coming out* forzado de sus activistas. Es decir, no se defendió la «salida del armario» obligatoria para los militantes gays. Entre las zonas de sombra de algunas de las organizaciones del movimiento gay de los años setenta figura este punto[418]. Los militantes gays, y muchos que no eran activistas, dieron voluntaria y deliberadamente a conocer en sus centros de trabajo, a sus familiares, entre sus amigos, etc., su orientación sexual como fórmula para extender la percepción social de normalidad de la misma. Este proceso fue lento por culpa de los elevados costes personales que suponía. Dicha lentitud, que responde a la extensión y persistencia de patrones culturales sólidamente asentados en el nulo respeto hacia la homosexualidad, contrastaba, por ejemplo, con la mayor capacidad de impacto social que la cuestión de la energía nuclear iba adquiriendo.

A partir de la multitudinaria manifestación de julio de 1977 el debate sobre la energía nuclear se colocó en primera plana de la actualidad vasca. Ahí permaneció durante años, siendo un espejo en el que se retrataron el conjunto de los agentes sociales (partidos políticos, sindicatos, medios de comunicación, intelectuales, etc.). No en vano, los promotores de dicha manifestación, los miembros de la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear, pretendieron desde ese primer momento que las diferentes organizaciones, partidos y sindicatos se definieran nítidamente sobre las centrales

---

[418] Hay un ejemplo en la película dirigida por Gus Van Sant *Milk* (2008). En una de las escenas el líder gay Harvey Milk conmina a uno de los activistas de su grupo a dar ejemplo llamando por teléfono a su familia para contarles cuál es su orientación sexual.

nucleares cuya construcción se había planeado dentro de Euskadi. Otro aspecto a resaltar es que, a estas alturas, el contenido de las acciones colectivas se iba focalizando cada vez con más claridad en torno a Lemóniz. Mientras tanto, la amenaza de los otros proyectos (en Ea-Ispaster, Deba y Tudela) perdía fuerza. En ninguno de estos últimos casos habían comenzado las obras, mientras que en Lemóniz sí.

Las primeras acciones colectivas impulsadas por estos movimientos sociales tomaron la forma de manifestaciones político-reivindicativas que se propusieron como objetivo poco disimilado, particularmente en los casos de feministas y gays, salir del espacio privado al público. Que era necesario salir de sus guetos era algo que ya habían planteado otros grupos marginados, como los afroamericanos estadounidenses, durante la década de los sesenta. Quizá el discurso más recordado en este sentido sea el *I Have a Dream* del líder del movimiento por los derechos civiles de la minoría negra Martin Luther King. Era un sueño de igualdad, respeto y convivencia proclamado en el marco de la marcha sobre Washington de 1963[419].

Esos espacios que convenía rebasar para tomar la calle eran el ámbito doméstico en el caso de las mujeres (así, se proclamaban frases como: «El dulce hogar, una jaula de oro para la mujer»; «Mujer: tu casa es tu cárcel. Aska zaitez [libérate]», «¿Cómo salir de ese agujero?» o «Mujer, sal de tu cocina y organízate»[420]) y los locales cerrados de ambiente homosexual para los gays (la consigna «¡Fuera del gueto! ¡A la calle!» era fundamental: EHGAM nacía, según sus portavoces, para sacar la homosexualidad a la calle y también para «concienciar al gay y hacerle romper con su gueto»[421]). Por lo tanto, desde diversos sectores, en apariencia heterogéneos, pero ligados frecuentemente a la izquierda radical en lo ideológico, se lanzó una advertencia común: la democracia, para ser algo más que una palabra, debía llenarse de contenido e integrar las reclamaciones de grupos hasta entonces excluidos.

La persistencia de discriminaciones era incompatible con la libertad que se pretendía conquistar tras cuarenta años de dictadura. Esto, en el caso de los nuevos movimientos sociales de los setenta, comenzó a sostenerse desde la fecha de creación de los mismos y fue un lugar común a lo largo de toda la Transición. La convocatoria y celebración de las manifestaciones ofrecía el marco propicio para exteriorizar el inconformismo y para materializar esa idea de toma del espacio público. Pero, mientras que tratar de salir de los guetos particulares de mujeres y homosexuales era una forma mediante la que los movimientos feminista y gay se hacían presentes en la vida pública, el nacionalismo vasco radical comenzaba la construcción de su «gueto político cerrado», de una «contrasociedad» o «sociedad paralela», alimentada

---

419 Carroll y Torricelli, 1999: 234-237.

420 CDEM, cajas AMV, panfleto: «Mujer, legislación opresiva y marginación social»; revista de las «Jornadas de la Mujer en Euskadi», 1977; y *El País*, 9-03-1977, respectivamente.

421 Las citas en *Gay Hotsa*, 0 (1977) y *Egin*, 19-10-1978.

mediante sus propios medios de comunicación, organizaciones, locales y símbolos[422].

Mientras unos trataban de abrirse a la sociedad otros se iban encerrando en sus propios dogmas. Acudían, así, a algunas de las manifestaciones convocadas por las organizaciones de los nuevos movimientos sociales para gritar sus propias consignas a favor de la excarcelación de los presos por terrorismo o en apoyo de la «lucha armada» de ETAm[423]. En estas fechas, a partir de la no participación del *abertzalismo* radical ligado a ETAm en las elecciones de junio del 77 y de la continuación del terrorismo a cargo de esta organización, podemos precisar los inicios de lo que para Alfonso Pérez-Agote se trata de «un siniestro círculo vicioso: el de un sector social que para seguir manteniendo la ilusión de verdad de una profecía falsa necesita ser cada vez más autorreferente, estar más desconectado del resto de la sociedad»[424].

La exteriorización en el espacio público de las reclamaciones de los movimientos sociales no sólo adquirió la forma de manifestaciones. Pronto se produjo una primera ampliación de los repertorios y de los lugares de la protesta. La transformación de hábitos que perseguían las organizaciones de los nuevos movimientos sociales implicaba que se lanzaran quejas y exigencias a las autoridades, pero también que se desarrollaran iniciativas desde abajo. Es el caso de las asociaciones de familias, que estaban organizando intervenciones directas a través del trabajo en equipo de vecinos para paliar diversos problemas de los barrios[425]. Una experiencia cultural autogestionada fue la Universidad Popular de Recaldeberri, impulsada por la Asociación de Familias del mismo barrio de Bilbao[426], que a la altura de 1977 contaba con varios cientos de alumnos[427].

Distintas organizaciones de los nuevos movimientos sociales de los setenta, ya desde el mismo momento de su creación, dieron respuestas concretas ante la indolencia institucional y ante las nuevas demandas y necesidades sociales. En este sentido, a lo largo del año 1977 surgieron guarderías impulsadas, en ocasiones, por grupos feministas[428], y se exigió a las instituciones que promovieran la apertura de otras guarderías públicas[429]. Con ello se trataba de afrontar los retos de conciliación familiar que planteaba la creciente incorporación de las mujeres al mercado laboral con contratos regulares, toda

---

[422] Las citas en Domínguez, 2000: 352; Casquete, 2006a: 74; y Elzo y Arrieta, 2005: 188 respectivamente.

[423] Por ejemplo en la masiva manifestación de julio de 1977 convocada en Bilbao por la Comisión de Defensa, en *Deia*, 14-07-1977.

[424] Pérez-Agote, 2008: XII.

[425] Es en este sentido como M. Castells, 2008: 21-23, se refiere al vecinal como un movimiento «productor de ciudad».

[426] *El País*, 14-01-1978.

[427] *Egin*, 20-02-1977; y libro publicado por la Asociación de Familias de Recaldeberri, 1977 (titulado *Cultura para 70.000*).

[428] En *Egin*, 30-09-1977, noticia de la creación de una «guardería popular» en Zarauz.

[429] *Egin*, 4-10-1977, el Pleno del Ayuntamiento de Pamplona trató el tema.

vez que se iba superando la imagen de la función de las mujeres fundamentalmente como cuidadoras del hogar y de la prole.

Otro importante eje de actuación para el movimiento feminista fue la apertura de centros de planificación familiar. Veamos un caso concreto sin salir del barrio de Rekaldeberri. El Módulo Psicosocial de dicho vecindario nació de la mano de su activa Asociación de Familias[430], personas procedentes de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya, un grupo de salud mental del hospital psiquiátrico de Zamudio y varios profesionales liberales que se involucraron personalmente, procedentes de la ginecología, abogacía… y algunos rodados profesionalmente en el extranjero. Entre todos pusieron en marcha una iniciativa pionera, ya que no existía nada parecido en todo el País Vasco, aunque sí en Barcelona y Madrid.

El módulo contaba, al comienzo, con tres equipos que trabajaban de forma libre y voluntaria: una asesoría jurídica, un centro de planificación familiar y un grupo de salud mental. Había psiquiatras, abogados, ginecólogas, trabajadoras sociales y psicólogos que impartían charlas en barrios, institutos o centros culturales, realizando lo que podría denominarse un trabajo preventivo. Era una labor ingente para dar a conocer anticonceptivos, anatomía humana, higiene y relaciones sexuales, etc. También acudían a programas de radio y formaban a monitoras para el trabajo en la comunidad. Asimismo, en los locales se reunían semanalmente las mujeres que formaban el grupo de familiares de alcohólicos[431].

Al módulo acudían usuarios procedentes de toda la provincia, aunque especialmente de Bilbao y del propio barrio en el que se asentaba. Precisamente la idea de los promotores era crear un servicio cercano y abierto allá donde se necesitaba. En este caso, en un barrio predominantemente obrero, con un alto índice de inmigrantes y multitud de problemas de alcoholismo, contaminación ambiental y degradación urbanística. La inmediatez y la cercanía eran los ejes centrales del trabajo en el módulo. Eran pilares fundamentales para que las personas se animaran a acercarse y entrar. Esos conceptos entroncaban con los principios motores de disciplinas como la psicología comunitaria, la psiquiatría social (era la época de la antipsiquiatría también) y la sociología de la salud.

El contacto con la Asociación de Familias facilitaba que el local fuese conocido y frecuentado. El hecho de que algunas de las monitoras fuesen del propio barrio, que formasen parte del ambiente local, acortaba las distancias a la hora de animar a muchos vecinos a cruzar la barrera de la puerta. El centro de planificación familiar que se puso en marcha dentro del Módulo Psicosocial lo llevaban activistas feministas. La información sobre y el reparto gratuito de anticonceptivos era una de sus funciones. Además, dada la carencia de locales, a veces la Asamblea de Mujeres de Vizcaya se reunía en el

---

[430] Más información sobre la misma en los trabajos de Fernández Soldevilla, 2011; y Egiraun y del Vigo, 2007: 105-139.

[431] Entrevista citada con M.ª Luisa Menéndez.

mismo centro. La campaña lanzada en octubre de 1979 contra un juicio por aborto a once mujeres de Basauri, en la que más adelante habrá que detenerse, en parte se organizó allí.

Los centros de planificación familiar impulsados por la iniciativa institucional se retrasaron respecto a los dinamizados por las propias organizaciones feministas. Ya en 1977 había nacido una Coordinadora Estatal de Centros de Planificación Familiar[432]. Sin embargo, hasta abril de 1978 el Congreso no aprobó la despenalización de los anticonceptivos[433]. Las exigencias de una parte de la sociedad habían ido por delante de la ley a la hora de impulsar nuevas políticas públicas que iban en la dirección de europeizar a la sociedad española[434].

En esos inicios, para las organizaciones de los movimientos sociales se trataba de dar la cara, de auto-afirmarse y expresarse para hacer frente al contexto de frecuente desconocimiento existente sobre los temas que ponían encima de la mesa. En este sentido, las campañas de charlas se transformaron en una herramienta útil para llegar a la gente. Relacionado con aquellas aparece el asunto de la educación, de incidir en la enseñanza, un punto clave para entender el cambio de mentalidades y de actitudes que se pretendía propiciar desde los nuevos movimientos sociales de la Transición. Esas charlas se produjeron en decenas de centros diferentes, entre ellos en colegios e institutos. Es imposible cuantificar el impacto exacto que estas campañas tuvieron sobre la ciudadanía en general y sobre el alumnado en particular. Pero su mera existencia, aparte de dar fe de la preocupación que movía a los participantes de los nuevos movimientos sociales de los setenta, también tuvo un efecto práctico en forma de sensibilización y difusión de unas cuestiones hasta entonces prácticamente desconocidas.

A través del ejemplo del Módulo Psicosocial de Rekaldeberri ya se ha visto cómo las activistas feministas comenzaron a impartir charlas sobre información sexual, asesoramiento legal y laboral. También las organizaciones del movimiento gay impulsaron charlas en colegios, universidades, hospitales y locales de asociaciones de familias. Éste era un empeño de presentación del grupo para llegar a cuanta más gente mejor, un esfuerzo de dignificación frente a la sociedad y un impulso de afirmación de cara a unos mismos. La primera charla del movimiento gay en el País Vasco la impartió el activista de EHGAM Indalecio Castillo en la iglesia de Rekaldeberri[435]. Era un lugar aparentemente insólito para una celebración de tal tipo, pero

---

[432] Augustin, 2003: 87.

[433] *El País*, 27-04-1978. UCD había sido derrotada en su pretensión de «limitar la publicidad de estos productos». La propuesta fue aprobada gracias a los votos favorables de socialistas, comunistas y parte de los nacionalistas, así como gracias a la ausencia de varios diputados ucedistas.

[434] Y es que la venta de la píldora anticonceptiva pasó, según Sabio y Sartorius, 2007: 49, de 4,6 millones de unidades en 1974 a 8,2 en 1977.

[435] *Gay Hotsa*, 11 (1982).

el hecho es más comprensible si lo vemos en el marco del apoyo que diferentes personas dentro de la Iglesia católica venía brindando a los diversos grupos de la emergente oposición antifranquista y su labor de construcción de un tejido social que ligaba locales parroquiales, asociaciones de familias, grupos de danzas, etc., con la presencia discreta de partidos y sindicatos todavía ilegales.

El siguiente lugar elegido para dar otra charla fue el paraninfo de la Universidad de Deusto, espacio noble por excelencia de la universidad, donde se defendían las tesis doctorales, se abrían los años académicos mediante ceremonias solemnes y se impartían las conferencias más multitudinarias. Así, de paso, se desacralizaban espacios consagrados a actividades presuntamente más formales[436]. Con todo ello se trataba de ir cambiando los hábitos, las costumbres y las percepciones arraigadas. La meta era elevada e implicaba transformaciones radicales, en ocasiones situadas lejos de los medios materiales y humanos de que las organizaciones de los movimientos sociales disponían.

La oposición antifranquista no tuvo suficiente energía como para provocar por sí sola el derrumbe del régimen franquista[437]. Las pruebas serían la constatación de la desmovilización social existente en diversas regiones y sectores sociales, el hecho de que el dictador Franco no fuese derrocado y que la transición política desarrollara sus primeros pasos al compás de una Ley para la Reforma Política aprobada mayoritariamente por los españoles y que no suponía una ruptura drástica con el pasado franquista. El papel de los movimientos sociales «madrugadores» no fue tan determinante como para causar el cambio de régimen. Pero éstos condicionaran, en el plano político, la labor de los primeros gobiernos de la Monarquía, y contribuyeron a transformar, en el plano cultural, las experiencias de miles de españoles[438]. El rumbo de la transición política, dirigida inicialmente por reformistas procedentes del propio régimen franquista, apoyada posteriormente por los moderados dentro de la oposición antifranquista y espoleada desde abajo por la conflictividad social[439], no implicó necesariamente una transmisión directa de las mismas pautas culturales predominantes bajo la dictadura.

---

[436] Entrevista con Indalecio Castillo; Bilbao, 5-12-2008.

[437] En este sentido, Ysàs, 2007b: 22, aclara que «el activismo opositor (…) no constituyó en ningún momento una amenaza inminente para la dictadura, algo que pudiera provocar el colapso inmediato del régimen».

[438] Esto porque, siguiendo a Klandermans, 1994: 189, «los movimientos ponen en tela de juicio y desafían los códigos dominantes de la vida cotidiana».

[439] De ahí que aquí defienda, con Aróstegui, 1999: 257, que «la transición española fue verdaderamente un proceso que se encuentra tan lejos de representar «el auge de la lucha de masas» o la «ofensiva popular» (…) como también de ser el producto no más que de una «transacción o mercadeo», un conjunto de pactos casi secretos entre dirigentes»; y con autores como Gallego, 2008: 15, que de no haber mediado la movilización social el proceso político no habría transcurrido como lo hizo.

Capítulo 4

La potenciación de identidades colectivas

Según la conceptualización que aquí se sigue, cultura hace referencia a las formas mediante las cuales las personas se representan, actúan ante y dan sentido a la realidad, mientras que identidad colectiva alude a aquello de lo que uno siente formar parte. Una buena manera de profundizar en la construcción de significados alternativos para comprender la realidad es el análisis de las identidades colectivas que se potenciaron en torno a los nuevos movimientos sociales de la década de 1970[440]. Estos no son elementos mensurables de la acción colectiva, pero, como afirma Alberto Melucci, conviene no infravalorar «todos aquellos aspectos de esa acción que consisten en la producción de códigos culturales»[441].

Las identidades colectivas pueden funcionar como fermento de la protesta a través de la activación de la conciencia de pertenecer a un grupo particular, con intereses y experiencias comunes, construidas en torno a cuestiones cruciales como la etnicidad, la sexualidad, el género, la religiosidad, la clase o la nacionalidad, grupo que estaría necesitado de proclamar sus justas demandas en el espacio público[442]. La simbología y la ritualización de la protesta sirven para afianzar los lazos entre los participantes, la potenciación de identidades colectivas contribuye a la movilización y, en un camino de ida y vuelta, las protestas celebradas en un ambiente simbólicamente relevante (o cargado de haces de símbolos que representan y asocian ideas[443]) reasientan el sentido de «nosotros» y la comunión grupal. La identidad colectiva no remite a lo que se es por esencia, sino a aquello que uno siente ser por decisión propia. En palabras de Alberto Melucci:

---

[440] Para «cultura», Aróstegui, 2004: 332; y para «identidad», Cruz, 1997: 31.
[441] Melucci, 1994: 125.
[442] Taylor y Whittier, 1992: 105.
[443] Geertz, 1988: 87-117.

> La gente no es lo que es, sino lo que elige ser. Las personas no forman parte de un grupo o se adscriben a una causa porque compartan una condición objetiva, o porque hayan tomado una decisión definitiva o irreversible, sino porque continúan eligiendo entre distintas opciones y asumen la responsabilidad que ello implica[444].

Uno no se da cuenta de pronto de cuál es su identidad, no despierta y la halla como si fuese un objeto perdido que aguarda hasta ser descubierto. Por el contrario, las identidades colectivas se construyen, se eligen y se pueden cambiar[445], por tanto, forman parte de la subjetividad de las personas, no de su naturaleza. Como escribe Amin Maalouf, «todo ser humano (…) no se limita a «tomar conciencia» de lo que es, sino que se hace lo que es; no se limita a «tomar conciencia» de su identidad, sino que la va adquiriendo paso a paso»[446].

La construcción de una identidad colectiva puede ser, a veces, un proceso conscientemente impulsado por diferentes agentes, como líderes políticos, activistas sociales o medios de comunicación. Pero también, en una medida difícil de cuantificar, es una consecuencia no razonada previamente y, por tanto, involuntaria, fruto del azar, la improvisación o el oportunismo político coyuntural. Las identidades colectivas echan a rodar en un momento dado, pero pueden seguir trayectorias imprevistas. Entre sus características básicas están, como ya se ha señalado, su multiplicidad y dinamismo[447]. Su formación responde a un proceso complejo, abierto y cambiante. En una misma persona pueden solaparse y compatibilizarse vínculos de pertenencia a distintos colectivos.

Es imposible resumir y sistematizar en un corpus cerrado los ingredientes que participan de la producción y potenciación de una identidad colectiva. Pero en dicho proceso pueden intervenir algunos de los siguientes elementos: percepción individual de menosprecios o discriminaciones, proliferación de organizaciones, ritualización de determinadas formas de protesta, cultivo y disponibilidad de una literatura política, creación de redes sociales densas, adopción de símbolos y reivindicaciones reconocibles, llegada de textos e ideas desarrolladas en otros lugares y reconocimiento público del grupo. Por supuesto, en cada caso no tienen por qué aparecer, de forma automática y sucesiva, todos y cada uno de estos ingredientes. Con la citada lista no se trata de codificar ni de regular nada, sino de apuntar ciertos aspectos que estuvieron presentes en los casos concretos aquí tratados.

---

444 Melucci, 1994: 143.

445 Todorov, 2008: 83-127 (especialmente 88 y 97-99).

446 Maalouf, 1999: 33.

447 Según Nash, 2002: 100, «las identidades culturales representan un proceso de construcción permanente». También Klandermans, 1994: 214; y Della Porta y Diani, 2006: 87, han advertido, en la misma dirección, que la acción colectiva produce continuas redefiniciones de la identidad de los actores.

Para analizar las identidades colectivas relacionadas con los movimientos gay, feminista y antinuclear se sigue aquí un esquema analítico deudor del elaborado por David Snow, Robert Benford y Scott Hunt. Estos autores distinguen tres campos: la cohesión del «nosotros» (protagonistas), la construcción de un «ellos» (antagonistas), y la concepción de unos aliados y simpatizantes a los que tratar de convencer e implicar en las protestas (audiencias)[448]. Con todo, no se trata ahora de mostrar una foto fija de la identidad. Hay que huir de la tendencia a tratar de pormenorizar y agotar los que serían los rasgos característicos de las identidades colectivas, porque esto implicaría detenerlas, estabilizarlas y obligarlas a perder lo que es su característica pluralidad y mutabilidad[449].

El desarrollo de la idea de «nosotros»

Como hemos visto, desde las organizaciones de los nuevos movimientos sociales se trataba de tomar la palabra y la acción en primera persona. Sus activistas pensaban que los cambios en torno a los temas de su interés no iban a caer como consecuencia necesaria del devenir histórico, sino que era necesario impulsarlos. Desde el principio de la trayectoria de estas organizaciones se fueron moldeando elementos que ayudaron a incrementar las adhesiones y a dar a conocer al grupo, como la disponibilidad de líderes persuasivos o de simpatizantes conocidos.

Del mismo modo, de cara a cohesionar a los afectos y para darse a conocer ante el conjunto de la sociedad desde los movimientos sociales de los años setenta se impulsaron ciertas identidades colectivas. La forma de articular y transmitir estas identidades no se ceñía únicamente a textos ideológicos, sino que integraba la celebración de fechas significativas o la proliferación de una simbología reconocible. En primer lugar voy a profundizar en la expresión pública de dos identidades colectivas «fuertes»[450], de orientación sexual y género. Más adelante haré referencia a las formas de identidad que pudieron rodear al movimiento antinuclear[451].

---

[448] Benford, Hunt y Snow, 1994: 222 y 223.

[449] L. Castells, 2009a: 19. Por ello autores como Ucelay da Cal, 2006, prefieren hablar de «identificación» antes que de «identidad». Aquí se emplean ambos términos de manera indistinta.

[450] Cabe precisar aquí que «el grado de contenido cognitivo de un grupo (…) varía de un tipo de grupos a otros», en Pérez-Agote, 2008: 37; y, en la misma dirección, Tilly y Wood, 2009: 12-14.

[451] De momento resulta útil recurrir aquí a Pérez-Agote, 2008: 28, para ir señalando que si «el objetivo del movimiento es directamente público (movimiento ecologista, por ejemplo) la trayectoria de sus miembros va de lo público a lo privado, pues la pertenencia al movimiento deviene un elemento central en muchos casos de la identidad de los miembros».

La identificación gay, basada en la orientación (homo)sexual, era, en la España de 1977, algo que estaba emergiendo a la luz pública[452]. El término gay no era comúnmente conocido. De hecho, se trataba de un neologismo importado de las movilizaciones que, para promover el orgullo ante la propia orientación sexual, se habían venido desarrollando en los Estados Unidos y en algunos países de Europa Occidental (Reino Unido, Francia, Italia) desde finales de los años sesenta. Pero a la altura de 1977 no es sólo que la sociedad española desconociera el tema de la homosexualidad o lo rodeara de tópicos y prejuicios negativos. Algunos de los propios homosexuales estaban viviendo un proceso de aprendizaje político no transmitido oralmente desde una generación militante anterior en la que pudieran reconocerse. Los referentes de los que se dotaron, en buena medida, nacían de su mismo tiempo y, como ya se ha visto, estaban llegando a través de viajes al extranjero, libros de literatura o de ensayo y noticias en los medios de comunicación. «Gay» era, pues, una palabra que empezaba a ser útil para reconocerse. Su propia palabra para ellos mismos[453]. Nadie desde fuera les había impuesto la etiqueta, que no tenía ninguna connotación despectiva, sino que su significado era alegre y desenvuelto[454]. En el País Vasco empezó a difundirse desde el momento en que figuraba en el mismo nombre de las nuevas organizaciones Juventud Gay de Euskadi y EHGAM (Movimiento para la Liberación Gay de Euskal Herria).

Algunas de las reivindicaciones fundamentales de las organizaciones feministas, mediante las que estaban pasando a reclamar que diversos ámbitos de lo hasta entonces tenido como privado ocuparan un espacio en el terreno público después de la dictadura franquista, eran la crítica de la familia patriarcal, de la subordinación de las mujeres respecto a los varones y de la perpetuación de los roles tradicionales asociados a cada sexo. Mientras que el sexo hace referencia a la carga biológica que el individuo tiene desde y por nacimiento, el género se vincula con la carga cultural que, dependiendo de cuál sea su sexo, la persona va adquiriendo a lo largo de su vida[455]. La identificación feminista no era una invención de estas fechas. Décadas atrás ya había surgido una anterior oleada del movimiento feminista, la protagonizada por las sufragistas[456]. Lo novedoso, en todo caso, era el potente impacto que el feminismo estaba alcanzando en el marco de una sociedad cada vez más interconectada a nivel internacional[457].

---

[452] Así lo pongo de manifiesto de forma más detallada en López Romo, 2011.

[453] Watney, 1980: 64; y Beriain, 1998: 24, quien reflexiona sobre cómo «la constitución interna y la delimitación externa de un colectivo se consigue a través de la denominación, poniendo *nombre* al colectivo para configurar su identidad».

[454] López Romo, 2008a: 145-147; Mira, 2002: 12, 325 y 326; Herrero Brasas, 1993: 25.

[455] Así pues, la categoría de «género» hace referencia a la construcción social y cultural de las diferencias de sexo (Barbieri, 1993; y Scott, 1990, sobre sus potencialidades en el trabajo historiográfico).

[456] Nash, 2004: 163.

[457] M. Castells, 1998: 161 y 162.

Los diferentes ejes de interés y las prioridades del nuevo movimiento feminista se fueron fraguando en torno al nacimiento de unas organizaciones formalmente asamblearias, unitarias y autónomas. Asamblearias por su preferencia por una organización horizontal que no jerarquizase a las participantes. Unitarias por tratar de agrupar a todas las mujeres feministas al margen de que fuesen «independientes» o «doble militantes» y sin distinguir dependiendo de su ideología. Autónomas por desarrollar su trabajo por cuenta propia, sin depender ni responder a los intereses de ninguna otra organización[458]. Los asuntos a tratar eran variados: el trabajo doméstico, la discriminación y la precariedad laboral, el aborto libre y gratuito, el divorcio, la sexualidad y la natalidad (la capacidad de decisión de las mujeres acerca de la reproducción, el acceso a los anticonceptivos, el derecho a disfrutar del sexo), las violaciones y agresiones machistas, la prostitución, la pornografía… Los objetivos eran promover de forma inmediata algunos cambios en las leyes e impulsar, asimismo, transformaciones en las costumbres y mentalidades que pudieran tener efectos a más largo plazo[459].

Los fines, sin duda, eran ambiciosos. Implicaban la materialización de todo un programa de cambio político y social. Las herramientas de que se disponía, sin embargo, no solían estar en consonancia con la dimensión de las metas. La potenciación de una forma de identidad de género feminista ejerció un poderoso papel. Pero más allá de las señas de identidad compartidas, y a propósito de la separación del movimiento en «doble militantes» e «independientes», la citada nómina de asuntos pronto fue abordada de forma divergente. La elección de las maneras de enfocar esas cuestiones no era algo baladí. Hubo activistas feministas que llegaron a incendiar material pornográfico en el transcurso de la celebración del Día Internacional de la Mujer de 1978 en Barcelona[460]. Sin duda es una anécdota, pero sumamente ilustrativa sobre el grado de radicalización alcanzado por algunos sectores feministas. Activistas de la Asamblea de Mujeres de Álava debatieron acerca de la conveniencia de hacer en Vitoria un acto similar. Al final lo rechazaron pensando en su semejanza con las quemas de libros protagonizadas por intolerantes de diverso signo a lo largo de la historia[461]. La pornografía había pasado en pocos años de ser objeto de las iras de la mojigatería franquista a arder en una pira encendida por las feministas más intransigentes, que estaban consiguiendo cerrar el círculo de la censura moral a un ritmo vertiginoso. Como veremos más adelante, aquellas hallaron en los paternalistas pistoleros de ETApm unos inesperados aliados.

---

458 CDEM, cajas AMV: «Memoria Asamblea de Mujeres de Álava», febrero 1983. Los Comités Antinucleares y EHGAM también se movían bajo parámetros similares. En el apartado titulado «Las asambleas: (semi)estructuración de los movimientos sociales», se verán algunas de las limitaciones de estas autodefiniciones.

459 Entrevista citada con Begoña Mendía.

460 En *Dones en Lluita*, 3 (1978).

461 Entrevista citada con Begoña Muruaga.

Las reivindicaciones puestas sobre la mesa reflejaron, en esos comienzos, algunos de los contenidos centrales de la identidad colectiva feminista que se estaba fomentando. Del mismo modo, en la plataforma reivindicativa de EHGAM aparecieron varios puntos fundamentales de su autodefinición como grupo a la altura de 1977. Entre ellos destacan la crítica del «gueto homosexual» como una jaula de oro, el orgullo ante la propia orientación sexual, la denuncia de la prostitución, la demanda de una revolución sexual y social, el fin de la dicotomía heterosexual-homosexual y la proclamación de la universalidad del deseo gay, así como la solidaridad explícita con otras cuestiones sociales, particularmente con las vinculadas a los movimientos feminista, de objeción de conciencia y de los presos sociales[462].

Con este tipo de iniciativas (organizaciones, plataformas reivindicativas, salidas a la calle) se estaba impulsando una identidad colectiva basada en una mirada positiva hacia una orientación sexual vilipendiada. Pero esto no quiere decir que se defendiera la existencia de una cultura gay fijable en una serie de rasgos. La bandera del orgullo, el proclamar *soy gay* con firmeza y reivindicación, era una clara seña de identidad, pero conscientemente construida para responder a unas determinadas circunstancias. Para los activistas de EHGAM, tal forma de identidad debía desaparecer cuando ya no existieran discriminaciones y cuando la gente no se viese impelida a clasificarse dependiendo de con quien se iba a la cama[463].

Así pues, desde EHGAM se defendía que no había homosexuales ni heterosexuales, que no había que etiquetar y compartimentar la sexualidad humana. Sus activistas se mostraron reacios a señalar cuáles serían los rasgos característicos de una diferencia homosexual que creían inexistente y a la cual, además, situaban en la base de la discriminación. Consideraban, en una línea constructivista, que las personas se clasificaban como heteros u homosexuales no porque exista una forma de distinción primaria entre ambos, sino porque se les inducía a ello. Sin embargo, de cara a la auto-afirmación en tiempos difíciles, en la práctica se lanzó el primer número de la revista *Gay Hotsa* (Voz Gay[464]), la organización se denominó movimiento de liberación gay, se convocaron fiestas para gays, se trató de airear por todos los medios a su alcance (que no eran muchos) que acostarse con alguien del mismo sexo era una opción tan legítima como la heterosexual y que los gays debían estar orgullosos de serlo y no ocultarlo ni avergonzarse[465].

---

462 *Gay Hotsa*, 0 (1977).

463 Entrevista citada con Mikel Martín.

464 La revista *Gay Hotsa*, cuyo primer número salió en noviembre de 1977, fue la decana de la prensa de los nuevos movimientos sociales en el País Vasco.

465 Así pues, esa potenciación de una identidad en torno al orgullo de ser gay sería una estrategia coyuntural que respondería a las necesidades del contexto de la Transición (Aliaga y Cortés, 2000: 114).

El hecho de potenciar ciertas identidades de orientación sexual o de género implicó, a menudo, tratar de vivir una nueva cotidianeidad. Podía incluso suponer la ruptura con los núcleos más cercanos que, habitualmente, sirven para dar seguridad y estabilidad al individuo: la familia, el círculo de los amigos del barrio. Las personas que se decidieron a dar ese paso (el definirse como gays o como feministas) muchas veces habían sido objeto de burlas o menosprecios. No necesariamente buscaron aferrarse a la integración en una comunidad cerrada, en la que sentirse cómodos y seguros, pero a menudo sí que iniciaron un camino rodeándose de nuevas compañías.

EHGAM, de cara al interior del grupo, sirvió para brindar apoyo y facilitar un refugio a sus integrantes. Pero dicha organización no era un núcleo ensimismado ni autosuficiente, sino que también se volcó hacia el exterior. Se trataba de dar a conocer el tema de la homosexualidad para procurar dignificar la vida de los gays. Al mismo tiempo, se trataba de tender puentes con aliados como las organizaciones del movimiento feminista. Activistas gays acudieron desde un inicio a las manifestaciones del 8 de marzo. Asimismo, EHGAM, como organización, se posicionó explícitamente, desde un primer momento, a favor de la despenalización del aborto y del divorcio libre. Se consideraba que estos posicionamientos formaban parte de una misma lucha contra el machismo y contra el patriarcado[466].

Pese a la debilidad numérica de muchas de las organizaciones de los movimientos sociales, empezar a «hacer algo» (por ejemplo, charlas o manifestaciones) ya suponía, a veces, un considerable esfuerzo transformador y una actitud de cambio vital inmediato, que podía afectar al individuo y a su círculo más próximo. Es el caso de los gays, o también de las feministas, que quisieran vencer resistencias interiores, familiares o sociales frente a temas tabú o malditos. Es por ello que gays y feministas, además de estar inmersos en una transición de tipo político, también vivieron una transición paralela de tipo personal[467].

En estos casos, se puso nombre y se aireó públicamente lo hasta entonces innombrable u oculto (el sexo no dirigido a la reproducción, las prácticas homosexuales, la violencia doméstica como un asunto no privado, la maternidad fuera del matrimonio) y, más aún, se levantó esa bandera con orgullo y determinación (la opción gay, la libertad sexual…). Particularmente esas fases iniciales implicaron, por tanto, «un desafío a las presiones sociales dominantes»[468], que es notorio en los casos de gays y feministas, pero no tanto en el de los antinucleares. Esto tiene que ver con el paso de lo privado

---

[466] El posicionamiento de EHGAM en *Gay Hotsa*, 0 (1977).

[467] Para el caso concreto de la «transición personal» de las mujeres algunas de las referencias más adecuadas serían: Barrio, 1996; Calvo en Augustin, 2003: 215; Nash, 2007; y García de León, 2008.

[468] Melucci, 1994: 146.

a lo público que caracterizó las protestas de los primeros, así como con la vuelta a lo privado en cuanto a la repercusión sobre las relaciones personales de las opciones políticas e identitarias asumidas.

Llevando esta vuelta a lo privado al extremo, un ejemplo sería el de las mujeres del pueblo *okupado* de Lakabe (Navarra), que hicieron un intento fallido de crear una comunidad formada exclusivamente por féminas bajo el argumento de que no necesitaban a los hombres para nada y que así conseguirían potenciar valores femeninos coartados y «encontrar nuestra propia identidad»[469]. Aquí no sólo hay un neorruralismo, una querencia por el retorno a la naturaleza y el alejamiento de las sociedades urbanas, sino también una tendencia al aislamiento grupalista. Se trata de un ejemplo que no cundió, pero, como escribe Manuel Castells, la tentación del regreso comunitario a lo privado es algo que está latente detrás de los nuevos movimientos sociales de los setenta[470].

Para la conformación de una identidad colectiva es fundamental la confluencia de variadas identidades personales, del mismo modo que «la identidad individual procede del encuentro de múltiples identidades colectivas en una sola persona, y cada una de nuestras numerosas pertenencias contribuye a la formación del ser único que somos»[471]. La pertenencia a un grupo determinado se integra a partir de múltiples «yoes» que se acercan, interactúan y se alimentan[472]. Eso es lo que en anteriores capítulos veíamos al hablar, por ejemplo, de las primeras reuniones informales de gays o de mujeres en torno a la puesta en común de experiencias similares, el intercambio de textos que a alguien le habían resultado sugerentes o la detección de menosprecios en la vida cotidiana. La relación del yo con otras personas percibidas como semejantes fue, así, fraguando solidaridades, las cuales se estrecharon también a partir del empleo de una simbología particular.

Los símbolos, gestos y emblemas, siguiendo a Jesús Casquete, «condensan ideologías y estimulan una cierta unanimidad interpretativa entre los espectadores»[473]. En el marco de las manifestaciones irían apareciendo algunos de esos elementos que servían para simplificar ideas. El sol sonriente se

---

[469] Noticia en prensa en *Egin*, 11-06-1982; texto completo de la comunicación en el Archivo de Miren Garmendia (AMG), Actas de las Jornadas de Mujeres Independientes (San Sebastián, 1982): «Un grupo de mujeres propone elaborar un proyecto sobre la necesidad de crear un pueblo de mujeres».

[470] M. Castells, 1998: 395.

[471] Todorov, 2008: 85.

[472] Funes y Monferrer, 2003: 30, «cada «yo» está compuesto por una retahíla de *yoes* que se van sucediendo en una retahíla temporal (…) y que se superpone a la interacción con otros *yoes* en el momento presente». La identidad personal se refiere a los rasgos que cada uno considera que le distinguen de otros individuos, mientras que, como ya se ha visto, la identidad colectiva (o identidad social) hace mención a la percepción de la pertenencia a un colectivo particular (Reicher y Hopkins, 2001: 33).

[473] Casquete, 2006a: 46.

convirtió en el emblema internacional del movimiento antinuclear. El lema que acompañaba a dicho símbolo («¿Nucleares? No, gracias») era reconocible por encima de las fronteras y se tradujo a diferentes idiomas. En las pegatinas que se repartían en las calles del País Vasco la frase que acompañaba al dibujo del sol era «*Nuklearra? Ez, eskerrik asko*». Dicho sol también se distribuyó serigrafiado en camisetas, bolsos, gorros, macutos, llaveros, chapas y banderas. Algunos de esos distintivos llegarían lejos. Martin Zabaleta, primer español en subir al monte Everest, colocó en la cima un anagrama antinuclear (y otro de ETA)[474].

Pero, en general, aparte del símbolo en positivo que representaba este sol alegre, que no era una creación vasca sino un producto foráneo que se importó[475], la mayor parte de la simbología que empezó a proliferar en torno a la protesta contra las centrales nucleares hacía mención a esqueletos, nubes de humo que representaban el peligro de explosión nuclear, cáncer y malformaciones, máscaras antigás… El símbolo que veíamos en páginas anteriores que había sido elaborado por Eduardo Chillida (con la leyenda «Deba no nuclear») también trasladaba la imagen de una calavera[476]. La energía nuclear generaba temor y una fuerte contestación. Parte de esa simbología empezó a aparecer no sólo en las manifestaciones, sino también en las primeras publicaciones de los movimientos sociales. En diciembre de 1977 salía a la calle el primer boletín en contra de Lemóniz, titulado *Ez, ez, ez* (No, no, no)[477]. Estaba impulsado por la Comisión de Defensa y las Asociaciones de Vecinos de Vizcaya. El movimiento en contra de las centrales nucleares ya tenía un órgano escrito propio, donde volcar ideas y argumentos y darse a conocer.

Para el movimiento gay los símbolos más reconocibles eran el color rosa, el triángulo invertido y la letra lambda. En los dos primeros casos se trataba de una reapropiación en positivo de los signos empleados por los nazis para marcar a los homosexuales en los campos de concentración. En el tercer caso se trataba de un guiño a la Grecia de la Antigüedad[478]. Como forma de autoafirmación también se podía emplear una gestualidad provocadora y exagerada. Lo que primero había sido un código particular y subterráneo para re-

---

474 En *El País*, 13-08-1980.

475 De hecho, el emblema fue creado por un grupo antinuclear danés y estaba patentado, por lo que se pedían remesas a los autores y se abonaba una compensación económica en concepto de derechos de autor. *Bizizaleak*, carpeta 9: «What you should know about the smiling sun».

476 Pancarta con el dibujo de un hongo tras una explosión nuclear en *El País*, 5-10-1977. Otro ejemplo concreto: en la masiva manifestación a favor de una costa vasca no nuclear de julio de 1977 en Bilbao «delante de la gran masa, una pantomima de la muerte, con guadaña incluida, recordaba a los presentes el peligro de las centrales», en *El País*, 15-07-1977. En *Deia*, 28-04-1979 se documenta lo mismo tras otra manifestación.

477 *Egin*, 4-01-1978.

478 Una explicación más extensa del significado de estos símbolos en López Romo, 2008a: 68. Otro símbolo que posteriormente se ha popularizado, la bandera con los colores del arco iris, no fue todavía empleado por el movimiento gay en el País Vasco de la Transición.

conocerse y ligar, ahora se lanzaba al espacio público y adquiría politización entre algunos sectores activistas.

Lo que significaba para los gays el color rosa era para las feministas el violeta. Estas últimas también esgrimían el espejo de Venus (un anillo con una cruz hacia abajo) como símbolo de lo femenino. En la cartelística y la iconografía feminista abundaba, asimismo, la denuncia de que las mujeres realizaban sin colaboración por parte de los varones los trabajos domésticos[479].

La utilización de la música también sirvió como importante vector identitario[480]. Así como las manifestaciones del movimiento obrero terminaban al son de *La Internacional* y las de la autodenominada izquierda *abertzale* con el *Eusko Gudariak*[481], los actos del movimiento feminista en el País Vasco culminaban con el cántico colectivo del *Zutik emakumeak!* (cuya letra dice «en pie mujeres, rompamos nuestras cadenas») mientras se formaba con las dos manos un triángulo que representaba el útero. Ambos elementos, canción y gesto, al principio no eran unánimemente conocidos[482]. Y es que estos distintivos no eran tradicionales ni antiquísimos, sino que habían sido creados y se empezaban a difundir a partir de entonces.

La letra del *Zutik emakumeak!* había sido elaborada sobre la melodía, creada por Rudy Goguel, de *Le Chant des Marais*. Era éste un himno cantado por los deportados a campos de concentración en la Europa de los años treinta. A principios de los años setenta el *Mouvement de Libération des Femmes* (MLF) francés recuperó dicha canción y la reescribió como *Debout!* (¡En pie!). Es sobre esa letra que las primeras feministas de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya hicieron una traducción al euskera[483]. Todo esto da fe de una nueva profusión estética y reivindicativa que comenzó a aparecer en las calles acompañando a la creación de nuevos movimientos sociales.

La necesidad de auto-afirmación y de asentar la presencia en el espacio público determinó que los movimientos sociales salieran a la calle en unas fechas referenciales concretas. Estas fechas servían como enseñanza colectiva. La ritualización de la protesta era un mecanismo útil para afianzar los lazos de solidaridad y de pertenencia hacia el grupo. El ritual, «un comportamiento simbólico que es socialmente estandarizado y repetitivo»[484], puede

---

[479] CDEM, cartel para un 8 de marzo celebrado en Bilbao. Aparece una mujer sosteniendo innumerables utensilios del hogar con la leyenda «Munduko emakume danen borrokarekin elkartasuna» (Solidaridad con la lucha de todas las mujeres del mundo).

[480] Sobre el poder de la música como potenciador de identidades colectivas, *vid*. Casquete, 2006b: 215, «sin el acompañamiento musical (…) la tarea de fundir, de disolver incluso, el «yo» en el «nosotros» no resultaría igual de efectiva».

[481] El himno al soldado (nacionalista) vasco, elaborado en los años treinta, reapropiado y empleado profusamente por el *abertzalismo* radical desde los años de la Transición, en Luengo y Delgado, 2006: 43; y Casquete, 2006b: 197-206.

[482] Entrevista citada con Begoña Mendia.

[483] *Ibídem*.

[484] Según la definición de David Kertzer en Casquete, 2006a: 45.

servir como argamasa para suturar diferencias internas y para mantener una presión periódica sobre los gobiernos. Aunque mediante las citadas efemérides se recordaran unos acontecimientos que estaban cada vez más lejanos en el tiempo, cada año se vinculaban con situaciones del presente (juicios por aborto, el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981…), y así adquirían mayor significación y carga emotiva para las personas que salían a manifestarse.

Estas fechas referenciales conmemoraban hechos presentados como heroicos, como los sucesos de junio de 1969 en Nueva York para el movimiento gay, o bien martiriales, como los acontecimientos de Chicago de 1886 para el movimiento obrero. Estos sucesos pasaron a formar parte del bagaje crítico de diversos grupos. La prensa se volcó a la hora de narrar el origen de estos días. La historia del 1 de mayo, el 8 de marzo o el 28 de junio aparecía relatada año tras año[485]. Coincidiendo con esa última fecha se empezó a celebrar el Día Internacional del Orgullo Gay, a cuenta de que, en 1969, homosexuales de Nueva York, por primera vez, habían hecho frente a una redada de la policía en un bar de ambiente, el *Stonewall Inn*[486]. Ya desde 1976 el diario *El País* había publicado una noticia dando cuenta de la existencia de esa efeméride en un momento en el que todavía ninguna organización gay había convocado manifestaciones en España[487].

Como hemos visto en páginas anteriores, el Día Internacional del Orgullo Gay fue celebrado por vez primera en España en Barcelona, en 1977. «Los homosexuales se echan a la calle», titulaba *Diario 16*[488]. Las manifestaciones, en principio, no estaban concebidas como una forma de provocación, sino que resultaban escandalosas para muchos de aquellos que se acercaban «a ver mariquitas» y ponerles cara y nombres[489]. Los primeros años existía la sensación de que había más público que participantes[490]. Entre las consignas y los lemas que se coreaban era importante recordar que «aquí estamos, no

---

485 Por poner unos ejemplos: en *Egin*, 8-03-1978, se relataban los orígenes y el sentido del Día Internacional de la Mujer como jornada de «liberación y lucha»; en *El País*, 8-03-1979: «Historia del 8 de marzo». En *El País*, 27-06-1978, se daba cuenta de la celebración en diferentes partes de España del «Día Internacional de la Liberación Homosexual», recurriéndose, asimismo, a la explicación de la razón por la que se conmemoraba esa fecha.

486 Suele considerarse que tal revuelta fue la desencadenante de una oleada del nuevo movimiento gay. Tales sucesos dieron pie a la formación del *Gay Liberation Front* (GLF) y, al año siguiente, a la convocatoria de una manifestación por la liberación gay, la primera de lo que se convertiría en el Día Internacional del Orgullo Gay (Weinberg y Williams, 1977: 67).

487 *El País*, 29-06-1976: «Día mundial en defensa de los derechos del homosexual». Herrero Brasas, 2001, recoge este mismo dato y subraya, asimismo, el importante papel ejercido por la nueva prensa democrática en la difusión de las primeras noticias relacionadas con el movimiento gay.

488 *Diario 16*, 27-05-1977.

489 Entrevista con Iosu Cariñena; Irún, 12-09-2007.

490 *Gay Hotsa*, 9 (1981).

nos ocultamos» o «en los balcones también hay maricones»[491]. Por ello resulta apreciable compararlo con el cambio habido respecto a la primera década del siglo XXI, cuando eventos como la celebración del 28 de junio en Madrid son absolutamente multitudinarios[492].

Ahora bien, la unanimidad en torno al sentido de la conmemoración del 28 de junio no era completa. Se iniciaron debates sobre si debía denominarse Día del Orgullo o, dándole un tono más militante en un sentido de izquierdas, de la Liberación Gay[493]. Esto refleja las controversias internas para connotar el significado de fechas importantes para el colectivo. También había quien defendía (particularmente las activistas de la corriente «independiente») que el 8 de marzo debía de ser, no el Día Internacional de la Mujer Trabajadora, sino el Día Internacional de Lucha de las Mujeres o el Día Internacional de la Mujer, sin más coletillas[494]. Una vez más estamos ante conflictos nominales que destapan divisiones para definir y dar sentido a la realidad.

Las protestas contra las centrales nucleares se dispersaban a lo largo de todo el año, sin contar con una fecha clave que aglutinara esfuerzos y en la que se volcaran y se vieran reconocidas las señas particulares del movimiento antinuclear[495]. ¿Qué medió, entonces, para que algunas formas de identidad comenzaran a estar presentes en dicho movimiento? Existió una dimensión cultural en cuanto a la evocación de relaciones más justas con la naturaleza, así como en la atribución de un significado negativo a un modelo de desarrollo económico considerado autodestructivo[496]. Pero el creciente sincretismo entre movimiento antinuclear y nacionalismo vasco acarreó la adopción de los elementos identitarios más operativos, planteados en clave de *nosotros* los vascos agraviados, *nuestra* tierra agredida.

Desde luego no todos los antinucleares se definían como nacionalistas vascos, pero la confluencia entre el nacionalismo y la protesta contra Lemóniz sí que fue decisiva para arrastrar a determinados sectores sociales[497]. Desde la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear se trató de in-

---

[491] Entrevista citada con Mikel Martín.

[492] Decenas de miles de personas se dan cita en un ambiente mixto reivindicativo y festivo, hasta el punto de que los medios de comunicación rehusan aportar una cifra exacta del número de asistentes. *Vid.,* por ejemplo, *El Mundo*, 4-07-2009.

[493] Entrevista citada con Mikel Martín.

[494] *Egin*, 9-03-1978: «Se celebró con éxito el Día de la Mujer aunque hubo divisiones sobre el término "trabajadora"».

[495] Sí que existía una convocatoria anual, el Día Mundial del Medio Ambiente, que se celebraba a principios de junio. No se trataba de una fecha referencial para el movimiento antinuclear, aunque sí que se aprovechaba para realizar concentraciones ecologistas (*Deia*, 8-06-1978) o para impulsar desde las instituciones la concienciación social en torno a la preservación del medio ambiente (*Egin*, 3-06-1979).

[496] Melucci, 1994: 141.

[497] Fernández Sánchez, 1999: 127 y 132; Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1995: 192; Gurrutxaga, 1984: 46.

volucrar a los vascos en la cuestión tocando resortes sensibles, accesibles y que resultasen cercanos a una parte importante de la población. El elemento nacionalista vasco jugó en ello un papel destacado, aunque, en un principio, no exclusivo. En este sentido es especialmente significativo el argumento elaborado y difundido por la Comisión de Defensa: un accidente nuclear podría implicar la evacuación de miles de personas y poner en peligro la supervivencia del pueblo vasco[498].

Como acabamos de ver para el caso del movimiento antinuclear, en ocasiones hubo identidades colectivas que reforzaron el sentido de «nosotros» dentro de las organizaciones de los movimientos sociales. Dentro del movimiento gay la única organización que a finales de 1977 existía en el País Vasco, EHGAM, llevaba en sus siglas la referencia explícita a «Euskal Herria» como ámbito geográfico de actuación[499]. Pero los referentes nacionales no eran determinantes y, de hecho, no impidieron, al menos en esos inicios, que activistas de UGT, PCE y anarquistas participasen en el grupo[500]. Por su parte, Carrie Hamilton ha puesto de relieve que las Asambleas de Mujeres, aun no definiéndose como nacionalistas, incorporaron algunas reivindicaciones relacionadas con la cultura y la lengua vasca[501]. La Asamblea de Mujeres de Vizcaya, ya desde el momento de su formación, entre otras cosas, exigió a las autoridades una enseñanza en euskera[502].

Haciendo un balance de este apartado puede ahora concluirse que distintas formas de identidad colectiva fueron potenciándose merced a la concurrencia de varios elementos. Primero, gracias a la puesta en marcha de las campañas más relevantes en torno a las reivindicaciones urgentes de cada movimiento social. Segundo, gracias a episodios que pudieron conmover a una parte de la población en momentos puntuales. Acontecimientos tales como la muerte de una mujer mientras se practicaba un aborto casero, la de-

---

498 Entrevista citada con José Allende; Aierdi y Gaviria, 1992: 82. Argumentos de ese tipo quedaron recogidos en la prensa, por ejemplo en *Deia*, 5-07-1977; y fueron esgrimidos por políticos como Francisco Letamendia, entonces diputado en el Congreso español por EE, en *Hoja del Lunes*, 13-03-1978.

499 Hay un documento de EHGAM en el que una reivindicación del movimiento gay (la legalización de sus organizaciones) aparece impregnada de connotaciones nacionalistas vascas. En AREH-Gipuzkoa, Moción presentada en los distintos ayuntamientos de Euskadi por EHGAM: «Esta lucha [se refiere a la gay] sólo alcanzará sus objetivos si permanece integrada en el movimiento de liberación de Euskal Herria y el movimiento obrero, y estrechamente unida a la lucha que desarrollan las feministas, los jóvenes y marginados».

500 Entrevista con Jesús Castroviejo; Bilbao, 15-1-2009 (entonces en la UGT); entrevista citada con Javier Cenoz (anarquista) y entrevista citada con César Cobo (quien me dio cuenta de la presencia de Francisco Fernández, militante del PCE en Vitoria, en EHGAM-Araba). Hay que recordar que, en ese momento, tanto el PSE-PSOE como el PCE-EPK abarcaban País Vasco y Navarra dentro de un mismo ámbito de incidencia geográfica.

501 Hamilton, 2007: 150.

502 «Exigimos una enseñanza euskaldun, gratuita y laica así como obligatoria desde los cero hasta los 18 años como principio general», en CDEM, cajas AMV: «Objetivos y organización del movimiento feminista en Vizcaya», septiembre de 1976.

tención de varios travestis por el mero hecho de serlo o la amenaza de la llegada del uranio a la central de Lemóniz[503]. Y tercero, gracias a la institución de unas fechas referenciales en torno a las cuales pudieron concentrarse los esfuerzos (en forma de charlas, conciertos, conferencias, presentaciones de libros, manifestaciones…) de las organizaciones de los movimientos sociales. En los casos de los gays y las feministas el hecho de intentar politizar algo tenido anteriormente como privado redundó en la creación de unos movimientos sociales con una base identitaria fuerte. En el caso del movimiento antinuclear tampoco conviene perder de vista las formas de identidad con las que muchos participantes se vinculaban.

En el País Vasco de la Transición la identidad nacional (en su versión vasca), dada su habitual presencia en forma de emblemas y/o himnos, fue con toda probabilidad, de entre las existentes, la forma de identidad colectiva más expresada en el espacio público. Pero no hay que ignorar que las personas pueden percibirse, al mismo tiempo, como parte de varios grupos. El sentirse copartícipe de la nación vasca no era excluyente con definirse como gay o feminista. Es más, en algunas ocasiones esas identificaciones estaban estrecha y complejamente interrelacionadas. Aquí no sólo se trata de no desdeñar otras formas de identificación que generaron importantes corrientes de lealtad grupal hacia entes distintos de la nación, sino de considerar que el solapamiento de diferentes identidades colectivas contribuyó a asentarlas en el espacio público y a transformarlas. Al igual que el ámbito de lo local era un marco privilegiado desde el que se podía encarnar y proclamar lo nacional[504], también las banderas feminista, gay y/o antinuclear potenciaron en algunos casos lo nacional[505].

Mientras el nacionalismo español prácticamente desaparecía del País Vasco como presencia pública organizada, el repertorio simbólico del nacio-

---

[503] La muerte de jóvenes en esas circunstancias se repetiría en diversas ocasiones (*Egin*, 1-06-1979). Las organizaciones feministas y los partidos aliados salieron a la calle para reivindicar la despenalización del aborto para evitar más muertes de mujeres, en *Egin*, 3-06-1979: «Manifestaciones en Pamplona y San Sebastián por la legalización del aborto. Comunicados de protesta ante la muerte injusta de la joven navarra». Por su parte, la detención de tres travestis en Bilbao y el posterior intento de trasladarles a un centro de rehabilitación también generó protestas (*Egin*, 7-11-1978). El hecho servía a las organizaciones del movimiento gay para hacer visualizar las consecuencias de la permanencia en vigor de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social. Finalmente, el temor ante la «inminente» llegada del uranio (el combustible para la central nuclear) hizo redoblar los esfuerzos comunicativos dentro del movimiento antinuclear (*El País*, 16-11-1977; *Punto y Hora*, 24-11-1977).

[504] En este sentido, como afirma Carasa, 2007: 25, «toda identidad, aunque acabe siendo provincial, regional o nacional, comienza a construirse como local (…), la construcción nacional es efecto y resultado suyo [de la cultura local] hasta tal punto que lo local llega a apropiarse de lo nacional en muchos casos».

[505] Forcadell, 2005: 31, advierte de que «en la historiografía española la obsesión identitaria está manifiestamente sesgada hacia una principal dimensión de la identidad: la territorial, regional, nacional, nacionalista». Pero hay otras importantes formas de identidad colectiva a las que merece la pena prestar atención, incluyendo las relaciones de éstas con las identidades territoriales.

nalismo vasco se convertía en hegemónico durante los años de la Transición, al tiempo que se producía una profunda deslegitimación de todo aquello (banderas, himnos, instituciones) que recordase a España[506]. Es en ese contexto en el que hay que entender aspectos como que el PSE-PSOE incluyera hasta 1982 a Navarra y la CAV en un mismo ámbito político-geográfico y que hasta los inicios de la Transición se hiciera eco de reivindicaciones como el derecho de autodeterminación de los pueblos de España.

Para comprender estas posturas es útil el marco explicativo que ofrece Alejandro Quiroga, para quien «se fue forjando una connivencia ideológica entre la izquierda y los nacionalistas vascos y catalanes fruto de la lucha conjunta contra la dictadura», teniendo en cuenta, además, que partidos como el PSE-PSOE «operaban en sociedades que sufrieron un altísimo grado de nacionalización de masas durante los últimos años del franquismo y en la transición»[507]. Así pues, probablemente la nacional vasca fue la más relevante de entre todas las identidades colectivas en este momento y lugar, pero en distintas ocasiones (no siempre) se vio alimentada y recrecida al confluir con otras identidades (de género y/o de orientación sexual) y al incorporarse a la primera contenidos nuevos (el tema anti-Lemóniz)[508].

Además de tener en cuenta el papel de la elaboración de un «nosotros»[509], y como afirman Scott Hunt, Robert Benford y David Snow: «las identidades atribuidas a los antagonistas y las audiencias de los movimientos son tan fundamentales para su acción como aquellas que definen a sus protagonistas»[510]. Potenciar una identidad colectiva, aunque sea de forma vaga e imprecisa, contribuye tanto a despejar que unos sí son «de los nuestros» como a despla-

---

[506] Esta idea acerca de la hegemonía (y no sólo de la preponderancia) simbólica del nacionalismo vasco en la Transición en Molina, 2009b: 51. Más en la misma linea en Llera, 1992b: 190; Morán, 2003: 8 y 9; Micciché, 2008b: 70 y 71; o Corcuera, 1991: 11 y 12, quien se refiere a la «conquista de la sociedad civil vasca por parte del nacionalismo moderado, que consigue una hegemonía social que nunca había tenido». De ahí, entre otras cosas, que no extrañe que J.A. Garmendia en Reinares, 1984: 224, recogiera una encuesta donde algo más del 50% de los anarquistas vascos entrevistados se declaraban «abiertamente independentistas». Al margen de la escasa relevancia de los sectores anarquistas en la sociedad vasca de la Transición es significativo que buena parte de ellos reclamaran el nacimiento de un nuevo Estado (vasco) o que pidieran el voto para HB (como hizo en 1979 el colectivo libertario Askatasuna, en *Egin*, 18-03-1979).

[507] Quiroga, 2008: 100 y 113; y también Micciché, 2008a: 42; y 2008b: 69 y 70.

[508] Beriain, 1998: 104. Para el caso del MLNV, en palabras de Casquete, 1999: 262, «lo «vasco» es la identidad principal a la que se supeditan otras identidades». Para un estudio de la instrumentalización de las banderas antinuclear y feminista en pro de la *pugna pro patria* del nacionalismo vasco radical, *vid*. López Romo, 2008d. Cabe precisar que «ésta no es una característica privativa del nacionalismo vasco, sino que es más bien un rasgo de todos los nacionalismos en general, para los que la identidad nacional sombrea y empalidece otras identidades colectivas basadas en la clase, el género o la religión», Casquete, 1999: 262, en nota.

[509] Por ejemplo, una de las primeras publicaciones de y para gays se llamaba, precisamente, *Nosotros*, en Archivo Virtual Juan Linz, *Cambio 16*, 4-09-1977.

[510] Benford, Hunt y Snow, 1994: 231.

zar y ubicar inmediatamente a otros sujetos, individuales y colectivos, fuera del propio grupo.

La construcción del «otro»: fronteras de exclusión

> La categorización de quiénes «somos Nosotros» y de quiénes son «los Otros» significa e implica la utilización de atributos para categorizarse a sí mismo y para categorizar a los demás. Los atributos empleados tendrán carácter adscriptivo para unos y carácter exclusivo para otros. En estos casos, lo significativo no son los atributos creados en la definición sino crear, construir una frontera simbólica entre Nosotros y los Otros.

Como sostiene Ander Gurrutxaga, los límites y los contenidos de esas definiciones pueden variar a lo largo del tiempo al compás de múltiples variables: adaptaciones al contexto, diferentes inquietudes, cambios en la composición o las prioridades del grupo, etc.[511] Lo que permanece es la noción de frontera que se levanta en alguna parte entre unos y otros[512].

Del análisis de la realidad que iban realizando las organizaciones de los movimientos sociales se derivaba un adversario, un oponente y/o un responsable de los problemas que necesitaban ser objeto de cambios. Al nivel más teórico, lo que para el movimiento gay era el peso de la herencia judeocristiana en Occidente en todo lo concerniente a la condena moral de las prácticas sexuales no dirigidas a la reproducción[513], era el desarrollismo teñido de falso progreso para los antinucleares y ecologistas[514] o el «patriarcado» para el movimiento feminista.

Según reza un documento que recoge los primeros objetivos y modos de organización del movimiento feminista en Bizkaia, «creemos que la estructura básica de opresión de la mujer es la familia patriarcal donde al hombre se le posibilita el vender su fuerza de trabajo en el exterior a costa de que la mujer se haga cargo de la prole, reponga su fuerza de trabajo, al mismo tiempo que le facilita la recuperación de su equilibrio emocional»[515]. En el fondo, testimonios como este remiten a intentos por impulsar una crisis de la familia patriarcal como célula básica de la sociedad, como detentadora de la legitimidad social nuclear, para desenmascarar que dicha familia era una construcción histórica y no una realidad querida por Dios o por la naturaleza.

---

[511] La cita que abre el apartado en Gurrutxaga, 2005: 105.

[512] Cruz, 2008: 10.

[513] Plataforma reivindicativa de EHGAM, en *Gay Hotsa*, 0 (1977).

[514] *Hibai* (revista de los Comités Antinucleares de Gipuzkoa), 1979, donde se detallan fallos en reactores nucleares, accidentes, etc., denunciándose que todo ello estaba justificado «en nombre del progreso» y *Ere*, 27-09-1979 en la misma dirección.

[515] En CDEM, cajas AMV: «Objetivos y organización del movimiento feminista en Vizcaya», septiembre de 1976

Claro que a lo largo de la Transición, a medida que se iba visualizando quiénes ponían obstáculos para el avance de las reivindicaciones de los movimientos sociales, se fueron articulando unos oponentes menos abstractos. La derecha y la jerarquía eclesiástica católica aparecían así como unos de los adversarios más nítidamente delimitados. Se consideraba que eran los principales garantes del mantenimiento de los hábitos y las leyes que discriminaban a gays y mujeres, así como, en el caso de la derecha, de decisiones valoradas como centralistas y arbitrarias, como imponer Lemóniz.

Las autoridades políticas presentaban a los homosexuales como peligrosos sociales o, como mínimo, como potenciales perturbadores del orden público y de las buenas costumbres. De ahí que la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social continuara penalizando las prácticas homosexuales hasta 1979 o que las organizaciones del movimiento gay siguieran sin ser legalizadas hasta años después de que se legalizó a los partidos políticos[516]. El rechazo de la homosexualidad a nivel institucional no era sino el eco amplificado de un repudio extendido a nivel social. Muchos hombres construían su propio modelo de masculinidad en contraposición al estereotipo del homosexual afeminado. La virilidad se ligaba a la heterosexualidad y al escarnio del mariquita, visto frecuentemente como menos hombre. Teniendo en cuenta estos mimbres se comprende y contextualiza mejor un documento elaborado por los militantes de EHGAM, en el cual se identificaban cuáles eran los adversarios del movimiento gay: «el sexismo y el machismo, la opresión de la mujer y la fobia a la homosexualidad, son las expresiones más concentradas del patriarcalismo que hay que destruir»[517].

El desafío planteado por el feminismo y por la crítica gay frente al patriarcado y el machismo comenzó a generar la respuesta de los sectores conservadores reacios a los cambios profundos que se estaban proponiendo, cambios que afectaban a las relaciones interpersonales y a las formas de comprendernos. Ante reto de tal calibre las reacciones fueron también fuertes. Algunos oponentes dedicaron a las feministas toda una serie de gruesos epítetos. Las feministas pasaban, en ocasiones, por ser feas (por eso rechazarían los concursos de belleza), lesbianas (por eso tendrían tanta rabia contra el hombre), asesinas (por estar a favor del aborto) y cerdas (por promover la sexualidad libre). Estos adjetivos agresivos no aparecieron habitualmente en los medios de comunicación[518], pero sí han quedado registrados en la memo-

---

[516] La primera organización gay en ser legalizada en España fue el FAGC, en julio de 1980. Archivo de EHGAM-Bizkaia, salida n.º 2890 del Ministerio de Interior, 16-07-1980. Por su parte, EHGAM no fue legalizada hasta febrero de 1983 (*El País*, 28-02-1983).

[517] La cita en *Gay Hotsa*, 1 (1978); y más en esa línea en EHGAM, 1980: 274.

[518] Hay algunas excepciones. En *Egin*, 26-10-1979: «Se extiende el apoyo a la legalización del aborto. Un debate sobre el tema fue interrumpido por ultraderechistas al grito de "asesinos"». Ante ataques de ese tipo la respuesta podía ser que las feministas no estaban a favor del aborto, sino de su despenalización para atender a una realidad social que no se podía igno-

ria. La forma de llegar a conocerlos es a través de las experiencias sufridas por algunas activistas feministas en el curso de manifestaciones, mesas en las calles o pegadas de carteles[519].

A la altura de 1977 los sectores opuestos a las iniciativas de los nuevos movimientos sociales de la Transición todavía no se habían organizado en contra-movimientos. Más adelante, a finales de los años setenta, sí que surgió una anti-abortista «Asociación Pro Defensa de la Vida» y una «Asociación Pro-Defensa de la Energía Nuclear en Euzkadi»[520]. Las organizaciones de los movimientos sociales tendieron a presentarlos como colectivos minoritarios, conservadores o reaccionarios, grupos de presión relacionados con los partidos de la derecha, en defensa de los intereses de los poderosos o de una vieja moral católica.

Los habitantes de los núcleos más cercanos a las centrales han sido, a veces, los más fervientes defensores de las mismas bajo el argumento de la riqueza y el empleo que éstas crearían. Sin embargo, el movimiento antinuclear en el País Vasco no provocó en las localidades más cercanas a las centrales proyectadas fuertes reacciones pronucleares del estilo de las que sí se han producido en otras áreas[521]. Eso sí, que a la altura de 1977 no existiese un contramovimiento masivo no significa que no hubiera sectores pronucleares. La propia empresa impulsora de las obras, Iberduero, se estaba convirtiendo a ojos de los antinucleares en uno de los adversarios más nítidos[522].

A finales de la década de 1970 los partidos más claramente posicionados a favor de los proyectos de centrales nucleares en el País Vasco eran Alianza Popular (AP) y UCD, es decir, la derecha y el centro derecha no *abertzale*. No faltaron en la prensa algunos intentos de mezclar al movimiento antinuclear con la imagen de unos cavernícolas contrarios al progreso del país, entendiendo por tal progreso la proliferación de grandes infraestructuras y el

---

rar. *(Vid.,* por ejemplo, el artículo de Begoña Salcedo, de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya, en *El País*, 18-3-1982). Otra cosa fue la aparición en la prensa no tanto de adjetivos agresivos para referirse a las feministas como de estereotipos ridiculizadores, lo que sí se hizo más presente (aporta algunos ejemplos Larrondo, 2009: 126 y 127).

[519] Entrevistas con Miren Ormazabal; Vitoria, 26-11-2008; y Alicia Ortín; Vitoria, 3-12-2008, entre otras.

[520] Una noticia sobre la primera en *Egin*, 12-10-1979, donde la asociación expone que «Abortar es matar… aunque el cadáver sea muy pequeño», argumento que repetiría a lo largo de varios años (*La Gaceta del Norte*, 28-07-1981). La segunda se presentó en Bilbao en junio de 1979, declarando que era una asociación políticamente independiente y que se financiaría gracias a aportaciones populares, en *El Correo*, 23-06-1979.

[521] Las múltiples acciones colectivas protagonizadas por trabajadores y vecinos de la central nuclear de Santa M.ª de Garoña para intentar que la misma siga operativa ofrecen un ejemplo reciente. En *El País*, 25-06-2009 se recogió la noticia de la celebración en Madrid de dos manifestaciones, una a favor del cierre inmediato de la central y otra que exigía su continuidad defendiendo que era una central segura.

[522] Más adelante me ocuparé a fondo de esto, ya que algunas de las protestas contra Iberduero empezaron a adquirir tintes violentos, particularmente desde enero de 1978.

dominio sobre la naturaleza[523]. Desde el movimiento antinuclear se atribuyó una primera identidad como oponentes a los pronucleares que realizaban este tipo de declaraciones, así como a Iberduero y a los partidos políticos que apoyaban los planes de nuclearización.

La imagen que de los movimientos sociales se lanzaba desde los sectores sociales opuestos a sus reivindicaciones contribuyó a reforzar el sentido de identificación (por oposición) entre los propios activistas de los movimientos sociales. Pero los adversarios que he recogido hasta aquí (la derecha, el centralismo, el machismo) no eran un «otro» cualquiera, sino uno situado nítidamente en el extremo opuesto al «nosotros». Ahora voy a profundizar en lo que fue la delimitación de fronteras de exclusión, no escritas pero bien patentes, para establecer la marginalidad respecto al colectivo no sólo del ubicado claramente enfrente o del imaginado como genuinamente extraño, sino del que pudiendo haber formado parte del grupo no lo hacía, bien por pensar diferente, bien por «no haberse dado cuenta» de cuál era el camino correcto. O bien del que, habiendo formado parte del colectivo en el pasado, había salido de él.

Veamos, para comenzar, dónde se trazaron ciertos límites para la inclusión en el movimiento gay. Armand de Fluvià, uno de los primeros dinamizadores de dicho movimiento en España, explicaba en declaraciones a la revista *Punto y Hora* cómo entendía el término «gay». Para este activista catalán, «el gay es un homosexual que se acepta a sí mismo, se reconoce como tal y lucha por sus derechos. No todos los homosexuales son gays. En una acepción más amplia, gay sería toda persona que se pueda relacionar, afectiva, erótica y sexualmente con cualquier individuo del sexo que sea»[524]. Esta era una distinción útil para restringir gay para «los concienciados», mientras el resto de los que compartían cama con una persona de su mismo sexo serían, simplemente, homosexuales. Este último era un término rodeado de connotaciones negativas, mientras que el primero se proclamaba orgulloso y combativo.

Esta distinción la elaboraron y sostuvieron los que sintieron, en ese momento, la necesidad de despegar del «gueto homosexual», de marcar distancias respecto a los homosexuales que, a sus ojos, no hacían nada por evitar perpetuar su situación de postración social. Algunos consideraron que los homosexuales no militantes, inhibidos de la realidad y reacios a la implicación sociopolítica, actuaban como gorrones de los avances conseguidos por los gays. La separación entre los activistas y el resto de los homosexuales acabó generando alejamientos explícitos. Los activistas, cuando se acercaban a los locales de ambiente homosexual, eran en ocasiones vistos despectivamente como «las maricas políticas», latosos que venían a traer la buena nueva de la

---

[523] Un ejemplo en la carta al director a *El Correo*, 10-05-1979: «El dilema».

[524] *Punto y Hora*, 231 (1981). En esa misma dirección Foucault también sostuvo que «no hay que ser homosexual, sino encarnizarse en ser gay», cit. en Coll-Planas, 2006: 24.

revolución[525]. Incluso algunos de los habituales de tales locales «salían huyendo» en cuanto los veían acercarse para, por ejemplo, darles silbatos con los que avisar de que estaban en apuros por la noche o para convencerlos de la necesidad de hacer frente a las agresiones[526].

En el campo feminista, otro movimiento que planteó la marcha de lo personal a lo político, hubo también quien produjo una separación similar entre las conscientes feministas y otras mujeres inconscientes y sometidas. Por ejemplo, entre algunas de las activistas universitarias, emancipadas y modernas, subyacía una consideración despectiva del ama de casa. La frontera de la separación la marcaba la existencia de una suerte de barrera no explícita entre las mujeres *en sí* y las orgullosas mujeres *para sí* (las feministas). De tal forma que se podía decir que las mujeres no feministas estarían oprimidas y ni siquiera serían conscientes de ello[527].

Desde las organizaciones del movimiento feminista se desarrollaron iniciativas para destapar el trabajo oculto de las amas de casa y para sensibilizar sobre la necesidad de compartir las tareas domésticas. Algunos de los lemas coreados en las manifestaciones iban en esta dirección: «la plancha y la fregona para todas las personas»; «Manolo, esta noche la cena, te la haces tú sólo»; o «la Mari Carmen no sabe coser, la Mari Carmen no sabe bordar, la Mari Carmen no quiere parir»[528]. Eran consignas con una gran carga simbólica que servían para airear que había mujeres que se rebelaban contra los patrones de lo correcto, contra lo que se esperaba que tenía que hacer una mujer, porque el papel de las mujeres no era sino una construcción social y cultural que podía transformarse. Pero también hubo quien construyó su propio modelo de feminidad por oposición al papel tradicional al que veía liga-

---

[525] Entrevista citada con Mikel Martín. Dichos conflictos no fueron una exclusiva del País Vasco. Para el caso del Reino Unido, *vid*. Jennings, 2006: 207, 208 y 222-224; o Walter, 1980: 13.

[526] Entrevista citada con Juan Quiroga; Petit, 2004b: 198; Soriano Gil, 2005: 191-193.

[527] «Por desgracia, la inmensa mayoría [de las mujeres] todavía no comprenden que no sólo están explotadas por la burguesía sino también por ese hombre-hombres que tienen al lado», según una colaboración publicada en *Egin*, 8-04-1982. Más en la misma línea en las entrevistas con Elo Mayo; Vitoria, 10-02-2009; y con Clara Murguialday; Bilbao, 6-02-2009, en Cabrero, 2006: 19 y 20, y en el opúsculo «Reflexiones sobre el movimiento feminista de Euskadi», p. 10, presentado a las II Jornadas Feministas de Euskadi (1984) y firmado por varias activistas de la Asamblea de Mujres de Vizcaya, donde se defiende que la mayoría de las mujeres todavía viven «prisioneras de los aspectos más sangrantes de nuestra esclavitud».

[528] Los dos primeros lemas en Zabala, 2008: 10 y 11; el tercero en *Egin*, 9-03-1978. También algunos de los primeros escritos públicos de las Asambleas de Mujeres sostenían que «mientras la sociedad siga considerando responsabilidad exclusiva de las mujeres el cuidado de los niños, del marido y de la casa, nunca podremos incorporarnos a la sociedad de una forma activa en igualdad de oportunidades con el hombre. Lo más que haremos será participar en el proceso productivo con una doble jornada de trabajo y con una doble responsabilidad: la que se nos asigna por ser mujeres y la del exterior», en CDEM, cajas AMV: «A todas las mujeres», julio de 1977.

das a las amas de casa[529]. Esta postura de suficiencia no sirvió para tender puentes a la hora de acercar a unas y otras y a la hora de extender las redes de influencia social de las organizaciones del movimiento feminista.

Así pues, hubo mujeres que no se definieron como feministas, homosexuales que no se reconocieron como gays y vecinos del entorno de Lemóniz no posicionados junto al movimiento antinuclear[530]. Todos ellos ejercieron en algún momento, para diversas personas ligadas a los nuevos movimientos sociales aquí a estudio, el papel de un «otro» del que distinguirse. También hubo quien planteó una división entre antinucleares y ecologistas. Las grandes piedras de toque del movimiento ecologista en la España de la Transición eran hacer frente a la contaminación y a las centrales nucleares, marchar hacia una sociedad armónicamente relacionada con la naturaleza y promover alternativas energéticas[531].

Aunque el antinuclear era uno de los ejes prioritarios para el ecologismo, este último era visto por algunos antinucleares como un elemento sospechoso que disgregaba energías[532]. Bajo este argumento, la prioridad era acabar con la central de Lemóniz, lo que era interpretado como la verdadera postura política combativa y oportuna. Es el caso del dirigente *abertzale* Joselu Cereceda (ligado al sindicato LAB), quien, haciendo un balance de la situación una vez paralizadas las obras de la central nuclear, sostenía en las páginas de *Egin* que «no es lo mismo un simple ecologismo que luchar contra Lemoiz porque ves en peligro el futuro de tu patria»[533]. Las marchas en bicicleta que empezaban a convocarse por unas ciudades más habitables[534], una de las formas de acción más importantes del incipiente ecologismo vasco, fueron criticadas porque, según personas adscritas a la extrema izquierda, había cosas más importantes que hacer. Dichas marchas serían inocuas, apolíticas y podían llevar a despistar a la gente, a que «la masa» confundiese las prioridades[535]. Asimismo, los estudiosos de la flora y la fauna, los proteccionistas y conservacionistas de la naturaleza, cargaban, en ocasiones, con la sarcástica etiqueta de «pajaritólogos»[536].

---

[529] En *Egin*, 9-03-1978, parte de las manifestantes del 8-M en San Sebastián salieron a la calle con disfraces que imitaban el atuendo y las funciones de las amas de casa: pañuelos en la cabeza, escobas, muñecos, etc.

[530] A este último respecto es significativa la siguiente cita: «Hay una cierta contradicción en que existan, por ej[emplo], C[omités] A[ntinucleares] en Donostia y que en Munguía, L[emóniz], etc., el movimiento antinuclear sea más bien débil», en CDHC, Antinucleares: panfletos, folletos y otra documentación, caja 76: «Consideraciones en torno a los CCAA», 20-07-1981.

[531] Noticias sobre Jornadas de estudio de alternativas energéticas y sobre energía y sociedad en *Egin*, 28-06-1978; *Egin*, 25-05-1979; o *Egin*, 13-12-1979.

[532] Entrevista citada con Fernando Fernández; y Ajangiz y Bárcena, 2001: 29.

[533] En *Egin*, 6-04-1984.

[534] Por ejemplo, «por un Bilbao habitable», marcha en bicicleta organizada por *Ekologista Taldea* (Grupo Ecologista), en *Zer Egin?*, 15-11-1977.

[535] *Egin*, 8-06-1980: «EMK pone en cuestión las marchas en bicicleta».

[536] Entrevista con Carlos Alonso; Bilbao, 24-11-2008.

En la construcción de las identidades colectivas la alteridad toma una relevancia fundamental[537]. Todo grupo se comprende por medio de una serie de ligazones que integrarían a sus miembros, pero también por oposición a lo que estaría situado al margen. Como vemos, este «otro», contra lo que podría suponerse, no sólo era el adversario situado claramente enfrente. El libro de Edward P. Thompson *Miseria de la teoría* contiene una crítica hacia cierta visión del obrero no movilizado como individuo sumido en la falsa conciencia, una lectura según la cual la toma de conciencia del mismo como perteneciente a una clase explotada se produciría como consecuencia natural de su despertar político[538]. Esta visión también estuvo presente en integrantes de los nuevos movimientos sociales de la década de 1970, para los que el «otro» podía ser quien pudiendo pertenecer al grupo sin embargo permanecía fuera de él, «alienado»: el homosexual o la mujer carentes de impulso emancipador para con su orientación sexual o su género, el ecologista ignorante de cuáles serían las prioridades políticas. En el fondo, lo que quedaba patente en estos casos era una postura vanguardista sobre la población, que procedía, en parte, de la influencia de cierto leninismo, según el cual se defendía que las organizaciones de los movimientos sociales habían de tener capacidad de dirección sobre las masas, intentándose que éstas se situaran en línea con la lectura que hiciera de la realidad el partido revolucionario de turno[539].

La asunción de una identidad colectiva plantea habitualmente a cada candidato a integrarse en un grupo una cadena de disyuntivas. Las opciones suelen aparecer claras. Se trata de tomar conciencia o mantenerse ignorante en la «falsa conciencia», despertar o seguir dormido, moverse o permanecer impasible[540]. Así se establecen divisiones entre los que se habrían dado cuenta

---

[537] En palabras de Nash, 2002: 100, «las representaciones culturales de la alteridad asientan esta dinámica de construcción identitaria a partir de la evocación de pautas de inclusión/exclusión en la comunidad imaginaria [Benedict Anderson, 1993] que sirve de base de la identidad asumida».

[538] Thompson, 1981 y 1991. Aquí, en parte, traslado dichos análisis para tratar no del movimiento obrero sino de los nuevos movimientos sociales de los años setenta.

[539] Álvarez Junco, 1994: 427 y 428. Un ejemplo concreto: a la altura de 1976 desde el partido nacionalista vasco radical (y leninista) LAIA se entendía que la misión de sus activistas en los «organismos de masas» era la de «agudizar su contenido político y revolucionario en las luchas de base y en todo tipo de práctica reivindicativa», en Jiménez de Aberasturi y López Adán, 1989: 70.

[540] Un ejemplo procedente del movimiento feminista: «Para que se dé nuestra total liberación es necesario primero una *toma de conciencia* de nuestra propia opresión, una búsqueda de nuestra identidad acompañada de una lucha para que ésta sea reconocida», en CDEM, cajas AMV, «Cuando se habla de opresión y liberación de la mujer…», [s. f.]. Otro ejemplo propio del movimiento antinuclear: «en todas las partes del mundo *empezamos a darnos cuenta* que este tipo de desarrollo no se efectúa en beneficio de la población, sino que constituye única y exclusivamente el resultado de la política de una minoría que dirige la economía y el estado, ávida de beneficios y de poder», en *Bizizaleak*, carpeta 12: «Manifiesto del Día Internacional de Acción contra la Energía Nuclear», 3 de junio de 1979. Y un último ejemplo del movimiento gay: «en la medida en que estos grupos [como el GLF estadounidense, en cuya estela

de los problemas y sus soluciones y los que *todavía* no. Pero incluso entre los «conscientes» surgirían otras separaciones entre los que tendrían más o menos compromiso y los que habrían entendido el problema mejor.

Lo que se ha mostrado en este epígrafe es el complejo mosaico de exclusiones e inclusiones que se comenzó a articular en torno a las autodefiniciones, muchas veces inadvertidas, difusas o informales, puestas en circulación desde las organizaciones de los movimientos sociales. Lejos de ser un proceso excepcional, relacionado únicamente con unas organizaciones o lugares concretos, he argumentado que responde al juego del binomio dentro/fuera que es intrínseco a la construcción de toda identidad colectiva[541]. Resaltar las maniobras de este tipo que también se produjeron en las organizaciones de los movimientos sociales puede servir para evitar posibles idealizaciones. Se trata de advertir de que toda distinción colectiva implica, en mayor o menor medida, una restricción para una parte de la sociedad.

En grupos con un sesgo anti-autoritario, cuya razón de ser tenía mucho que ver con el afán por suprimir distintos tipos de dominaciones (de género, clase, orientación sexual…), también se produjeron, desde la fecha de su fundación, más o menos solapadas formas de liderazgo. Como advirtió Michel Foucault, las relaciones de poder no son algo que se ejerza únicamente desde el Estado hacia abajo, sino que son ubicuas. Por ello, se manifiestan también en el marco de lo local, de lo «minúsculo», y alcanzan a las relaciones familiares, laborales o estudiantiles. El poder no viene desde afuera, ni necesariamente desde arriba, sino que «surge desde abajo»[542]. Por ello, ligándolo al estudio de la vida cotidiana, hemos de aproximarnos a las múltiples y distintas relaciones de dominación que cruzan la sociedad y afectan a los individuos a lo largo de la vida, así como las estrategias de emancipación que se plantean a todos los niveles[543].

Lo que en un partido o un sindicato resulta evidente (las tensiones para alcanzar más influencia, los personalismos…) en las organizaciones de movimientos sociales, a simple vista, no tanto. Pero también las hubo. Si no tanto en torno a la consecución de más poder político, sí más nítidamente en

---

de influencia se comprendían los primeros activistas de EHGAM] *han comprendido* cuáles son las causas de la hostilidad contra los homosexuales, los grupos de liberación gay han adquirido una clara significación política». La cita en EHGAM, 1979a: 257; y más en esa línea en EHGAM, 1979b: 416. Subrayados míos.

[541] Como afirma Keating, 2008: 109, «a sense of group solidarity and belonging is built on mechanisms of inclusion and exclusion».

[542] Sobre esa concepción amplia de «poder», *vid*. Foucault en Daniel, 2005: 166, quien se pregunta «¿cuáles son las relaciones de poder más inmediatas, más locales, que operan en esa forma de imposición forzosa de la verdad que aparece históricamente y en lugares determinados…?». Más en esta dirección en Eley, 2008: 195; Burke, 2003: 14; y 2007: 118; y Muñoz Fernández y Ramos, 2009: 70, 80 y 107.

[543] Gracia, 1995: 201, a partir, entre otros autores, de Michel de Certeau. En España un libro publicado a comienzos de los ochenta, con un contenido político-reivindicativo expresivo de esas inquietudes, fue el de Marqués, 1981 (*¿Qué hace el poder en tu cama?*).

torno a la adquisición de una prevalencia de tipo cultural, en torno a cuestiones clave como quiénes somos, qué queremos, por qué nos juntamos, quiénes son nuestros adversarios y quiénes nuestros aliados.

Los aliados: primeros encuentros y desencuentros

Las organizaciones de los movimientos sociales aquí a estudio se alinearon desde un principio en el campo de las izquierdas. A éstas se atribuía una identidad como aliado[544]. Ahora bien, en los comienzos de los nuevos movimientos sociales de los setenta las relaciones entre partidos, sindicatos y organizaciones sociales fueron ambiguas y no siempre estuvieron presididas por el entendimiento mutuo. Y es que el machismo o la homofobia no eran calificativos que se emplearan exclusivamente para criticar a las fuerzas conservadoras o al régimen franquista. Los mecanismos de transmisión y reproducción de pautas culturales se filtran por todas las rendijas de la sociedad, a través de familia, amigos, escuela, etc., hasta influir a personas de muy diferentes ideologías.

Frente a lo que pueda pensarse si se tiene en cuenta la resonancia mediática que con el paso del tiempo los nuevos movimientos sociales de la década de 1970 han terminado alcanzando, sus organizaciones afrontaron durante la Transición un contexto de desconocimiento social, del que se derivaban tópicos manidos para referirse a las cuestiones que aireaban públicamente. Tópicos, de los que no se libraban personas que se definían como de izquierdas, como considerar que las feministas eran feas o lesbianas[545], los homosexuales unos enfermos[546] y los antinucleares unos despistados que estaban confundiendo las prioridades en un momento en el que sacar a los presos políticos de las cárceles era lo fundamental[547]. Para paliar el desco-

---

[544] «Una característica común de todas esas audiencias [entre las que aquí incluyo a las organizaciones de izquierda, a los hombres antimachistas y a los heterosexuales comprometidos con la lucha gay, y no, de momento, a otros agentes como los medios de comunicación] es que se las considera capaces de recibir favorablemente los mensajes de los protagonistas», en Benford, Hunt y Snow, 1994: 240.

[545] Entrevista citada con Miren Ormazabal; Larrondo, 2009: 126.

[546] Una buena muestra son las respuestas de varios dirigentes de la izquierda marxista —tales como Enrique Tierno Galván (PSP), Eladio García (PTE), Manuel Guedán (ORT) y Diego Fábregas (OICE)— dieron antes de las elecciones de junio de 1977. La homosexualidad era vista, según el caso, como una «degeneración», o como una «alteración condenable». Ninguno de ellos se mostraba favorable a impulsar movimientos de liberación gay. En Romero y Ruiz, 1977.

[547] Para Mario Onaindia «una de las mayores sorpresa que recibimos los presos vascos al salir de la cárcel fue encontrarnos con unas manifestaciones multitudinarias de varias decenas de miles protestando contra Lemóniz, cuando en nuestro mundo hiperpolitizado esta lucha era considerada poco menos que desviación sobre el objetivo central, la dictadura», en Onaindia, 1994: 46.

nocimiento, los recelos y la novedad de los temas planteados, desde un inicio las organizaciones de los movimientos sociales se esforzaron por hacer una presentación pública.

La homofobia no era algo exclusivo de personas ubicadas en las coordenadas ideológicas de la derecha[548]. Por ello desde las organizaciones del movimiento gay pronto se trató de difundir la idea de que ser progresista equivalía a defender los derechos de los homosexuales, aunque hubiera izquierdistas que no querían que se les confundiera con los gays para no ver su hombría mancillada. EHGAM y la Juventud Gay de Euskadi iniciaron, desde prácticamente la fecha de su formación, reuniones con partidos políticos para darse a conocer, buscar apoyo y reconocimiento[549]. Ante las nuevas propuestas que lanzaban las organizaciones del movimiento gay las reacciones iniciales pasaban del apoyo formal en forma de firma de un manifiesto a muestras de burla o rechazo[550]. La siguiente cita puede ser expresiva de la identidad atribuida a los aliados desde EHGAM: «Los homosexuales consideramos que nuestros aliados son las organizaciones populares, los movimientos ciudadanos y de las nacionalidades y, en general, todas las fuerzas que trabajan por la liberación y el progreso social. Y especialmente el movimiento de liberación de la mujer»[551]. Esa referencia particular al movimiento feminista no era casual, sino que se enmarcaba en la percepción de la necesidad de desarrollar una lucha compartida frente al machismo.

El machismo era algo socialmente extendido y de ello no se libraban los partidos políticos, en los que el feminismo, con relativa frecuencia, era tomado como un asunto menor[552]. No en vano, para una parte de la izquierda, la palabra feminismo era «objeto de mofa (…) sinónimo de señora burguesa»[553]. Para la corriente de mujeres «independientes» LAMBROA

---

548 En *El País*, 5-05-1977, se dedicaba todo un artículo al asunto de cómo «en la izquierda se reprime la homosexualidad». *Vid.,* asimismo, el capítulo: «La izquierda y la homosexualidad», en Herrero Brasas, 2001: 327-338. Películas como *A un Dios desconocido* (Jaime Chávarri, 1977) o *El diputado* (Eloy de la Iglesia, 1978) mostraban también las contradicciones de la izquierda acerca de la homosexualidad. Más sobre las primeras películas en tratar abiertamente sobre la homosexualidad en la España de la Transición en López Romo, 2008c.

549 *Egin*, 24-10-1977.

550 Entrevista citada con Antonio González. Para este militante de EHGAM y del EMK «concienciar a la gente del partido era tela marinera. Costó, porque decían sí, sí, y luego hacían risitas».

551 «Euskadi gay», en *Gay Hotsa*, 2 (1978).

552 Archivo Virtual Juan Linz *Pueblo*, 26-11-1976: «En los partidos también se da el machismo». De ahí proclamas como la siguiente: «Nosotras, mujeres de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya, que hemos participado en estas luchas [pro-amnistía], señalamos uno de los aspectos en el que claramente se manifiesta nuestra marginación y opresión: el silencio, casi total, en medio del clamor por la Amnistía, alrededor de las olvidadas mujeres, condenadas por «delitos» [prostitución, aborto, adulterio] que sólo en la mujer se condena, mujeres culpabilizadas incluso por sus propias familias», en CDEM, cajas AMV: «Semana pro-amnistía, 8-15 mayo, 1977».

553 Larumbe, 2004: 49.

el tema del feminismo era un «cero a la izquierda para la izquierda»[554]. Esta idea sobre la inhibición de muchas personas cercanas a la izquierda en cuanto a los retos planteados por el movimiento feminista también quedaba plasmada en soporte gráfico. En este sentido es representativa una sátira publicada con motivo de las Primeras Jornadas de la Mujer de Euskadi. En ella aparece un hombre con una pegatina del diario *Egin* en la solapa de su chaqueta, sentado en el sofá y hablando a su mujer de la revolución mientras ésta plancha y lava[555]. Durante mucho tiempo, como afirma la historiadora Mary Nash, «el movimiento obrero español suscribía estas pautas de género en la definición de la mujer como esposa, madre y ama de casa y el hogar como exclusivo ámbito laboral femenino»[556]. Lo cual no es óbice para comprobar que, al igual que desde los movimientos gay y antinuclear se trataba de influir y ganarse para la causa a los partidos políticos de izquierda, no se hiciera lo propio desde el movimiento feminista[557].

Para algunas personas autodefinidas como de izquierdas, «ecologismo» se relacionaba con los coqueteos verdes de acomodados ociosos[558]. Dentro de una parte de la izquierda pesaba una determinada lectura de Karl Marx según la cual, empleando la terminología al uso de la época, el desenvolvimiento de las fuerzas productivas conduciría a la agudización de la lucha de clases. El desarrollo energético tendía a verse como parte de la última fase del capitalismo[559]. Los miembros de la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear pidieron desde un primer momento a los diversos agentes sociales que se definieran sobre las centrales nucleares[560]. Para ello organizaron reuniones multilaterales y les conminaron a exponer públicamente las conclusiones de sus debates internos. Pronto aparecieron quejas ante la

---

554 CDEM, cajas AMV, recorte de prensa: «LAMBROA: Mujeres: cero a la izquierda para la izquierda», [s. f.]. Aquí defienden que «esta movilización general de todos los grupos y partidos que se dicen redentores y salvadores de la humanidad, de los grupos oprimidos, ha sido un nuevo engaño, una nueva decepción. Y la decepción ha venido provocada quizás por haber albergado, una vez más, la falsa esperanza de que estos grupos que se llaman progresistas, incluso revolucionarios, tendrían que dar solución a nuestro problema».

555 Revista de las «Jornadas de la Mujer en Euskadi», 1977.

556 Nash, 1995: 199.

557 Por ejemplo mediante mesas redondas sobre «Mujer y política» como la celebrada en el Colegio Mayor de la Universidad de Deusto, en Bilbao. Participaron DCV, PCE, PSOE, PSP, MC, ID y la Asamblea de Mujeres de Vizcaya, en *El Correo*, 4-05-1977.

558 Así lo denuncian, entre otros autores, Gaviria, 1976: 10; o Marqués, 1978.

559 Sacristán, 1987: 12, se esforzó un desmontar lo que consideraba una vulgata marxista: la creencia en que la mera dialéctica histórica conduciría al final de las contradicciones de clase. Por ello, consideraba que el reto que la crisis ecológica planteaba a la izquierda revolucionaria consistía en abandonar la fe en la infalibilidad del proceso de la lucha de clases hacia el comunismo, porque ni siquiera Marx habría sostenido la validez de un esquema tan rígido. Por lo tanto, se trataba de dar más importancia «al sujeto revolucionario» (seguía considerando a la clase obrera, y particularmente al proletariado industrial, el principal agente social transformador, Sacristán, 1987: 19 y 22) y menos a los factores supuestamente objetivos.

560 *Deia*, 2-07-1977; y *Egin*, 24-12-1977.

ambigüedad y la dejadez de los partidos, a los que se consideraba más volcados, por ejemplo, en realizar propaganda para obtener réditos electorales ante las citas con las urnas[561]. Los partidos políticos de la izquierda acudieron y apoyaron la manifestación de Bilbao de julio de 1977, aunque desde la Comisión de Defensa se quejaron por su oportunismo. En septiembre del 77 la misma organización volvía a denunciar la «pasividad» de los partidos, informado de que lo único que habían hecho había sido sumarse con pancartas «a la impresionante manifestación convocada por los organismos unitarios del pueblo»[562].

Pero, al contrario de lo que ocurría con la derecha, las organizaciones de los nuevos movimientos sociales no concebían a la izquierda como su antagonista, sino como una compañera de viaje de la que aquellas sentían formar parte. Por ello se decía a diferentes interlocutores de partidos y sindicatos que para ser realmente progresista la izquierda debía implicarse activamente en la defensa de los derechos de mujeres y gays, así como en la protección del medio ambiente. Pero, particularmente en un primer momento, la izquierda no fue más que una audiencia y un aliado potencial.

Una fecha clave para entender este proceso en el País Vasco y España fue 1977, cuando proliferaron diferentes organizaciones feministas, gays y antinucleares, empezando a hacerse notar en el espacio público. Las primeras convocatorias electorales facilitaban una plataforma desde la cual tratar de influir sobre los programas de los partidos. Así pues, a lo largo de 1977 se produjeron los primeros encuentros y desencuentros entre partidos políticos y organizaciones de los nuevos movimientos sociales de los setenta.

De momento no puede concretarse con más detalle qué partidos se convirtieron en aliados de qué movimientos. Lo que sí puede señalarse es que las organizaciones de esos últimos estuvieron nutridas desde su inicio tanto por «independientes» como por «doble militantes». Entre estos últimos predominaban los ligados a partidos de izquierda tipo EMK, LKI o PCE, así como nacionalistas vascos radicales, autónomos y anarquistas. En teoría los «doble militantes» no estaban en los movimientos sociales como representantes del partido, sino a título individual y por sintonía personal con dichos grupos. Pero era inevitable que el predominio de un sector se hiciera notar en la táctica y la estrategia que cada organización de los movimientos sociales tomaba[563].

El «doble militante» afrontaba el reto de llevar al partido o a la organización del movimiento social asuntos que podían no encajar en la línea de uno u otro. Téngase en cuenta, por ejemplo, que para algunas personas en el partido la forma organizativa era el centralismo democrático, mientras que en el

---

561 Allende en *Punto y Hora*, 7-07-1977.

562 *Punto y Hora*, 1-09-1977.

563 Entrevista con Enrique Antolín; Leioa, 25-11-2008; y entrevistas citadas con Clara Murguialday y Mertxe San Esteban.

movimiento social era la asamblea. Las dobles militancias fueron uno de los factores que contribuyeron a que los partidos de izquierda fueran incorporando postulados relacionados con el feminismo, el ecologismo o la homosexualidad. Aún así, las organizaciones de los movimientos sociales trataron, por lo general, de que el protagonismo principal de las iniciativas siguiera correspondiendo en primera persona a gays, mujeres o antinucleares por encima de partidos, sindicatos u otras organizaciones de la sociedad civil.

Al margen del papel que empezaban a jugar los partidos políticos de la izquierda como aliados para alcanzar unos mismos fines junto a las organizaciones de los movimientos sociales, merece la pena detenerse en otro tipo de aliados: los hombres antimachistas y los heterosexuales que brindaban su apoyo a la causa gay, bien como activistas, bien como simpatizantes. En las dicotomías que se suelen emplear para separar quién estaría dentro y quién fuera de los movimientos sociales estos sujetos no encajan bien. El problema que plantean es que parecen no ser algo ni interno ni externo al grupo, ni parte del «nosotros» ni tampoco algo ajeno, sino que estarían situados en un difuso punto intermedio[564].

Los contactos o las experiencias personales pudieron decantar a una persona a intentar convertirse en un aliado de los movimientos gay o feminista sin ser ni homosexual ni mujer. Este tipo de alianza es un elemento que ayuda a entender el potencial de la solidaridad y el altruismo, del activismo que se despliega sin esperar un beneficio directo, así como la importancia que se puede conceder a los valores (la sensación de estar haciendo un bien a la comunidad) al tomar la decisión de manifestarse por una causa que, aparentemente, no es la propia o la que correspondería por motivo de orientación sexual o de género.

Claro que esa ayuda se pudo hasta ver con recelo por parte de algunos homosexuales, para quienes esos aliados heterosexuales estarían presentando unas credenciales como adalides del movimiento gay que, en realidad, no les corresponderían. Lo mismo cabría decir de los hombres antimachistas, cuyo apoyo, a veces, se desdeñó desde una parte del movimiento feminista, porque se decía, entre otras cosas, que las propias mujeres eran las que tenían que llevar adelante sus reivindicaciones[565]. Las organizaciones de los movi-

---

[564] Myers, 2008: 168. El caso concreto que trata este autor es el de los heterosexuales que defienden los derechos de los gays. Hay personas que nunca se han acostado con alguien de su mismo sexo y que sin embargo se definen como gays voluntariamente, como una opción deliberada de identidad política. No es que sostengan que *apoyan* a los gays, sino que pueden llegar a decir que *son* gays.

[565] En este sentido es interesante el debate entablado en el diario *Egin* en marzo y abril de 1982. Para lo que aquí interesa, sobre los «hombres feministas» se publicó un artículo en el que se denunciaban las presuntas ansias proteccionistas de aquellos sobre las mujeres y se afirmaba que «queremos manifestarnos solas en la calle sin que nos tapen vuestras voces y sin que sigamos vuestra dirección (…) aunque os sigáis llamando "feministas" yo os llamaría "feministos", por no decir "femilistos"», en *Egin*, 14-03-1982.

mientos gay y feminista estuvieron formadas fundamentalmente por homosexuales y por mujeres respectivamente. Ahora bien, a las manifestaciones que aquellas convocaban sí acudían como simpatizantes, en ocasiones con asiduidad y constante fidelidad, tanto heterosexuales como varones.

Nuevos movimientos sociales incipientes

El hilo conductor de esta segunda parte del libro ha sido el análisis de unos nuevos movimientos sociales en el contexto de los comienzos de la Transición. Del mismo modo que, páginas atrás, unas redes sociales sumergidas han quedado caracterizadas como dentro de una fase de latencia, los movimientos incipientes se comprenderían, aquí, en el marco de una fase de visibilidad, que implica que «cuando los grupos pequeños emergen, lo hacen para enfrentarse a una autoridad política sobre determinados asuntos»[566].

Primero voy a hacer algunas consideraciones generales sobre las características que, a la altura de 1977, habían adquirido dichos movimientos y sus organizaciones (entre las que destacan su carencia de especialización, la multimilitancia, las primeras salidas a la calle y la potenciación de identidades colectivas). En segundo lugar voy a comparar la situación en la que se encontraban a finales de dicho año los tres movimientos sociales a estudio, profundizando en aspectos como las primeras acciones armadas de ETAm en torno a la controversia de Lemóniz. Ello dará pie a ir introduciendo la próxima parte del libro, en la cual se abordará una etapa (1978-1980) que entra de lleno en los llamados «años de plomo» (años teñidos de tonos plomizos por el paro y la crisis económica, pero sobre todo, para lo que aquí interesa, por la violencia política).

A la altura de 1977 los espacios de los movimientos sociales no estaban claramente delimitados. No eran, en absoluto, compartimentos estanco, sino que se mostraban permeables a la participación de personas de distintas procedencias ideológicas, al intercambio de activistas y locales. Ya hemos visto que los objetores de conciencia estuvieron en la Coordinadora de Marginados de Bilbao junto con, entre otros grupos, EHGAM y las feministas de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya. Otro ejemplo lo suministra el Movimiento de Objeción de Conciencia, que se hizo en la calle Carnicería Vieja del Casco Viejo de Bilbao con un piso (*Bakearen Etxea*, la Casa de la Paz) en el cual, ante la carencia de un espacio propio, se reunía también el Comité

---

[566] La cita en Melucci, 1994: 146 y 147. Continúa el autor italiano afirmando que «estos dos polos [latencia y visibilidad] están recíprocamente interconectados. La latencia hace posible la acción visible porque proporciona los recursos de solidaridad que necesita y produce el marco cultural dentro del cual surge la movilización. Esta última a su vez refuerza las redes sumergidas y la solidaridad entre sus miembros, crea nuevos grupos y recluta nuevos militantes atraídos por la acción pública del movimiento que pasan a formar parte de dichas redes».

Antinuclear de dicho barrio[567]. Asimismo, el paso de la militancia sindical y política al activismo feminista se interpretaba, frecuentemente, como un *continuum* sin ruptura aparente[568].

Toda esta cercanía tiene mucho que ver con la ausencia de especialización dentro de los movimientos sociales y con una época de gran efervescencia asociativa. La proliferación de organizaciones de nuevos movimientos sociales no se tradujo en el País Vasco de la Transición, al menos en un principio, en una competencia entre ellas por arrebatarse participantes, sino en una amplia porosidad y complementariedad[569]. Existía la sensación de que, tras la muerte de Franco, había mucho por hacer en distintos terrenos. Además, las oportunidades políticas y culturales para profundizar en los cambios estaban progresivamente más abiertas.

Bajo el impulso de las organizaciones de los nuevos movimientos sociales se empleó un repertorio de protestas que incluía, principalmente, manifestaciones, recogidas de firmas, charlas y encartelamientos. Esto estuvo unido al aprovechamiento tanto de esas nuevas oportunidades políticas existentes como de las experiencias previas de multimilitancia de algunos de los activistas. El pionero esfuerzo de nuevos sujetos colectivos como el movimiento feminista y el gay por hacerse presentes en el espacio público en el País Vasco tuvo como fecha clave 1977. De cara al conjunto de la sociedad, ese año, hubo homosexuales que hicieron una travesía personal y colectiva para pasar «del gueto a la calle»: de ser aquellos que se reunían en los baños públicos para mantener furtivos encuentros, o de avergonzarse de su orientación sexual, a constituirse en sujeto social y a desfilar en manifestación por las avenidas más concurridas de las ciudades. Del mismo modo, ese año hubo mujeres que también saltaron a proclamar públicamente sus reivindicaciones, propulsando así en la sociedad un cambio cultural respecto a las funciones asociadas a su género.

Con lo hasta ahora visto, ¿en qué sentidos puede hablarse de la aparición de unos nuevos movimientos sociales? Parece evidente que hay ciertos elementos que permiten hablar de novedad. En primer lugar puede destacarse que en la historia del País Vasco nunca antes de 1977 había existido un movimiento gay. Los activistas de EHGAM hicieron hincapié en esa originalidad ya en el primer número de su revista, publicada a finales de ese mismo año. Cuando convocaron manifestaciones para conmemorar el orgullo o la liberación gay, en cada caso (en Bilbao, Vitoria y San Sebas-

---

[567] Entrevistas citadas con Enrique Antolín y Carlos Alonso.

[568] Entrevista citada con Begoña Gorospe.

[569] Klandermans, 1992: 177, señala que «aunque las coaliciones entre organizaciones de movimientos sociales emparentados parecen algo natural, también es frecuente la competencia entre ellas». Para el caso que nos ocupa esa competencia es más visible entre las organizaciones de un mismo movimiento social que entre organizaciones de diferentes movimientos sociales. Algo hemos visto ya en el apartado «Una explosión de organizativismo», y algo más veremos en el apartado «Tensiones internas, escisiones y nuevas organizaciones».

tián) fue la primera vez que los gays salieron a la calle como tales en el País Vasco.

También desde dentro del movimiento antinuclear hubo quien marcó distancias entre unas actividades consideradas políticamente neutras e inocuas (las promovidas por ICONA o por el naturalista Félix Rodríguez de la Fuente) y unos *nuevos* grupos politizados que pondrían en cuestión el sistema en su conjunto. E incluso denunciaron la utilización de los animales con fines comerciales por parte de este último, lo que suponía otra manera de distinguirse y marcar distancias[570]. Cuando organizaciones como la Comisión de Defensa o los Comités Antinucleares salieron a la calle para protestar contra los proyectos de centrales nucleares y lo asociaron con la crisis política de la Transición, así como con el modelo de desarrollo económico y social (en Plentzia, 1976; o en Bilbao, 1977), no lo había hecho nadie antes en el País Vasco con esos ingredientes particulares. Asimismo, hasta donde ahora sabemos, antes de 1977 en el País Vasco no se había convocado una manifestación para celebrar el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer. Cuando se convocaron las I Jornadas de la Mujer de Euskadi, en diciembre de 1977, se presentó el acto en la prensa como «la primera cumbre de la mujer vasca»[571].

Ahora bien, pese a esas novedades, las formas de protesta aquí tratadas no eran completamente originales, sino que habían aparecido a lo largo de los años anteriores ligadas a los repertorios de contestación empleados por otros movimientos «madrugadores» como el obrero, estudiantil y vecinal[572]. En todo caso, lo novedoso era que esas acciones se vincularan a retos concretos como los que planteaba el empleo de la energía nuclear, la situación de las mujeres o la homosexualidad. Las activistas feministas, antinucleares y gays no inventaron las plataformas reivindicativas, las asambleas, las campañas de recogidas de firmas, las ocupaciones de edificios públicos y privados, los festivales de música, las manifestaciones, las charlas o los encierros en iglesias. En todo caso potenciaron alguno de esos aspectos porque lo consideraran una herramienta particularmente útil para sus objetivos concretos. La creatividad humana no llega a tanto como para renovar los repertorios de protesta cada vez que la conflictividad social se desplaza de un tema a otro. Las personas se mueven dentro de unos márgenes finitos de alternativas movilizadoras[573].

---

[570] En *El País*, 25-06-1978.

[571] *Diario 16*, 7-12-1977.

[572] Pérez Ledesma, 1994a: 66; Carnicero Herreros y J.A. Pérez Pérez, 2005: 281, para el movimiento obrero (ponen el ejemplo de la elaboración temprana de plataformas reivindicativas entre los trabajadores); y Radcliff, 2007: 217, para el movimiento vecinal y la oposición de la Iglesia, con encierros incluidos.

[573] Comparto la reflexión de Casquete, 2001: 213, quien indica que «autores como Melucci y Touraine nunca han rebatido la discontinuidad en formas de acción, de organización o de temas. Más bien, lo que han intentado destacar es el significado que la acción colectiva ad-

El apoderarse de la palabra y de la acción en primera persona implicaba para dichos sujetos ponerse en movimiento para agrietar la quietud social que rodeaba a los temas de su interés. Esto implicaba no sólo tomar la calle sino, además, sensibilizar a la población para transformar algunos de los significados asociados a los homosexuales, las mujeres o la energía nuclear. Esta sacudida sociocultural, planteada en términos tanto de confrontación hacia las autoridades políticas como de auto-afirmación, implicó exigir el desmantelamiento de las estructuras políticas franquistas y también avanzar hacia la deslegitimación de los pilares normativos que habían sostenido las prácticas sociales tenidas por válidas bajo el franquismo. De esta forma:

> se hacen simultáneamente la transición política y la transición sociocultural; se llevan a cabo a la vez la implantación de las instituciones democráticas y las transformaciones culturales desde unos modos de vida homogeneizantes, tradicionales y conservadores a unas nuevas pautas de relación y de convivencia que se enmarcan en la *diversidad* y en la *tolerancia*[574].

A lo largo de 1977, a medida que avanzaba el proceso de Transición, el franquismo iba quedando atrás. Dicho año finalizaba de forma un tanto diferente para cada movimiento social aquí a estudio. En el caso del feminista el hito que cerró 1977 fueron las Jornadas de la Mujer de Leioa, que, como ya hemos visto, supusieron un revulsivo a nivel personal y colectivo. En dichas jornadas se dieron públicamente a conocer los llamados «grupos de autoconciencia» que se habían ido creando «en la línea de los grupos de *self help* americanos». Eran grupos donde la afinidad personal, la complicidad y la búsqueda de la identidad femenina ejercían un papel fundamental[575]. Las activistas feministas se estaban reuniendo, conociéndose e iniciando deba-

---

quiere en unas sociedades que están viendo alterarse su configuración a un ritmo vertiginoso en una dirección aún incierta, hasta llegar a hablar de un "cambio de época"». El mismo autor en otro lugar (2006: 76) aclara que, para los partidarios de la novedad, «las similitudes son tan sólo de contenido, pues la orientación de los movimientos actuales adquiere un significado diferente en el marco de las sociedades avanzadas. Ahí precisamente, y no en la longevidad de los temas que reivindican, residiría a juicio de estos autores el verdadero carácter novedoso de los movimientos sociales contemporáneos». Ahí encajarían también las palabras de Bloch, 2000: 39, para quien «un fenómeno histórico nunca puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de su momento. Esto es cierto de todas las etapas de la evolución. De la etapa en que vivimos como de todas las demás. Ya lo dijo el proverbio árabe antes que nosotros: "Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres"».

[574] En Alberdi, Escario y López-Accoto, 1996: 13 y 14. El subrayado es mío, porque habría que matizar la persistencia de sectarismos y de actitudes excluyentes entre algunos de los adalides de las transformaciones socioculturales.

[575] La cita en Augustin, 2003: 63 y 64; más en Taboada, 1978; Di Febo, 1979: 211; Nash, 2004: 176-180; Grau, 2006: 415; y en AMG, Actas de las Jornadas de Mujeres Independientes (San Sebastián, 1982): «Comunicación entre las mujeres-Autoconciencia», donde se afirmaba que «para que las mujeres nos vayamos sintiendo sujetas, es necesario afirmarnos entre nosotras, entre mujeres solas».

tes. El movimiento feminista estaba clarificándose internamente y, al mismo tiempo, comenzando a abrir sus propuestas a la sociedad.

Es algo similar a lo que podemos detectar para el caso del movimiento gay. A finales de año se sucedieron tanto la primera manifestación en la que dos organizaciones gays figuraron entre los convocantes (la de la Coordinadora de Marginados de noviembre de 1977 en Bilbao), como la publicación por parte de EHGAM del primer número de su revista y su plataforma reivindicativa. Los gays comenzaban a estar presentes en el espacio público, en la prensa y en las calles[576], lo que facilitó que el grupo organizado se fuese ampliando. Así, al núcleo inicial de activistas vizcaínos le acompañaría desde finales de 1977 otro grupo que se reunía en San Sebastián[577].

Por lo que respecta a la controversia en torno a la energía nuclear, hubo dos hechos relevantes a finales de 1977. Por un lado, los últimos meses del año trazaron los inicios de la sucesión de posicionamientos de agentes sociales acerca de Lemóniz tras la multitudinaria marcha de julio. La cascada de pronunciamientos públicos proseguiría durante los primeros meses del año siguiente[578]. Por otra parte, en diciembre del 77 un comando de ETAm atacó el puesto de la guardia civil de vigilancia de la central nuclear. Fue uno de sus primeros atentados tras la salida a la calle del último preso de ETA gracias a la amnistía de octubre[579]. Este atentado se enmarcó en la trágica escalada violenta desatada en torno a la central nuclear, espiral en la que durante los años venideros se perpetraron varios asesinatos así como cientos de atentados contra torres de alta tensión y subestaciones eléctricas de Iberduero[580].

Del mismo modo que partidos, sindicatos y otros agentes sociales se estaban definiendo sobre Lemóniz, ETAm, a su manera, también lo hacía[581]. La acción ponía por primera vez al conjunto de personas y organizaciones que conformaban el movimiento antinuclear ante la disyuntiva de aplaudir, tolerar, ignorar o rechazar la utilización de métodos violentos como supuesto elemento de apoyo contra las centrales nucleares en el País Vasco. En el curso del enfrentamiento entre la guardia civil y el comando de ETAm había resultado gravemente herido el miembro de dicha organización terrorista

---

[576] La prensa tuvo un importante papel en la difusión de la existencia de estos grupos. Por ejemplo, el diario *Egin* publicó íntegramente la plataforma reivindicativa de EHGAM, en *Egin*, 3-11-1977.

[577] Entrevista citada con un grupo de dos activistas de EHGAM-Gipuzkoa.

[578] EIA lo hizo en diciembre de 1977 (*Egin*, 27-12-1977), HASI, ANV, ESB y EMK en enero de 1978 (*Egin*, 11-01-1978; 18-01-1978; y 25-01-1978), PNV, EKA, PCE y LAB en febrero (*Egin*, 8-02-1978; 9-02-1978; y 22-02-1978), la CNT en marzo (*Deia*, 26-03-1978).

[579] Unzueta, 1996: 282, quien denominó su trabajo, de forma expresiva y acertada, «Euskadi: amnistía y vuelta a empezar».

[580] Alonso, Domínguez y García Rey, 2010: 104, dan la cifra de 246 acciones terroristas de ETA dentro de su campaña contra Lemóniz.

[581] Tras otro atentado realizado contra instalaciones de Iberduero en octubre de 1977, ETAm, con la acostumbrada fórmula entre populista y mesiánica, argumentaba que «Euskadi no quiere la central» o que «el pueblo ya ha decidido», en *El País*, 5-10-1977.

David Álvarez, quien fallecería días después. Las organizaciones del movimiento antinuclear no tomaron ninguna postura ante el atentado. El asalto al puesto de la guardia civil no provocó entre éstas reacciones de rechazo públicas. Pero el deceso del joven militante de ETAm sí que movió a la Comisión de Defensa y a los Comités Antinucleares a presentarlo como un compañero de lucha[582].

Para la oposición a la dictadura la referencia compartida había sido, hasta entonces, la «lucha antifranquista»[583]. Una vez que el franquismo pasaba a mejor vida y tocaba lidiar con una nueva situación (los inicios de la institucionalización democrática) hubo sectores que pretendieron aglutinar fuerzas en torno a otra referencia dominante: la «lucha de liberación del pueblo vasco»[584]. La negación de la democratización era el primer paso para ello.

Sucesos como la muerte de David Álvarez hacían visualizar a ese sector la continuidad de las políticas represivas. David Álvarez se convirtió en el primer mártir de ETAm tras la amnistía[585]. Los sucesos en torno a su fallecimiento sirvieron como un medidor de simpatías en un momento en el que ETAm estaba buscando granjearse la identificación de los sectores «revolucionarios» (los rupturistas que impugnaban la Transición) y alejarlos de los «reformistas» (los moderados que acataban el rumbo de la misma), bloques en los que dividía a las fuerzas políticas[586]. De ahí que se realizasen valoraciones como la siguiente:

> A nivel de Euskadi, aunque quizás sea un poco precipitado afirmar lo que sigue por el poco tiempo transcurrido, pensamos que la situación política empieza a variar en favor nuestro. Si hemos pasado unos meses de incomprensión de nuestra actividad armada por parte de bastantes sectores dentro de nuestro País, hoy ésta comienza a ser asimilada y justificada, el hecho de que, ante la caída de un militante nuestro en un ataque en Lemóniz, se hayan producido Asambleas e incluso manifestaciones a los gritos de «ETA destruye la central», «David el pueblo está contigo», etc., así como notas de protesta de algunas centrales sindicales, algunas de ellas claramente dirigidas por partidos que siempre nos han condenado, demuestra que ha habido una presión por parte del pueblo, y que éste no está dis-

---

582 *Egin*, 14-01-1979, *Egin*, 15-01-1980, *Egin*, 14-01-1981.

583 Benford y Snow, 1992: 138, entienden que para que un marco de protesta sea dominante para un actor social (*master protest frame*) necesita influir sobre la teoría y la práctica de diferentes organizaciones de los movimientos sociales y atribuir de forma genérica significados para señalar problemas e identificar posibles soluciones.

584 Aierdi y Fernández Sobrado, 1997: 198. De ahí que el sujeto histórico impulsor de ese marco dominante de protesta aglutinara fuerzas sociales sectoriales en torno a un conglomerado organizativo autodefinido como Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV).

585 Francisco Letamendia se refirió al mismo como el «primer mártir vasco antinuclear» en declaraciones recogidas en *Hoja del Lunes*, 13-03-1978.

586 En Archivo Privado de Enrique Urquijo (en adelante, AEU). ETAm: Informe político interno, diciembre de 1977.

> puesto, como antaño, a ver morir a nuestros militantes, lo que prueba en un tanto por ciento que desconocemos, por lo que pueda haber de sentimentalismo, que sigue viendo necesidad de nuestra lucha[587].

El resultado de las apuestas maximalistas de los extremistas sería su aislamiento político. Dicho aislamiento, dada su marginalidad electoral, es claro en el caso de la ultraderecha (no así su peso en el ejército, que todavía traería quebraderos de cabeza a lo largo de la Transición). En el caso del nacionalismo vasco radical ligado a ETAm de lo que puede hablarse es de los comienzos de su auto-aislamiento. El apoyo político que era capaz de concitar no era irrelevante y lo sería aún menos a partir del año siguiente, con la fundación de HB. Pero su insistencia en que en España no estaba cambiando más que el maquillaje del régimen franquista llevó a este espectro social a comenzar la construcción de una «sociedad dentro de la sociedad»[588].

ETAm, la vanguardia armada de dicho contrapoder, se estaba embarcando en una particular espiral desestabilizadora para negar legitimidad a la democracia en ciernes[589]. ETAm irrumpía en la escena antinuclear en pleno auge de la movilización contra Lemóniz. Demostraba, así, su intención de seguir adelante con la violencia política[590]. Lo hacía, no por casualidad, valiéndose de un tema de candente actualidad y que concitaba un fuerte rechazo social. El inicio del solapamiento de la oposición antinuclear con el fenómeno del terrorismo empezaba a plantear, para aquellas personas y organizaciones que se definían como antinucleares, situaciones de gran tensión a las cuales, al menos de momento, otros movimientos sociales como el feminista o el gay no hubieron de enfrentarse directamente. Los años comprendidos entre 1978 y 1980, que son el objeto de estudio de la próxima parte de este libro, fueron claves para comprender los complejos lazos establecidos entre conflictividad social, institucionalización democrática y recrudecimiento de la violencia política.

---

587 *Zutik*, 69 (1978).

588 La cita en Rivera, 2001: 180. «Magma comunitario» lo denomina Juaristi, 2006: 300; y la misma sería una «comunidad total, cerrada, irreductible y con los límites bien establecidos» para Ugarte Tellería, 2009: 366.

589 Llera, 1992a: 87, señala la «clara estrategia desestabilizadora y de deslegitimación [de ETAm] al incrementarse sus acciones en momentos de movilización política, de institucionalización o de conflicto, coincidentes con el proceso de instauración democrática».

590 AEU. ETAm: Informe político interno, diciembre de 1977.

Parte III

Nuevos movimientos sociales en desarrollo durante la institucionalización democrática (1978-1980)

Esta tercera parte del libro está dividida en dos grandes capítulos. En el primero, denominado «Una movilización de redes sociales», se trata de la evolución de los discursos y prácticas de los movimientos sociales (sus escisiones, campañas conjuntas…), de los aliados que estos mismos fueron capaces de adherir y de los reposicionamientos de los agentes sociales (particularmente partidos y sindicatos). Nos hallamos, además, ante una etapa convulsa, caracterizada por un proceso de paulatina institucionalización democrática y por una espiral creciente de violencia política. Éste es el eje de interés que se aborda en el siguiente capítulo: «Las múltiples facetas de la democratización».

Capítulo 5

Una movilización de redes sociales

En torno a las campañas más relevantes de los nuevos movimientos sociales se sumaron esfuerzos procedentes de diversas personas y organizaciones. No sólo es que los lazos entre las organizaciones de los movimientos sociales y otros agentes se extendieran, sino que se hablará aquí de unos años durante los que también proliferaron más organizaciones y éstas diversificaron las formas de protesta de que se valieron para socializar sus demandas. Los años comprendidos entre 1978 y 1980 formaron el pico de lo que fue una movilización de redes sociales ligada a las campañas impulsadas por los nuevos movimientos sociales en el País Vasco de la Transición.

Tensiones internas, escisiones y nuevas organizaciones

Una de las principales enseñanzas que Charles Tilly nos ha legado es que la democratización suele traer parejo la aparición y el desarrollo de movimientos sociales. Según el esquema del citado autor, esto responde a que gracias a los procesos de democratización se forman relaciones más regulares entre el gobierno y los ciudadanos, se ensanchan y se igualan los derechos y obligaciones, se incrementa el papel vinculante de las consultas a la población para introducir cambios en las políticas, se extiende la protección de las minorías frente a las arbitrariedades y se crean instituciones (elecciones, partidos políticos, sindicatos, *lobbies*, etc.) que promueven o apoyan el nacimiento y desarrollo de movimientos sociales[591].

Cuando los regímenes son dictatoriales ofrecen menos espacio para la exteriorización de protestas. Sin embargo, la democratización suele trazar

[591] Tilly, 2003: 21-45; Tilly, 2007: 59; y Tilly y Wood, 2009: 135 y 136.

nuevos cauces practicables para la difusión pública de las mismas[592]. Ya hemos visto que 1977 fue un año fundamental para el inicio de la democratización española (amnistía, legalización de partidos y sindicatos, elecciones generales libres…) y también para el desarrollo de las primeras salidas a la calle de los nuevos movimientos sociales. La «explosión de organizativismo» no acabó en 1977, sino que se prolongó durante la etapa comprendida entre 1978 y 1980, es decir, al compás de la democratización de las instituciones.

A raíz del surgimiento de nuevas organizaciones y del desarrollo y la especialización progresiva de los debates en el seno de los movimientos sociales también se produjeron tanto escisiones como alejamientos de algunas personas a título individual. Interesa detenerse en todo esto por lo que dicha información puede decirnos acerca de dos aspectos fundamentales. Primero, para el estudio de los conflictos que aparecieron no sólo desde abajo hacia las autoridades políticas, sino también dentro de las propias organizaciones de los movimientos sociales. Segundo, para seguir la pista y comparar lo que fue, en cada provincia, la extensión de estas últimas.

Relacionado con el caso concreto del movimiento feminista está el ejemplo de las Jornadas de la Mujer. Éstas, a veces, más que unión provocaron división, como se pudo ver en las celebradas en Granada en 1979[593]. A partir de dichas jornadas las organizaciones feministas que no renegaban de la doble militancia de alguno de sus miembros siguieron ligadas a la Coordinadora de Grupos Feministas del Estado Español[594]. Por su parte, las «independientes» se separaron y pasaron a organizar desde 1980, con una periodicidad anual, Jornadas de Mujeres Independientes[595]. Sin embargo, en el País Vasco la mayoría de las feministas que permanecían organizadas consideró que las Asambleas de Mujeres eran una plataforma válida. Esta actitud unitaria se vio favorecida en Euskadi por campañas como la iniciada en 1979 contra los juicios por aborto contra varias mujeres, lo que supuso un acicate movilizador y un importante factor aglutinante de diversas sensibilidades.

Ahora bien, aunque al hilo de las citadas controversias y al contrario de lo que sucedía en el resto de España el movimiento feminista no se escindiera en Euskadi, las polémicas tampoco le fueron ajenas[596]. Ni las «independientes» ni las «políticas» contaron con suficiente fuerza en las Asam-

---

[592] Una aplicación de esta idea al caso concreto del País Vasco de la Transición en Urrutia, 1994: 241 y 242.

[593] *El País*, 9-12-1979: «Enfrentamientos y abandonos en las II Jornadas Feministas. Tenso debate entre las «radicales» y las encuadradas en organizaciones políticas».

[594] Augustin, 2003.

[595] Las III Jornadas de Mujeres Independientes se celebraron en San Sebastián en junio de 1982, *Egin*, 11-06-1982; y *Argia*, 18-07-1982.

[596] CDEM, cajas AMV: «Crítica de la coordinadora al movimiento en su fase actual», [s. f.]. «Hemos llegado a una situación de confusión total en la Asamblea que creemos es debida a (…) la existencia de tendencias, en base a prejuicios anteriores y no a discusiones serias».

bleas de Mujeres para que sus posturas se convirtieran en hegemónicas. Ello no quiere decir que no hubiera mujeres que se sintieran en minoría y abandonaran la participación en las organizaciones por descontento o sensación de lejanía con las mismas. Por ejemplo, podían sentirse en minoría en esas asambleas aquellas personas que, debido a su asunción de la Transición y su apoyo a las instituciones en ciernes (competencia por el poder político incluida), o por su militancia en un partido político catalogado desde la extrema izquierda y el nacionalismo vasco radical como «revisionista» y «españolista» respectivamente, se veían desplazadas de la centralidad del colectivo. Se percibían rompiendo las normas no escritas, pero no débiles, bajo las que de manera difusa se guiaba una organización sin estatutos ni reglas de funcionamiento interno, pero sí cargada con los prejuicios y las etiquetas bajo las que algunas activistas clasificaban y separaban a las demás[597].

Nos han quedado testimonios elocuentes de actitudes intolerantes. Por ejemplo, había feministas «independientes» que defendían que había que borrar del mapa la doble militancia si lo que significaba era definirse al mismo tiempo como feminista y marxista. Así, una marxista «puede estar inserta en la lucha de la liberación de la mujer» pero no llamarse feminista, porque serían dos palabras diferentes[598]. Bajo este punto de vista se estaba tratando de configurar un tipo de identidad feminista excluyente con otros tipos de autodefinición del individuo, incompatible, en este caso, con la identidad de clase. La única forma de superar el debate entre doble o única militancia habría sido simplemente reconocer la pluralidad de opciones existente. Pero entonces, en muchas ocasiones, prevaleció el sectarismo y la consideración de que la propia opción era no sólo *una* opción válida y útil de militancia, sino *la* única opción correcta.

En otros testimonios he recogido la sensación de incomodidad que en ocasiones sentían ciertas activistas de las Asambleas por ser heterosexuales[599]. Considerar que «cualquier hombre es un violador en potencia»[600], suponía un cierto estigma para aquellas que, aun sintiéndose plenamente feministas, sin embargo estaban «durmiendo con el enemigo». La ponencia «Como lesbiana contra la nueva moral feminista», que Gretel Amman presentó en las Jornadas de Granada de 1979, es significativa a este respecto. Como indica Mercedes Augustin, Amman «plantea una crítica frontal al movimiento, al que acusa de haber convertido el lesbianismo en un dogma, una doctrina que establece una jerarquía de valores entre feministas más o menos avanzadas, situando a las lesbianas en el punto más alto de la es-

---

[597] Entrevista citada con Pilar Pérez-Fuentes.

[598] *Dones en Lluita*, 11 (1979).

[599] Entrevista con un grupo de mujeres trabajadoras en fábricas de la margen izquierda del Nervión; Sestao, 29-10-2008.

[600] La frase es de la psiquiatra Genoveva Rojo, en *El País*, 7-08-1980. El mismo argumento había aparecido ya en *Deia*, 4-02-1978.

cala. La autora hace un llamamiento a la ruptura con esta nueva "moralina feminista"»[601].

La insistencia en la política sexual había llevado al feminismo a realizar un tratamiento teórico de temas como el lesbianismo. Pero más interesante que escritos como el arriba citado, que en el fondo tenían una limitada circulación, es el hecho de que de la teoría se pasara en no pocas ocasiones a la práctica. Algunas feministas, en el propicio ambiente de la época, se mostraron proclives a experimentar con prácticas homosexuales. Otras completaron su particular transición personal dejando a sus maridos por compañeros (o compañeras) más afines y comprensivos hacia la emancipación de las mujeres.

Pese al esfuerzo que se hizo para que las asambleas siguieran siendo unitarias las tensiones internas fueron intensas. No estoy defendiendo aquí la necesidad de una idílica ausencia de diferencias. La unanimidad suele ser sinónimo de gregarismo, una receta paralizante para toda sociedad. Estoy hablando, más bien, de unas tensiones que iban en detrimento de la camaradería y contribuían a disgregar las fuerzas del colectivo. El respeto a las diferencias fue una actitud que se iría fraguando con el tiempo, como fruto del aprendizaje de la tolerancia.

En este sentido, los tempranos análisis de Jo Freeman sobre «la tiranía de la falta de estructuras» dentro de las organizaciones del movimiento feminista no sólo hacían mención al engorro que suponía carecer de una mínima disciplina a la hora de asistir con regularidad a las reuniones o de participar en las distintas comisiones. También se referían a la ausencia de un reglamento interno al que todas pudieran atenerse y que, en la medida de lo posible, evitara tanto fricciones personales como los intentos de capitalización del grupo por parte de sectores con aspiraciones monopolísticas[602].

Las diversas opciones existentes a la hora de conducirse bajo una praxis feminista se volcaron no sólo en la creación de nuevas organizaciones, sino también en la multiplicación de reuniones más informales, que juntaban a mujeres en domicilios particulares para intercambiar textos, relatar experiencias, etc. Estos eran grupos de afinidad con una parte importante de autoayuda. Asimismo, durante los años de la Transición se produjo una multiplicación de los Grupos de Mujeres por pueblos de buena parte de la geografía vasca. Sólo en Bizkaia surgieron grupos en Markina, Lekeitio, Ondarroa, Portugalete, Barakaldo, Amorebieta, Durango, Algorta o Gernika[603]. También en los barrios de las ciudades más grandes, como en Bil-

---

[601] Augustin, 2003: 301. Pueden ponerse más ejemplos. Es el caso de Pilar Pérez-Fuentes, que fue testigo de cómo una mujer defendió que una feminista «tenía que ser lesbiana», en la entrevista citada con Pilar Pérez-Fuentes.

[602] Freeman, 1973.

[603] Para el caso concreto de Gernika ver Aiape, 2006: 202, para los demás, documentos como CDEM, cajas AMV: «LKI: Balance de la campaña de aborto», 1979, en el que se hace un repaso pueblo por pueblo de las iniciativas llevadas a cabo por las activistas feministas.

bao, se formaron grupos ligados a la Asamblea de Mujeres de Vizcaya en Rekaldeberri, Casco Viejo o Santutxu. No pretendo hacer aquí un listado completo de las organizaciones feministas, lo que sería demasiado prolijo y prácticamente imposible, sino señalar que la existencia de más organizaciones llevó las protestas a más lugares. Así, el 8 de marzo comenzó a conmemorarse en San Sebastián y Vitoria desde 1978, un año más tarde que en la capital vizcaína[604].

Los Comités Antinucleares también fueron llegando a multitud de sitios. Sólo en Bilbao llegaron a existir en torno a una decena, repartidos en barrios como Indautxu, Uribarri, Irala, La Peña, Casco Viejo, Otxarkoaga o San Ignacio[605]. A partir de 1978 se produjeron diversas escisiones en el seno del movimiento ecologista. Por ejemplo, en Álava surgieron el Grupo Ecologista Alavés[606], *Gure Lur Txikia* (Nuestra Pequeña Tierra, que realizaba actividades relacionadas con la fauna y con el proyecto de parque natural en el entorno de Valdegovía) y *Alpargatasuna*. Mientras tanto, los Comités Antinucleares se organizaron en barrios de Vitoria. Estas divisiones no sólo tuvieron que ver con las diferentes prioridades que cada grupo tenía (unos más conservacionistas, otros más políticos), sino también con la diferente receptividad y contactos con la Administración[607].

Ahora bien, dentro del País Vasco la provincia donde el movimiento antinuclear fue más débil fue Álava, por oposición a Bizkaia, donde tuvo una mayor incidencia dado que las obras de la central de Lemóniz estaban situadas en su costa. Pese a estar ubicada en territorio vizcaíno, desde los Comités Antinucleares alaveses se decía que la central nuclear de Lemóniz no era algo ajeno ni lejano. Un argumento era que un escape radioactivo podía afectar a las zonas limítrofes tanto como a las situadas a decenas de kilómetros de distancia. Otro argumento, de cariz diferente, era que Lemóniz representaba una imposición centralista para todo el País Vasco[608]. La menor importancia que adquirieron los Comités Antinucleares de Álava y Gipuzkoa en comparación con los de Bizkaia se explica por la percepción social de una menor repercusión directa del proyecto en esas provincias.

La única organización del movimiento gay existente en el País Vasco a estas alturas tampoco se libró de las primeras escisiones. En Bizkaia las les-

---

[604] *Egin*, 9-03-1978.

[605] Entrevista citada con Carlos Alonso.

[606] De Pablo y Rivera, 2006: 66, dicen más sobre este grupo: «sus primeras acciones respondían a iniciativas contra el aeropuerto de Foronda, mercadillos ecologistas y marchas en bicicleta reclamando bici-carriles».

[607] Gómez, 1990. Acerca de las tensiones internas y las escisiones del movimiento antinuclear profundizo en el apartado «Límites de la Transición "desde abajo"».

[608] Dicho argumento aparecería, como veremos, en las mociones contra Lemóniz presentadas a distintos municipios del País Vasco, donde se calificaba la central nuclear como un «atentado a un pueblo», en *Bizizaleak*, carpeta 2: «Señor alcalde, corporación de…», abril de 1979.

bianas feministas salieron de EHGAM para formar *Emakumearen Sexual Askatasunerako Mugimendua* (ESAM, Movimiento para la Liberación Sexual de la Mujer)[609]. Uno de los primeros pasos que dio el nuevo grupo fue presentarse ante diferentes colectivos y, entre ellos, la Asamblea de Mujeres de Vizcaya. Otras lesbianas feministas estaban organizadas directamente dentro de las Asambleas de Mujeres.

Más allá de las fórmulas de las que aquellas se valieran a la hora de organizarse, las que acabamos de ver son cuestiones fundamentales para dilucidar la potenciación de nuevas identidades desde los movimientos gay y feminista, así como para comprobar que, al margen de su debilidad numérica, lo que estaban haciendo sus activistas era alterar significados culturales. Con la separación de ESAM lo que se estaba intentando fraguar era una identidad más nítida y sólida como lesbianas para demostrar, tanto hacia unas mismas como hacia el resto de la sociedad, que «lo nuestro no es nada raro»[610].

El término gay, aunque formalmente hacía referencia tanto a varones como a mujeres, en la práctica se estaba ligando a los primeros. Muchas lesbianas tuvieron la sensación de que también en las organizaciones del movimiento gay quedaban invisibles y relegadas a un segundo plano ante la percepción de cierto androcentrismo entre los homosexuales masculinos[611]. La salida de las lesbianas feministas de EHGAM no fue una excepción ni en España ni comparándolo con lo ocurrido en otros países europeos[612].

Prácticamente al mismo tiempo tuvo lugar la extensión de EHGAM a Álava, donde surgió una nueva sección a finales de los setenta[613]. Mientras tanto, en Gipuzkoa se produjo la paulatina sustitución de un primer grupo de activistas más dedicados a las reuniones, el estudio, la lectura y la publicación de notas de prensa, por un segundo grupo más radical, formado en su mayoría por militantes de izquierda con ganas de marcar una agenda más reivindicativa de cara al exterior[614]. En estas fechas también se puede constatar la salida de algunos militantes de EHGAM, marcada no necesariamente porque percibieran que los avances sociales habían sido suficientes para retirarse a un discreto segundo plano (que en ciertos casos también), sino por incomodidad con tensiones presentes en las organizaciones. Es posible constatar, por ejemplo, la salida de activistas de EHGAM descontentos ante la percepción del peso que algunos militantes de partidos políticos como EMK o HB iban

---

609 *Gay Hotsa*, 4 (1979).

610 Pineda, 2008: 32.

611 Osborne, 2008: 92.

612 Petit, 2004b: 199; Llamas y Vila, 1997: 201, quienes señalan que el Colectivo de Lesbianas de Barcelona se escindió del FAGC en 1979; o Pineda, 2008: 2008: 36, quien señala lo propio para el caso del Colectivo de Feministas Lesbianas de Madrid, escindido del Frente de Liberación Homosexual de Castilla en 1981. Eley, 2003: 469, indica cómo las lesbianas dejaron el GLF londinense en 1972.

613 *Gay Hotsa*, 5 (1980).

614 Entrevista citada con un grupo de activistas de EHGAM-Gipuzkoa.

tomando en la organización. En otros casos la incomodidad procedía de haber detectado un incremento del radicalismo y la pérdida de contacto con la realidad de EHGAM. Siguiendo a estas fuentes, dicha organización se estaría autoerigiendo en una vanguardia, lo que no serviría para aglutinar sensibilidades diferentes. Como consecuencia, se habría ido deshaciendo como la red social amplia que pudo haber sido[615].

¿De qué manera se distribuyeron por el territorio las nuevas organizaciones que acabamos de ver? El movimiento gay en el País Vasco fue, en sus orígenes, fundamentalmente urbano y vizcaíno. Los homosexuales de los pueblos frecuentemente tenían que acudir a la ciudad (por ejemplo, de Durango a Bilbao, o de Rentería a San Sebastián) a las manifestaciones, a las reuniones y a ligar[616]. Esto ocurría por dos motivos: por el escaso peso numérico del movimiento y por el ambiente hostil y el señalamiento personal que se daba, no sólo en los pueblos, pero especialmente en ellos. En este sentido una ciudad siempre resulta más anónima.

Una excepción la supusieron localidades que, sin ser capitales, eran de tamaño notable, como Irún, donde existía la posibilidad de ligar sin moverse a otros lugares. Ahora bien, los espacios de encuentro eran tan sórdidos como los baños públicos de las estaciones de tren y autobús[617]. Esto no sólo es una buena muestra de algunas de las consecuencias que provocaba una persecución penal sancionada en la Ley de Rehabilitación y Peligrosidad Social. También indica, social y culturalmente, la única aceptación de la heterosexualidad y la consecuente necesidad de los homosexuales de esconderse y verse de forma subterránea. Otra excepción, pero en sentido contrario, la encarna Vitoria, que, con ser capital de provincia (y pronto, desde 1980, sede administrativa de la CAV), ofrecía escasez de lugares de encuentro[618]. Desde Vitoria también se acudía por horas a Bilbao, San Sebastián o Francia, a Biarritz, donde ya desde más temprano momento, con mayor permisividad que en España, existían locales de ambiente como el «legendario» *Le caveau*[619].

Los movimientos antinuclear y feminista se hicieron presentes en los pueblos en mayor medida que el gay. Surgieron Comités Antinucleares y Grupos de Mujeres en casi todos los más importantes. La dinámica consistía en introducir en las localidades, por parte de vecinos de cada lugar, las reivindicaciones feministas y antinucleares, que para muchas personas resultaban completamente nuevas. Para ello se recurría, cuando era posible,

---

615 Entrevistas con Juan Carlos Murillo; Bilbao, 19-11-2008; con el Informante Anónimo II; San Sebastián, 20-12-2008; y con Indalecio Castillo.

616 Entrevistas con Txaro Berzosa; Tudela, 16-07-2006; Leopoldo Santos; Vitoria, 28-07-2006, etc.

617 Entrevista citada con Iosu Cariñena.

618 *Gay Hotsa*, 8 (1981).

619 Entrevista citada con Juan Quiroga.

a la presencia en la calle en forma de teatro, fiestas, charlas y manifestaciones. En este sentido, las iniciativas desarrolladas fueron diversas y múltiples. Ahora bien, para las reuniones de coordinación y para la convocatoria de las manifestaciones más grandes en general se recurría a las capitales.

Los movimientos antinuclear y feminista también desarrollaron sus campañas más relevantes en un ámbito principalmente (aunque no exclusivamente) urbano. Esto, probablemente, tuvo que ver con algo que es consustancial a la acción de los movimientos sociales: su intento por visibilizar, por dejar patentes en el espacio público sus reivindicaciones y propuestas, para lo cual el urbano parece un marco más propicio por, entre otras cosas, la cercanía a los centros de toma de decisiones políticas[620].

Por lo que respecta al caso concreto de Álava, un detalle a tener en cuenta es la influencia que inmigrantes guipuzcoanos y vizcaínos tuvieron en la dinamización de distintos movimientos sociales de la provincia. Tomás Etxabe, una de las figuras destacadas del proceso huelguístico y asambleario de los primeros meses de 1976, procedía de Deba. Guipuzcoanos eran también los estudiantes que decidieron impulsar un primer Comité Antinuclear en Vitoria en 1977, los creadores de un pionero núcleo de cultura vasca en euskera en la escuela de Magisterio, uno de los activistas que conformaron la sección denominada EHGAM-Araba (que provenía de Arrasate), o fundadoras de la Asamblea de Mujeres de Álava, como Miren Ormazabal, guipuzcoana de nacimiento que estudió en Bizkaia para acabar viviendo y trabajando en Vitoria[621].

Estos inmigrantes supusieron un cierto revulsivo en la sociedad alavesa. Pese a lo que pueda pensarse, no siempre esta inmigración era de tipo sociolaboral. Varios de ellos recalaron en la provincia con la expresa misión de extender el apoyo a los partidos y sindicatos de izquierda, ejerciendo como profetas de la revolución. Fueron personas como la ya mencionada Miren Ormazabal, enviada por el partido al que pertenecía, el Movimiento Comunista, a Vitoria para hacer allí proselitismo y agitación política[622]. Durante el tardofranquismo se habían producido otros casos similares[623].

---

620 Cruz, 2008: 13.

621 Sobre los antinucleares Gómez, 1990: 80-84; «llegaron los *guiputxis*, llenaron Magisterio y allí se creó un foco de cultura vasca (…) que conectan con cuatro que en Vitoria empiezan a crear lo que se llaman las *Asociaciones por la Cultura Vasca*», Jeni Prieto en Espinosa y López Aguirre, 1993: 9; sobre EHGAM-Araba, entrevista citada con César Cobo; y sobre la Asamblea de Mujeres de Álava, entrevista citada con Miren Ormazabal.

622 *Ibídem*.

623 Antonio Rivera también señala que el PCE «no se repondría [de las sucesivas detenciones de sus militantes] hasta bien entrados los años setenta, con la llegada en septiembre de 1975 de Mikel Camio y Cristina Sorondo, enviados desde Guipúzcoa para reorganizar el partido y, sobre todo, asentar Comisiones Obreras». Asimismo, el vizcaíno Mario Onaindia había llegado a Vitoria como liberado de ETA en 1968 con la misión de ««montar un partido» —a instancias del recién fallecido Txabi Etxebarrieta—», en Rivera, 2008: 315 y 317.

Dentro de Álava el activismo social estaba centralizado particularmente en Vitoria. La relevancia de Vitoria en Álava es crucial, ya que, además de ser la capital de la provincia, agrupa a la mayor parte de la población[624]. En las elecciones generales de 1979, de un censo de 174.000 votantes, 123.000 correspondían a la capital, es decir, el 71% del electorado alavés[625]. En el caso del feminista, como en el del resto de movimientos sociales, la gran mayoría de las activistas se concentraban en Vitoria[626].

La proliferación de organizaciones y la mayor capacidad de llegada de las mismas a distintos rincones de la geografía supusieron una ampliación de su eco público y de sus redes sociales, así como una progresiva conversión de los asuntos que aireaban en «problemas de todos». Estas organizaciones de los movimientos sociales no se mantuvieron como bloques ajenos a otros agentes sociales.

La extensión de los nexos entre movimientos y otros actores sociales

En páginas anteriores ya se ha mostrado que, desde la fecha de su nacimiento, las organizaciones de los movimientos sociales trataron de incidir sobre los discursos y las prácticas de partidos, sindicatos o intelectuales, particularmente sobre aquellos vinculados a la izquierda. Entre los años 1978-1980, al compás del proceso de institucionalización democrática en España, los nexos entre movimientos sociales y otros actores públicos se siguieron estableciendo. El estudio de esos contactos es un elemento clave para comprender la influencia que ejercieron los movimientos sociales tanto sobre la izquierda como sobre el mismo contenido y ritmo del proceso de Transición. Este epígrafe está dividido en tres subapartados diferentes, que dan cuenta, sucesivamente, de los nexos entre los nuevos movimientos sociales, entre dichos movimientos y los partidos, y entre aquellos y los sindicatos.

Nexos entre los nuevos movimientos sociales

Como regla general puede considerarse que cuando un ciclo de protestas se encuentra en fase ascendente, los contactos y las alianzas de los movimientos sociales se amplían[627]. Al hilo de la mayor incidencia en el espacio público es habitual que comiencen a posicionarse desde intelectuales hasta partidos y

---

624 «Macrocefalia» lo llaman Ugarte Tellería, 2003: 496; y de Pablo, 2008: 333.

625 AHPA, Caja 704, Memoria de 1979. Eso sí, no hay que perder de vista que el Gran Bilbao también suponía el 79% del electorado de Bizkaia y el 44% del de toda la CAV, en Linz *et al*., 1981: 35.

626 Entrevista con Berta Ausín; Vitoria, 2-2-2009; y entrevistas citadas con Miren Ormazabal y Elo Mayo.

627 Tarrow, 2002: 107.

sindicatos. Ya hemos visto cómo esas iniciales tomas de postura respecto a diferentes demandas se venían sucediendo desde 1977. Si esta fecha marcó el pistoletazo de salida de la presentación pública de los nuevos movimientos sociales de los setenta, los años comprendidos entre 1978 y 1980 fueron claves no sólo para la búsqueda de apoyo hacia las campañas que se plantearon como prioritarias, sino para la realización de transformaciones concretas.

Las organizaciones de los movimientos sociales no llevaron adelante sin ayudas externas sus campañas. Los apoyos que recibieron desde el ámbito político-institucional resultaron fundamentales para la materialización de ciertas reivindicaciones. Ahora bien, antes de entrar en los nexos entre movimientos sociales, partidos y sindicatos, voy a profundizar en los diferentes vínculos que fueron tejiendo las mismas organizaciones de los nuevos movimientos sociales entre ellas.

Tanto de manera formal como informal, a nivel local, regional, nacional e internacional, se produjeron intercambios de información y teléfonos e incluso se crearon coordinadoras más o menos estables que fueron superando la fragmentación y el localismo de las primeras organizaciones. Ya hemos visto el caso de la Coordinadora de Marginados, creada en Bilbao en noviembre de 1977. Pero podrían ponerse algunos ejemplos más que dan fe de que fue particularmente en el terreno de lo local donde las trayectorias de las organizaciones de los movimientos sociales se cruzaron[628].

A ese nivel destacó la apertura de ciertos enclaves de sociabilidad. Uno de estos fue la cafetería *Lamiak*, creada por un grupo de mujeres en Bilbao a finales de los setenta. Entre ellas había activistas de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya como Nekane Basabe y Lide Zabala. El local se abrió en el Casco Viejo de Bilbao, siguiendo el ejemplo de *LaSal*, bar biblioteca feminista de Barcelona[629]. Al igual que el *Lamiak* pudo servir como centro de reuniones de mujeres feministas y de izquierdas en general, pronto el *Txoko-Landan* ejerció una función similar para el movimiento gay.

La apertura por parte de activistas de EHGAM en Bilbao de este local mixto y multifuncional (que se prestaba a otras organizaciones de movimientos sociales pero, para remarcar la autonomía de EHGAM, no a partidos políticos) facilitó la dinamización de grupos de debate, la atención psicológica para apoyar a personas con dificultades de autorreconocimiento, el asesoramiento jurídico, la disponibilidad de una biblioteca y videoteca, una guía de locales gays y un teléfono de ayuda e información[630]. El local, así, servía para proteger y afianzar la identificación colectiva y la autorrealización de los asiduos, proveía

---

[628] Klandermans, 1992: 186, lo señala para el caso de las organizaciones del movimiento por la paz en Holanda, a partir de los vínculos que establecieron con organizaciones de otros movimientos sociales (tanto «nuevos» como «viejos») en las localidades donde tuvieron implantación.

[629] Entrevista citada con Lide Zabala.

[630] Entrevista con Imanol Álvarez; Bilbao, 9-06-2006; y López Romo, 2008a: 158-162.

recursos y servicios prácticos, facilitaba encontrar amigos y amantes, participar en actividades sociales, etc. Todo esto se hizo desde abajo, mucho antes de que la atención a gays y lesbianas interesara a las instituciones, es más, cuando a aquellos todavía se les castigaba por su orientación sexual.

A un nivel más general cabe destacar la ya citada creación de la COFLHEE, coordinadora en la que participó EHGAM y que persistiría con altibajos a lo largo de toda la Transición[631]. Otra forma de tender puentes, en este caso entre las activistas repartidas por los movimientos feminista y gay, fueron las Primeras Jornadas de Lesbianas organizadas por el Frente de Liberación Homosexual de Castilla en Madrid en 1980, a las acudieron activistas de ESAM[632]. Ya a escala internacional, la *International Gay Association*, que coordinaba a grupos de más de una docena de países y a la que se afilió EHGAM, publicaba un *Gay Bulletin* que llegó a tener una versión en castellano y que recogía noticias remitidas por la organización vasca[633].

Como vía de agrupación y armonización dentro del movimiento feminista surgió una Coordinadora Feminista de Euskadi. Ya se ha visto que también existía una Coordinadora de Organizaciones Feministas del Estado Español a la que se unieron las Asambleas de Mujeres del País Vasco. Otra vía para reunir a personas y organizaciones fueron las periódicas Jornadas de la Mujer a las que ya hemos hecho mención, como las de Leioa en 1977 y Granada en 1979. A nivel internacional hay que mencionar la Coordinadora Internacional pro Derecho al Aborto, Anticonceptivos y Esterilización (ICASC), que se reunió en Bilbao a cuenta de la campaña contra los juicios por aborto[634]. De esa forma se produjo una llegada de activistas feministas de toda Europa para apoyar a las mujeres procesadas.

Ante este caso concreto las muestras de solidaridad llegaron a materializarse en la convocatoria de una manifestación en París[635]. Relacionado con la problemática del aborto, prácticamente con una frecuencia semanal salía desde Bilbao un vuelo con un grupo de mujeres procedentes de todo el norte de España que iban a Londres a abortar[636]. Podían juntarse entre 20 y 30 mujeres cada vez, siempre con alguien que las guiaba. Esos viajes se or-

---

631 Mirabet i Mullol, 2000: 273. La plataforma reivindicativa consensuada por la COFLHEE, publicada en otoño de 1978, exigía, entre otras cosas, amnistía para todos los presos por orientación sexual, derogación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social y una educación sexual en la que la homosexualidad no apareciera como una desviación. El texto completo en VVAA, 1979: 497-500.

632 Pineda, 2008: 33.

633 *Gay Hotsa*, 4 (1979).

634 *El País*, 15-04-1980; y revista *Campaña Internacional Contracepción, Aborto, Esterilización, Información*, 3 (1980).

635 *El País*, 24-10-1979.

636 *Ere*, 10-01-1980: «Londres, capital del aborto». En el caso de las mujeres guipuzcoanas era también frecuente recurrir a clínicas situadas en el sur de Francia. *El País*, 9-12-1979: «Cerrada en Biarritz una clínica donde las españolas iban a abortar. Las leyes francesas prohíben la operación a las extranjeras no residentes».

ganizaban desde el Módulo Psicosocial de Rekaldeberri[637]. A partir de 1978 también en Álava y en Gipuzkoa surgieron otros centros similares al de Rekaldeberri. La apertura de estos centros de planificación familiar se consideraba una «necesidad urgente»[638]. En el caso de Álava se aprovechó el local de una asociación de familias (*Gazteiz Txiki*) en el Casco Viejo vitoriano[639]. En Gipuzkoa se abrieron centros de planificación en localidades como Lasarte-Oria, Rentería y San Sebastián[640]. Para la coordinación de todos ellos existía la Asociación de Euskadi de Planificación Familiar.

Por su parte, los Comités Antinucleares que surgieron por todo Euskadi se fueron agrupando siguiendo un esquema a tres niveles (local, provincial y nacional) en el que profundizaré más adelante[641]. Como una forma de internacionalizar la cuestión antinuclear existía la Conferencia Internacional de Coordinación del Movimiento Antinuclear, que se ocupaba de coordinar acciones concretas[642]. En este sentido, se organizó una reunión en Basilea, a la que acudieron representantes del País Vasco[643], para convocar en diferentes países de Europa, América y Asia una Jornada Internacional contra la Energía Nuclear[644].

El repaso hecho aquí a los nexos establecidos entre organizaciones de los movimientos sociales debe servir para indicar que los mismos se trenzaron en una escala que abarcó desde lo local hasta lo internacional. El crecimiento de esos vínculos fue importante de cara a difundir las propuestas, dar impulso a las campañas y obtener un mayor eco en los medios de comunicación. Eco que permitía a dichas organizaciones interactuar con los partidos políticos con mayor crédito a la hora de presentar sus demandas como insatisfechas, pero presentes en la sociedad.

Nexos entre nuevos movimientos sociales y partidos

Las relaciones que entablaron los nuevos movimientos sociales de la Transición y los partidos políticos fueron complejas y ambiguas. Incluso

---

637 La necesidad de viajar a Londres para abortar fue una situación que tuvo cierta repercusión en los medios de comunicación. Un equipo de TVE llegó a acompañar a un grupo de mujeres hasta Londres y posteriormente se emitió un reportaje (la información en *El País*, 15-01-1983).

638 *Hitz*, 1-11-1980.

639 Entrevistas citadas con Miren Ormazabal y Alicia Ortín.

640 Para San Sebastián: entrevista citada con Inmaculada Zuzuarregui, *La Voz*, 25-06-1978, *Unidad*, 2-11-1978, *Egin*, 19-12-1978, *Egin*, 13-04-1979; para Rentería: entrevista con M.ª José Molina; Rentería, 11-12-2008.

641 Concretamente en el apartado dedicado a «Las asambleas: (semi)estructuración de los movimientos sociales».

642 *Bizizaleak*, carpeta 15: «Comité Antinuclear de Catalunya: Consideraciones sobre las relaciones internacionales del movimiento antinuclear».

643 Vilanova, 1980: 209.

644 *Egin*, 17-05-1979.

habría que matizar la naturaleza de dichas relaciones por lo que respecta al campo de la extrema izquierda. Y es que, al estar tan fragmentada, las actitudes de los diferentes partidos adscritos a aquella hacia los movimientos sociales fueron diferentes. Los militantes de izquierda radical eran pocos, pero muy activos. Algunos de ellos combinaban hasta tres militancias: en un partido, un sindicato y una organización social. Esta notable presencia activa en la sociedad civil, unida a la proliferación de su simbología en las calles, les llevó, en algunos casos, a sobredimensionar sus fuerzas reales. Como hemos visto, las elecciones de junio de 1977 sirvieron para inyectar una dosis de realismo y para clarificar el mapa político[645]. Las siguientes convocatorias a las urnas no harían sino confirmar la marginalidad de la extrema izquierda. La toma del poder político por vía institucional demostraba ser una utopía inalcanzable. Ante esto algunos partidos (caso de ORT y PTE) se disolvieron tras una unificación fugaz, mientras que otros (tipo MC o LCR) se volcaron en la participación en los movimientos sociales como fórmula para incidir en el proceso de cambio social[646].

A la hora de dinamizar diferentes organizaciones de los movimientos sociales, los militantes de la LKI o del EMK (las federaciones en el País Vasco de la LCR y el MC respectivamente) fueron más activos que los de ORT y PTE[647]. Estos últimos partidos, que tuvieron la vocación de sustituir al PCE como el partido comunista[648], asimilaron desde temprano momento la conveniencia de la participación política por vía fundamentalmente institucional. Es decir, como el PCE, pero obteniendo todavía menos votos. De este modo dejaron un tanto más de lado la llamada «lucha de masas» en movimientos sociales que no fueran el obrero, en el que trataron de incidir primero a través de CCOO y después, a partir de 1976, de los sindicatos SU y CSUT.

---

[645] En Navarra la extrema izquierda se quedó a un paso de obtener representación (Miguel Sáenz, 1992: 739-755). En el resto de regiones españolas los resultados de la extrema izquierda fueron, por lo general, más modestos. Según el atinado diagnóstico de Molinero e Ysàs, 2008b: 32, «las urnas confirmaron que un gran activismo y un papel no despreciable en los principales movimientos sociales no aseguraban la obtención de una mínima presencia institucional; dicho de otro modo, tales candidaturas [las de la izquierda radical] fueron votadas por los entornos movilizados de los grupos que las formaron, pero no lograron captar apoyos más allá de ellos».

[646] Cucó, 2008: 87.

[647] Por ejemplo, la manifestación del Día Internacional del Orgullo Gay de 1978 en Madrid fue apoyada por multitud de partidos de izquierda, pero no así por ORT ni PTE, en *El País*, 25-06-1978.

[648] El doctrinarismo del que hacían gala estos partidos de la extrema izquierda queda claro en puntos como cuando declaraban que el principal enemigo para la clase obrera era el revisionismo, en CDHC, Fondo ORT, Caja 53-1. «Proyecto de declaración conjunta», escrito por los Comités Centrales del PTE y la ORT ante los primeros pasos para la unificación de ambos «en un sólo Partido marxista-leninista». La dirección del nuevo partido se autoerigía en intérprete de las necesidades de la clase obrera frente al revisionismo eurocomunista del PCE.

El PCE intentó potenciar, trabajando desde dentro, las que denominaba «organizaciones de masas». Dentro de una concepción leninista clásica el partido revolucionario se reservaba labores de vanguardia y dirección sobre las organizaciones políticas y sociales sectoriales[649]. Esos intentos de potenciación fueron un punto presente en sus congresos y publicaciones, tanto regionales como a nivel federal, a lo largo de toda la Transición. En los programas electorales del PCE desde un primer momento figuraron cuestiones relacionadas con los nuevos movimientos sociales. El PCE se presentaba, por ejemplo, como «el partido de la liberación de la mujer»[650]. Asimismo, el PCE-EPK se posicionó en contra de la continuación de las obras de la central nuclear de Lemóniz[651].

En los estatutos de los congresos las ponencias valoraban la pertinencia de que los militantes participasen en las organizaciones sociales tanto para impulsar sus demandas como para que el partido tuviera firmes nexos con la sociedad civil[652]. Y, de hecho, hubo militantes del PCE-EPK participando activamente en los tres casos de movimientos sociales aquí a estudio. Sin embargo, la posición de dichos dobles militantes en el País Vasco pronto no fue cómoda por varios motivos. Estaban en minoría por la convergencia simultánea de al menos tres factores: el rechazo explícito al terrorismo de ETA del que hacía gala el PCE, pertenecer a un partido no nacionalista y, finalmente, dada la asunción del mismo de la Constitución y el Estatuto de Autonomía que, entre otras cosas, les llevó a privilegiar la vía parlamentaria[653]. Además, algunas de las posturas dentro del partido no eran unívocas. En el seno del PCE, así como en el PSOE (y el PNV), han coexistido tanto partidarios como detractores de la energía nuclear[654].

El PNV no decidió dar un apoyo explícito a la puesta en marcha de la central de Lemóniz hasta octubre de 1981[655], después de un debate y votación, por parte de las bases, de dos ponencias opuestas: una favorable y otra

---

649 *Euzkadi Obrera*, octubre de 1975, portada: «La lucha de masas democrática es garantía del futuro de Euskadi».

650 Archivo del PCE-EPK (en adelante, APCE), caja 5, carpeta 7: «Nuestros derechos a la constitución», conferencia-debate con M.ª Dolores Calvet, diputada comunista del PSUC, cine Astoria de Bilbao, 28-05-1978.

651 Mediante declaraciones como la de su dirigente Juan Infante: «La central no es necesaria ni para Euskadi ni para el Estado», en *Egin*, 17-12-1981; y resoluciones en su II Conferencia Provincial de Vizcaya, *Bizizaleak*, carpeta 17.

652 Ejemplos en APCE, caja 5, carpeta 9: Estatutos del PCE-EPK aprobados en el III Congreso, octubre de 1977; y APCE, caja 4, carpeta 29: Proyecto de tesis y estatutos, Congreso del PCE, julio 1981.

653 Entrevistas citadas con Pilar Pérez-Fuentes y Berta Ausín, ambas militantes del PCE durante los años de la Transición.

654 Para el caso del PCE: *Bizaleak*, carpeta 60; y posturas como la que quedaba recogida en *El País*, 11-06-1979: «Aunque se declaran partidarios de la opción nuclear con garantías el PCE reclama una moratoria nuclear, con parada de las centrales en producción».

655 De Pablo y Mees, 2005: 407; *Deia*, *El Correo* y *Egin*, 18-10-1981.

contraria a dicho proyecto[656]. Tal apoyo, eso sí, quedó condicionado a la realización de un referéndum para que los ciudadanos vascos pudieran decidir directamente sobre la cuestión (posibilidad defendida también por partidos como EE y PCE-EPK[657], pero que quedó vetada al negarse el Gobierno central[658]) y/o a la supervisión pública de las obras (lo que se verificó a través de la creación del Ente Vasco de la Energía y la Sociedad de Gestión de Lemóniz[659]), así como a la seguridad y la conveniencia de las mismas (para lo que se creó una Comisión parlamentaria específica, que publicó un informe determinando, entre otras cosas, que eran conformes a derecho[660]).

Por su parte, si bien el PSE-PSOE no impulsó nuevos movimientos sociales en la Transición, sí contribuyó a institucionalizar, generalmente moderándolas, algunas de sus reivindicaciones. La ausencia de militantes del PSE-PSOE en las organizaciones de los nuevos movimientos sociales de los setenta no fue una excepción en el contexto europeo. Según Donatella della Porta, sólo una pequeña minoría dentro de la socialdemocracia italiana y alemana colaboraba abiertamente con aquellas, predominando la consideración de extremistas y grupusculares sobre estas últimas[661].

Como veremos, desde el PSE-PSOE, a la altura de 1979, no se creyó pertinente dar apoyo a nivel municipal a la campaña de mociones promovidas por organizaciones del movimiento feminista sobre la despenalización del aborto. Sin embargo, apenas un año después Pedro Viana, representante en el Parlamento vasco por el PSE-PSOE, sí que defendió una moción a favor de la legalización de EHGAM aduciendo que «los homosexuales vascos plantean sencillamente la justa reivindicación de su reconocimiento público como representantes de una importante clase de la población. Piden que se reconozca legalmente su existencia natural»[662].

En cuanto a la central nuclear de Lemóniz, el asunto es más complejo. Aquí hubo diferencias en las declaraciones de los militantes socialistas[663].

---

656 Los textos completos de ambas ponencias en *Bizizaleak*, carpeta 18 (PNV y Lemóniz).

657 Para EE, *Bizizaleak*, carpeta 20, panfleto: «Euskadiko Ezkerra: Lemóniz referéndum. Que el pueblo decida», 1981; para el PCE-EPK, *Bizizaleak*, carpeta 17: «Programa aprobado por el Comité Central ante las elecciones al Parlamento Vasco», 1980.

658 *Egin*, 9-05-1982. Arzalluz: «el Gobierno central no aceptó la posibilidad del referéndum, así que no insistiremos en ese tema».

659 *El País*, 12-03-1982; *Egin*, 7-04-1982; y *El País*, 6-05-1982. La Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear subrayó en la prensa (*Egin*, 28-10-1981) lo que entendía que era la incongruencia del PNV, ya que durante los años previos, habiéndose mostrado varios de sus dirigentes partidarios de un referéndum, ahora lo combinaban con la posibilidad del «control público».

660 Los trabajos de la Comisión de Encuesta sobre Lemóniz en Parlamento Vasco, 1981. Las conclusiones de su informe jurídico en *El Correo*, 22-10-1981; y socio-económico en *Deia*, 22-12-1981.

661 Della Porta, 1999: 120 y 121; también Eley, 2003: 456.

662 En *Gay Hotsa*, 7 (1980).

663 *Bizizaleak*, carpeta 10: «El PSOE y la central nuclear de Lemóniz».

En un libro publicado en 1981 por la UGT, prologado por Alfonso Guerra, se exponían diversas razones en contra de la energía nuclear[664]. Más concretamente acerca de Lemóniz, a finales de los setenta dirigentes del PSE-PSOE como José M.ª *Txiki* Benegas o Enrique Casas se mostraron favorables a su paralización[665]. Pero, al hilo del impacto del terrorismo sobre la controversia nuclear, el mencionado discurso fue cambiando. Así, a principios de los ochenta, tras el asesinato del ingeniero jefe de Lemóniz José M.ª Ryan a manos de ETAm, el socialista Javier Solano manifestaba que «Lemóniz va a tener que funcionar, porque si no sería una derrota histórica para los que deseamos que este país viva en paz»[666]. Es decir, según esta lectura de la situación, que no fue aislada, la controversia en torno a Lemóniz ya no se ubicaba en las coordenadas energía nuclear sí o no, sino en la influencia que una organización terrorista podía tener a la hora de diseñar el futuro del país.

La radicalización de algunas organizaciones de los nuevos movimientos sociales llevaba a que fueran consideradas peligrosas (o potencialmente peligrosas) compañeras de viaje. Un apoyo manifiesto podía restar votos y alejar al PSOE de la pretendida centralidad entre las fuerzas progresistas, para arrojarlo a un extremo del arco político. Pero los socialistas no hicieron caso omiso a lo que se planteaba desde los nuevos movimientos sociales de los setenta[667]. Que no se diera un apoyo explícito a, por ejemplo, una campaña de movilizaciones promovida por las organizaciones del movimiento antinuclear[668], no quiere decir que el PSE-PSOE fuera renuente a incorporar a sus programas cuestiones relativas a las preocupaciones hacia el medio ambiente[669]. Lo segundo se dejaba ver con normalidad en la prensa del partido, pero lo primero podía hacer aparecer al mismo como mezclado con unas organizaciones en las que los activistas de extrema izquierda y los nacionalistas vascos radicales abundaban.

Ahora bien, el protagonismo que adquirió el *abertzalismo* radical en las organizaciones de los nuevos movimientos sociales no fue temprano. Así

---

664 UGT, 1981.

665 *Egin*, 22-04-1979.

666 *Cinco Días*, 26-03-1981.

667 Por ejemplo, el tema de la central nuclear de Lemóniz aparece de forma recurrente en las actas de las reuniones del Comité Ejecutivo del PSE-PSOE. *Vid*. Archivo Histórico de la Mario Onaindia Fundazioa (en adelante, AHMOF), Fondo José Antonio Maturana (en adelante, FJAM), actas de los días 17-03-1978; 30-03-1978; 7-04-1978; 2-05-1978; 23-06-1978; 29-07-1978… y así sucedió también durante los años siguientes.

668 A este respecto es significativo que el PSE-PSOE decidiera apoyar aquellas mociones que en los Ayuntamientos se presentaran a favor de la paralización de Lemóniz y que encajaran en la línea marcada por el partido, mientras que acordó oponerse a las movilizaciones que rodearan este tema, en AHMOF-FJAM, acta de la reunión del Comité Ejecutivo del PSE-PSOE, Bilbao, 5-12-1979.

669 AHMOF-FJAM, programa electoral del PSE-PSOE, marzo de 1979, donde se alerta de la degradación del medio ambiente en Euskadi como consecuencia del desarrollismo económico y la falta de control público democrático, y se propone una batería de posibles soluciones.

como para el PCE éstas eran organizaciones de masas, para los ultranacionalistas se trataba de organismos o movimientos populares, desdeñándose la consideración de los mismos como movimientos sociales. La pretensión era apelar más que a la sociedad al pueblo oprimido como sujeto. De ahí también el nombre de la coalición *Herri Batasuna* (Unidad Popular). El factor nacional sería el elemento estratégico que cohesionaría las distintas luchas. Una corriente independentista conectaría todas ellas por encima de los diferentes escenarios y temáticas concretas en los que se centrara cada movimiento[670]. En este sentido, el nacionalismo vasco radical aplicaba el concepto de movimientos populares para referirse también a las iniciativas por la promoción y dignificación del euskera, la apertura en 1977 del diario *Egin* o la amnistía para los presos de ETA.

El citado protagonismo del *abertzalismo* radical se produjo ya avanzada la transición política, desde finales de los setenta y comienzos de los ochenta. Datar esto no es baladí. Puede ayudar a evitar visiones que, basándose en la relevancia que el nacionalismo vasco radical obtuvo en diversos movimientos sociales en el País Vasco en los años ochenta y noventa, ignore fases previas en las cuales estuvo presente en menor medida[671]. Entre los activistas madrugadores encontramos a miembros de los partidos de extrema izquierda, el PCE, autónomos, anarquistas e independientes. También había nacionalistas vascos radicales, pero dispersos en pequeños partidos. Si acaso unidos, principalmente, por la brújula de ETAm como referente básico[672]. De esa amalgama surgiría HB en 1978[673].

---

[670] Entrevista con Iñaki Gil de San Vicente; San Sebastián, 12-02-2009; y Ajangiz y Bárcena, 2001: 21.

[671] Sería el caso de los siguientes pasajes, matizables a la luz de las evidencias empíricas, al menos para los primeros pasos de la Transición en el País Vasco: «el monopolio de alternativa que protagoniza el sector extremista del nacionalismo *abertzale* ha impedido e impide la aparición y desarrollo de los nuevos movimientos sociales que surgen en el resto de España», en García de la Cruz, 1990: 599; y «el movimiento antinuclear nace ya muy conectado al nacionalismo radical», en Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1998: 60. Por el contrario, Tejerina, 1997: 13, recuerda que «ETA no tuvo un papel relevante ni en los orígenes ni en el desarrollo del movimiento vecinal». Viene al caso traer a colación que la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear estuvo precisamente impulsada, en buena parte, gracias a la iniciativa de las asociaciones de familias de Vizcaya y que los promotores de las primeras protestas antinucleares de Euskadi, en Deba, no fueron nacionalistas radicales.

[672] Sobre los militantes de los pequeños partidos ultranacionalistas como «incondicionales de ETA», Fernández Soldevilla, 2007; y de Pablo, 2008: 373.

[673] Tras la campaña por la despenalización del aborto en 1979 el partido de extrema izquierda LKI realizaba la siguiente valoración: «HB ha hecho su primera aparición en el mov[imiento] de mujeres en esta campaña a través de «Mujeres KAS». Ha dado su apoyo a la campaña, ha tratado de capitalizar de forma sectaria la iniciativa del mov[imiento] de mujeres de presentar mociones a los ayuntamientos, anteponiendo las mociones de las «Mujeres KAS» a las de las Asambleas de Mujeres, lo que le ha acarreado no pocas críticas», en CDEM, cajas AMV: «LKI: Balance de la campaña de aborto», 1979.

Como han señalado diversos autores, la táctica empleada por el *abertzalismo* radical consistió en tratar de controlar las organizaciones de los movimientos sociales en las que sus militantes eran más numerosos, y en escindir y crear sus propias organizaciones en aquellos movimientos en los que fueran más débiles[674]. De ahí que desde la autodenominada izquierda *abertzale* se tratara de separar al movimiento feminista para poner bajo su control directo una parte del mismo. Esa separación se concretó en la creación de organizaciones como *KAS-Emakumeak* primero (1978) y *Aizan!* (¡Escucha mujer!) años después (1981)[675]. El agrupamiento de fuerzas nacionalistas radicales en torno a sus propias organizaciones provocó la salida de algunas activistas feministas *abertzales* de las Asambleas de Mujeres de cada provincia[676].

Aquí lo que se produjo fue un trasvase de dichas activistas, que pasaron de participar en una «familia de movimientos» de tipo izquierdista y libertario[677] a militar en una comunidad, la nacionalista radical, estructurada en las diferentes organizaciones sectoriales del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV). Esa constelación organizativa, para la época que aquí interesa, estaba compuesta por ETAm como vanguardia armada; la coalición HB; *Langile Abertzaleen Batzordeak* (LAB, Comisiones de Obreros Patriotas) en el campo sindical; *Jarrai* (Continuar) en el juvenil; *Abertzale Sozialista Komiteak* (Comités Socialistas Patrióticos) como organismo de masas; las Gestoras pro-Amnistía; *KAS-Emakumeak* (Mujeres-KAS) en el campo feminista y KAS como «bloque dirigente» que coordinaba la táctica y la estrategia de las anteriores organizaciones[678].

La forma que tuvo el feminismo ligado al nacionalismo vasco radical de particularizar su discurso fue a través de la llamada teoría de «la triple opresión», según la cual las mujeres vascas sufrirían un cúmulo de sumisiones simultáneas: nacional, social y patriarcal. España, la burguesía y los hombres serían, respectivamente, los responsables de aquellas[679]. Al margen de la retórica que se utilizara para envolver la práctica, a la hora de movilizar adeptos fue relevante la instrumentalización que organizaciones como las

---

[674] Ibarra, 1989: 165; Aierdi, Fernández Sobrado y Tejerina, 1995: 145; Tejerina, 1997: 30.

[675] López Romo, 2008d.

[676] Esta no fue, sin embargo, una postura unánime entre las feministas de la corriente *abertzale*. Ana Ereño, candidata independiente por HB al Parlamento Vasco, declaraba en una entrevista a la revista *Ere*, 28-02-1980: «Ni mujeres KAS, ni PSOE, ni EMK: sólo mujeres».

[677] Della Porta y Rucht, 1995: 232, aportan la siguiente definición del concepto de familia de movimientos: «una configuración de movimientos histórica y de base nacional que, a pesar de que exhiben diferentes objetivos, áreas de conflicto y preferencias estratégicas, comparten una cosmovisión, muestran similitudes organizativas y, ocasionalmente, unen sus fuerzas en campañas conjuntas».

[678] Llera, 1992b: 186; Mata López, 1993: 105 y 106; Ibarra, 1994: 414; Tejerina, 1997: 29; Casquete, 2006a: 126; Muro, 2007: 126; López Romo, 2008d: 6; de Pablo, 2008: 387.

[679] Panfleto citado de KAS: «Asko gara, bildu egin behar», 1980; *Egin*, 8-03-1980; Ugalde, 2002: 371; Andreu, Basaldua y Jubeto, 1996: 30.

Gestoras pro-Amnistía y *KAS-Emakumeak* hicieron de sucesos como las violaciones acaecidas en el País Vasco, las cuales se llegaron a ligar con la tarea represiva de la policía o de incontrolados tolerados por ella[680]. El argumento, proclamado sin prueba alguna que lo viera confirmado, sostenía que las FOP y la extrema derecha estaban embarcadas en una particular campaña para amedrentar a los vascos y acallar las voces subversivas, de tal forma que mientras a los hombres se les disparaba a las mujeres se las violaba[681].

Al lema de KAS a favor de una Euskadi independiente, reunificada, vascoparlante y socialista, las activistas de *KAS-Emakumeak* quisieron incorporar un objetivo anti-patriarcal[682], ante lo que encontraron problemas con compañeros que o lo rechazaban, o lo veían como algo secundario[683]. El feminismo iba estando presente de forma creciente en distintas organizaciones, pero también fueron frecuentes las percepciones de que era un añadido más en los programas de los partidos, que éstos no terminaban de asumirlo como una línea básica, sino que se mezclaban oportunismo y machismo en el tratamiento de la cuestión[684].

Ejemplos similares al que acaba de verse se repitieron no sólo en España y no sólo en una única organización[685]. En este sentido, otro testimonio interesante es el de una militante del PCE-EPK, quien exponía lo siguiente: «No nos utilicéis en los programas electorales con consignas irreales. Este no es el partido de la liberación de la mujer. Este es un partido que permite con una sonrisa condescendiente que unas cuantas mujeres se reúnan bajo nombres ostentosos para tratar de «sus» cosas. Cosas, que no interesan a nadie»[686]. Esa presencia testimonial o secundaria del feminismo en los partidos políticos se había detectado aquí tras convocarse una charla de debate interno sobre trabajo doméstico a la que, en plena campaña feminista, apenas acudieron cuatro personas, las propias organizadoras. Otras veces las militantes que hablaban en los mítines se sentían cubriendo el cupo que el partido, en cada convocatoria electoral, reservaba a las mujeres para ser políticamente

---

680 *Egin*, 18-11-1979: «La violación de una joven de Rentería, en el contexto de la represión».

681 Panfleto de *KAS-Emakumeak*: *Bortxaketarik ez* (No a las violaciones), 1980.

682 «Una Euskadi que no es libre, pero que soñamos con hacerla independiente, socialista, reunificada, euskeldun y anti-machista», en CDEM, caja Jornadas III/3.

683 Hamilton, 2007: 151; Jurado, 2001: 196; del Valle, 1985: 255 y 256.

684 Un militante del PSE-PSOE, en la única ocasión en la que dicho tema apareció en las reuniones del Comité Nacional de Euskadi, planteó la escasa atención de dicho partido hacia la mujer. AHMOF-FJAM: Comité Nacional de Euskadi del PSE-PSOE, Eibar, 5-6 de noviembre de 1977.

685 En este sentido afirma Scanlon, 1988: 151, que «cada país tiene su anécdota de machismo izquierdista».

686 *Hemendik*, 24-06-1981. Lidia Falcón, 1999: 9, señala más problemas con camaradas del PCE a cuenta del feminismo. Más en general, *vid. El País*, 27-01-1979: «Opinión unánime de las feministas: «solo hemos recibido sonrisas». Desencanto ante el comportamiento de los partidos políticos».

correcto[687]. Las formas de discriminación interna eran variadas y acabaron tanto en salidas silenciosas de militantes descontentas como en rupturas abiertas y públicas.

En EE se creó un Comité de Mujeres, pero también hubo quejas de que en el partido no se asumía el feminismo más que de una forma retórica[688]. Se esgrimía que había pocas mujeres en puestos de responsabilidad dentro del partido y en cargos públicos. Existía la percepción de que el tema del feminismo se relegaba, que no se veía como una prioridad, de tal manera que en la fusión entre revolución y emancipación de las mujeres esta última se dejaría para después de la primera. En ocasiones se pensaba que lo segundo caería por su propio peso después de lograrse lo verdaderamente importante, la conquista del poder político por el partido[689].

Esta percepción se repitió en otros partidos que se definían como de izquierda, en el seno de los cuales también se crearon grupos específicos de mujeres. Entre ellos cabe citar la Estructura de Mujeres del MC, la Comisión de Trabajo de Mujeres de LKI[690], la Secretaría de la Mujer del PCE-EPK y la Comisión para la Liberación de la Mujer del Comité Central del PCE[691], la Asociación Democrática de la Mujer (PTE), el Grupo Feminista de EHAS[692], la Asamblea de Mujeres de HASI[693], la Unión para la Liberación de la Mujer (ORT) o la Comisión Mujer y Socialismo (PSOE). Desde el PNV no se valoró positivamente la posibilidad de crear una estructura de mujeres nacionalistas ligada al partido, al estilo de la numerosa *Emakume Abertzale Batza* (Asociación de Mujeres Patriotas) de la década de 1930 (que, en todo caso, no era una organización feminista, sino femenina). El PNV, durante su reestructuración a principios de la Transición y de cara a la democratización del país, abogó por incorporar a las mujeres a la militancia directa en el partido[694].

Con la citada lista de nuevas organizaciones no se trata de abrumar recogiendo toda una sopa de siglas, sino de exponer cómo se intentaba ir abriendo espacios dentro de las organizaciones y cómo se pretendía estimular cambios en los camaradas y los programas para, en palabras de Geoff Eley, «regenerizar la izquierda»[695]. Estas mismas inquietudes son las que promovieron que dentro de los partidos también se fueran creando grupos relacionados con la problemática ecológica. Así, puede mencionarse el Grupo Ecologista del PCE, con el diputado Ramón Tamames, desde finales de los setenta[696]; el

---

687 Entrevista citada con Inmaculada Zuzuarregui, del PTE.
688 Ejemplos en *Hitz*, 1-09-1979 y 1-10-1979.
689 *Hitz*, 18 (1982).
690 *Vid*. su balance de la campaña del aborto y *Egin*, 26-10-1979.
691 Entrevista citada con Pilar Pérez-Fuentes.
692 *Euskalduna*, diciembre de 1976.
693 *Egin*, 28-10-1978.
694 De Pablo y Mees, 2005: 370; y de Pablo, 2008: 347.
695 Eley, 2003: 363.
696 *Vid*. Da Cruz y Varillas, 1981: 25.

Grupo Federal de Ecología y Medio Ambiente del PSOE (creado en diciembre de 1979), y los ecologistas de EE, que desde principios de los ochenta se reunieron en el colectivo *Petralanda* y en Ecologistas Navarros de EE y trataron de impulsar una línea «verde» dentro del partido[697].

Al estilo de lo que se ha visto para el caso del feminismo, las relaciones entre partidos y organizaciones del movimiento gay también estuvieron presididas por diversos encuentros y desencuentros. Lo significativo aquí es que fueron los activistas gays quienes habitualmente se acercaron a los partidos para recabar su apoyo (ante las elecciones para incidir en los programas, para lograr la lectura de manifiestos en mítines…), y que fueron los gays desde dentro de los mismos partidos quienes exigieron un posicionamiento nítido presentándose en sus organizaciones como tales. La organización EHGAM aspiraba a convertirse en la única representante y aglutinadora de los gays «de toda Euskal Herria» y a que los partidos, al menos los que se definían como de izquierdas, la reconocieran como tal[698]. Pero se definía como revolucionaria, lo que inmediatamente pudo cerrar las puertas de entrada a aquellos que no se identificaran con la etiqueta. Al margen de EHGAM, durante los años de la Transición se formaron comisiones o grupos de trabajo de gays al menos en el seno del PCE-EPK, EE, EMK y LKI[699].

Había personas ligadas a la izquierda que prefirieron trabajar por la liberación, la dignificación y/o el orgullo gay desde esas comisiones, dentro de diferentes partidos políticos, porque no compartían determinados aspectos de la dinámica de las organizaciones del movimiento gay[700]. Desde anarcosindicatos como la CNT una parte de los integrantes consideraba que la aparición de organizaciones de movimientos sociales de y para gays (igual que la aparición de otros movimientos sectoriales, de tipo ecologista, antinuclear, feminista, etc.) suponía disgregar las luchas sociales en temas concretos, esparcir las fuerzas revolucionarias y perder una perspectiva integradora que podía acometerse desde una única organización[701].

Nexos entre nuevos movimientos sociales y sindicatos

Aprovechando el ejemplo de la CNT tocamos ahora las relaciones entre sindicatos y nuevos movimientos sociales en el País Vasco de la Transición.

---

697 *Egin*, 22-05-1981: «Petralanda, nueva revista ecologista de EE»; *Euskadi Expoliada*, revista de los Ecologistas Navarros de EE, sobre la línea «verde», *vid*. *Deia* y *El Diario Vasco*, 5-12-1982.

698 Por ejemplo lo hizo Juan M.ª Bandrés en nombre de EE en *Gay Hotsa*, 5 (1980).

699 *Gay Hotsa*, 11 (1982).

700 Así lo afirman en la publicación *Hi Txo!* (Comité por la libertad sexual de EE), 1980.

701 *Punto y Hora*, 20-11-1981 y entrevista con el Informante Anónimo III; Vitoria, 2-02-2009. Esa postura tampoco era unánime dentro de la CNT, sino que algunos de sus militantes sí que decidieron participar en organizaciones de los nuevos movimientos sociales.

El repliegue del movimiento obrero es palpable al menos desde la legalización e institucionalización de los sindicatos y su paso a estrategias de cooperación con el sistema. Habría que hablar, por tanto, de un cambio importante en cuanto a la naturaleza del sindicalismo entre el franquismo y la democracia. Un sindicalismo que primero fue de resistencia, luego de confrontación y, finalmente, se transformó en una herramienta de «intermediación de intereses»[702], pasando, según una fórmula gráfica, «de la movilización a la gestión»[703], al estilo de los sindicatos de las democracias occidentales.

Conviene profundizar en dichas relaciones porque, para muchas personas ligadas a las izquierdas, el obrero era visto todavía entonces como el movimiento social por excelencia, el principal agente transformador de la sociedad. Dentro de los nuevos movimientos de los setenta, particularmente entre los dobles militantes de partidos y sindicatos de izquierda, hubo quien continuó interpretando que la clase obrera era el referente emancipador por antonomasia. Pero la moderación del movimiento obrero restaba argumentos en esa dirección.

Fue entonces cuando a ojos de otros observadores los nuevos movimientos sociales de la Transición pasaron a encarnar el que sería el genuino dinamismo de las fuerzas revolucionarias de la sociedad. Es el caso de militantes del entorno autónomo, quienes tras percibir «la degeneración del movimiento obrero» creyeron asistir «al renacimiento de otras formas de organización que, para nosotros, indican la orientación del proceso revolucionario: las luchas marginales, antimilitaristas, ecologistas (…). Para nosotros la salida pasa por la potenciación de este tipo de luchas»[704].

Pese a que el interclasista sea uno de los ingredientes de estos nuevos movimientos sociales, las referencias de clase suponían, para algunos de sus integrantes, otra forma de verse identificados[705]. El reto que suponía la proli-

---

[702] Ysàs, 2008; y la cita literal es de Redero, 2008a: 276.

[703] Redero, 2008b: 129.

[704] La cita en VVAA, 1996: 86 y 87. Gabriel, 2002: 288, caracteriza este proceso de descreimiento hacia el movimiento obrero, en sus rasgos generales, mediante «la quiebra de una de las piezas fundamentales de la política obrera y democrática del ochocientos y buena parte del siglo XX, la quiebra de su confianza en su capacidad para construir una nueva sociedad postcapitalista».

[705] Pueden ponerse varios ejemplos concretos. Para los Comités Antinucleares de la margen izquierda del Nervión la central de Lemóniz traería más paro y sólo beneficiaría al «progreso capitalista», siendo «la oligarquía y el imperialismo los enemigos de la lucha antinuclear», en *Egin*, 4-05-1980; y *Egin*, 7-05-1980: «Energía nuclear y pueblo trabajador» (I y II); y *Eguzki* (Boletín informativo de los Comités Antinucleares de la margen izquierda), 2 (1980). Por su parte, el militante de EHGAM y EMK Mikel Martín afirmaba en la prensa que «si de alguien hemos de esperar solidaridad y apoyo los homosexuales es del movimiento obrero, del pueblo trabajador», en *Egin*, 26-06-1980. Finalmente, también podemos destacar pronunciamientos similares relacionados con el movimiento feminista. En *Egin*, 10-05-1978, declaraciones de Jacqueline Heinen en Bilbao: «el movimiento de mujeres nació y arraigó en los barrios obreros». En *Egin*, 4-03-1982, varias mujeres firmaban una carta de la siguiente manera: «Feminismo sí, pero en la lucha de clases».

feración de movimientos en los que las clases medias y los universitarios tenían gran relevancia, no conllevó la sustitución de la lucha de clases como uno de los lugares comunes centrales de la izquierda revolucionaria. Para los activistas de los nuevos movimientos cercanos a aquella, enarbolar las banderas verde, violeta o rosa (cuestiones, en los dos últimos casos, de género y orientación sexual) no significaba que necesariamente se dejaran de lado las rojas (cuestión hasta entonces, fundamentalmente, de clase obrera[706]), sino que se trataba de que éstas acompañaran y complementaran a las primeras. En esos casos las opciones gay, feminista y antinuclear no se veían como algo excluyente, sino como un suplemento renovador para la opción de clase. Ahora bien, la pretendida conjugación demostró, en diversas ocasiones, su complejidad a la hora de asimilarse. Ya de partida, implicaba poner en cuestión programas con un gran peso de ingredientes economicistas[707].

Al margen de declaraciones teóricas, sindicatos y organizaciones de los nuevos movimientos sociales estrecharon lazos en torno a varias campañas y objetivos concretos. Los Comités Antinucleares colaboraron con el Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza de Euskadi (STEE-EILAS) en una semana antinuclear en los centros educativos y trataron de recabar el apoyo de los trabajadores mediante una campaña informativa en las fábricas[708]. Asimismo, en fechas tan significativas como el Día Internacional de los Trabajadores, los Comités Antinucleares de Vizcaya pidieron que el de 1980 fuera un «Primero de Mayo antinuclear»[709]. Mediante campañas y declaraciones como éstas se trataba de acercarse a los obreros y llevarles la nueva antinuclear. Como fruto de los esfuerzos comunicativos indicados puede decirse que no hubo una contemporización generalizada entre Iberduero y los trabajadores de Lemóniz. Es más, algunos de éstos contribuyeron a ralentizar el ritmo de la construcción mediante trabajo deliberadamente mal hecho o a bajo rendimiento[710].

Los activistas antinucleares se presentaban ante los obreros de la construcción de Lemóniz como parte de una misma clase, intentando hacer que vieran que las demandas de ambos eran compatibles. Pero la paralización de Lemóniz soponía el desempleo. La respuesta ante dicha cuestión escindió a los que mostraron sus simpatías a la causa antinuclear y se mostraron

---

706 Eley, 2003: 460.

707 Cleminson y Vázquez García, 2003: 129.

708 De la que queda testimonio en *Bizizaleak*, carpeta 42: «Lemóniz y movimiento obrero (campaña en las fábricas)».

709 *Egin*, 24-04-1980.

710 Entrevista con Javier Vázquez; Barakaldo, 12-11-2008, que fue trabajador en las obras de la central nuclear; libro de memorias de Novales, 1989: 36, peón de montaje en Lemóniz y posteriormente miembro de los GRAPO (quien rememora que «se saboteaban las máquinas de trabajo, se piqueteaban las válvulas, se soldaban las tuberías en ciego, se cortocircuitaban las instalaciones eléctricas…»); y *Egin*, 13-04-1984, donde el ministro de Industria y Energía Carlos Solchaga se refería a «deficiencias técnicas cercanas al sabotaje» entre los motivos para explicar la paralización de Lemóniz.

dispuestos a apoyar la detención de las obras siempre que detrás hubiese un plan para recolocarlos en otros tajos (como la denominada Asamblea de Trabajadores de Izquierda, que también apelaba a la «conciencia de clase» para no enfrentarse con los Comités Antinucleares), de los que veían las iniciativas de los activistas antinucleares como un peligro[711]. A comienzos de los ochenta, tras la paralización provisional de las obras a raíz de los asesinatos a manos de ETAm de los ingenieros jefe de Lemóniz José M.ª Ryan y Ángel Pascual, estalló, con el telón de fondo de la aguda crisis económica que sufría Euskadi, el conflicto en defensa de los cientos de puestos de trabajo que se vieron directamente afectados[712].

Que la controversia en torno a la paralización de Lemóniz se convirtiera no sólo en una reivindicación desde abajo hacia las autoridades políticas, sino que provocara fricciones y bifurcaciones entre representantes de los trabajadores y militantes de los Comités Antinucleares, es extremadamente significativo. Es una buena muestra de cómo, más allá de voluntaristas declaraciones de intenciones, las relaciones entre el movimiento obrero y los trabajadores en general con otros nuevos movimientos sociales a veces chocaban en temas concretos, poniéndose así de manifiesto las distancias que podían llegar a existir entre los intereses de unos y otros[713].

Las relaciones entre feminismo y movimiento obrero también estuvieron cuajadas de ambigüedades. Las feministas de extracción obrera fueron, en comparación con las procedentes de clases medias con formación universitaria, una minoría en las Asambleas de Mujeres. A raíz, entre otras cosas, de la labor de activistas pioneras que llevaron la nueva feminista a las fábricas mediante charlas, algunas trabajadoras crearon sus propios grupos dentro de las mismas e introdujeron una perspectiva de género en las negociaciones de los convenios colectivos, mediante aspectos como la reclamación de guarderías, permisos de maternidad, etc.[714] Esto es significativo de cómo muchas mujeres ya no estaban pensando en retirarse a sus domicilios a ejercer como madres y amas de casa una vez se hubieran casado, sino que pretendieron continuar con su independencia económica dotando a sus centros de trabajo de los recursos adecuados. Otra cosa es la receptividad de los delegados sindicales, frecuentemente varones, a la hora de acoger esas reivindicaciones, que en muchos casos se minusvaloraban[715].

---

[711] *Vid. Egin*, 8-06-1982, sobre la intervención de miembros de los Comités Antinucleares en una asamblea de los trabajadores, contestada con pitidos por una parte de los asistentes, durante la cual afirmaron que «nosotros no somos empresarios ni capitalistas. Somos currelas como vosotros».

[712] *Vid. Egin*, 3-06-1982.

[713] Como observa Pérez Ledesma, 1990: 253, los objetivos y la composición social de los nuevos movimientos sociales «pueden entrar en conflicto con el movimiento obrero y sus reivindicaciones más habituales».

[714] Como en el caso de Heraclio Fournier de Vitoria, en *Hitz*, 1-07-1979.

[715] Entrevistas citadas con un grupo de mujeres trabajadoras en fábricas de la margen izquierda del Nervión; Alicia Ortín y Begoña Gorospe.

Sindicatos como LAB y CCOO apoyaron abiertamente la campaña por la despenalización del aborto[716], así como condujeron a los convenios colectivos las «reivindicaciones específicas de la mujer»[717]. Del mismo modo, STEE-EILAS trabajó junto con las comisiones de educación de las Asambleas de Mujeres elaborando unidades didácticas para una nueva enseñanza que incorporase postulados feministas[718]. Se trataba, por ejemplo, de profundizar en la coeducación.

Coeducación no significaba simplemente poner en el mismo aula a niños y niñas, sino educarlos evitando la transmisión de los roles tradicionales asociados a cada género[719]. Así, por ejemplo, se realizaba trabajo en torno a los juguetes, para trasladar en las aulas ante niños y padres, aprovechando que muchas de las integrantes de las comisiones de educación eran maestras, la importancia de no ligar los juguetes a los estereotipos de género imperantes, para así no reproducir viejos esquemas separadores y discriminadores[720]. Además, se proponía que la coeducación alcanzara a todos los niveles de la enseñanza, incluida la Formación Profesional, en la cual la gran mayoría de los estudiantes eran chicos, se rechazaban las asignaturas sobre técnicas del hogar y se planteaba la revisión de los libros de texto.

En diversos sindicatos surgieron grupos específicos de mujeres que, de cara a campañas concretas, como sobre el empleo de las mujeres, unían sus fuerzas para publicar comunicados de prensa conjuntos con organizaciones del movimiento feminista[721]. He ahí las Secretarías de la Mujer de STEE-EILAS y Comisiones Obreras[722], colectivo este último que organizó unas Jornadas de la Mujer en 1978[723]. Esta actitud de cercanía contrasta con que, salvo en casos concretos (en la firma de un manifiesto o en la convocatoria de una manifestación[724]), los sindicatos permanecieron bastante lejanos

---

716 En *Egin,* 13-09-1979.

717 *Biltzar*, 1-01-1978.

718 CDEM, caja Educación VI. Textos editados entre 1981 y 1982 por la Comisión de Educación de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya y la Secretaría de la Mujer de STEE-EILAS: «Orientación de carreras y profesiones desde el punto de vista feminista»; «Unidad didáctica sobre la situación de opresión de la mujer»; «Charla-debate: la agresión-violación»; y «¡Queremos jugar!».

719 *Egin*, 11-05-1978: «Conferencia sobre coeducación»; *Egin*, 19-07-1978: «La coeducación a debate».

720 *Egin*, 23-12-1982: «Juguete educativo en vez de transmisor de ideología». Archivo Privado de Alicia Ortín, folleto: «Por un juguete creativo. No a los juguetes bélicos, sexistas y sofisticados», Comisión de Coeducación de la Asamblea de Mujeres de Álava, [s. f.].

721 *Egin*, 8-03-1980.

722 Para el caso de STEE-EILAS, *vid*. los mencionados cuadernos de educación que elaboró junto con las Comisiones de Educación de las Asamblea de Mujeres de Vizcaya y Álava. Para el caso de CCOO, en la prensa de la época, *Ere*, 8-11-1979; o *Egin*, 8-03-1980; y entre la escasa bibliografía sobre feminismo y sindicalismo en la Transición, San José, 2009.

723 Ramos, 2000: 545; y *Ere*, 9-07-1980.

724 Fluvià, 2003: 68 y 142. Pese a todo, «ni firman todos los que deben, ni acuden todos los que firman», según se quejaban en *Zutik!*, 28-06-1979.

a la cuestión gay. Eso pese a que desde las organizaciones del movimiento gay se esforzaron en distintas ocasiones en proclamar, esgrimiendo una perspectiva de clase, que los movimientos gay y obrero marchaban de la mano en una misma lucha por la emancipación social[725].

Haciendo un balance de lo visto en las páginas anteriores cabe hablar ahora de la consagración de una movilización de redes sociales en torno a los temas aireados por los nuevos movimientos sociales de los setenta. Las principales campañas en torno a las cuales se extendieron esas redes fueron las lanzadas a favor de la paralización de Lemóniz, por la derogación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social y a favor de la despenalización del aborto. Veamos más en profundidad estos ejemplos.

La evolución de las campañas más relevantes

No es posible saber con exactitud cuántos miembros tenían las organizaciones de los movimientos sociales. No existen registros, el activismo era de tipo informal y las entradas y salidas de militantes eran habituales. Ahora bien, al margen de especular acerca del número de individuos que conformaban los núcleos más militantes, existe otra forma viable para cuantificar. En los movimientos sociales tomaba parte tanta gente como acudía a las acciones colectivas. La asistencia a las manifestaciones nos aproxima a la deseada contabilización, con el matiz de que las guerras de cifras entre periódicos, convocantes y autoridades eran habituales, por lo que hay que tomar los datos con cautela.

El movimiento antinuclear fue el más numeroso de entre los casos aquí tratados. Si atendemos a las cifras dadas por periódicos como *Deia*, que están probablemente infladas, dicho movimiento llegó a convocar a 150.000 personas en la manifestación contra la nuclearización de la costa vasca más grande, la de julio de 1977 en Bilbao. Por el contrario, el movimiento gay, durante la Transición, no reunió a más dos millares de personas en Euskadi en las marchas del orgullo gay de 1980 en Bilbao y San Sebastián, o en la manifestación convocada en 1979 por EHGAM en la capital guipuzcoana en protesta por la muerte del travesti Vicente Vadillo a manos de un policía. El movimiento feminista vasco rebasó ampliamente esa última cifra en ocasiones como el Día de la Mujer de 1980, que, según los cálculos de *Egin*, juntó a unas 8.000 participantes[726]. Campañas como las que ahora se van a repasar facilitaron la ocasión para convertir a los nuevos movimientos sociales de la Transición en redes amplias. Ya de partida aquí habría que distinguir entre el

---

[725] *El País*, 24-05-1978: «Los homosexuales piden el apoyo del movimiento obrero»; *Egin*, 26-06-1980: «Movimiento obrero y movimiento gay».

[726] Los datos, respectivamente, en *Deia*, 15-07-1977, *Egin*, 29-06-1980, *Egin*, 13-06-1979 y *Egin*, 9-03-1980.

magro apoyo cosechado por el movimiento gay y el numéricamente más potente obtenido por el antinuclear y el feminista.

La campaña por la despenalización del aborto se desarrolló al hilo de varios juicios que durante la Transición se celebraron contra mujeres acusadas de prácticas abortivas. Entre estos juicios el que más repercusión mediática alcanzó fue el mencionado, celebrado contra «las once de Basauri», en realidad diez mujeres y un varón. Ocho de las personas procesadas estaban acusadas de haber abortado, una por ayudar y las otras dos por practicar los abortos. Habían sido detenidas por vez primera en 1976 y desde entonces permanecían en libertad provisional[727]. El juicio se ventiló en 1982 tras dos anteriores aplazamientos en 1979 y 1981. Si consideramos las fechas que median entre la primera detención y la sentencia definitiva en clave absolutoria (demorada otro año más tras un recurso presentado por el fiscal, no se promulgó hasta 1983), tenemos que el proceso se alargó durante toda la Transición.

En torno a las acusadas se reunía una serie de características que hacían que el caso fuese particularmente llamativo. La defensa sostuvo que el juicio estaba fuera de lugar en una democracia. Los delitos en los que estaban envueltas habían sido cometidos bajo la dictadura y se adujo que el juicio era un lamentable residuo de unas leyes franquistas que había que cambiar cuanto antes[728]. Además, se añadía que las mujeres procesadas tenían bajos ingresos, por lo que concurriría la eximente de su estado de necesidad[729].

Estos juicios brindaron la oportunidad para que las acusadas (no ya once, sino todas las mujeres, según se esforzaron en proclamar algunas activistas feministas en los medios de comunicación[730]) se convirtieran en acusadoras, al estilo *J'accuse* del caso Dreyfus[731]. Los apoyos que recabaron fueron extensos y plurales. Los trabajadores del hospital de Cruces, en Barakaldo, publicaron un manifiesto en el que apoyaban al movimiento feminista con motivo del juicio[732]. Trabajadoras del diario *Egin* y abogadas de los Colegios de Madrid y Vizcaya hicieron lo propio[733]. Además, el caso se internacionalizó,

---

[727] CDEM, cajas AMV: «Juicios por aborto», 1979. Otro juicio por aborto que llegó en estas fechas a los medios de comunicación fue el de 22 personas procesadas en torno al Centro de Planificación Familiar los Naranjos, de Sevilla (Estany, 1981: 111).

[728] Entrevista con Mertxe Agúndez; Bilbao, 29-01-2009, quien fuera una de las abogadas defensoras.

[729] *El País*, 17-10-1979: «Abortaron por problemas de salud y falta de medios económicos». En su sentencia de marzo de 1982 la Audiencia de Bilbao consideró a la hora de absolverlas el «estado de necesidad» de las procesadas, todas ellas de extracción socioeconómica humilde y con hijos a su cargo, en *El Correo*, 26-03-1982.

[730] El argumento sería empleado en más ocasiones, como en *Egin*, 22-03-1981: «Comisión de Sexualidad y Aborto de la Asamblea de Mujeres de Donostia: "Sevilla, juicio a todas las mujeres"».

[731] *Egin*, 22-09-1979.

[732] CDEM, caja Aborto/3.

[733] *Egin*, 5-10-79; *El País*, 21-10-1979; y *Egin*, 12-06-1981, respectivamente.

concitándose la solidaridad de feministas de diferentes países y el interés de medios de comunicación extranjeros. Gracias a todo ello «las once de Basauri» pasaron a personalizar la lucha del movimiento feminista a favor de la despenalización del aborto.

Además de esa campaña por la despenalización del aborto hay que mencionar otras importantes del movimiento feminista. Algunas de las planteadas como más urgentes fueron alcanzando objetivos concretos durante los años de la Transición: la despenalización del adulterio y el amancebamiento (1978), la legalización de los anticonceptivos (1978) y la Ley de Divorcio (1981). Todas ellas se presentaban en diarios como *El País* como conquistas democráticas[734]. Aquí hay que poner el acento en las transformaciones tanto políticas como culturales que acarreaban. Si concedemos absoluta prioridad a una historia basada en la política en su vertiente institucional da la sensación de que, por ejemplo, en torno a la cuestión del divorcio fue más relevante la división interna que dicho debate generó en la UCD[735], que el impacto de un cambio legislativo de semejante calibre en la vida cotidiana y la cultura de la población[736]. Política y cultura no son esferas aisladas, sino que están en permanente diálogo. De ahí que haya que considerar también que una de las razones del retraso de la Ley de Divorcio fueron, precisamente, las divisiones que el proyecto de ley generó entre los sectores socialdemócratas y democristianos de UCD desde un primer momento[737].

La UCD se posicionó de forma mayoritaria a favor de una ley de divorcio, lo que fue uno de los factores que facilitó que en el verano de 1981 se aprobara. Este ejemplo demuestra que el reposicionamiento de las elites políticas es importante a la hora de materializar ciertas transformaciones legales tras campañas de protestas inicialmente sostenidas por movimientos sociales. Otro de los factores fundamentales que impulsaron dicha ley fue la predisposición positiva de la opinión pública porque, según una encuesta difundida por *El País* en noviembre de 1980, el 82% de los españoles la aceptaban[738].

Aún así, las presiones en contra desde algunos sectores de la Iglesia católica fueron fuertes. Los obispos declararon que si el proyecto del ministro de Justicia sobre divorcio llegara a promulgarse, «quedaría comprometido el

---

[734] *El País*, 12-02-1981: «El divorcio en Europa, una conquista de la democracia y del espíritu laico».

[735] División que ciertamente fue honda, como quedó reflejado en la prensa del momento (por ejemplo, *vid. Deia*, 23-06-1981: «La aprobación definitiva del divorcio provoca graves divisiones en UCD») y así se ha recogido en la historiografía (caso de Aróstegui, 1999: 307).

[736] Que dicha ley respondía a una importante demanda social parece fuera de toda duda. *Vid. El Correo*, 11-02-1982: «Presentadas más de 1.300 demandas de divorcio en el País Vasco en 10 meses».

[737] Por ejemplo, dos años antes de aprobarse la ley: *El País*, 20-10-1979: «Enfrentamientos en el seno de UCD por el proyecto de ley del divorcio».

[738] En *El País*, 12-11-1980.

futuro de la familia en España»[739]. En realidad lo que quedaba en entredicho era una rígida forma de entender los lazos matrimoniales como inquebrantables por haber quedado formalizados ante Dios. Entre los grupos con representación parlamentaria la Coalición Democrática de Manuel Fraga fue el único que se manifestó favorable a dicha declaración episcopal[740]. Este exiguo apoyo dice bastante acerca del alejamiento de los obispos respecto a la mayoría del arco político, al menos en lo concerniente a unas posturas socialmente conservadoras, renuentes hacia nuevos modos de relaciones y favorables a una particular y restringida interpretación de la familia.

En capítulos anteriores se ha hecho mención al papel jugado por una parte de la Iglesia católica en la erosión del franquismo, en agrandar la crisis de la dictadura sobre todo al restarle la legitimidad moral que le había concedido desde 1936. Pero todavía no hemos entrado en qué postura tomó la Iglesia más adelante, ya en la Transición, ante la crisis cultural que estaban planteando nuevos movimientos sociales como el feminista o el gay. ¿Cómo reaccionó ante reclamaciones concretas como la despenalización del aborto y de la homosexualidad o la separación entre sexo y reproducción? Estas cuestiones, que comprometían a la Iglesia directamente, comienzan a ser abordadas por la historiografía[741]. Buena parte de las organizaciones de los nuevos movimientos sociales de la Transición atribuyeron a la Iglesia una clara identidad como oponente y cuestionaron, en último término, el privilegiado papel como rectora en la moral pública y las buenas costumbres que había ejercido hasta la Transición[742].

Los conflictos sociales y las crisis culturales que enfrentan a personas y grupos con valores enfrentados se comprenden, en sus múltiples facetas, no sólo atendiendo a lo que dice, hace o piensa uno de los actores (en el caso que nos ocupa, agentes de cambio social como los nuevos movimientos sociales), sino tendiendo la mirada también sobre aquellos actores a quienes dichos movimientos consideraron como sus adversarios. En este sentido, trazar una línea divisoria maniquea entre una Iglesia representante de la reacción y unos movimientos sociales adalides del progreso sería injusto y reduccionista. La Iglesia no ha encarnado la rémora opuesta a la modernización, sino que esta institución también ha pasado por su propio «reposicionamiento» ante las circunstancias de un mundo inmerso en un proceso de cambios sociales y culturales acelerados[743]. La Iglesia era una institución amplia que no

---

[739] *El País*, 5-02-1981.

[740] En *El País*, 5-02-1981.

[741] *Vid.,* entre otros trabajos, los editados en un número monográfico de la revista *Historia del Presente* por F. Montero, 2007; o González Madrid y Ortiz Heras, 2009.

[742] Por este tipo de actitudes ya merece la pena tener en cuenta que «la Iglesia jugó un papel muy importante en aquel proceso [de transición] tanto por acción directa como por la utilización que de ella se hizo desde otras trincheras», en González Madrid y Ortiz Heras, 2009: 186.

[743] «La modernidad (…) no está enfrentada a la religión, aunque la relación entre ambas sea compleja y dinámica», en Louzao, 2008: 341.

se pronunciaba de manera unánime, sino que dentro de ella convivían voces discordantes.

Desde la Iglesia católica española se condenó de manera inflexible la homosexualidad y el aborto y se intentó frenar la Ley de Divorcio[744]. Pero ya desde los últimos años del franquismo algunos teólogos como Enrique Miret Magdalena venían pronunciándose en otras direcciones[745]. Hubo, además, católicos que estuvieron en el origen de partidos de extrema izquierda, como el FLP o la ORT[746], que participaron en diversos movimientos sociales manifestándose, entre otras cosas, a favor de una ley de divorcio[747], o que impulsaron organizaciones como *Dignitat*, que cumplieron una función asistencial para paliar la situación de homosexuales marginados o que se avergonzaban de su orientación sexual. Así pues, ciertos sectores de la Iglesia participaron en las campañas de los nuevos movimientos sociales de la Transición desde posturas simpáticas hacia los mismos.

Así como para el movimiento feminista la campaña principal fue la de despenalización del aborto, para el movimiento gay la campaña capaz de aglutinar a todas sus organizaciones más a un amplio espectro de simpatizantes y aliados fue la iniciada a favor de la derogación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social. Con la Constitución ya en vigor esta ley suponía una rémora más propia de los tiempos pasados de la dictadura. En democracia se debían poner los mecanismos adecuados para integrar sin discriminaciones a la minoría gay. Esto fue algo subrayado por muchos de los agentes que apoyaron la campaña, desde partidos de izquierda como el PSE-PSOE o el PCE hasta periódicos como *El País*[748].

Las organizaciones del movimiento gay tuvieron unas dimensiones reducidas en cuanto a número de activistas. Hablamos, en el caso del País Vasco, de apenas unas decenas de militantes activos al mismo tiempo. Pero hay que considerar su capacidad para sacar a la calle a varios miles de personas que podían simpatizar con sus reivindicaciones y estar dispuestas a adherirse pú-

---

744 Sobre el tema del divorcio ya se ha visto alguna de las reacciones. Sobre el aborto, *vid*. artículos como el de *El País*, 27-01-1983: «La Iglesia española sostiene que ningún aborto es justificable». Sobre la homosexualidad, *vid*. las declaraciones de los Papas Pablo VI y Juan Pablo II en *El País*, 12-08-1977, y *El País*, 13-10-1979, donde se refieren a los actos homosexuales como «intrínsecamente desordenados» y como «moralmente reprobables» respectivamente.

745 La prolífica obra de Miret Magdalena estaba dispersa, entre otros soportes, en decenas de artículos periodísticos. Ya desde el tardofranquismo, como en *Triunfo*, 17-05-1975: «Iglesia 2001», y durante toda la Transición (*El País*, 10-3-1983: «El aborto y el miedo a la excomunión»), colaboró activamente en prensa.

746 Berzal de la Rosa, 2007: 16.

747 Es el caso de las Comunidades Cristanas Populares y la Coordinadora de Sacerdotes de Euskal Herria, ligada al nacionalismo vasco radical, que se manifestaron a favor de una Ley de Divorcio, en *Deia*, 19-03-1981.

748 *El País*, 14-02-1979: «La marginación de los homosexuales». En este editorial se afirmaba que el objetivo era crear una sociedad democrática «que debe tratar de ampliar los márgenes de la libertad individual hasta que se confundan con los de la sociedad entera».

blicamente a las mismas. Además, fue importante la incidencia que tuvo sobre el conjunto de la sociedad el hecho de ir visibilizando la cuestión homosexual. Una vez que dicho tema saltó a la esfera pública los sujetos que intervinieron en el debate se multiplicaron: intelectuales, partidos políticos, sindicatos, etc. La reforma de la citada ley en enero de 1979 supuso que los policías y jueces ya no perseguirían a las personas por el hecho de mantener prácticas homosexuales[749].

Acerca del movimiento antinuclear se ha citado la campaña por la paralización de Lemóniz. A lo largo de los años durante los que se prolongó sucedieron acontecimientos que ayudaron a la hora de sostener la argumentación frente a dicha central nuclear. Es el caso del escape radioactivo producido en la central nuclear de *Three Mile Island*, en Harrisburg, EEUU, en marzo de 1979[750]. Como consecuencia del mismo varias decenas de miles de habitantes del entorno fueron evacuados[751]. El suceso fue tan impactante a nivel internacional que avivó el clima antinuclear[752], llegando a provocar, entre otras cosas, que el partido socialdemócrata holandés rechazara la energía atómica para uso civil[753].

Harrisburg se vio por parte de los antinucleares como «un aviso serio» de lo que podría suceder en Euskadi[754]. Algunas similitudes con el caso de Lemóniz parecían evidentes. *Three Mile Island* estaba ubicada en una zona densamente poblada, lo que dificultaba cualquier plan de evacuación. El de Harrisburg fue mucho más que un accidente en una central nuclear estadounidense lejana y de nombre exótico. Supuso el fin del mito de la infalibilidad de la energía atómica empleada con fines civiles, una inesperada «zancadilla a los nucleócratas», según Santiago Vilanova[755].

El accidente dejó en una posición incómoda a los pronucleares. Con el tiempo, estos últimos se reposicionaron. Sostuvieron que lo ocurrido en Harrisburg había hecho mejorar la seguridad de las centrales nucleares y que otro accidente similar era imposible[756]. Pero los argumentos perdían fuelle porque se había expresado exactamente lo mismo antes de que aconteciera el accidente de *Three Mile Island* y, por supuesto, antes del más grave y conocido de todos, el de la central soviética de Chernóbil, en 1986, y del más reciente de Fukushima, en 2011.

---

749 *Gay Hotsa*, 3 (1979); y *El País*, 27-01-1979.

750 Una primera noticia en *El Correo*, 29-03-1979: «Pequeño escape radioactivo en una central nuclear USA». Un día después *El País*, 30-03-1979, ya recogía que «Las radiaciones de la central nuclear accidentada en EEUU alcanzan un área de 30 kilómetros».

751 *Egin*, 1-04-1980.

752 Klandermans, 1994: 199.

753 Kriesi, 1992: 143. Estudios clásicos acerca de la protesta generada en las localidades en torno a la central nuclear afectada en Walsh, 1981; y Walsh y Warland, 1983.

754 *Egin*, 30-03-1979.

755 Vilanova, 1980: 9.

756 En *El País*, 28-3-1980: «Un año después de Harrisburg, el debate atómico continúa abierto».

El impacto del accidente de Harrisburg fue relevante en el País Vasco, adonde llegaron mucho más que los ecos periodísticos de la noticia. Varios miembros del Consejo General Vasco (CGV, Joaquín Aguinaga de UCD, Jesús M.ª Goiri del PNV, Javier Olaverri de EE y Ulises Ruiz del PSE-PSOE), acudieron a Estados Unidos a estudiar las consecuencias del accidente. Las diferentes conclusiones que extrajeron demuestran las distintas posturas que los partidos tenían en torno a la construcción de centrales nucleares en el País Vasco. Los comisionados de EE y PSE-PSOE alertaron acerca de las similitudes entre Harrisburg y Lemóniz y pidieron la paralización de las obras de esta última central. Los del PNV y UCD discreparon de esas valoraciones y minimizaron los efectos del accidente[757].

Entre 1978 y 1982 se celebraron cientos de actos reivindicativos al hilo de la campaña por la paralización de Lemóniz[758] y, entre ellos, varias manifestaciones masivas convocadas por las organizaciones antinucleares y apoyadas por buena parte de los partidos y organizaciones de izquierda. Entre ellas hay que destacar la de la Troka (campa cercana a Lemóniz) en marzo de 1978 y la de Bilbao en abril de 1979 (bajo el lema «Euskadi o Lemóniz»), que según la prensa juntaron a entre 60.000 y 100.000 personas[759].

A finales de 1980 un simple repaso a la lista de firmantes del «Manifiesto del mundo del arte y la cultura» contra la construcción de Lemóniz, publicado con motivo de los *Herrikoi Topaketak* (Encuentros Populares, organizados por los Comités Antinucleares y la Comisión de Defensa en noviembre de 1980 en la Feria de Muestras de Bilbao[760]), nos da nombres de un buen número de personas, de distintas sensibilidades ideológicas, músicos, escultores, profesores universitarios, abogados, directores de cine, cantantes y arquitectos. Entre los nombres propios destacaban los de los cineastas Pedro Olea e Imanol Uribe, los escultores Néstor Basterretxea, Eduardo Chillida y Jorge Oteiza, los profesores Javier Corcuera, Jon Juaristi y Alfonso Pérez-Agote, los pintores y dibujantes Agustín Ibarrola, Juan Carlos Eguillor y Rafa Ruiz Balerdi, el cantante Mikel Laboa, etc.[761] Todo esto demuestra que la participación en las protestas desbordó ampliamente el marco de las organizaciones convocantes para trasladarse a buena parte de la sociedad.

La generalización del descontento en torno a Lemóniz hacía que fuese más complicado devaluar y menospreciar los argumentos antinucleares, ya

---

[757] *Egin*, 29-08-1979: «EE y PSOE insisten en paralizar Lemóniz». *El Correo*, 27-08-1979: «Informe Harrisburg: demasiadas discrepancias».

[758] Trataré más a fondo esas acciones en el siguiente apartado: «La diversificación de los repertorios de protesta».

[759] Noticias en *Hoja del Lunes*, 13-03-1978; y *Egin*, 28-04-1979. El citado lema respondía a que desde las organizaciones del movimiento antinuclear se interpretaba que la puesta en marcha de la central nuclear supondría una irreversible hipoteca para el País Vasco y su autogobierno.

[760] *Hoja del Lunes*, 3-11-1980.

[761] El listado completo en *Deia*, 29-11-1980.

que estos últimos aparecían respaldados por prestigiosos miembros de la intelectualidad, de distintos sectores profesionales y de la sociedad civil vasca. Los *Herrikoi Topaketak* marcaron la cima de la capacidad de las organizaciones del movimiento antinuclear para concitar redes sociales amplias a su alrededor, poco antes de que se produjera el impacto del terrorismo en su forma más cruda.

Si bien ETAm ya venía empleando la violencia política contra instalaciones de Iberduero desde mediados de 1977[762], en esa campaña no había atentado directamente contra personas, táctica que modificó con el secuestro y asesinato del ingeniero jefe de las obras de la central nuclear, José M.ª Ryan, en febrero de 1981. ETAm había matado a tres trabajadores de la central (Alberto Negro, Andrés Guerra y Ángel Baños) como resultado de la explosión de dos bombas que introdujo en las obras en 1978 y 1979[763]. Sin embargo, había presentado a Iberduero como responsable de los decesos por no haber desalojado a tiempo las instalaciones pese a sus avisos previos[764]. En cambio, el asesinato de Ryan fue premeditado y estuvo acompañado por amenazas al resto de técnicos de la central[765].

Los nexos que hemos visto entre movimientos y otros agentes sociales se establecieron principalmente al hilo de las campañas más relevantes, de tal manera que, en buena medida, se deshicieron o quedaron en *stand by* cuando dichas campañas tocaron a su fin. En el caso de las organizaciones del movimiento antinuclear, el impacto del asesinato de Ryan contribuyó a desgajar adeptos[766]. Además, un paralelo y significativo cambio de estrategia de los Comités Antinucleares resultó difícil de asimilar para diversos sectores. Si la consigna hasta entonces había sido *Lemoiz gelditu!* (Lemóniz paraliza-

---

762 Su primera acción consistió en colocar en los comedores de las obras de la central nuclear varios artefactos explosivos que provocaron cuantiosos daños materiales, en *El País*, 4-06-1977.

763 Noticias sobre los atentados en *El País*, 18-03-1978; y *Egin*, 14-06-1979.

764 Un comunicado de ETAm en tal sentido en *Deia*, 21-03-1978.

765 Según el comunicado de ETAm, «La ejecución del ingeniero jefe de Lemóniz, Sr. Ryan, no es un hecho aislado, sino la apertura de un nuevo frente de actuación que afecta a todos los cuadros superiores y mandos responsables de Iberduero SA que se hallan vinculados con la central nuclear de Lemóniz», en *Egin*, 7-02-1981. Un año después, en *El País*, 5-08-1982: «Los empleados de seguridad de Lemóniz, emplazados por ETAm a abandonar sus puestos de trabajo antes de un mes».

766 Para el caso de varios miembros de EE, entrevista con un grupo de activistas de Comités Antinucleares y *Petralanda*; Bilbao, 5-01-2009. Para el caso del socialista José Ramón Recalde, *vid*. *El País*, 5-07-1982: «La oposición a Lemóniz y la violencia etarra»; y Recalde, 2004: 199, donde argumenta que él se involucró en la protesta antinuclear por los riesgos contaminantes y por el atropello que suponía a la voluntad popular, pero que las acciones de ETA habrían desvirtuado, descabezado y descompuesto dicha lucha. También en *El País*, 5-04-1981: «ETAm suplanta al movimiento antinuclear en la protesta. De la consigna «paralización de Lemóniz» a "Aplastar Lemóniz"». Desde el Comité Antinuclear de Cataluña Sacristán, 1987: 22, también afirmaba que «el «goma 2 para Lemóniz» puede ser tan peligroso como Lemóniz mismo».

ción), desde principios de los ochenta se sustituyó por la más rotunda *Lemoiz apurtu!* (Lemóniz demolición)[767]. Esta última implicaba la aceptación de la necesidad de «todas las formas de lucha» para acabar con el proyecto[768].

En el caso del movimiento feminista, la suspensión en 1979 del juicio por aborto contra las once de Basauri adormeció provisionalmente la cuestión en el País Vasco, hasta que los nuevos juicios celebrados en junio de 1981 y marzo de 1982 volvieron a levantar polvaredas informativas y reavivaron las campañas de oposición[769]. En el caso del movimiento gay, la reforma de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social (1979) fue uno de los factores que explican el descenso de la movilización, algo que los propios activistas gays detectaron.

Ahora bien, como fruto particularmente del esfuerzo de los activistas de los nuevos movimientos sociales por llegar e incidir en los partidos y en otras organizaciones, el posicionarse (y, en buena medida, asumir) el eje reivindicativo de aquellos pasó a ser uno de los elementos definitorios y separadores de lo que algunos consideraban una izquierda comprometida y transformadora frente a una izquierda incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos. Puede documentarse que en toda la prensa de los partidos de izquierda, así como en la de los sindicatos de clase, fueron apareciendo, desde 1976, noticias y reflexiones sobre el feminismo, la homosexualidad, la contracultura, las centrales nucleares y el modelo energético, la objeción de conciencia, etc. Desde *Euskadi Socialista* (PSE-PSOE), hasta *Euskadi Obrera* (PCE-EPK), pasando por *Zer Egin?* (¿Qué hacer?, EMK), *Zutik!* (¡En pie!, LKI), *Hitz* (Palabra, EE), *Garaia* (Época, ESB), *Hertzale* (Patriota, HASI), o *Biltzar* (Asamblea, CCOO)[770].

Al margen de que se abordaran dichos temas desde perspectivas a veces divergentes y tratando de mantener discursos con personalidad propia respecto a los otros partidos con los que se competía, lo que interesa retener aquí es algo más básico. En prácticamente todas las publicaciones de las diferentes izquierdas (extrema, moderada y *abertzale*) se empezaba a reservar un hueco para problemáticas prácticamente inexistentes durante los años an-

---

[767] *Egin*, 7-06-1981: «Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear: "¡Del Lemóniz gelditu al Lemóniz apurtu!"».

[768] La cita en Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1995: 28.

[769] La suspensión del juicio de 1979 en *El País*, 27-10-1979. La campaña por la despenalización del aborto como «punto culminante del feminismo en España como movimiento de masas» en Ugalde, 2002: 370.

[770] Veamos, a título ilustrativo, un ejemplo de cada publicación para lo relativo al feminismo y/o la situación de la mujer: *Euskadi Socialista*, 1-06-1977: «Emancipación de la mujer»; *Euskadi Obrera*, 16-06 1976: «El Partido y la mujer: una cuestión del día»; *Zer Egin?*, 15-10-1977: «Colectivo de Mujeres del EMK (Bizkaia): "Los txokos y el machismo"»; *Zutik!*, 12-01-1978: «Un mes después de las Jornadas de la Mujer»; *Hitz*, 1-10-1979: «Comisión de Mujeres de Euskadiko Ezkerra: "Por la legalización del aborto"»; *Garaia*, 17-3-1977: «Panorama del trabajo femenino en Europa»; *Hertzale*, 1-10-1977: «La revolución industrial y el comienzo del movimiento feminista»; *Biltzar*, 1-12-1977: «Trabajadoras de la Babcock».

teriores. Sin duda es difícil precisar cuáles fueron los vínculos establecidos entre las acciones colectivas y las transformaciones habidas en la izquierda. Sin ánimo de fijar correspondencias causales simples, aquí se ha intentado mostrar y explicar mediante soporte empírico, al hilo de las campañas más relevantes, algunos de los susodichos nexos. Para ello es conveniente ver ligado el problema tanto al generalizado ciclo de protestas abierto desde finales de los sesenta en buena parte de las sociedades occidentales, ciclo durante el que confluyeron múltiples demandas y actores contestatarios, como al contexto de la Transición democrática en España, con todo lo que implicó de cambios en muy diferentes aspectos, no sólo en el ámbito político, sino también en lo social y cultural.

Y es que fue durante la Transición cuando las cuestiones gay, feminista y antinuclear se convirtieron en piedras de toque indiscutidas de la izquierda. Tanto los partidos históricos como los de reciente creación tuvieron que adecuarse y rearmarse política y culturalmente ante unos temas, planteamientos y valores que, en no pocas ocasiones, resultaban nuevos y chocantes. Mostrar proximidad a dichas cuestiones pasó a ser un aspecto evidente en los programas y las publicaciones de los partidos de izquierda en el País Vasco de la Transición.

Los partidos de extrema izquierda (o de «nueva izquierda») no estaban particularmente mejor preparados, por alguna especie de imperativo generacional (dada la juventud de muchos de sus militantes), que los de la «vieja izquierda» para incorporar postulados feministas, gays o antinucleares a sus programas. Tanto entre los militantes de la izquierda radical como entre los de la moderada persistían actitudes machistas y homófobas, así como homosexuales «en el armario». La introducción de cuestiones relativas a la igualdad entre los sexos o a la dignificación de la homosexualidad generó, en todas partes, tanto actitudes de empatía y cercanía como problemas e incomprensiones.

La prioridad de las izquierdas, hasta 1976, había sido el antifranquismo. A partir de entonces sí es cierto que la extrema izquierda se mostró más proclive a la hora de apoyar las agendas reivindicativas de las organizaciones de los nuevos movimientos sociales. Pero partidos clásicos como PSOE y PCE también se hicieron eco de estas cuestiones, manteniéndose, al mismo tiempo, a mayor distancia de las citadas organizaciones, no por desdén hacia los temas que agitaban, sino por priorizar la política por vía parlamentaria.

Como afirma Manuel Castells para el caso concreto del ecologismo, actualmente «es difícil que un partido o candidato sea elegido para un cargo sin «reverdecer» su programa»[771]. En España, al contrario que en otros países como Alemania, no cuajó un Partido Verde, sino que distintos temas relacio-

[771] En M. Castells, 1998: 135.

nados con el medio ambiente fueron incorporados a las formaciones ya existentes. El ecologismo, y dentro de él la cuestión de la energía nuclear, ha pasado a consagrarse como un tema fundamental para la izquierda. Se trata de una afirmación que cabría hacer extensiva a los otros casos de movimientos sociales aquí tratados[772].

Cuestión diferente es el protagonismo que se otorgue a los diferentes actores que intervinieron en los primeros pasos de ese proceso de cambio sociocultural que impactó sobre las culturas políticas en el País Vasco a la altura de la Transición. Esto no fue la consecuencia de una casualidad o de la voluntad espontánea de los dirigentes políticos por acercarse a esas nuevas inquietudes y áreas, sino que en muchas ocasiones, como se ha visto, ciertos militantes, actuando tanto desde organizaciones sociales como desde el interior de los mismos partidos, hubieron de vencer resistencias y desconocimientos.

La diversificación de los repertorios de protesta

Desde las organizaciones de los movimientos sociales se intentó, habitualmente, implicar a partidos políticos, movimiento obrero y asociaciones de diferente tipo para conformar una oposición que buscaba incidir sobre el mayor tejido social posible, más que limitarse a ser una organización aislada o un *lobby* actuando como un grupo de presión ante las autoridades políticas. Para ello, se trataba no sólo de agruparse y de consolidar los lazos con otras personas y organizaciones, sino también de dotarse de instrumentos eficaces para llegar a la población. Las diferentes formas de protesta en las que ahora me voy a detener no sólo fueron herramientas para intentar alcanzar fines concretos, sino que también se convirtieron en prácticas donde pudo ir tomando cuerpo el sentido de pertenencia a un grupo[773].

Como ha señalado Sidney Tarrow, la tipología del repertorio de acciones colectivas depende, en cierta medida, de la estructura de oportunidades políticas de que en cada momento se disponga[774]. De ahí que la naturaleza, la cantidad y el contenido de las convocatorias estén fuertemente influidos por la situación política bajo la cual se desarrollan, así como por los discursos e ideas que adoptan los sujetos, quienes interpretan la realidad y dan sentido a sus actos[775]. Las convocatorias, difundidas muchas veces a través de medios de comunicación cercanos, gracias a los cuales se obtenía un eco extra, formaban parte del paisaje habitual. Aunque alguien no asistiera a un acto con-

---

[772] Sobre la relevancia que tiene para los partidos atraerse los votos del colectivo gay, Petit, 1996: 305 y 311-313.

[773] Della Porta y Piazza, 2008: 80.

[774] Tarrow, 1997: 65-67 y 316-321.

[775] Álvarez Junco, 1994: 414.

creto, podía interesarse por su contenido leyendo la crónica del mismo en la prensa[776].

A finales de los setenta los repertorios de protesta de los nuevos movimientos sociales de la Transición se ampliaron y diversificaron, superando las iniciales charlas, recogidas de firmas, manifestaciones y concentraciones que habían predominado en un principio. Estas últimas acciones se siguieron convocando, pero convivieron con otras formas más imaginativas y variadas, tanto lúdicas (fiestas en locales, conciertos al aire libre) como alegóricas (representaciones teatrales, parodias), pasando por formas de acción colectiva disruptivas, como ocupaciones de locales y encadenamientos en la vía pública, así como campañas de desobediencia civil.

El empleo de tácticas de desobediencia civil no violenta procedía, al menos, de las iniciativas por la descolonización británica llevadas a cabo por Mahatma Gandhi en la India, de donde el método saltó al movimiento por los derechos civiles promovido por Martin Luther King en los Estados Unidos[777]. Desde ahí la fórmula se expandió a multitud de países. En el País Vasco los Comités Antinucleares lanzaron una campaña de desobediencia civil a finales de los setenta[778]. Dado que, paradójicamente, Iberduero obtenía beneficios económicos de los propios antinucleares a través de la factura de la luz, se planteó la utilización del impago y la desdomicialización de recibos. Secundaron el llamamiento desde particulares hasta cargos electos municipales y forales, pasando por asociaciones de vecinos[779], sindicatos como STEE-EILAS[780], e incluso corporaciones municipales enteras (como las de Mallabia, en Bizkaia, y Rentería, en Gipuzkoa), que dejaron de pagar el alumbrado público y toda la energía eléctrica que consumían mientras no se paralizara Lemóniz[781]. El objetivo no podía ser tan ambicioso como arruinar a Iberduero, sino extender la concienciación anti-Lemóniz y no colaborar en agrandar el negocio de la empresa.

No se pretendía que el impago se convirtiera en un gesto quijotesco, de individuos aislados frente a una gran empresa, sino en una acción pública y colectiva. Se recomendaba organizarse en grupos de personas dispuestas a

---

[776] Como afirma McAdam, 1999: 485, «la gran mayoría de los movimientos carece de los recursos políticos convencionales con los que sí cuentan sus adversarios y, por tanto, deben intentar equilibrar estas disparidades apelando a otros actores. Es lógico que se considere a los medios el vehículo apropiado para llevar a cabo esta empresa».

[777] Della Porta y Diani, 2006: 186.

[778] Centro de Documentación de los Benedictinos de Lazkao (en adelante, CDBL), caja 371, panfleto del Comité Antinuclear de Intxaurrondo, 2-06-1979; revista *Ez, Ez, Ez*, 4 (1979); *Egin*, 14-06-79, etc. Un amplio resumen de múltiples acciones de denuncia con métodos no violentos, con particular atención al caso del País Vasco, en Ormazabal, 2009.

[779] La de Santutxu, Bilbao, en *Egin*, 13-12-79; *Gasteiz Txiki* y otras de Vitoria en *Egin*, 30-11-1980.

[780] En *Egin*, 13-05-1980.

[781] Mallabia en *Egin*, 13-05-1980; Rentería en *Bizizaleak*, carpeta 30: «¡Boicot a Iberduero!».

dejar de pagar en fábricas o barrios y difundirlo a través de los medios de comunicación. De hecho, diarios como *Egin* recogían prácticamente día a día los nuevos apoyos que la campaña iba reuniendo, las represalias que Iberduero tomaba en forma de cortes de luz y las respuestas de los afectados: volver a tomar luz de forma ilegal con la ayuda de algún electricista amigo. También se proponía negarse a abrir la puerta al inspector que revisaba periódicamente el contador[782]. Para colaborar en la campaña de desobediencia civil se elaboraron boletines de boicot[783]. En ellos se detallaban instrucciones para volver a tener luz en caso de corte y se planteaban ideas para saturar la centralita de teléfono de la empresa.

Otra fórmula de desobediencia no violenta radical consistió en el alquiler de un caserío en Arminza, junto a las obras de Lemóniz, y la apertura en él de una comuna donde un grupo de amigos se propuso encartelarse periódicamente frente a las obras de la central y vivir el día a día, a tiempo completo, en coherencia con sus ideas pacifistas[784]. El hecho no tuvo mayor trascendencia pública ni se generalizó[785], pero hay que verlo en conexión con una contestación de tipo contracultural que tuvo más éxito en los Estados Unidos de los años sesenta que en la España de los setenta y comienzos de los ochenta. Las comunas en España, como la de los de Arminza, fueron absolutamente minoritarias y en la mayor parte de los casos efímeras, hallándose muy lejos de las miles de personas que se llegaron a congregar en las de EEUU a finales de los sesenta, en la etapa dorada *hippie*[786]. Este tipo de respuestas, más que en una herramienta que propició profundas transformaciones políticas, se convirtió durante la Transición en una seña de identidad para algunos sectores y, hacia el exterior, en una llamada de atención a la sociedad sobre posibles experiencias alternativas de vida y relaciones interpersonales[787].

Ahora bien, las formas de protesta empleadas desde el movimiento antinuclear en el País Vasco de la Transición no fueron única y exclusivamente pacíficas. Sidney Tarrow especifica que entiende por violencia, dentro del repertorio de protestas de los movimientos sociales, «los ataques a la propiedad, a antagonistas y autoridades, así como choques con la policía»[788]. Así, pueden documentarse acciones violentas contra intereses de Iberduero en forma de incendio de vehículos, tapiado de oficinas, asalto de locales con

---

[782] *Bizizaleak*, carpeta 30: «¡Boicot a Iberduero!».

[783] *Egin*, 13-05-1980; *Hibai* (revista de los Comités Antinucleares de Gipuzkoa), 1 (1979).

[784] *Egin*, 18-04-1982.

[785] En el País Vasco y Navarra existen algunos ejemplos parangonables, como el caso del pueblo abandonado y posteriormente *okupado* de Lakabe (Cañada, 2005). En el resto de España destaca Ibiza (Cohn Bendit y Dammann, 2008: 106).

[786] Marwick, 1998: 484-486.

[787] FOESSA, 1983: 450 y 451.

[788] Tarrow, 2002: 111 y 112.

cócteles molotov, apedreamientos, rotura de cristales, destrucción de herramientas y robo de documentación[789].

Como puede comprobarse, pese al protagonismo que adquirió el terrorismo tras el comienzo de una fuerte campaña de atentados, la controversia antinuclear fue mucho más amplia que la particular guerra emprendida por ETAm contra Iberduero, que no se inició hasta 1977, es decir, varios años después de celebrarse las primeras formas de protesta contra los proyectos de centrales nucleares[790]. Equiparar sin más miramientos movimiento antinuclear y ETAm sería un ejercicio de manipulación interesada. La tentación de desacreditar las posturas antinucleares presentándolas, sin matices, como intoxicadas por el terrorismo, fue una actitud presente en algunos momentos[791]. Y es que entre las empleadas por el movimiento antinuclear puede apreciarse desde formas explícitas de enfrentamiento con las autoridades hasta conflictos simbólicos y expresiones más solapadas de resistencia, difíciles de detectar si no nos sumergimos en el análisis «micro».

De modo que en la controversia sobre la energía nuclear interactuaron acciones masivas, minúsculas, pacíficas, violentas, así como otras formas creativas, caso de los simulacros de accidente nuclear, apagones coordinados de la luz y estruendos colectivos[792]. Estas últimas formas comenzaron a proliferar cuando se comprobó que las primeras no daban los frutos deseados. En este sentido, en un boletín interno del movimiento antinuclear se afirmaba que «la idea es acabar con el policía que cada uno llevamos dentro y convertir nuestra impotencia en imaginación»[793].

Dentro de esa genérica apelación a la imaginación se convocaban marchas en bicicleta con el objetivo principal de que éstas se hicieran visibles y

---

[789] Ejemplos en *Egin*, 25-02-1978; *Egin*, 9-12-1979; *El País*, 26-08-1981; *El Correo*, 1-09-1981.

[790] En este punto resultan llamativas ciertas similitudes con lo sucedido en Italia durante las décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX. Según Tarrow, 1999: 86 y 87, «aunque muchos observadores —sin duda recordando las atrocidades cometidas por grupos terroristas— han calificado de violento el ciclo [de protestas] italiano de los años sesenta y principios de los setenta, un análisis más detallado muestra que la violencia organizada no hizo su aparición hasta bien entrado el ciclo. En su momento álgido, a finales de los sesenta, los movimientos italianos eran mucho más proclives a emprender actividades de tipo convencional o manifestaciones masivas que acciones violentas».

[791] Representantes políticos como Odón Elorza (miembro del Comité Provincial de Guipúzcoa del PSE-PSOE) criticaron la «identificación absoluta» entre movimiento antinuclear y ETA que se habría producido en un programa de TVE sobre Lemóniz, del cual, además, se suprimió por decisión de Carlos Robles Piquer, director general de la televisión pública, una intervención a cargo de un representante de los Comités Antinucleares, al relacionarse a éstos con grupos violentos e ilegales (la polémica en *Egin*, 6-11-1981 a 8-11-1981).

[792] Ejemplos en *Egin*, 25-03-1982: «Simulacro, el próximo sábado en San Sebastián en el tercer aniversario del accidente de Harrisburg»; y *Egin*, 5-02-1982: «Hoy, a las 9 de la noche, apagón y estruendo. Convocan los Comités Antinucleares contra las subidas de tarifas eléctricas y Lemóniz».

[793] *Bizizaleak*, Carpeta 30: «¡Boicot a Iberduero!».

tomaran las calles durante un tiempo frente a la tiranía del tráfico motorizado. Las marchas tenían la función de concienciar a la población mostrando alternativas al coche. De paso, servían para poner en movimiento, tanto en el centro de las ciudades como en los barrios periféricos y en los pueblos, esa nueva praxis antinuclear y ecologista que se reclamaba. La bicicleta pasaría a convertirse en un tótem del ecologismo anticonsumista y contracultural[794]. *Bicicleta* fue, ya desde temprano momento, el nombre de un órgano de expresión e información del movimiento ecologista español. El sociólogo valenciano Josep-Vicent Marqués escribía en las primeras páginas de su libro *Ecología y lucha de clases* que «un fantasma pequeñito recorre Europa en bicicleta»[795]. Marqués parafraseó así, con humor, la cita que abre un texto de Marx y Engels leído muchas veces de forma canónica: *El manifiesto comunista*.

Ese ánimo desenfadado quedó patente en algunos de los nombres irreverentes que se ponían a las convocatorias: marcha «bicicleteranarco-patinetecologicareivindicativa», marcha «cikloekologiko-nuklearrikez», o simplemente, marcha de «vehículos no contaminantes»[796]. Las marchas en bicicleta eran un acto amable, una forma de protesta suave dentro de un país tensionado, acostumbrado a los enfrentamientos entre la policía y grupos de manifestantes. Juntaban a una amalgama variada de libertarios, *abertzales* e izquierdistas de diverso pelaje. Padres con niños pequeños podían tomar parte en las mismas, disfrutando de un plan diferente para pasar una mañana del fin de semana.

Los símbolos antinucleares y ecologistas, y entre ellos el empleo de la bicicleta, se quisieron convertir en distintivos de otra manera de hacer política, diferente de la de las instituciones. Una política participativa y abierta a todo el mundo. Pero si lo que perseguían los convocantes de las marchas en bicicleta era una transformación profunda de las costumbres sociales las críticas que se hacían a las mismas desde algunos partidos de extrema izquierda no dejaban de tener cierto sentido. Siguiendo el argumento, dichas marchas podían resultar contraproducentes porque eran perfectamente asimilables por cualquier persona o institución que quisiera teñir de verde su discurso.

De hecho las instituciones públicas acabaron por promover tanto marchas en bicicleta como carreras de todo tipo. Por ejemplo, en Pamplona los activistas antinucleares se quejaron de que el Ayuntamiento había convocado un *cross* presuntamente «popular», pero que en realidad no lo sería porque estaba montado desde la concejalía de turno y al margen de las organizaciones de los movimientos sociales[797]. En el fondo lo que late aquí es una lucha

---

[794] Heath y Potter, 2005: 354.

[795] Marqués, 1978: 7.

[796] *Egin*, 19-05-1979, 6-07-1980 y 29-05-1982 respectivamente.

[797] CDBL, caja 371, panfleto «Los ecologistas y antinukleares ante el cross de Balduz [por Julián Balduz, primer alcalde de Pamplona de la democracia, por el PSE-PSOE]», noviembre de 1979.

por dar sentido al término «popular», y un intento por apropiarse de él como genuinos representantes del mismo, resistiendo a ver al Ayuntamiento, ya elegido democráticamente, como una voz autorizada por la ciudadanía. Hay que entender casos como el expuesto en conexión con la paulatina pérdida de iniciativa de las organizaciones de los movimientos sociales en favor de políticas promovidas desde ámbitos institucionales.

Aunque una parte de los activistas contra la dictadura fue cooptada por partidos, dando el salto a la vida institucional y pasando a ostentar cargos de responsabilidad pública, la mayoría de los políticos de la naciente democracia (entre ellos, los representantes por el PNV, el partido hegemónico desde 1979 en las instituciones vascas) no había ejercido en las protestas callejeras antifranquistas ningún tipo de liderazgo. De ahí la existencia de un cierto resentimiento entre algunos de los que, ligados a la extrema izquierda, extraparlamentaria, o al nacionalismo vasco radical, persistieron movilizados bajo la idea de que la Transición no estaba conduciendo realmente a una democracia. Y de ahí también que el terreno estuviera abonado para lanzar con cierto éxito mensajes con contenido populista como los de la coalición HB, quien tomó como uno de sus lemas para las primeras elecciones municipales libres: «el mejor alcalde, el pueblo»[798]. Detrás de esta frase latía la consideración de que el propio grupo de afines formaba la parte más consciente y batalladora del pueblo vasco, no los políticos que ahora, de forma oportunista, venían a aprovecharse de las convocatorias electorales. Mensajes de ese tipo calaron a nivel social en organizaciones como los Comités Antinucleares, cuya coordinadora de Gipuzkoa denunció la «verborrea» de los políticos profesionales ante la cuestión de Lemóniz, tildándoles de «vampiros y buitres» del pueblo trabajador vasco[799]. Así se trataba de aprovechar el crédito del activismo sin quedar contaminados por el descrédito con el que eran vistas por una parte radicalizada de la población las elites políticas y las instituciones, en las cuales, salvo en los ayuntamientos (precisamente por su cercanía al ciudadano), los ultranacionalistas rechazaron participar.

A algunos les costó más que a otros asimilar que no tenían la exclusiva de «lo popular». De hecho, esa resistencia está en el origen de la persistencia de la deslegitimación institucional, que pasado el tiempo, ante la insignificancia de la extrema izquierda, quedaría en manos, principalmente, del nacionalismo vasco radical. Resulta llamativo, porque algunas de las organizaciones de los movimientos sociales en los que esta corriente participaba estaban formadas por apenas un puñado de miembros, mientras que los ayuntamientos habían sido sancionados por un amplio número de vecinos en elecciones libres.

---

[798] *El País*, 23-03-1979, declaraciones de Santiago Brouard, candidato a la alcaldía de Bilbao por HB.

[799] *Egin*, 1-2-1981, Coordinadora de Comités Antinucleares de Guipúzcoa: «Al pueblo trabajador vasco y sus buitres».

En esa línea disruptiva a la que antes se hacía mención pueden enmarcarse otras acciones colectivas, como las deliberadas ocupaciones de la calle de noche, un espacio que se consideraba que estaba vedado para las mujeres por el miedo a sufrir agresiones machistas[800]. Otras formas de acción colectiva que en distintos momentos empleó el movimiento feminista fueron los encierros en edificios públicos y las auto-inculpaciones ante los juicios por aborto[801]. Mientras las mujeres se acusaban de haber abortado, los hombres que se unieron a esta campaña se auto-inculpaban por haber ayudado a abortar. Esta fórmula era impactante, pero no era algo absolutamente original, sino que estaba reciclada de otros lugares. Ya en 1971 distintas personalidades francesas, entre ellas, Simone de Beauvoir, declararon haber abortado[802]. Este gesto público se repitió en Portugal en 1979[803]. El hecho de que algunas de las firmantes fuesen personas conocidas, como la actriz Lola Gaos o la abogada y dirigente comunista Cristina Almeida[804], ayudaba a amplificar el eco mediático de la iniciativa y a hacer visible que el aborto era una realidad presente en la sociedad, que no afectaba a un puñado de mujeres de una sola clase, una realidad ante la que había que tomar medidas y no girar la mirada[805].

En ocasiones, el gesto de firmar un documento auto-inculpándose por haber abortado suponía, para las mujeres, enfrentarse con la familia o con los amigos. Ese paso podía tener un componente de conflicto intergeneracional, o cultural, a partir, entre otras cosas, de un «rechazo de determinadas situaciones cotidianas»[806]. No en vano, la lectura más extendida dentro de la Iglesia católica, postura impulsada claramente desde su jerarquía vaticana, con el Papa Juan Pablo II a la cabeza, implicaba la renuncia al control de la natalidad y la intransigente condena moral del aborto[807]. Para muchos obispos, las abortistas estaban en las lindes, si no directamente fuera, del rebaño de Dios. De esa manera, el aborto se con-

---

[800] Entrevista citada con M.ª José Molina. Este tipo de acciones para «reclamar la noche» no eran algo original del País Vasco, sino que ya se venían produciendo en Gran Bretaña o en la RFA a finales de los setenta, en Nash, 2004: 183.

[801] Ocupaciones y encierros en ayuntamientos del País Vasco en solidaridad con varias procesadas por aborto en *El País*, 21-10-1979. En *El País*, 20-10-1979: ««Yo he abortado voluntariamente», declaran mil trescientas mujeres ante el juicio de Bilbao. Entre ellas figuran actrices, cantantes, médicas, escritoras y periodistas». En *Egin*, 27-10-1979: «Al juez que instruye el juicio de Bilbao le han sido entregadas 18.300 firmas en favor del derecho al aborto».

[802] Nash, 2004: 183.

[803] *El País*, 24-10-1979.

[804] *Hoja del Lunes*, 22-10-1979.

[805] Esa disponibilidad de aliados influyentes es, para Tarrow, 1999: 91, un «aspecto importante de la estructura de oportunidad política».

[806] La cita entrecomillada es de Gracia, 1995: 195.

[807] Judt, 2008a: 149-162.

vertía en un elemento que, entre otros, servía para separar buenos de malos católicos[808].

¿Qué factores influyeron en la elección de esas formas más radicales de protesta que acabamos de ver? Los encierros y ocupaciones se consideraron legítimos desde el momento en que se percibía que, pese a existir instituciones democráticas, todavía persistían flagrantes discriminaciones e injusticias. De hecho, no por casualidad, muchos de los encierros se realizaban en edificios públicos pertenecientes a las nacientes instituciones. Más de una veintena de miembros de EHGAM se encerraron en la sede de la Diputación de Guipúzcoa en demanda de un tratamiento respetuoso y del reconocimiento institucional de la homosexualidad[809]. Asimismo, activistas de los Comités Antinucleares se encerraron en distintos momentos en la sede del CGV y en los edificios de las Diputaciones de Vizcaya y Guipúzcoa[810]. Decenas de feministas hicieron lo propio en diversos ayuntamientos del País Vasco al hilo de las campañas por la despenalización del aborto y por una Ley de Divorcio que sirviera para acabar con la indisolubilidad del matrimonio[811]. Con estas acciones no se buscaba sólo llegar a los medios de comunicación, sino también poner de relieve que las instituciones debían ser la casa que acogiera todas las demandas que bullían en la sociedad.

Existen varias diferencias destacables entre los repertorios de protesta empleados por los movimientos antinuclear, feminista y gay. En primer lugar, las convocatorias de los dos últimos transcurrieron, salvo escasas excepciones, de forma pacífica. Las personas y organizaciones de los movimientos gay y feminista no recurrieron deliberadamente a formas violentas. Son reseñables disturbios desencadenados por la represión de la policía en momentos puntuales, cuando, por ejemplo, las manifestaciones no contaban con autorización para salir a la calle, o con ocasión de encierros en edificios institucionales[812]. No puede decirse lo mismo de los actos del movimiento antinuclear, donde la violencia hizo acto de presencia en numerosas ocasiones, bien por la intervención de la policía, bien por acciones de los propios manifestantes.

En segundo lugar, posiblemente el repertorio de protestas empleado por el movimiento antinuclear fue más amplio y variado. Esto respondió a las mayores dimensiones numéricas del movimiento y a la existencia de múlti-

---

[808] *El País*, 9-06-1978, donde se recurre a un ejemplo tomado de Italia, pero comparable a España: «La Conferencia Episcopal italiana, contra el aborto: "excluye de la comunión con la Iglesia"».

[809] *Egin*, 23-06-1981.

[810] El encierro en la Diputación de Vizcaya en *Egin*, 3-05-1978, en la de Guipúzcoa en *Egin*, 26-04-1980; y en el CGV en *Egin*, 13-01-1980.

[811] *Ya*, 8-12-1977; o *ABC*, 29-10-1979.

[812] Sobre la represión de manifestaciones, para el caso de la Coordinadora de Marginados de Bilbao, *vid. Egin*, 25-11-1977; para el del movimiento feminista, *El País*, 21-10-1979. Enfrentamientos físicos entre activistas feministas y Policía Municipal en el desalojo de las encerradas en el edificio del Ayuntamiento de Pamplona, en *Egin*, 28-10-1979.

ples organizaciones repartidas a nivel local por la geografía vasca. En tercer lugar, pese a la importancia que los gestos expresivos y actos simbólicos tuvieron en todos los casos (en forma de alegorías, representaciones dramáticas, etc.), en relación con los movimientos gay y feminista es más palpable el gusto por la provocación en forma de burlas, parodias, travestismo, pluma… Esto se explica por la situación de subordinación social a la que sus integrantes pretendían superar y por la necesidad de consolidar identidades positivas acerca del género y la orientación sexual. Un ejemplo relacionado con el movimiento gay es el del autodenominado «comando tacón», un grupo de varios amigos donostiarras que salían a pasear por la ciudad haciendo gala deliberadamente de su sexualidad y vestidos de forma llamativa con fulares de colores[813]. Más allá del dato anecdótico interesa resaltar que estas acciones cotidianas servían, por un lado, para afianzar una actitud positiva hacia la propia orientación sexual y, al mismo tiempo, de cara al resto de la sociedad, para provocar y demostrar la existencia de otras sexualidades al margen de las tenidas como normales[814].

La proliferación de nuevas organizaciones, la extensión de los nexos entre movimientos y otros actores sociales, la evolución de las campañas más relevantes y la diversificación de los repertorios de protesta tuvo que ver con el momento álgido de las reivindicaciones de los nuevos movimientos sociales de la Transición. Esa cima puede datarse entre 1978 y 1980, y se desarrolló en estrecha interacción tanto con un ciclo de violencia política particularmente crudo como con un proceso de institucionalización democrática en el que inmediatamente vamos a detenernos.

---

[813] Entrevista con Julen Zabala; San Sebastián, 27-07-2006.

[814] Esas formas de provocación deliberada también en Watney, 1980: 12 (para el caso del GLF londinense).

Capítulo 6

Las múltiples facetas de la democratización

En diciembre de 1978 se aprobó en referéndum la Constitución española y en marzo de 1980 se eligió el primer Parlamento Vasco. Entre una fecha y otra media apenas un año y medio durante el cual la democracia llegó a los pueblos y ciudades. Aunque tal vez sea más adecuado decir que la democracia se fue construyendo en los pueblos y ciudades. Inmediatamente profundizaremos en aspectos concretos del proceso político y en las características de la conflictividad social que se hizo presente a lo largo de todo el periodo. El primer epígrafe de este capítulo hace referencia a la democratización de las instituciones públicas. En segundo lugar se entrará a tratar otro tipo de estructuración, la producida en el seno de las organizaciones de los movimientos sociales en torno a su forma organizativa predilecta: la asamblea. Finalmente, se pondrán de relieve ciertas carencias en el proceso de democratización, haciendo hincapié tanto en los límites derivados de la persistencia de discriminaciones legales y abusos policiales como en todo lo relativo al incremento del terrorismo y sus complejas interacciones con los movimientos sociales.

La democratización de las instituciones públicas

En la España de la Transición la democratización había de convertirse en el reverso de la dictadura franquista. En ese proceso, la amnistía sería el mayor intento de reconciliación[815]. La Constitución se consagraría como la

[815] Como afirma Juliá, 2003: 20, «a la amnistía no se llegó por amnesia sino por la voluntad de echar al olvido trayendo a la memoria». Se trata de una lectura que puede ser útil para cuestionar una cierta imagen de esta Ley de Amnistía que se ha instalado. En palabras de Molinero, 2007: 217 y 219, «situados en los comienzos del siglo XXI, ha encontrado eco entre algunos historiadores la posición de determinados sectores políticos que han realizado una valoración negativa de la Ley de Amnistía porque, en la práctica, el artículo 2 establece la impunidad para los participantes en la represión (…). Ese juicio negativo dice mucho de los valores ético-

norma civil básica, el principal esfuerzo para alcanzar, mediante un pacto de futuro, la armonía social a partir del reconocimiento del pluralismo y la búsqueda del consenso más amplio posible. Las elecciones libres sancionarían ese pluralismo a través de la representación proporcional. Entre 1978 y 1980 se sucedieron varias convocatorias a las urnas que fueron fundamentales en el proceso de democratización de las instituciones públicas. He ahí la celebración del referéndum sobre la Constitución en diciembre de 1978, las segundas elecciones generales en marzo de 1979, las primeras municipales y forales en abril de 1979, el referéndum sobre el Estatuto de Autonomía de Gernika en octubre de 1979 y las primeras elecciones autonómicas en marzo de 1980. Estos pasos sirvieron, además, para decantar definitivamente a los que se subieron al carro de la Transición de los que impugnaron las instituciones porque, enarbolando la bandera de la «continuidad» entre regímenes, negaron que existiera tal Transición[816].

Los hechos políticos más relevantes de 1978 fueron la redacción de la Constitución y su final aprobación en referéndum y, en el caso concreto del País Vasco, la puesta en marcha desde principios de año de un órgano preautonómico, el Consejo General Vasco, presidido por el socialista Ramón Rubial. En el CGV los partidos políticos obtuvieron una representación proporcional a los parlamentarios que habían logrado en las elecciones de junio de 1977. El Consejo se movió en un contexto de graves dificultades. Hubo de enfrentarse tanto a la escasez de medios y competencias como a la violencia política de las dos ramas de ETA, los Comandos Autónomos Anticapitalistas y, todavía entonces, de la extrema derecha. Pero, por otro lado, la existencia de este órgano facilitó otro punto de contacto institucional para las organizaciones de los nuevos movimientos sociales de la Transición[817].

A finales de año en el País Vasco se destapó un elemento clave: la escasez de votos favorables a la Constitución, que no llegaba al 50% del censo. Esto ejemplifica la existencia de un amplio segmento de la sociedad que rechazaba de plano, o cuando menos se mostraba reticente, ante una Constitución «española»[818]. El diario nacionalista radical *Egin* titulaba a toda página: «Euskadi rechazó la Constitución»[819]. Para ello se valía de contabilizar

---

políticos actuales pero puede ser considerado ahistórico porque prescinde de las posiciones políticas de aquel momento». Ahora bien, dice la misma autora que «la amnistía era sólo un primer paso en una democratización en la que estaba todo por hacer».

[816] No sólo hablo aquí del caso del nacionalismo vasco radical. Para el caso concreto de la postura de una parte de la extrema izquierda, *vid*. el trabajo del que fuera dirigente del Movimiento Comunista, del Río, 2005: 3 y 4.

[817] Sobre la falta «de fuerza» del CGV, Tamayo, 1994: 331; sobre los contactos con la sociedad civil, se produjeron reuniones como la mantenida por varios miembros de EHGAM con José Ramón Recalde, director de la oficina de Derechos Humanos del CGV, en *Gay Hotsa*, 2 (1978).

[818] El mismo ardid se repite en la literatura producida desde el nacionalismo vasco radical, caso de Mujika, 2004: 83.

[819] *Egin*, 7-12-1978.

la abstención (el 50,46%). Claro que el alto índice de abstención no permite hablar de «rechazo», ya que no es lo mismo votar en contra que no votar[820]. En *Egin* se computaba de manera conjunta los datos de Bizkaia, Gipuzkoa, Álava y Navarra, pero las diferencias entre las provincias eran notables. En Navarra el sí alcanzaba el 50,3% del censo y en Álava la abstención bajaba hasta el 40%. Es decir, sólo Gipuzkoa (56,5% de abstención y 13% de votos negativos) y Bizkaia (56% de abstención y 9,5% de votos negativos) mostraban una notable carencia de votos afirmativos.

Pero el debate en torno a la Constitución fue importante por más motivos. Las activistas feministas trataron de incidir en él por considerar que la Carta Magna no recogía suficientemente ciertos puntos concernientes a la educación, el trabajo, el aborto y el divorcio. Las dobles militantes de los partidos que habían participado en la elaboración del texto (como PCE o PSOE), fueron favorables a una Constitución que sí recogía de forma explícita la prohibición de discriminación por razón de sexo y que consideraron que era, más que una estación de término, un buen punto de partida. Por ejemplo, miembros del PCE justificaron su apoyo bajo la idea de que «para llegar hay que caminar»[821]. Mientras tanto, muchas de las «independientes» y las militantes de partidos de extrema izquierda como EMK o LKI, que eran mayoría en el seno de las organizaciones del movimiento feminista en el País Vasco, mostraron su rechazo explícito al proyecto[822].

Desde algunas organizaciones del movimiento antinuclear también se produjeron declaraciones explícitas contra la Constitución. Se utilizaban argumentos como que aquella no garantizaría un control popular de las fuentes de energía y que cerraría la puerta a la participación política directa del ciudadano a través de posibles referendos, cuya convocatoria quedaba en manos del Rey[823]. Parte de los activistas gays también se posicionaron contra la Constitución porque, a su entender, no sancionaba el fin de la persecución legal contra los homosexuales[824].

Dejando atrás el referéndum sobre la Constitución el siguente evento político relevante fueron las elecciones municipales y forales de 1979. Éstas fueron fundamentales para que la democracia arribara al marco de lo local. Las relaciones entre la democratización a ese nivel y las iniciativas de los movimientos sociales fueron estrechas. No en vano, como titulaba

---

[820] De Pablo y Mees, 2005: 390.

[821] APCE, caja 5, carpeta 7.

[822] Algunos de los argumentos empleados eran los siguientes: «En ella se protege y se mantiene la familia patriarcal como única forma válida de convivencia entre las personas (…), no elimina ninguna de las trabas que las mujeres encontramos para salir del hogar…», en CDEM, cajas AMV: «La Asamblea de Mujeres de Vizcaya ante la Constitución», 1978.

[823] *Bizizaleak*, carpeta 11: «El Comité Antinuclear de Navarra ante el referéndum sobre la Constitución», 1978.

[824] *El País*, 18-10-1978: «La COFLHEE contra la Constitución (…) por no contemplar el derecho inalienable a la libre orientación sexual de la persona».

el diario *El País*, de cara a tales elecciones «los partidos quieren asimilar la labor de las asociaciones vecinales»[825]. Ya hemos visto que ante la indolencia y la inactividad de las corporaciones franquistas, a partir de finales de los sesenta estas asociaciones fueron punta de lanza para la resolución autogestionada de múltiples problemas de los barrios (saneamientos, urbanización, educación, sanidad, transportes…) y, más adelante, también para la potenciación de las protestas en diferentes ámbitos como el antinuclear o el feminista[826].

Por lo tanto, no sólo es que los partidos las consideraran interlocutores válidos, necesarios y activos (al fin y al cabo, a la altura de 1979 y sólo en Bizkaia conformaban una tupida red de decenas de asociaciones con centenares de miembros[827]), sino que muchos de los militantes de los propios partidos conocían desde dentro la realidad de dichas asociaciones por haber trabajado en ellas. Ante las elecciones municipales de 1979 hubo partidos que trataron de recoger el testigo de las asociaciones de vecinos desde las instituciones. Esa atención también se puede cifrar en términos de oportunidad política, dada la pretensión de capitalizar el prestigio asociativo en beneficio propio, en forma de votos. El proceso democratizador, uno de sus objetivos perseguidos con más ahínco, supuso la paulatina pérdida de fortaleza de las asociaciones de vecinos. Implicó, concretamente, menos militancia y más canalización institucional de las reivindicaciones[828].

La continuidad y normalidad de las convocatorias electorales fue uno de los indicadores del control democrático del sistema. La elaboración del Estatuto de Autonomía significó un intento por reconocer y refrendar la diversidad interna de España, que ya no era vista como un problema a eliminar, sino como una fuente de la nueva legitimidad[829]. La institucionalización democrática llegó, finalmente, a consolidar un marco territorial autonómico gestionado por el Gobierno vasco, a cuya cabeza se situó el *lehendakari* Carlos Garaikoetxea (PNV). De tal manera, «las instituciones comunes [en este caso, fruto de la transición política y del cambio de régimen] se erigen como la garantía inexcusable de los cosidos sociales»[830]. Las organizaciones de los movimientos sociales, apoyasen o no las instituciones democráticas que se iban creando, las utilizaron inmediatamente para tratar de alcanzar sus fines particulares. Y es que, como señala Rafael Cruz, «las movilizaciones constituyen una forma de hacer política, distinta de otras, como las campañas elec-

---

825 *El País*, 24-03-1979.

826 De ahí que el vecinal haya sido considerado «una suerte de movimiento de movimientos» (Pérez Quintana y Sánchez León, 2008: 15).

827 Urrutia, 1985: 153 y 154.

828 Pérez Ledesma, 2006: 135.

829 «Ser diverso no es considerado ahora como un mal que hay que reprimir (…) la diversidad de proyectos nacionales es ahora considerada como base de la legitimidad del poder», en Recalde, 1984: 51 y 52.

830 Gurrutxaga, 2005: 114.

torales o las políticas parlamentarias y administrativas, pero se encuentra en permanente diálogo con ellas»[831].

Los movimientos sociales aquí a estudio combinaron formas no convencionales de participación política (las marchas, sentadas, encadenamientos… que en buena medida he repasado en páginas anteriores) con otras formas más convencionales, dirigiendo peticiones a las autoridades o presentando mociones en plenos de los ayuntamientos y del Parlamento autonómico[832]. Así, desde 1979 se sucedieron mociones a favor de la paralización inmediata de las obras de la central nuclear de Lemóniz, a instancias de la Comisión de Defensa y los Comités Antinucleares[833]. Del mismo modo, la reivindicación de paralización de Lemóniz estuvo presente ya en el primer pleno del Parlamento vasco, en 1980, lo que dice mucho acerca de la relevancia de la cuestión[834].

El debate en torno a la conveniencia de recurrir al empleo de la energía nuclear no siempre era el prioritario. El posicionamiento acerca de Lemóniz fue, junto con otros temas clave con los que estaba relacionado, como el autogobierno, uno de los elementos principales que marcó la línea de la política tanto gubernamental como de la oposición en el País Vasco durante los años de la Transición[835]. Pero el de Lemóniz no fue el único tema que llegó a las instituciones promovido por las organizaciones de los nuevos movimientos sociales. Entre 1979 y 1981 EHGAM impulsó mociones a favor de su legalización y del reconocimiento social de los homosexuales vascos. La Coordinadora Feminista de Euskadi hizo lo propio en 1981 por el sobreseimiento

---

831 La cita es de Cruz, 2008: 11; más en Ibarra, 1995: 39 y 40.

832 Una diferenciación entre repertorios convencionales y no convencionales de participación política en Casquete, 1996a: 153-158. Dice Casquete en otro lugar, 1998: 107-113, que «entre las expresiones más importantes de la participación política no convencional podemos mencionar las marchas, las manifestaciones, sentadas, boicots, huelgas salvajes y actos de desobediencia civil».

833 Concretamente el posicionamiento público que se exigía a cada corporación era el siguiente: «Ante la gravedad del tema expuesto en este dossier para el futuro de Euskal Herria como aspecto clave de hipotecación a nivel ecológico, social, cultural, económico y político, pedimos que esta corporación municipal se posicione públicamente en contra de este atentado a un pueblo que es la central nuclear de Lemóniz», en *Bizizaleak*, carpeta 2: «Señor alcalde, corporación de…», abril de 1979.

834 *Egin*, 12-06-1980: «Navarra, Lemóniz, orden público y medidas de gracia polarizan el debate del pleno del Parlamento Vasco». El texto presentado por los Comités Antinucleares y la Comisión de Defensa en la sesión constitutiva del Parlamento Vasco decía que «instamos al Parlamento Vasco a que se pronuncie, con la mayor urgencia, por la inmediata detención de las obras y articule, sin demora alguna, la forma que haga realidad la total paralización del proyecto nuclear», en *Bizizaleak*, carpeta 4: «Parlamento Vasco, sesión constitutiva. Gernika (Bizkaia)», 1980.

835 Así lo señaló Mario Onaindia, 1981: 212, para el caso concreto de EE; Agustín Ramos (su Secretario Político Nacional) para el de LAIA (*Sugarra*, 1-04-1982); el manifiesto electoral de AP de cara a las elecciones generales de 1982 («es absolutamente prioritaria la construcción de las dos fases de Lemóniz», *El Correo*, 8-10-1982), etc.

del juicio contra las once mujeres de Basauri acusadas de prácticas abortivas y por la despenalización de la interrupción voluntaria del embarazo. Esta iniciativa fue apoyada, a su vez, por los Comités Antinucleares, EHGAM y ESAM, lo que muestra la cercanía de estas organizaciones en torno a campañas concretas[836].

En el Parlamento Vasco, en ambos casos, las mociones fueron presentadas por los partidos EE, PCE-EPK y PSE-PSOE. En los ayuntamientos, además de por los dos primeros, también por HB, que a nivel municipal, como ya ha quedado dicho, si decidió estar presente mientras que rechazaba acudir a las Juntas, el Parlamento Vasco y las Cortes por considerarlas instituciones españolas carentes de legitimidad democrática.

Ya desde 1979 las Asambleas de Mujeres, en acción conjunta a través de la Coordinadora de Organizaciones Feministas de Euskadi, venían impulsando, a través de partidos de izquierdas que dieron apoyo, como EE, PCE-EPK, HB y EMK[837], mociones exigiendo la derogación del capítulo del Código Penal referente al aborto, la despenalización del mismo y la amnistía para las once mujeres de Basauri. Si el movimiento gay sólo pudo llegar a un puñado de municipios (como Bilbao, Basauri, Leioa, Ermua, Tolosa o Lakuntza[838]), las activistas feministas llegaron a multitud de pueblos[839]. En algunos de ellos, caso de Leioa, se produjeron enfrentamientos entre las promotoras de las mociones y algunos cargos, como los del PSE-PSOE, que rechazaron apoyarlas[840]. Esa actitud de los concejales y alcaldes socialistas coincidía con la de los electos del PNV. Era una forma de soslayar el debate aduciendo que el PSE-PSOE no era pro-abortista, que, al mismo tiempo, era partidario de la despenalización, pero que el del aborto no era un tema competencia de los municipios y que, por tanto, no se debía debatir en estos foros[841].

Las elecciones de 1979 no supusieron un incremento destacado de las mujeres con cargos de responsabilidad en el poder, que seguían siendo numéricamente muy inferiores a los ostentados por los hombres[842]. Sin embargo,

---

836 *Egin*, 10-06-1981.

837 *Egin*, 6-10-1979.

838 *Gay Hotsa*, 7 (1980).

839 En Bizkaia en Sestao, Portugalete, Barakaldo, Ortuella, Santurtzi, Basauri, Getxo, Markina, Ondarroa, Berriz, Arrigorriaga, Leioa, Somorrostro, Abanto y Zierbena, Plentzia, Ermua, Abadiño, Amorebieta, Larrabetzu, Zaldibar, Dima y Bilbao. En Gipuzkoa en Rentería, Arrasate, Zaldibia, Hernani, Lazkao, Beasain, Ordizia, Azpeitia, Bergara, Andoain, Irún, Hondarribia y San Sebastián. En Álava en Agurain y Vitoria. CDEM, cajas AMV: «Actividades de la campaña contra el juicio del 26 de octubre. Mociones en los ayuntamientos», 1979.

840 *El País*, 6-10-1979: «Incidentes en varios ayuntamientos al tratar la despenalización del aborto».

841 *Egin*, 6-10-1979; y *Egin*, 2-11-1979. Un repaso pueblo por pueblo, con algún caso excepcional como Dima, donde la moción fue aprobada por unanimidad (incluidos los representantes del PNV), en CDEM, cajas AMV: «Actividades de la campaña contra el juicio del 26 de octubre. Mociones en los ayuntamientos», 1979.

842 Folguera, 1988: 123.

estas elecciones sí que fueron importantes para asuntos planteados desde los movimientos sociales en varios sentidos. La descentralización multiplicó los puntos de acceso al sistema para los movimientos sociales, ofreció una vía de acceso más practicable[843]. La institucionalización democrática favoreció que aquellos partidos que obtuvieron representación y que estaban más cerca de algunas de las reivindicaciones de las organizaciones de los movimientos sociales recogieran propuestas y las condujeran al marco parlamentario (estatal, autonómico o local). Las posibilidades para obtener resonancia pública serían mayores. La vía para utilizar las instituciones quedaba expedita.

Al nivel del proceso político lo más destacable de 1979 fueron las tres ocasiones en las que la población fue citada a pronunciarse ante las urnas. Como consecuencia de los resultados obtenidos en las municipales de 1979 y las autonómicas de 1980 el PNV se convirtió en el partido más votado, tanto en la mayoría de los municipios como en el Parlamento Vasco[844], pero no así en Navarra, donde prevalecía la UCD. En aquellos casos en los que las mociones presentadas por las organizaciones de los nuevos movimientos sociales no salieron adelante no fue por la existencia de ningún bloqueo hermético del sistema ante la incorporación de demandas procedentes desde abajo. Fue, simplemente, porque los partidos conservadores (PNV, UCD, AP) tenían un mayor respaldo y porque otras fuerzas, como el PSE-PSOE, no vieron oportuno apoyar, a nivel municipal, campañas como la planteada a favor de la despenalización del aborto[845].

Uno de los sitios donde mejor se detecta la amplitud de las transformaciones políticas y la conexión entre las nuevas instituciones y los movimientos sociales es a nivel local. Privilegiar aquí el ámbito de lo local no implica necesariamente minusvalorar el papel de la oposición a un alto nivel político (la «Platajunta», las reuniones de Suárez con destacados dirigentes de los partidos de la oposición…[846]), sino, simplemente, abordar los problemas desde otro enfoque, que no es sustitutivo, sino complementario. El barrio, la iglesia, la fábrica, las fiestas, los centros de planificación familiar, las bibliotecas… Éstos fueron lugares frecuentemente accesibles para cualquier persona, no necesariamente politizada, fueron sitios donde se tuvieron experiencias concretas, muchas veces al margen de la iniciativa y el control de las instituciones.

En este terreno cercano al ciudadano, en muchas localidades, al presentarse las ya citadas mociones existía la posibilidad de dialogar abiertamente

---

[843] Aierdi y Fernández Sobrado, 1997: 193.

[844] Ese predominio le permitiría en la primera mitad de la década de los ochenta «controlar casi al cien por cien el entramado institucional de Euskadi» (la cita en de Pablo y Mees, 2005: 408; más en Corcuera, 1991: 83-89).

[845] Abstenciones de los concejales del PSE-PSOE ante las mociones propuestas por organizaciones feministas en los plenos de Bilbao y Leioa a favor de la despenalización del aborto, en *Egin*, 6-10-1979.

[846] Tusell, 1996: 118-121.

con la corporación, de debatir directamente sin necesidad de que intermediara un partido. El cambio de color político se empezó también a notar en la mayor disposición que algunos ayuntamientos mostraban a la hora de prestar locales (por ejemplo en Barakaldo para los Comités Antinucleares[847]) y de dar subvenciones (como en Basauri para el centro de planificación familiar[848]). La democratización de los ayuntamientos tras las elecciones de abril de 1979 fue un paso fundamental en este sentido. Pero ya venía dándose desde años atrás la creación de gestoras municipales para gobernar de forma provisional en aquellos lugares donde a las corporaciones franquistas se les hizo imposible continuar. En estos casos se adelantó el proceso y los movimientos encontraron un *input* abierto más temprano[849]. Por ejemplo, el papel de la gestora local fue importante a la hora de facilitar la apertura de un centro de planificación familiar en San Sebastián[850].

Hasta aquí se ha repasado el proceso de democratización de las instituciones públicas y su relación con la trayectoria de los nuevos movimientos sociales del País Vasco de la Transición. Ahora conviene profundizar en las formas de estructuración que dentro de las organizaciones de los movimientos sociales también se produjeron. Mientras que las primeras (instituciones) eran públicas y representativas, las segundas (organizaciones) eran colectivos cuya forma de reunión se verificaba, habitualmente, en asamblea.

Las asambleas: (semi)estructuración de los nuevos movimientos sociales

Para entender el auge de la asamblea como herramienta organizativa preferente para las organizaciones de los nuevos movimientos sociales de los años setenta habría que considerar, de partida, la fuerza que dicho vehículo había adquirido en la oleada movilizadora nacida en los sesenta en todo el mundo occidental. La importancia del asamblearismo laboral ya ha sido consignada para el caso del País Vasco de finales de los sesenta hasta la Transición[851]. Se ha subrayado su relevancia a la hora de socavar al Sindicato Vertical y como escuela de democracia[852]. La utilización de la asamblea desbordó el ámbito laboral para hacerse un hueco entre las protestas estudiantiles y vecinales[853].

---

847 Entrevista citada con Carlos Alonso.

848 Entrevista con un grupo de dos activistas del Grupo de Mujeres de Basauri; Bilbao, 9-01-2009.

849 Recuérdese que *input* se refiere al «grado de apertura/clausura del acceso político formal», Kriesi, 1992: 116.

850 El dato concreto en la entrevista citada con Inmaculada Zuzuarregui; más sobre la gestora de San Sebastián en Luengo, 2000: 454.

851 Ibarra, 1987; J.A. Pérez Pérez, 2001 y 2006.

852 J.A. Pérez Pérez, 2001: 382.

853 J.A. Pérez Pérez, 2006: 88 y 89.

Las asambleas alcanzaron relevancia tanto para ciertos partidos políticos como para los nuevos movimientos sociales surgidos en los setenta.

El asamblearismo se había visto retratado en los consejos obreros que llevaron adelante huelgas masivas y radicalizadas como la que veíamos en su momento de Vitoria, a comienzos de 1976. Pero a partir de esa fecha clave el asamblearismo laboral quedó básicamente circunscrito a grupos de extrema izquierda contrarios a la burocratización, profesionalización e intermediación de los sindicatos. Fue precisamente ante la legalización de estos últimos (1977) cuando el asamblearismo laboral entró en declive como herramienta organizativa entre los trabajadores y cuando los nuevos movimientos sociales que entonces estaban emergiendo a la luz pública en cierto modo tomaron el relevo en su empleo[854].

Un común denominador a las organizaciones de los nuevos movimientos sociales que proliferaron entre 1976 y 1977 fue su querencia por una organización horizontal, tanto para la toma mancomunada de decisiones como para la catalización de las energías del colectivo. Mediante dicho funcionamiento se trató de huir de cualquier burocratismo y jerarquía, pero, al mismo tiempo, la reiteración de las asambleas terminó impulsando una cierta estructuración informal en torno a comisiones de trabajo y a la referencialidad de algunas personas.

En principio, siguiendo su autodefinición, las organizaciones de los movimientos sociales no se reunieron en torno a un jefe. La asamblea se imaginaba como un motor que generaba solidaridad y práctica no jerárquica, de tal forma que se fue convirtiendo en un rasgo identitario de dichas organizaciones. El ideal consistía en que todos los asistentes a la reunión pudieran aportar sugerencias y tuvieran voz y voto en igualdad de condiciones, que la asamblea funcionase como levadura para impulsar todas las inquietudes presentes en el colectivo y como escuela de activismo[855]. En las organizaciones de los movimientos sociales, en principio, no se exigía obediencia o disciplina ante ningún decálogo escrito del buen militante, sino que cada uno aportaba tiempo y trabajo en la medida de su voluntad, capacidad y disponibilidad.

El objetivo directo en estas asambleas no podía ser ascender en un escalafón político inexistente. Nadie impondría su arbitrio ni estaría por encima de los demás. No habría castas ni rangos, estratificación ni privilegios. Esto debía servir para ir haciendo valer en la práctica cotidiana las teorías que se defendían hacia esa democracia «de base» más radical que la considerada mera democracia «formal» y «burguesa» (parlamentaria o representativa). En el seno de las asambleas muchas personas tuvieron su socialización y su

---

[854] J.A. Pérez Pérez, 2001: 384-386. Sobre las resistencias mostradas por el ala situado más a la izquierda en CCOO a la hora de pasar del asamblearismo unitarista a «un sindicato formalmente establecido», Gallego, 2008: 444.

[855] Escuela de «concienciación obrera» para el caso que estudian Carnicero Herreros y J.A. Pérez Pérez, 2005: 283.

contacto directo, personal, con formas organizativas en las que, al menos formalmente, lo que primaba era el respeto a todas las personas como iguales. Ahora bien, tampoco conviene idealizar dichas asambleas, que también fueron marco de claroscuros. En esas reuniones surgieron liderazgos carismáticos, protagonismos, personas con una elocuencia, un prestigio y una capacidad de enganche especial, mayor que la de sus compañeros[856]. Del mismo modo, otras personas tenían problemas para tomar la palabra, por falta de atrevimiento, de costumbre o por nerviosismo.

En el caso de las asociaciones de vecinos, algunos de esos líderes fueron cooptados y acabaron en las listas de partidos políticos como PCE, EE, HB o EMK[857]. Por lo que respecta a la principal organización del movimiento gay en el País Vasco de la Transición, EHGAM, en un inicio su funcionamiento fue bastante espontáneo y carente de estructuras. A finales de la década de los setenta, dos años después de la formación del grupo, se montaron las primeras comisiones para repartir el trabajo. Entre tanto, el lanzamiento de las campañas iniciales dependió, en buena medida, de la capacidad de iniciativa personal de algunos de sus activistas más destacados[858].

En estos inicios de los nuevos movimientos sociales, en los que existía la sensación de que todo estaba por hacer, algunas organizaciones del movimiento feminista convocaban sus asambleas en días libres del fin de semana, prolongándose aquellas durante horas al compás de múltiples discusiones y frentes de trabajo abiertos[859]. Este recurso a la asamblea no era algo nuevo pero, como se ha visto, algunas de las organizaciones feministas más relevantes de la época llevaron el referente asambleario hasta en su mismo nombre. De algunas de esas reuniones los hombres fueron excluidos. Tal decisión concitó un apoyo mayoritario aunque no unánime[860].

Otro aspecto que no se puede eludir es la aparición en las asambleas de conductas irrespetuosas y de dominio. El ambiente de las reuniones cuando un sector no estaba de acuerdo con la persona que había tomado la palabra podía derivar en gritos, interrupciones, risas, desdén o actitudes agresivas.

---

[856] «Esta estructura [asamblearia de grupos como las Asambleas de Mujeres] posibilita el surgimiento de liderazgos informales que funcionan de forma más o menos explícita», en Aierdi, Fernández Sobrado y Tejerina, 1995: 78; más en Puleo, 1996b: 61.

[857] Lo han subrayado, entre otros autores, Pérez Ledesma, 1990: 254; Pérez-Díaz, 1996: 42; Fernández Buey, 2004: 29; o Sabio y Sartorius, 2007: 209. Fundamentalmente a través de las dobles militancias dichos partidos estuvieron cercanos a las asociaciones de vecinos, en Urrutia, 1985: 260.

[858] Entrevista citada con Felipe Florio.

[859] Un ejemplo de la Asamblea de Mujeres de Guipúzcoa, reunida en Rentería de nueve y media de la mañana a seis y media de la tarde, en *Egin*, 23-02-1978.

[860] Un ejemplo en *Hierro,* 9-03-1977, donde se recoge cómo se efectuó una votación para evaluar la posibilidad de que los hombres estuvieran presentes en una asamblea en Bilbao que celebraba por vez primera en el País Vasco el 8 de marzo. Según la citada noticia se contabilizaron 402 votos a favor y 379 en contra de la participación de ellos, con lo que se les impidió la entrada al local parroquial que servía como marco para la reunión.

En una asamblea no todos partían del mismo lugar. El acceso a los debates, que adquirieron progresivamente un mayor grado de especialización, quedaba en manos de una elite preparada[861]. Una elite militante informal, si se quiere especificar, pero una elite al fin y al cabo, lo que entraba en abierta contradicción con la democracia directa que se propugnaba. Siguiendo con el ejemplo del movimiento feminista, para una activista de base no era infrecuente *delegar* la expresión de opiniones o la formulación de propuestas en las líderes (Rosa Olivares de EMK, Aintzane Saitua de LKI, Begoña Mendia o Regina San Juan de las «independientes»…) de la corriente a la cual una se adscribía, porque era la mejor informada, la que más tiempo invertía, la que más talento tenía o la que mejor se explicaba.

Para ilustrar el tema de la persistencia de relaciones de poder dentro de las organizaciones del movimiento feminista es útil confrontar dos textos. Uno data de 1977, en pleno brote del movimiento en el País Vasco, el otro de 1985, finalizada ya la etapa de transición política. En 1977 las activistas de LAMBROA decían que «entre las mujeres no podemos reproducir los esquemas que nos han oprimido siempre (…) tenemos que luchar contra todo poder, incluso dentro del movimiento (…). Esta es una experiencia que intentamos realizar en el grupo». El principal poder que identificaban era el del patriarcado[862]. Ocho años después, haciendo balance de la década de existencia de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya (a la que LAMBROA había pertenecido), reconocían que:

> No todo ha sido un camino de rosas. Dentro de la Asamblea se han dado también relaciones de poder. Hemos huido de la burocracia, pero no hemos podido o no hemos sabido evitar que en ocasiones la toma de decisiones recayera en unas pocas mujeres. Hemos hecho Asambleas, pero en éstas el peso de las mujeres de pueblos y barrios o el de mujeres no acostumbradas a hablar en público ha sido menor que el de quien tiene más experiencia o más cara para hablar[863].

---

[861] El siguiente pasaje es significativo a este respecto. Se trata del informe que el Grupo de Antiagresión dirigió a la Asamblea de Mujeres de Vizcaya para dar cuenta de su disolución: «Mantuvimos desde el comienzo un notable desprestigio dentro de la Asamblea debido sobre todo a la ausencia de figuras públicas (…). Permanecer dentro de la Asamblea en este momento supondría aceptar su funcionamiento jerárquico y ser arrastradas por él. Para acabar con el papel directivo de «las más listas», «las más leídas», «las que primero se enteran» y con los roles establecidos y asumidos por la mayoría, hay primero que aceptar su existencia», en CDEM, cajas AMV: «Informe de Antiagresión a la Asamblea», [s. f., ¿1982?].

[862] La cita procede del Archivo Privado de Begoña Mendia (ABM), recorte de prensa de LAMBROA, 26-10-1977, donde se consideraba que «el patriarcado es el sistema social más antiguo que actualmente se puede comprobar» y «no es parte del capitalismo, sino la base sobre la que este se ha desarrollado».

[863] CDEM, caja Jornadas I: «AMV: 10 años de lucha del movimiento feminista», noviembre de 1985.

Por poner otro ejemplo, en reuniones previas a las asambleas feministas las militantes del EMK, actuando como una corriente organizada, debatían qué postura tomar, cuáles eran los argumentos a emplear, quiénes los iban a esgrimir, cómo volcar la votación a favor de los intereses del partido y cómo responder convincentemente a los argumentos que las rivales iban a utilizar, adelantándose a los mismos o previéndolos. Su preparación de las asambleas era intensa, intentándose dejar poco a la improvisación[864].

De todas formas, es necesario remarcar ciertas diferencias entre las asambleas a nivel local y las de provincia. Probablemente fue en estas últimas donde se reprodujo con mayor nitidez el esquema arriba citado, ya que era en ellas donde se marcaban las directrices generales de las campañas del movimiento feminista y, por tanto, donde más atractivo resultaba influir. En los grupos de mujeres de barrios y pueblos, movidos más por vínculos personales de vecindad y amistad, la rivalidad interna en forma de diferentes bloques enfrentados no habría sido tan significativa. Lo cual no es óbice para recordar que, en ocasiones, fueron los propios partidos los que propulsaron grupos de barrios y pueblos en aquellos sitios donde no existían, nutriéndolos con las militantes del partido que podían estar activas en la zona.

A medida que fue pasando el tiempo el desarrollo de los Comités Antinucleares dejó también de ser algo aparentemente espontáneo y plural para responder con mayor nitidez a la estrategia de coaliciones y partidos como HB y EMK, interesados en hacer proliferar grupos que de alguna manera sirvieran a sus intereses a través de dobles militancias[865]. En teoría los Comités Antinucleares se proponían funcionar de manera horizontal y antijerárquica. Por ejemplo, se negaron a que su portavoz apareciese a cara descubierta en un programa de Televisión Española (TVE) sobre Lemóniz[866]. Trataban así de demostrar que no querían protagonismos personales, que detrás de ese vocero ocasional estaba la voz de todos los Comités.

El funcionamiento de estos últimos se dividía en tres niveles. Esta articulación empezó a fraguarse a medida que los diferentes Comités Antinucleares fueron superando la fragmentación y la dispersión inicial. En el escalón inferior se situaba la asamblea del comité local, de pueblo o de barrio. A ella

---

[864] Entrevista citada con Clara Murguialday.

[865] Un informante anónimo, probablemente ligado al EMK, realizaba la siguiente crónica en julio del 81, es decir, tras el impacto producido en el movimiento antinuclear por el asesinato de Ryan: «en los C[omités] A[antinucleares] faltan cuadros y, a pesar nuestro, se ve demasiado al Partido (…). El C[omité] A[antinuclear] de Vitoria es relativamente reciente, asiste a las Coordinadoras nacionales y está controlado por elementos de HB (…). En G[uipúzcoa] sí encontramos elementos de HB, anarcos, autónomos… EE prácticamente ha dejado los CCAA (no sé si no conservan en sus manos un C[omité Antinuclear] en Usurbil) y lo mismo puede decirse de LKI», en CDHC, Antinucleares: panfletos, folletos y otra documentación, caja 76: «Consideraciones en torno a los CCAA», 20-07-1981.

[866] *Egin*, 6-11-1981.

podían acudir cuantos activistas deseasen, con libertad para tomar la palabra y votar. En muchas ocasiones el dinamismo de un comité dependía de la capacidad de iniciativa de una persona para juntar con cierta regularidad a un grupo. Si tal persona se desvinculaba del activismo el comité podía desaparecer o pasar a un estado de latencia[867], lo que resulta bastante significativo de la espontaneidad y de la dependencia de liderazgos personales que, en muchos casos, existía. Por encima del comité local estaba la asamblea a nivel de *herrialde* o provincia, a la que cada comité, cuando podía, enviaba un delegado. Habitualmente el representante era el mismo. Ese comisionado solía coincidir con el individuo más activo o con mayor ascendente, carisma o facilidad de palabra[868]. Finalmente, en el escalón superior estaba la asamblea nacional[869], que juntaba a representantes de Bizkaia, Gipuzkoa, Álava y Navarra.

En la cúspide de esta pirámide organizativa figuraban una serie de activistas destacados, como Sabino Ormazabal e Iñaki Gil de San Vicente en Gipuzkoa, o Koldo Unceta y Julen Rekondo en Bizkaia[870]. Esta referencialidad no se traducía en un poder explícito de dirección, control o jefatura, pero a ellos podemos identificarlos como los activistas que terminaron siendo los más reconocibles de los Comités Antinucleares.

En resumidas cuentas, las organizaciones de los nuevos movimientos sociales aquí a estudio no crearon desde la fecha de su aparición pública, entre 1976 y 1977, instituciones plenamente estructuradas, sino unos grupos que se proponían en la teoría ir transformando la realidad y empezar ese cambio desde ellos mismos a nivel local. Ahora bien, hay que evitar idealizaciones acerca de la horizontalidad de la práctica asambleara. No sólo por lo que ya he señalado sobre la creación de personalismos y dirigismos, sino también en cuanto a la contradictoria asunción, por parte de un sector radicalizado dentro de las organizaciones de los movimientos sociales, de una organización terrorista como vanguardia armada de las protestas sociales[871]. ETAm no sólo era una organización cuya dirección se arrogaba la despiadada responsabilidad de decidir sobre la vida o la muerte de los que consideraba enemigos del pueblo vasco. ETAm, además, carecía de cualquier noción de democracia interna. Funcionaba como una estructura rígidamente jerárquica, como un

---

867 Entrevista con Julen Rekondo; Bilbao, 11-02-2009.

868 *Ibídem*.

869 Noticias sobre Asambleas Nacionales de los Comités Antinucleares en *Egin*, 5-05-1979 (celebrada en Eibar); *Egin*, 25-05-1979 (en San Sebastián); *Egin*, 24-11-1979 (en Vitoria); o *Egin*, 29-12-1979 (en Zarauz).

870 Entrevista citada con Julen Rekondo y entrevista con Sabino Ormazabal; San Sebastián, 10-12-2008.

871 «Con su estrategia militar [la de ETAm], que es una estrategia claramente contraria al movimiento asociativo, que es un movimiento abierto y participativo, la desfigura», en Jáuregui, 2001: 166. Se estudia más a fondo este fenómeno en el epígrafe «Límites de la Transición "desde abajo"».

ejército en la sombra en el que los militantes de base debían una férrea obediencia a la cadena de mando[872].

La asamblea, la forma organizativa canónica para las organizaciones que vengo analizando, debía servir para escenificar la libertad de expresión y de decisión de todos. Pero también se convirtió en marco de manipulaciones y de silenciamientos. Y es que la asamblea es una forma organizativa teóricamente más horizontal, pero *a priori* no es garantía de una inmaculada higiene democrática. Esta lectura puede servir no tanto para rehacer sino para completar el contenido al que hacen referencia conceptos tan conocidos y empleados como desencanto. Tal término sigue siendo útil para el estudio de la época porque formó parte de las preocupaciones presentes en la misma. Se ha empleado para analizar, entre otras cosas, los efectos adormecedores que ejerció sobre la movilización social un proceso político pactista[873]. Pero al profundizar en una lectura desde abajo podemos atisbar otros significados, que sirvan no tanto para impugnar como para complementar la interpretación apuntada.

Cuando se ha hablado de desencanto se ha hecho, generalmente, para subrayar que hubo una percepción, particularmente extendida entre aquellos que habían participado en los movimientos sociales de oposición antifranquista, de que «gran parte de las expectativas que había generado el cambio político habían quedado frustradas», ante, entre otras cosas, «la excesiva rigidez del sistema electoral y la jerarquización de la vida interna de los partidos»[874]. Esto se habría materializado, principalmente, en dos aspectos. Primero, la pérdida de protagonismo de las movilizaciones, con un descenso acusado de la participación ante una sensación de cierta inutilidad de las mismas. Y segundo, el progresivo aumento de las tasas de abstención en las convocatorias electorales sucedidas desde 1979[875].

---

[872] Domínguez, 2002, ofrece sobrados ejemplos de esa ausencia de democracia interna.

[873] Jiménez Sánchez, 2005: 48; o Aróstegui, 1999: 263, quien afirma que «la opción pactista de los líderes limitó en definitiva la manifestación popular en masa». Para Redero, 1999: 281, «la política de negociación entre elites, con las consiguientes limitaciones a las movilizaciones populares, alejaba a las masas de la actividad política y favorecía el paulatino asentamiento de una perspectiva demasiado institucional de los asuntos públicos. Ello ayudaba a fomentar el desinterés por la participación activa». Más lejos va Luis Enrique Alonso, 1991: 92, al apuntar que «el «consenso» se convirtió (…) en *silencio*, en el *discurso silenciador* de todos aquellos problemas que no conviniese airear demasiado (…). Difícil situación entonces para los nuevos movimientos sociales». Subrayado en el original.

[874] Las citas en M.ªL. Morán, 1997: 379 y 382 respectivamente. Más en esa línea en Amorós, 1986: 51 y 52; Álvarez Junco, 1994: 436; y Gallego, 2008: 692. Fusi y Palafox, 1997: 385 y 386, añaden que el clima de desencanto también se habría visto favorecido por la ofensiva terrorista, «particularmente dura en 1979-1980», que «parecía revelar una evidente falta de autoridad gubernamental», así como por el «desgaste de la figura de Adolfo Suárez y la progresiva desintegración de su partido, la UCD». Más en esa dirección en Fusi, 2001a: 815-817. Alberdi, 1996: 88, también vincula desencanto, desilusión respecto a las más altas expectativas y desmovilización, en este caso, feminista.

[875] Así lo ha señalado M.ªL. Morán, 1997: 379.

Pero aún habría que considerar un tercer elemento: el desencanto visto como la pérdida de entusiasmo hacia el papel que estaban desempeñando las propias organizaciones de los movimientos sociales, cuyos discursos y prácticas estaban sirviendo por sí solas para alejar de la participación social activa a simpatizantes y activistas tanto como las llamadas al consenso procedentes de las instituciones y las «estrategias de las elites políticas para minimizar la participación»[876]. Integrarse en las diferentes organizaciones de los nuevos movimientos sociales no siempre resultaba algo cómodo ni sencillo para muchas mujeres, homosexuales o antinucleares que podían, sin embargo, compartir los principios generales bajo los que se activaban dichos movimientos. Pese a sus pretensiones unitarias y horizontales, la percepción del radicalismo y el sectarismo que a veces traslucían alejó a audiencias potenciales de la participación. Además, incorporarse a las asambleas de las organizaciones de los movimientos sociales suponía aceptar la dinámica de un colectivo cuyos miembros, muchas veces, ya se conocían de tiempo atrás, habían formalizado lazos incluso personales y habían desarrollado debates que para un recién llegado podían estar fuera de su capacidad. Algunas organizaciones, bajo una lógica grupalista y bajo la inercia del funcionamiento rutinario, descuidaron el aspecto de abrirse a la sociedad para terminar convirtiéndose en núcleos cerrados. Una de las causas de la limitada capacidad de movilización que en ocasiones han mostrado los nuevos movimientos sociales de los setenta radicaría, precisamente, en este aspecto[877].

Las organizaciones de los movimientos sociales no siempre eran vistas como abiertas e integradoras, ni siquiera por personas en principio cercanas a ellas. En esas organizaciones se reprodujeron actitudes normativistas y desplazamientos de los discrepantes a la marginalidad. En ellas participaron activistas cuya actitud llevó a otros compañeros a considerar que se creían en posesión de la verdad absoluta. Activistas que se veían como parte de una vanguardia inspirada que marcaba las directrices frente a los demás.

En este epígrafe no se trataba únicamente de mostrar a través de un nivel de análisis «desde dentro» los mecanismos internos mediante los que funcionaban las asambleas de los nuevos movimientos sociales y las tensiones que surgieron en el País Vasco. Se ha intentado, además, ubicar «desde fuera» esas asambleas en un contexto de repliegue de movimientos como el obrero y, al mismo tiempo, identificar «desde arriba» algunas de las contradicciones que pueden acarrear las demandas de democracia directa. Esto último, desde luego, no sólo afecta al País Vasco de la Transición, sino que puede ser extensivo a otros lugares y momentos históricos. Si es cierto que, como han señalado Donatella della Porta y Mario Diani, las formas de democracia par-

---

[876] M.ªL. Morán, 1997: 380.

[877] Lo que ya fue apuntado a modo de hipótesis por Pérez Ledesma, 1990: 257, «quizá una de las causas de esta limitación se encuentre en las tendencias hacia posiciones minoritarias y vanguardistas de algunos grupos de animadores de los mismos».

ticipativa impulsadas por los movimientos sociales desde los años sesenta se oponen al principio de representación o delegación, visto frecuentemente como un instrumento de poder oligárquico[878], la evidencia empírica esgrimida en este apartado revela las importantes contradicciones internas existentes en el seno de distintas organizaciones de dichos movimientos sociales. En el caso concreto del País Vasco de la Transición hay que ver dichos elementos ligados a las consecuencias de un contexto caracterizado por la espiral de violencia política que caracterizó a los «años de plomo».

Límites de la Transición «desde arriba»

La violencia es una constante en las sociedades humanas, pero puede hablarse de diferentes magnitudes[879], de distintos grados de intensidad dependiendo del lugar y el momento. Si algo caracteriza a la Transición en el País Vasco es la virulencia de la violencia política, que convirtió esos años en «años de plomo», según una expresiva metáfora que hace referencia al metal pesado del que están compuestas las balas. Esa no es una denominación que se haya usado exclusivamente para el caso vasco, sino que se ha empleado para referirse a la Italia y Alemania de los años setenta, donde el número de víctimas mortales fue menor que en España, y para la Irlanda del Norte de las mismas fechas, donde fue mayor. ¿Por qué en tantos países la misma denominación? Por las características de un tiempo en el que la fuerza, como vía de intervención en política a través de formas no regladas ni consensuadas, sino impositivas[880], golpeó de forma desigualmente intensa dependiendo del lugar[881], pero, para los casos citados, con ciertos rasgos en común: ligada al ciclo de protestas abierto en los años sesenta y mediante organizaciones terroristas basadas en reivindicaciones revolucionarias antisistema, con un sustrato nacionalista radical y/o de extrema izquierda, contestadas por contra-organizaciones antisubversivas y/o por guerra sucia o terrorismo de Estado[882].

Aunque en el caso del País Vasco los autores no coinciden en las fechas exactas que comprende tal denominación, sí que existe consenso al destacar

---

878 Della Porta y Diani, 2006: 279.

879 Aróstegui, 1994: 21 y 32.

880 Aróstegui, 1994: 44.

881 Sánchez-Cuenca, 2009.

882 «Años de plomo» es un término que se ha aplicado a dinámicas de países, como Marruecos, un tanto diferentes al esquema aquí propuesto, por lo que conviene precisar que me refiero a los casos concretos arriba citados. Entre los autores que han optado por emplear tal término para el País Vasco están Calleja, 1999: 23-47; Juaristi, 1999: 192; y 2006: 285 (un capítulo de sus memorias se denomina así); San Sebastián, 2003 (el término da el título de su libro); Pagazaurtundua, 2004: 85; Sabio y Sartorius, 2007: 290; Carnicero Herreros y J.A. Pérez Pérez, 2008; A. Segura, 2009: 75-114; Javier Elzo en Iglesias, 2009: 41; Duplá, 2009: 98; o Molina, 2009b y 2010: 64.

que los últimos años de la década de los setenta y los primeros de los ochenta fueron los que acumularon un número más elevado de asesinatos. Concretamente, como señala Fernando Reinares, «entre 1978 y 1980 [el] número y la pauta de los atentados (…) configura un ciclo, es decir, una serie de acciones violentas cuya frecuencia sobrepasa con creces los niveles registrados con anterioridad y con posterioridad al mismo»[883]. En este sentido, hay que considerar distintos elementos: si la violencia política se empleó en nombre de los movimientos sociales; en caso afirmativo, calibrar en qué medida dichos agentes apoyaron o criticaron esa forma de violencia; si los movimientos sociales se disgregaron al interactuar con el terrorismo; si el Estado aplicó una represión desproporcionada y guerra sucia y, finalmente, si esto pudo servir como argumento para deslegitimarlo y para, al mismo tiempo, cohesionar a las organizaciones terroristas y a los sectores sociales próximos a éstas.

En páginas anteriores ya se ha hecho mención a que la Transición no fue un camino lineal, sino que estuvo cuajado de obstáculos. Y esto por dos elementos principales, que dan fe de la existencia ciertos déficits democráticos, en los que voy a profundizar aquí. Primero, por la persistencia de actitudes autoritarias «desde arriba», en las instituciones y aparatos del Estado. Y segundo, por el incremento de la presión terrorista «desde abajo», que afectó tanto a unas instituciones públicas todavía endebles como al conjunto de la sociedad y, dentro de ésta, a unas organizaciones de los movimientos sociales desestructuradas (o semi-estructuradas en asambleas).

El criterio seguido para agrupar los ejemplos recogidos bajo este epígrafe y el siguiente es su función como elementos parcialmente des-democratizadores en un contexto de general democratización como fue el de la Transición española[884]. Hecha esa constatación, conviene introducir varias precisiones:

1. ETAm fue la responsable de la gran mayoría de los atentados mortales realizados durante la Transición (y todavía en mayor proporción después de terminada ésta). En la década comprendida entre 1976 y 1986 «tres cuartas partes tanto del número de atentados como de víctimas correspondió a ETA. Las acciones de la extrema derecha representaron del 5 al 6% del total». Entre 1976 y 1980 más del 70% de las acciones con resultado de víctimas mortales se atribuyen a las dos ramas de ETA[885]. La lectura que Juan Pablo Fusi extrae de esto úl-

---

[883] Reinares, 1989: 629.

[884] Tilly, 2007: 146-158. El hispanista británico Preston, 1985: 131, sostenía de forma matizable, pero expresiva, que «el avance, nos sin tropiezos, hacia la democracia se produciría en medio de las emboscadas tendidas por terroristas de derechas e izquierdas y a través de los campos de minas de un ejército recalcitrante». Muñoz Alonso, 1986: 25-33, desarrolla la tesis de que el golpismo y el terrorismo fueron dos extremos que se tocaron y alimentaron, cerniendo una tenaza sobre la naciente democracia.

[885] Las citas en Soto Carmona, 1996: 367; y Reinares, 1989: 614.

timo es que el País Vasco se convirtió en «el epicentro de la violencia política» en la España de la Transición[886].

2. Frente al nacionalismo vasco radical no se situaron ni contra-movimientos sociales ni otra comunidad dispuesta a tolerar y apoyar el terrorismo «blanco», de Estado o de extrema derecha, por lo que no existió peligro de enfrentamiento civil.
3. La policía, en muchas ocasiones, no sólo no cumplió con la tarea de mantenimiento del orden público que, con arreglo a las libertades fundamentales de reunión, expresión o manifestación, cabe esperar de ella en democracia. Amparándose en abusos flagrantes de poder, provocó graves atropellos de los derechos humanos. Esa policía estaba dirigida desde el entramado de un Estado en el que todavía persistían reminiscencias de tiempos pasados. Comencemos por estas últimas.

Cabe reseñar, en primer lugar, la continuación de actitudes intolerantes por parte de las autoridades políticas, como la censura de ciertas publicaciones. Es el caso de *El libro rojo del cole* o *¡A ver!*, ambos, no por casualidad, sobre información sexual[887], lo que puede comprenderse en el marco del intento de mantenimiento de una rígida moral pública católica[888]. Dentro de esa misma dinámica puede mencionarse que sólo se permitió hacer propaganda de anticonceptivos desde enero de 1979[889]. La despenalización del adulterio se hizo esperar hasta comienzos del año 1978[890]. Ahora bien, en este caso el cambio legal antecedió incluso a la aprobación de la Constitución y a la reforma de muchos otros artículos del Código Penal y Civil, lo que cabe interpretarse como un éxito de una presión social alentada por distintas organizaciones feministas.

La detención de homosexuales en aplicación de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social continuó hasta enero de 1979[891]. Más tiempo duró aún la ilegalidad de las organizaciones del movimiento gay, que se prolongó toda la Transición. Las solicitudes de legalización fueron respondidas con demoras y silencio administrativo desde el Ministerio de Interior[892]. En 1979 dicho Ministerio publicó una reveladora nota de prensa en la que explicaba su

---

886 Fusi, 2001a: 113. La crudeza de la situación sociopolítica dio pie a utilizar términos como «la Guerra del Norte» (García de Cortázar, 1988; Molina, 2009b).

887 El primero en *El País*, 8-02-1980; el segundo en *Servir al Pueblo*, 151 (1980).

888 Sabio y Sartorius, 2007: 352, también recuerdan «la intransigencia a la hora de castigar a aquellas publicaciones [*Interviú*, *Fotogramas*…] que atacaban los "principios morales"».

889 *El País*, 16-01-1979.

890 *El País*, 19-01-1978: «Aprobada la despenalización del adulterio y del amancebamiento por la Comisión de Justicia».

891 Todavía en noviembre de 1978 la policía detuvo a tres travestis en Bilbao y el juez les aplicó la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, en *Egin*, 7-11-1978; y *El Correo*, 10-11-1978.

892 Lo que EHGAM denunció mediante una nota publicada en prensa, en *Egin*, 1-11-1981.

postura sobre este asunto. Bajo el punto de vista de las autoridades políticas no era apropiado legalizar a las organizaciones gays porque éstas pondrían en aprietos la moral y las buenas costumbres.

La determinación de cuál era el sentido común que normalizaba unas prácticas y condenaba o arrojaba una sombra de sospecha sobre otras quedaba en manos del Gobierno. Éste se reservaba la misión de preservar una moral pública de la que los homosexuales quedaban excluidos[893]. A ojos de una parte de los dirigentes de UCD (y de la sociedad en general) los gays organizados resultaban potenciales perturbadores del orden y la armonía social. Viene al caso traer a colación lo afirmado por Alfonso Pérez-Agote: «el poder político impone siempre una cohesión social determinada, pero otras cohesiones sociales pueden existir en el interior de ésta. Una de las cohesiones puede declararse incompatible con la cohesión del Estado»[894]. En democracia, en caso de que aparezcan inclinaciones hacia arrogarse capacidad de mando para determinar cuáles son en un momento dado las conductas apropiadas, al menos las responsabilidades ejecutivas del Gobierno son transitorias y están sometidas al escrutinio tanto de la opinión pública como de un sistema garantista que reconozca derechos y libertades fundamentales.

La misma policía, cuyos funcionarios pasaron sin criba de la dictadura a la democracia, vulneró en distintas ocasiones dichos derechos y libertades. El papel represivo que de manera desmedida ejercieron en distintos momentos las FOP es uno de los signos de los límites en los que se movió la Transición. En páginas anteriores ya hemos visto las prohibiciones de los Gobiernos Civiles ante la convocatoria de diferentes manifestaciones, particularmente hasta 1977. Pero en 1978 las celebraciones del 8 de marzo, el 1 de mayo y el 28 de junio fueron autorizadas por vez primera tras la dictadura.

Conviene tenerlo presente porque, como afirma la socióloga italiana Donatella della Porta, la actitud policial es un barómetro para calibrar las oportunidades políticas existentes[895]. Ahora bien, esto no quiere decir que a partir de entonces la convocatoria de manifestaciones no acabara en ocasiones en enfrentamientos con la policía. Es el caso de una concentración a favor de la despenalización del aborto, organizada por la Asamblea de Mujeres de Vizcaya en Bilbao con ocasión de la muerte de una mujer durante un aborto practicado sin los medios adecuados. Otra manifestación en contra de un juicio por aborto en Bilbao también acabó con fuertes cargas de las FOP[896].

En la España de la Transición buena parte de la población estaba sensibilizada ante la represión policial y ésta se vinculaba a la continuidad de la misma policía que durante el franquismo. Los botes de humo y los porrazos

---

[893] *El País*, 28-12-1979: «El Gobierno no legaliza a los homosexuales porque incurren en el delito de escándalo público»; y *El Correo*, 28-12-1979.

[894] Pérez-Agote, 2008: XXV.

[895] Della Porta, 1999: 103.

[896] Noticias en *Gay Hotsa*, 3 (1979); y *El País*, 21-10-1979 respectivamente.

recordaban a muchas personas lo peor de la dictadura. Y no sólo en España. También en otros países que conocieron un salto hacia la democracia prácticamente simultáneo, como en Portugal, «la revolución de los claveles de 1974 (…) supuso una estigmatización de toda represión, pues los comportamientos violentos de la dictadura pasaron a emblematizar su ilegitimidad»[897]. En la RFA, cuando la policía se propasaba también se levantaban suspicacias entre los activistas sobre la posible renazificación del país o, cuando menos, sobre su reconversión en un Estado autoritario[898]. La violencia policial era un fenómeno ante el que había que definirse, ante el que la identificación con un grupo, dada la plausibilidad de ser detenido, agredido o amenazado en el curso de una acción clectiva, podía clarificarse a través de la valoración de dicha represión como un hecho injusto[899].

Hasta aquí hemos repasado la persistencia de actitudes intolerantes y autoritarias en forma de censura de publicaciones, prohibición o represión de manifestaciones pacíficas e ilegalización de algunas organizaciones de gays y lesbianas. Pero la policía también se vio involucrada en episodios más trágicos, que derivaron en la muerte de manifestantes. Siguiendo con el ejemplo de la RFA, durante los años setenta no falleció ninguna persona como consecuencia de intervenciones de la policía ante manifestaciones. Ésta procuró legitimarse ante la opinión pública empleando tácticas más suaves que en fechas anteriores[900]. Por ello no es una mera coincidencia fatal que la policía en España provocara numerosos muertos en esa misma década[901]. Y no solamente durante la dictadura, sino también entrada la Transición. Es el caso de la joven Gladys del Estal, miembro del Colectivo Ecologista del barrio de Egia (San Sebastián), que perdió la vida a resultas del disparo de un guardia civil en el curso de una carga policial mientras se celebraba la Jornada Internacional contra la Energía Nuclear en Tudela[902].

Éste es un testimonio elocuente de algunas de las dificultades en las que todavía se movía la Transición española. Mientras en la mayoría de los países donde la convocatoria tuvo algún eco (Francia, RFA, Austria, Suiza, Italia, Bélgica, Luxemburgo, Inglaterra, Suecia, Irlanda, Dinamarca, EEUU y Japón[903]) la jornada transcurrió sin incidencias de orden público destacables, en España se produjo el citado hecho luctuoso, que decía bastante sobre la desmesura de la policía. La mencionada jornada antinuclear coincidió el mismo día con un acto impulsado por varios partidos políticos (entre

---

897 Palacios, 2009: 63.

898 Della Porta, 1999: 121.

899 Klandermans, 1988: 174.

900 Della Porta, 1995: 65 y 66. No ocurrió lo mismo en lo que concierne a las intervenciones para la detención de terroristas, que sí provocaron muertes (y fuertes críticas), en Della Porta, 1999: 118 y 119.

901 *Vid*. el informe de Landa, 2008.

902 *Hoja del Lunes*, 4-06-1979.

903 La lista en Vilanova, 1980: 179.

ellos, PNV, EE, PSE-PSOE, PCE-EPK y ORT[904]) en apoyo al proyecto de Estatuto de Autonomía en Vitoria. La comparación no es ociosa. Para HB y la extrema izquierda los actos de Vitoria, a los que asistieron en torno a 15.000 personas[905], representaban el derrotismo, mientras que los manifestantes de Tudela encarnaban la voluntad combativa de una parte de los vascos[906]. La existencia de una víctima mortal entre estos últimos contribuyó a reforzar la oposición binaria.

Una semana después que Gladys del Estal murió el travesti Vicente Vadillo, «Francis», tras el disparo, en circunstancias no aclaradas, de un policía fuera de servicio en un pub de Rentería. La repercusión social de los sucesos de Tudela fue mucho más amplia que la de los de Rentería. En este último caso hubo paros en el comercio de la localidad guipuzcoana y manifestaciones de protesta en ésta y San Sebastián que reunieron a varios miles de asistentes, pero muy lejos del número de participantes en las acciones convocadas tras la muerte de Gladys del Estal, que incluyeron tanto manifestaciones en distintas localidades, como una huelga general en Navarra y el País Vasco, barricadas y enfrentamientos con la policía y hasta la creación de una Comisión Investigadora Popular de Euskadi formada por, entre otros, representantes de organizaciones de los movimientos sociales[907].

Como hemos visto, tiempo atrás, en noviembre de 1977, la primera salida a la calle del movimiento gay en Bizkaia se produjo tras la muerte de una prostituta encarcelada en Bilbao. No es casual que las primeras salidas a la calle del movimiento gay en Bizkaia y Gipuzkoa coincidieran con esos sucesos luctuosos, donde la violencia padecida por alguien considerado parte del «nosotros» (en el caso de las prostitutas, sobre ellas pesaba, al igual que sobre los homosexuales, la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social) acentuó la emotividad y estimuló el desarrollo de protestas colectivas. En esta línea, otros ejemplos destacables serían el impacto de las noticias de mujeres que resultaban muertas al practicarse abortos caseros y la conmoción social ante distintas agresiones fruto de la violencia machista.

Asimismo, la represión a cargo del Estado es un factor importante que incide sobre los movimientos sociales de varias formas. Por un lado, la experiencia de la represión policial suele servir como poderoso elemento aglutinante para los miembros de un colectivo. Haber padecido un episodio tenso, como una carga, puede ser útil para hacer grupo y visualizar con mayor nitidez a un adversario común. Por otra parte, en más de una ocasión, ante el empleo desproporcionado de la violencia por parte de la policía las organiza-

---

904 Tamayo, 1994: 853-857.

905 *Egin*, 5-06-1979.

906 *Egin*, 3-06-1979: «HB convoca a Tudela y denuncia el Estatuto de Guernica».

907 Las protestas tras la muerte de Vicente Vadillo en *El País*, 12-06-1979; *Egin*, 13-06-1979; y *Egin*, 15-06-1979; y tras la de Gladys del Estal en *El País*, 5-06-1979; *Egin*, 5-06-1979; y *Egin*, 10-06-1979.

ciones de movimientos sociales se cargaron de argumentos para demostrar la verosimilitud de su diagnóstico de la realidad y la necesidad de sus protestas. Por lo mismo, insufla aliento para la participación en estas últimas el hecho de que las personas puedan acudir a una manifestación sabiendo que, casi con toda probabilidad, la misma no va a ser disuelta ni se corre el riesgo de resultar apaleado ni detenido.

Como se ha visto, durante los años de la Transición se sucedieron intervenciones represivas desproporcionadas. Los militantes de ETAm y su entorno civil se valieron, entre otras cosas, de estos hechos para justificar su inicio de un crudo ciclo de violencia política apoyado por ciertas capas dentro de la sociedad vasca[908]. Y es que, como afirma Tzvetan Todorov, «cuando en la lucha contra el terror «todo está permitido», el contraterrorista empieza a confundirse con el terrorista. Por lo demás, todos los terroristas del mundo creen ser contraterroristas que se limitan a replicar a un terror anterior»[909]. Veamos inmediatamente de qué manera afectó dicha violencia política a los tres movimientos sociales que aquí más interesan para, a partir del estudio de caso, extraer conclusiones que profundicen en algunas de las características de la sociedad vasca durante los «años de plomo».

Límites de la Transición «desde abajo»

Según la interpretación que hacía ETAm a principios del año 1978, las fuerzas del «Pueblo Trabajador Vasco» (la abstracción a la que consideraba el sujeto revolucionario por excelencia de Euskadi) se encontraban dispersas en una marea de oportunismos particulares. La articulación de un programa combativo compartido requeriría «modos de organización y dirección» que lo hicieran realidad. El espectro social sobre el que influir incluía desde el movimiento vecinal hasta el obrero, pasando por los partidos *ultra-abertzales*. En definitiva, «el entorno dispuesto a asumir el papel de núcleo dirigente en la extensión del programa al resto de sectores que componen el conjunto de la sociedad vasca». Es decir, al margen de sus cuestiones sectoriales, se trataba de convertirlos en heraldos de lo verdaderamente importante: la Alternativa KAS primero y luego la independencia de Euskadi[910].

Distintos autores, como Benjamín Tejerina y Francisco Llera, han señalado que rodearse de organizaciones sociales afines es fundamental para una

---

[908] Rivera, 1999: 180. Según las encuestas de Linz, 1986: 646-657, a finales de la década de los setenta la mayoría de los vascos atribuían a la extrema derecha, al Gobierno y la policía una identidad como responsables últimos de la violencia y el desorden en las provincias vascas. Recoge el dato también Micciché, 2008a: 40.

[909] Todorov, 2008: 19.

[910] Las citas proceden de la publicación de ETAm *Zutik*, 69 (1978).

organización terrorista[911]. El historiador Eduardo González Calleja profundiza en esta idea: «lograr el mayor apoyo popular posible (…) se consigue encauzando el potencial para la violencia política en *organizaciones* (partido legal o clandestino, sindicato, movimiento social) con un programa explícito de acción subversiva». Además, autores desde Lenin hasta Charles Tilly, «han considerado como factor fundamental para el establecimiento de una circunstancia revolucionaria la instalación de un contrapoder o *poder paralelo* [otra fuente o vía de legitimidad, «con su respectiva ética de "fines absolutos" y "responsabilidad"»[912]], comité, junta, soviet, etc., que dispute la legitimidad al poder establecido, transformándose a su costa en "poder de hecho" que se declara avalado por el apoyo popular»[913].

La creación de ciertas organizaciones satélites ya la hemos visto para el caso del feminismo, a través de *KAS-Emakumeak* y *Aizan!* La utilización de otras organizaciones lo iremos viendo para el caso del movimiento antinuclear. Un ejemplo puede ayudar a comprender la simbiosis que llegó a establecerse entre ciertas organizaciones de dicho movimiento y el nacionalismo vasco radical. Los Comités Antinucleares de Vizcaya apoyaron la campaña «*Amnistia orain*» (amnistía ahora) de las Gestoras pro-Amnistia, por considerar que «nosotros también hemos sido perseguidos y maltratados por las fuerzas represivas, por lo que consideramos que las luchas por la amnistía y por la demolición de Lemóniz son parte de una misma lucha por la liberación del pueblo»[914].

El último supuesto que citaba González Calleja (la puesta en marcha de un contrapoder) es palpable en ejemplos como la *Euskal Herriko Biltzarre Nazionala* (Asamblea Nacional del País Vasco), impulsada por HB en 1979[915]. A través de organismos privativos como éste, que fue una tentativa fallida de parlamento paralelo que sólo llegó a reunir en asamblea en una ocasión a cargos electos fundamentalmente ligados a HB[916], y no a través de las instituciones democráticas, se trataba de encauzar el debate de múltiples temas, como el aborto o el divorcio[917].

---

911 «La organización violenta trata de evitar la represión amparándose en la clandestinidad, lo que dificulta su relación abierta con el resto de la sociedad (…). Aparecen así organizaciones políticas y sociales que apoyan los objetivos de la organización que apoya la violencia. Mientras el núcleo militar actúa como vanguardia, el entramado de organizaciones de las que se arropa se constituye en un movimiento social que intenta incrementar el apoyo social y disminuir los costes de la contienda política», en Tejerina, 1997: 9. Véase también Llera, 1992b: 185.

912 Llera, 1992b: 189.

913 González Calleja, 1994: 62. Subrayados en el original.

914 En *Bizizaleak*, carpeta 11: «CCAA de Vizcaya: Ante la actual campaña "Amnistía orain"», [s. f.]. Esto hay que comprenderlo en conexión con que el 30% de los vascos, según los resultados de las encuestas de Linz, 1986: 658 y 659, defendía a la altura de 1979 la amnistía para los presos de ETA como una aspiración irrenunciable del pueblo vasco.

915 *Egin*, 8-03-1979.

916 Chueca, 2004: 112.

917 CDEM, caja Jornadas III/3.

Las distintas organizaciones terroristas no se inmiscuyeron en ningún momento en la cuestión gay. Este hecho tuvo que ver con dos claves. En primer lugar, por cuanto el gay no alcanzó el grado de resonancia mediática y la capacidad movilizadora de otros movimientos, por lo que levantar esa bandera no tuvo sentido como herramienta de prestigio social. En segundo lugar, por cuanto el militarismo, con toda su carga asociada de heroísmo viril, se imaginaba en las antípodas de los estereotipos que rodeaban a la homosexualidad.

ETA y el feminismo: una instrumentalización coyuntural

A diferencia de lo ocurrido con la cuestión gay, la violencia terrorista no fue ajena a algunas campañas feministas. En 1980 dos comandos de ETApm entraron en sendas salas donde se exhibían películas pornográficas y, tras disparar al techo de los locales, se manifestaron en contra de la apología de las violaciones que consideraban que se hacía en algunos filmes clasificados como «S»[918]. Esta ingenua forma de intervención violenta, que generaba un nivel de exposición de los pistoleros a la detención inversamente proporcional a los exiguos réditos políticos que la acción podía proporcionar, respondía a las pretensiones pedagógicas y moralistas del terrorismo *polimili*, que por aquel entonces trataba de desmarcarse de la estrategia de ETAm, enfrascada en la acumulación de policías muertos, a base de atentados generalmente de más baja intensidad y que pudieran servir como complemento de distintas reivindicaciones sociales. Pero la cuestión de la pornografía dividía al feminismo y solamente una pequeña parte defendía la abolición. Paradójicamente, se trataba de una solución con la que muchos obispos católicos no se hubieran sentido en desacuerdo.

También los Comandos Autónomos Anticapitalistas trataron de ligar la defensa de la «lucha armada» con el feminismo cuando realizaron un atentado en Urretxu (Gipuzkoa) contra Germán González. Este afiliado al PSE-PSOE y a la UGT fue acusado de ser confidente de la policía y asesinado el 27 de octubre de 1979, el mismo día en que el juicio por aborto contra «las once mujeres de Basauri» quedaba suspendido. Los terroristas presentaron el asesinato, entre otras cosas, como una represalia ante las FOP por actuaciones como la disolución de las personas que se manifestaban en Bilbao contra el citado juicio[919].

Para dicha organización era una ocasión de conectar su «combate antirrepresivo» con una reivindicación presente en la calle en esos momentos[920]. Las reacciones públicas en contra del atentado no se hicieron esperar, pero

---

[918] *Hautsi*, 19 (1980).

[919] *Egin*, 28-10-1979.

[920] Del grado de asunción de las reivindicaciones feministas puede dar fe el siguiente testimonio de un militante: «Los comandos autónomos no sé si asumieron o no la lucha antipatriarcal, no recuerdo ninguna acción en este sentido, lo que desde luego indica que no estaba

más que del campo del movimiento feminista organizado procedieron de otros agentes sociales. Desde la Secretaría de la Mujer del PCE-EPK se difundió una nota de prensa manifestándose enérgicamente en contra del terrorismo. En ella se denunciaba el intento de manipulación de quienes pretendían pasarse por compañeros de viaje «que nadie ha llamado y que, ni en los métodos ni en los fines, pueden pretender sumarse a la lucha feminista, lucha esencialmente pacífica, no violenta y democrática»[921].

El atentado contra Germán González o la acción en los cines de Bilbao no fueron los únicos momentos en los que el feminismo se vio tocada por la deriva de la violencia política en Euskadi. ETAm colocó una bomba en Pedernales contra el chalet del doctor Juan Antonio Usparicha[922]. Éste se había significado contra el aborto libre promoviendo la Asociación Pro Defensa de la Vida[923] y realizando declaraciones a favor de «los derechos del ser no nacido»[924]. Por lo tanto, hasta tres organizaciones terroristas (ETAm, ETApm y los Comandos Autónomos Anticapitalistas) pretendieron, a su modo, levantar la bandera feminista en alguna ocasión. Las organizaciones del movimiento feminista en el País Vasco de la Transición no se posicionaron públicamente contra la violencia política. Ni siquiera en momentos como esos, en los que las citadas organizaciones estaban erigiéndose en paladines del feminismo. Era un asunto que sólo podía generar divisiones internas y que por tanto, en la medida de lo posible, se soslayaba.

En la clausura de las III Jornadas de Mujeres Independientes, celebradas en San Sebastián en junio de 1982, el tema de la violencia política apareció nuevamente. En uno de los escritos presentados a las mismas se hacía un alegato de inspiración libertaria a favor del empleo de tácticas no violentas como la «desobediencia patriarcal», planteada como una forma de oponer resistencia frente a las imposiciones en la vida cotidiana fruto del dominio de la jerarquía de género. En otro de los comunicados, enviado desde la prisión de Yeserías por un grupo de «mujeres feministas independentistas» (probablemente en su mayoría presas de ETAm), se sostenía abiertamente que «no queremos ser esas mujeres dulces, tiernas, pacientes. Somos violentas»[925].

---

muy en el coco de la gente o, a lo mejor, no se sabía muy bien cómo incidir en este campo», recogido en Zirikatu, 1999: 93.

[921] APCE, caja 5, carpeta 7, ref. 232/79.

[922] *Egin*, 11-11-1980: «ETAm reivindica el atentado contra el chalet de Usparicha, encuadrándolo en la lucha por la liberación de la mujer».

[923] Los promotores de dicha asociación se dirigieron en un primer momento «a la clase médica de la provincia de Vizcaya, considerándola como la más afectada y comprometida en el problema que planteamos», en CDEM, caja Aborto: «Estimado compañero», enero de 1979. Luego ampliarían sus pronunciamientos a través de la prensa.

[924] *La Voz de España*, 23-10-1979.

[925] Los textos completos en AMG, Actas de las Jornadas de Mujeres Independientes (San Sebastián, 1982): «Para empezar a debatir el tema de la violencia o no violencia desde nuestro análisis del patriarcado», y «Mujeres feministas independentistas de Yeserías».

Según una noticia publicada en el diario *Egin*, el debate en torno al segundo de los escritos se terminó esquivando bajo el argumento de que las mujeres que lo habían enviado no estaban allí. Asimismo, se procedió a votar acerca del contenido de la primera comunicación, posicionándose a favor de la misma apenas una tercera parte de las 300 asistentes. Siguiendo a la misma fuente, hubo intervenciones críticas hacia esta propuesta porque, en Euskadi, una posición netamente no violenta podría ser «susceptible de manipulación y doble sentido»[926]. Es decir, podría interpretarse como una denuncia encubierta hacia la actividad de ETAm, pese a que, en cualquier caso, ni en el documento presentado a las jornadas, ni en la noticia del diario, se citaba a esta organización. ETAm se convertía, así, en una poderosa presencia invisible que generaba, incluso con su ausencia física, actitudes que iban desde el silencio hasta la reverencia. Esto es también una buena muestra de cómo la influencia de una organización terrorista puede ir mucho más allá de las consecuencias directamente derivadas de sus atentados para impactar en el tejido social y provocar efectos psicológicos en el mismo[927], en este caso, adquiriendo la forma de un debate entre latente y eludido.

De todo lo expuesto no puede derivarse que el nacionalismo vasco radical se adueñó del movimiento feminista en el País Vasco de la Transición, porque este último era amplio y plural. Pero el citado ejemplo concreto puede ayudar a esclarecer ciertas actitudes, bien de tolerancia y apoyo explícito, bien elusivas, que se produjeron hacia la violencia terrorista en el seno de algunas organizaciones del movimiento feminista en el País Vasco de la Transición y en el transcurso de eventos dinamizados por las mismas[928]. Sin embargo, otros debates polémicos, fuente de fuertes tensiones y de la aparición de posturas enfrentadas, como por ejemplo los que hemos visto sobre doble o única militancia, no se esquivaban.

Mientras que la actitud de ETAm hacia el movimiento gay fue de indiferencia, hacia el movimiento feminista estuvo caracterizada por un oportunismo puntual y esporádico. El siguiente pasaje es relevante acerca de ciertos intentos de instrumentalización del feminismo por ETAm:

> Para terminar, hay otro tema que quisiéramos tocar muy brevemente en este informe, a primeros de diciembre se han celebrado en Lejona con la

---

926 La noticia en *Egin*, 15-06-1982.

927 González Calleja, 1994: 53.

928 Pueden aportarse más ejemplos en esta dirección. Merino, 2009: 8, cita las siguientes afirmaciones (extraídas de *Combate*, 22-01-1982) realizadas por Arantza Urkaregi, miembro de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya y del EMK: «Habría que analizar cada acción en concreto. Las acciones de ETA no son en este momento lo más importante para el movimiento, las mujeres nos tenemos que plantear todo tipo de métodos. Las acciones armadas hay que analizarlas en este contexto: si fortalecen la organización de las mujeres: Las acciones de ETA no representan un problema para el movimiento feminista».

> asistencia de 2.000 mujeres por día, las Primeras Jornadas de la Mujer de Euskadi, aunque todavía no han sido dadas a conocer las Conclusiones, sabemos que no se han caracterizado por un excesivo contenido nacional y de clase, y sin embargo por lo que el feminismo tiene de revolucionario, en cuanto que no se encuentra su solución en la sociedad capitalista y en cuanto que se manifiesta como un problema de clase y por lo tanto de estructuras sociales, pensamos que es algo a no rechazar de principio. Y hay más, Euskadi es un país pequeño con una población de tres millones de habitantes, de la que aproximadamente la mitad son mujeres, si las fuerzas revolucionarias vascas no conseguimos atraerlas, con todo su potencial, a nuestro campo, habremos perdido casi la mitad de la población que a su vez habrá sido ganada por la burguesía española, y este es un lujo que no estamos en condiciones de darnos. Es pues tarea de todos defender en este terreno posturas revolucionarias»[929].

Ya se ha visto que, sin embargo, salvo en momentos muy concretos (cuando se creyó encontrar un filón para conectar con reivindicaciones presentes en las calles) ETAm no cometió ningún atentado que presuntamente sirviera para sostener campañas feministas. En la anterior cita resulta evidente el intento de instrumentalización del feminismo en beneficio de su propio prestigio como organización. Pero existen ilustrativas citas sobre el machismo existente en el seno de ETAm. Es el caso de lo relatado por Koldo Iztueta, quien fuera amigo de Dolores González Katarain, «Yoyes», dirigente de ETAm reinsertada y asesinada en 1986 por sus ex compañeros, que la acusaron de traición. Iztueta se refiere en los siguientes términos a situaciones vividas a mediados de los setenta: «el machismo no tenía límites: las mujeres eran objeto de sexo o recadistas para algunos trabajos. Vivían bajo el dominio de los hombres de la organización. Yoyes decía que no quería ser la mujer paciente que espera a su marido cuando éste se encuentra en el interior. Criticó mucho, ante mí al menos, lo que allí ocurría»[930].

También Carrie Hamilton escribe acerca de la construcción de las imágenes del hombre guerrero y de la heroína del frente de lucha doméstico en ETA, y de cómo el rol de las mujeres fue pasando en los años setenta de ese espacio doméstico a la participación en la «lucha armada». Eso sí, siempre en inferioridad numérica respecto a los varones y ejerciendo funciones de retaguardia más que integradas en comandos[931]. Así, las mujeres entraron a formar parte de todas las organizaciones del nacionalismo vasco radical, incluyendo ETA, en la que desde los años ochenta han ido suponiendo un creciente porcentaje de sus miembros[932]. Esto habría servido tanto para disociar

---

[929] En AEU. ETAm: Informe político interno, diciembre de 1977.

[930] La cita en E. Garmendia, 1987: 40; y Zulaika, 2007: 147-189. Más sobre el machismo en ETA en Andreu, Basaldua y Jubero, 1996: 27.

[931] Hamilton, 2007: 105; Casquete, 2009: 98 y 99.

[932] Llera, 1992b: 176.

militarismo de masculinidad como para cuestionar la ligazón automática que en ocasiones se ha establecido entre feminidad y pacifismo[933].

ETA y la controversia nuclear: una instrumentalización estratégica

Decir que el tema de Lemóniz fue aprovechado por el *abertzalismo* radical para hacer avanzar sus fines políticos particulares sería excesivamente unilateral. También hubo militantes y simpatizantes de ese sector que defendieron posturas antinucleares sin necesariamente subsumirlas a otras cuestiones nacionales. Pero lo cierto es que la actitud de ETAm hacia la controversia nuclear fue, como enseguida comprobaremos, de un oportunismo estratégico.

Lemóniz no era sino un pequeño pueblo situado en un rincón de la costa vizcaína. Durante los años de la Transición, prácticamente en paralelo a los mismos, se desarrolló lo más significativo del contencioso Lemóniz, el cual colocó este nombre en el centro de la agenda informativa. Lemóniz pasó de ser nada más que un municipio a convertirse en un objeto de agudas disputas entre partidarios y detractores de la infraestructura que allí se estaba levantando. Como fruto de la saturación mediática en torno al mismo tema, de su paralela insignificancia poblacional e incapacidad para generar otro tipo de noticias, Lemóniz se transformó en el pueblo de la central nuclear. Es más, en el pueblo de la única central nuclear cuya apertura era factible en el País Vasco, tras el abandono de los proyectos que Iberduero había ideado para las localidades de Ea-Ispaster y Deba. Para entonces Lemóniz era ya un objeto personalizado, sobre el que se hablaba en los siguientes términos: «ETAm solicita la demolición de Lemóniz para liberar al ingeniero José M.ª Ryan»; «Tres consejeros del Gobierno vasco ultiman hoy con el ministerio de Industria la solución de Lemóniz»; o «EE iniciará en las próximas semanas una campaña pro-referéndum sobre Lemóniz»[934].

A finales de los años setenta desde el movimiento antinuclear podía afirmarse lo siguiente: «¿Quién no ha oído hablar de Lemóniz en nuestro país? Todos asociamos este nombre con el de la central nuclear en vez de como lo que es, un municipio. Este cambio de significado se ha conseguido gracias a una constante denuncia y movilización, que en algunos casos, ha logrado reunir a cientos de miles de ciudadanos de todo Euskadi»[935]. El texto ponía el acento en varios aspectos clave. Primero, en la resignificación del concepto Lemóniz (al que también se atribuían nombres como «Lemonez» o

---

[933] Hamilton, 2007: 176 y 177.

[934] Las citas en *El País*, 31-01-1981; *El Correo*, 7-04-1981; y *Egin*, 11-11-1981, respectivamente.

[935] CDBL, caja 371, panfleto «A todo el pueblo de Euskadi», 8-03-1979.

«Locóniz»[936]) y su transformación de un hecho geográfico a un objeto de reivindicación política con capacidad de enganche social. Segundo, en el protagonismo de la movilización en el proceso de difusión y popularización de la problemática nuclear. Y tercero, en la conversión de Euskadi en el espacio geográfico donde vivía la audiencia a la que iba dirigido el mensaje antinuclear[937].

La controversia sobre la energía nuclear comenzó a mezclarse con la violencia política con particular gravedad desde principios del año 1978, cuando se produjo el fallecimiento del miembro de ETAm David Álvarez, herido días atrás, como ya hemos visto, en el curso de un asalto contra el puesto de la guardia civil de Lemóniz. Dentro del movimiento antinuclear la identidad atribuida a Iberduero como adversario (e incluso como enemigo[938]) creció exponencialmente tras esa muerte, cuando se sucedieron asaltos a las oficinas de la compañía en localidades como San Sebastián, Bilbao, Azpeitia, Durango, Basauri, Eibar, Pasaia…[939] En los primeros meses de 1978 se incrementaron los actos de sabotaje contra Iberduero, sobre todo apedreamiento y asalto de sedes en Bizkaia y Gipuzkoa. Como consecuencia de estos hechos la imagen de la empresa y sus empleados sufrió un menoscabo[940]. En ocasiones la presión llegaba hasta la misma puerta de la casa, como en Lekeitio, donde unos desconocidos depositaron ante el domicilio particular de un consejero de la empresa un cartel en el que irónicamente se le agradecía haber convertido Euskadi en un cementerio radioactivo[941].

Todos los grupos terroristas que operaban en Euskadi estuvieron involucrados de alguna forma en la controversia nuclear. Conviene hacer un re-

---

[936] El primero (que resultaba de sumar «Lemóniz» y «ez» («no» en euskera) en *Deia*, 15-07-1977; el segundo en *Egin*, 25-05-1982.

[937] De hecho, en otros lugares también se trataba de hacer hincapié en que «Lemóniz es el problema de Euskadi»; o en que «Se ventila la caída de una balanza en la que en un platillo está Lemóniz y en el otro Euskadi». En CDBL, caja 371, panfleto «Euskadi ala hil» de la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear, 20-10-1979; y CDBL, caja 371, panfleto: «Euskadi ala Lemóniz», Comités Antinucleares de la Cuenca del Deba, 1979, respectivamente.

[938] Por ejemplo en *Egin*, 18-01-1978, el partido ANV sostenía en un comunicado que Iberduero era el enemigo número uno de Euskadi. También en *Bizizaleak*, carpeta 21, hoja volandera firmada por HB, [S. F.], declarando a Iberduero «enemigo del pueblo». En la revista de los Comités Antinucleares de Gipuzkoa *Ibai*, 2 (1980), se calificaba a David Álvarez como la «primera víctima del fascismo de Iberduero».

[939] AHPG, Caja 1535, 522ª Comandancia de la Guardia Civil, San Sebastián. Resumen de actividades, 1978.

[940] De ahí que en distintas ocasiones aparecieran lemas y consignas como «Iberduero a Madrid», o «Iberduero *kanpora* [fuera]» (*Deia*, 15-07-1977); «Ibermuero» (*Egin*, 19-12-1977); «USArduero», para relacionarla con el imperialismo americano (*Egin*, 22-02-1978); «Iberduero = matadero» (*Zeruko Argia*, 29-04-1979); «Iberduero *gure etsaia* [nuestro enemigo]» (*Deia*, 27-11-1979); «Iberduero fascista» (*Egin*, 28-08-1981); o «Iberbunker», para conectarla con el franquismo (*Egin*, 28-08-1981).

[941] *Egin*, 25-02-1978.

paso general para visualizar de manera más gráfica este hecho. En primer lugar, dentro de la espiral de protesta generada tras la muerte de Gladys del Estal, los Comandos Autónomos Anticapitalistas reivindicaron la colocación de explosivos en Lemóniz[942]. Aun proclamándose partidarios de «un anticapitalismo iconoclasta», los miembros de esta organización no tenían reparos en afirmar que «nos declaramos independentistas. Somos vascos, pertenecemos a un pueblo muy diferenciado de los demás tanto cultural como étnica y lingüísticamente. Como autónomos la lucha por la independencia la asumimos como la ruptura de todo tipo de dependencia nacional, económica, ecológica…»[943]. Es decir, airear lo presuntamente iconoclasta no era sino otra bandera, otro icono más entre esa avalancha de consignas cercanas al credo del buen revolucionario nacionalista vasco.

También ETApm provocó, mediante atentados contra sedes de Iberduero, lo que el diario *Egin* tituló como una «noche de explosiones en toda Euskadi»[944]. Ya en 1981 unos efímeros Comandos Independientes de Apoyo a ETAm (KIBAETAM) reivindicaron varios atentados contra subestaciones de Iberduero en Sestao, Barakaldo y Romo (Getxo). Organizaciones como los GRAPO y el BVE también cruzaron sus trayectorias, siquiera tangencialmente, con la cuestión de Lemóniz. Otro síntoma del momento es que organizaciones fantasma tipo *Herria Lemóniz Goma-2* (El Pueblo Lemóniz Goma-2) o *Herri Autodefentsarako Komiteak* (Comités para la Autodefensa Popular) reivindicaran la comisión de sendos atentados[945]. Hablo de organizaciones fantasma porque, en medio de la convulsión y la confusión de la época, sus nombres aparecieron en un momento dado para desaparecer inmediatamente y no volverse a saber de ellos.

Ahora bien, pese a la intervención de todas las organizaciones arriba mencionadas, el protagonismo central de la espiral violenta contra la central nuclear de Lemóniz correspondió a ETAm, tanto por número de ataques como por las consecuencias de los mismos, que produjeron varios muertos y, entre ellos, tres trabajadores de la central y dos de los ingenieros jefes del proyecto. Hay que tener en cuenta que, en las fases más álgidas de su campaña contra Iberduero, el asunto de Lemóniz fue una prioridad, un eje estra-

---

942 *Egin*, 08-06-1979.

943 VVAA, 1996: 84; *Ere*, 8-11-1979.

944 Sobre los atentados de ETApm en torno a Lemóniz, *Egin*, 01-03-1978; y Giacopuzzi, 1997: 117-120 y 157. Un síntoma de la evolución de los tiempos es que, tras el asesinato de Ryan, una ETApm inserta en los inicios de su proceso de autodisolución dirigió una dura crítica contra ETAm (*Deia*, 11-02-1981).

945 Varios miembros de los GRAPO fueron juzgados por colocar una bomba contra una sede de Iberduero en Madrid, en *Deia*, 30-05-1981. El BVE amenazó de muerte a un trabajador de Lemóniz que había sido miembro del comité de empresa, en *Egin*, 14-05-1982. Sobre KIBAETAM, Domínguez, 1998: 252; y *Egin*, 08-01-1981; y sobre las citadas como «organizaciones fantasma», *Egin*, 28-02-1978; y *Egin*, 08-06-1979.

tégico que concentró los recursos militares de ETAm[946]. La campaña sólo es comparable, por su intensidad, con la que ETAm dirigió contra las FOP. El secuestro y asesinato en febrero de 1981 del ingeniero jefe de la central, José M.ª Ryan, supuso la culminación de una estrategia violenta progresivamente más intensa a cargo ETAm. Únicamente en los primeros seis meses de 1981 se produjeron hasta 60 ataques con bomba contra subestaciones eléctricas, transformadores, postes y torres de alta tensión[947]. Un año después, el siguiente ingeniero jefe de Lemóniz, Ángel Pascual, también murió por disparos de los terroristas[948].

ETAm secuestró a Ryan dando a Iberduero un imposible plazo de una semana para la demolición de las obras «bajo el control y la dirección de los organismos populares correspondientes»[949]. La apelación a la demolición no era casual. Como hemos visto, la fase final de las campañas del movimiento antinuclear se realizó bajo el lema *Lemoiz apurtu!* por contraposición al anterior y más moderado *Lemoiz gelditu*. La referencia a «los organismos populares» tampoco era una coincidencia, sino una forma de buscar legitimidad social. El atentado contra Ryan puso a todas las personas y organizaciones que formaban el movimiento antinuclear ante la tesitura de apoyar o rechazar los métodos violentos. Pues bien, desde los Comités Antinucleares, que representaban la mayor parte organizada de dicho movimiento, no se realizó ninguna crítica ni condena pública hacia éste ni hacia ningún otro atentado de ETA. Sin embargo, los mismos, un par de años atrás, sí habían creído oportuno manifestarse contra la extradición desde Francia a España de dos miembros de ETAm acusados de haber atentado contra las obras de la central nuclear de Lemóniz[950].

Merece la pena analizar la escalofriante retórica empleada por ETAm a la hora de presentar públicamente el asesinato de Ryan para mostrar, en toda su crudeza, el abismo que puede llegar a abrirse entre la «belleza» de los fines y la «fealdad» de los medios:

> una vez concluido el plazo fijado, el arrestado ha comparecido ante un consejo revolucionario el cual le ha encontrado culpable de ser coautor en grado máximo de las decisiones y ejecutorias llevadas a cabo por Iber-

---

[946] Un dato poco conocido es que años atrás, bien que en otro contexto (a comienzos de los años sesenta), la primera ETA se había posicionado a favor de la energía nuclear y de su aprovechamiento en Euskadi. Concretamente leemos en el denominado «Libro Blanco» que «interesa, por lo tanto, fomentar el descubrimiento de nuevas fuentes de energía y el aprovechamiento de la nuclear. La utilización pacífica de esta revolucionaria fuente de energía, es interesantísima por su elevado rendimiento en relación al volumen de material a importar». La cita en Hordago, 1979: 242.

[947] *El Correo*, 18-07-1981.

[948] *El País*, 6-05-1982.

[949] *Egin*, 31-01-1981.

[950] *Egin*, 11-05-1979.

duero SA en la central nuclear de Lemóniz. Por lo tanto, reo de ser ejecutado en cualquier momento a partir de esa hora[951].

El problema no reside sólo en que una vanguardia iluminada se adjudicara la potestad de autoerigirse en tribunal para imponer la pena de muerte sobre una persona. Esto no era una excepción en la Europa occidental de los años setenta, donde se reprodujeron casos concretos que presentan ciertas similitudes al que acaba de verse. No sólo en Irlanda del Norte (con el IRA Provisional), Alemania (Fracción del Ejército Rojo) e Italia (particularmente las Brigadas Rojas), organizaciones terroristas que, pese a sus diferencias, llegaron a establecer vínculos y relaciones entre algunas de ellas. También con menor intensidad en otros países como Francia[952]. La cuestión central es que mientras sucesos como los de Francia, Italia o Alemania mostraban una deriva violenta absolutamente minoritaria, en el País Vasco el respaldo social del que gozaba ETAm, unido al silencio fruto del miedo, la indiferencia o la complicidad[953], era amplio y se reproducía al nivel de las organizaciones de los movimientos sociales, allanando el camino para la legitimación, la reproducción y la continuación de la violencia política[954].

Dentro de los Comités Antinucleares había activistas que veían la actuación de ETAm con simpatía, como compañeros que utilizaban otras formas de lucha o, cuando menos, con condescendencia y tolerancia. Muchas de aquellas personas que estaban en contra de ETAm o bien abandonaron los Comités Antinucleares para centrarse en otras organizaciones diferentes

---

951 El comunicado completo en *Egin*, 7-02-1981.

952 Glucksmann, 2008: 36, expone el siguiente caso: «algunos «jueces populares», es decir, pobres aprendices ideológicos convencidos de encarnar la «vanguardia del proletariado», condenaron a muerte a un joven guineano, Moussa Fofana, por «alta traición» (1971). ¿Traición a quién? ¿Traición a qué? Este hijo de embajador, supuestamente delator, que «trabajaba para la policía», había sido declarado culpable de supuestas «provocaciones» en refugios para inmigrantes».

953 Estos complejos asuntos se han abordado ya en algunos textos. Sobre la espiral de miedo y silencio generada en la sociedad vasca por el terrorismo, *vid.,* entre otros, Reinares, 1984 y 1989; Ruiz Olabuenaga, Fernández Sobrado y Novales, 1984: 57-75; Linz, 1986: 624 y 625; Pinillos, 1988; y Domínguez, 2003. Sin embargo queda mucho trabajo por hacer, entre otras cosas en lo que concierne a las víctimas del terrorismo, una asignatura en buena medida todavía pendiente para los historiadores *(vid.,* sin embargo, la extensa obra de Alonso, Domínguez y García Rey, 2010). Un avance en esa dirección lo ha supuesto el 15º Simposio del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, celebrado en Vitoria en julio de 2009 bajo el título: «Violencia política: historia, memoria y víctimas», con aportaciones interesantes como la de Pérez Pérez, 2010.

954 Autores como Casquete, 2010; o Sánchez-Cuenca, 2010: 220, han señalado la cuestión del apoyo social como uno de los factores más importantes que explican la pervivencia de ETA, junto con otros como la proximidad de Francia, un lugar más seguro para sus activistas que España (lo que ha dado en llamarse el «santuario francés») y las extralimitaciones en la política antiterrorista, como la guerra sucia, que han dado alas al nacionalismo vasco radical para su justificación del terrorismo etarra como una forma de violencia defensiva.

(como *Petralanda* en el caso de los militantes de EE) o para pasar a engrosar las filas de los antinucleares no organizados. La intervención de ETAm acabó provocando la existencia de unas organizaciones del movimiento antinuclear llamando a la vida y sin criticar los asesinatos de ETAm en nombre de la causa de Lemóniz[955]. Unas organizaciones sumidas en una crisis ética, fruto de la entronización de las víctimas consideradas como propias y la denigración de las tenidas como ajenas.

En el segundo aniversario de la muerte de David Álvarez un portavoz de la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear afirmaba que el militante de ETAm había dejado abierto un horizonte de libertad y esperanza. Asimismo, tras el fallecimiento del miembro de ETAm Ricardo Barros al explotarle la bomba que iba a colocar en una instalación de Iberduero, los Comités Antinucleares de Euskadi firmaron una esquela en la prensa en la que aseguraban que seguirían el camino de su lucha[956]. Por el contrario, la Asamblea de Comités Antinucleares de Bizkaia, en un revelador artículo denominado «Lemóniz ayer, hoy… ¿?», se refería a «la detención de Ryan», en los siguientes términos: «nos hacen sonreír los comunicados de Iberduero que se consterna ante la vida de un «trabajador» (…). Nos hace sonreír el calificativo de «trabajador» que se prodiga hacia Ryan». Con la intención de desprestigiar a la persona, pero sin aportar prueba alguna, se añadía: «díganles a los despedidos de Lemóniz que Ryan era su compañero de trabajo cuando ha tenido que ver directamente en su despido»[957]. No se mencionaba en ningún pasaje a ETAm. Ni una sola palabra del artículo estaba dirigida a solicitar la liberación incondicional del ingeniero.

Es cierto que no podemos estudiar un movimiento social como si se tratara de un partido político. Estos últimos, al margen de las diferencias internas que surgen a la hora de interpretar la actualidad, tienen canales de funcionamiento interno establecidos para posicionarse y publicar notas de prensa de manera rápida sobre distintos aspectos que le interesen. Llegar a acuerdos a partir del funcionamiento de una estructura asamblearia suele ser más costoso y dilatado[958]. Pero aquí no se está hablando de la opinión del movimiento antinuclear, como si éste fuera un ente homogéneo y personalizado, ante los atentados de ETA, sino de la postura que algunas de las principales organizaciones que lo conformaban tomaban ante los mismos. En este sentido, es de reseñar que no fuera un Comité Antinuclear local, aislado y mi-

---

[955] Martínez López, 2004: 95; Álvarez Junco, 1994: 429. Apelaciones a «la vida» en una de las pancartas en una manifestación en Bilbao: «Por la vida y contra el terrorismo nuclear», en *Egin*, 28-04-1979; en *Bizizaleak*, carpeta 11: «CCAA: Contra la nuclearización, por la vida»; o en *Egin*, 4-02-1983: Esquela firmada por los Comités Antinucleares de Euskadi: «Por la vida, el sol, el agua y la libertad».

[956] En *Egin*, 15-01-1980; y *Egin*, 29-01-1982 respectivamente.

[957] *Egin*, 4-02-1981.

[958] Así lo señalan también Aierdi, Fernández Sobrado y Tejerina, 1995: 45, centrándose en el caso del Movimiento de Objeción de Conciencia.

núsculo, sino los Comités Antinucleares de Bizkaia en su conjunto (es decir, los de la provincia donde más fuerza tenían dichos Comités) quienes publicaron el mencionado artículo. Sin duda, en el mismo pudieron haber marcado distancias respecto a ETAm, pero no lo hicieron, mientras que frente a otros temas, instituciones, personas y partidos no les costaba mostrar un disentimiento frontal[959].

La radicalización y el estrechamiento de la base social del movimiento antinuclear organizado son dos hechos palpables. Al final, en torno a la controversia nuclear las movilizaciones más masivas no fueron las anti-Lemóniz, sino las que se produjeron en las muestras de duelo tras atentados de ETAm como el que acabó con la vida de Ryan. Las reacciones tras este asesinato en forma de huelgas, concentraciones y funerales fueron comparables con las grandes manifestaciones de la Transición y, entre ellas, la celebrada en Bilbao contra la costa vasca nuclear en julio de 1977. Diarios de todas las tendencias hablaban de marchas de decenas de miles de personas en las tres capitales de la CAV y hasta en el diario *Egin* se reconocía que había existido una «participación masiva en los funerales y entierro de José M.ª Ryan» y una incidencia media de la huelga del 70% en Álava, Gipuzkoa y Bizkaia[960].

La salida a la calle frente a asesinatos como ese topó con contramanifestaciones que pretendieron interrumpir y boicotear el transcurso pacífico de las masivas marchas. *Egin* hablaba de la «mayor manifestación que se ha registrado hasta el momento en San Sebastián». Según las cifras que aportaba el citado medio, entre 20.000 y 40.000 personas fueron contestadas por 3.000 contramanifestantes. Los disturbios desencadenados por estos últimos provocaron 70 heridos, entre ellos el ex-lehendakari del Gobierno vasco en el exilio Jesús M.ª Leizaola, al que le fracturaron la clavícula de una pedrada[961]. Aparte de la cerril intolerancia, el dogmatismo y la carencia de sensibilidad hacia las víctimas del terrorismo que traslucen los asistentes a esas contramanifestaciones, ha de repararse también en la función amedrentadora que tenía su presencia. En el fondo, lo que se estaba dilucidando detrás de este tipo de

---

[959] Del mismo modo, la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear publicó un comunicado en el que afirmaba que «estamos contra Iberduero SA, estamos contra la intransigencia, el fariseísmo e hipocresía de la empresa y compañeros de viaje. El pueblo no nos habilitó para decir otra cosa. Nosotros no nacimos para luchar contra ETA, el capitalismo o el socialismo», en *Egin*, 21-02-1981.

[960] *Egin*, 10-02-1981. Ya antes de consumarse el asesinato se desarrolló una manifestación de protesta masiva, atosigada por contramanifestantes radicales, en *Egin*, 6-02-1981: «Diez mil personas se manifestaron por la liberación del ingeniero. Se produjeron enfrentamientos entre los manifestantes y otros que exigían la libertad de los presos y la demolición de Lemóniz». En *El Correo*, 10-02-1981, se hablaba de que el 90% de la población laboral de Bizkaia había secundado la convocatoria de huelga. Se añadía que el funeral por Ryan había sido el mayor celebrado en el País Vasco hasta la fecha en conmemoración de una víctima del terrorismo.

[961] *Egin*, 10-02-1981.

actitudes era una lucha por el control y la monopolización de la calle, del espacio público.

Pocos días después del asesinato de Ryan la policía acabó con la vida del miembro de ETAm Joxe Arregi en el curso de un interrogatorio, lo que es una de las muestras más elocuentes de la persistencia de abusos y conculcaciones de los derechos humanos por parte de las fuerzas de seguridad durante la Transición. Este suceso, además de producir una fuerte indignación, volvió a cargar los argumentos «antirrepresivos» del nacionalismo vasco radical. El escritor Alfonso Sastre, próximo a dicho sector, clamaba que «quienes hicieron una jornada de huelga el otro día, háganla ahora. Quienes salieron a la calle para manifestarse por la paz, manifiéstense ahora»[962]. Los Comités Antinucleares acudieron a alguna de las protestas convocadas tras la muerte de Arregi por malos tratos en comisaría, pero se desentendieron de la huelga impulsada por los sindicatos UGT, CCOO y ELA-STV a raíz, así como por los partidos PNV, PSOE, EE y PCE, a raíz del atentado perpetrado por ETAm[963].

Según los resultados de una encuesta publicada por el profesor Francisco Llera, tras el asesinato de Ryan al menos una cuarta parte de los ciudadanos vascos sondeados encontró motivos suficientes para apoyar, justificar, disculpar o comprender la acción, siendo particularmente los votantes de HB proclives a tales posicionamientos y, en menor medida, algunos de EE. Sin embargo, tras la muerte de Arregi bajo torturas policiales casi todos los encuestados, incluyendo simpatizantes de todas las ideologías, se posicionaron nítidamente en contra[964]. Esto explica mucho sobre el éxito relativo del proceso de construcción social del enemigo dentro del nacionalismo vasco radical, que alisó el terreno para que la capa de población ligada al mismo estuviera preparada para comprender la realidad vasca en términos de un conflicto abierto entre dos bandos opuestos (aunque dichos bandos no existieran, ya que la sociedad no estaba profundamente dividida) y, como consecuencia, para metabolizar la necesidad, o cuando menos la inevitabilidad, de la violencia política que ETAm desataba en nombre de Euskadi.

Al tiempo que se producía esa reconversión de Lemóniz de tranquilo municipio costero en concepto objeto de agudas disputas políticas, la empresa promotora de las obras de la central nuclear, Iberduero, se transformó, a

---

962 *Egin*, 14-02-1981.

963 La participación de Comités Antinucleares en la manifestación de Vitoria en protesta por el asesinato de Arregi en *Egin*, 17-02-1981.

964 Llera, 1994a: 108 y 109. En *Egin*, 14-02-1981 se recogía la «unanimidad en la denuncia de las razones que han ocasionado la muerte de Jose Arregi». HASI, LAIA, CNT, EMK, LKI, EE, PCE, PSOE y PNV denunciaban el suceso. Desde UCD se proclamaba que «exigiremos toda clase de responsabilidades». Para marcar distancias, los Comités Antinucleares de Bizkaia contestaron afirmando que a los partidos y sindicatos que habían apoyado la huelga tras el asesinato de Ryan, «la muerte de Joseba Arregi les importa un pimiento», *Egin*, 15-02-1981.

ojos del *abertzalismo* radical, en el enemigo público número uno del pueblo vasco. La puesta en cuestión de las prácticas de la empresa venía de lejos, de los inicios del movimiento antinuclear. Iberduero contestó publicando, entre otras cosas, textos propagandísticos en los que defendía que sin energía no había progreso, que la puesta en funcionamiento de Lemóniz era beneficiosa para los intereses generales del país, que las alternativas energéticas no eran rentables ni realizables a corto plazo y que había centrales nucleares por todo el mundo, muchas de ellas cerca de núcleos urbanos[965]. Los argumentos de los radicales nacionalistas señalaron las concomitancias entre los altos cargos directivos y los miembros de las familias de la «oligarquía» vasca[966], señalándoles, además, como copartícipes de los beneficios de pescar en el río revuelto del franquismo.

Lemóniz sería una imposición «de Madrid», llevada adelante por una burguesía vasca sin escrúpulos hacia su propio país y con el apoyo de la dictadura. Oligarquía, dictadura y centralismo. Agitando esos fantasmas se tocaban los resortes sentimentales que movían a los afectos a la liberación social y nacional de Euskadi[967]. Para el nacionalismo vasco radical Lemóniz pasó a emblematizar todo contra lo que había que luchar. En palabras de Mario Onaindia, «una vez conquistada la amnistía en octubre de 1977, Lemóniz aparecía como el posible sustituto de Franco: un objeto concreto de enorme valor simbólico pendiendo como espada de Damocles sobre los vascos». El asunto de Lemóniz como motor movilizador que tomó el relevo a una lucha pro-amnistía mermada tras octubre de 1977 aparece también en textos de apologistas del nacionalismo vasco radical y de la extrema izquierda[968].

Durante unos años, particularmente entre 1978 y 1982, el asunto antinuclear, o más propiamente dicho, anti-Lemóniz, fue uno de los pilares maestros que abasteció de argumentos y alimentó de prácticas movilizadoras a la llamada izquierda *abertzale*. Pero desde esa última fecha, con las obras de la central paralizadas (lo que ETAm interpretó como una victoria particular), ese filón político y emocional estaba amortizado. Otros temas llenaron la agenda política del nacionalismo vasco radical. Unos eran constantes de esa comunidad, como la reclamación de amnistía para los presos de ETA. Y otros eran nuevos, como el rechazo al proyecto de construcción de una autovía entre Gipuzkoa y Navarra. Lemóniz volvió periódicamente a la actualidad en los aniversarios de las muertes producidas y en diferentes textos

---

965 Iberduero, 1981.

966 *Bizizaleak*, carpeta 21: «HASI informa», [s. f.]. Sobre una cierta difusión de esa simbología en forma de guadañas, calaveras, lápidas sobre mapas de Euskadi, capitalistas con puro y sombrero de copa que representaban a Iberduero, etc., *vid*. Pagazaurtundua, 2004: 66.

967 Un ejemplo en el panfleto de KAS: «¿Quiénes son las industrias eléctricas?», ¿1981?, en *Bizizaleak*, carpeta 11.

968 La cita en Onaindia, 1994: 46, más en I. Casanova, 2007: 225, *Zutik!*, 209 (16-10-1980).

militantes que recordaban los presuntos beneficios del apoyo de la «lucha armada» a las «luchas populares», por ejemplo, a cuenta de nuevos proyectos como la autovía de Leizarán o el Tren de Alta Velocidad[969].

Los nuevos movimientos sociales y ETA: entre el silencio y la conformidad

Entre los activistas de los nuevos movimientos sociales de la Transición hubo visiones contrapuestas sobre ETA, desde quienes se oponían frontalmente a sus prácticas hasta quienes la veían con distintos grados de simpatía, pasando por quienes estaban dispuestos a defender a capa y espada a dicha organización por creer, por ejemplo, que se oponía al monopolio del ejercicio de la violencia por parte de un Estado represor, o que su intervención era una garantía de que sería más difícil poner en marcha la central nuclear de Lemóniz. Para una parte de los congregados en manifestaciones multitudinarias como la que hemos visto páginas atrás, en las campas de la Troka, el 12 de marzo de 1978, la solución parecía clara. Pasaba por volver la mirada a la tutela terrorista (una constante de estos años, que demuestra las carencias democráticas de un segmento de la sociedad vasca durante la Transición) y corear el lema «ETA, Lemóniz Goma-2». La distancia que medió entre el dicho y el hecho fue, en este caso, de menos de una semana. El 17 de marzo de 1978 un comando de ETAm consiguió introducir una bomba en las instalaciones de la central nuclear con la complicidad de un colaborador (José Antonio Torre Altonaga, *Medius*) que trabajaba en ellas. Como resultado de la explosión dos trabajadores perdieron la vida[970].

Entre el poder del Estado y el contrapoder de ETAm, activistas de los movimientos sociales, al igual que una parte no desdeñable de la sociedad vasca en general, interpretaron que el primer enemigo a batir era el franquismo y lo que se consideraba que eran sus epígonos. Pero luego no vieron tan clara la necesidad de desmarcarse de los medios terroristas, de lo que era una radical contradicción entre la persecución de unos fines retóricos de libe-

[969] El ex dirigente de ETAm Eugenio Etxebeste, 1994: 40, afirmó que Lemóniz fue paralizado gracias al «recurso extremo de la violencia contestataria». Joselu Cereceda, dirigente *abertzale*, valoraba de forma muy optimista que «el triunfo sobre el contencioso Lemoiz Euskadi, no es sino el brillante prolegómeno del triunfo del Movimiento Vasco de Liberación Nacional», en *Egin*, 6-04-1984. Mujika, 2004: 118, insistía en la misma línea triunfalista: «herri borrokak eta borroka armatuak, Euskal Herria, zentral nuklearrik gabeko herria izatea lortu dute» [la lucha popular y la lucha armada han logrado que Euskal Herria sea un pueblo sin centrales nucleares]. Más recientemente, en un comunicado de ETA publicado en *Gara*, 5-01-2008, se repetía la misma idea al hilo de la campaña contra el Tren de Alta Velocidad.

[970] El lema, coreado «con insistencia», en *Hoja del Lunes*, 13-03-1978; y *El País*, 14-03-1978; el atentado en toda la prensa, como *La Gaceta del Norte*, 18-03-1978, que titulaba, apelando a la responsabilidad de los manifestantes, «ETA-Lemóniz-Goma 2». El relato sobre la responsabilidad de Torre Altonaga en Alonso, Domínguez y García Rey, 2010: 104 y 105. La noticia del juicio contra *Medius* en *Egin*, 2-04-1981.

ración (social, nacional) y la utilización de métodos contrarios a la libertad y al derecho a la vida de las personas.

El mapa del sufrimiento provocado por la violencia política en el País Vasco de la Transición fue extenso y recorrerlo siempre será un ejercicio necesariamente inacabado[971]. A finales de los setenta y comienzos de los ochenta, el País Vasco era uno de los lugares de Europa en el que más organizaciones terroristas existían prácticamente al mismo tiempo (ETAm, ETApm, Comandos Autónomos Anticapitalistas, *Iraultza* —Revolución—, KIBAETAM, BVE)[972]. En el viejo continente solamente los *Troubles* norirlandeses superaron al caso vasco en cuanto a número de víctimas mortales. La cantidad de atentados y asesinatos perpetrados por ETAm multiplicó los realizados por otros grupos terroristas en Euskadi. Los terroristas buscaron legitimación desde un supuesto propósito de servir de apoyo a las «luchas populares». Como resultado de esa apuesta la violencia política impactó en el ámbito de lo social y lo cotidiano. Muchas veces las organizaciones de los movimientos sociales no pudieron, o no quisieron, sustraerse a su espiral fagocitadora de energías[973].

Desde el nacionalismo vasco radical se hallaba justificación para la violencia política de ETAm y para la consideración de que en Euskadi no había democracia en la persistencia de abusos por parte de las fuerzas policiales o las torturas, incomunicación, malos tratos, cargas policiales y detenciones arbitrarias. Así, se detectaban atropellos concretos cometidos contra los colectivos que, en parte, pretendían representar o monopolizar: violaciones contra mujeres, arresto de activistas antinucleares. Todo lo anteriormente expuesto sirvió para acrecentar la identidad de resistencia de la comunidad nacionalista vasca radical[974], el alineamiento con el discurso de la necesidad de independencia política, la «lucha antirrepresiva» y la cohesión intra filas. Incluso desde dentro de algunas organizaciones de los movimientos sociales (y no sólo desde ETAm, HB o KAS) se llegaron a hacer «ideologizaciones de la violencia»[975] que, mediante gráficas simplificaciones, explicaban la cuestión de la existencia de ETAm. Así, portavoces de la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear llegaron a afirmar que «pacificar Euskadi también exige paralizar Lemóniz», o que «la violencia es consecuencia del terrorismo institucional»[976].

---

[971] Ormazabal, 2003: 9.

[972] Giacopuzzi, 1997: 253.

[973] Domínguez, 1998: 352; y más en esa línea en G. Morán, 2003: 463.

[974] El nacionalismo vasco radical como «comunidad» en, entre otros autores, Casquete, 2009.

[975] «Las ideologizaciones de la violencia se hallan presentes en movimientos, corrientes o partidos políticos (…). Tales ideologizaciones presentan un doble destino: *prescribir un uso político de la violencia y justificar* tal uso», en Aróstegui, 1994: 40. Subrayado en el original.

[976] La primera cita en *Egin*, 28-10-1978; la segunda en *Askatasuna*, 1-03-1980.

Los «años de plomo» marcaron el punto álgido de ETAm como presencia operativa potente. Al mismo tiempo, consolidaron en las primeras elecciones autonómicas a su brazo electoral, HB, como la segunda fuerza de la CAV en cuanto a porcentaje de votos y número de escaños, únicamente por detrás del PNV[977]. Todo ello hay que comprenderlo en conexión con el complejo cóctel de problemas que acompañó al transcurso de la Transición en Euskadi: la fragilidad de las instituciones, lejos de ser aceptadas unánimemente por los vascos, y la crudeza e intensificación de la violencia política, con la que sintonizaba una minoría significativa de los mismos. En este panorama nos encontramos con la ambigüedad de las organizaciones de los movimientos sociales. De éstas no salieron críticas públicas y colectivas hacia los atentados, ni siquiera en aquellas ocasiones en las que ETAm estaba actuando en nombre de causas presentadas como «populares», un papel pasivo e incluso, en ocasiones, instintivamente conservador hacia el terrorismo.

Dentro de las organizaciones de los nuevos movimientos sociales (hablando siempre y únicamente de las que aquí se estudian) se produjeron posturas contrapuestas y desmarques respecto a la violencia política de ETA. Así pues, no se trata de barrer aquí, de un plumazo, todo atisbo de diferencias, todo debate interno, toda disidencia frente a ETA dentro de los nuevos movimientos sociales (como si éstos hubiesen tenido una sola voz pro-etarra). Pero ni a través de la lectura de la prensa y la documentación, ni mediante la información que me han proporcionado las entrevistas que he realizado, he podido localizar ningún pronunciamiento público, explícito y colectivo de rechazo de ETA a cargo de dichas organizaciones en el País Vasco. Y, como afirma Tony Judt: «hablar habría significado elegir»[978].

Más allá de la constatación, a partir de este hecho se pueden extraer importantes consecuencias para comprender ciertos límites de la democratización en el País Vasco de la Transición. Todo asesinato choca radicalmente contra cualquier principio de convivencia[979]. Páginas atrás señalaba que los contextos de democratización, con todo lo que implican a la hora de facilitar que más personas participen en la resolución de conflictos en el espacio público, suelen estimular la proliferación de acciones colectivas[980]. La misma relevancia que desde los movimientos sociales se otorga a la participación ciudadana en la decisión de las políticas públicas se enfrenta al predominio oligárquico[981].

---

977 Llera, 1994a: 21; de Pablo y Mees, 2005: 400.

978 Judt, 2008b: 376.

979 «La actividad terrorista de ETA colisiona frontalmente con el código moral de una sociedad liberal y, en consecuencia, constituye una fuente manifiesta de injusticia» (Casquete, 2009: 15 y 16).

980 Cruz, 2008: 44; Tilly y Wood, 2009: 137-139.

981 Tilly y Wood, 2009: 13.

Ahora bien, inmediatamente hay que matizar que los movimientos sociales no promueven siempre y necesariamente la democracia[982]. Según la lectura de Charles Tilly en la que aquí me apoyo, los movimientos sociales fomentan procesos de democratización cuando incrementan la cantidad de participantes en el espacio público, igualan el peso de esos participantes (unos no son más importantes que otros), levantan barreras frente a desigualdades e integran redes previamente fragmentadas en las políticas públicas. Por el contrario, los movimientos sociales favorecen la des-democratización cuando limitan la cantidad de participantes en las políticas públicas, incrementan las desigualdades entre dichos participantes, trasladan más claramente las existentes desigualdades o aíslan a las redes sociales de las políticas públicas[983].

De modo que si hemos de seguir la afirmación de que los nuevos movimientos sociales de los setenta fomentan, sin excepciones, una democracia más radical, el modelo simplemente nos explota entre las manos si lo volcamos sobre la realidad vasca durante la Transición. Aquí hubo organizaciones sociales que lo que trajeron debajo del brazo fue el silencio o la justificación ante las prácticas de ETA (arrancar la vida y sembrar el terror), es decir, justamente lo opuesto a una profundización democrática[984].

Estudiar la actitud de la población y de las organizaciones de la sociedad civil hacia la violencia política es un elemento clave. No es lo mismo que los violentos fueran un puñado de individuos sin conexiones sociales[985] que, por el contrario, consiguieran formar redes de apoyo densas que suministraron infraestructuras y dieron argumentos para apoyar el empleo de la «lucha armada». En este sentido hay que decir que, según las encuestas del sociólogo Juan José Linz, casi la mitad de la población vasca entre 1977 y 1980 rehusaba expresar «una opinión negativa» ante ETA[986], si bien durante la Transición fueron surgiendo las primeras manifestaciones por la paz y contra el terrorismo.

---

[982] En ocasiones los movimientos sociales se han impulsado bajo reivindicaciones como la exclusión de minorías étnicas o raciales. Un ejemplo contundente sería el del nacionalsocialismo alemán, en Tilly y Wood, 2009: 125.

[983] Tilly y Wood, 2009: 139 y ss.

[984] Así pues, aquí discrepo de Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1996 y 1998, cuando sostienen que movimientos sociales como el ecologista (dentro del cual comprenden al antinuclear) siempre han favorecido, en el País Vasco, determinados procesos de democratización. Para ello se basan en factores como la consecución de más pluralismo en la toma de decisiones, más capacidad comunicativa para marcar en corto al poder político y «sólo con deducciones, sin posibilidad de prueba empírica, podemos presumir que tal *intensificación en los valores democráticos* [entre los que señalan la soberanía, autodeterminación, decisión popular, diálogo, tolerancia, respeto a las minorías] se ha producido en Euskadi», en Bárcena, Ibarra y Zubiaga, 1998: 65. Es básicamente a la luz del material empírico como aquí se ha expuesto que desde organizaciones del movimiento antinuclear, como los Comités Antinucleares, se hizo flaco favor a los valores arriba indicados, por ejemplo ante sucesos como el secuestro y asesinato de Ryan.

[985] Glucksmann, 2008: 28, lo señala para el caso de los pocos terroristas que, en la Francia de la resaca post-68, decidieron que hablara la pólvora.

[986] Los datos proceden de Linz, 1986: 629, la cita literal es de Reinares, 1989: 634.

Como afirma Benjamín Tejerina, «el resultado de la estrategia de la violencia política depende, sobre todo, de la capacidad de concienciación y movilización de la sociedad civil. La sociedad civil puede movilizarse a favor de la violencia o exteriorizar su falta de legitimación y de apoyo social»[987]. En este sentido, una parte de la sociedad vasca, ya desde los años de la Transición, había mostrado pública y colectivamente su rechazo al terrorismo. Entre otras manifestaciones hay que mencionar la primera masiva, que tuvo lugar en octubre de 1978 en Bilbao «Por una Euskadi libre y en paz», convocada por el PNV (no sin ciertas disensiones internas, pese a que en el lema no se citaba explícitamente a ETA[988]), apoyada por distintos partidos y sindicatos, e inmediatamente contestada por HB con la organización de una marcha paralela en honor de los «*gudaris* [combatientes nacionalistas vascos] de ayer y hoy»[989]. Otro hito importante en esta dinámica de contestación ante el terrorismo fue precisamente la masiva respuesta contra del asesinato del ingeniero Ryan[990].

Todo lo aquí expuesto habla de algunas de las graves dificultades y de los límites en los que se movió la Transición en el País Vasco, pero también adelanta la existencia de ciertos elementos para la esperanza, particularmente por lo que respecta a una creciente deslegitimación a nivel social del terrorismo como instrumento para alcanzar objetivos políticos. Si la historia de ETAm ha sido la de un prolongado fracaso político (aparte de ético) se ha debido a que su brazo electoral, HB, ha contado con un núcleo persistente y notable, pero minoritario, de apoyos (no más del 20% de los votantes), y a que la mayoría de los vascos no ha secundado sus métodos terroristas ni sus fines maximalistas.

Nuevos movimientos sociales en desarrollo

Gracias, entre otras cosas, a las diferentes transformaciones legales que hemos visto, España se incorporó al tren de los países de Europa occidental con democracias liberales. Dichos cambios se produjeron en el plazo de pocos años tras la muerte de Franco. La homosexualidad se despenalizó en Gran Bretaña (1967), RFA (1969) o Noruega (1973) pocos años antes que en España[991]. Además, esa despenalización no implicaba directamente el final de una extendida homofobia. Algunos de los homosexuales españoles

---

[987] Tejerina, 1997: 9.

[988] De Pablo y Mees, 2005: 379; Tamayo, 1994: 620 y 621.

[989] Es decir, se fundían en una misma fragua los *gudaris* de la Guerra Civil (ayer) y los de ETAm (hoy). Más en Zubero, 1998: 116; Chueca, 2004: 106; y Fernández Soldevilla, 2007: 834.

[990] Llera, 1992a: 95; Tejerina, 1997: 31.

[991] Eley, 2003: 468.

que viajaron durante los años setenta al extranjero con la intención de encontrar un ambiente menos hostil se encontraron con que la Europa occidental y democrática no era el soñado paraíso de permisividad[992].

Los debates sobre el aborto estuvieron candentes en Italia, Francia o la RFA a finales de la década de los setenta, cuando España se democratizaba, con influyentes sectores anti-abortistas o «pro-vida» (desde la Iglesia católica hasta contramovimientos sociales, pasando por partidos conservadores, democristianos y de extrema derecha[993]). Desde luego el monopolio de la movilización no lo ejercía la izquierda ni los movimientos sociales ligados a ella. En esos países se habían promulgado leyes de plazos para el aborto. Mientras tanto, en otros países como Portugal o Irlanda el aborto ni siquiera estaba despenalizado y se practicaba en unas condiciones similares a las que padecían las españolas[994].

Así pues, pese a que en la década de 1970 España partía en una posición de desventaja en cuanto a ciertos derechos sociales frente a países de su entorno, pronto dejó de ser diferente a Europa en los aspectos arriba reseñados[995]. Todo eso quedaba recogido en decenas de recortes de prensa de la época. Si la década de los sesenta fue la de la conquista de los derechos civiles de las minorías, con el ejemplo destacado de lo ocurrido con la población negra en los Estados Unidos, la de los setenta conocería la irrupción de la crítica feminista, antinuclear y gay de una forma masiva y en multitud de países. Por eso, respecto a estas cuestiones no parece haber un retraso histórico espectacular ni una reseñable excepcionalidad española. La persistencia de una dictadura hasta mediados de los setenta no condicionó que el desarrollo de esos asuntos fuese mucho más tardío que en otros países occidentales[996].

---

[992] Herrero Brasas, 2003: 68.

[993] Ejemplos en *El País*, 12-07-1978: «Dificultades en Italia para poner en práctica la ley del aborto. Crecen la presión de la Iglesia y el número de objetores»; *El País*, 24-04-1979: «La Iglesia y los gaullistas franceses quieren revocar la ley del aborto a los cinco años de su promulgación»; y *El País*, 26-09-1979: «Oposición de los obispos católicos a la actual ley [del aborto] alemana».

[994] *Egin*, 23-05-1981. El divorcio se aprobó en Reino Unido en 1969, Holanda en 1971, Suecia en 1973 (Sabio y Sartorius, 2007: 49) e Irlanda en 1995 (Fusi, 2006: 130).

[995] Fusi y Carr, 1979: 125, citan una encuesta de 1977 según la cual «los adolescentes españoles están tan «avanzados» como los de cualquier otro país de Europa en cuanto a ciertos asuntos como el aborto, el divorcio y la contracepción». Santos Juliá, 1994: 188, va más lejos, a mi juicio de forma atinada, cuando concluye que «legitimidad de la democracia, satisfacción relativa por su funcionamiento, ubicación en el centro político, preferencia por las reformas antes que por la revolución, desinterés por la política o, en general, por los asuntos de gobierno es la mezcla de valores que constituyen la cultura política de las democracias de nuestro tiempo. No es muy excitante, pero eso es todo lo que hay y en eso, como en tantas otras cosas, España también dejó de ser diferente desde los años sesenta».

[996] Como afirman Molinero e Ysàs, 2008a: 1, «hasta 1945 la trayectoria histórica española coincide básicamente con las sociedades europeas occidentales, y después de 1977 también; la excepción sólo corresponde al Franquismo».

La construcción de Lemóniz tampoco era, en absoluto, una excepción. Cuando en 1979 se celebró una Jornada Internacional de Acción contra la Energía Nuclear la mera convocatoria ya indicaba que las cuestiones que servían de motivo para la protesta estaban presentes en muy diferentes países[997]. En cuanto al contexto internacional, no es lo mismo el optimismo nuclear de los años sesenta que la situación a finales de los setenta y principios de los ochenta. Para entonces varios países estaban revisando sus planes de nuclearización. Entre ellos estaban EEUU a raíz del accidente de Harrisburg y Austria gracias a un referéndum que demostró la oposición de la mayor parte de la ciudadanía a la puesta en marcha de una central en Zwentendorf[998]. Al igual que esta última, Lemóniz se construyó pero nunca llegó a entrar en funcionamiento, pero en el caso vasco no puede atribuirse la autoría de la paralización con tanta claridad como en el austríaco. Lo que sí puede afirmarse es que lo sucedido en torno a la controversia sobre la energía nuclear en Euskadi es una buena muestra de la capacidad desmovilizadora de la deriva armada[999]. Esta deriva tampoco fue algo inédito en el contexto europeo de los años setenta y principios de los ochenta[1000].

A principios de los ochenta estaba tocando a su fin un ciclo de protestas que estuvo ligado, en el caso concreto español, al contexto transicional entre la dictadura franquista y la democracia parlamentaria[1001]. Esa pérdida de protagonismo de la movilización social vino a coincidir con la puesta en marcha de las instituciones democráticas. El elemento clave para comprender en profundidad lo que produjo el descenso (no la desaparición) de la movilización en claves feminista y gay (que tampoco fue un reflujo del feminismo o de la cuestión gay, porque éstas estaban pasando a introducirse en muy diversas esferas, como la educación y la investigación a todos los niveles, las institu-

---

997 *Egin,* 28-03-1978 y 31-03-1978.

998 *Egin*, 5-11-1978.

999 Viene al caso recordar las reflexiones del sociólogo Víctor Urrutia, para quien «lo que está pervirtiendo este tejido asociativo es la violencia». Con el terrorismo de ETA «comienza una desarticulación de esa sociedad civil [reconstruida a partir de los años sesenta y setenta en movimientos como el vecinal, el antinuclear, y organizaciones como la HOAC o la JOC]», Urrutia en Jáuregui *et al.,* 2001b: 165.

1000 Por ejemplo en Italia la irrupción de la violencia revolucionaria fue un factor que contribuyó a dividir a los movimientos sociales, Giachetti, 2006: 258; Croquet en Maio *et al.,* 2007: 142; y Giachetti en Maio *et al.,* 2007: 144-155.

1001 Lo que, expresado con otras palabras, no dejaba de reconocerse desde las propias organizaciones de los movimientos sociales. En 1981 miembros de EHGAM percibían un descenso de la militancia en todo el «movimiento popular (…). El movimiento gay no podía ser una excepción; se nota un amplio bajón ya no solo en Euskadi, sino en el resto del Estado español», en *Zer Egin?*, 119 (1981). Por su parte, un militante antinuclear afirmaba que «no podemos perder de vista la situación general de alarmante desmovilización en todos los campos. Esa situación general afecta como no podía ser de otra forma a los CCAA, que atraviesan por una etapa de pérdida de empuje», en CDHC, Antinucleares: panfletos, folletos y otra documentación, caja 76: «Consideraciones en torno a los CCAA», 20-07-1981.

ciones públicas, el mundo profesional…[1002]) es lo mismo que produjo un paralelo reflujo de otros movimientos sociales como el obrero (con, entre otras cosas, el decaimiento de la actividad huelguística y las bajas tasas de sindicación de los años ochenta[1003]), el vecinal (tras las elecciones municipales de 1979) o el estudiantil: el ansiado final de la dictadura, la materialización de algunas de las demandas fundamentales y la creación de cauces democráticos para canalizar el descontento y las reivindicaciones[1004].

La democracia española, a comienzos de la década de 1980, estaba ya preparada tanto para poner en marcha el autogobierno vasco como para superar la espiral terrorista de ETAm (permanente a lo largo de todos estos años), el fracasado golpe de Estado de febrero de 1981 (que demostraba la subordinación de la mayoría de los militares a las leyes civiles y el fracaso político de la estrategia desestabilizadora de ETAm) y la alternancia en el Gobierno central a finales de 1982 entre la UCD y el PSOE. La victoria por mayoría absoluta en las elecciones de octubre de 1982 de un PSOE renovado y alejado del marxismo trajo expectativas para materializar nuevas transformaciones concretas[1005]. Y efectivamente se produjeron cambios como la legalización de diversas organizaciones del movimiento gay (1983)[1006], el decreto de una moratoria nuclear (1984)[1007], la puesta en marcha del Instituto de la Mujer dentro del denominado feminismo institucional o de Estado (1983)[1008], o la aprobación de una Ley del Aborto (1985) que lo despenalizaba bajo tres supuestos: violación, malformación del feto y peligro físico o psicológico para la madre[1009].

Con el tiempo se descubrirían las limitaciones y las decepciones que causó entre una parte de las organizaciones de los movimientos sociales y

---

[1002] Lo señala para el feminismo, por ejemplo, Temma Kaplan en Díaz Freire, 2000: 555-558. En el punto concreto de la universidad, desde la primera asignatura impartida en España sobre la historia social de la mujer en la Universidad de Barcelona (1974), en Nash, 1991: 139, puede citarse por lo que respecta a los años de la Transición, sin ánimo de exhaustividad, en *Egin*, 20-07-1978, noticia de un curso de verano en Pamplona; o en *El País*, 15-07-1980, noticia de otro curso de verano en Santander con Empar Pineda, Genoveva Rojo, Amparo Cardaño, Nuria Casals, Eli Alba… Para el caso concreto de la institucionalización de una parte del activismo gay, *vid*. Calvo, 2003: 216.

[1003] Álvarez Junco, 1994: 33; Soto Carmona, 1996: 398; Redero, 2008b: 141.

[1004] Pérez Ledesma, 2003: 24; y 2006: 151; Molinero e Ysàs, 2008b: 40.

[1005] Sobre el PSOE inmerso en una transición particular además de en la transición política española, *vid*. Share, 1985: 82-99; y a partir de él Mateos, 1997: 147. Este último dice, además, que es «una afirmación que resultaba extensible al conjunto de la izquierda o, incluso, de la mayor parte de la oposición antifranquista».

[1006] *El País*, 28-02-1983: «El movimiento de liberación homosexual del País Vasco, legalizado por Interior».

[1007] *El País*, 29-03-1984: «El primer PEN socialista prevé la paralización de las obras en cinco proyectos nucleares».

[1008] Aierdi y Fernández Sobrado, 1997: 191; Mendizabal y Ortiz de Pinedo, 1995: 71; Folguera, 1988: 127.

[1009] Pastor, 1998: 76 y 77.

de la ciudadanía en general el alcance y las dimensiones reales del célebre «cambio» socialista. Entre los aspectos más contestados, también en la calle, cabe destacarse la entrada de España en la OTAN, la flexibilización del despido, una Ley del Aborto calificada como incompleta, la persistencia de una Iglesia católica privilegiada por el Estado o la ideología de la modernización económica[1010]. Pero esta ya es otra etapa y otra historia. Para entonces incluso algunos de los viejos activistas de los años setenta estaban integrados trabajando como funcionarios en la Administración pública o se habían alejado, por diferentes motivos, de la participación en las acciones colectivas de la época de la Transición democrática, que ya había quedado atrás.

[1010] Cruz, 2008: 58-61; y Marín Arce, 2008: 46, quien apunta algunos de esos elementos y señala que durante los primeros años de gobierno socialista la oposición más contundente provino más de la izquierda y los sindicatos que de la derecha.

Conclusiones

Teniendo en cuenta los senderos que hemos ido recorriendo a lo largo de todo este libro, se proponen ahora una serie de conclusiones. En primer lugar expongo aquellas que tienen que ver, principalmente, con las claves generales de la época de la Transición en el País Vasco y España. A continuación formulo las que hacen referencia a aspectos concretos de los nuevos movimientos sociales de la década de 1970. Finalmente, planteo las relacionadas con ciertas características de la sociedad vasca durante los «años de plomo» desde el punto de vista del impacto del terrorismo.

I

La Transición no fue un mero pacto entre elites negociado desde arriba con la connivencia de una población desmovilizada que habría sancionado el rumbo del proceso, cuando fue preciso, con el voto. Hay lecturas que van lejos en su afán por reducir la relevancia de los españoles, como si votar y permanecer apáticos el resto del tiempo habría sido prácticamente su único papel. Reducir la Transición a este esquema es simplificar demasiado el problema. No sólo es que el final del franquismo (como si éste hubiera sobrevenido espontáneamente, caído del cielo) abrió una nueva etapa para los movimientos sociales, sino que algunos de éstos, especialmente el obrero y el estudiantil en lugares como Madrid, Cataluña o el País Vasco, fueron activos fundamentales en la desestabilización del régimen dictatorial durante la última etapa del mismo y en el condicionamiento de la acción de los primeros gobiernos de la Monarquía.

El contexto en el que se inscribieron estos procesos no fue perfectamente armónico. Fue una etapa agitada por fuertes violencias, durante la cual existió incertidumbre acerca del rumbo y de la meta final. Sucesos como los de Vitoria o Montejurra en 1976, los centenares de atentados obra de las dos ra-

mas de ETA, los Comandos Autónomos Anticapitalistas u organizaciones de extrema derecha, el «ruido de sables» en los cuarteles… El panorama concreto que se atisba para el caso del País Vasco es particularmente complejo. Está caracterizado por múltiples y cruzadas fricciones, que impugnan la visión de una transición política impoluta y pacífica. Cabe ubicar esas características, especialmente, en torno a la persistencia y relevancia del terrorismo, que se hizo presente de forma abrumadora mediante una espiral creciente durante estos años, los llamados, con acierto, «años de plomo». El terrorismo ha impreso a la historia reciente del País Vasco unas dinámicas de miedo y sufrimiento y unas fracturas sociales difíciles de cuantificar. En este contexto, ETAm encarnó la expresión más mortífera de una versión del nacionalismo violenta y excluyente.

La Transición no fue sólo un escenario de recambio institucional. Fue un proceso fundamentalmente político, sacudido por fuertes dinámicas sociales y culturales. Hubo una transición de una dictadura a una democracia, un paso de un «Caudillo por la gracia de Dios» a una monarquía parlamentaria y un salto de un régimen centralista a un Estado de las autonomías. Pero hubo mucho más. Al hilo de esa Transición multifacética nos hemos encontrado un complejo mosaico de puestas al día, entre las que puede mencionarse desde una EE en tránsito del nacionalismo radical al heterodoxo, cívico e integrador, pasando por la transición política y *personal* llevada a cabo por feministas y gays.

II

La formación del movimiento antinuclear no respondió a un replanteamiento profundo de aspectos íntimos del individuo. Sin embargo, los integrantes de los movimientos gay y feminista enfocaron desde un inicio sus prioridades hacia una politización de lo personal en temas como el aborto, el divorcio y la despenalización de la homosexualidad. Así, en su intento por desenmascarar y deshacer dos fuentes de discriminación ligadas al género y la orientación sexual, gays y feministas, en unos casos, promovieron recursos concretos (centros de planificación familiar, teléfonos de atención, guarderías, locales de encuentro, dinámica de grupos…) en un momento en el que las autoridades no proveían estos servicios y, otras veces, impulsaron que las instituciones se hicieran cargo de dichos recursos. Otra diferencia significativa entre los tres movimientos a estudio fue su desigual capacidad para congregar en acciones colectivas a activistas y simpatizantes. En este aspecto el gay siempre fue por detrás de los otros dos movimientos. Explicar el núcleo cultural de esa diferente aceptación, a partir de la persistencia de una extendida homofobia, ha sido uno de los objetivos del libro.

Los movimientos sociales aquí analizados también contaron con unas características en común, como la simultaneidad en su surgimiento, la vocación

transformadora desde abajo de sus activistas, su adscripción al terreno de la izquierda desde una autodefinición antijerárquica y su forma de organizarse sin estar integrados en el sistema bajo los cauces convencionalmente establecidos de participación política. Incluso, en ocasiones, estuvieron situados deliberadamente al margen de esos cauces (en democracia: partidos políticos, instituciones públicas y convocatorias electorales). Pero la política en la calle estaba en permanente diálogo con estas esferas y los nuevos movimientos sociales de los setenta tuvieron efectos concretos en los terrenos de su interés, adelantándose a otros actores públicos, como partidos, sindicatos e intelectuales, para cubrir espacios a los que éstos parecían no alcanzar. Ahora bien, el apoyo que estos últimos pudieron brindar resultó en ocasiones clave para la materialización de algunas reivindicaciones. Aspectos que aparecieron durante la Transición, como el acceso libre a los anticonceptivos, el derecho al divorcio y la despenalización de la homosexualidad, tomaron la forma de cambios legales, pero dejaron tras de sí la huella de profundas mutaciones culturales.

Los movimientos feminista, gay y antinuclear no fueron «iniciadores», sino que formaron parte de una segunda generación de movimientos sociales que afloraron en la segunda mitad de la década de 1970 y que, en cierta medida, podemos considerar «beneficiados» dentro de un ciclo de protestas que había comenzado ya en los años sesenta en torno a los ejes de la oposición obrera, estudiantil y vecinal. Entre los movimientos sociales «madrugadores» y los más tardíos hubo tanto continuidades como diferencias. Los movimientos de la segunda oleada, ya en la Transición, incorporaron al espacio público activistas y temas nuevos (o, al menos, relativamente nuevos). Pero dichos movimientos también se nutrieron de la cantera de militancia, de los repertorios de protestas y de las oportunidades que para la exteriorización de la acción colectiva habían ido abriendo desde años atrás los movimientos iniciadores.

El fenómeno de la movilización social feminista, antinuclear o gay se insertó en el mencionado ciclo de protestas iniciado en la década de los sesenta en las sociedades occidentales. Por tanto, aquí se ha tratado de sacar una foto panorámica para comprender que el ámbito donde hay que integrar su nacimiento y desarrollo es más amplio que el local, regional o español, es internacional, y remite al hito de 1968 como matriz histórica. Ahora bien, al mismo tiempo, lo local fue un marco importante donde se desenvolvieron las experiencias directamente vividas por los integrantes de la oposición contra la dictadura y, llegado el momento, de los nuevos movimientos sociales. Un marco en el cual el individuo realizó, frecuentemente, su primer aprendizaje político y su socialización antifranquista. Lo traslúcido de las fronteras entre los distintos movimientos sociales se observa especialmente en este ámbito de lo local, donde el contacto directo resultó en la multiplicación de los lazos políticos y las complicidades, así como en su opuesto, en distanciamientos y rencillas incluso personales.

Para situar a los nuevos movimientos sociales de la Transición en su contexto se ha hablado de varios elementos importantes. En primer lugar, de un marco de esperanza, de expectativas abiertas para realizar profundas transformaciones en diferentes ámbitos, y no sólo gracias a una estructura de oportunidades políticas sensiblemente diferente a la existente bajo la dictadura franquista, progresivamente más abierta según pasaba el tiempo y se producía la institucionalización y consolidación democrática. También gracias a una extensión de las oportunidades culturales, que facilitó numerosos recursos ideacionales útiles para potenciar la posibilidad de esos cambios de amplio calado, que tuvieron que ver con las mentalidades y la vida cotidiana. Pero las oposiciones fueron fuertes. Los sectores contrarios a las reivindicaciones de los nuevos movimientos sociales se reposicionaron, de tal manera que podemos hablar de una abierta crisis cultural. Lo que esto demuestra es que, en último término, los valores y las pautas culturales que en un momento dado cementan la sociedad no son prisiones mentales de las que los sujetos apenas puedan moverse, y que etapas concretas que funcionan al modo de una bisagra, como la Transición, son una vía de acceso privilegiado para comprender los cambios acelerados.

En segundo lugar, me he referido a un contexto de emergencia de una fuente de recursos creativos y de auto-organización desde abajo. Esto determinó que la participación en el proceso de Transición no fuera una exclusividad de los dirigentes políticos, sino que la sociedad civil, y dentro de ella los nuevos movimientos sociales de los setenta, se incorporara activamente al mismo. Aunque estos últimos no consolidaron unas culturas políticas propias, sí que contribuyeron a transformar las ya existentes, desde el momento en que las cuestiones planteadas por gays, feministas y antinucleares impactaron en el espacio público y consiguieron enganchar, particularmente, con los discursos y las prácticas de las izquierdas y del nacionalismo vasco radical.

Durante la Transición se produjo una extensión de las identidades colectivas potenciadas en torno a los nuevos movimientos sociales, una vez que sus reivindicaciones se pusieron en circulación y resultaron más fácilmente accesibles. Una generación de jóvenes creció con el feminismo, el ecologismo y las protestas de los gays, mientras que sus mayores también se hubieron de adaptar ante la colisión en el espacio público de dichas cuestiones. Ésta fue, por ejemplo, la primera generación de homosexuales que pudo comenzar a proclamar sin vergüenza su orientación sexual (que pasó de padecerla a convertirla en motivo de orgullo) y la primera vez que la sociedad, en su conjunto, se vio impelida a enfrentarse a la cuestión. Ello supuso más que un cambio importante para una minoría relevante, conllevó un reto para toda la ciudadanía.

Del mismo modo, el cambio social y cultural que se planteaba desde el movimiento feminista también introdujo en un humus social una semilla de largo recorrido. Dicha simiente, que para lo que respecta al pasado reciente

fue plantada de forma pública y colectiva en los años de la Transición, ha ido creciendo y dando frutos desde entonces en forma de una progresiva normalización de valores como la igualdad entre varones y mujeres.

Asimismo, desde la Transición movimientos como el antinuclear evidenciaron la existencia de una corriente social opuesta a un modelo de desarrollo económico insostenible desde un punto de vista medio-ambiental, ya que se interpretaba que de tal modelo se derivaba una profunda crisis ecológica. Tal cuestionamiento ha terminado por socavar la asociación automática que desde distintos ámbitos, también desde la izquierda, se ha establecido entre la idea de progreso, la mejora de la calidad de vida y la industrialización.

III

Parte de esa misma generación fue la que alimentó la persistencia de ETA. El contexto de la época se completa con un tercer escalón de análisis: la detección de una fuerte deslegitimación del Estado en el País Vasco, y no sólo del aparato institucional franquista sino, frecuentemente, de todo lo que tuviera que ver con España. ETAm se colocó a la cabeza de una forma de desestabilización violenta. El influjo de la violencia política desembocó en cuantiosos daños morales y materiales, especialmente a raíz de la actuación de esta última organización, pero sin ignorar las extralimitaciones que también cometieron otras organizaciones terroristas de signo ultraderechista y parapolicial. Ahora bien, la represión policial, que durante el tardofranquismo y al comienzo de la Transición todavía recaía sobre amplios sectores opositores, se fue decantando y tomando criterios más selectivos, centrándose en el entorno de ETAm.

En el marco de la conversión del País Vasco en el epicentro de la violencia política en España, el terreno de lo social fue uno más en el que se reprodujeron dinámicas de condescendencia hacia aquella. En este sentido, el antinuclear, más que cualquier otro nuevo movimiento de los setenta, se convirtió en un espejo que devolvió al conjunto de la sociedad vasca el reflejo de las más agudas contradicciones de la Euskadi del pasado reciente. Y es que algunos de los que pretendieron impulsar valores como la libertad o la igualdad también mataron, o consintieron que otros matasen en su nombre, reproduciendo lo peor (el miedo, la delación o el asesinato) de ese mundo que querían transformar. La vitalidad que mostraban las movilizaciones desarrolladas en la dirección de plantear reclamaciones colectivas no se vio compensada por una defensa firme de la individualidad, del derecho fundamental a la vida de todas las personas.

La democratización produjo en el País Vasco tanto institucionalización, que incluyó la canalización de algunas de las reivindicaciones presentes en la sociedad, como radicalización, con el enquistamiento de las posturas recalcitrantes de los extremistas. Durante el periodo comprendido entre 1978

y 1980, a mayor apertura del Estado correspondió una respuesta en forma de intensificación del terrorismo ultranacionalista y de deslegitimación de las nuevas instituciones entre un sector de la población minoritario pero radicalizado, encuadrado en diversas organizaciones y constantemente movilizado bajo diferentes motivos. Los principios universales e integradores de la democracia empezaron a entrar en abierta contradicción con el particularismo excluyente del nacionalismo vasco radical, preparándose así el inicio del camino para lo que han sido décadas de subsistencia de una violencia política alimentada, fundamentalmente, por el citado sector social.

Es por todo ello que la Transición, en el País Vasco, se asemeja más a una encrucijada que a un puente entre dos etapas. El puente salva las dificultades intermedias y se tiende para unir las dos orillas de un mismo río. La metáfora del puente sugiere una vía excesivamente lineal. Pero durante la Transición, la nueva sociedad vasca nacida del segundo franquismo se vio sometida a disyuntivas laberínticas, como apoyar o emplear la violencia como instrumento para alcanzar conquistas políticas o hacer política por vías exclusivamente pacíficas, como salir a la calle para tomar el protagonismo en primera persona del plural o permanecer al margen de la convocatoria por parte de diferentes agentes con diversos motivos de centenares de acciones colectivas. La violencia política y la movilización social eran expresiones que salían de la sociedad vasca y que, en un camino de ida y vuelta, la obligaban constantemente a pronunciarse, tanto con los silencios significativos como con las formas de participación que aquí se han estudiado.

La Transición fue un intenso, breve y fundamental periodo que terminó sentando las bases de la que es la experiencia democrática más dilatada en la historia de España. Pero aquella se desarrolló, en el País Vasco, sobre un trasfondo cruzado por fuertes claroscuros: con unas instituciones débiles, una violencia política persistente y una notable ambigüedad de las organizaciones de los movimientos sociales ante el terrorismo y las nacientes instituciones democráticas.

Como ha sostenido Pamela Radcliff, teniendo en cuenta este panorama la Transición se explicaría por la confluencia de tres factores relacionados[1011]. Primero, por la modernización que venía impulsándose desde los años sesenta, que fue generando una sociedad más culta, formada y próxima al resto de Europa. Segundo, por el papel de las elites políticas que contribuyeron a la ampliación de las libertades. Y tercero, por las protestas y la creatividad animadas desde abajo, que es el ámbito en el que más nos hemos detenido en este trabajo. Cada uno de estos factores ha de ser matizado a la luz de ciertos hechos. En primer lugar, la modernización no conduce por sí sola a más democracia, de lo que se deriva la necesidad de reducir el enfoque para mirar a los sujetos de carne y hueso, a sus ideas y expectativas. En segundo lugar, en

[1011] Radcliff, 2010.

la Transición no sólo participaron un puñado de conocidos hombres de Estado, como Adolfo Suárez, Felipe González o Santiago Carrillo, porque, pese a que la intervención de éstos en el terreno de la alta ingeniería política fue fundamental, sus iniciativas no se planteaban al margen de las reivindicaciones que se sucedían en las calles. Y en tercer lugar, la sociedad civil no siempre se manifestó de forma pacífica, sino que, como demuestran algunos de los casos que se han abordado en este libro, a veces lo hizo de manera incivil o violenta, por lo que habrá que evitar visiones mitificadoras de su papel democratizador.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

1. *Fuentes archivísticas*

1.1. Archivos, hemerotecas y centros de documentación

— Archivo del PCE-EPK (APCE), Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Vitoria.
— Archivo de EHGAM-Bizkaia (AREH-Bizkaia), Bilbao.
— Archivo de EHGAM-Gipuzkoa (AREH-Gipuzkoa), San Sebastián.
— Archivos de la Fundación Sancho el Sabio (FSS), Vitoria.
— Archivo General de la Administración (AGA), Alcalá de Henares.
— Archivo del Gobierno Civil de Vizcaya (AGCV), Leioa.
— Archivo Histórico de CCOO de Euskadi (ACCOO), Bilbao.
— Archivo Histórico de la Mario Onaindia Fundazioa (AHMOF), Zarautz.
— Archivo Histórico Provincial de Álava (AHPA), Vitoria.
— Archivo Histórico Provincial de Guipúzcoa (AHPG), Oñati.
— Archivo Virtual Juan Linz (en red en: www.march.es/ceacs/biblioteca/proyectos/ Linz/Index.asp).
— Centro de Documentación de los Benedictinos (CDBL), Lazkao.
— Centro de Documentación y Estudios de la Mujer (CDEM), Bilbao.
— Centro de Documentación «Evelyn Hooker». Federación Estatal de Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales, Madrid.
— Centro de Documentación de Historia Contemporánea del País Vasco de la Sociedad de Estudios Vascos (CDHC), San Sebastián.
— Centro de Documentación Medioambiental *Bizizaleak*, Bilbao.

1.2. Archivos y colecciones personales

— Archivo de Alicia Ortín Villeras. Fondos de la Asamblea de Mujeres de Álava.
— Archivo de Begoña Mendia Ibarrola. Fondos de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya.
— Archivo de Enrique Urquijo. Fondos del nacionalismo vasco radical.
— Archivo de Inmaculada Zuzuarregui Vea-Murguía. Fondos de la Asociación Democrática de la Mujer.
— Archivo de Miren Garmendia Etxenike. Fondos de la Asamblea de Mujeres de Donostia.

2. *Fuentes hemerográficas*

2.1. Diarios

— Deia (Bilbao), 1977-1981.
— Diario 16 (Madrid), 1976-1981.
— Egin (Hernani), 1977-1982.
— El Correo Español-El Pueblo Vasco (Bilbao), 1975-1981.
— El País (Madrid), 1976-1982.
— La Gaceta del Norte (Bilbao), 1974 y 1976-1981.
— La Voz de España (San Sebastián), 1974 y 1977-1980.
— Pueblo (Madrid), 1976 y 1977.
— Unidad (San Sebastián), 1977 y 1978.

2.2. Publicaciones no diarias privadas

— Ajoblanco, 1975-1980.
— Anaitasuna, 1977.
— Blanco y Negro, 1975.
— Cambio 16 (Madrid), 1977.
— Cuadernos para el Diálogo, 1975.
— El Viejo Topo, 1976-1981.
— Ere, 1979-1981.
— Garaia, 1976 y 1977.
— Hoja del Lunes, 1977-1983.
— Punto y Hora de Euskal Herria, 1976-1982.
— Triunfo, 1975 y 1978.
— Zeruko Argia, 1977, 1979 y 1982.

2.3. Publicaciones no diarias de partidos, sindicatos y otras organizaciones

— Askatasuna (Colectivo libertario Askatasuna), 1980.
— Biltzar (CCOO de Euskadi), 1977-1982.
— Bortxaketarik ez (KAS-Emakumeak), 1980.
— Combate (LCR), 1977-1982.
— Euskadi Expoliada (Ecologistas Navarros de EE), [s. f.].
— Euskadi Obrera (PCE-EPK), 1975-1976 y 1981-1982.
— Euskadi Sozialista (Comité Central Socialista de Euskadi, PSOE), 1976 y 1977.
— Hautsi (ETApm), 1976-1980.
— Hemendik (PCE-EPK), 1979-1981.
— Hertzale (HASI), 1977.
— Hitz (EE), 1979-1984.
— Hi Txo! (Comité por la libertad sexual de EE), 1980.
— Petralanda (Grupo de Ecologistas de EE), 1981.
— Servir al Pueblo (MC), 1977-1982.
— Sugarra (LAIA), 1977, 1979, 1981 y 1982.
— Zer Egin? (EMK), 1977-1982.
— Zutik (ETAm), 1978.
— Zutik! (LKI), 1977-1982.

2.4. Publicaciones de las organizaciones de los movimientos sociales

2.4.1. Movimiento antinuclear

— BIEN: Boletín de Información sobre la Energía Nuclear (Comité Antinuclear de Cataluña), 1982.
— Eguzki (CCAA de la margen izquierda del Nervión), 1980.
— Ez, Ez, Ez (AAVV de Vizcaya y CDCVNN), 1977 y 1978.
— Hibai-Ibaia (CCAA de Gipuzkoa), 1979 y 1980.

2.4.2. Movimiento feminista

— Actas de las Jornadas de la Mujer (Leioa, 1977).
— Actas de las Jornadas de Mujeres Independientes (San Sebastián, 1982).
— Campaña Internacional Contracepción, Aborto, Esterilización, Información (ICASC), 1980 y 1981.
— Dones en Lluita (Coordinadora Feminista de Barcelona), Barcelona, 1978, 1979 y 1982.
— Ley, opresión, represión y prisión (II Boletín de Mujeres Independientes), [s. f.].

— Mujer… ¡Basta! (Coordinadora de Barrios; Pueblos; Fábricas y Grupos de la Asamblea de Mujeres de Vizcaya), [s. f., 1977-1978?].
— Vindicación Feminista, 1976-1977.

2.4.3. Movimiento gay

— Dossier Lesbianismo (ESAM), 1979.
— Gay Hotsa (EHGAM), 1977-1982.

3. *Fuentes orales*

3.1. Entrevistas personales

3.1.1. Movimiento antinuclear

— Allende Landa, José (Bilbao, 1943); Bilbao, 1-12-2008.
— Alonso Cidaz, Carlos (Barakaldo, 1958); Bilbao, 24-11-2008.
— Antolín Iria, Enrique (Bilbao, 1961); Leioa, 25-11-2008.
— Cuezva Mardones, Jesús (Portilla, Burgos, 1928); Plentzia, 8-12-2008.
— Fernández Arrikagoitia, Fernando «Cibeles» (Vitoria, 1948); Vitoria, 10-02-2009.
— Gil de San Vicente, Iñaki (San Sebastián, 1952); San Sebastián, 12-02-2009.
— Izaga Reiner, José Luis (Deba, 1949); Deba, 13-01-2009.
— Olaverri Zazpe, Javier (San Sebastián, 1952); San Sebastián, 28-11-2008.
— Ormazabal Elola, Sabino (San Sebastián, 1953); San Sebastián, 10-12-2008.
— Recalde Díez, José Ramón (San Sebastián, 1930); San Sebastián, 7-01-2009.
— Rekondo Bravo, Julen (Tolosa, 1950); Bilbao, 11-02-2009.
— Unceta Satrustegi, Koldo (San Sebastián, 1954); Bilbao, 28-01-2009.
— Urdangarin Altuna, Carmelo (Deba, 1932); Deba, 13-01-2009.
— Vázquez Velasco, Javier (Barakaldo, 1958); Barakaldo, 12-11-2008.

3.1.2. Movimiento feminista

— Agúndez Basterra, Mertxe (Bilbao, 1948); Bilbao, 29-01-2009.
— Aranguren Rica, Juana (Bilbao, 1952); San Sebastián, 27-10-2008.
— Ausín Momblona, Berta (Tolosa, 1951); Vitoria, 2-02-2009.
— Brancas Escartín, Marta (Málaga, 1951); Bilbao, 9-10-2008.
— Ereño Atxirika, Ana (Bilbao, 1929); Bilbao, 23-12-2008.
— Garmendia Etxenike, Miren (París, 1947); San Sebastián, 19-12-2008.

— Gorospe Pascual, Begoña (Hernani, 1942); San Sebastián, 4-03-2009 y 16-03-2009.
— Informante Anónima III (Husillos, Palencia, 1954); Vitoria, 2-02-2009.
— Mayo Cabero, Elo (Santa Cristina de la Polvorosa, Zamora, 1960); Vitoria, 10-02-2009.
— Mateos González, Txoli (Hornachos, Badajoz, 1956); Leioa, 9-12-2008.
— Mendia Ibarrola, Begoña (Bilbao, 1954); Bilbao, 14-10-2008.
— Menéndez Agirre, M.ª Luisa (Bilbao, 1950); Bilbao, 23-10-2008.
— Molina Guerrero, M.ª José (San Sebastián, 1951); Rentería, 11-12-2008.
— Murguialday Martínez, Clara (Larraona, Navarra, 1953); Bilbao, 6-02-2009.
— Muruaga Laca, Begoña (Bermeo, 1953); Vitoria, 8-01-2009.
— Ormazabal Galarza, Miren (Zumarraga, 1952); Vitoria, 26-11-2008.
— Ortín Villeras, Alicia (Cascante, 1947); Vitoria, 3-12-2008.
— Otxoa Crespo, Isabel (Bilbao, 1952); Bilbao, 22-10-2008.
— Pérez-Fuentes Hernández, Pilar (Bilbao, 1948); Leioa, 9-12-2008.
— Romo Martínez, Marisa (Bilbao, 1955); Bilbao, 12-03-2009.
— San Esteban López, Mercedes (Llodio, 1949); Bilbao, 17-12-2008.
— Urbieta García, Asun (Rentería, 1958); San Sebastián, 21-10-2008.
— Zabala Salegi, Lide (Buenos Aires, 1951); Bilbao, 25-11-2008.
— Zuzuarregui Vea-Murguía, Inmaculada (San Sebastián, 1953); San Sebastián, 1-12-2008.

3.1.3. Movimiento gay

— Álvarez Gartzia, Imanol (Bilbao, 1956); Bilbao, 9-06-2006.
— Berzosa Bejarano, Txaro (Ceé, La Coruña, 1951); Tudela, 16-07-2006.
— Cariñena Arbelaiz, Iosu (Irún, 1960); Irun, 12-09-2007.
— Castillo Barranco, Indalecio (Granada, 1938); Bilbao, 5-12-2008.
— Castroviejo Cárcamo, Jesús (Santo Domingo de la Calzada, La Rioja, 1952); Bilbao, 15-01-2009.
— Cenoz Jiménez, Javier; Pamplona, 25-10-2006.
— Chasco Maiza, José Luis (San Sebastián, 1964); San Sebastián, 26-01-2009.
— Cobo Fernández, César (Vitoria, 1960); Vitoria, 4-08-2006.
— Florio Mues, José Felipe (Bilbao, 1948); Bilbao, 12-01-2009.
— González Barrio, Antonio (Robles de la Valcueva, León, 1948); Bilbao, 20-09-2007.
— Informante Anónimo II (San Sebastián, 1951); San Sebastián, 20-12-2008.

— López-Quintana Ojeda, Antonio (Medina de Pomar, Burgos, 1951); Bilbao, 12-01-2009.
— Macho Aguillo, Pedro José (Bilbao, 1962); Bilbao, 27-01-2009.
— Martín Conde, Mikel (San Sebastián, 1954); San Sebastián, 13-01-2009.
— Murillo Belaustegi, Juan Carlos (Bilbao, 1958); Bilbao, 19-11-2008.
— Quiroga Novoa, Juan Ángel (Irun, 1954); San Sebastián, 19-12-2008.
— Santos Urrutia, Leopoldo (Vitoria, 1961); Vitoria, 28-07-2006.
— Zabala Alonso, Julen (Tolosa, 1961); San Sebastián, 27-07-2006.

3.2. Entrevistas en grupo

3.2.1. Movimiento antinuclear

— Grupo de dos activistas de EE, Comités Antinucleares y Petralanda; Bilbao, 5-01-2009:

- Álvarez Gutiérrez, José (Bilbao, 1961).
- Garaizar Sousa, José Antonio (Plentzia, 1959).

3.2.2. Movimiento feminista

— Grupo de mujeres trabajadoras en fábricas de la margen izquierda del Nervión; Sestao, 29-10-2008:

- Esteban Herrero, Oliva (Gumiel del Mercado, Burgos, 1953); La Naval.
- Marañón Martínez, Mariví (Medina de Pomar, Burgos, 1943); Artiach y Altos Hornos de Vizcaya.
- Picaza Peña, Ana (Barakaldo, 1953); Babcock Wilcox.
- Saiz Pesquera, M.ª Carmen (Portugalete, 1953); General Eléctrica Española.
- Silvosa Campo, M.ª José (Bilbao, 1953); Babcock Wilcox.

— Grupo de dos activistas del Grupo de Mujeres de Basauri; Bilbao, 9-1-2009:

- Díaz González, Paz (Valbuena, León, 1947).
- Gómez Mahave, Conchi (Fuenmayor, La Rioja, 1952).

3.2.3. Movimiento gay

— Grupo de dos activistas de EHGAM-Gipuzkoa en diferentes etapas; San Sebastián, 26-07-2006:

- Informante Anónimo I.
- Martín Conde, Mikel (San Sebastián, 1954).

Bibliografía

ABAD, Irene (2005): «Movimiento democrático de mujeres: un vehículo para la búsqueda de una nueva ciudadanía femenina en la transición española», en VVAA: *Actes del Congrés «La transició de la dictadura franquista a la democràcia»*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, pp. 245-252.

ADELL, Ramón y FUNES, M.ª Jesús (eds.) (2003): *Movimientos sociales. Cambio social y participación*, UNED, Madrid.

AGIRREAZKUENAGA, Joseba (dir.) (1995): *Nosotros, los vascos. Gran atlas histórico de Euskal Herria*, Lur, Bilbao.

— (dir.) (2004): *Historia de Euskal Herria. Historia general de los vascos*, Lur, Bilbao.

AGIRREAZKUENAGA, Joseba y URQUIJO, Mikel (dirs.) (2008): *Bilbao desde sus alcaldes. Diccionario biográfico de los alcaldes de Bilbao y gestión municipal en la Dictadura, vol. III: 1937-1979*, Ayuntamiento de Bilbao, Bilbao.

AGIRREZABALA, Marta *et al*. (2001): *La mujer en Euskal Herria. Hacia un feminismo propio*, Basandere, San Sebastián.

ÁGUILA, Juan José del (2001): *El TOP. La represión de la libertad (1963-1977)*, Planeta, Barcelona.

AGUILAR, Paloma (1997): «La amnesia y la memoria: las movilizaciones por la amnistía en la transición a la democracia», en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, pp. 327-357.

AIAPE, Andrea (2006): *Gernikar emakumeak XX. mendean, ahotsak eta bizipenak*, Ayuntamiento y Museo de la Paz de Gernika, Gernika.

AIERDI, Víctor y GAVIRIA, Mario (1992): «Nacionalismo vasco y movimientos ecológicos», en APALATEGI, Jokin (ed.): *Movimientos sociales y nacionalismo*, Instituto de Estudios Sobre Nacionalismos Comparados, Vitoria,, pp. 81-85.

AIERDI, Xabier y FERNÁNDEZ SOBRADO, José Manuel (1997): «Entramado organizativo del movimiento feminista en el País Vasco», en *REIS*, 80, pp. 183-201.

AIERDI, Xabier; FERNÁNDEZ SOBRADO, José Manuel y TEJERINA, Benjamín (1995): *Sociedad civil, protesta y movimientos sociales en el País Vasco. Los límites de la teoría de la movilización de recursos*, Gobierno Vasco, Vitoria.

AIZPURU, Mikel (2006): «Modelos de movilización y lugares de la memoria en el nacionalismo vasco. Los límites de una cultura política», en *Historia y Política*, 15, pp. 117-146.

AJANGIZ, Rafael y BÁRCENA, Iñaki (2001): *Euskal Herriko gizarte mugimenduak*, Universidad de Deusto, Bilbao.

ALBERDI, Inés (1996): «El feminismo y la transición democrática», en *Leviatán*, 65, pp. 87-97.

ALBERDI, Inés; ESCARIO, Pilar y LÓPEZ-ACCOTO, Ana Inés (1996): *Lo personal es político. El movimiento feminista en la transición*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.

ALDABALDETRECU, Patxi; RECALDE, José Ramón y URDANGARIN, Carmelo (1975): *Deba, euskal kosta nuklearra*, Kriselu, San Sebastián.

ALIAGA, Juan Vicente y CORTÉS, José Miguel G. (2000): *Identidad y diferencia. Sobre la cultura gay en España*, Editorial Gay y Lesbiana, Barcelona.

ALLENDE, José (1982): «Áreas metropolitanas y contaminación atmosférica: el caso del gran Bilbao», en *Ciudad y Territorio*, 52, pp. 55-78.
— (1990): «Ecologismo en Euskadi», en ALLENDE, José (dir.): *Ecología y ecologismo*, Univeridad del País Vasco, Bilbao, pp. 9-16.
ALONSO, Luis Enrique (1991): «Los nuevos movimientos sociales y el hecho diferencial español: una interpretación», en VIDAL-BENEYTO, José (ed.): *España a debate*, Tecnos, Madrid, vol. II, pp. 71-98.
ALONSO, Rogelio; DOMÍNGUEZ, Florencio y GARCÍA REY, Marcos (2010): *Vidas rotas. Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA*, Espasa, Madrid.
ALTABIZKAR (1974): *Euskadi nucleaire. Le dossier des centrales nucleaires au Pays Basque*, Elkar, Bayona.
ÁLVAREZ JUNCO, José (1994): «Movimientos sociales en España: del modelo tradicional a la modernidad postfranquista», en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (coords.): *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, CIS, Madrid, pp. 413-442.
— (1996): «Del franquismo a la democracia», en MORALES MOYA, Antonio y ESTEBAN DE VEGA, Mariano (eds.): *La Historia Contemporánea en España*, Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 159-170.
AMELANG, James A. y NASH, Mary (eds.) (1990): *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Alfons el Magnànim, Valencia.
AMORÓS, Celia (1986): «Algunos aspectos de la evolución ideológica del feminismo en España», en BORREGUERO, Concha *et al*. (dirs.): *La mujer española. De la tradición a la modernidad (1960-1980)*, Tecnos, Madrid, pp. 41-54.
ANDERSON, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México [1983].
ANDREU, Rosa; BASALDUA, Ana y JUBETO, Begoña (1996): «Emakumeen borroka eta ezker abertzalea Hego Euskal Herrian», en *Ezpala*, 0, pp. 26-38.
ANGULO, Jesús; HEREDERO, Carlos F. y REBORDINOS, José Luis (eds.) (1994): *Entre el documental y la ficción. El cine de Imanol Uribe*, Filmoteca Vasca-Fundación Caja Vital, Irún.
ANTOLÍN, José Enrique y FERNÁNDEZ SOBRADO, José Manuel (2000): «Estructura organizativa de los «nuevos» movimientos sociales en el País Vasco. Claves para su comprensión», en *Política y Sociedad*, 35, pp. 153-164.
APALATEGI, Jokin (1978): *Askatasun ibilaldia. La marcha de la libertad*, Elkar, San Sebastián.
— (ed.) (1992): *Movimientos sociales y nacionalismo*, Instituto de Estudios Sobre Nacionalismos Comparados, Vitoria.
— (1999): *Psicosociología de los movimientos asociativos vascos. Sus representaciones sociales*, Instituto de Estudios Sobre Nacionalismos Comparados, Vitoria.
ARBAIZA, Mercedes (ed.) (2001): *La cuestión vasca. Una mirada desde la historia*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
AREILZA, José M.ª de (1977): *Diario de un ministro de la monarquía*, Planeta, Barcelona.
ARNALTE, Arturo (2003): *Redada de violetas. La represión de los homosexuales durante el franquismo*, La Esfera de los Libros, Madrid.
— (2004): «Galería de invertidos. Vida cotidiana de los homosexuales en las cárceles de Franco», en *Orientaciones*, 7, pp. 101-112.

ARÓSTEGUI, Julio (1994): «Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia», en *Ayer*, 13, pp. 17-55.
— (1999): «La transición política y la construcción de la democracia (1975-1996)», en MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio (coord.): *Historia de España, siglo XX, 1939-1996*, Cátedra, Madrid, pp. 245-310.
— (2004): *La historia vivida. Sobre la historia del presente*, Alianza, Madrid.
— (2007): «La Transición a la democracia, "matriz" de nuestro tiempo presente», en QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael (coord.): *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 31-43.
ARRIAGA, Mikel y PÉREZ SOENGAS, José L. (2000): *La prensa diaria en Euskal Herria (1976-1998)*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
ARRIERO, Francisco (2005): «El Movimiento Democrático de Mujeres: de la lucha antifranquista a la conciencia feminista (1964-1975)», en VVAA: *Actes del Congrés «La transició de la dictadura franquista a la democràcia»*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, pp. 253-264.
ARROYO, Igor; ORMAZABAL, Sabino y ZABALA, Mikel (2006): *Ikasi eta irauli. Euskal ikasle mugimenduaren historia*, Txalaparta, Tafalla.
ASOCIACIÓN DE FAMILIAS DE RECALDEBERRI (1977): *Cultura para 70.000*, Nuestra Cultura, Madrid.
AUGUSTÍN, Mercedes (2003): *Feminismo. Identidad personal y lucha colectiva (Análisis del movimiento feminista español en los años 1975 a 1985)*, Universidad de Granada, Granada.
AZURMENDI, Mikel *et al*. (2006): *Ciudadanía y memoria de libertad*, Ciudadanía y Libertad, Vitoria.
BAIDEZ, Nathan (2007): *Vagos, maleantes… y homosexuales. La represión a los homosexuales durante el franquismo*, Carrasco, Barcelona.
BALFOUR, Sebastian y QUIROGA, Alejandro (2007): *España reinventada. Nación e identidad desde la transición*, Península, Barcelona.
BARAIBAR, Álvaro (2004): *Extraño federalismo. La vía Navarra a la democracia (1973-1982)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.
BARBERÍA, José Luis y UNZUETA, Patxo (2003): *Cómo hemos llegado a esto. La crisis vasca*, Taurus, Madrid.
BARBIERI, Teresita de (1993): «Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica», en *Debates en Sociología*, 18, pp. 145-169.
BÁRCENA, Iñaki; IBARRA, Pedro y ZUBIAGA, Mario (1995): *Nacionalismo y ecología. Conflicto e institucionalización en el movimiento ecologista vasco*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
— (1996): «Movimientos sociales y democracia en Euskadi. El discurso y la estructura de oportunidad política de la insumisión, el ecologismo y el pacifismo vascos», en *Mientras tanto*, 64, pp. 91-124
— (1998): «Movimientos sociales y democracia en Euskadi. Insumisión y ecologismo», en IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid, pp. 43-68.
BARDAVÍO, Joaquín (2009): *Crónica de la Transición, 1973-1978*, Ediciones B, Barcelona.
BARRIO, Emilia (1996): *Historia de las transgresoras. La transición de las mujeres*, Icaria, Barcelona.

BARROSO, Anabella (1995): *Sacerdotes bajo la atenta mirada del régimen franquista. Los conflictos sociopolíticos de la Iglesia en el País Vasco desde 1960 hasta 1975*, Desclée de Brower, Bilbao.
BARRULL, Jaume y MIR, Conxita (dirs.) (1994): *Violencia politica i ruptura social a Espanya, 1936-1945*, Universidad de Lleida, Lleida.
BARRUSO, Pedro *et al*. (2007): *Historia del País Vasco. Edad Contemporánea*, Hiria, San Sebastián.
BEAUVOIR, Simone de (2005): *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid [1949].
BELL, Alan P. y WEINBERG, Martin S. (1979): *Informe Kinsey sobre la homosexualidad de hombres y mujeres*, Debate, Madrid.
BENEDICTO, Jorge y REINARES, Fernando (eds.) (1992): *Las transformaciones de lo político*, Alianza, Madrid.
BENFORD, Robert y SNOW, David (1992): «Master frames and cycles of protest», en MORRIS, Aldon D. y MCCLURG, Carol (eds.): *Frontiers in social movement theory*, Yale University Press, New Haven, pp. 133-155.
BENFORD, Robert; HUNT, Scott y SNOW, David (1994): «Marcos de acción colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos», en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (coords.): *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, CIS, Madrid, pp. 221-249.
BERAMENDI, Justo; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. y MAÍZ, Ramón (eds.) (1994): *Nationalism in Europe. Past and present*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, vol. II.
BERAMENDI, Justo y BAZ, M.ª Jesús (eds.) (2008): *Identidades y memoria imaginada*, Universidad de Valencia, Valencia.
BERIAIN, Josetxo (1998): *La identidad colectiva. Vascos y navarros*, Universidad Pública de Navarra y Haranburu, Pamplona.
BERIAIN, Josetxo y FERNÁNDEZ URBIETA, Roger (coords.) (1999): *La cuestión vasca. Claves de un conflicto cultural y político*, Proyecto A, Barcelona.
BERSTEIN, Serge (1999): «La cultura politica», en RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François (dirs.): *Para una historia cultural*, Taurus, Madrid, pp. 389-405.
BERZAL DE LA ROSA, Enrique (2007): «Católicos en la lucha antifranquista. Militancia sindical y política», en *Historia del Presente*, 10, pp. 7-24.
BLOCH, Marc (2000): *Introducción a la historia*, Fondo de Cultura Económica, México [1949].
BORDERÍAS, Cristina (ed.) (2009): *La historia de las mujeres. Perspectivas actuales*, Icaria, Barcelona.
BORREGUERO, Concha *et al*. (dirs.) (1986): *La mujer española. De la tradición a la modernidad (1960-1980)*, Tecnos, Madrid.
BORRILLO, Daniel (2001): *Homofobia*, Bellaterra, Barcelona.
BOSWELL, John (1986): «Hacia un enfoque amplio. Revoluciones universales y categorías relativas a la sexualidad», en STEINER, George y BOYERS, Robert (comps.): *Homosexualidad. Literatura y política*, Alianza, Madrid, pp. 38-74.
BOURDIEU, Pierre (2000): *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.
BOYD, Carolyn P. (ed.) (2007): *Religión y política en la España contemporánea*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.
BRAUDEL, Fernand (1991): *Escritos sobre la historia*, Alianza, Madrid.
BULLEN, Margaret (2003): *Basque gender studies*, University of Reno, Nevada.

BURKE, Peter (ed.) (2003): *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid.
— (2007): *Historia y teoría social*, Amorrortu, Buenos Aires.
BUXÁN, Xosé M.ª (comp.) (1997): *ConCiencia de un singular deseo. Estudios lesbianos y gays en el Estado español*, Laertes, Barcelona.
CABRERO, Claudia (2006): «O Movemento Democrático de Mulleres: da protesta cotiá á loita política», en *Dez.eme*, 11, pp. 15-23.
CACIAGLI, Mario (1986): *Elecciones y partidos en la transición española*, CIS y Siglo XXI, Madrid.
CALLE, Luis de la y SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio (2004): «La selección de víctimas en ETA», en *Revista Española de Ciencia Política*, 10, pp. 53-69.
CALLEJA, José M.ª (1999): *La diáspora vasca. Historia de los condenados a irse de Euskadi por culpa del terrorismo de ETA*, El País-Aguilar, Madrid.
CALVO, Kerman (2003): «Disidencia sexual y diferencia: el movimiento de lesbianas y gays en España en perspectiva comparada», en GUASCH, Óscar y OSBORNE, Raquel (eds.): *Sociología de la sexualidad*, CIS y Siglo XXI, Barcelona, pp. 198-224.
CAÑADA, Mabel (2005): *La ciudad boca abajo. Lakabe 1980-2005*, Beta, Bilbao.
CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo y PÉREZ SERRANO, Julio (eds.) (2008): *Sociedad de masas, medios de comunicación y opinión pública*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.
CARASA, Pedro (2007): «El giro local», en *Alcores*, 3, pp. 13-35.
CARDÍN, Alberto (1987): «Una cierta sensación de fin» en *Cuadernos del Norte*, 44, pp. 2-5.
CARNERO, Teresa y ARCHILÉS, Ferran (eds.) (2007): *Europa, Espanya, País Valencià. Nacionalisme i democracia: passat i futur*, Universidad de Valencia, Valencia.
CARNICERO HERREROS, Carlos (2009): *La ciudad donde nunca pasa nada. Vitoria, 3 de marzo de 1976*, Gobierno Vasco, Vitoria (2ª ed.).
CARNICERO HERREROS, Carlos y PÉREZ PÉREZ, José Antonio (2005): «¡Todo el poder a la asamblea!: Vitoria 1976», en VVAA: *Actes del Congrés «La transició de la dictadura franquista a la democràcia»*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, pp. 279-288.
— (2008): «La radicalización de la violencia política durante la Transición en el País Vasco. Los años de plomo», en *Historia del Presente*, 12, pp. 111-128.
CARO BAROJA, Julio (2003): *El laberinto vasco (1977-1988)*, Caro Raggio, Madrid [1984].
CARR, Raymond y FUSI, Juan Pablo (1979): *España de la dictadura a la democracia*, Planeta, Barcelona.
CARRERAS, Juan José y FORCADELL, Carlos (eds.) (2003): *Usos públicos de la historia*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.
CARROLL, Andrew y TORRICELLI, Robert (eds.) (1999): *In our own words. Extraordinary speeches of the American century*, Kodansha, Nueva York.
CARSON, Rachel (2001): *Primavera silenciosa*, Crítica, Barcelona [1962].
CASANELLAS, Pau (2008): «Los últimos zarpazos del Franquismo: el decreto-ley sobre prevención del terrorismo de agosto de 1975», en *Historia del Presente*, 12, pp. 155-172.
CASANOVA, Iker (2007): *ETA, 1958-2008. Medio siglo de historia*, Txalaparta, Tafalla.

CASQUETE, Jesús (1996a): «Estructura e identidad: los nuevos movimientos sociales», en *Inguruak*, 14, pp. 143-175.
— (1996b): «Ecologismo», en MARDONES, José M.ª (ed.): *Diez palabras clave sobre movimientos sociales*, Verbo Divino, Estella, pp. 107-138.
— (1998): *Política, cultura y movimientos sociales*, Bakeaz, Bilbao.
— (1999): «La sociedad vasco-navarra de movimientos», en BERIAIN, Josetxo y FERNÁNDEZ URBIETA, Roger (coords.): *La cuestión vasca. Claves de un conflicto cultural y político*, Proyecto A, Barcelona, pp. 257-264.
— (2001): «Nuevos y viejos movimientos sociales en perspectiva histórica», en *Historia y Política*, 6, pp. 191-216.
— (2006a): *El poder de la calle. Ensayos sobre acción colectiva*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.
— (2006b): «Música y funerales en el nacionalismo vasco radical», en *Historia y Política*, 15, pp. 191-216.
— (2009): *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*, Tecnos, Madrid.
— (2010): «El calendario conmemorativo del nacionalismo vasco radical», en *Cuadernos Bakeaz,* 99, pp. 1-16.
CASTELLS, Luis (2009a): «Introducción», en CASTELLS, Luis y CAJAL, Arturo (eds.): *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Marcial Pons e Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Madrid, pp. 15-21.
— (2009b): «La historia como actividad humana, como práctica», en FORCADELL, Carlos (ed.): *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 213-220.
CASTELLS, Luis; CAJAL, Arturo y MOLINA, Fernando (eds.) (2007): *El País Vasco y España: identidades, nacionalismos y Estado (siglos XIX y XX)*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
CASTELLS, Luis y CAJAL, Arturo (eds.) (2009): *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Marcial Pons e Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Madrid.
CASTELLS, Manuel (1998): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. II: El poder de la identidad*, Alianza, Madrid.
— (2008): «Productores de ciudad: el movimiento ciudadano de Madrid», en PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (eds.): *Memoria ciudadana y movimiento vecinal, Madrid, 1968-2008*, Los Libros de la Catarata, Madrid, pp. 21-32.
CASTILLO, Pilar del (ed.) (1994): *Comportamiento político y electoral*, CIS, Madrid.
CHALMETA, Pedro *et al*. (1995): *Cultura y culturas en la historia*, Universidad de Salamanca, Salamanca.
CHAUNCEY, George (1995): *Gay New York. Gender, urban culture and the making of a gay male world, 1880-1940*, Basic Books, Londres.
CHUECA, Josu (1999): «40 urte eta gero hau! Franco ondoko trantsizio politikoa Euskal Herrian», en *Jakin*, 113, pp. 41-51.
— (2004): «La Transición política en Euskal Herria», en AGIRREAZKUENAGA, Joseba (dir.): *Historia de Euskal Herria. Historia general de los vascos*, Lur, Bilbao, vol. VI, pp. 87-127.
CLEMINSON, Richard y VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco (2003): «Democracia y culturas sexuales. La irrupción de la homosexualidad en la escena política española», en *Er. Revista de filosofía*, 32, pp. 129-166.

COHN BENDIT, Daniel y DAMMANN, Rüdiger (2008): *La rebelión del 68*, Global Rhythm Press, Barcelona.
COLL-PLANAS, Gerard (2006): *El moviment lèsbic i gai català. Una proposta analítica de posicions politiques*, Tesina inédita, Universidad Autónoma de Barcelona.
COMABELLA, Mercedes (2009): «El Movimiento Democrático de Mujeres», en GONZÁLEZ LÓPEZ, Purificación; GONZÁLEZ RUIZ, Pilar y MARTÍNEZ TEN, Carmen (eds.): *El movimiento feminista en España en los años 70*, Cátedra, Madrid, pp. 247-266.
COMISIÓN DE DEFENSA DE UNA COSTA VASCA NO NUCLEAR (1977): *¿Hacia una costa vasca nuclear? (El caso de Lemóniz)*, [s. n.], Bilbao.
— (1979): *Euskadi o Lemóniz*, Lur, San Sebastián.
— (1981): *La controversia nuclear: Lemóniz*, Ediciones Vascas, San Sebastián.
COMMONER, Barry (1978): *El círculo que se cierra*, Plaza & Janés, Barcelona [1971].
CONNOLLY, Linda y HOURIGAN, Niamh (eds.) (2006): *Social movements and Ireland*, Manchester University Press, Manchester.
CORCUERA, Javier (1991): *Política y Derecho. La construcción de la autonomía vasca*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
COSTA MORATA, Pedro (1976): *Nuclearizar España*, Los Libros de la Frontera, Barcelona.
CROQUET, Sebastián (2007): «Las feministas», en MAIO, Giuseppe *et al.: El movimiento del 77*, Traficantes de Sueños, Madrid, pp. 137-143.
CRUZ, Rafael (1997): «La cultura regresa al primer plano», en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, pp. 13-34.
— (2008): *Repertorios. La política de enfrentamiento en el siglo XX*, CIS, Madrid.
CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.) (1997): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid.
CUCÓ, Josepa (2008): «Recuperando una memoria en la penumbra. El Movimiento Comunista y las transformaciones de la extrema izquierda española», en *Historia y Política*, 20, pp. 73-96.
DA CRUZ, Humberto y VARILLAS, Benigno (1981): *Para una historia del movimiento ecologista en España*, Miraguano, Madrid.
DALTON, Russell J. y KUECHLER, Manfred (comps.) (1992): *Los nuevos movimientos sociales. Un reto al orden político*, Alfons el Magnànim, Valencia.
DANIEL, Ute (2005): *Compendio de historia cultural*, Alianza, Madrid.
DELLA PORTA, Donatella (1990): *Il terrorismo di sinistra*, Il Mulino, Bolonia.
— (1995): *Social movements, political violence, and the state. A comparative analysis of Italy and Germany*, Cambridge University Press, Nueva York.
— (1999): «Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta», en MCADAM, Doug; MCCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N. (eds.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Istmo, Madrid, pp. 100-142.
DELLA PORTA, Donatella y DIANI, Mario (2006): *Social movements. An introduction*, Blackwell, Malden [1999].
DELLA PORTA, Donatella y PIAZZA, Gianni (eds.) (2008): *Voices of the valley, voices of the straits. How protest creates communities*, Berghahn Books, Oxford.

DELLA PORTA, Donatella y RUCHT, Dieter (1995): «Left-libertarian movements in context: comparing Italy and West Germany, 1965-1990», en JENKINS, J. Craig y KLANDERMANS, Bert (eds.): *The politics of social protest. Comparative perspectives on states and social movements*, University of Minnesota Press, Minneapolis, pp. 229-272.
D'EMILIO, John (1983): Sexual politics, sexual communities. The making of a sexual minority in the United States, 1940-1970, University of Chicago Press, Chicago.
DÍAZ BARRADO, Mario P. (coord.) (1998): *Historia del tiempo presente. Teoría y metodología. Actas del I Congreso de Historia del Tiempo Presente*, Universidad de Extremadura, Cáceres.
DÍAZ FREIRE, José Javier (2000): «Entrevista con Temma Kaplan», en *Historia Contemporánea*, 21, pp. 553-562.
DI FEBO, Giuliana (1979): *Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976*, Icaria, Barcelona.
DOMÈNECH, Xavier (2002a): *Quan el carrer va deixar de ser seu. Moviment obrer, societat civil i canvi polític. Sabadell, 1966-1976*, Abadia de Montserrat, Barcelona.
— (2002b): «El problema de la conflictividad bajo el franquismo: saliendo del paradigma», en *Historia Social*, 42, pp. 123-143.
— (2002c): «El cambio político (1962-1976). Materiales para una perspectiva desde abajo», en *Historia del Presente*, 1, pp. 46-67.
— (2003): «La otra cara del milagro español. Clase obrera y movimiento obrero en los años del desarrollismo», en *Historia Contemporánea*, 26, pp. 91-112.
— (2010): «La formación de la clase obrera bajo el franquismo. Nuevos debates», en *Ayer*, 79, pp. 283-296.
DOMINGO LORÉN, Victoriano (1977): *Los homosexuales frente a la ley: los juristas opinan*, Plaza & Janés, Barcelona.
DOMÍNGUEZ, Florencio (1998): *ETA: estrategia organizativa y actuaciones, 1978-1992*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
— (2000): «La violencia nacionalista de ETA», en JULIÁ, Santos (dir.): *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid, pp. 327-364.
— (2002): *Dentro de ETA. La vida diaria de los terroristas*, Santillana, Madrid.
— (2003): *Las raíces del miedo. Euskadi, una sociedad aterrorizada*, Aguilar, Madrid.
DORADO, Ramón y VARELA, Ignacio (1989): «Estrategias políticas durante la transición», en TEZANOS, José Félix; COTARELO, Ramón y DE BLAS, Andrés (eds.): *La transición democrática española*, Sistema, Madrid, pp. 251-274.
DUPLÁ, Antonio (2009): «Reconocer a todas las víctimas y todos los sufrimientos: un déficit histórico en la izquierda radical», en DUPLÁ, Antonio y VILLANUEVA, Javier (coords.): *Con las víctimas del terrorismo*, Tercera Prensa, San Sebastián, pp. 87-102.
DUPLÁ, Antonio y VILLANUEVA, Javier (coords.) (2009): *Con las víctimas del terrorismo*, Tercera Prensa, San Sebastián.
ECO, Umberto: *A paso de cangrejo*, Random House Mondadori, 2008 [2006].
EGIRAUN, Joseba y VIGO, Javier del (2007): «Rekaldeberri: desarrollismo y movilización vecinal», en MARTÍNEZ RUEDA, Fernando (coord.): *Bilbao y sus barrios. Una mirada desde la historia*, Ayuntamiento de Bilbao, Bilbao, vol. I, pp. 105-139.
EGUZKI (1987): *Lemoiz 1972-1987*, Eguzki, Bilbao.

EHGAM (1979a): «Homosexualidad», en VVAA: *I Semana de Estudios Sexológicos de Euskadi*, Hordago, San Sebastián, pp. 257-277.
— (1979b): «El discurso sexual de los movimientos marginales», en VVAA: *I Semana de Estudios Sexológicos de Euskadi*, Hordago, San Sebastián, pp. 415-416.
— (1980): «La homosexualidad en Euskadi. Algunos aspectos de los cambios sociales habidos en los últimos años», en VVAA: *Modelos sexuales en nuestra cultura y alternativas. II Semana de Estudios Sexológicos de Euskadi*, Hordago, San Sebastián, pp. 272-274.
EINWOHNER, Rachel L.; MYERS, Daniel J. y REGER, Jo (eds.) (2008): *Identity work in social movements*, University of Minnesota, Minneapolis.
EIROA, Matilde (1996): «Hacia la modernización social: las mujeres en la transición», en SOTO CARMONA, Álvaro y TUSELL, Javier *et al*. (eds.): *Historia de la transición y consolidación democrática en España, 1975-1986*, Alianza, Madrid, vol. II, pp. 535-547.
ELEY, Geoff (2003): *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, Crítica, Barcelona.
— (2008): *Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad*, Universidad de Valencia, Valencia.
ELGUEZÁBAL, Xabier y GURREA, Álvaro (1979): «Equipamientos y servicios colectivos en el Gran Bilbao», en *Común*, 2, pp. 47-52.
ELIZONDO, Arantza y MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Eva (1995): «Presencia de mujeres y políticas para la igualdad entre los sexos: el caso de las instituciones políticas vascas (1980-1994)», en *Revista de Estudios Políticos*, 89, pp. 345-368.
ELORZA, Antonio (2008): «Utopías del 68», en *Claves de Razón Práctica*, 182, pp. 38-46.
ELZO, Javier y ARRIETA, Félix (2005): «Historia y sociología de los movimientos juveniles encuadrados en el MLNV», en *Ayer*, 59, pp. 173-197.
ENRÍQUEZ, José Ramón (ed.) (1978): *El homosexual ante la sociedad enferma*, Tusquets, Barcelona.
ENZENSBERGER, Hans Magnus (1974): *Para una crítica de la ecología política*, Anagrama, Barcelona.
ERIBON, Didier (2000): *Identidades. Reflexiones sobre la cuestión gay*, Bellaterra, Barcelona.
ESPINOSA, Pedro Pablo y LÓPEZ AGUIRRE, Elena (1993): *Hertzainak. La confesión radical*, Aianai, Vitoria.
ESTANY, Anna (1981): «Crónica del feminismo 1980», en *Mientras tanto*, 8, pp. 103-111.
ETXANIZ, José Ángel (2005): «El último estado de excepción en Gernika-Lumo», en *Aldaba*, 133, pp. 37-50.
ETXEBERRÍA, Xabier (2010): «Historización de la memoria de las víctimas del terrorismo en el País Vasco», en RIVERA, Antonio y CARNICERO HERREROS, Carlos (eds.): *Violencia política: historia, memoria y víctimas*, Maia e Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda, Madrid, pp. 287-316.
ETXEBESTE, Eugenio (1994): *Veinte años después*, Hiru, Hondarribia.
FALCÓN, Lidia (1999): *Memorias políticas (1959-1999)*, Planeta, Barcelona.
FAULKNER, Peter (1978): *La bomba silenciosa. Guía para la controversia sobre la energía nuclear*, Argos Vergara, Barcelona.

FERNÁNDEZ BUEY, Francisco (2004): «Els moviments socials alternatius: un balanç», en PRAT, Enric (coord.): *Els moviments socials a la Catalunya contemporània*, Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 21-50.
FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Joaquín (1999): *El ecologismo español*, Alianza, Madrid.
FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka (2007): «El nacionalismo vasco radical ante la transición española» en *Historia Contemporánea*, 35, pp. 817-844.
— (2009): ««Ellos y nosotros». La Cumbre de Chiberta y otros intentos de crear un frente abertzale en la Transición», en *Historia del Presente*, 13, pp. 97-114.
— (2010): «El compañero ausente y los aprendices de brujo: orígenes de *Herri Batasuna* (1974-1980)», en *Revista de Estudios Políticos*, 148, pp. 71-103.
— (2011, en prensa): «Barro y promesas: el barrio de Recaldeberri y su Asociación de Familias entre el franquismo y la democracia», comunicación presentada al simposio *Historia social, ciudadanía y movimientos sociales*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.
FLUVIÀ, Armand de (1977): «Los movimientos de liberación homosexual en el Estado español», en WEINBERG, Martin S. y WILLIAMS, Colin J.: *Homosexuales masculinos. Sus problemas y adaptación*, Fontanella, Barcelona, pp. 485-501.
— (1978): «El movimiento homosexual en el Estado español», en ENRÍQUEZ, José Ramón (ed.): *El homosexual ante la sociedad enferma*, Tusquets, Barcelona, pp. 149-167.
— (2003): *El moviment gai a la clandestinitat del franquisme (1970-1975)*, Laertes, Barcelona.
FOESSA (1983): *Informe sociológico sobre el cambio social en España, 1975-1983*, Suramérica, Madrid.
FOLGUERA, Pilar (comp.) (1988): *El feminismo en España. Dos siglos de historia*, Pablo Iglesias, Madrid.
— (1995): «La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo», en *Ayer*, 19, pp. 165-187.
FONTANA, Josep (1986): «Reflexiones sobre la naturaleza y las consecuencias del franquismo», en FONTANA, Josep (ed.): *España bajo el franquismo*, Crítica, Barcelona, pp. 9-38.
FORCADELL, Carlos (2005): «La historia social, de la "clase" a la "identidad"», en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, M.ª Alicia (coords.): *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Abada, Madrid, pp. 15-35.
— (ed.) (2009): *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
FREEMAN, Jo (1973): «The tyranny of structurelessness», en KOEDT, Anne; LEVINE, Ellen y RAPONE, Anita (eds.): *Radical feminism*, Quadrangle, Nueva York, pp. 282-288.
FRIEDAN, Betty (1963): *The feminine mystique*, Penguin, Londres.
FUNES, M.ª Jesús y MONFERRER, Jordi (2003): «Perspectivas teóricas y aproximaciones metodológicas al estudio de la participación», en ADELL, Ramón y FUNES, M.ª Jesús (eds.): *Movimientos sociales. Cambio social y participación*, UNED, Madrid, pp. 21-58.
FUSI, Juan Pablo (1984): *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Alianza, Madrid.
— (1986): «La reaparición de la conflictividad en la España de los sesenta», en FONTANA, Josep (ed.): *España bajo el franquismo*, Crítica, Barcelona, pp. 160-169.

— (2001a): «La cuestión vasca en el siglo XX», en ARBAIZA, Mercedes (ed.): *La cuestión vasca. Una mirada desde la historia*, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 111-114.
— (2001b): «La transición democrática», en JOVER, José M.ª; GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y FUSI, Juan Pablo: *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX)*, Debate, Madrid, pp. 801-817.
— (2006): *Identidades proscritas. El no nacionalismo en las sociedades nacionalistas*, Seix Barral, Barcelona.
FUSI, Juan Pablo y PALAFOX, Jordi (1997): *España: 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Espasa Calpe, Madrid.
GABRIEL, Pere (2002): «Movimientos sociales y cultura política en España durante el siglo XX», en LANA, José Miguel (coord.): *En torno a la Navarra del siglo XX. Veintiún reflexiones acerca de Sociedad, Economía e Historia*, Universidad Pública de Navarra, Pamplona, pp. 261-288.
GARAIZAR, José Antonio (1987): «Notas sobre el movimiento ecologista», en *Inguruak*, 3, pp. 27-32.
GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando (1988): «La Guerra del Norte», en *Cuenta y Razón*, 41, pp. 85-90.
GARCÍA DE LA CRUZ, José (1990): «Los nuevos movimientos sociales», en GINER, Salvador (dir.): *España: sociedad y política*, Espasa Calpe, Madrid, pp. 593-614.
GARCÍA DE LEÓN, M.ª Ángeles (2008): *Rebeldes ilustradas (La Otra Transición)*, Anthropos, Madrid.
GARCÍA, Xavier; REIXAC, Jaume y VILANOVA, Santiago (1979): *El combat ecologista a Catalunya*, Edicions 62, Barcelona.
GARMENDIA, Elixabete *et al*. (1987): *Yoyes desde su ventana*, Garrasi, Pamplona.
GARMENDIA, José Antonio (1984): «Crisis de la violencia nacionalista en Euskadi», en REINARES, Fernando (ed.): *Violencia y política en Euskadi*, Desclée de Brower, Bilbao, pp. 215-224.
GARMENDIA, José M.ª (1996): «La reconstrucción del movimiento obrero en el País Vasco tras la autarquía franquista», en *Historia Contemporánea*, 13-14, pp. 391-412.
GAVIRIA, Mario (1976): *Ecologismo y ordenación del territorio en España*, Edicusa, Madrid.
GAY LEFT COLLECTIVE (ed.) (1980): *Homosexuality: power and politics*, Allison and Busby, Londres y Nueva York.
GEERTZ, Clifford (1988): *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
GIACHETTI, Diego (2006): *Italia más allá del 68. Antes, durante y después del movimiento*, Virus, Barcelona.
— (2007): «El movimiento del 77 y la violencia», en MAIO, Giuseppe *et al.*: *El movimiento del 77*, Traficantes de Sueños, Madrid, pp. 145-155.
GIACOPUZZI, Giovanni (1997): *ETApm. El otro camino*, Txalaparta, Tafalla.
GIMENO, Beatriz (2005): *Historia y análisis político del lesbianismo. La liberación de una generación*, Gedisa, Barcelona.
GINER, Salvador (dir.) (1990): *España: sociedad y política*, Espasa Calpe, Madrid.
— (2002): «Sazón y desazón en la cultura española», en *REIS*, 100, pp. 167-183.
GLUCKSMANN, André (2008): «Mayo del 68. Revoluciones y contrarevoluciones filosóficas», en *Claves de Razón Práctica*, 182, pp. 28-36.

GÓMEZ, Antxon (1990): «Arabako mugimendu ekologista; iragana, oraina eta geroa», en ALLENDE, José (dir.): *Ecología y ecologismo*, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 81-84.
GÓMEZ LAVÍN, Valeriano (s. f.): *Gestas del nuevo movimiento de la pos-guerra*, Memorias inéditas.
GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (1994): «Qué es y qué no es violencia en política. Consideraciones teóricas en torno al conflicto social violento», en BARRULL, Jaume y MIR, Conxita (dirs.): *Violencia politica i ruptura social a Espanya, 1936-1945*, Universidad de Lleida, Lleida, pp. 29-66.
GONZÁLEZ DE LANGARICA, Aitor (2007): *La ciudad revolucionada. Industrialización, inmigración, urbanización (Vitoria, 1946-1965)*, Ayuntamiento de Vitoria, Vitoria.
— (2009): «El tercer modelo de industrialización vasca: Vitoria, 1936-1976», en RIVERA, Antonio (dir.): *Dictadura y desarrollismo. El Franquismo en Álava*, Ayuntamiento de Vitoria, Vitoria, pp. 21-84.
GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel y MARTÍNEZ ALIER, Joan (1993): «Introducción al dossier "Historia y ecología"», en *Ayer*, 11, pp. 11-17.
GONZÁLEZ DURO, Enrique (2008): *Los psiquiatras de Franco. Los rojos no estaban locos*, Península, Barcelona.
GONZÁLEZ LÓPEZ, Purificación; GONZÁLEZ RUIZ, Pilar y MARTÍNEZ TEN, Carmen (eds.) (2009): *El movimiento feminista en España en los años 70*, Cátedra, Madrid.
GONZÁLEZ MADRID, Damián A. (coord.) (2008): *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
GONZÁLEZ MADRID, Damián A. y MARTÍN GARCÍA, Óscar (2008): «Desde abajo y en la periferia del desarrollismo. Cambio político y conflictividad social en La Mancha, 1962-1977», en GONZÁLEZ MADRID, Damián A. (coord.): *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Los Libros de la Catarata, Madrid, pp. 123-153.
GONZÁLEZ MADRID, Damián A. y ORTIZ HERAS, Manuel (2009): «La cuestión religiosa en la Transición. La opinión "progresista" desde una tribuna de papel: *El País* (1976-1981)», en ORTIZ HERAS, Manuel (coord.): *Culturas políticas del nacionalismo español. Del Franquismo a la Transición*, Los Libros de la Catarata, Madrid, pp. 185-218.
GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel (ed.) (2009): *La consolidación de la metrópoli de la Ría de Bilbao*, Fundación BBVA, Bilbao, vol. I.
GORTARI, Joaquín (1995): *La transición política en Navarra, 1976-1979*, Departamento de Presidencia, Pamplona.
GORZ, André (1980): *Ecología y política. Un texto para subvertir la relación de los individuos con el consumo, con la naturaleza, con la política, con su cuerpo*, El Viejo Topo, Barcelona.
GRACIA, Juan (1995): «Microsociología e historia de lo cotidiano», en CASTELLS, Luis (ed.): *La historia de la vida cotidiana*, Marcial Pons, Madrid, pp. 189-222.
GRANJA, José Luis de la (2003): *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX*, Tecnos, Madrid.
GRANJA, José Luis de la y PABLO, Santiago de (coords.) (2002): *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX*, Biblioteca Nueva, Madrid.

GRAU, Elena: «Feminismo», en MELLÓN, Joan Antón (ed.) (2006): *Ideologías y movimientos políticos contemporáneos*, Tecnos, Madrid (2.ª ed.), pp. 405-424.
GRAU, Elena; e IBARRA, Pedro (coords.) (2000): *Una mirada sobre la red. Anuario movimientos sociales*, Icaria y Tercera Prensa, Barcelona y San Sebastián.
GUASCH, Óscar y OSBORNE, Raquel (eds.) (2003): *Sociología de la sexualidad*, CIS y Siglo XXI, Barcelona.
GURRUTXAGA, Ander (1984): «Una aproximación al estudio de los movimientos sociales en el País Vasco», en *A Priori*, 8, pp. 45-51.
— (2005): *La producción de la idea del Nosotros. Somos porque estamos*, Gobierno Vasco, Vitoria.
HAMILTON, Carrie (2007): *Women and ETA. The gender politics of radical basque nationalism*, Manchester University Press, Manchester.
HARO TECGLEN, Eduardo (1988): *El 68. Las revoluciones imaginarias*, El País-Aguilar, Madrid.
HEATH, Joseph y POTTER, Andrew (2005): *Rebeldarse vende. El negocio de la contracultura*, Taurus, Madrid.
HEINE, Hartmut (1986): «La contribución de la «Nueva Izquierda» al resurgir de la democracia española, 1957-1976», en FONTANA, Josep (ed.): *España bajo el franquismo*, Crítica, Barcelona, pp. 142-159.
HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, M.ª Alicia (coords.) (2005): *Sobre la Historia actual. Entre política y cultura*, Abada, Madrid.
HERRERO BRASAS, Juan Antonio (1993): «La sociedad gay: una invisible minoría. 1. Ciencia, prejuicio y homosexualidad», en *Claves de Razón Práctica*, 36, pp. 20-33.
— (1997): «La guerra de los números», en BUXÁN, Xosé M.ª (comp.): *ConCiencia de un singular deseo. Estudios lesbianos y gays en el Estado español*, Laertes, Barcelona, pp. 169-187.
— (2001): *La sociedad gay: una invisible minoría*, Tres Cantos, Madrid.
— (2003): «Homosexualidad y literatura en la España de los setenta», en *Claves de Razón Práctica*, 133, pp. 68-75.
HOBSBAWM, Eric J. (1996): «El historiador entre la búsqueda de lo universal y la búsqueda de la identidad», en *Historia Social*, 25, pp. 81-90.
— (1998): *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona.
HORDAGO (comp.) (1979): *Documentos Y*, Lur, San Sebastián, Vol. I.
HUALDE, Xabier (2010): «La *question basque*, un factor de tensión entre Francia y la España franquista», en *Sancho el Sabio*, 32, pp. 95-116.
IBÁÑEZ, Norberto y PÉREZ PÉREZ, José Antonio (2005): *Ramón Ormazabal. Biografía de un comunista vasco (1910-1982)*, Latorre Literaria, Madrid.
IBARRA, Pedro (1987): *El movimiento obrero en Vizcaya, 1967-1977. Ideología, organización y conflictividad*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
— (1989): *La evolución estratégica de ETA. De la «guerra revolucionaria» (1963) hasta después de la tregua (1989)*, Kriselu, San Sebastián (2.ª ed.).
— (1990): «Bases y desarrollo del nuevo movimiento obrero en Vizcaya», en ALTED, Alicia; MATEOS, Abdón y TUSELL, Javier *et al.: La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación*, UNED, Madrid, tomo II, pp. 43-49.
— (1994): «The evolution of radical basque nationalism: changing discourse patterns», en BERAMENDI, Justo; NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. y MAÍZ, Ramón (eds.): *Na-*

tionalism in Europe. Past and present, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, vol. II, pp. 413-445.
— (1995): «Nuevas formas de comportamiento político: los nuevos movimientos sociales», en *Inguruak*, 13, pp. 39-60.
— (ed.) (2003): *Social movements and democracy*, Palgrave Macmillan, Hampshire.
IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín (eds.) (1998): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid.
IBERDUERO (1981): *El porqué de la central nuclear de Lemóniz*, Iberduero, Bilbao.
IGLESIAS, M.ª Antonia (2009): *Memoria de Euskadi. La terapia de la verdad: todos lo cuentan todo*, Aguilar, Madrid.
IRIARTE, José Vicente (1986): «Aproximación a la conflictividad social en Navarra en la crisis del régimen franquista», en VVAA: *I Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII-XIX y XX*, Gobierno de Navarra, Pamplona, vol. II, pp. 179-193.
— (1995): *El movimiento obrero en Navarra (1967-1977). Organización y conflictividad*, Gobierno de Navarra, Pamplona.
ITURRIOZ, Patxi (s. f.): «ETA en el año 1966. Divergencias internas que llevan a la aparición de ETA-Berri. Algunas aportaciones teórico-políticas a la causa revolucionaria vasca», en *IPES. Cuadernos de Formación*, 1, pp. 3-9.
JÁUREGUI, Gurutz (1996): *Entre la tragedia y la esperanza. Vasconia ante el nuevo milenio*, Ariel, Barcelona.
— *et al*. (2001): «Diálogo sobre la cuestión vasca a lo largo del siglo XX: proyectos y realidades» en ARBAIZA, Mercedes (ed.): *La cuestión vasca. Una mirada desde la historia*, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 165-167.
JENKINS, J. Craig y KLANDERMANS, Bert (eds.) (1995): *The politics of social protest. Comparative perspectives on states and social movements*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
JENNINGS, Rebecca (2006): «The Gateways club and the emergence of a post-second world war lesbian subculture», en *Social History*, 31, pp. 206-225.
JIMÉNEZ DE ABERASTURI, Juan Carlos y LÓPEZ ADÁN, Emilio (1989): *Organizaciones, sindicatos y partidos políticos ante la Transición: Euskadi 1976*, Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián.
JIMÉNEZ SÁNCHEZ, Manuel (2005): *El impacto político de los movimientos sociales. Un estudio de la protesta ambiental en España*, CIS, Madrid.
JOVER, José M.ª; GÓMEZ-FERRER, Guadalupe y FUSI, Juan Pablo (2001): *España: sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX)*, Debate, Madrid.
JUARISTI, Jon (1999): *Sacra Némesis. Nuevas historias de nacionalistas vascos*, Espasa Calpe, Madrid.
— (2006): *Cambio de destino*, Seix Barral, Barcelona.
JUDT, Tony (2008a): «¿Un "Papa de ideas"? Juan Pablo II y el mundo moderno», en *Sobre el olvidado siglo XX*, Santillana, Madrid, pp. 149-162.
— (2008b): «El silencio de los corderos. Sobre la extraña muerte del Estados Unidos liberal», en *Sobre el olvidado siglo XX*, Santillana, Madrid, pp. 369-377.
— (2009): *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*, Taurus, Madrid [2005].
JULIÁ, Santos (1989): «Los cambios estructurales de la sociedad en la etapa final de las dictaduras. El caso español», en TORRE, Hipólito de la (coord.): *Portugal y España en el cambio político (1958-1978)*, UNED, Mérida, pp. 89-99.
— (1994): «Orígenes sociales de la democracia en España», en *Ayer*, 15, pp. 165-188.

— (dir.) (2000): *Violencia política en la España del siglo XX*, Taurus, Madrid.
— (2003): «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición», en *Claves de Razón Práctica*, 129, pp. 14-24.
— (2008): «Presencia de la guerra y combate por la amnistía en la transición a la democracia», en BERAMENDI, Justo y BAZ, M.ª Jesús (eds.): *Identidades y memoria imaginada*, Universidad de Valencia, Valencia, pp. 85-107.
JULIÁ, Santos; PRADERA, Javier y PRIETO, Joaquín (coords.) (1996): *Memoria de la Transición*, Taurus, Madrid.
JURADO, Nekane (2001): «La mujer vasca: aportación oculta a la economía», en AGIRREZABALA, Marta *et al.: La mujer en Euskal Herria. Hacia un feminismo propio*, Basandere, San Sebastián, pp. 163-206.
KEATING, Michael (2008): «Culture and social science», en DELLA PORTA, Donatella y KEATING, Michael (eds.): *Approaches and methodologies in the social sciences. A pluralist perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 99-117.
KINSEY, Alfred C.; POMEROY, Wardell B. y MARTIN, Clyde E. (1949): *Sexual behavior in the human male*, W. B. Saunders, Philadelphia.
KLANDERMANS, Bert (1988): «The formation and mobilization of consensus», en KLANDERMANS, Bert; KRIESI, Hans Peter y TARROW, Sidney (eds.): *From structure to action. Comparing social movement research across cultures*, JAI Press, Greenwich, pp. 173-197.
— (1992): «La unión de lo «viejo» con lo «nuevo»: el entramado de los movimientos sociales en los Países Bajos», en DALTON, Russell J. y KUECHLER, Manfred (comps.): *Los nuevos movimientos sociales. Un reto al orden político*, Alfons el Magnànim, Valencia, pp. 173-191.
— (1994): «La construcción social de la protesta y los campos pluriorganizativos», en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (coords.): *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, CIS, Madrid, pp. 183-219.
KLANDERMANS, Bert; KRIESI, Hans Peter y TARROW, Sidney (eds.) (1988): *From structure to action. Comparing social movement research across cultures*, JAI Press, Greenwich.
KRIESI, Hans Meter (1992): «El contexto político de los nuevos movimientos sociales en Europa Occidental», en BENEDICTO, Jorge y REINARES, Fernando (eds.): *Las transformaciones de lo político*, Alianza, Madrid, pp. 115-158.
LAÍZ, Consuelo (1995): *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
LANA, José Miguel (coord.) (2002): *En torno a la Navarra del siglo XX. Veintiún reflexiones acerca de Sociedad, Economía e Historia*, Universidad Pública de Navarra, Pamplona.
LANDA, Jon Mirena (2008): *Informe sobre víctimas de vulneraciones de derechos humanos derivadas de la violencia de motivación política*, Dirección de Derechos Humanos del Gobierno Vasco, Vitoria.
LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (coords.) (1994): *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, CIS, Madrid.
LARRONDO, Ainara (2009): *La imagen pública del feminismo en la Transición (1975-1979). Una mirada desde la prensa*, Tesina inédita, Universidad del País Vasco.
LARUMBE, M.ª Ángeles (2004): *Las que dijeron no. Palabra y acción del feminismo en la transición*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.

LATORRE, Marta (2005): «Los movimientos sociales más allá del giro cultural: apuntes para una recuperación de las emociones», en *Política y Sociedad*, 42 (2), pp. 37-48.
LAURITSEN, John y THORSTAD, David (1977): *Los primeros movimientos en favor de los derechos homosexuales (1864-1935)*, Tusquets, Barcelona.
LEMKOW, Luis y BUTTEL, Fred (1983): *Los movimientos ecologistas*, Mezquita, Madrid.
LEMUS, Encarnación y QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael (coords.) (2002): *La transición en Andalucía*, Universidad de Huelva, Huelva.
LETAMENDIA, Francisco (1978): *Denuncia en el Parlamento*, Txertoa, San Sebastián.
— (1995): «La transición en Euskadi», en *Viento Sur*, 24, pp. 91-97.
LEVI, Giovanni (2003): «Sobre microhistoria», en BURKE, Peter (ed.): *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, pp. 119-143.
LEYDESDORFF, Selma; PASSERINI, Luisa y THOMPSON, Paul (eds.) (1996): *Gender and memory*, Oxford University Press, Oxford.
LINZ, Juan José *et al*. (1981): *Atlas electoral del País Vasco y Navarra*, CIS, Madrid.
— (1986): *Conflicto en Euskadi*, Espasa Calpe, Madrid.
LIZARRAGA, Xabier (2003): *Una historia sociocultural de la homosexualidad. Notas sobre un devenir silenciado*, Paidós, México.
LLAMAS, Ricardo y VILA, Fefa (1997): «Spain: passion for life. Una historia del movimiento de lesbianas y gays en el Estado español», en BUXÁN, Xosé M.ª (comp.): *ConCiencia de un singular deseo. Estudios lesbianos y gays en el Estado español*, Laertes, Barcelona, pp. 189-224.
LLERA, Francisco J. (1985): *Postfranquismo y fuerzas políticas en Euskadi. Sociología electoral del País Vasco*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
— (1992a): «Violencia y opinión pública en el País Vasco (1978-1992)», en *Revista Internacional de Sociología*, 3, pp. 83-111.
— (1992b): «ETA: ejército secreto y movimiento social», en *Revista de Estudios Políticos*, 78, pp. 161-193.
— (1994a): *Los vascos y la política. El proceso político vasco: elecciones, partidos, opinión pública y legitimación en el País Vasco, 1977-1992*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
— (1994b): «La construcción del pluralismo polarizado vasco», en CASTILLO, Pilar del (ed.): *Comportamiento político y electoral*, CIS, Madrid, pp. 275-295.
— (2002): «La Transición y la autonomía actual», en GRANJA, José Luis de la y PABLO, Santiago de (coords.): *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX*, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 117-144.
LÓPEZ LINAGE, Javier *et al*. (1977): *Grupos marginados y peligrosidad social*, Campo Abierto, Madrid.
LÓPEZ ROMO, Raúl (2008a): *Del gueto a la calle. El movimiento gay y lesbiano en el País Vasco y Navarra (1975-1983)*, Tercera Prensa, San Sebastián.
— (2008b): «Uribarri entre dictadura y democracia. Dinamismo y cambio social», en PÉREZ PÉREZ, José Antonio (coord.): *Bilbao y sus barrios. Una mirada desde la historia*, Ayuntamiento de Bilbao, Bilbao, pp. 101-138.
— (2008c): «Homosexualidad a la cartelera: dos miradas heteróclitas de Eloy de la Iglesia sobre la transición», en CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo y PÉREZ SERRANO, Julio (eds.): *Sociedad de masas, medios de comunicación y opinión pública*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, vol. I, pp. 355-370.

— (2008d): «Tiñendo la patria de verde y violeta. Las relaciones del nacionalismo vasco radical con los movimientos antinuclear y feminista en la Transición», en NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen (eds.): *Ayeres en discusión. Temas clave en Historia Contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Murcia, formato CD.
— (2011, en prensa) «Una identidad emergente. El nacimiento del movimiento gay en el País Vasco en la Transición», en CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo; FANDIÑO, Roberto y PÉREZ SERRANO, Julio (eds.): *Historia social, ciudadanía y movimientos sociales*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.
LOUZAO, Joseba (2008): «La recomposición religiosa en la modernidad. Un marco conceptual para comprender el enfrentamiento entre laicidad y confesionalidad en la España contemporánea», en *Hispania Sacra*, 121, pp. 331-354.
LUENGO, Félix (2000): «En la memoria cercana: 1936-2000», en ARTOLA, Miguel (ed.): *Historia de Donostia-San Sebastián*, Nerea, San Sebastián, pp. 387-478.
LUENGO, Félix y DELGADO, Ander (2006): «El árbol de Gernika. Vicisitudes del símbolo foral de los vascos», en *Historia y Política*, 15, pp. 23-44.
MAALOUF, Amin (1999): *Identidades asesinas*, Alianza, Madrid.
MAIO, Giuseppe *et al*. (2007): *El movimiento del 77*, Traficantes de Sueños, Madrid.
MAJUELO, Emilio (2004): «Euskal Herria 1939-1975», en AGIRREAZKUENAGA, Joseba (dir.): *Historia de Euskal Herria. Historia general de los vascos*, Lur, Bilbao, vol. VI, pp. 67-86.
MANSVELT, Jan (2005): *Territory and terror. Conflicting nationalisms in the Basque Country*, Routledge, Londres.
MARDONES, José M.ª (ed.) (1996): *Diez palabras clave sobre movimientos sociales*, Verbo Divino, Estella.
MARÍN ARCE, José M.ª (2008): «Los socialistas en el poder (1982-1996)», en *Historia y Política*, 20, pp. 43-71.
MARÍN I CORBERA, Martí (2008): «Familiares pero desconocidas: las migraciones interiores durante el régimen franquista», en GONZÁLEZ MADRID, Damián A. (coord.): *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Los Libros de la Catarata, Madrid, pp. 61-95.
MARQUÉS, Josep-Vicent (1978): *Ecología y lucha de clases*, Zero, Bilbao.
— (1981): *¿Qué hace el poder en tu cama?*, Editorial 2001, Barcelona.
MARTÍN GARCÍA, Óscar (2008): «Entre la política, la economía y el discurso. La protesta contra la dictadura franquista en la provincia de Albacete, 1970-1976», en *Historia Contemporánea*, 36, pp. 163-192.
MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (1972): *La destrucción de paisaje natural en España*, Cuadernos para el Dialogo, Madrid.
MARTÍNEZ LÓPEZ, Ladislao (2004): «El movimiento ecologista. La lucha antinuclear y contra el modelo energético en España», en *Mientras tanto*, 91-92, pp. 83-105.
MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús Antonio (coord.) (1999): *Historia de España, siglo XX, 1939-1996*, Cátedra, Madrid.
MARTÍNEZ MARTÍN, M.ª Ascensión (2007): *Transformando la sociedad. Historia del Fórum Feminista María de Maeztu*, FFMM editoras, Vitoria.
MARTÍNEZ RUEDA, Fernando (coord.) (2007): *Bilbao y sus barrios. Una mirada desde la historia*, Ayuntamiento de Bilbao, Bilbao.
MARWICK, Arthur (1998): *The sixties. Cultural revolution in Britain, France, Italy and the United States* (1958-1974), Oxford University Press, Nueva York.

MATA LÓPEZ, José Manuel (1993): *El nacionalismo vasco radical. Discurso, organización y expresiones*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
MATEOS, Abdón (1997): *Las izquierdas españolas desde la guerra civil hasta 1982. Organizaciones socialistas, culturas políticas y movimientos sociales*, UNED, Madrid.
MATEOS, Abdón y HERRERÍN, Ángel (eds.) (2006): *La España del presente. De la dictadura a la democracia*, Asociación Historiadores del Presente, Segovia.
MCADAM, Doug (1988): «Micromobilization contexts and recruitment to activism», en KLANDERMANS, Bert; KRIESI, Hans Peter y TARROW, Sidney (eds.): *From structure to action. Comparing social movement research across cultures*, JAI Press, Greenwich, pp. 125-154.
— (1994): «Cultura y movimientos sociales», en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (coords.): *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, CIS, Madrid, pp. 43-67.
— (1998): «Orígenes conceptuales, problemas actuales, direcciones futuras», en IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid, pp. 89-107.
— (1999): «Marcos interpretativos y tácticas utilizadas por los movimientos: dramaturgia estratégica en el Movimiento Americano Pro-Derechos Civiles», en MCADAM, Doug; MCCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N. (eds.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Istmo, Madrid, pp. 475-496.
— (2002): «Movimientos «iniciadores» y «derivados»: procesos de difusión en los ciclos de protesta», en TRAUGOTT, Mark (comp.): *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*, Hacer, Barcelona, pp. 243-269.
MCADAM, Doug; MCCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N. (1999): «Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales», en MCADAM, Doug; MCCARTHY, John D. y ZALD, Mayer N. (eds.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Istmo, Madrid, pp. 21-46.
MCADAM, Doug; TARROW, Sidney y TILLY, Charles (2005): *Dinámica de la contienda política*, Hacer, Barcelona.
MELUCCI, Alberto (1985): «The symbolic challenge of contemporary social movements», en *Social Research*, 52 (4), pp. 789-816.
— (1989): *Nomads of the present. Social movements and individual needs in contemporary society*, Temple University Press, Philadelphia.
— (1994): «¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?», en LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph (coords.): *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, CIS, Madrid, pp. 119-150.
MENDIZABAL, Garbiñe y ORTIZ DE PINEDO, Esther (1995): «El movimiento feminista y las políticas públicas de igualdad», en *Inguruak*, 13, pp. 61-78.
MERINO, F. Javier (2009): «El espejismo revolucionario: la izquierda radical ante ETA», en *Cuadernos Bakeaz*, 94, pp. 1-13.
MICCICHÉ, Andrea (2008): «La Transizione in Euskadi: un proceso di pacificazione?», en *Spagna Contemporanea*, 33, pp. 31-42.
— (2008): «I socialista baschi e il dialogo con l'ETA durante la Transizione alla democrazia, 1976-1979», en *Spagna Contemporanea*, 34, pp. 67-85.

MIGUEL SÁENZ, Javier de (1992): «La «Organización Revolucionaria de Trabajadores» en Navarra, orígenes y desarrollo, 1964-1977», en *Príncipe de Viana*, 16, pp. 739-755.
MIELI, Mario (1979): *Elementos de crítica homosexual*, Anagrama, Barcelona.
MÍGUEZ, Antonio (2009): «Ciudadanía y movimientos sociales: el movimiento obrero en Galicia», en MOLINA, Fernando (ed.): *Extranjeros en el pasado. Nuevos historiadores de la España contemporánea*, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 73-96.
MILLET, Kate (1977): *La política sexual*, Aguilar, México [1970].
MIRA, Alberto (2002): *Para entendernos. Diccionario de cultura homosexual, gay y lésbica*, Ediciones de la Tempestad, Barcelona.
MIRABET I MULLOL, Antoni (1985): *Homosexualidad hoy: ¿aceptada o todavía condenada?*, Herder, Barcelona.
— (ed.) (2000): *Homosexualitat a l'inici del segle XXI*, Claret, Barcelona.
MOLINA, Fernando (2005): *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid.
— (ed.) (2009a): *Extranjeros en el pasado. Nuevos historiadores de la España contemporánea*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
— (2009b): «El nacionalismo español y la «guerra del norte», 1975-1981», en *Historia del Presente*, 13, pp. 41-54.
— (2010): «La eterna «cuestión vasca». ¡Y vuelta la burra al trigo!», en *Claves de Razón Práctica*, 199, pp. 64-71.
MOLINERO, Carme (1998): «Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un "mundo pequeño"», en *Historia Social*, 30, pp. 97-117.
— (ed.) (2006): *La transición, treinta años después*, Península, Barcelona.
— (2007): «La política de reconciliación nacional. Su contenido durante el franquismo, su lectura en la Transición», en *Ayer*, 66, pp. 201-225.
MOLINERO, Carme; e YSÀS, Pere (1992): «Movimientos sociales y actitudes políticas en la crisis del franquismo», en *Historia Contemporánea*, 8, pp. 269-279.
— (1998): «La historia social de la época franquista. Una aproximación», en *Historia Social*, 30, pp. 133-154.
— (2008a): *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Crítica, Barcelona.
— (2008b): «La izquierda en los años setenta», en *Historia y Política*, 20, pp. 21-42.
MONFERRER, Jordi (2003a): «La construcción de la protesta en el movimiento gay español: La Ley de Peligrosidad Social (1970) como precipitante de la acción colectiva», en *REIS*, 102, pp. 171-204.
— (2003b): «Movimientos sociales e identidad colectiva. El movimiento gay español», en ADELL, Ramón y FUNES, M.ª Jesús (eds.): *Movimientos sociales. Cambio social y participación*, UNED, Madrid, pp. 163-190.
MONTERO, Feliciano (2007): «La Iglesia en el tardofranquismo o el despegue de la Iglesia», en *Historia del Presente*, 10, pp. 3-6.
MONTERO, Manuel (1998): «La transición y la autonomía vasca», en UGARTE, Javier (ed.): *La transición en el País Vasco y España. Historia y memoria*, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 93-120.
— (2006): «Los «no nacionalistas» desde las postrimerías del franquismo hasta los comienzos del siglo XXI. Ensayo interpretativo», en AZURMENDI, Mikel *et al.: Ciudadanía y memoria de libertad*, Ciudadanía y Libertad, Vitoria, pp. 169-184.

MORALES MOYA, Antonio y ESTEBAN DE VEGA, Mariano (eds.) (1996): *La Historia Contemporánea en España*, Universidad de Salamanca, Salamanca.
MORÁN, Gregorio (2003): *Los españoles que dejaron de serlo. Cómo y por qué Euskadi se ha convertido en la gran herida histórica de España*, Planeta, Barcelona [1981].
MORÁN, M.ª Luz (1997): «¿Y si no voto, qué? La participación política en los años ochenta», en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Alianza, Madrid, pp. 359-386.
MORRIS, Aldon D. y MCCLURG, Carol (eds.) (1992): *Frontiers in social movement theory*, Yale University Press, New Haven.
MOVIMIENTO COMUNISTA (1979): *De Franco a Juan Carlos I. El Movimiento Comunista en la transición política 1975-1979*, Revolución, Madrid.
MUJIKA, Garikoitz (2004): *Gazte matxinada. Inoiz kontatu gabeko historia*, Zezengorri-Xirika, Senpere.
MUÑOZ ALONSO, Alejandro (1986): «Golpismo y terrorismo en la transición democrática española», en *REIS*, 36, pp. 25-33.
MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela y RAMOS, M.ª Dolores (2009): «Mujeres, política y movimientos sociales. Participación, contornos de acción y exclusión», en BORDERÍAS, Cristina (ed.): *La historia de las mujeres. Perspectivas actuales*, Icaria, Barcelona, pp. 69-131.
MURO, Diego (2007): *Ethnicity and violence. The case of the radical basque nationalism*, Routledge, Nueva York.
MYERS, Daniel J. (2008): «Ally identity: the politically gay», en EINWOHNER, Rachel L.; MYERS, Daniel J. y REGER, Jo (eds.): *Identity work in social movements*, University of Minnesota, Minneapolis, pp. 167-187.
NASH, Mary (1991): «Dos décadas de historia de las mujeres en España: una reconsideración», en *Historia Social*, 9, pp. 137-161.
— (1995): «Identidades, representación cultural y discurso de género en la España contemporánea», en CHALMETA, Pedro *et al.: Cultura y culturas en la historia*, Universidad de Salamanca, Salamanca, pp. 191-203.
— (2002): «Los nuevos sujetos históricos: perspectivas de fin de siglo. Género, identidades y nuevos sujetos históricos», en ROMEO, M.ª Cruz y SAZ, Ismael (eds.): *El siglo XX. Historiografía e historia*, Universidad de Valencia, Valencia, pp. 85-100.
— (2004): *Mujeres en el mundo. Historia, retos y movimientos*, Alianza, Madrid.
— (2007): *Dones en transició. De la resistència política a la legitimitat feminista: les dones en la Barcelona de la Transició*, Ayuntamiento de Barcelona, Barcelona.
NICOLÁS, Encarna (2007): «La Transición se hizo en los pueblos», en QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael (coord.): *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 251-267.
NICOLÁS, Encarna y GONZÁLEZ, Carmen (eds.) (2008): *Ayeres en discusión. Temas clave en Historia Contemporánea hoy*, Universidad de Murcia, Murcia, formato CD.
NICOLAS, Jean (1978): *La cuestión homosexual*, Fontamara, Barcelona.
NOVALES, Félix (1989): *El tazón de hierro. Memoria personal de un militante de los GRAPO*, Crítica, Barcelona.
OFER, Inbal (2006): «La legislación de género de la Sección Femenina de la FET. Acortando distancias entre la política de élite y la de masas», en *Historia y Política*, 15, pp. 219-240.

OLARAN, Juan Luis (2010): *El contubernio nuclear, Lemoiz*, Arabera, Vitoria.
OLIVER, Pedro (2005): «El concepto de control social en la historia social: estructuración del orden y respuestas al desorden», en *Historia Social*, 51, pp. 73-91.
— (2008): *La pena de muerte en España*, Síntesis, Madrid.
— (2009): «Los iniciadores del movimiento de objetores de conciencia (1971-1977)», en ORTIZ HERAS, Manuel (coord.): *Culturas políticas del nacionalismo español. Del Franquismo a la Transición*, Los Libros de la Catarata, Madrid, pp. 219-243.
OLMEDA, Fernando (2004): *El látigo y la pluma. Homosexuales en la España de Franco*, Oberon, Madrid.
ONAINDIA, Mario (1981): *La lucha de clases en Euskadi (1939-1980)*, Hordago, San Sebastián.
— (1994): «Telón de fondo para la radiografía fílmica de Euskadi», en ANGULO, Jesús, HEREDERO, Carlos F. y REBORDINOS, José Luis (eds.): *Entre el documental y la ficción. El cine de Imanol Uribe*, Filmoteca Vasca y Fundación Caja Vital, Irún, pp. 45-52.
ORMAZABAL, Sabino (2003): *Un mapa (inacabado) del sufrimiento. Una recopilación abierta de datos sobre la violencia, las violaciones de derechos humanos, las agresiones a las libertades y el padecimiento de las víctimas*, Fundación Manu Robles-Arangiz, Bilbao.
— (2009): *500 ejemplos de no violencia. Otra forma de contar la historia*, Fundación Manu Robles-Arangiz, Bilbao.
ORTIZ DE ORRUÑO, José M.ª; RIVERA, Antonio y UGARTE, Javier (eds.) (2008): *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Abada, Madrid.
ORTIZ HERAS, Manuel (2004): «Historiografía de la Transición», en VVAA: *La transición a la democracia en España. Historia y fuentes documentales*, Anabad Castilla-La Mancha, Guadalajara, pp. 223-240.
— (2006): «Mujer y dictadura franquista», *Aposta*, 28, pp. 1-26.
— (coord.) (2009): *Culturas políticas del nacionalismo español. Del Franquismo a la Transición*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
ORTIZ HERAS, Manuel; CASTELLANOS LÓPEZ, José Antonio y MARTÍN GARCÍA, Óscar (2007): «Historia social y política para una transición. El cambio desde abajo y la construcción de una nueva autonomía: Castilla-La Mancha», en *Historia Actual Online*, 14, pp. 115-126.
OSBORNE, Raquel (2008): «Entre el rosa y el violeta. Lesbianismo, feminismo y movimiento gai: relato de unos amores difíciles», en PLATERO, Raquel (coord.): *Lesbianas. Discursos y representaciones*, Melusina, Barcelona, pp. 85-105.
PABLO, Santiago de (2008): *En tierra de nadie. Los nacionalistas vascos en Álava*, Ikusager, Vitoria.
PABLO, Santiago de y MEES, Ludger (2005): *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco (1895-2005)*, Crítica, Barcelona.
PABLO, Santiago de y RIVERA, Antonio (2006): *Afiches. Paredes con historia, 1975-1990*, Fundación Sancho el Sabio, Vitoria.
PAGAZAURTUNDUA, Maite (2004): *Los Pagaza. Historia de una familia vasca*, Temas de Hoy, Madrid.
PALACIOS, Diego (2009): «Ritual funerario y política en el Portugal contemporáneo», en CASQUETE, Jesús y CRUZ, Rafael (eds.): *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Los Libros de la Catarata, Madrid, pp. 39-72.

PARLAMENTO VASCO (1981): *Encuesta sobre la central nuclear de Lemóniz*, Parlamento Vasco, Vitoria.
PASTOR, Jaime (1998): «La evolución de los nuevos movimientos sociales en el Estado español», en IBARRA, Pedro y TEJERINA, Benjamín (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Trotta, Madrid, pp. 69-87.
PÉREZ-AGOTE, Alfonso (2008): *Las raíces sociales del nacionalismo vasco*, CIS, Madrid.
PÉREZ-DÍAZ, Víctor (1996): *España puesta a prueba, 1976-1996*, Alianza, Madrid.
PÉREZ ARES, M.ª Isabel (2008): «Las primeras elecciones democráticas en el País Vasco», en CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo y PÉREZ SERRANO, Julio (eds.): *Sociedad de masas, medios de comunicación y opinión pública*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, vol. I, pp. 135-150.
PÉREZ LEDESMA, Manuel (1990): *Estabilidad y conflicto social. España, de los íberos al 14-D*, Nerea, Madrid.
— (1994a): ««Cuando lleguen los días de la cólera» (movimientos sociales, teoría e historia)», en *Zona Abierta*, 69, pp. 51-121.
— (1994b): «Una dictadura "por la gracia de Dios"», en *Historia Social*, 20, pp. 173-193.
— (2003): «Movimiento obrero y movimientos sociales durante la Transición», en TRUJILLANO, José Manuel y DOMÍNGUEZ PRATS, Pilar (eds.): *La crisis del franquismo y la transición. El protagonismo de los movimientos sociales*, Fundación Cultural Santa Teresa, Ávila, pp. 17-24.
— (2006): ««Nuevos» y «viejos» movimientos sociales en la transición», en MOLINERO, Carme (ed.): *La Transición, treinta años después. De la dictadura a la instauración y consolidación de la democracia*, Península, Barcelona, pp. 117-151.
PÉREZ PÉREZ, Carmen (1987): «Historia y actualidad del movimiento feminista en Euskadi», en *Inguruak*, 3, pp. 53-59.
PÉREZ PÉREZ, José Antonio (2000): «La configuración de nuevos espacios de sociabilidad en el ámbito del Gran Bilbao de los años 60», en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 18, pp. 117-147.
— (2001): *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977)*, Biblioteca Nueva, Madrid.
— (2006): «La construcción y transmisión de la identidad política antifranquista. Una aproximación desde la historia oral de las mujeres de Basauri», en *Vasconia*, 35, pp. 387-405.
— (2007a): «La Transición en el País Vasco (1976-1979)», en BARRUSO, Pedro *et al.: Historia del País Vasco. Edad Contemporánea*, Hiria, San Sebastián, pp. 391-412.
— (2007b): «De la *comunidad nacional* a la *comunidad de propietarios*. Los límites del nacional sindicalismo», en CASTELLS, Luis; CAJAL, Arturo y MOLINA, Fernando (eds.): *El País Vasco y España: identidades, nacionalismos y Estado (siglos XIX y XX)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 215-247.
— (2010): «La memoria de las víctimas del terrorismo en el País Vasco: un proyecto en marcha», en RIVERA, Antonio y CARNICERO HERREROS, Carlos (eds.): *Violencia política: historia, memoria y víctimas*, Maia e Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda, Madrid, pp. 317-351.
PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (eds.) (2008): *Memoria ciudadana y movimiento vecinal, Madrid, 1968-2008*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

PETIT, Jordi (1996): «Gays y lesbianas: la experiencia de la Coordinadora gay y lesbiana», en MARDONES; José M.ª (ed.): *Diez palabras clave sobre movimientos sociales*, Verbo Divino, Estella, pp. 293-325.
— (2004a): *Vidas del arco iris. Historias del ambiente*, Mondadori, Barcelona.
— (2004b): «De la peligrosidad social a las siglas LGBT», en *Mientras tanto*, 91-92, pp. 195-208.
PETRALANDA, Colectivo (1987): «Ecologismo en Euskal Herria, entre la violeta y la Goma-2», en *Arbola*, 12, pp. 12 y 13.
PINEDA, Empar (2008): «Mi pequeña historia del lesbianismo organizado en el movimiento feminista de nuestro país», en PLATERO, Raquel (coord.): *Lesbianas. Discursos y representaciones*, Melusina, Barcelona, pp. 31-59.
PINILLOS, José Luis (1988): «El miedo en el País Vasco», en *Cuenta y Razón*, 33, pp. 27-30.
PLATERO, Raquel (coord.) (2008): *Lesbianas. Discursos y representaciones*, Melusina, Barcelona.
POLLETTA, Francesca (1999): ««Free spaces» in collective action», en *Theory and Society*, 28, pp. 1-38.
PRAT, Enric (coord.) (2004): *Els moviments socials a la Catalunya contemporània*, Barcelona, Universidad de Barcelona.
PRESTON, Paul (1985): «Los orígenes de la transición: dictadura, terrorismo y cambio social», en *Sistema*, 68-69, pp. 131-140.
PULEO, Alicia H. (1996): «Feminismo», en MARDONES, José M.ª (ed.): *Diez palabras clave sobre movimientos sociales*, Verbo Divino, Estella, pp. 187-228.
— (1996): «Feminismo y política en España», en *Leviatán*, 63, pp. 49-62.
QUIROGA, Alejandro (2008): «Amistades peligrosas. La izquierda y los nacionalismos catalanes y vascos (1975-2008)», en *Historia y Política*, 20, pp. 97-127.
QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael (coord.) (2007): *Historia de la Transición en España. Los inicios del proceso democratizador*, Biblioteca Nueva, Madrid.
RADCLIFF, Pamela (2007): «La Iglesia católica y la Transición a la democracia: un nuevo punto de partida», en BOYD, Carolyn P. (ed.): *Religión y política en la España contemporánea*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, pp. 209-228.
— (2008): «Ciudadanas: las mujeres en las asociaciones de vecinos y la identidad de género en los años setenta», en PÉREZ QUINTANA, Vicente y SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (eds.): *Memoria ciudadana y movimiento vecinal, Madrid, 1968-2008*, Los Libros de la Catarata, Madrid, pp. 54-78.
— (2009): «Si ocurrió en España, ¿por qué no en cualquier otra parte? Evaluación del «modelo» español de transición democrática», en *Pasajes*, 29, pp. 109-119.
— (2010): «La Transición española, ¿un modelo global?», en TOWNSON, Nigel (dir.): *¿Es España diferente? Una mirada comparativa (siglos XIX y XX)*. Taurus, Madrid, pp. 243-281.
RAMOS, M.ª Dolores (2000): «Identidad de género, feminismo y movimientos sociales en España», en *Historia Contemporánea*, 21, pp. 523-552.
RECALDE, José Ramón (1984): «Legalidad, legitimidad, lealtad», en *Cuadernos de Alzate*, 1, pp. 51-65.
— (2004): *Fe de vida*, Tusquets, Barcelona.
REDERO, Manuel (ed.) (1994): *La transición a la democracia en España*, Marcial Pons, Madrid.

— (1999): «Apuntes para una interpretación de la transición política en España», en *Ayer*, 36, pp. 261-281.
— (2008a): «La movilización obrera y estudiantil en el franquismo y la democracia (1962-1986)», en RIVERA, Antonio; ORTIZ DE ORRUÑO, José María y UGARTE, Javier (eds.): *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Abada, Madrid, pp. 255-276.
— (2008b): «Los sindicatos en la democracia: de la movilización a la gestión», en *Historia y Política*, 20, pp. 129-158.
REDERO, Manuel y PÉREZ DELGADO, Tomás (1994): «Sindicalismo y transición política en España», en REDERO, Manuel (ed.): *La transición a la democracia en España*, Marcial Pons, Madrid, pp. 189-222.
REICHER, Stephen y HOPKINS, Nick (2001): *Self and nation. Categorization, contestation and mobilization*, Sage, Londres.
REINARES, Fernando (ed.) (1984): *Violencia y política en Euskadi*, Desclée de Brower, Bilbao.
— (1989): «Democratización y terrorismo en el caso español», en TEZANOS, José Félix; COTARELO, Ramón y DE BLAS, Andrés (eds.): *La transición democrática española*, Sistema, Madrid, pp. 611-644.
— (1990): «Sociogénesis y evolución del terrorismo en España», en GINER, Salvador (dir.): *España. Sociedad y Política*. Espasa Calpe, Madrid.
REKONDO, Julen (1990): «Ecología y ecologismo en Vizcaya», en ALLENDE, José (dir.): *Ecología y ecologismo*, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 63-70.
REVILLA, Marisa (2002): «Una parte del arco iris. El ecologismo y el pacifismo y sus efectos transformadores», en ROMÁN, Paloma y FERRI, Jaime (coords.): *Los movimientos sociales. Conciencia y acción de una sociedad politizada*, Consejo de la Juventud de España, Madrid, pp. 169-192.
RINCÓN, Luciano (1985): *ETA (1974-1984)*, Plaza & Janés, Barcelona.
RÍO, Eugenio del (2005): «El apoyo al nacionalismo radical vasco: necesidad y dificultades de la autocrítica», ponencia presentada en las *VI Jornadas de Pensamiento Crítico*, Universidad Carlos III, Leganés.
RIOUX, Jean-Pierre y SIRINELLI, Jean-François (dirs.) (1999): *Para una historia cultural*, Taurus, Madrid.
RIVAS ACEVEDO, Antonio (1999): *Un modelo para el análisis de la dimensión ideática de los movimientos sociales. El discurso del movimiento ecologista vasco*, Tesis inédita, Universidad del País Vasco.
RIVERA, Antonio (1998): «La transición en el País Vasco: un caso particular», en UGARTE, Javier (ed.): *La transición en el País Vasco y España. Historia y memoria*, Universidad del País Vasco, Bilbao, pp. 79-91.
— (1999): «Demasiado tarde (el anarcosindicalismo en la transición española)», en *Historia Contemporánea*, 19, pp. 329-354.
— (2001): «Las limitaciones de una transición», en ARBAIZA, Mercedes (ed.): *La cuestión vasca. Una mirada desde la historia*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2001, pp. 173-184.
— (dir.) (2003): *Historia de Álava*, San Sebastián, Nerea, 2003.
— (2007): «País Vasco», en FUSI, Juan Pablo y GÓMEZ-FERRER, Guadalupe (coords.): *La España de las autonomías. Historia de España Menéndez Pidal*, Espasa Calpe, Madrid, tomo XLIII, vol. II, pp. 275-322.
— (2008): *La utopía futura. Las izquierdas en Álava*, Ikusager, Vitoria.

— (dir.) (2009): *Dictadura y desarrollismo. El Franquismo en Álava*, Ayuntamiento de Vitoria, Vitoria.
RIVERA, Antonio y CARNICERO HERREROS, Carlos (eds.) (2010): *Violencia política: historia, memoria y víctimas*, Maia e Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda, Madrid.
RIVERA, Antonio y UGARTE TELLERÍA, Javier (2003): «Una sociedad democrática y moderna», en RIVERA, Antonio: (dir.): *Historia de Álava*, San Sebastián, Nerea, pp. 497-526.
ROCA, José Manuel (1993): «La izquierda comunista revolucionaria en España (1964-1992)», en *Leviatán*, 51-52, pp. 89-117.
— (1994): «Reconstrucción histórica del nacimiento, evolución y declive de la izquierda comunista revolucionaria en España, 1964-1992», en ROCA, José Manuel: (ed.): *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Los Libros de la Catarata, Madrid, pp. 69-89.
— (1996): «L'esquerra marxista radical davant el canvi de règim i el procés constituent», en *L'Avenç*, 207, pp. 16-23.
— (1999): *El lienzo de Penélope. España y la desazón constituyente (1812-1978)*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
RODRÍGUEZ SÁDABA, José Luis (1999): *Democratización y amejoramiento foral. Una historia de la transición en Navarra (1975-1983)*, Gobierno de Navarra, Pamplona.
ROMÁN, Paloma y FERRI, Jaime (coords.) (2002): *Los movimientos sociales. Conciencia y acción de una sociedad politizada*, Consejo de la Juventud de España, Madrid.
ROMEO, M.ª Cruz y SAZ, Ismael (eds.) (2002): *El siglo XX. Historiografía e historia*, Universidad de Valencia, Valencia.
ROMERO, Joaquín y RUIZ, Fernando (1977): *Los partidos marxistas. Sus dirigentes. Sus programas*, Anagrama, Barcelona.
ROSELL, Jean (1980): *El riesgo nuclear*, Zero-ZYX, Bilbao.
RÜDIG, Wolfgang (1990): *Anti-nuclear movements. A world survey of opposition to nuclear energy*, Longman, Londres.
RUIZ OLABUENAGA, José Ignacio; FERNÁNDEZ SOBRADO, José Manuel y NOVALES, Fernando (1985): *Violencia y ansiedad en el País Vasco*, Ttarttalo, San Sebastián.
SABATER, Antonio (1962): *Gamberros, homosexuales, vagos y maleantes (estudio jurídico-sociológico)*, Editorial Hispano Europea, Barcelona.
— (1972): *Peligrosidad social y delincuencia*, Nauta, Barcelona.
SACRISTÁN, Manuel (1987): *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Icaria, Barcelona.
SÁEZ DE LA FUENTE, Izaskun (2002): *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco: una religión de sustitución*, Instituto Diocesano de Teología y Pastoral y Desclée de Brower, Bilbao.
SÁNCHEZ-CUENCA, Ignacio (2009): «Revolutionary dreams and terrorist violence in the developed world: explaining cross-country variation», en *Journal of Peace Research*, 46 (5), pp. 687-706.
— (2010): «La pervivencia del terrorismo de ETA», en RIVERA, Antonio y CARNICERO HERREROS, Carlos (eds.): *Violencia política: historia, memoria y víctimas*, Maia e Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda, Madrid, pp. 207-234.

SAN JOSÉ, Begoña (2009): «Feminismo y sindicalismo durante la transición democrática española (1976-1982)», en GONZÁLEZ LÓPEZ, Purificación; GONZÁLEZ RUIZ, Pilar y MARTÍNEZ TEN, Carmen (eds.): *El movimiento feminista en España en los años 70*, Cátedra, Madrid, pp. 335-367.

SAN SEBASTIÁN, Isabel (2003): *Los años de plomo. Memoria en carne viva de las víctimas*, Temas de Hoy, Madrid.

SABIO, Alberto y SARTORIUS, Nicolás (2007): *El final de la dictadura. La conquista de la democracia en España, noviembre de 1975-junio de 1977*, Temas de Hoy, Madrid.

SASTRE, Cayo (1997a): *Transición y desmovilización política en España (1975-1978)*, Universidad de Valladolid, Valladolid.

— (1997b): «La transición política en España: una sociedad desmovilizada», en *REIS*, 80, pp. 33-68.

SAZ, Ismael (2007): «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados», en *Ayer*, 68, pp. 137-163.

— (2008): «Las culturas de los nacionalismos franquistas», en *Ayer*, 71, pp. 153-174.

SCANLON, Geraldine M. (1988): «Orígenes y evolución del movimiento feminista contemporáneo», en FOLGUERA, Pilar (comp.): *El feminismo en España. Dos siglos de historia*, Pablo Iglesias, Madrid, pp. 147-172.

SCHUMACHER, E. Friedrich (1978): *Lo pequeño es hermoso*, Blume, Madrid.

SCOTT, Joan W. (1990): «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en AMELANG, James A. y NASH, Mary (eds.): *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, Alfons el Magnànim, Valencia, pp. 23-56.

SEGURA, Antoni (2009): *Euskadi. Crónica de una desesperanza*, Alianza, Madrid.

SEGURA, Cristina (2006): «Recepción y evolución de la historia de las mujeres: introducción y desarrollo en relación con la historia de España», en *Vasconia*, 35, pp. 13-30.

SEMINARIO DE ESTUDIOS SOBRE LA MUJER (1986): «El movimiento feminista en España. De 1960 a 1980», en BORREGUERO, Concha *et al.* (dirs.): *La mujer española. De la tradición a la modernidad (1960-1980)*, Tecnos, Madrid, pp. 29-40.

SENDER, Rosalía (2006): *Luchando por la liberación de la mujer. Valencia, 1969-1981*, Universidad de Valencia, Valencia.

SEVILLANO, Francisco (2003): «Consenso y violencia en el "Nuevo Estado" franquista: historia de las actitudes cotidianas», en *Historia Social*, 46, pp. 159-171.

SHARE, Donald (1985): «Two transitions. Democratization and the evolution of the Spanish socialist left», en *West European Politics*, 8, pp. 82-99.

SIRINELLI, Jean-François (1993): «El retorno de lo político», en *Historia Contemporánea*, 9, pp. 25-35.

SOLÉ TURA, Jordi (1986): «Unidad y diversidad en la oposición comunista al franquismo», en FONTANA, Josep (ed.): *España bajo el Franquismo*, Crítica, Barcelona, pp. 123-141.

SORIANO GIL, Manuel Ángel (2005): *La marginación homosexual en la España de la transición*, Egalés, Barcelona.

SOTO CARMONA, Álvaro (1996): «Conflictividad social y transición sindical», en SOTO CARMONA, Álvaro y TUSELL, Javier (eds.): *Historia de la transición, 1975-1986*, Alianza, Madrid, pp. 363-408.

SOTO CARMONA, Álvaro y TUSELL, Javier *et al*. (eds.) (1996): *Historia de la transición y consolidación democrática en España, 1975-1986*, Alianza, Madrid.
SOTO FERNÁNDEZ, David; GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel y HERRERA, Antonio (2008): «Una aproximación a la historia del movimiento ecologista en España», en RIVERA, Antonio; ORTIZ DE ORRUÑO, José María y UGARTE, Javier (eds.): *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Abada, Madrid, formato CD, pp. 1191-1210.
STEAKLEY, James D. (1975): *The homosexual emancipation movement in Germany*, Arno Press, Nueva York.
STEINER, George y BOYERS, Robert (comps.) (1986): *Homosexualidad. Literatura y política*, Alianza, Madrid.
SULLIVAN, John (1988): *El nacionalismo vasco radical, 1959-1986*, Alianza, Madrid.
TABOADA, Leonor (1978): *Introducción al Self-Help*, Fontanella, Barcelona.
TAMAYO, Virginia (1994): *La autonomía vasca contemporánea: foralidad y estatutismo (1975-1979)*, IVAP, Oñati.
TARROW, Sidney (1992): «El fantasma de la ópera. Partidos políticos y movimientos sociales de los años 60 y 70 en Italia», en DALTON, Russell J. y KUECHLER, Manfred (comps.): *Los nuevos movimientos sociales. Un reto al orden político*, Alfons el Magnànim, Valencia, pp. 341-369.
— (1992): «Mentalities, political cultures and collective action frames. Constructing meanings through action», en MORRIS, Aldon D. y MCCLURG, Carol (eds.): *Frontiers in social movement theory*, Yale University Press, New Haven, pp. 174-202.
— (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza, Madrid [1994].
— (2002): «Ciclos de acción colectiva: entre los momentos de locura y el repertorio de contestación», en TRAUGOTT, Mark (comp.): *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*, Hacer, Barcelona, pp. 99-130.
TAYLOR, Verta y WHITTIER, Nancy E. (1992): «Collective identity in social movement communities. Lesbian feminist mobilization», en MORRIS, Aldon D. y MCCLURG, Carol (eds.): *Frontiers in social movement theory*, Yale University Press, New Haven, pp. 104-129.
TEJERINA, Benjamín (1997): «Ciclo de protesta, violencia política y movimientos sociales en el País Vasco», en *Revista Internacional de Sociología*, 16, pp. 7-38.
TELO, María (1986): «La evolución de los derechos de la mujer en España», en BORREGUERO, Concha *et al*. (dirs.): *La mujer española. De la tradición a la modernidad (1960-1980)*, Tecnos, Madrid, pp. 81-94.
TELLO, Enric (2000): «Los próximos veinticinco años del movimiento ecologista (y los anteriores)», en GRAU, Elena; e IBARRA, Pedro (coords.): *Una mirada sobre la red. Anuario movimientos sociales*, Icaria y Tercera Prensa, Barcelona y San Sebastián, pp. 221-246.
TERRADILLOS, Juan (1981): *Peligrosidad social y Estado de Derecho*, Akal, Madrid.
TEZANOS, José Félix; COTARELO, Ramón y DE BLAS, Andrés (eds.) (1989): *La transición democrática española*, Sistema, Madrid.
THOMPSON, Edward P. (1981): *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona [1978].
— (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona [1963].
— (1991): «Algunas observaciones sobre clase y "falsa conciencia"», en *Historia Social*, 10, pp. 27-32.

TILLY, Charles (2003): «When do (and don't) social movements promote democratization?», en IBARRA, Pedro (ed.): *Social movements and democracy*, Palgrave Macmillan, Hampshire, pp. 21-45.
— (2007): *Democracy*, Cambridge University Press, Cambridge.
TILLY, Charles y WOOD, Lesley J. (2009): *Social movements, 1768-2008*, Paradigm Publishers, Boulder.
TODOROV, Tzvetan (2008): *El miedo a los bárbaros. Más allá del choque de civilizaciones*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.
TRAUGOTT, Mark (comp.) (2002): *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*, Hacer, Barcelona.
TRAVERSO, Enzo (2007): *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Marcial Pons, Madrid.
TRIPP, Clarence A. (1978): *La cuestión homosexual*, Edaf, Madrid.
TRUJILLANO, José Manuel y DOMÍNGUEZ PRATS, Pilar (eds.) (2003): *La crisis del franquismo y la transición. El protagonismo de los movimientos sociales*, Ávila, Fundación Cultural Santa Teresa.
TUSELL, Javier (1996): «La transición política: Un planteamiento metodológico y algunas cuestiones decisivas», en SOTO CARMONA, Álvaro y TUSELL, Javier (eds.): *Historia de la transición (1975-1986)*, Alianza, Madrid, pp. 109-137.
— (1999): *La transición española a la democracia*, Historia 16, Madrid.
— (2002): «La transición española a la democracia: cuestiones debatidas», en LEMUS, Encarnación y QUIROSA-CHEYROUZE, Rafael (coords.): *La transición en Andalucía*, Universidad de Huelva, Huelva, pp. 31-49.
UCELAY DA CAL, Enric (2006): «Entre el ejemplo italiano y el irlandés: la escisión generalizada de los nacionalismos hispanos», en *Ayer*, 63, pp. 75-118.
UGALDE, Mercedes (2002): «El siglo de la mujer: género y modernización», en GRANJA, José Luis de la y PABLO, Santiago de (coords.): *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX*, Biblioteca Nueva, Madrid, pp. 349-379.
UGARTE PÉREZ, Javier (ed.) (2008): *Una discriminación universal. La homosexualidad bajo el franquismo y la transición*, Egales, Barcelona.
UGARTE TELLERÍA, Javier (ed.) (1998): *La transición en el País Vasco y España. Historia y memoria*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
— (2003): «Años de silencio, tiempo de cambio (1936-1976)», en RIVERA, Antonio: (dir.): *Historia de Álava*, Nerea, San Sebastián, pp. 461-496.
— (2009): «Gobernando con el Estatuto de Guernica. Euskadi, 1979-2008», en CASTELLS, Luis y CAJAL, Arturo (eds.): *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Marcial Pons e Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Madrid, pp. 345-387.
UGT (1981): *La crisis nuclear. Una alternativa socialista para España*, Blume, Madrid.
UNZUETA, Patxo (1980): «La V Asamblea de ETA» en *Saioak*, 4, pp. 3-52.
— (1987): *Sociedad vasca y política nacionalista*, El País, Madrid.
— (1996): «Amnistía y vuelta a empezar», en JULIÁ, Santos; PRADERA, Javier y PRIETO, Joaquín (coords.): *Memoria de la Transición*, Taurus, Madrid, pp. 275-283.
URRUTIA, Víctor (1985): *El movimiento vecinal en el área metropolitana de Bilbao*, IVAP, Oñati.
— (1994): «Cultura asociativa y cambio social en el País Vasco», en *Documentación Social*, 94, pp. 241-250.

— (1995): «Evolución territorial y urbana» en AGIRREAZKUENAGA, Joseba (dir.): *Nosotros, los vascos. Gran atlas histórico de Euskal Herria*, Lur, Bilbao, pp. 497-512.
VALCÁRCEL, Amelia (2008): *Feminismo en el mundo global*, Cátedra, Madrid.
VALLE, Teresa del (dir.) (1985): *Mujer vasca. Imagen y realidad*, Anthropos, Barcelona.
— (1996): *Las mujeres en Euskal Herria. Ayer y hoy*, Orain, Bilbao.
VARILLAS, Benigno (1985): «Los movimientos ecologistas», *Cuadernos de Historia 16*, 131.
VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco (2001): «De la subcultura al movimiento social: elementos para una genealogía de la homosexualidad», en *Orientaciones*, 2, pp. 9-22.
VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel (1996): «La calle ya no era de ellos», en JULIÁ, Santos; PRADERA, Javier y PRIETO, Joaquín (coords.): *Memoria de la Transición*, Taurus, Madrid, pp. 142-144.
VEGA, Rubén (2008): «Democratas sobrevenidos y razón de Estado. La Transición desde el poder», en *Historia del Presente*, 12, pp. 129-154.
VIDAL-BENEYTO, José (ed.) (1991): *España a debate*, Tecnos, Madrid.
VILANOVA, Santiago (1980): *El síndrome nuclear. El accidente de Harrisburg y el riesgo nuclear en España*, Bruguera, Barcelona.
VVAA (s. f.): *La mujer en la historia de Euskal Herria*, IPES, Bilbao.
VVAA (1979): *I Semana de Estudios Sexológicos de Euskadi*, Hordago, San Sebastián.
VVAA (1980): *Modelos sexuales en nuestra cultura y alternativas. II Semana de Estudios Sexológicos de Euskadi*, Hordago, San Sebastián.
VVAA (1986): *I Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII-XIX y XX*, Gobierno de Navarra, Pamplona.
VVAA (1996): *Comandos autónomos. Un anticapitalismo iconoclasta*, Likiniano Elkartea, Bilbao.
VVAA (2004): *La transición a la democracia en España. Historia y fuentes documentales*, Anabad Castilla-La Mancha, Guadalajara.
VVAA (2005): *Actes del Congrés «La transició de la dictadura franquista a la democràcia»*, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
WALTER, Aubrey (ed.) (1980): *Come together. The years of gay liberation, 1970-1973*, Gay Men's Press, Londres.
WALSH, Edward J. (1981): «Resource mobilization and citizen protest in communities around Three Mile Island», en *Social Problems*, 29, pp. 1-20.
WALSH, Edward J. y WARLAND, Rex H. (1983): «Social movement involvement in the wake of a nuclear accident: activists and free riders in the Three Mile Island area», en *American Sociological Review*, 48, pp. 764-780.
WALTON, John (2009): «Urban and rural identities: a three-way comparison. North-West England, Wales and the Basque Country, 1840-1950», *Working Paper*, Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, Vitoria.
WATNEY, Simon (1980): «The ideology of GLF», en GAY LEFT COLLECTIVE (ed.): *Homosexuality: power and politics*, Allison and Busby, Londres y Nueva York, pp. 64-75.
WEINBERG, Martin S. y WILLIAMS, Colin J. (1977): *Homosexuales masculinos. Sus problemas y adaptación*, Fontanella, Barcelona.

WOODWORTH, Paddy (2002): *Guerra sucia, manos limpias. ETA, el GAL y la democracia española*, Crítica, Barcelona.
YSÀS, Pere (2000): «La transición española y la construcción del estado de las autonomías», en *Calendura*, 3, pp. 11-27.
— (2007a): «¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», en *Ayer*, 68, pp. 31-57.
— (2007b): «La imposible paz social. El movimiento obrero y la dictadura», en *Historia del Presente*, 9, pp. 7-25.
— (2008): «El movimiento obrero durante el franquismo. De la resistencia a la movilización (1940-1975)», en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 30, pp. 165-184.
ZABALA, Begoña (2008): *Movimiento de mujeres. Mujeres en movimiento*, Txalaparta, Tafalla.
ZIRIKATU (1999): *Komando Autonomoak: sasiaren arantzakada. Una historia anticapitalista*, Likiniano Elkartea, Bilbao.
ZUBERO, Imanol (1998): «Movilización social y realidad política en el País Vasco», en *Cuadernos de Alzate*, 18, pp. 107-122.
ZULAIKA, Joseba (1990): *Violencia vasca, metáfora y sacramento*, Nerea, Madrid.
— (2007): *Polvo de ETA*, Alberdania, Irún.

Listado de siglas

ADM	Asociación Democrática de la Mujer
AEPDEN	Asociación de Estudios y Protección de la Naturaleza
AMV	Asamblea de Mujeres de Vizcaya
ANV	Acción Nacionalista Vasca
AP	Alianza Popular
BOE	Boletín Oficial del Estado
BVE	Batallón Vasco Español
CAV	Comunidad Autónoma Vasca
CCAA	Comités Antinucleares
CCAG	Coordinadora de Collectius per l'Alliberament Gai
CCOO	Comisiones Obreras
CGV	Consejo General Vasco
CIS	Centro de Investigaciones Sociológicas
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
COFLHEE	Coordinadora de Frentes de Liberación Homosexual del Estado Español
COPEL	Coordinadora de Presos en Lucha
DRAE	Diccionario de la Real Academia Española
EE	Euskadiko Ezkerra-Izquierda de Euskadi
EHAS	Euskal Herriko Alderdi Sozialista-Partido Socialista de Euskal Herria
EHGAM	Euskal Herriko Gay Askapen Mugimendua-Movimiento de Liberación Gay de Euskal Herria
EIA	Euskal Iraultzarako Alderdia-Partido para la Revolución Vasca
ELA-STV	Euskal Langileen Alkartasuna-Solidaridad de Trabajadores Vascos
EMK-MCE	Euskadiko Mugimendu Komunista-Movimiento Comunista de Euskadi
EPK-PCE	Euskadiko Partidu Komunista-Partido Comunista de Euskadi
ESAM	Emakumearen Sexual Askatasunerako Mugimendua-Movimiento para la Liberación Sexual de la Mujer
ESB	Euskal Sozialista Biltzarrea-Convergencia Socialista Vasca
ETA	Euskadi Ta Askatasuna-Euskadi y Libertad

FAGC	Front d'Alliberament Gai de Catalunya
FOP	Fuerzas de Orden Público
FRAP	Frente Revolucionario Antifascista y Patriota
GLF	Gay Liberation Front
GRAPO	Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre
HASI	Herriko Alderdi Sozialista Iraultzailea-Partido Revolucionario Socialista y Patriota
HB	Herri Batasuna-Unidad Popular
IRA	Irish Republican Army-Ejército Republicano Irlandés
KAS	Koordinadora Abertzale Sozialista-Coordinadora Patriota Socialista
KIBAETAM	Comandos Independientes de Apoyo a ETAm
LAB	Langile Abertzaleen Batzordeak-Comisiones de Obreros Patriotas
LAIA	Langile Abertzale Iraultzaileen Alderdia-Partido de los Trabajadores Patriotas Revolucionarios
LAMBROA	Lucha Antipatriarcal de Mujeres Bizkaínas Radicales Organizadas Autónomamente
LGBT	Lesbianas, Gays, Bisexuales y Transexuales
LKI-LCR	Liga Komunista Iraultzailea-Liga Comunista Revolucionaria
LRP	Ley para la Reforma Política
MCE	Movimiento Comunista de España
MDM-MLM	Movimiento Democrático de Mujeres-Movimiento de Liberación de la Mujer
MELH	Movimiento Español de Liberación Homosexual
MLF	Mouvement de Libération des Femmes
MLNV	Movimiento de Liberación Nacional Vasco
MOC	Movimiento de Objeción de Conciencia
OCE-BR	Organización Comunista de España-Bandera Roja
OICE	Organización de Izquierda Comunista de España
ORT	Organización Revolucionaria de los Trabajadores
OSE	Organización Sindical Española
PCE	Partido Comunista de España
PCE(r)	Partido Comunista de España (reconstituido)
PEN	Plan Energético Nacional
PNV-EAJ	Partido Nacionalista Vasco-Eusko Alderdi Jeltzalea
PSE-PSOE	Partido Socialista de Euskadi
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSP	Partido Socialista Popular
PTE	Partido del Trabajo de España
RFA	República Federal Alemana
SEU	Sindicato Español Universitario
STEE-EILAS	Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza de Euskadi-Euskadiko Irakaskuntzako Langileen Sindikatua
UCD	Unión de Centro Democrático
UGT	Unión General de Trabajadores

Índice onomástico y analítico

A

Abad, Inés, 92
Aberri Eguna (Día de la Patria Vasca), 104, 106
aborto, 43, 45, 58, 67, 111, 113, 116, 123, 129, 131, 135, 137, 138, 141, 142, 149, 164, 166, 173, 174, 177, 179, 182, 187-192, 196, 204, 205, 209, 212, 213, 225, 227, 229-231, 248, 250, 251, 254
abstencionismo, 74, 75, 104, 106, 209
Acción Católica, 43
Acción Nacionalista Vasca (ANV), 75, 157, 235
Adell, Ramón, 20
adulterio, 43, 45, 149, 190, 224
afroamericanos, 35, 79, 120, 248
Agirreazkuenaga, Joseba, 50
Águila, Juan José del, 103
Aguilar, Pilar, 75
Aguinaga, Joaquín, 194
Agúndez, Mertxe, 189
Aiape, Andrea, 166
Aierdi, Víctor, 137
Aierdi, Xabier, 30, 31, 158, 180, 213, 216, 239, 250
Aizan!, 180, 229
Ajanguiz, Rafa, 145, 179,
Ajoblanco (revista), 70
Alba, Eli, 250
Alberdi, Inés, 55, 81, 156, 220
Alberti, Rafael, 118
Aldabaldetrecu, Patxi, 84, 85
Aliaga, Juan Vicente, 130
Alianza Popular (AP), 142, 211, 213
alienación, 64, 146
Allende, José, 33, 60, 66, 85-87, 90, 113, 137, 151
Almeida, Cristina, 204
Alonso, Carlos, 145, 154, 167, 214
Alonso, Luis Enrique, 220
Alonso, Rogelio, 52, 157, 238, 243
Altabizkar (colectivo), 64
alteridad, 14, 140-148
Álvarez, David, 158, 235, 239
Álvarez Gartzia, Imanol, 172
Álvarez Junco, José, 21, 46, 94, 146, 198, 220, 239, 250
Anderson, Benedict, 146
amancebamiento, 43, 190, 224
Amman, Gretel, 165
amnistía, 20, 74, 75, 103-105, 115-117, 157, 158, 164, 179, 207, 208, 212, 229, 242; para los «delitos de la mujer», 115, 116, 149; para los homosexuales, 119, 173; «total», 117, 119; «militar», 116
Amorós, Celia, 62, 81, 220
anarquismo/ anarquistas, 23, 50, 63, 94, 118, 137, 139, 151, 179, 180, 183, 202, 218, 231
anti-autoritarismo, 13, 23, 68, 147

anticoncepción, 58, 68, 116, 122, 123, 129, 173, 190, 224, 255
antimilitarismo, 184
antisistema (fuerzas), 74, 222
Antolín, Enrique, 151, 154
Año Internacional de la Mujer (1975), 54, 55, 81, 82
«años de plomo», 11, 153, 222, 228, 245, 253, 254
Aranguren, Juana, 67
Arguimberri, Carlos, 52
Arias Navarro, Carlos, 71-73, 82, 100
Armendariz, Jokin, 68
Aróstegui, Julio, 96, 98, 124, 125, 190, 220, 222, 244
Arregi, Joxe, 241
Arrieta, Félix, 51, 121
Arzalluz, Xabier, 177
Asamblea de Mujeres de Álava, 62, 83, 129, 170, 187; de Donostia, 67, 189, 216; de Vizcaya, 67, 69, 75, 92, 110, 115, 116, 122, 134, 137, 142, 144, 149, 150, 153, 167, 168, 172, 187, 209, 217, 225, 232
asamblearismo, 23, 34, 72, 73, 86, 113, 129, 170, 214-219, 239
Asociación Democrática de la Mujer (ADM), 67, 92, 111, 182
Asociación de Estudios y Protección de la Naturaleza (AEPDEN), 63, 76
Asociación Pro Defensa de la Energía Nuclear en Euzkadi, 142
Asociación Pro Defensa de la Vida, 142, 231
asociaciones de vecinos y de familias, 49, 50, 88, 90, 92, 121-124, 133, 174, 179, 199, 210, 216
Augustin, Mercedes, 69, 92, 123, 131, 156, 164-166
Ausín, Berta, 171, 176
autogestión, 73, 121, 210
autonomía (descentralización política): 20, 21, 105, 194, 211, 250; Estatuto de Gernika, 176, 208, 210, 227; manifestaciones por la, 75, 104; pre-autonomía, 208
autonomía obrera, 151, 179, 184, 218, 236
autorrealización personal (demandas dirigidas a la), 41, 172

B

Baena, José Humberto, 53
Baidez, Nathan, 44
Balduz, Julián, 222
Balfour, Sebastian, 34
Bandrés, Juan M.ª, 183
Baños, Ángel, 195
Bárcena, Iñaki, 86, 114, 136, 145, 179, 196, 246
Bardem, Juan Antonio, 118
Barrio, Emilia, 131
Barros, Ricardo, 239
Barroso, Anabella, 49
Basabe, Nekane, 172
Basauri (juicio contra las once de), 123, 189, 190, 196, 212, 230
Basterretxea, Néstor, 194
Batallón Vasco Español (BVE), 27, 236, 244
Beauvoir, Simone de, 61, 62, 204
Bell, Alan P., 58
Benegas, José M.ª (*Txiki*), 178
Benford, Robert, 57, 127, 139, 148, 158
Beriain, Josetxo, 128, 139
Berstein, Serge, 47
Berzal de la Rosa, Enrique, 192
Berzosa, Txaro, 169
Bloch, Marc, 156
Borrillo, Daniel, 33, 77, 80
Bosquet, Michel (vid. Gorz, André)
Bourdieu, Pierre, 33, 36, 62
Boswell, John, 33
Braudel, Fernand, 98
Brigadas Rojas, 238
Brouard, Santiago, 203
Bullen, Margaret, 112
Burke, Peter, 147
Buttel, Fred, 61, 64

C

Cabrero, Claudia, 92, 144
Caciagli, Mario, 108
Calle, Luis de la, 52

Calleja, José M.ª, 222
Calvet, M.ª Dolores, 176
Calvo, Kerman, 131, 250
Camacho, Marcelino, 32
Camio, Mikel, 170
campos de concentración nazis, 133, 134
Cañada, Mabel, 200
Capmany, M.ª Aurelia, 62
Carasa, Pedro, 138
Cardaño, Amparo, 250
Cardín, Alberto, 77
Cariñena, Iosu, 135, 169
carlismo, 50, 73
Carnicero Herreros, Carlos, 73, 82, 83, 115, 155, 215, 222
Caro Baroja, Julio, 87
Carr, Raymond, 248
Carrillo, Santiago, 259
Carson, Rachel, 59, 61
Casals, Nuria, 250
Casanellas, Pau, 45, 52
Casanova, Iker, 242
Casas, Enrique, 178
Casquete, Jesús, 20, 23, 26, 30, 32, 47, 80, 87, 121, 132, 134, 139, 155, 180, 211, 233, 238, 244, 245
Castillo, Indalecio, 123, 124, 169
Castellanos López, José Antonio, 76
Castells, Luis, 36, 127
Castells, Manuel, 32, 33, 58, 60, 88, 121, 128, 132, 197
Castroviejo, Jesús, 137
Catalá, Marta, 70
catolicismo, 42, 49, 109, 192; educación, 80; Iglesia, 34, 43, 49, 50, 124, 190-192, 204, 205, 248, 251; jerarquía, 141, 204; moral, 42, 43, 45, 82, 97, 98, 140, 142, 191, 192, 204, 205, 224, 225, 230; nacionalcatolicismo, 35, 43, 44, 49; parroquias/ párrocos, 47, 52, 95, 155
«Caudillo» (vid. Franco, Francisco)
Cenoz, Javier, 76, 137
Cereceda, Joselu, 145, 243
Certeau, Michel de, 147
Chauncey, George, 77, 79
Chavarri, Jaime, 149
Chillida, Eduardo, 85, 133, 194
Chueca, Josu, 75, 229, 247
clandestinidad, 27, 29, 48-51, 53, 74, 76, 92, 95, 114, 229
clase social: interclasismo, 23, 184, 204; lucha de clases, 109, 150, 184, 185, 202; media, 82, 185, 186; obrera/proletariado, 35, 41, 48, 62, 64, 72, 73, 78, 79, 86, 146, 150, 175, 184-186, 188, 196, 233
Cleminson, Richard, 33, 185
Confederación Nacional del Trabajo (CNT), 75, 94, 157, 183, 241
Cobo, César, 105, 137, 170
Cohn Bendit, Daniel, 58, 200
Colegio de Abogados, 189
Colegio de Arquitectos, 90
Coll-Planas, Gerard, 143
Comabella, Mercedes, 62, 92
Comandos Autónomos Anticapitalistas, 15, 27, 208, 230, 231, 236, 244, 254
Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear, 33, 44, 66, 84, 88, 90, 96, 104, 113, 114, 119, 121, 133, 136, 137, 150, 151, 155, 158, 177, 179, 194, 196, 211, 235, 239, 240, 244
Comisiones Obreras (CCOO), 32, 50, 53, 55, 73, 170, 175, 187, 196, 215, 241
Comité Antinuclear de Cataluña, 64, 174, 195
Comités Antinucleares de Euskadi, 33, 102, 113, 114, 129, 155, 158, 167, 169, 174, 185, 186, 194, 195, 199, 201, 205, 211, 212, 214, 218, 219, 237-241, 246; de Álava, 114, 167, 170; de Guipúzcoa, 140, 167, 199, 200, 203, 235; de Navarra, 209; de Vizcaya, 114, 167, 184, 185, 229, 240, 241
Commoner, Barry, 60, 61
comunas, 200
comunismo, 45, 48, 49, 51, 61, 64, 94, 123, 150, 175, 176, 202, 204
Congreso (vid. Parlamento español)
Consejo General Vasco (CGV), 194, 205, 208
consenso (política de), 220, 221
conservadurismo, 39, 97, 141, 142, 148, 156, 191, 213, 245, 248
Constitución (de 1978), 107, 176, 192, 207-209, 224
contaminación atmosférica, 32, 60, 62, 63, 83, 86, 87, 104, 122, 145, 195, 202

Coordinación Democrática, 72, 213
Coordinadora de Collectius per l'Alliberament Gai (CCAG), 109
Coordinadora de Frentes de Liberación Homosexual del Estado Español (COFLHEE), 68, 173, 209
Coordinadora de Marginados, 116-118, 153, 157, 172, 205
Coordinadora de Organizaciones Feministas del Estado Español, 113, 164, 173
Coordinadora de Presos en Lucha (COPEL), 116, 117, 119
Coordinadora Internacional pro Derecho al Aborto, Anticonceptivos y Esterilización, 173
Corcuera, Javier, 139, 194, 213
Cortés, José Miguel, 130
Costa Morata, Pedro, 61, 63, 70
Croquet, Sebastián, 249
Cruz, Rafael, 46, 80, 102, 125, 140, 170, 210, 211, 245, 251
«Cruzada nacional», 43
Cuadernos para el Diálogo (revista), 68, 70, 84, 118
cuadrillas/grupos de amigos, 34, 78-80, 82, 111, 131, 148, 200, 204, 206
Cucó, Josepa, 48, 53, 175
Cuezva, Jesús, 88, 113
cultura: choque/ crisis cultural, 71, 98, 191, 256; concepto de, 24, 25, 125; culturas políticas, 25, 39, 47, 49, 198, 248, 256; subculturas, 76-81, 89; transferencias culturales, 38, 65-71

D

Da Cruz, Humberto, 182
Dammann, Rüdiger, 58, 200
Daniel, Ute, 36, 147
Deia (diario), 28, 188
Delgado, Ander, 134
Della Porta, Donatella, 23, 27, 30, 100, 126, 177, 180, 198, 199, 221, 222, 225, 226
D'Emilio, John, 58
democracia: «burguesa» o «formal», 215; democratización, 15, 20, 24, 25, 72, 96, 102, 105, 158, 162-164, 182, 207-210, 214, 223, 245, 246, 248, 257, 259; des-democratización, 26, 223, 246; «directa» o «radical», 215, 217, 221; escuela de, 214; «orgánica», 45; parlamentaria/ representativa, 19, 42, 184, 247, 249, 254
Democrazia Proletaria, 107
demografía, 39, 40
derechos humanos, 208, 224, 241
desarrollismo (época del), 20, 46, 95, 97, 140, 178
desencanto (clima de), 181, 220, 221
desobediencia civil, 199, 200, 211, 231
Di Febo, Giuliana, 156
Día de: Acción contra la Energía Nuclear, 146, 174, 226, 249; el Orgullo Gay, 68, 118, 135, 175, 188; la Mujer, 105, 115, 129, 135, 136, 155; la Patria Vasca (vid. Aberri Eguna); los Trabajadores, 104, 106, 135, 185, 225
Diani, Mario, 30, 100, 126, 199, 221, 222
Díaz Freire, José Javier, 250
Diputaciones, 26, 108; de Guipúzcoa, 84, 85, 205; de Vizcaya, 90, 205
discapacitados físicos y psíquicos, 110, 118
discriminación (formas de): de género, 42, 76, 81-83, 88, 110, 117, 120, 129, 182, 209, 254; de orientación sexual, 76-81, 88, 117, 120, 130, 192, 254
divorcio, 92, 129, 131, 190-192, 205, 209, 229, 248, 254, 255
doble militancia, 92, 107, 109-111, 129, 151, 152, 164, 165, 176, 184, 209, 216, 218
dogmatismo, 93, 94, 240
Domènech, Xavier, 34, 41, 45, 50, 70, 95, 100
Domingo Lorén, Victoriano, 80
Domínguez, Florencio, 48, 52, 121, 157, 220, 236, 238, 243, 244
Dorado, Ramón, 21, 75
Duplá, Antonio, 94, 222

E

Echevarría, Antonio, 52
Eco, Umberto, 79
educación, 50, 63, 80-82, 113, 123, 173, 187, 209, 210, 249; coeducación, 187
Egin (diario), 28, 102, 104, 145, 150, 152, 157, 179, 188, 189, 200, 208, 209, 232, 236, 240
Egiraun, Joseba, 122
Eguillor, Juan Carlos, 194
Eiroa, Matilde, 81, 92, 108
ejército español, 105, 159, 223
El País (diario), 28, 135, 190, 192, 210
El Viejo Topo (revista), 63, 68
elecciones: autonómicas (1980), 21, 177, 208, 245; generales (1977), 53, 74, 104-107, 121, 148, 164, 175, 208; generales (1979), 171, 208; generales (1982), 211, 250; municipales (1979), 203, 208-210, 212-214, 250
Eley, Geoff, 41, 94, 98, 107, 147, 168, 177, 182, 185, 247
Elguezábal, Xabier, 86
elites, 20, 30, 46, 72, 190, 203, 217, 220, 221, 253, 258
Elizondo, Arantza, 108
Elorza, Antonio, 64
Elorza, Odón, 201
Els Joglars, 70
Elzo, Javier, 51, 121, 222
Emakumearen Sexual Askatasunerako Mugimendua (ESAM, Movimiento para la Liberación Sexual de la Mujer), 168, 173, 212
empresarios, 32, 105, 186
Engels, Friedrich, 61, 64, 202
Enzensberger, Hans Magnus, 62
Ereño, Ana, 180
Eribon, Didier, 118
Escario, Pilar, 55, 81, 156
espacio: libre, 64; público, 26, 29, 60, 86, 97, 102, 109, 114, 120, 121, 125, 134, 138, 151, 154, 157, 170, 171, 241, 245, 246, 255, 256
Espinosa, Pedro Pablo, 170
Estado, 14, 20, 22, 25, 29, 48, 52, 69, 76, 94, 97, 139, 146, 147, 176, 223-227, 243, 249-251, 254, 258, 259; deslegitimación del, 29, 73, 86, 139, 203, 212, 223, 245, 257, 258; golpe de (1981), 135, 250
estado de excepción (1975), 52-54
Estal, Gladys del, 226, 227, 236
Estany, Anna, 189
Estatuto de Gernika (vid. autonomía)
estructura de oportunidades políticas, 23, 46, 57, 80, 89, 108, 154, 198, 204, 225, 255, 256
Euskadi Ta Askatasuna (ETA, Euskadi y Libertad), 15, 47, 48, 50, 53, 64, 93, 102, 104, 105, 133, 157, 158, 170, 176, 179, 201, 208, 223, 229, 233, 237-240, 242, 243, 245-247, 249, 254, 257; ETAm, 15, 26, 47, 52, 75, 88, 104-106, 108, 121, 153, 157-159, 178-180, 186, 195, 201, 219, 223, 228, 230-247, 250, 254, 257; ETApm, 15, 27, 45, 47, 52, 53, 75, 106, 129, 230, 231, 236, 244; ETA-VI, 48, 50, 75, 93; KIBAETAM, 236, 244
Euskadiko Ezkerra (EE, Izquierda de Euskadi), 106, 107, 137, 177, 182, 183, 194-196, 211, 212, 216, 218, 227, 234, 239, 241, 254
Euskadiko Mugimendu Komunista-Movimiento Comunista de Euskadi (EMK-MCE), 145, 149, 151, 157, 168, 175, 180, 183, 184, 196, 209, 212, 216-218, 232, 241
Euskal Herriko Alderdi Sozialista (EHAS, Partido Socialista de Euskal Herria), 47, 74, 182
Euskal Herriko Gay Askapen Mugimendua (EHGAM, Movimiento de Liberación Gay de Euskal Herria), 59, 68, 69, 105, 109, 114, 116, 117, 120, 123, 128-131, 137, 140, 141, 147, 149, 153, 154, 157, 168-170, 172, 173, 177, 183, 184, 188, 205, 208, 211, 212, 216, 224, 249
Euskal Iraultzarako Alderdia (EIA, Partido para la Revolución Vasca), 106, 157
Euskal Langileen Alkartasuna-Solidaridad de Trabajadores Vascos (ELA-STV), 47, 50, 241

Euskal Sozialista Biltzarrea (ESB, Convergencia Socialista Vasca), 75, 106, 157, 196
Etxaniz, José Ángel, 52
Etxebarrieta, *Txabi*, 170
Etxebeste, Eugenio, 243
Europa occidental (equiparación o excepcionalidad de España respecto a), 13, 22, 42, 71, 97, 98, 107, 123, 128, 184, 197, 238, 247, 248, 255, 258
euskera, 20, 103, 105, 118, 137, 170, 179
Eusko Gudariak (himno *abertzale*), 134
experiencias (importancia de las), 14, 22, 34, 38, 43, 45, 46, 49, 50, 65-69, 77, 78, 81-83, 89, 97, 98, 112, 115, 124, 125, 132, 142, 152, 154, 166, 200, 213, 217, 227, 255, 258
extrema derecha, 27, 43, 65, 73-75, 103-105, 141, 159, 181, 208, 223, 224, 228, 248, 254, 257
extrema izquierda, 15, 28, 42, 48, 53, 66, 75, 93, 94, 105-107, 120, 145, 165, 175, 178, 179, 192, 197, 202, 203, 208, 209, 215, 222, 227, 242

F

Fábregas, Diego, 148
Falange, 43; Sección Femenina de, 43
Falcón, Lidia, 43, 62, 181
familia, 42, 43, 64, 131, 147-149, 191, 204; cabeza de, 42, 43; conciliación, 121; patriarcal, 20, 128, 140, 209; planificación, 67, 69, 122, 123, 174, 189, 213, 214, 254
fascismo, 42, 235
Faulkner, Peter, 59
feminismo: de Estado, 250, radical/ independiente, 93, 110, 111, 129, 149, 151, 164, 165, 209, 217; segunda oleada de, 61, 62, 92; socialista, 64, 110, 111, 184
Fernández Arrikagoitia, Fernando (*Cibeles*), 66, 145
Fernández Buey, Francisco, 34, 216
Fernández Sánchez, Joaquín, 44, 86, 136
Fernández Sobrado, José Manuel, 30, 31, 158, 180, 213, 216, 238, 239, 250
Fernández Soldevilla, Gaizka, 47, 106, 122, 179, 247
fiestas, 70, 91, 130, 170, 199, 213
Florio, José Felipe, 69, 216
Fluvià, Armand de, 68, 91, 109, 143, 187
Folguera, Pilar, 41, 42, 92, 101, 212, 250
Fontana, Josep, 43
Forcadell, Carlos, 138
Foronda, Valentín de (Instituto de Historia Social), 28, 238
Foucault, Michel, 14, 118, 143, 147
Fraga, Manuel, 100, 191
Franco, Francisco, 21, 45, 52, 62, 64, 66, 70, 72, 75, 80, 84, 89, 91, 95, 124, 154, 242, 247
Fracción del Ejército Rojo (RAF), 238
Freeman, Jo, 166
Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), 45, 53
Freud, Sigmund, 58
Friedan, Betty, 61, 62
Front d´Alliberament Gai de Catalunya (FAGC), 68, 91, 109, 141, 168
Fuerzas de Orden Público (FOP), 27, 29, 45, 50-52, 55, 64, 69, 73-75, 77, 80, 82, 83, 86, 91, 93, 95, 96, 104-106, 115, 118, 119, 181, 188, 193, 200-202, 205, 207, 224-228, 230, 238, 241, 244, 257; Guardia Civil, 52, 157, 158, 226, 235
Funes, M.ª Jesús, 20, 26, 132
Fusi, Juan Pablo, 19, 39, 47, 50, 220, 223, 224, 248

G

Gabriel, Pere, 34, 184
Gandhi, Mahatma, 199
Gaos, Lola, 204
Garaikoetxea, Carlos, 210
Garaizar, José Antonio, 87
García, Eladio, 148
García de Cortázar, Fernando, 224

García de la Cruz, José, 179
García de León, M.ª Ángeles, 131
García, Xavier, 69
García Rey, Marcos, 52, 157, 238, 243
García Sanz, Ramón, 53
Garmendia, Elixabete, 233
Garmendia, José Antonio, 139
Garmendia, José M.ª, 49
Garmendia, Miren, 111, 132
Gaviria, Mario, 61, 63, 66, 137, 150
Gay Liberation Front (GLF), 135, 146, 168, 206
Geertz, Clifford, 125
género (modelos de), 15, 35, 42, 43, 81, 97, 110, 125, 127-129, 131, 146, 147, 150, 152, 154, 185-187, 231, 254
Gestoras pro-Amnistía, 85, 104, 180, 181, 229
Giachetti, Diego,
Giacopuzzi, Giovanni, 249
Gil de San Vicente, Iñaki, 179, 219
Gimeno, Beatriz, 33
Giner, Salvador, 21
Glucksmann, André, 94, 98, 238, 246
Gobierno, 21, 32, 36, 135, 163, 225, 248; de España, 71-74, 82, 88, 100, 103, 105, 106, 118, 124, 177, 225, 228, 250, 251, 253; vasco, 21, 26, 108, 210, 234, 240
Gobiernos Civiles, 27, 51, 225; de Álava, 54, 103; de Guipúzcoa, 50; de Vizcaya, 51, 90, 113
Gofman, John, 59
Goguel, Rudy, 134
Goiri, Jesús M.ª, 194
Gómez, Antxon, 114, 167, 170
Gómez Lavín, Valeriano, 34
González, Felipe, 75, 93, 259
González, Germán, 230, 231
González Barrio, Antonio, 80, 149
González Calleja, Eduardo, 26, 229, 232
González de Langarica, Aitor, 40, 54
González Duro, Enrique, 59
González Katarain, M.ª Dolores (*Yoyes*), 233
González Madrid, Damián A., 46, 72, 95, 191
González Portilla, Manuel, 39
Gorospe, Begoña, 81, 154, 186
Gorz, André, 63
Gracia Cárcamo, Juan, 147, 204
Granja, José Luis de la, 26
Grau, Elena, 156
Grupos Armados Españoles, 27
grupos: de autoconciencia (*self-help*), 82, 156, 166; de mujeres, 111, 113, 166, 169, 186, 218
Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO), 53, 185, 236
Guardia Civil (vid. Fuerzas de Orden Público)
Guattari, Félix, 118
Guedán, Manuel, 148
Guerra, Alfonso, 178
Guerra, Andrés, 195
guerra: Civil española (1936-1939), 39, 43, 46, 47, 52, 73, 247; consejos de (1975), 51; II Guerra Mundial, 58, 77; «revolucionaria», 47; sucia, 222, 223, 238
Guerrilleros de Cristo Rey, 64, 65
«gueto» homosexual, 20, 120, 130, 143, 154
Gurrea, Álvaro, 86
Gurrutxaga, Ander, 50, 136, 140, 210

H

Hamilton, Carrie, 137, 181, 233, 234
Haro Tecglen, Eduardo, 58
Harrisburg (accidente nuclear), 113, 193, 194, 201, 249
Heath, Joseph, 202
Heine, Hartmut, 53, 107
Heinen, Jacqueline, 184
Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC), 249
héroe (construcción social del), 15, 105
Herrero Brasas, Juan Antonio, 58, 77, 79, 101, 128, 135, 149, 248
Herri Batasuna (HB, Unidad Popular), 74, 106, 139, 159, 168, 179, 180, 203, 212, 216, 218, 227, 229, 235, 241, 244, 245, 247

Herriko Alderdi Sozialista Iraultzailea (HASI, Partido Revolucionario Socialista y Patriota), 74, 106, 157, 182, 196, 241, 241
Hite, Shere, 59
hito fundacional, 22, 112, 255
Hobsbawm, Eric J., 35
Hocquenghem, Guy, 68
homofobia, 15, 77, 97, 98, 148, 149, 197, 247, 254
Hopkins, Nick, 132
Hualde, Xabier, 27
huelgas, 53-55, 68, 70, 73, 83, 92, 115, 211, 215, 227, 240, 241
Hunt, Scott, 57, 127, 139, 148

I

Ibáñez, Norberto, 34, 41
Ibarra, Pedro, 34, 48, 86, 114, 136, 179, 180, 196, 211, 214, 246
Ibarrola, Agustín, 194
Iberduero, 33, 44, 84, 85, 113, 142, 143, 157, 185, 195, 199-201, 234-237, 239-242
identidades: colectivas, 14, 25, 35, 38, 39, 100, 114, 125-153, 226, 228, 235; de clase, 79, 111, 125, 139, 165, 184; de género, 111, 127-132, 138, 139, 146, 156, 165, 168, 206; de orientación sexual, 33, 77, 79, 127, 128, 130, 131, 138, 139, 149, 152, 168, 172, 206; nacional, 119, 136, 139, 244, 256; personal, 102, 132, 138
ideologías, 22, 33, 38, 42, 47, 48, 65, 87, 94, 107, 112, 120, 127, 129, 132, 139, 148, 149, 153, 187, 194, 238, 241, 244
Iglesia, Eloy de la, 149
Iglesias, M.ª Antonia, 64, 222
ikurriña (bandera de Euskadi), 27, 91, 103
«incontrolados» (bandas de), 52, 181
industrialización, 20, 35, 39-41, 49, 54, 59, 70, 85-87, 97, 196, 257
inmigración (vid. migración/migrantes)
intelectuales, 35, 61-63, 70, 118, 119, 171, 193, 195, 255
International Gay Association, 173
Iriarte, José Vicente, 34
Irish Republican Army (IRA), 238
Iturrioz, Patxi, 47
Izaga, José Luis, 85
Izaga, José M.ª, 84, 85
Iztueta, Koldo, 233

J

Jáuregui, Gurutz, 219, 249
Jennings, Rebecca, 77, 144
Jiménez de Aberasturi, Juan Carlos, 146
Jiménez Sánchez, Manuel, 220
Johnson, Virginia, 59
Jornadas de la Mujer: de Cataluña (1976), 69; de CCOO (1978), 187; de Euskadi (1977), 69, 104, 110-112, 114, 150, 155, 156, 173, 233; de Granada (1979), 164, 165, 173; de Madrid (1975), 70, 82, 111; de lesbianas (1980), 173; de Mujeres Independientes (1980-…), 132, 164, 231
Juaristi, Jon, 93, 94, 159, 194, 222
judicatura, 45, 105, 193
Judt, Tony, 35, 41, 49, 64, 90, 97, 204, 245
Juliá, Santos, 34, 48, 49, 104, 207, 248
Jurado, Nekane, 181
Juventud Gay de Euskadi, 78, 109, 114, 116, 128, 149
Juventud Obrera Católica (JOC), 249

K

Kaplan, Temma, 250
KAS-Emakumeak (Mujeres KAS), 32, 179-181, 229
Keating, Michael, 147
Kertzer, David, 134
Kinsey, Alfred C., 58, 59, 61
Klandermans, Bert, 60, 76, 88, 124, 126, 154, 172, 193, 226

Koordinadora Abertzale Sozialista (KAS, Coordinadora Patriota Socialista), 75, 91, 180, 181, 228, 242, 244
Kriesi, Hans Peter, 193, 214

L

La Gaceta del Norte (diario), 60, 87
La Internacional (himno obrero), 134
Laboa, Mikel, 194
laicismo, 137, 190
Laíz, Consuelo, 48, 53, 94
Langile Abertzale Iraultzaileen Alderdia (LAIA, Partido de los Trabajadores Patriotas Revolucionarios), 47, 74, 106, 146, 211, 241
Langile Abertzaleen Batzordeak (LAB, Comisiones de Obreros Patriotas), 145, 157, 180, 187
Landa, Jon Mirena, 226
Larrondo, Ainara, 142, 148
Larumbe, M.ª Ángeles, 43, 149
Latorre, Marta, 24
Lauritsen, John, 79
Legorburu, Víctor, 52
Leizaola, Jesús M.ª, 240
Lemkow, Luis, 61, 64
Lenin, Vladimir I., 229
leninismo (vid. marxismo-leninismo)
Letamendia, Francisco (*Ortzi*), 107, 108, 137, 158
Levi, Giovanni, 97
Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, 77, 78, 80, 91, 97, 108, 117, 118, 138, 141, 173, 188, 192, 196, 224, 227
Ley para la Reforma Política, 74, 75, 102, 124
Leydesdorff, Salma, 81
Liga Komunista Iraultzailea (LKI-LCR, Liga Comunista Revolucionaria), 151, 166, 175, 179, 182, 183, 196, 209, 217, 218, 241
Linz, Juan José, 108, 139, 149, 171, 228, 229, 238, 246
Lizarraga, Xabier, 79
Llamas, Ricardo, 109, 168
Llera, Francisco J., 107, 139, 159, 180, 228, 229, 233, 241, 245, 247
López-Accoto, Ana Inés, 55, 81, 156
López Aguirre, Elena, 170
López-Quintana, Antonio, 66
López Adán, Emilio, 146
López Linage, Javier, 118
López Romo, Raúl, 11-15, 50, 78, 128, 133, 139, 149, 172, 180
Lotta Continua, 107
Louzao, Joseba, 191
Lucha Antipatriarcal de Mujeres Bizkaínas Radicales Organizadas Autónomamente (LAMBROA), 69, 110, 111, 149, 150, 217
Luengo, Félix, 40, 134, 214
Luther King, Martin, 120, 199

M

Maalouf, Amin, 126
machismo, 81, 97, 98, 112, 129, 131, 141, 143, 148, 149, 181, 196, 197, 204, 227, 233
Maio, Giuseppe, 249
Majuelo, Emilio, 34
Mansvelt, Jan, 47
marcos interpretativos, 22, 23, 57, 153, 158, 256
marginación social, 15, 16, 107, 109, 112, 117, 119, 120, 137, 149, 192
Marín Arce, José M.ª, 251
Marín i Corbera, Martí, 40, 41
Marqués, Josep-Vicent, 147, 150, 202
Martín Conde, Mikel, 59, 63, 130, 136, 144, 184
Martín García, Óscar, 46, 72, 76, 95
Martínez Hernández, Eva, 108
Martínez López, Ladislao, 44, 239
Martínez Martín, M.ª Ascensión, 93
mártir (construcción social del), 135, 158
Marx, Karl, 61, 63, 64, 150, 202
marxismo, 48, 64, 86, 109, 111, 148, 150, 165, 250; maoísmo, 48; marxismo-len-

inismo, 14, 48, 106, 146, 175, 176; trotskismo, 48
Marwick, Arthur, 71, 200
Masters, William, 59
Mata López, José Manuel, 47, 180
Mateos, Abdón, 34, 250
Mayo, Elo, 144, 171
McAdam, Doug, 23, 29, 35, 54, 57, 76, 89, 199
McCarthy, John D., 23
medios de comunicación, 82, 119, 121, 126, 128, 136, 148, 174, 189, 190, 198, 200, 205
Mees, Ludger, 25, 28, 74, 105, 176, 182, 209, 213, 245, 247
Melucci, Alberto, 38, 95, 102, 125, 126, 131, 136, 153, 155
memoria, 36, 81, 82, 104, 207, 238; lugares de, 34; conmemoraciones, 45, 52, 55, 62, 68, 82, 104, 106, 135, 136, 154, 167, 240
Menéndez, M.ª Luisa, 112, 122
Mendia, Begoña, 67, 82, 92, 110, 115, 129, 134, 217
Mendizábal, Garbiñe, 250
Merino, F. Javier, 232
Micciché, Andrea, 139, 228
Mieli, Mario, 61, 63, 64
migración/migrantes, 39, 40, 47, 49, 54, 67, 73, 122, 170
Miguel Sáenz, Javier de, 175
Míguez, Antonio, 79
militarismo, 230, 234
Milk, Harvey, 119
Millet, Kate, 62
Mira, Alberto, 128
Mirabet i Mullol, Antoni, 58, 173
Miret Magdalena, Enrique, 192
modernización, 20, 21, 34, 43, 46, 191, 251, 258
módulos psicosociales, 122, 123, 174
Molina, Fernando, 12, 40, 139, 222, 224
Molina, M.ª José, 174, 204
Molinero, Carme, 21, 27, 34, 40-43, 45, 50, 70, 95, 175, 207, 248, 250
monarquía, 74, 100, 124, 253, 254
Monferrer, Jordi, 26, 76, 91, 132
Montejurra (sucesos de 1976 en), 73, 253
Montero, Feliciano, 191
Montero, Manuel, 21, 34, 35, 39, 107
moral: católica (vid. catolicismo); feminista, 129, 165, 166, 230
Morán, Gregorio, 25, 139, 244
Morán, M.ª Luz, 220, 221
Mouvement de Libération des Femmes (MLF), 134
Movimiento Comunista de España (MCE), 32, 48, 50, 53, 75, 83
Movimiento Democrático de Mujeres-Movimiento de Liberación de la Mujer (MDM-MLM), 92
Movimiento Español de Liberación Homosexual (MELH), 68, 91
Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV), 51, 139, 158, 180, 243
Movimiento Nacional, 45, 52, 97
Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC), 114, 116, 153, 239
movimientos sociales: beneficiados, 54, 255; contramovimientos, 142, 248; ecologista, 32, 60, 61, 66, 86, 87, 127, 145, 167, 183, 202, 246; estudiantil, 50-52, 54, 75, 92, 95, 114, 155, 214, 250, 253, 255; familia de, 23, 180; iniciadores o madrugadores, 54, 124, 155, 255; micromovilización, 76-89; «populares», 179, 203, 237, 243-245, 249; «nuevos» (concepto de), 34; de objeción de conciencia, 23, 69, 114, 116-118, 130, 153, 196; obrero, 34, 40, 47, 52, 54, 61, 64, 73, 75, 78, 79, 83, 92, 95, 101, 103, 134, 135, 137, 146, 150, 155, 175, 184-186, 188, 198, 215, 221, 228, 250, 253; por los derechos civiles, 120, 199, 248; vecinal o ciudadano, 32, 40, 49, 51, 54, 83, 88, 108, 121, 149, 155, 179, 210, 214, 228, 249, 250, 255; «viejos» (concepto de), 34
Mujika, Garikoitz, 208, 243
Muñoz Alonso, Alejandro, 223
Muñoz Fernández, Ángela, 49, 92, 147
Murguialday, Clara, 144, 151, 218
Murillo, Juan Carlos, 169
Muro, Diego, 25, 47, 180
Muruaga, Begoña, 62, 129
Myers, Daniel J., 152

N

nacionalcatolicismo (vid. catolicismo)
nacionalsocialismo/ nazismo, 133, 226, 246
nacionalismo: español, 43, 97, 138; nacionalización de masas, 139; vasco heterodoxo, 254; vasco moderado, 26, 28, 47, 48, 123, 139, 182; vasco radical, 26, 28, 34, 39, 47, 48, 51, 75, 93, 94, 104-106, 120, 134, 139, 146, 151, 159, 165, 178-180, 192, 203, 208, 222, 224, 228-247, 254, 256, 258
Nash, Mary, 43, 49, 55, 62, 69, 82, 126, 128, 131, 146, 150, 156, 204, 250
Negro, Alberto, 195
Nicolas, Jean, 61, 63, 64
Norton, Rictor, 77
Novales, Félix, 185
Novales, Fernando, 238
nueva izquierda (vid. extrema izquierda)

O

Ofer, Inbal, 43
Olaran, Juan Luis, 44
Olaverri, Javier, 85, 194
Olea, Pedro, 194
oligarquía, 184, 222, 242, 245
Olivares, Rosa, 217
Oliver, Pedro, 45, 53, 69
Olmeda, Fernando, 44
Onaindia, Mario, 148, 170, 211, 242
Oranich, Magda, 116
Organización Comunista de España-Bandera Roja (OCE-BR), 75
Organización de Izquierda Comunista de España (OICE), 50, 148
Organización de las Naciones Unidas (ONU), 81, 116
Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), 251
Organización Revolucionaria de los Trabajadores (ORT), 48, 50, 53, 75, 92, 148, 175, 182
Organización Sindical Española (OSE, Sindicato Vertical), 46, 214
Ormazabal, Miren, 67, 142, 148, 170, 171, 174
Ormazabal, Sabino, 51, 199, 219, 244
Ortín, Alicia, 142, 174, 186, 187
Ortiz de Orruño, José M.ª, 30, 115
Ortiz de Pinedo, Esther, 250
Ortiz Heras, Manuel, 20, 43, 76, 191
Osborne, Raquel, 168
Otaegi, Ángel, 52, 53
Oteiza, Jorge, 194
Otxoa, Isabel, 82, 115

P

Pablo, Santiago de, 25, 28, 47, 73, 74, 105, 167, 171, 176, 179, 180, 182, 209, 213, 245, 247
pacifismo, 110, 200, 234
Pagazaurtundua, Maite, 222, 242
Palacios, Diego, 226
Palafox, Jordi, 220
Papa: Juan Pablo II, 192, 204; Pablo VI, 192
parapoliciales (grupos), 27, 65, 257
Paredes Manot, Juan (*Txiki*), 53, 116
Parlamento: español, 105, 107, 108, 123, 137, 212; «paralelo», 229; vasco, 21, 108, 177, 180, 207, 211-213
Partido Comunista de España (PCE), 43, 48, 50, 53, 75, 92, 103, 105, 106, 137, 150, 151, 157, 170, 175, 176, 179, 181, 182, 192, 197, 209, 216, 241
Partido Comunista de España (reconstituido) (PCE-r), 53, 75
Partido Comunista de Euskadi - Euskadiko Partidu Komunista (PCE-EPK), 137, 176, 177, 181-183, 196, 212, 227, 231
Partido del Trabajo de España (PTE), 48, 53, 75, 92, 111, 148, 175, 182
Partido Nacionalista Vasco (PNV), 28, 47, 48, 50, 74, 91, 105-107, 157, 176, 177, 182, 194, 203, 210, 212, 213, 227, 241, 245, 247

Partido Socialista de Euskadi (PSE-PSOE), 105, 107, 137, 139, 177, 178, 181, 192, 194, 196, 201, 202, 212, 213, 227, 230
Partido Socialista Obrero Español (PSOE), 48, 50, 53, 55, 75, 92, 93, 106, 107, 150, 176-178, 180, 182, 183, 194, 197, 209, 241, 250
Partido Socialista Popular (PSP), 148, 150
Pascual, Ángel, 186, 237
Passerini, Luisa, 81
Pastor, Jaime, 250
patriarcado, 62, 131, 140, 141, 180, 217, 231
Pérez-Agote, Alfonso, 65, 78, 101, 121, 127, 194, 225
Pérez-Díaz, Víctor, 216
Pérez-Fuentes, Pilar, 82, 165, 166, 176, 182
Pérez Ares, M.ª Isabel, 107
Pérez Delgado, Tomás, 34
Pérez Ledesma, Manuel, 34, 43, 50, 54, 70, 73, 94, 155, 186, 210, 216, 221, 250
Pérez Pérez, Carmen, 112
Pérez Pérez, José Antonio, 25, 27, 34, 41, 46, 83, 86, 95, 115, 155, 214, 215, 222, 238
Pérez Quintana, Vicente, 210
Pérez Soengas, José L., 28
Petit, Jordi, 68, 144, 168, 198
Petralanda (colectivo ecologista), 87, 183, 195, 239
Pineda, Empar, 168, 173, 250
Pinillos, José Luis, 238
pluralismo polarizado, 208
Policía (vid. Fuerzas de Orden Público)
Polletta, Francesca, 65
Portell, José M.ª, 87, 88
Potter, Andrew, 202
Preston, Paul, 223
Prieto, Jeni, 170
productivismo, 43, 97, 98
progreso, 20, 58, 140, 142, 149, 184, 191, 242, 257
prostitución/ prostitutas, 43, 98, 107, 111, 116-118, 129, 130, 149, 227
protesta: ciclo de, 22, 50, 65, 66, 71, 171, 197, 201, 214, 222, 249, 255; convencional, 199, 201, 211, 255; no convencional, 30, 32, 211; repertorio de, 13, 71, 103, 121, 154, 155, 194, 198-206, 211, 255; ritualizada, 125, 126, 134
psiquiatría/ psiquiatrizados, 59, 78, 117, 118, 122, 165; antipsiquiatría, 122
«Pueblo Trabajador Vasco», 184, 203, 228
Puleo, Alicia H., 62, 216
Punto y Hora de Euskal Herria (revista), 143

Q

Quiroga, Alejandro, 34, 139
Quiroga, Juan Ángel, 67, 118, 144, 169

R

racismo, 77
Radcliff, Pamela, 42, 46, 49, 95, 155, 258
Ramos, Agustín, 211
Ramos, M.ª Dolores, 43, 49, 92, 97, 147, 187
Recalde, José Ramón, 64, 84, 85, 90, 195, 208, 210
Redero, Manuel, 21, 32, 34, 50, 73, 184, 220, 250
Reicher, Stephen, 132
Reinares, Fernando, 27, 139, 223, 238, 246
Reixac, Jaume, 69
Rekondo, Julen, 219
religión, 33, 35, 43, 98, 105, 125, 139, 191
referéndum: Constitución, 207-209; Estatuto de Gernika, 208; Ley para la Reforma Política, 74, 75; sobre la central nuclear de Lemóniz, 177, 234
represión, 29, 45-47, 51, 52, 73-75, 80, 86, 93, 95, 96, 98, 104, 106, 119, 158, 181, 205, 207, 223, 225-229, 257
República española (Segunda), 34, 104, 106
Revilla, Marisa, 61
Rincón, Luciano, 48
Río, Eugenio del, 208

ritual, 134, 135
Rivas Acevedo, Antonio, 33, 113, 114
Rivera, Antonio, 21, 25, 30, 34, 40, 47, 51, 54, 72, 94, 115, 159, 167, 170, 228
Robles Piquer, Carlos, 201
Roca, José Manuel, 48, 94
Rodríguez de la Fuente, Félix, 63, 155
Rojo, Genoveva, 165, 250
Romero, Joaquín, 148
Romo, Marisa, 82
Rubial, Ramón, 208
Rucht, Dieter, 23, 180
Rüdig, Wolfgang, 113
Ruiz, Fernando, 148
Ruiz-Giménez, Joaquín, 118
Ruiz Balerdi, Rafa, 194
Ruiz Olabuenaga, José Ignacio, 238
Ruiz, Ulises, 194
Ryan, José M.ª, 178, 186, 195, 218, 234, 236, 237, 239-241, 246, 247

S

Sabater, Antonio, 78, 97, 98
Sabio, Alberto, 19, 20, 41, 42, 46, 49, 50, 52, 72, 73, 75, 92, 100, 106, 123, 216, 222, 224, 248
Sacristán, Manuel, 64, 150, 195
Sáenz de la Fuente, Izaskun, 47
Saitua, Aintzane, 217
San Esteban, Mercedes, 151
San José, Begoña, 187
San Juan, Regina, 110, 217
San Sebastián, Isabel, 222
Sánchez-Cuenca, Ignacio, 52, 222, 238
Sánchez León, Pablo, 210
Sánchez Bravo, José Luis, 53
sanidad/ medicina, 50, 58, 98, 210, 231
Santos, Leopoldo, 169
Sartorius, Nicolás, 19, 20, 41, 42, 46, 49, 50, 52, 72, 73, 75, 92, 100, 106, 123, 216, 222, 224, 248
Sastre, Alfonso, 241
Sastre, Cayo, 72
Savater, Fernando, 118
Saz, Ismael, 43, 44, 46, 51
Scanlon, Geraldine M., 181
Schumacher, E. Friedrich, 60
Scott, Joan W., 128
Sección Femenina (vid. Falange)
sectarismo, 14, 49, 93, 94, 156, 165, 179, 221
Segura, Antoni, 222
Sender, Rosalía, 70
sesentaiocho (protestas de 1968), 13, 48, 63, 68, 98, 255
Sevillano, Francisco, 44
Share, Donald, 250
simbología: antinuclear, 91, 132, 133, 202, 242; feminista, 134; gay, 133; nacionalista, 107
Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza de Euskadi - Euskadiko Irakaskuntzako Langileen Sindikatua (STEE-EILAS), 185, 187, 199
Sindicato Español Universitario (SEU), 46
Sirinelli, Jean-François, 36
Solchaga, Carlos, 185
Solé Tura, Jordi, 70
Snow, David, 57, 127, 139, 148, 158
sociabilidad (ámbitos de), 77, 79, 82, 172
Sociedad de Ciencias Aranzadi, 84
sociedad: civil, 15, 20, 21, 29, 32, 42, 90, 115, 139, 152, 175, 176, 195, 208, 246, 247, 249, 256, 259; contrasociedad, 120; de consumo, 20, 40, 41, 45; de masas, 40; nueva, 20, 34, 35, 39-42, 258; paralela, 120
Soriano Gil, Manuel Ángel, 144
Sorondo, Cristina, 170
Soto, Álvaro, 223, 250
Steakley, James D., 79
Suárez, Adolfo, 73-75, 88, 105-107, 213, 220, 259
sufragismo/ sufragistas, 61, 62, 128
Sullivan, John, 47, 48

T

Taboada, Leonor, 156
Tamayo, Virginia, 208, 227, 247

Tamplin, Arthur, 59
Tarrow, Sidney, 22, 29, 30, 35, 54, 65, 66, 76, 93, 98, 171, 198, 200, 201, 204
Taylor, Verta, 125
Tejerina, Benjamín, 61, 179, 180, 216, 228, 229, 239, 247
televisión, 41, 68, 201, 218
Telo, María, 43
Tello, Enric, 86
Terradillos, Juan, 80
terrorismo, 12, 15, 26, 27, 107, 121, 159, 176, 178, 195, 201, 207, 222-224, 230, 231, 238-240, 244-247, 249, 253, 254, 258
Three Mile Island (central nuclear de, vid. Harrisburg)
Thompson, Edward P., 79, 146
Thompson, Paul, 81
Thorstad, David, 79
Tierno Galván, Enrique, 148
Tilly, Charles, 20, 29, 35, 71, 115, 127, 163, 223, 229, 245, 246
Todorov, Tzvetan, 39, 126, 132, 228
Torre Altonaga, José Antonio (*Medius*), 243
torturas, 52, 72, 241, 244
Touraine, Alain, 155
transexualidad/transexuales, 34, 109, 118
Traverso, Enzo, 35, 94, 98
travestismo/ travestis, 109, 138, 188, 206, 224, 227
Tribunal de Orden Público, 103
Tripp, Clarence A., 58
Triunfo (revista), 68, 70
Tusell, Javier, 21, 25, 213
Txoko-Landan (local del movimiento gay), 172

U

Ucelay da Cal, Enric, 127
Ugalde, Mercedes, 113, 180, 196
Ugarte Pérez, Javier, 44
Ugarte Tellería, Javier, 19, 21, 30, 34, 40, 72, 115, 159, 171
ultraderecha (vid. extrema derecha)
Unceta, Koldo, 219
Unión de Centro Democrático (UCD), 107, 123, 142, 190, 194, 213, 220, 225, 241, 250
Unión General de Trabajadores (UGT), 48, 50, 53, 55, 137, 178, 230, 241
Unión Militar Democrática, 27, 116
Unzueta, Patxo, 40, 47, 48, 157
urbanización/ urbanismo, 20, 39-41, 50, 87, 122, 210
Urbieta, Asun, 82
Urdangarín, Carmelo, 66, 84, 85
Uribe, Imanol, 194
Urkaregi, Arantza, 232
Urrutia, Víctor, 49, 50, 164, 210, 216, 249
Usparicha, Juan Antonio, 231

V

Vadillo, Vicente (*Francis*), 188, 227
Valcárcel, Amelia, 41, 62
Valle, Teresa del, 112, 181
Van Sant, Gus, 119
vanguardismo (político), 14, 146, 159, 169, 176, 180, 219, 221, 229, 238
Varela, Ignacio, 21, 75
Varillas, Benigno, 182
Vázquez García, Francisco, 33, 77, 185
Vázquez Montalbán, Manuel, 100
Vázquez Velasco, Javier, 185
Viana, Pedro, 177
Vigo, Javier del, 122
Vila, Fefa, 109, 168
Vilanova, Santiago, 69, 70, 174, 193, 226
violaciones/ agresiones machistas, 81, 113, 129, 181, 187, 204, 217, 227, 230, 244, 250
violencia política: espiral de, 22, 26, 29, 157, 159, 162, 206, 222, 223, 228, 236, 250, 254; legitimación social de la, 25, 94, 158, 228, 237, 238, 241, 244, 246, 247

Vitoria (sucesos del 3 de marzo de 1976 en), 54, 67, 72, 73, 82, 83, 86, 104, 115, 215, 253

W

Walsh, Edward J., 113, 193
Walton, John, 23
Warland, Rex H., 113, 193
Watney, Simon, 128, 206
Weinberg, Martin S., 58, 135
Whittier, Nancy, 125
Williams, Colin J., 58, 135
Wood, Lesley, 20, 71, 115, 127, 163, 245, 246
Woodworth, Paddy, 27

X

xenofobia, 77

Y

Ysàs, Pere, 27, 34, 40-42, 45-47, 50, 53, 70, 73, 75, 95, 124, 175, 184, 248, 250

Z

Zabala, Begoña, 144
Zabala, Julen, 51, 206
Zabala, Lide, 69, 172
Zabaleta, Martín, 133
Zald, Mayer N., 23
Zarzalejos, José Antonio, 82
Zedong, Mao, 94
Zubero, Imanol, 247
Zubiaga, Mario, 86, 114, 136, 179, 196, 246
Zulaika, Joseba, 105, 233
Zutik emakumeak! (himno feminista), 134
Zuzuarregui, Inmaculada, 67, 174, 182, 214